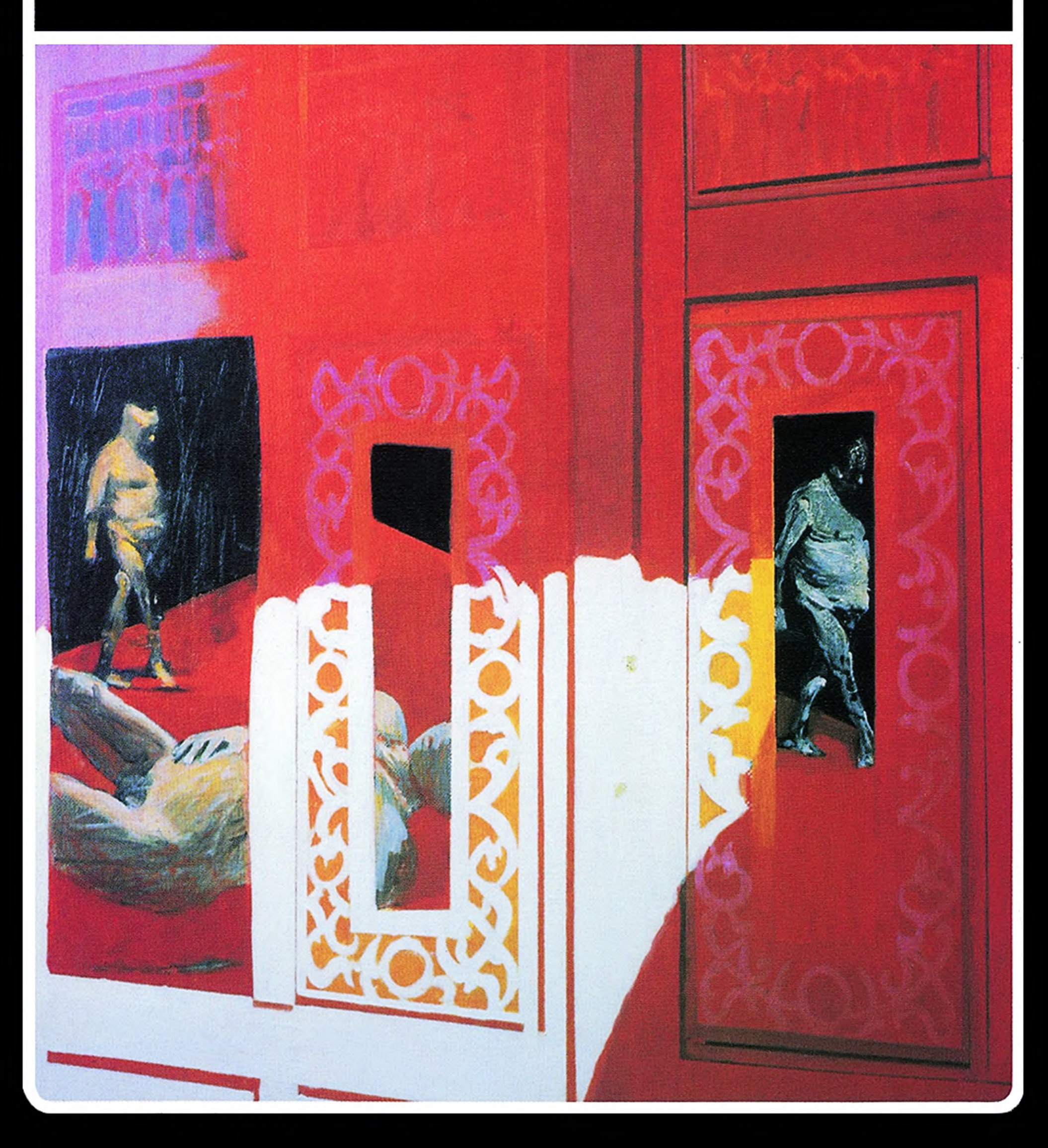
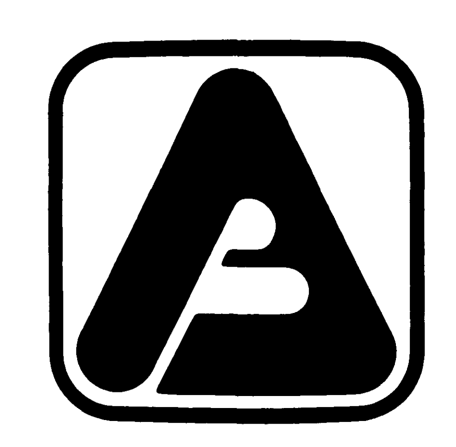
JOSE RAFAEL POCATERRA

MEMORIAS DE UN VENEZOLANO DE LA DECADENCIA

• •





MEMORIAS DE UN VENEZOLANO DE LA DECADENCIA

TOMO II

José Rafael Pocaterra

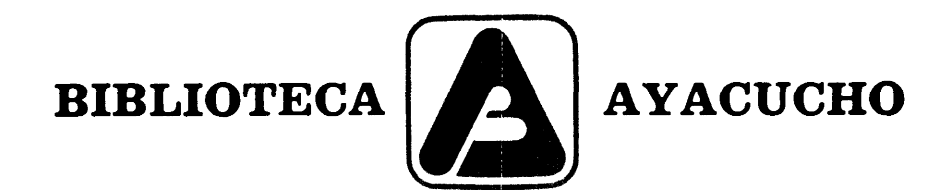
MEMORIAS DE UN VENEZOLANO DE LA DECADENCIA

● ●

Castro: 1899-1908
Gómez: 1909-1919

Selección, prólogo y cronología
JESUS SANOJA HERNANDEZ

Bibliografía
ROBERTO J. LOVERA DE-SOLA



Apartado Postal 14413
Caracas - Venezuela - 1010

ISBN 980-276-059-9 tela
ISBN 980-276-057-9 obra completa tela
ISBN 980-276-056-0 rústica
ISBN 980-276-054-4 obra completa rústica

Diseño / Juan Fresán
Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

CAPITULO XXI

LA VERGÜENZA DE AMERICA

La racha... – Noches toledanas – "Las reglas del establecimiento" y la ronda de Porras – Chistes y bufonadas – El doctor Carlos León. –Apuntes complementarios para la biografía de Nereo Pacheco – Las nuevas "oubliettes" de Caracas – Retratos al lápiz – Garciíta, el niño héroe – Enrique Mejía, farmacéutico, primera defunción – Los "joropos" de Nereo – Rafael Arévalo González y la candidatura de Montes – Un documento imperecedero – De cómo un hombre solo con su pluma y su conciencia puede arrancar la careta al personaje siniestro de la usurpación – "Todo eso que Busté conoce"...

Enero de 1919.

A ESTA HORA en sólo Caracas y sus alrededores –a lo que dicen las ordenanzas y a lo que observo– se llevan detenidas unas ochenta y tantas personas. Vejan, torturan, encarcelan y maltratan a ciudadanos cuyos solos nombres harían sonreír ante la idea de que pudiesen ser sospechados de "anarquistas". Una fracción de esta nueva serie se debe a la intriga ya relatada y a la traición ambigua; a otros se les encarcela por odios personales o por ruines venganzas. A algunos porque es necesario hacer "algo", demostrar celo, hartar de sufrimiento ajeno la cólera y el miedo de los Gómez.

Las primeras noches allí, en aquella celda, es imposible dormir. Aparte el frío mordisco de los grillos, las cucarachas, las chinches, el aire irrespirable, el desaseo con todas sus penas, el hambre con todas sus exasperaciones –porque hasta venciendo el asco de engullir el potaje fétido queda la desconfianza de ser envenenado y cada retortijón de estómago es la inquietud de un tóxico– dominando a fuerza de pepsina y despreocupación el malestar orgánico queda todavía un suplicio peor: el insomnio, el insomnio poblado de angustias... Ruidos de grilletes sacudidos, gritos ahogados que parten de alguna celda, sombras de seres silenciosos que se deslizan por el pasadizo y penetran aquí y allá, escuchándose interrogaciones ahogadas, protestas que se acallan con un "pssss! pssss!" mientras rechina una especie de tuerca y sucédense una serie de golpes como si alguien asido por... ¡cualquier parte! se debatiese, desesperado, en la oscuridad.

Todas las noches ocurre la misma escena. Durante el día, tendidos en la tabla –o reposando en el suelo por evadir un poco las chinches del madero podrido– permanecemos midiendo con una jaqueca de debilidad la marcha inacabable del tiempo... Desde las cuatro de la madrugada comienza esto. Cuando sentimos que en la explanada empieza a despertar la guardia y del vecino cuartel escúchase la diana, el Nereo, que duerme por ahí en un rincón del alto, frente a la escalera, se toma el trabajo de venir a despertarnos a cada puerta dando golpes en la pared con una tabla:

–¿Cómo han amanecido?

Si el preso no contesta, aunque sea con un gemido, da ahí de palos hasta despertarlo. El asunto es que no duerma más... A poco resuenan llaves en la reja y el hombrecito vestido de papel satinado con su sombrerín y su carita oscura, salta por el "buzón" y precedido de Nereo sube al piso nuestro, da una vuelta a la galería, desciende y efectúa la misma inspección en los del piso bajo, sólo que a éstos les alza la cortina y les da los buenos días y a nosotros, los de arriba, no nos levantan el trapo jamás para decirnos "por ahí se pudran", ya que con el sistema, tarde o temprano, hemos de podrirnos por cualquier parte. Esta misma inspección la pasa a las seis de la tarde, sale y cierra. Es un cronómetro. Durante tres años que allí estuve lo vi faltar una o dos veces por enfermedad... Y todas las tardes, antes de marcharse, deteníase en el calabozo de Carlos León que le espera, como una novia, detrás de la cortina, y le dice un "chiste"...

El doctor León tiene casi seis años preso; si esto del "chiste" ha sido así antes, o el repertorio de León es muy grande o la hilaridad de Porras es enorme, porque de allí se dispara a cerrar la reja, mascullando comentarios y riéndose:

–¡Ah doctor éste!... Como veis, muy gracioso.

Pero hay cosas más bufas.

En marzo de 1914 fueron encarcelados los señores Casimiro Vegas, Negrón y el general Norberto Borges. Se puso en libertad poco después a los dos primeros; Borges, que está inválido de una pierna, arrastra aún sus grillos de 8 años.... El general Gómez refería, riéndose, entre un grupo de sus amigos, que el general Norberto Borges, al ser colgado por donde ya se sabe, sufrió un derrame de la orina que le bañó la cara. –"Porque el amigo estaba con las patas de a para arriba...." –informó el chistoso "general".

El 5 de junio del mismo año fue encarcelado este Dr. León, catedrático de sociología de la Universidad Central, abogado, gerente de importantes empresas, ex-gobernador del Distrito Federal bajo el mismo Gómez; con él se aprisionó, soltándoles luego, al honorable señor Vicente Marturet y al joven Luis Zuloaga Llamozas, al primero, porque se creyó que moría; al segundo tras largos años de calabozo, donde contrajo el mal que acaba de llevarlo al sepulcro en plena prometedora juventud. El Dr. León, cargado de grillos, varias veces ha estado de muerte. De él he conservado siempre –a pesar de él mismo– una impresión personal excelente.

-Tiene de sí, de su significación nacional, una idea excesiva. Su presunción inquieta de profesor, de líder pedagógico, se hace admirar por estudiantes entusiastas a quienes atinada, pero indiscretamente les insufla una vanidad subalterna, como bombitas de menor magnitud en derredor de una bomba grande. En el fondo es patriota y bueno. Con un poco más de sensatez, reduciéndose a términos justos, León resulta un hombre útil y meritorio. En su trato personal es expansivo aunque poco sincero.

Nereo no bromea, marcha delante de Porras todos los días levantando las cortinas, hosco y serio; tiene una espantosa y digna circunspección en su cargo. No le calan chascarrillos; no los admite; es inflexible como el mal; es siniestro en su incorruptibilidad de verdugo. Le han ofrecido, que –caso de serle adversa la sentencia que pende sobre su cabeza en los tribunales ordinarios por haber asesinado a su manceba– si los del "asunto de los cuarteles" *desaparecen*, le darán dinero y le harán escaparse a Trinidad o Curazao.

Y lealmente, con una espantosa constancia, estrecha el cerco del hambre y del maltrato, acelera los pasos de la muerte cuyo hálito ya se siente. Nos saca de la piedad del sueño; acecha día y noche para que "los de abajo" no se comuniquen con "los de arriba"; inspecciona las ochenta y pico de latas de aceite vacías que a manera de tarro, sin cuchara, conteniendo agua salobre y unos cuantos granos picados se nos da como "rancho" a las doce y a las tres. En la mañana esa misma lata con agua de café. Como pan, esos pequeñísimos bollos de maíz que llaman "hallaquitas" –a uno por cabeza–. Y sólo una vez al día se nos da otra latica con agua, o –concesión especial– de los dineros que el preso tenga y que se los administra el alcaide Medina, cómpranle una pimpina y una bacinilla. Son dos signos de distinción: tener pimpina, tener bacinilla. Los que no tienen cómo, un perol pequeñito. Los excrementos se botan una vez al día si Nereo está de humor. Hay presos tan "importantes" que hasta tienen dos bacinillas. Sin lavar el puerco envase, vuelve el ordenanza a traerlo al calabozo. A los que tenemos las cortinas clavadas, se nos hace el servicio de alimentación y defecación metiendo y sacando los objetos por debajo de la misma orla de cortina. Estos ordenanzas son también detenidos "políticos" a quienes se les han quitado los grillos para que hagan el servicio interno: barrer afuera, remachar grillos, lavar las letrinas, acarrear las comidas, etc. El único reo de delito común allí es Nereo. Es el jefe, señor de vidas y honras porque puede ultrajar, vapular e injuriar. Espía día y noche.

Cuando venga el hombrecito vestido de papel, le contará lo que se le antoje: –El "siete" estaba hablando con el "veintiuno" y diciendo que era un hijo de esto y lo otro y un ladrón... A lo que el otro responde invariablemente: –¡Eso es hablando del "general"!

"El general" aquí no es Gómez, ni don *Juancho*, sino Carmelo Medina. Esta escala de "el general" que comienza en las jefaturas civiles, va en orden ascendente hasta la ternura filial con que denominan a Juan Vicente: "el viejo"...

A los muchachos militares que quedan en la serie de calabozos a mi izquierda –desde el 38 hasta el 30 o el 29, a dos por celda y apareados con una sola barra de grillos– les he oído decir "el general Vicente"... Ya no le mencionan con el diminutivo "general Vicentico"...

Un día escuché que un ordenanza, queriendo congraciarse con Nereo, le dijo:

–Aquí está ya el rancho, general Pacheco.

Saltó este como una fiera:

–¡Métete con tu familia! yo no soy *general*, yo no te he robado nada.

En Nereo he comprobado una vez más la observación sobre el criminal nato. Se pone fuera de sí a la idea de que le crean ladrón. El puede matar, ha matado, mata, seguirá matando, pero robar, nunca. Es de una integridad absoluta y sincera. No se queda con nada. Su delirio es la actividad de engrillar.

Le dice a los ordenanzas alegremente:

–¡Hoy hay trabajo, muchachos!

Como sale fuera de la reja y se llega hasta la alcaidía husmea cuando hay "movimiento". Entonces va por ahí, cazurro, echa una ojeada a las celdas vacías. Cuando no las hay, busca a alguien que molestar metiéndole a otro en el calabozo, que sean los caracteres más incompatibles: –¡Porque preso nuevo tiene que estar solo!

Esta soledad, naturalmente, cuenta en la tortura.

La escena es siempre la misma.

–¡Nereo!– llaman en la reja.

Y entonces él grita: –¡Todo el mundo para su calabozo!

Se refiere a los del piso bajo que pueden salir al patio.

Oyese el estruendo de grillos de los que marchan de prisa a ocultarse, y luego, caen las cortinas y como a golpe de batuta, hácese un silencio en donde palpita la ansiedad tremenda. ¿Van a traer presos? ¿Van a sacar presos?

Salta dentro del agujero la víctima, que observa, sobrecogida, el aspecto de aquellos trapos, de aquel recinto. Le meten en una de las hornacinas. Tres, seis, ocho, diez golpes sordos de mandarria; cae el trapo; vase Porras y Nereo vuelve a gritar: –Ya pueden salir.

El "nuevo" que no sabe nada de esto, ni conoce el edificio, e ignora a punto fijo en dónde está, se pierde en una mar de conjeturas y de pánicos.

El mismo procedimiento para libertar. Hay gritos ahogados que se oyen los primeros días y que parecen de suplicios atroces; son meras pesadillas. El grillete colabora al terror con diversos sonidos.

El hombre indigesto ronca como un moribundo hipa. El debatirse en las tablas... Simplemente las palomas que anidan en lo alto de los pilares del patio –único aspecto de la gracia alada y del amor en aquel pozo de desesperación– y que baten con el ala la caja de madera que Nereo les prepara. Cada diez o quince días trae una escalera, súbete, toma aquí y

allá los pichones y se los lleva de obsequio a Medina. Aquellas son "las palomas" de Medina

En el nido queda un silencio de duelo. Pero a poco óyese el arrullo, el aletazo, el tibio murmurar materno, el piar tan débil del polluelo.

Lección de constancia y de amor, de renovaciones y de ideales en aquel antro en que se nos precipitó para la desintegración, para la locura, para la muerte.

A veces Nereo está de buen humor, y nos advierte a grito pelado, socarrón y maligno –¡Bueno, muchachos, mañana no hay agua! ¡El que no guarde esta noche...! Van a componer el entubado y eso durará tres o cuatro días.

Es mentira. Pero él se divierte.

Y como el agua es escasa en el calabozo –un perolito nada más– la ansiedad de no tenerla nos despierta la sed.

Estoy algo desorientado. Siento voces familiares. A ratos un silencio; otro tropel; más presos... Las noches se colman de pavor, de interrogatorios, de protestas ahogadas.

Una de las primeras mañanas a eso de las diez, acuclillado cerca de la cortina espero que pase el Nereo. El reumatismo no me ha dejado dormir.

–¿Cabo?

–Diga lo demás...

–Lo demás es que tengo frío; que traje una cobija y que ni ésta ni la poca ropa que tenía al entrar me la han traído...

–¿Cobija? Cuando tengas aquí cuatro o cinco años... que te levanten la cortina...

–En el castillo de San Carlos, en el de Puerto Cabello nos permitían pasar eso...

–¿Cuándo estuviste tú allá preso?

–Cuando Castro, hasta 1908.

La voz con que me responde entonces es menos áspera. Dijérase que para aquella alma cruel eso de que otro haya devorado una ración de dolor es como una prerrogativa:

–Esto es peor, chico... ya irás viendo.

En efecto. La crueldad, la ferocidad salvaje, implacable, fría, absurda, ha venido creciendo, agigantándose ... Con ser duras las prisiones de Castro, con haberse dado palizas y enyugado presos y hecho enloquecer de dolor a los hombres, Jorge Bello en San Carlos nos daba de comer un "rancho" tolerable y nos concedía aire, luz, sol, agua. No había vigilante inmediato para vejarnos y espiarnos a cada instante. Aquí el sistema celular con todos sus horrores... Después del golpe de estado del 2 de diciembre, uno de los detenidos en Mazas por los esbirros del tercer Bonaparte decía: "hay la suficiente ración de hastío para volverse loco". Pero en la celda de la cárcel de París tenían una hamaca para dormir, un

patio para hacer una hora de ejercicio... En Wilde hemos leído la crítica del sistema penitenciario británico: la comparación con esto es incongruente. Ninguno de los horrores del *De profundis* vale una sola hora de insomnio en la Rotunda. ¿*Miei Prigioni* de Silvio Pellico? Tampoco; ni los "plomos" de Venecia ni las "oubliettes" de la Edad Media en Avignon.

No quiero comer lo que he pedido "extra" y que me han cargado a precios escandalosos, descontándolo del dinero que traje y que está en poder del alcaide... Cuando éste se acabe –y será pronto con tales precios– voy a morirme de hambre... Si lo "extra" haría vomitar a un perro, qué será "el rancho". Además, me inspira una profunda desconfianza aquella comida. Ya sabía que allí envenenaban.

Tiro al puerco pote el "extra" y huroneando por el calabozo doy con un pedazo de clavo... Abro en la tela de la cortina un huequito, por allí miro un sector del patio, un fragmento del pasadizo frontero, en el alto, y la fila de celdas con sus cortinas clavadas como la mía desde el 38 hasta el 25 por mi derecha y del 44 al 48 a mi izquierda... Por el ras del alero o mediagua que desciende hacia los pilares centrales y forma todo el techo, vi un jirón de cielo. La luz cae al patio recta. Y no obstante la alegría del sol cabrillea en el agua de la pila y en míseros arbustos que arraigan entre la grieta del cemento cerca de la pila, el aspecto leproso de las paredes, la fetidez y la tristeza del cuadro tienen un realismo dramático... Son aquella luz cruda y aquel fondo de cárcel y el grupo de presos que se asolean allí como colados del más jugoso pincel de don Francisco de Goya... Ningún aguafortista del siglo XV hubiera hallado mejores modelos.

Al pronto no reconozco a ninguno. Son todos, sin duda personas conocidas. Cada uno de aquellos seres tristes que toman el sol, de pie, sosteniendo sobre los hombros la cuerda de los enormes grilletes, significó una hora de atropello para la sociedad y una expectativa de colérica inquietud para la patria. Hay presos modestos, hombres casi ignorados que una intriga local trajo a Caracas y que llevan sepultados allí años y años sin esperanza ni conmiseración, ni dinero, viviendo de la heroica caridad de los otros que disponen de algo o prestándose a servir de ordenanzas para que les quiten los grillos y se les facilite la vida... Son los inmediatos subalternos de Nereo. Si pudieran lo ahogarían. Uno es del Alto-llano, de Zaraza o de Barcelona, Juan de Dios García Mogollón, hombre de un rubio desteñido, de carácter reposado y suave; otro un zambo serio, flaco, muy alto, muy taciturno... Creo que es de Guayana, se llama Manuel Olivares; de allí también Ernesto Carías, indio gigantesco, de ojos claros de niño –un buen gigante, una especie de San Cristóbal– y Narciso García, inquieto, pequeño, del Yaracuy, ex-oficial de Pérez Soto, el mostacho y los ojos árabes, listo, comerciante, dispuesto. Hay otro enteco, la color quebrada, el genio agrio; parece muy enfermo; le llaman Caricote; rodéale una leyenda siniestra.

Juan Milano, de Petare, igualmente está de ordenanza. Guarda una seriedad campesina y socarrona. Lleva sus penas como sus peroles, con una circunspección absoluta. Si le molestan suelta una atrocidad. Le han traído allí por orden de "don Juancho" y gestiones de alguien influyente con quien tuviera un desagrado personal... ¡Y lleva ocho años!

Nereo tiene un "predilecto". Un predilecto para atormentar. A todo trabajo penoso o sucio llama: –¡Garciíta!

Es un chicuelo de catorce años, de nombre José María García , natural de Guarenas. Era empleado mandadero de la botica de Los Amadores, propiedad del señor Pedro Bastardo; fue a llevar una nota para traer unas medicinas del mayor de dicha farmacia, en la esquina del Conde, al pasar frente a la casa del señor Antonio Pimentel, notando que salía humo de una de las ventanas se detuvo. Sobrevino una explosión; varios fragmentos de cristal le hirieron en el vientre y en las manos; corrió gente, y un gendarme le detuvo, le metió en un coche, le condujo a la policía, de ahí al hospital, y cuatro días después, enfermo aún de las heridas, le trajeron otra vez al Cuartel de Policía, y de aquí a la Rotunda, donde se le puso a tormento para que declarase si era él, enviado por el señor Bastardo, quien había arrojado la bomba; como negara, proclamando su inocencia, le colgaron por los pies, le aplicaron un tortol en el estómago, le dieron de palos. No pudieron lograr del infeliz muchacho otra cosa que la protesta de su inocencia. Un tiempo le tuvieron con dos pares de grillos; ahora está de ordenanza en el presidio. Y desde esa fecha, 16 de diciembre de 1914, a las siete de la noche, que tuvo la desgracia de pasar en el instante en que estallaba una bomba frente a la casa de Pimentel, hasta ahora, el desdichado chico sobrelleva una existencia precaria, enfermo e idiotizado.

Pimentel pertenece al *entourage* del general Gómez, su compadre, su socio, hasta el otro día Secretario General o Ministro de Hacienda... Es millonario, poderoso, feliz... Sus amigos dicen que no tiene mal corazón.

Garciíta en cambio, se venga del destino desafiando la cólera de Nereo. Este le ha dado palizas terribles porque les mete comida suya o de otros, a los que están sitiados por hambre más severamente, "los militares", o sea la serie de calabozos de los oficiales del 38 al 29. Cuando Nereo salta sobre él y con el "club" le aporrea bárbaramente, el heroico niño, lívido e indefenso, le escupe la cara:

–¡Pegue, Nereo! ¡hártese pegando!

Y no son las voces airadas de los presos, ni las imprecaciones que salen de todos los calabozos sino la fatiga de golpear lo que detiene el fin al verdugo. El niño, recogido, contraído bajo la lluvia de porrazos, se cruza de brazos con los ojos áridos de odio y aún le desafía:

–¡Pegue... pegue más!

Al que apodan el *loquito*, un muchacho Mejía, de profesión farmacéutico, ya le han dejado de mano... Flaco, desorbitado, haciendo esas tristes e inmundas cosas que hacen los locos con una expresión de ausencia que aleja toda burla y toda cólera, no obstante hemos de presenciar cómo

Nereo le da de palos; y cuando ciertas noches está excitado por el cuarto creciente y habla tonterías, para obligarle a estar callado Nereo le pone un acial... Vosotros, jóvenes barbilindos de Las Gradillas, vosotros padres de familia de Caracas y del interior que estáis "educando bien" a vuestros hijos y paseáis de un extremo a otro de la tierra del miedo por una carretera que han hecho el dolor y el despotismo ¿no sabéis lo que es un *acial?*

Muy sencillo: se le pasa al hombre loco que no resiste, una cuerda por la cabeza en forma de aro, a ésta, de un lado, se le introduce una varilla para hacer el torzal... Vásele dando vuelta hasta que la cuerda sobre el cerebelo y sobre las comisuras de la boca abierta hace tal presión que inmoviliza los maxilares; la lengua queda, abajo, naturalmente, bien tenida por la cuerda tensa; y como al *acialado* se le atan previamente las manos, ulula, gruñe, se tuerce hasta que cae al suelo desesperado, llorando sin sollozos porque el acial no permite otra manifestación que un ronquido . En los ojos de la víctima hay una angustia de bestia apuñaleada.

¿Verdad que sería terrible y regocijado ponerles aciales a los senadores y a los diputados de estos últimos congresos?

En todo caso, ya veis, el loquito Mejía vivió unos días así. Murió tirado en un rincón, entre trapos y excrementos. A Nereo no le dejaba dormir el angustioso monólogo del loco; le silenció con un acial y fuimos entonces nosotros los que no podíamos dormir. Al fin le sacaron aquella otra mañana, cosido en un trapo.

A poco de sacar el cadáver los ordenanzas por el mismo hueco o buzón por donde nos meten a todos y por el que pasan la comida, Nereo toma un arpa y se instala en el pasadizo de entrada... Sus manos diestras recorren el cordaje: vibra un "joropo" cálido, otros compases desfallecen y se agrupan, como huidos en una escala trémula, mientras que irrumpen los graves del "escobillado"... Luego un valse... Luego una tonada. El verso se afirma y se desenvuelve... Después "Alma Llanera"; al fin una canción quejumbrosa y mulata.

El sol cae, a plomo, en el patio... El sitio en que estaba el difunto es baldeado con agua de creolina.

En el centro del patio está el mismo grupo que toma calor.

Debo conocerlos a todos, a casi todos... Amigos de otra época, compañeros de ideales antiguos. Y así, desde mi observatorio en la cortina, que después llamamos pintorescamente "periscopio", recorro el grupo de cautivos.

A un extremo casi cubierto del pilar inmediato a la celda N° 5 que es la suya, veo un semblante que de súbito se me hace familiar: la cabeza inclinada, la barba en punta, ya surcada de canas. Con los ojos clavados en el cemento soleado, permanece pensativo, inmóvil, recalentando en

sus piernas los grillos... Es Arévalo González. Un malhechor. Un bandido de la peor especie. El hombre más peligroso para la sociedad y para la patria de que la mano providente del Caudillo de Diciembre haya librado a la República. Su delito, del cual el empedernido criminal no ha llegado a manifestar jamás el menor arrepentimiento es éste:

El viernes 11 de julio de 1913, lanzó desde las columnas de su diario *El Pregonero,* edición Nº 3768, la candidatura del abogado Félix Montes para Presidente de la República en el período eleccionario que se abría. Semejante atentado lo llevó a efecto así:

ACTO DE PRESENCIA

Venimos a ejercer un derecho. Venimos a algo más, venimos a cumplir con un deber.

Es el derecho de sufragio; es el deber del ciudadano.

Abierto ya el proceso electoral que ha de fijar los destinos de la Nación en el próximo período constitucional, ningún venezolano que tenga conciencia de sus grandes responsabilidades para con la Patria debe permanecer indiferente en un momento histórico que puede ser el puente por donde ha de pasar Venezuela de una época de preparación cívica a un glorioso período de la efectividad republicana, o el abismo en que se hundan para siempre todas, todas las ardientes aspiraciones del patriotismo.

Hay un bien que mira nuestro pueblo con mirada de avaro; hay algo en que estriba su legítimo orgullo de magistrado el General Juan Vicente Gómez.

Ese bien, ese algo, es la paz.

Todos, gobernantes y gobernados, estamos obligados a consolidar esa conquista de una evolución que abatiendo el más feroz de los despotismos que ha pesado sobre esta infortunada tierra, nos ha preparado para el pleno ejercicio de nuestros derechos ciudadanos.

Cúmplenos, sí, a todos, consolidar esta paz; mas no debemos olvidar que sólo la libertad puede darle consistencia y perpetuarla porque es la libertad, el alma de la paz digna y firme, de la paz que salva y ennoblece a los pueblos.

Y no se nos pregunte en dónde está la libertad. La libertad es sencillamente la luz que emerge de la voluntad de un pueblo cuando esa voluntad se convierte en sol porque es la suma de la voluntad enérgica y resuelta de todos los ciudadanos.

Nuestra presencia nuevamente en la dirección de este periódico, significa que venimos a aportar nuestra contribución de entusiasmo, de fe y de buena intención a la empresa de que sea el querer nacional el triunfador en la presente campaña electoral.

Por esto hemos venido a ocupar nuestro puesto en la arena del combate cívico, y a recordar a nuestros compatriotas que tienen un sagrado deber que cumplir, so pena de mostrarse como malos ciudadanos y aun como indignos de llamarse tales.

Que no se nos pregunte tampoco si el Gobierno nos dejará llenar nuestro deber.

Esa pregunta no se formula con palabras sino con hechos; ni la respuesta tampoco nos la dará el Gobierno con promesas ni con regaños, sino con su conducta futura.

¿De qué modo podremos saber si el General Gómez está en verdad dispuesto a respetarnos el derecho de sufragio si ni siquiera intentamos ejercerlo?

Supongamos que él esté sinceramente resuelto a dejar que con entera libertad los pueblos elijan sus representantes para sellar así honrosamente la labor de esta administración, ¿pero podría llevar a cabo sus propósitos si juzgándole nosotros al igual de los tiranos anteriores nos abstuviéramos de toda propaganda y de ir a los comicios?

Y era de preverse lo que entonces habría de suceder; pues ante la voluntaria renuncia de tal derecho el Gobierno veríase imperiosamente obligado a improvisar un simulacro de elecciones, y luego diríamos que no tuvimos libertad para elegir, que hubo coacción, que el nuevo Presidente no representaría la voluntad de la Nación y que era preciso acudir a las armas para reivindicar nuestro derecho de sufragio, hollado atentatoriamente por Gómez.

Y así, lanzándole al Jefe del País cargos injustos que sólo nosotros mereceríamos, volveríamos al criminal intento de buscar por los tortuosos vericuetos de las contiendas armadas lo que no queremos solicitar pacíficamente por la amplia, apacible y luminosa senda del civismo.

¡Ilusos!, nos llamarán los hombres prácticos. Sea. Pero nosotros no incurriremos en la injusticia de acusar al General Gómez de tirano incapaz de respetar nuestro derecho de elegir –que es el más grande y más sagrado de los derechos del ciudadano– sin tener una prueba, ¡por dolorosa que sea!, de que él, como todos los déspotas de nuestro país, aspira a imponer el absolutismo de su voluntad por sobre las santas prerrogativas de la voluntad de la República.

Sí, para pensar así del General Juan Vicente Gómez necesitamos pruebas. Mientras no las tengamos, nuestra honrada conciencia y nuestro espíritu de justicia nos inducen a creer que sí respetará nuestros fueros ciudadanos en tanto que usemos de ellos en el seno del orden y dentro de la órbita legal.

A esto hemos venido. Queden para otros unos recelos que consideramos impropios de nosotros e indignos también del General Gómez.

Bien sabemos que hasta en los que se llaman sus amigos hay quienes esperan que él cometa el crimen que –al decir de Guzmán Blanco– es el único que no soporta el pueblo venezolano; y sabemos también que otros, creyendo conocerle mucho, lo menos que temen de él es que nos imponga

un sucesor. Para unos y para otros nuestra actitud será incomprensible y acaso les parezca algo así como una tentativa de inútil sacrificio.

Mas no, fuera del cumplimiento de un deber, nuestra actitud corresponde al deseo de ofrecerle al General Gómez la oportunidad de probar que él no pretende imitar la conducta de sus predecesores en el Capitolio –origen de tantos infortunios– sino que anhela restituir a sus compatriotas su condición de ciudadanos libres en plena posesión de las garantías constitucionales, porque así y sólo así es como puede perpetuarse esta paz y ser grande y feliz la amada Patria.

Y aunque el tiempo nos trajere amargos desengaños, jamás nos arrepentiremos ni de haber cumplido con nuestro deber, ni de habernos abstenido de pensar mal del General Gómez antes de tener pruebas evidentes de atropellos al derecho de sufragio.

Y no es que nos sintamos inclinados a la lisonja, es que diversas y manifiestas circunstancias concurren al punto demostrativo de que el Magistrado que comenzó su gobierno con el alfa halagador del programa de diciembre, lo terminará con el luminoso omega de las elecciones libres en el corriente año.

El sabe muy bien que la guerra destruiría su obra, porque la guerra produce siempre complicaciones que nunca pueden ser previstas.

Ahí está, si no, como ejemplo, la guerra de los Balkanes. Cuatro Estados se aliaron para combatir contra Turquía, y después de vencida ésta, ¿qué ha pasado? Que los aliados están ahora desgarrándose entre sí y amargándose ellos mismos un triunfo que les fue tan costoso.

Así, tampoco entre nosotros podríamos prever las consecuencias de una guerra y por esto todos, todos debemos evitarla.

Por adversario que uno sea del General Gómez, preciso es reconocerle ciertas cualidades no comunes; pues no pudo él llegar a tan alto puesto dándole la gran zancadila a un hombre tan astuto como Castro, ni tampoco descartarse luego de tantos políticos intrigantes que aspiraban a dominarlo, como tan hábilmente se ha descartado, sino a favor de ciertas cualidades nada vulgares.

Y estas cualidades le librarán seguramente de estrellarse contra los escollos que han producido los grandes naufragios de los grandes ambiciosos de nuestra historia.

Ya él conoce perfectamente a nuestros hombres públicos, y por dolorosos desengaños sabe con qué impasibilidad entraban en Miraflores los que horas después irían muy merecidamente a ocupar un puesto en la Rotunda, y cómo iban de sonrientes y melosos a hacerle la corte por la mañana los que por la tarde ya estarían navegando con rumbo a Curazao.

Sabe él también que entre nosotros abundan los discipulos de don Vicente Amengual, de aquel viejo zamarro que le aconsejó a Andueza Palacio el continuismo para después decirle a Crespo: –Si yo no hubiera animado a Andueza en su descabellada aventura, usted no estaría ahora en Santa Inés.

Y a estas horas seguramente ya conocerá –por haberles leído la perfidia en la mirada– a muchos de los que podrían ofrecerle su espada para toda emergencia, como Domingo Monagas al mismo Andueza, y luego, con esa espada mostrarle el camino de La Guaira en un gesto de airada felonía como aquél se lo demostró al insensato usurpador del 92.

Gómez sabe también que a José Tadeo Monagas lo animaron sus servidores para que cometiera la primera usurpación que registra nuestra historia, y que a poco el Presidente del Comité Central de la revolución era nada menos que el Gobernador de Caracas, doctor Joaquín Herrera; y no ignorará tampoco que los generales Trías y Castelli, jefes de los principales cuerpos de tropa gobiernista, no le dispararon ni un solo tiro al ejército de Julián Castro, quien a los siete días de haber salido de Valencia y en un paseo triunfal, tomó a Caracas sin haber derramado ni una gota de sangre.

Por otra parte, hombre de trabajo como lo es el General Gómez, la guerra no fue para él sino un episodio, y de ahí la sinceridad de su devoción por la paz.

Ciertos estamos de que él no tiene otra aspiración para cuando baje del poder que consagrarse a las faenas del trabajo, imitando así el republicano proceder de Mr. Taft, quien bajó de la presidencia de los Estados Unidos para encargarse de una cátedra en la Universidad de Yale, y el doctor Carlos Restrepo, quien tan pronto como descienda del solio presidencial de Colombia, se pondrá al frente de una empresa de compra y venta de frutos, cuya gerencia le han ofrecido los señores Vázquez Correa, y otros comerciantes de Antioquia.

La paz es, pues, para Gómez, no sólo un timbre de orgullo como Magistrado, no únicamente una necesidad como propietario, sino un culto ingenuo que le viene desde cuando allá, en sus regiones andinas, obligaba a la tierra que le pagase el tributo que ella debe al hombre laborioso que la riega con el sudor de su frente.

La paz –tal es nuestra convicción– no es para el actual Presidente de la República una manoseada figura de la retórica política. La paz está en el corazón, en el cálculo, en las costumbres y hasta en las conveniencias particulares del General Juan Vicente Gómez.

Por regla general, todos los presidentes de Venezuela han querido que tras de ellos se encendieran las hogueras de la guerra civil y por esto ha entrado en sus siniestros planes la imposición de un sucesor, cuya impopularidad provocase sangrientas rebeliones, para que las mil contingencias de las contiendas armadas hiciesen posible su vuelta al poder o siquiera para que se les echase de menos.

Pero el General Gómez no podrá proceder así; y los que de esto duden, porque no crean en su patriotismo, tendrán que convenir en que a nadie más que a él podría serle funesta una revolución, por sus cuantiosos bienes de fortuna y porque una guerra –¡tantas cosas se han visto!– podría traernos a Castro.

¡Ah!, cuántos agentes del ex-Restaurador estarán a estas horas susu-

rrando amenguálicamente al oído del General Gómez la tentación del continuismo.

Castro quiere esa bandera; la necesita; la ha esperado cuatro años, y es probable que esté dispuesto a conformarse con la bandera de la coacción electoral.

Hay que no dársela, y éste es uno de los motivos de nuestra propaganda.

Dejándonos el campo libre, respetando nuestro derecho y aprobando nuestra actitud, el General Gómez probará que bajo su gobierno hubo elecciones libres, que quien le suceda en el poder será ungido por la voluntad de la Nación y que siendo así no habrá motivo, ni podrá alegarse pretexto alguno para ponerle fuego a la Patria con la tea de las discordias fratricidas.

Saltan, pues, a la vista la utilidad y la conveniencia de nuestra actitud.

En cuanto a su legalidad y a su justicia, la manera cómo habremos de desenvolver nuestra propaganda exhibirá de relieve esos atributos, que la harán inatacable, a menos que contra ella se alce airado el brazo del despotismo.

Mas no hay que temerlo. Dios no ha podido escribir en la Historia de Venezuela el capítulo de la Reacción sino como el prólogo de la verdadera República.

Y esa República verdadera no puede venir sino después de unas elecciones libres; tan libres, que de ellas se desprenda el triunfo de la soberana voluntad popular.

Para este bien supremo; para la efectividad de esta ardiente aspiración nacional, basta con que todos los venezolanos nos aprestemos a cumplir con el impretermitible deber que nos impone nuestra condición de ciudadanos.

No; no pensemos en prisiones, ni en grillos, ni en cargas a la bayoneta.

El General Gómez no querrá rematar así una obra que él ha querido oponer a la obra de Castro.

Y aunque lo pretendiese, ¿dónde hay cárceles para todos los venezolanos? ¿Para cuándo podrían forjarse centenas de millares de grillos? ¿Quién podría atreverse a sacrificar a todo un pueblo?

De la firme actitud de los venezolanos dependería, pues, el triunfo, si ya no estuviera garantizado por la rectitud que hay que presuponer en el General Gómez, mientras no tengamos pruebas en contrario, y por su innegable interés en que esta paz se consolide del único modo que puede realmente consolidarse, tanto para su gloria como para su conveniencia particular.

Hoy por hoy el General Juan Vicente Gómez hállase en la misma situación política en que se hallaba el General José Antonio Páez al fin de su primer período constitucional, allá en el amanecer de la República.

La necesidad suprema de entonces era afianzar la paz, porque frente a frente de la joven Venezuela estaba el enemigo común, España, aspirando a la reconquista de sus dominios en América.

Páez, no obstante ser el caudillo más poderoso de cuantos ha tenido nuestra tierra, comprendió sensata y patrióticamente que no podía usurparse el poder sin producir un desquiciamiento horroroso en los aún frescos cimientos de la república, trastorno de que España habría de aprovecharse, y asimismo que tampoco podría imponer como sucesor a uno de sus tenientes sin que esto, produciendo resentimientos en los otros, diera pábulo a la división de su partido y quizás a la extinción de su prestigio.

En tal conflicto optó por la solución clara y feliz que le indicaban su buen sentido, su republicanismo y la Constitución.

Las elecciones fueron libres, "libérrimas" –según el testimonio de Antonio Leocadio Guzmán, enemigo de Páez– y a la silla presidencial subió el doctor José María Vargas, candidato de la mayoría popular.

Y aunque es verdad que a poco, dando un golpe de cuartel derribaron al presidente los revoltosos del partido militarista, cierto es también que, habiendo Vargas apelado al prestigio de la espada de Páez, y contando éste de antemano con el apoyo de la Nación entera, "las multitudes le salieron al encuentro" y en sólo catorce días dispersó a los insurrectos y restableció el gobierno constitucional de la República.

Tal podría ser ahora la envidiable situación del General Gómez, si comprendiendo la necesidad de estrechar filas ante el peligro común, que es Castro, y la conveniencia personal de no herir moralmente a sus amigos dando a algunos de ellos la preferencia a que tantos aspiran, permite que sea el pueblo quien decida y resuelva el problema de la sucesión constitucional.

Esto se lo aplaudirían sus mismos partidarios lealmente adictos a su persona y que por sobre toda aspiración egoísta quieran que él asegure un puesto de honor en el corazón de sus conciudadanos y que se cubra de una legítima gloria que le reportará gran suma de admiración y simpatías y una indiscutible influencia para el porvenir; gloria que imbécilmente han desdeñado sus antecesores para cubrirse de ignominia, labrando así su propia desgracia y también la desgracia de la Patria.

El gran desiderátum de la política actual no puede ser otro que evitar la vuelta de Castro.

Y para eso es preciso, es imprescindible que el General Gómez no le dé la bandera con que él está contando, así como también que el gobierno que a éste suceda sea rigurosamente constitucional, de tal modo que, siendo inataclable en todos los flancos y disponiendo en absoluto del apoyo nacional, pueda en cualquiera emergencia hostil garantizar la paz con la espada de Gómez, como el gobierno del doctor Vargas reivindicó sus fueros –en ¡catorce días!– con la popularidad de que era dueño y con la lanza aliada del Héroe de las Queseras.

Para las contingencias azarosas de lo porvenir necesítanse tres factores en perfecta armonía: un presidente civil, modesto y sin presunciones de caudillo; la opinión pública satisfecha y orgullosa de haber triunfado; y la espada de Gómez en actitud abnegada y pronta al servicio de la paz y

del nuevo gobierno para salvar su obra.

Cipriano Castro es en nuestros días para esta actualidad lo que en otro tiempo fue España para la infantil República: el enemigo común.

Todas estas consideraciones tienden a señalar las condiciones que ha de tener el candidato popular para el próximo período constitucional.

Debe ser, ante todo, un patriota que jamás anteponga ni sus intereses particulares, ni determinados intereses transitorios a los altos, eternos y sacratísimos intereses de la Patria;

debe subir a la curul presidencial con el radiante ideal de agrupar a su redor a todos los venezolanos de buenas intenciones para laborar con él en la noble tarea de asegurar el reinado de la Paz y de la Justicia, aprovechando toda honrada voluntad y toda energía encaminada al bien;

debe ser un civil, que no infunda recelos ni a los pueblos que temen siempre la aparición de nuevos caudillos; ni a los militares a quienes tanto desazona el encumbramiento de algún émulo afortunado sin el concurso de sus espadas; ni al actual Presidente, a quien podría producir inquietud el ensoberbecimiento y el aumento de prestigio en un militar, que llegado el caso, fuera capaz de negarle las consideraciones a que es acreedor como creador de esta situación y de prescindir de sus servicios para mantener el Imperio de las Instituciones y de una paz que le debe su existencia y que él considera como la hija predilecta de su espada de guerrero y de su bastón de magistrado;

debe no haberse agitado en la lucha política durante esta Administración, para que así, ni trayendo pasiones enardecidas, ni habiendo recibido ni inferido heridas, sólo traiga en el pecho un espíritu de tolerancia para todas las flaquezas y en el corazón mucho amor y nada más que amor para todos sus compatriotas;

ha de ser hombre de buena fe, en cuyas promesas puedan creer hasta sus enemigos, y de una bondad de índole tal, que a nadie alarme el que a sus manos se confíen, junto con las riendas del poder, la suerte de sus conciudadanos;

debe tener la perspicacia política de comprender que así como en el cultivo de los campos se emplea el estiércol como agente fecundante, en las labores del gobierno pueden también utilizarse aquellos elementos contagiados por el medio corruptor, pero que, modificándose por el ejemplo edificante y por la acción purificadora de nuevas tendencias serán aptos para entrar como factores de una radical transformación política;

ha de ser un fervoroso amante de la paz no sólo por instinto sino por cálculo, a fin de que, no sintiéndose inclinado a lanzarse en osadas aventuras que puedan provocar contiendas fratricidas, sepa conciliar, allegarse y utilizar todas las fuerzas vivas de la Nación, conteniendo al mismo tiempo a los ambiciosos;

debe ser aceptable tanto para los que son llamados godos como para los que se llaman liberales;

debe pertenecer al número de los que, agradeciéndole al General Gó-

mez el gran beneficio nacional de la Reacción de diciembre, sea, no sólo capaz de perdonarle y aún de olvidar sus desaciertos gubernativos –inevitables en toda labor humana– sino de profesarle muy ingenua y perpetua gratitud si permitiendo unas elecciones libres hace posible el triunfo de la voluntad popular y por ende su exaltación a la Presidencia para completar republicanamente la obra de la patriótica Evolución de 1908;

debe no considerar a los andinos como extranjeros invasores que nos han conquistado, sino como a compatriotas que aprovecharon con Castro el momento psicológico –como los llaneros con Páez, los corianos con Falcón y los orientales con Monagas– para venir al centro, los unos en pos de necesarias reivindicaciones que hicieron inevitables los malos gobiernos anteriores; los otros por un espíritu de aventura que los de por aquí fueron en diversas ocasiones a enseñarles hasta en sus apartadas montañas; y los restantes para cobrar cuentas viejas que dejaron pendientes por allá ejércitos que procedían como hordas de vándalos y magistrados que no eran sino sátrapas odiosos cuya ciencia de gobierno consistía en oprimir y robar;

y debe, por último, ser tan enemigo político como personal de Castro, para que no sea posible ningún acuerdo entre ellos mediante el cual el nuevo Presidente haga del General Gómez una víctima propiciatoria para congraciarse con aquél y obtener su apoyo y el de sus amigos.

Todas estas condiciones, capaces de garantizar al País un buen gobierno, de ser fianza segura de una paz estable y de asegurar al General Juan Vicente Gómez y a sus amigos las lícitas prerrogativas a que tienen perfecto derecho como factores principales de una evolución que nos libertó de un luctuoso despotismo, así como también la gratitud muy sincera y muy firme de un pueblo que después de tantos y tan largos años recobrase el sagrado derecho de elegir; todas esas cualidades, decimos, están admirablemente reunidas en el

DOCTOR FELIX MONTES,

nuestro candidato para la Presidencia de la República en el período constitucional de 1914 a 1918.

Sí, ese hombre, raro ejemplar de una especie de patriotas que llevan tanta luz en el cerebro como virtudes en el corazón, ese hombre aparece en este solemne momento histórico como el vértice del ángulo formado por las aspiraciones populares y por las conveniencias gubernativas.

Sabiendo, como sabe él, cuán poderosa es la tarea de regir a una nación, no desdeñará ningún átomo de fuerza bien intencionada de cuantos pudieran ofrecerle su concurso para ayudarle a sobrellevar su carga de responsabilidades;

hombre de letras y de ciencia, no aspira a un caudillazgo que no está en sus costumbres ni en su inclinación, y comprende cuán útil podría serle la espada del General Gómez para fortalecer su autoridad y para oponer-

la a las pretensiones de Castro si intentara "restaurarnos" por segunda vez;

consagrado como ha estado al ejercicio de su profesión, las luchas de la política ni le han producido resentimientos, ni le han enajenado voluntades;

su hombría de bien, que persona alguna no osará poner en duda, es la mejor garantía de que a nadie perseguirá injustamente y de que no atacará ningún legítimo derecho;

dotado de un raro don político sabrá, con certera sagacidad, conocer a aquellos que han sido víctimas más del medio y de la época que de un instinto perverso, para convertirlos en útiles elementos de orden, de bienestar y de armonía;

sabiendo que sólo en la paz podrá desenvolver su patriótico programa de gobierno, la paz será el móvil principal de sus impulsos, y para hacerla firme y fecunda pedirá y se esforzará por conservar el apoyo de los que hasta aquí han sabido garantizarla;

su situación respecto a los intereses banderizos la define este incidente: cuando don Domingo Antonio Olavarría publicó su terrible libro contra el Partido Liberal de Venezuela fue el doctor Montes el único que defendió de manera culta y gallarda y el único de sus contendores a quien el célebre polemista conservador rindió homenaje de aprecio y de alabanza en una contrarréplica de que son buena muestra estas palabras: *Inteligente, decoroso y culto se presenta el contendor y hay que agradecerle y aplaudirle su actitud... Vaya un aplauso sincero al joven que así comienza a exhibirse en las justas de la discusión que ilustra, sin dejar rastros de amargura*. Por ser así el doctor Félix Montes, es tan aceptable para los unos como para los otros. Para los amarillos porque le deben esa entusiasta y generosa aunque ineficaz defensa, y para los contrarios porque saben que no es él de los que han medrado, ni de los que se han enlodado, ni de los que han oprimido a la sombra de la bandera enclavada por tantos lustros en las almenas del Capitolio;

como fue de los que saludaron el sol del 19 de diciembre como a un sol de redención, la obra del General Gómez tiene para él mucho de gloriosa: sus gestos reaccionarios, su tendencia a la paz, su afición al trabajo; y mucho de dolorosa: sus errores, provenientes quizás en su mayor parte de la inmerecida privanza de ciertos políticos desprestigiados y funestos, ya por suerte casi totalmente alejados de la cosa pública pero contrapesándose las buenas y las malas impresiones de esa labor gubernativa en el recto criterio del doctor Montes, él sabría agradecerle al General Gómez, no sólo como un beneficio propio, sino como un inmenso beneficio nacional, que fiase a la virtud de la libertad electoral la solución de lo que hoy aparece ante la expectativa pública como el más grave problema de la época;

andino odioso que se le citase él podría mencionar varios del centro no menos execrables.

justiciero por sobre todo y de una ecuanimidad admirable, oímosle decir a alguien, en cierta ocasión, que no eran los andinos los principales responsables de las calamidades de que el otro se quejaba, pues por cada andino odioso que se citase el podría mencionar varios del centro no menos excecrables;

y en cuanto a la condición de enemistad personal y política para con Castro que debe caracterizar al candidato presidencial para el próximo período, el nuestro la tiene tan acentuada y ostensible como es de desearse; puesto que proviene, políticamente, de sus principios genuinamente liberales, y personalmente, de la defensa de la Compañía del Gas y de la Luz Eléctrica, defensa que estuvo a cargo del doctor Montes y con la cual hirió profundamente los ilegítimos intereses del General Castro.

Sabe el doctor Félix Montes que el ex-dictador no le perdonará esto jamás, y Castro, a su vez, comprende que el doctor Montes nunca jamás transigirá con él. Y siendo así, como lo es, la causa particular de nuestro candidato y la del General Gómez tienen ese punto de contacto, que se presta admirablemente para favorecer y determinar una perfecta inteligencia entre ambos, de manera que de esa armonía –sin menoscabo para el decoro del uno ni para las consideraciones a que es el otro acreedor– resulte mayor consistencia para la paz, más fuerza para la autoridad del nuevo Presidente, absoluta seguridad para el General Gómez y mayor gloria para entrambos.

Recientes acontecimientos habrán probablemente persuadido al General Gómez, de que no debe contar a ciegas sino con una sola gratitud: con la innegable gratitud del pueblo.

El pueblo, y sólo él sabe ser agradecido para con sus bienhechores.

Pero hay que conquistar esa gratitud no con palabras sino con hechos.

Y ¿qué mayor beneficio podría hacerle el General Gómez a este pueblo que el de permitirle conocer un bien de que ya ha perdido la memoria, el bien supremo de elegir libremente a los árbitros de sus destinos en el próximo período constitucional?

El corazón de ese desventurado pueblo, tan agobiado de infortunios, tan acibarado de desengaños; el noble y generoso corazón de este pueblo será todo gratitud, todo cariño, todo lealtad para el hombre que abrió su gobierno libertándolo de Castro y que puede terminarlo permitiendo el triunfo de la soberana voluntad popular en los comicios.

Y como estamos convencidos de que nuestro candidato será aceptado por todos los venezolanos, su triunfo representaría la síntesis de las conveniencias y de las aspiraciones de todos.

Agradecido el pueblo, no tendría sino respeto y cariño para quien acabó con una oprobiosa tiranía que lo humillaba y lo oprimía, y que después le devolviese la práctica de una función republicana.

Nada significarían entonces los desaciertos del General Gómez para sentarse luego con el pueblo en el banquete de la concordia nacional, como nada significaron los pecados de Dimas para que Jesús le dijese: Mañana estarás conmigo en el Paraíso.

Leal y sensato, el doctor Montes no tendría necesidad de inmolar al General Gómez para captarse la buena voluntad de la Nación, puesto que de antemano contaría con ella y porque bien vería que el País no podría aprobarle que con una iniquidad correspondiese a quien tan hidalga y patrióticamente habíale dejado franco el paso para llegar a la Silla Presidencial.

Hay que tener en cuenta –y esto importa mucho no olvidarlo –que, por regla general, los presidentes que reaccionan contra sus predecesores son aquellos que le son impuestos a la Nación y que, sintiéndose luego en el vacio del desprestigio y humillados por la tutela de su protector, comprenden que inmolar a éste es el medio mejor de atraerse la buena voluntad de sus conciudadanos.

Gómez no hubiera reaccionado contra Castro si hubiese llegado a la Presidencia por unas elecciones libres.

Confiando, por esto, el General Gómez, tanto en la gratitud del pueblo como en la lealtad de su sucesor, volvería a dar el democrático espectáculo de aquellos presidentes que, después de entregar las riendas del poder, tras unas elecciones libres, tornaban a las labores del campo acompañados de las bendiciones y del amor de sus conciudadanos

Creen muchos que la trasmisión de la autoridad suprema constituye un arduo problema político de imposible solución; pero los que tal piensan es porque suponen al General Gómez capaz de hacerse revolucionario en Miraflores e incapaz de fiar su suerte a las precisas soluciones de la Ley. Es porque imaginan que fuera de la usurpación o de la imposición de un candidato no hay otro modo de resolver el conflicto.

Y se dicen: Si Gómez se usurpase el poder, les daría la bandera revolucionaria que están esperando tantos ambiciosos, vendría la guerra irremisiblemente, y con ésta sabe Dios cuántas calamidades para la Patria, porque a los enemigos del Presidente se sumarían los que no le aprobasen la aventura, ya por no correr sus riesgos, ya por verse chasqueado en sus aspiraciones, o ya por espíritu de rectitud. Si impusiese un candidato –añaden– la bandera no sería la del continuismo, pero sí la de la burla electoral; el amigo preferido veríase hostilizado por los amigos despechados, y sintiéndose débil, y por otra parte, humillado, por deberle la Presidencia a un solo hombre, y temiendo, además, que éste lo sometiese a una tutela insufrible, intentaría congraciarse con el país sacrificando a su protector en una violenta reacción.

Y para pensar así los tales se apoyan en las enseñanzas de la historia, sólo que no la abren por donde debieran abrirla; pues si bien es cierto que todos los usurpadores, que todos los que han impuesto presidentes y que todos los presidentes impuestos, desde José Tadeo Monagas hasta Cipriano Castro, han tenido mal fin, innegable es tambien que los primeros presidentes contitucionales de Venezuela, después de haber dejado a los pueblos que eligiesen libremente, entregaban el poder a los elegidos y se retiraban al hogar y a sus faenas sin temer nada, sin temor a nadie.

¿Y por qué no hemos de esperar que el General Juan Vicente Gómez proceda así?

Si a la gloria radiante de la Reacción suma él la gloria aún más esplendorosa de presidir unas eleciones libres, como deben ser las de toda república, este pueblo no podrá tener sino mucha gratitud, mucha admiración, mucho cariño y mucho respeto para quien de tal modo, poniendo fin, al despotismo restaurador, dio principio a una labor bien intencionada que, aunque no exenta de errores –quizas debido principalmente a la desacertada elección de ciertos segregados colaboradores– habrá de penetrar en los dominios de la historia envuelto en el prestigio luminoso de la libertad electoral.

Los verdaderos amigos del Presidente comprenden que, efectivamente, ésta sería la fórmula salvadora para todos, menos para sus enemigos.

Y nosotros creemos algo más: creemos que ésa sería la manera de hacer morir a Cipriano Castro de envidia y de tristeza; porque Castro no ha podido esperar cuatro años sino alimentándose con la esperanza de ver a Gómez, poseído del delirio de la ambición, abrazado a Venezuela en un espasmo de locura y rodando entrambos por un precipicio que terminase en un abismo de perdición y ruina, de oprobio y sangre: en el insondable abismo de una segunda Restauración.

Si Castro viera que Gómez nos daba lo que él no pudo darnos en nueve años de dominio, libertad electoral, y que luego de entregar el poder bajase las gradas presidenciales para caer en brazos de sus conciudadanos en delirante ovación, y entre ellos vivir tranquilo y confiado en su cariño, en su gratitud y en su hidalguía; si Castro viese que de ese modo Venezuela y Gómez aseguraban su felicidad futura, ¿podría soportar que así se defraudaran sus esperanzas, las perversas esperanzas con que se viene alimentando desde hace cuatro años?

Los que juzguen al General Gómez incapaz de toda mira patriótica, de toda idea sensata, de toda tendencia legal y de todo abnegado propósito, no esperarán de él sino lo que otros han realizado para desgracia de la Patria y perdición de ellos mismos.

Nosotros sí le creemos muy capaz –desde que apartó la funesta camarilla de la vieja escuela– de tomar el camino recto, el camino de la ley, de la Razón y de la Verdad para asegurar su obra, para consolidar la paz, para dar una noble lección a los gobernantes de lo porvenir, para cubrirse de legítima gloria, para vivir por siempre en el corazón de sus conciudadanos y para seguir habitando en Venezuela como habitaron los que en otro tiempo dieron al país elecciones libres.

Y en prueba de que sí le creemos capaz de ello, aquí estamos en nuestro puesto de honor, con la pluma del diarista en la mano y con la fe de los carbonarios en el corazón.

¿Cómo corresponderá el Gobierno a nuestra actitud? La historia lo dirá.

Por lo pronto nos basta con saber que estamos cumpliendo con un deber, y con esperar que el General Gómez cumpla con el suyo.

Bien se nos alcanza que no faltará quien al punto, y con ínfulas de oráculo, le aconseje que suprima *El Pregonero* y que nos mande a la cárcel sin pérdida de tiempo. Eso también le aconsejaron algunos omniscientes cuando desde las columnas de *Atenas* le dirigimos la primera carga al general Cipriano Castro; pero Gómez entonces, después de oír en silencio los diversos pareceres, cogió el periódico, encerróse en su cuarto, lo leyó con calma, meditó, penetró nuestra intención patriótica y vio claramente lo que otros que se creen con más talento y con mejor tacto político no lograron ver: vio la conveniencia de proceder con justicia y dirigió al Gobernador del Distrito Federal aquel célebre telegrama de Maracay.

Hoy deseamos también que el General Gómez nos conceda el favor de leernos a solas y que a aquellos que le aconsejen medidas atentatorias les lea la intención en la mirada; porque él debe fiarse más de adversarios francos y leales como nosotros que de ciertos amigos como los que ha puesto en moda Satanás.

¿Estaremos solos? Tampoco queremos pensar en ello.

Nos consta que el País entero tiene sed de libertad para ir a los comicios; sólo que espera que se la den, olvidándose de que la libertad no se pide, sino se toma.

A los benévolos y entusiastas amigos que espontáneamente –ya verbalmente, ya por cartas– nos han excitado para que presentemos nuestra candidatura a la Presidencia de la República, dándole así una desmedida importancia a nuestros humildes servicios en la causa del civismo, y que nos han ofrecido, además, el concurso de las personas de su influjo, debémosle una explicación y vamos a dársela.

Si todos nuestros compatriotas tuvieran la certeza de que las elecciones serán libres, o si estuviesen siquiera animados de ese santo optimismo que a nosotros anima, no vacilaríamos en pedirles sus votos para regir la Nación desde la cumbre de su Primera Magistratura; pero no siendo así, comprendemos que la candidatura independiente debe ser forjada a martillo, con el martillo de una tenaz y entusiasta propaganda que, hoy por hoy, nadie mejor que nosotros podrá sostener, porque nadie dispone de un periódico tan popular como éste, porque nadie posee nuestro entusiasmo, ni nuestra fe, ni nuestra tesonera audacia, ni este nuestro inquebrantable optimismo que es nuestra fuerza y nuestra gran virtud ciudadana.

Permitiéndosenos un símil extravagante diremos que como para esta procesión cívica necesítase un santo que la presida y un campanero que la repique, preferimos que el doctor Félix Montes desempeñe el principal papel, porque él tiene, para regir los destinos de la República, condiciones muy superiores a las que nosotros pudiéramos aportar, sin ninguno de nuestros defectos e inconvenientes, en tanto que para propagandista él carece de los medios de que nosotros disponemos; no igualan a los nuestros sus servicios en la prensa; ni tampoco confía él tanto como

nosotros en el poder eficiente del civismo para resolver los altos problemas nacionales mediante las fórmulas republicanas.

Por otra parte, nosotros hemos luchado: hemos recibido y dado golpes: no todos creen en nuestro perdón ni podemos contar con el perdón de todos.

¿Y con qué libertad de acción podríamos reclamar de nuestros compatriotas el cumplimiento de un deber, si esto pudiera considerarse como mira de interés personal?

En situación desairada, por lo menos, nos veríamos excitando a los otros a que fueran a votar por nuestra candidatura cuando bien pudieran atribuir esa actitud a una mera ambición de nuestra parte y no a un impulso patriótico ni a la conciencia plena de los grandes deberes que la Patria y los tiempos nos imponen.

Además, como la época reclama ejemplos de abnegación y desprendimiento, queremos dar el nuestro que, aunque insignificante, por la improbabilidad del triunfo de nuestra candidatura, no deja, sin embargo, de significar algo si se considera el alto honor que representaría para nosotros el figurar como candidato a la Presidencia de la República aun cuando fuera de un reducido número de amigos.

Que cada cual aporte, pues, su óbolo de abnegación para la grandiosa obra de cimentar el porvenir de la República sobre la base de la voluntad nacional.

Abnegación, sí: abnegación en todo, en todos y para todo.

Ya es tiempo de que tengan fin las ambiciones desenfrenadas y bastardas que han sido manantiales de infortunio para este desventurado País. Tiempo es ya de que sepamos ser patriotas.

Vamos, pues, a los comicios: sereno el espíritu, con la conciencia puesta en Dios, abierto el corazón a la tolerancia y al perdón, reverentes a los deberes que la Patria nos impone, y confiados en que el General Gómez no querrá desmentir a los altos fines de la Reacción de diciembre, sino antes bien, demostrar que se puso al frente de ese movimiento nacional, no por menguadas miras personales, sino para asegurar la efectividad de la república y para captarse por siempre jamás la gratitud de sus conciudadanos, que es el ambiente propicio en que respira el alma del patriota.

No está en la Constitución vigente establecido el voto directo; pero como son los pueblos los que eligen los diputados al Congreso Nacional y a las Legislaturas de los Estados, para que éstas elijan los senadores, los pueblos deben comunicar a sus representantes sus aspiraciones para que puedan éstos llenar acertadamente su honrosa misión.

Tal sucedió cuando se acercaba el período constitucional que ya toca a su término; pues cuantos aplaudimos la evolución del 19 de diciembre nos pronunciamos por la candidatura del General Juan Vicente Gómez, aunque tampoco habíamos de elegirla directamente, para que expresada así la voluntad popular, los miembros del Congreso supiesen a quién debían ungir con su voto para que quedasen cumplidas las aspiraciones de sus comitentes.

Ahora también debemos todos fijarnos en un candidato que pueda garantizar la paz y la ventura de la Patria, y en torno de esa candidatura formar sociedades que trabajen por llevar a la Cámara de Diputados y a las Legislaturas seccionales aquellos electores que, interpretando nuestro querer, exalten al solio presidencial de la República al ungido con las simpatías populares.

Formemos, pues, sociedades electorales que, unidas en el patriótico propósito de cumplir con el más ingente de los deberes del ciudadano, promuevan y determinen la cristalización de la voluntad nacional en un Congreso que, dueño de su acción, corresponda a las aspiraciones populares dándonos un Presidente como el que hoy recomendamos a la consideración de los venezolanos.

Es de advertir que nuestra labor es labor de armonía; que no venimos a intrincarnos en discusiones estériles e ingratas; que no atacaremos a los otros candidatos, ni los discutiremos siquiera; pues no haremos depender el buen éxito de esta propaganda de la demostración de que aquellos son malos, sino de la comprobación de que el nuestro es bueno.

Tampoco venimos a combatir errores ni a deshacer entuertos gubernativos.

El Pregonero fue en otros días periódico de oposición y de combate contra una política de camarilla que logró vencerlo, pero que al cabo el General Gómez reconoció como funesta a los intereses de la Patria, a la armonía nacional y al buen nombre de su administración.

Hoy nuestra campaña es netamente electoral y a ella consagramos todos nuestros afanes, todo nuestro tiempo y todas nuestras energías.

En vano será, pues, que otros soliciten nuestro concurso para impugnar tal o cual medida gubernativa, ni para defender esta o aquella víctima de atropellos que estén fuera de la órbita de los asuntos electorales; pues como jamás procedemos en la prensa sino con el más perfecto conocimiento de causas y efectos, necesitaríamos no dar pasos en falso, emplear en averiguaciones y en el análisis de las cuestiones que se nos sometieran un tiempo que nos es en absoluto indispensable para llevar nuestra propaganda con la tenacidad y perseverancia requeridas.

En estas columnas, por lo tanto, no hallarán eco sino aquellas protestas originadas por violaciones del derecho de sufragio y por cuantos actos gubernativos se opongan de algún modo al ejercicio de esa fundamental función republicana.

Fijado así nuestro rumbo, que nos sigan los que reconozcan que ya estamos algo crecidos para esperar que nos lleven a la boca el manjar de la libertad; los que convengan en que la Patria no se compone hablando necedades en las cantinas ni combinando planes de campaña o programas de gobierno en las plazas públicas y en las sobremesas del hogar; que nos sigan los que estén dispuestos hasta el sacrificio si fuere inevitable, los que confíen en la eficacia de las salvadoras fórmulas del civismo para las grandes reivindicaciones populares, los que quieran mostrarse dignos ¡una vez siquiera! de la Patria que nos legaron nuestros mayores, los

que reconozcan que antes de lanzar contra el General Gómez el cargo de usurpador o de que pretende imponernos su omnímoda voluntad, es preciso tener pruebas de ello, y los que confiando en las promesas de este magistrado y ateniéndose a su sensatez y a su patriotismo quieran, con nosotros, abrirle esta puerta legal para salvarse y para salvarnos; porque con el doctor Félix Montes en el Capitolio, empuñando las riendas del poder, gobernando sin odios y reconociendo a cada cual su mérito; con el General Juan Vicente Gómez en sus campos, entregado al trabajo que tanto ama, como lo estuvo Cincinato en la antigua Roma, como Páez, Vargas y Soublette en la infancia de Venezuela; como lo está actualmente Mr. Taft en la gran república del Norte y como en breve lo estará Restrepo en Colombia, pero pronto a cambiar las herramientas agrícolas por la espada vencedora en El Guapo, Matapalo y Ciudad Bolívar para defender noblemente al Gobierno y contener a los ambiciosos; con nosotros aquí y con otros que nos secunden, dando pruebas de una amistad sin servilismo, censurando lo malo, aplaudiendo lo bueno y trasmitiendo honradamente a las regiones oficiales las quejas y los anhelos de la opinión pública, y con el pueblo satisfecho de su triunfo, confiado en la justicia de su Presidente y regocijado de ver garantizada una paz digna y sólida por la rectitud de un hombre de bien, por la espada del creador de esta situación y por una prensa libre –válvula de seguridad de los pueblos civilizados– con esos cuatro factores de justicia, de fuerza y de orden, la República será tan venturosa y próspera como la soñaron nuestros libertadores.

A los poderes constituidos; a nuestro candidato; a los colegas de la prensa nacional; a los buenos ciudadanos; a nuestros adversarios también: ¡salud!"

Documento tan insólito, tan desusado, tan extraordinario, provocó una de las medidas más patrióticas y sabias del General Gómez. En "La Mulera" hubiera bastado con un trabucazo de "cachito"; en Caracas hubo que proceder de otro modo, si bien con igual energía.

Y esa misma mañana se le allanó la imprenta a Arévalo González, se le trajo a "La Rotunda" y se le remacharon dos pares de grillos. El otro malhechor, el doctor Montes, se refugió en escondites diversos y huyó del país.

Estremece pensar la sangre fría con que este hombre y su cómplice, el llamado doctor Montes, premeditaron y llevaron a cabo tal delito de leso gomecismo.

Este documento, cuya reproducción íntegra se hace por vez primera, pues que la edición de *El Pregonero* fue ocupada y destruida y sólo escaparon pocos ejemplares en Caracas y los que salieron por correo la noche antes para los estados, echaba por tierra el plan que tenía adoptado Gómez entre los tres principales que se le presentaron... Esto es: pasa el período eleccionario, no concurre nadie a las urnas, no se lanza candidatura, el pueblo no vota por nadie, yo estoy en el poder, *ergo*: yo me quedo

por voluntad del pueblo. Su silencio es una aquiescencia; su abdicación del derecho electoral es mi elección tácita.

A mediados del año 15 ó 16 alguien, caritativamente, movido a piedad por la suerte de la familia de Arévalo González –una esposa, cuatro niñas y un niño– que dependían del trabajo del padre, acercóse a Gómez y exigióle la libertad del periodista caraqueño.

–A todos soltaré tarde o temprano –dizque repuso– pero a Román Delgado, a Uzcátegui y a Arévalo González, no...

–¿Es que Arévalo, general, está en el mismo caso de los otros dos?

–No, no está... –evadió ya desasosegado e impaciente– pero por ese hombre tuvimos que inventar lo de la guerra con don Cipriano y todo eso que *busté* conoce.[1]

[1] De la nota escrita comunicada por Arévalo González al autor, La Rotunda, 1920.

CAPITULO XXII

La tragedia de los dos sacerdotes – Cómo murieron – La obra del veneno – Desde Locusta hasta Juan Vicente – La fórmula reciente del agua Tofana en café – Historia de los resultados de la llamada "conspiración" Delgado-Chalbaud – Más allá del bien y del mal: más acá de la bestia – A través del tormento – La cadena de los instintos y sus eslabones – ¿Quién traiciona a quién? – Al margen de una noche del Evangelio – La "piedad" del "hombre fuerte y bueno" de Gil Fortoul – Desde mi "periscopio" – Un régimen para adelgazar – Comentarios de vecindad – El "jefe único" y el "cojo único" – El Padre Mendoza y el Padre Monteverde – La actitud del clero de Venezuela y las recientes emisiones de obispetes – El hermanito de Andrade Mora – Gritos y delirios – Las pesadillas del hambre – Traslado de presos – Como en el cinema... – Voilà Juliac! – El Padre Lobera y sus veinticuatro horas de arresto – Cuadro clínico del "caso" Carlos Borges o las catástrofes del alcohol y de la satiriasis - El "delirium tremens" en su forma literaria – A la sombra del púlpito... – La muerte de Ramón Isidro Rendón – Una insinuación para las "sociales" – El joropo final.

Febrero - Marzo 1919

OTRA OLA pávida cayó sobre la capital y barrió hacia la esquina del Hoyo el 13 de noviembre de 1915 al presbítero Evaristo Ramírez, canónigo racionero del Cabildo Metropolitano, a su cuñado el señor José María Franco, al señor Francisco Rivero Saldivia, al señor Eduardo Porras Bello, antiguo periodista y director de *El Tiempo* de Caracas, al presbítero Tomás Monteverde, capellán de la Trinidad, al doctor Francisco de Paula Reyes, al teniente-coronel Carlos García Carvallo – muerto en diciembre del siguiente año –, al señor Dionisio Borges, al Doctor Arnaldo Morales, antiguo Ministro de Instrucción Pública y también de Hacienda, libertado pocos días después, al poeta zuliano Ildemaro Urdaneta [2],al coronel Ponte Urbaneja, y al general Antonio Ramos, puesto en libertad luego y que ahora se le ha traído aquí de nuevo, a una de las celdas de enfrente.

[2] Se le libertó el 31 de diciembre de 1921. Dos años más tarde, publicó la prensa oficiosa la siguiente carta: "Caracas, 4 de abril de 1923. Señor general J. V. Gómez, etc. Miraflores. Mi respetado Jefe: Leyendo su mensaje al Congreso me he sentido feliz, como servidor entusiasta de usted y como venezolano admirador de sus glorias. Es un documento que baña de honra su egregia personalidad de magistrado, porque le dice una vez más a la República, con su sencillo y elocuente lenguaje, cómo no son palabras transitorias, sino hechos que ven

Dos años más tarde, en 1917, fue sorprendido en una playa de La Guaira, en el momento de embarcarse para huir del país el presbítero doctor Régulo L. Fránquiz, Canónigo Doctoral del Cabildo Metropolitano. Amarrósele con una cuerda, se le dio de palos y se le trajo a pie, por el cerro, descalzo hasta "La Rotunda"[3]. Aprehendieron también a Antonio Pío García, R. Porras Ortiz, Pedro Bosque Fernández [4] y a un señor Ventura Hernández, a este último porque le tuvo escondido durante un año, y a los otros porque le estaban ayudando a embarcarse. A estos señores los soltaron el 13 de junio de 1919.

Para la fecha de aquellas detenciones se encarceló al señor Gómez Ordaz, que con el mencionado Dionisio Borges está en la Rotunda de los criminales, con otros arbitrariamente sepultados allí. Antonio Pío García fue preso de nuevo el 12 de enero de 1918 y aún permanece. Un oficial, cuyo nombre no pude obtener, sucumbió en el Cuartel de Policía a tormentos, en esos mismos días.

Los presbíteros Fránquiz y Ramírez murieron envenenados, uno el 16 de diciembre de 1917, tres meses después de su prisión; el otro, días más tarde, el 23 de enero de 1918[5]. Su cuñado Franco, sucumbió al cabo de un año, enero de 1919. De los "comprometidos" en este asunto, sólo sobreviven *cuatro,* a lo sumo.

Y Porras Bello es uno de éstos. Como si fuese poco, y sin atrición de sus faltas, he oído referencias de que aún allí, en la cárcel misma, sin poder caminar con los grillos de 75 va a toda hora y aun desafiando "las reglas del establecimiento" a llevar socorros, medicinas, comida a los enfermos cuyas úlceras lava y cuyas fiebres ataja ingeniándose, con una perversión inaudita, en extraer remedios, consuelo y específicos a la filantropía del alcaide a quien pedirle bicarbonato es como exigirle los rayos X. Durante la epidemia de gripe –me refieren los ordenanzas– como todos

todos los ojos y colman de satisfacción a sus amigos, los desvelos y esfuerzos perseverantes de usted por la prosperidad, el progreso y el buen nombre de la patria. Así lo reconocemos con orgullo los venezolanos que derivamos de su sabia administración, a la sombra de la paz fundada por su noble brazo, acopio tan fecundo de felicidades y de bienes; pero hay algo más halagador todavía, y es el hecho de que tan importante documento afianzará más, si cabe, el honroso concepto que ante la realidad de sus ejecutorias republicanas se extiende y consolida con la marcha del tiempo más allá de las playas nacionales, en el hogar extranjero, donde su nombre se pronuncia con admiración y respeto, siendo como es usted modelo de gobernantes civilizados en el concierto de las naciones americanas. Por tan enaltecedora circunstancia, dígnese usted aceptar mis más sinceras congratulaciones. Soy su leal servidor y amigo. *Ildemaro Urdaneta".*

[3] Fue hecho preso en "Mare", una playa cerca de Cabo Blanco; lo detuvo un tal Federico Roig Febles, a quien los pacotilleros de la Guaira llaman "don Federico". Este, en compañía de varios sayones, lo atropelló, desnudándolo, con toda suerte de maltratos, y es el único responsable de la manera cruel e ignominiosa de cómo se le condujo a la Rotunda.

[4] Era un viejo empleado de la casa de Blohm y Cª, en La Guaira; corresponsal y agente de "El Universal"; un día se le hizo preso y se le llevó a La Rotunda; la causa ha sido un misterio, y vagante se sabe que fue por orden del doctor Vivas, quien en esos días estuvo en Macuto y Bosque "no lo mencionó en las Notas Sociales".

[5] A los familiares de estos dos sacerdotes se les llamó, después de enterrados los cadáveres. para señalarles el sitio que ocupaban en el cementerio. En el siguiente capítulo se darán detalles.

los presos estaban enfermos, las sesenta y tantas bacinillas de sus compañeros, él, y el nombrado Arévalo del número 5, las lavaban a toda hora del día. ¡Siempre se unen estos malvados para efectuar juntos sus fechorías!

De repente atraviesa el patio un personaje extravagante ¿es un disfraz? ¿es una visión? Lleva una bata de baño y los cabellos negros y rizados cáenle hasta los riñones. Es tan enorme la barra de sus grillos que la arrastra sobre un tolete con rueditas hechas de carretes de hilo... Detiénese un instante; saluda afablemente a los que toman el sol, y vuelve el rostro al piso alto... ¡Román Delgado Chalbaud!

El día 17 de mayo de 1913 fue detenido. Era presidente de la Compañía de Navegación Fluvial y Costanera. Con él aprehendieron ciento cincuenta y siete ciudadanos, de los cuales pasaron a los Castillos de Puerto Cabello y San Carlos cincuenta y siete; cincuenta quedaron en la Rotunda; fueron libertados pocos, tras cautiverios de tres a seis años. De esa época sobreviven en esta última prisión siete: él, el conocido orador sagrado presbítero Dr. Antonio Luis Mendoza, el abogado zuliano Néstor Luis Pérez, los coroneles M. Delgado Chalbaud, Carlos Irú y Ramón Párraga –éste último paralítico y con un par de grillos–. Los hierros que remacharon a los hermanos Delgado Chalbaud y los del anciano general Avelino Uzcátegui, preso también en aquella fecha por viejos odios y enemistad personal de Gómez, pesan ochenta y cinco libras. Fueron torturados por Luis Duarte Cacique, el alcaide anterior, ya finado: se les sepultó en los calabozos, desnudos, sobre las baldosas que diariamente se llenaban de agua, clavadas a las puertas dobles cortinas para que no penetrase aire ni luz, y sitiados años enteros a hambre; deben el resto de vida que les queda a la abnegación de quienes deslizaban furtivamente paqueticos de alimentos, burlando la cruel vigilancia de los cabos de presos –reos del delito común, oscuros malvados escogidos en la hez del presidio para tal cargo–. Primero estuvo un culí, un indostano fugado de la vecina antilla de Trinidad, cuyos instintos crueles se desarrollaron de súbito tras el engaño de una mujer. Cuando le interrogaban de la causa de su prisión explicaba con ese peculiarísimo uso que del gerundio hacen los culís al tratar de hablar en español: "Mujer engañando a mí; yo matando mujer, matando hijos, matando madre de la mujer, matando el perro y matando el gato y no matando el loro porque saliendo volando".

Y en manos de semejante loco furioso pusieron a los presos políticos una temporada.

Del Antonio Leocadio Bermúdez, alias *Cachimbo,* he recogido datos diversos. Se trataba, o se trata, de uno de estos miserables –como el turco que tenía Jorge Bello en San Carlos, como este mismo Nereo– instrumentos ya preparados por el vicio y por un natural instinto pervertido, para atormentar a sus semejantes. Son espumarajos de la onda social que muere en las orillas, donde la corriente de la vida se encharca, se enrarece, se pudre y exhala los miasmas en forma de hombres o las infecciones en forma de epidemias. Algunos se indignan y juran muerte

contra estos "cabos de presos"; toda su cólera va contra ellos. Varios de los que les sufrieron dentro, al salir vengáronse de algunos al propio tiempo que servían a Gómez en sus congresos o le elogiaban en la prensa.... Un joven abogado, por ejemplo, tomó a su cargo la acusación contra Nereo, cuyo juicio por haber asesinado a puñaladas a su concubina estaba pendiente en el tribunal de alzada[6]; más tarde otro ex detenido –que entró en el favor de los Gómez por la boda de una dama de su familia con un hijo de Gómez– diz que se vengó del Nereo haciéndolo pasar al Castillo [7]. No obstante, la justicia se resiente de que sean los desdichados quienes sirvan para la retaliación y que Nereo Pacheco, el oscuro verdugo, pague a la sanción social una deuda cuya principal partida está encabezada por el hombre a quienes estos vengadores en carne humilde del ultraje que les hace el poderoso en la propia, enaltecen y adulan.... No; jamás. Las deudas de la dignidad no se cancelan esgrimiendo la retaliación contra el débil –así sea Nereo Pacheco–. No fue a los que se rifaron la túnica ni a los que clavaron los clavos y tejieron la corona de espinas a quienes el Otro–Ese que no nombro porque da vergüenza escribir su nombre en esta época y en este sitio– condenara.... Para ellos pedía el perdón por su ignorancia, por su crueldad, por la catástrofe moral de sus vidas. Estos "vengadores" de un modo indirecto aliviaron a las víctimas del verdugo inmediato, pero era preferible que haciéndonos ese servicio guardasen para sí mayor decoro y no confundieran con la noción de la justicia el rencor personal a base de sanción colectiva. Si a los culís, a los *Cachimbos* y a los Nereos hay que hacerles purgar de un modo tremendo todos estos delitos que van cometiendo, ¿qué reservamos para los Medinas y los "don Juanchos", los Márquez Bustillos y los Juan Vicentes? En el plano moral en que se sitúa a Nereo Pacheco yo traigo a rastras por sus presillas al llamado "general" Vicentico y le empujo para el banquillo y le siento, después de su padre, a la cabeza de la ringlera de bandoleros que están esperando, insolentes, una absolución histórica a fuerza de olvido, de la desvergüenza y del inaudito desparpajo de los venezolanos de la decadencia. Y si yo tuviese que fallar, quizá sólo Nereo, confeso, saldría por alguna puerta para el arrepentimiento.

La conspiración Delgado-Chalbaud, le vino a Gómez de perlas. El, ante todo, es "comerciante", y se valió de la oportunidad contra Delgado Chalbaud para sustraerle a éste 200.000 bolívares en el curso del año 13, siendo alcaide Duarte Cacique, el cual enviaba a Roa –el actual Secretario de la cárcel– a participar al prisionero que se le suspendería el agua y la comida si no firmaba la orden por tantos o cuantos miles de bolívares. Y como se negara, le dejaban tres o cuatro días sin comer ni beber, con el

[6] Angel Vicente Rivero.
[7] Rafael Ricardo Revenga.

depósito de excrementos dentro del calabozo, hasta que le arrancaban la firma. Esto se efectuó repetidas veces, por distintas cantidades, y así se le extrajeron los 50.000 pesos, que la señora esposa de Delgado Chalbaud entregó a Cacique y al hijo de éste. Aquel murió de repente *. El hijo se pudrió lentamente con un cáncer en la espalda hacia 1915 en el Hospital Militar. Estas muertes dieron fin a aquella expoliación, que no llegó a concebir la poderosa fantasía del viejo Dumas. La desgraciada víctima ignora que Gómez es hoy el dueño de sus haciendas, pues no quiso dar permiso para que su esposa le consultase si vendía o no al precio fijado por el comprador, y amenazó al padre de esta dama, a fin de apropiarse las tres haciendas de Delgado Chalbaud, cuya señora está en Europa educando sus hijos. Ni de ella, ni de sus hijos, ni de la ruina de sus bienes sabe una palabra el desgraciado general. Y como digno remate de esta tragedia a sangre fría, Gómez se apoderó de medio millón de bolívares en acciones de la Compañía de Navegación Fluvial y Costera que poseía Delgado Chalbaud, fundador de ella, liquidando al 20% y quedándose sólo con la empresa naviera.

Aun suponiendo que se tramase una conspiración contra el manifiesto propósito usurpador de Gómez ¿se justifica siquiera el menor de esta serie de atentados? ¿qué más desea de estos espectros lívidos, hambrientos, arruinados, cargados de hierro, esa bestia feroz que avergüenza la especie humana? ¿qué teme ya de hombres inutilizados hasta para vengarse y aún vivir algunos años en precaria salud?

Es inexplicable cómo está vivo Román Delgado Chalbaud.

Sus movimientos son bruscos, su mirar negro y vivo. A mi mente se agolpa un mundo de recuerdos. Su desgracia, su energía, su actitud ecuánime y varonil le han reconciliado con la opinión fuera, y con sus adversarios dentro. Lleva allí nueve años; ¿cuál delito purga?

Expía haber escrito con su fortuna, con su posición y con su vida la primera valiosa página de su hoja de servicios, en su breve y aturdida iniciación política. Muy joven formó con los hombres jóvenes y agresivos de Castro. Fue duro; cruel. Aquello estaba en el ambiente, en el medio en que se agitó, en la tentación misma que le rodeaba y en los ascensos rápidos y en la especulación suculenta. Recuerdo la noche en que estando preso yo en el Castillo de Puerto Cabello, a fines de 1907, celebrábase en la ciudad su boda. Era jefe de la escuadra, director del dique astillero. Los cohetes rasgaban el aire; la música llegaba hasta el fondo de nuestra bóveda en ráfagas. ...Sirenas; voces lejanas. Amor. Oro. Felicidad. Cerca,

* Un día de los más terribles en aquella época, el Padre Mendoza, cuyo calabocito habían llenado de agua, tiritaba. Acertó a pasar Duarte Cacique, y le rogó: –"Señor alcaide, hágame la caridad de dejarme pasar algo con que arroparme". –"Encomiéndese a Dios para que se caliente"– le repuso con una cuchufleta–. "Quiera El –exclamó el sacerdote– quiera El en su misericordia que nunca pases un frío como el que yo tengo". Semanas después agonizaba Duarte Cacique de un mal rápido y misterioso. Sus dientes castañeteaban; un frío que le agarrotaba las articulaciones penetrable hasta los tuétanos. Murió gritando: –"¡Tráiganme al Padre Mendoza para que me perdone! Vayan a decirle que me perdone para poder morir tranquilo y que se me quite este frío." Todo Caracas conoce este episodio.

tres bóvedas más allá, el prisionero político, Duarte Cacique, pasaba la noche gimiendo con la vejiga cargada, sin una sonda, ni un remedio, asistido por el presbítero Adolfo López. ...Cinco años más tarde, bajo Gómez, Duarte Cacique era el alcaide de la Rotunda y Delgado Chalbaud su prisionero.

Las crueldades de Duarte Cacique son inenarrables. Alma estrecha, rencorosa, deforme, vengó con creces sus agonías de entonces. Antes de que fuera Alcaide, cierta vez de paso por la Guaira, estando de Comandante del Resguardo, me colmó de atenciones. Entre otras cosas me dijo:

–¡Ahora cobramos, compañero, todo lo que pasamos!

¡Es horrible! siempre esta idea de la retaliación; siempre el agitar de esta larga cadena formada con eslabones de venganza.

En nombre de una justicia más alta y serena que las pasiones contemporáneas, ya es hora de fallar el proceso de Delgado Chalbaud. Los Gómez le califican de hipócrita y de traidor. Su traición consiste –dicen– en que estuvo fingiendo de amigo de Juan Vicente hasta la mañana misma en que se descubriera el complot... Pero lo curioso de esta acusación es que la formularon precisamente los cómplices de ese y de todos los diarios complots que rodean la existencia "política" de la anormalidad hecha gobierno, de la traición burda y grosera erigida en sanción... Así fueron traidores los conservadores del 58 y los liberales del 88, los amarillos de 1899 y los nacionalistas de 1902... Reposen en paz y en confianza todos los que entonces y ahora y siempre, donde puedan, como puedan, cuando puedan, traicionen con la sagrada deslealtad del amor patrio en el corazón esta patraña inmunda de la lealtad del puerco a no salirse del chiquero... Quiero penetrar aún más hondo en el análisis de estas *traiciones*. Nunca las hice pero las justifico, las apruebo, las sanciono. La situación de este régimen y la de todos los que se le asemejan, es la de una cárcel, la de un presidio, la de una colonia penitenciaria. Se está con Gómez, o se está *fuera* de Gómez, pero se está dentro de sus murallas, dentro de su alambrado, bajo el ojo y el puñal y el cabestro de sus seides. Desde el Jefe Civil hasta el Senador de la República corre una vasta serie de esbirros que con inciensos o con cadenas, a palos o a articulazos encierran en un círculo de hierro bajo la férula de una voluntad única dos millones y medio de hombres sobre trescientas leguas de territorio. Se está preso en Miraflores, en la Frontera o en la Rotunda. De los comedores de la Casa de Maracay hasta los fosos del Castillo de San Carlos existe, virtualmente, cárcel abierta o cárcel cerrada; el estado de prisión es el mismo. Diferencias de "instalación". En los valles de Aragua se consiguen puestos y se granjean negocios; en los calabozos chinches y disenterías; en las carreteras palos e insolaciones. En el fondo todos los venezolanos viven con el corazón lleno de odio y con la idea de que alguien mañana pague–. ¡Gómez mismo a la hora que se pueda!... toda la vileza en que se revuelcan. La devoción no significa nada. Al contrario. La historia de las deslealtades tiene siempre por protagonista a nuestro

mejor amigo. La adhesión incondicional dura lo que el efecto de los cinco pesos en la mujer de mancebía.

Establecido, pues, como principio básico que el primer *preso* comienza con el primer amigo íntimo "del general", Pimentel antier, pongamos por caso, o Galavís ayer, o Márquez Bustillos hoy, ¿a qué esas hipócritas indignaciones y esas firmas de protestas con una mano mientras con la otra se recoge el dinero del que conspira o se estrecha el pacto del que intenta el golpe en la sombra?... Si algunos hombres, ahora fuera de la doble prisión de la cárcel y del país, no tuviéramos una más vasta comprensión y una más humana filosofía en la esperanza y en el tiempo de lo que se imaginan cuatro pobres diablos de allá, con publicar una simple lista aparecerían los Gómez –y de padre a hijo la solidaridad ya es otra negra escala– solos, aislados, gráficamente con dos pistolas en cada puño, teniendo al país entero con las manos en alto, mientras le desvalijan... Y luego que llamen traición, si les parece, el que alguno trate de deslizarse por detrás y golpearles el codo a los apaches o que, simplemente, coja la puerta y llame a la policía, a la sanción, al público...

Es un traidor; quiso desarmarnos, que se nos fuese el botín... O si escapa aterrado:

–Ingrato, ¡se va y todavía le queda el reloj y las yuntas de oro de la camisa!

De una vez por todas, ni Delgado Chalbaud, ni estos jóvenes militares, ni estos civiles que estuvieron sirviéndole a Gómez, ni nadie, en Venezuela y en esta época, es infidente. La infidencia es del mal contra el bien, Gómez es la deslealtad encarnada en un hombre; su régimen la traición convertida en sistema. No se traicionan traidores, se les engaña, se les atrae, se les ciega, se les ata, se les castiga...

Jesús perdonó ladrones, mujeres públicas, sayones ¡toda suerte de posesos y de blasfemos! Al hombre de Iscariot le dejó solo, con su remordimiento y con su cuerda, a lo alto de la higuera en la más negra noche del Evangelio...

Traidor Gómez que pretexta la patria, da la espalda a sus protectores y enriquecedores de ayer y en diecinueve años de vida pública ha sido desleal diecinueve veces: a Castro le vendió con los adversarios comunes de La Victoria y Ciudad Bolívar; a éstos con Castro una vez más; arrojado de la confianza del amo temido échase en brazos de Baldó, de Baptista, de Paúl; y ante el pánico de 1906 les deja en la estacada.

Aprovéchalos luego para desconocer a Castro ausente que, en la definitiva, se confiará en él. De paso sacrifica a Paúl. Dase la mano con Alcántara y los hombres de la "Conjura" para luego echarles como presas los despojos políticos de Baptista; y cuando los amarillos del Club Venezuela creen en la obligada devoción del hombretón solapado e inconsecuente, una buena mañana les azuza media docena de esbirros a los talones y les pone a escoger entre el mar Caribe y La Rotunda... No pasará mucho sin que vuelva a maniobrar con los amigos de 1908 si los del "estatuto provisorio" y "la campaña" de Coro todavía subsisten y le inquietan... Hoy por

hoy, ¿quiénes sus amigos?, ¿dónde los hombres de influencia directa, el Urbaneja de Guzmán, el Villanueva de Rojas Paúl, el Barret de Nazaris de Crespo, el Torres Cárdenas de Castro, siquiera?, ¡si hasta los miembros de su familia le llaman "el general" y se tienen a distancia, si hasta el pigmeo que le viene sirviendo de muñeco hace ya años con el nombre de Presidente Provisional, es un trémulo fantoche de feria que asoma dos bigotazos tras de una pávida cortina de interinaria indefinida! Hasta en los detalles ínfimos perfílase su baja hipocresía.

Una tarde, en Macuto, la esposa del general Delgado Chalbaud, mujer bella, joven, de distinguidísima familia, enloquecida de pena, sin noticias de su esposo en prisión por años y años, con dos niños, arrójase a sus plantas y le toma las manos llorando:

–¡Compadre! se lo pido por mis hijitos, suélteme a Román...

El "general", bondadoso, la ayudó a incorporarse:

–¡Sí, comadre, cómo no!

Regresó, furioso del paseo. Dio órdenes severas de que no le dejasen acercar más a "esa señora".

Y en la noche, durante la comida, refirió a sus familiares lo que había ocurrido.

–¿Y tú que le dijiste?– preguntóle Indalecia, una de sus hermanas.

–Pues que le soltaría a su marido al encargarme de la Presidencia...

–Y como tú no te piensas encargar por ahora... –subrayó la misma con una sonrisa completando el pensamiento de su hermano.

El patio va quedando solitario. Bajo mis ojos avanza de la sombra del alero hacia la pila un anciano entre un rumor de hierros sacudidos con brío. Parece arrancado del techo de la Capilla Sixtina. Es una figura "michelangelesca". Las barbas chivas le caen hasta el ombligo; viene del baño, desnudo. Apenas la toalla le cubre los riñones. Asolea su testa cana y su larga barba blanquísima. En un solo hombro soporta la gruesa cuerda que sujétale sobre las pantorrillas musculosas un par de grillos mostruosos cuya barra tiene el espesor de sus muñecas. Hace al alto, a las cortinas tras de las cuales alguien le ha nombrado, un saludo afectuoso, y miran para arriba sus ojos azules con esa expresión de niño que tienen las pupilas de los viejos...

Es el general Avelino Uzcátegui. Cayó preso cuando el asunto Delgado Chalbaud. Uzcátegui es un octogenario; un anciano militar de largos servicios; Gómez se venga de él porque no le acompañó a conspirar contra Cipriano Castro, al cual era fiel Uzcátegui, entonces Comandante de Armas del Distrito Federal.

Erguido soporta sus grillos; y es allí, en el centro del patio, con sus canas en las que el agua se irisa de luz, una lección de energía, de tranquila fuerza, de imperecedera rebelión masculina. *Garciíta* pasa y le alarga cariñosamente un potecito de café que el viejo bebe sonriendo...

Entre aquel niño y aquel octogenario están cuatro generaciones que se unen por sus extremos en una sola curva descendente.

Es menester que me retire del "periscopio"... La visión de la luz, la posición, la triste perspectiva de aquel pedazo de patio, de aquellos matojos ralos en una grieta, de los presos inmóviles, al sol, me hace daño...

Una sola nota fresca: el agua de la pila... Agítanla a ratos, dulcemente, las palomas que bajan a beber o se hacen el amor con cálido arrullo. Y cuando vuelan, asustadas, para el techo, para la libertad, el batir de alas estalla en nuestros oídos como una serie de bofetadas.

Un preso de la Rotunda, o del patio –así se llama el recinto que divide las dos ergástulas– viene cerca y da la hora en un pedazo de hierro allí colgado. Ningún amante, ni aun el mismo Tristán de Bretaña, ni Hero aguardando a Leandro en la noche, midió jamás el tiempo con la ansiedad exacta con que un preso mide la exacta marcha de las horas... Me habitúo a ir adormeciendo el tiempo inacabable con pensamientos ajenos a cuanto me rodea... Permanezco tendido en la tabla, con los ojos clavados en el techo o en los muros leperinos acribillados de tachas oscuras de apuntaciones a uña, de escrituras torpes o diestras con un pedazo de ladrillo o con un menguado lápiz. Cerca de los pies, en la pared "Claro Campo" –un guayanés que falleció aquí, sobre este madero–. Más allá una nota de comidas "2 panes, 1 queso, tres papelones", firma "Aureliano Robles". Este general falleció también en el **41**, como el teniente-coronel Carlos García Carvallo. Arriba, a un extremo, una nota grabada con algo punzante en el calizo: "Leopoldo Ortega Lima" ... ¿es que murió aquí? Nadie sabe. Le conocí mucho: un joven de talento, hijo mayor del general Leopoldo Ortega. Su madre, mujer de rara energía e inteligencia, enviudó joven. Era hija del general Evaristo Lima, sobrina del centauro Luis Loreto. Y su hijo mayor apenas adolescente, la esperanza de su viudez, aquí se lo mataron a hambre, a maltratos. Hay unos cuantos pensamientos amargos y desolados, ciertas estrofas de José de Diego, borrosas, que él o algún otro copió en el muro. Más allá, con un volante editorial, el anuncio de un libro que sin duda pensó escribir: "La Rotunda por Dentro"...

De todos aquellos letreros, y aquellas notas y aquellos escupitajos sanguinolientos se desprende, íntegra, una historia: la historia de la bestialidad andina, la tremenda epopeya de las agonías silenciosas, de las hambres y de las torturas. Todos estos calabozos están impregnados de tuberculosis. Entre los presos se notan ya los señalados por la enfermedad que no perdona.

¡El pobre coronel Américo Spinetti, cuya voz ahogada y atiplada escucho a ratos! Le he visto marchar, exangüe, lívido, con los hombres enflaquecidos; los vértices de sus pulmones casi perforan la pobre blusa... A un ordenanza llamado Ramón Isidro Rendón le han tenido que dejar de

lado. Pasa las horas tendido en el suelo aguardando la muerte... A su lado Víctor Caricote, que parece una momia, acoge con ira y con maldiciones la proximidad de caer, derrengado, aniquilado. La forma intestinal de la tuberculosis es la que suele presentarse en los últimos días...

Por las tardes, después que pasa el "rancho" * –los potes inmundos de granos picados flotando en salmuera, y que los ordenanzas introducen por debajo de las cortinas bajo el ojo inquisidor de Nereo– vuelvo a mi observatorio... He cambiado algunas palabras con Nereo. Al irse, una voz sigilosa me llama de la celda de al lado...

–¿Quién?

–Soy yo... Lucas Manzano... ¡"Gonfalón"!

Me sorprende verle allí. El, tan metido con Márquez Bustillos, tan amigo de todos los del gobierno. Me dice que un "chisme" de alguno le hizo "rodar"; que tiene allí días y que me reconoció la voz... Le aflige la idea de su mujer, de sus hijitas. Pero no deja de bromear a costa del hambre y de las penas que estamos pasando. Con una pasmosa vivacidad me informa de "quiénes nos quedan por la derecha": Torres Abandero, el doctor Juan José Abreu, el doctor Juliac; más allá, en el 48, última celda junto a la escalera, bajo una doble cortina de mantas clavadas está el doctor Aquiles Iturbe. A los oficiales de la derecha les tienen sitiados por hambre.

Sigilosamente nos vamos poniendo en contacto de celda a celda... Es un vasto círculo de sorpresas. Algunos no comen, otros están enfermos, unos cuantos "no se quieren comunicar" por temor de "comprometerse".

Y de seguidas, ayudado por mis vecinos y por los ordenanzas, identifico a casi todos los presos que cruzan el patio o se instalan a las puertas de sus celdas...

Aquel, erguido, con la barbilla aguda y las canas airadas que contempla el cielo pensativamente, es el doctor Francisco de Paula Reyes, una víctima propiciatoria que han golpeado los más crueles dolores estando preso. Es la tercera o cuarta vez que le encarcelan. Cada puesta en libertad es para que vaya junto al féretro de algún hijo muerto. Ese otro, moreno, flaco, de grueso bigote gris y aire frío y reservado, es Reyes Moncayo. Miguel Delgado Chalbaud, sentado en un banquito, habla con Nestor Luis Pérez, que parece de cera: sus orejas están trasparentes, su breve silueta se pierde en la holgada blusa ¿es este mismo hombre enérgico, vivaz e inquieto con quien yo conspiraba en 1912?

* Un potaje de seis u ocho cucharadas de granos picados, en salmuera, lleno de gorgojos, esos animalillos que perforan los cereales. En varias ocasiones hallamos fragmentos de plomo, pedacitos de vidrio, alfileres disimulados entre trocitos de plátano verde. Un pan de maíz crudo a veces, de algunas seis onzas –ración a las diez a.m. y a las tres p.m.–. Los que diponemos de fondos –cuando tiene a bien el alcaide no hurtárselos, como hace con la ropa, los enseres, ¡hasta con los objetos más tristes de uso personal!, que las pobres familias traen a sus presos, creyendo que se les darán –anotan en una pizarra que pasa el cabo algunas cosas que se le venden a precios absurdos: alimentos de mala calidad, queso podrido, velas de cinco céntimos a veinte céntimos; veinte céntimos vale la caja de fósforos; dos cigarrillos veinticinco céntimos; cinco bolívares un kilo de café, etc, etc.; y esto como una graciosa concesión.

Pasa Ramón Párraga; hace mucho ruido al andar, porque los grillos son livianos. Tiene paralítica una pierna y ponerle hierros es otra crueldad estúpida. Un algo de locura revelan sus enormes ojos negros.

Cada grupo parece tener sus horas de salir al patio. Con la tarde, van llegando al cónclave. Dijérase, sin embargo, que hoy se han puesto de acuerdo para que los veamos a todos en una especie de muda salutación. Reconozco a Fermín Huizi, a Rafael Ricardo Revenga * al coronel Ponte Urbaneja, a don Pancho Rivero Saldivia, socarrón y amable, con su vieja malicia que nos arranca carcajadas por su manera sardónica de contestar los desplantes de Nereo.

Noberto Borges – también engrillado – arrastra difícilmente su pierna inválida metiendo un ruido terrible. Está casi sordo y enflaquecido y envejecido. El paralítico Párraga y el cojo Borges son los dos exponentes de una sola crueldad vil con la circunstancia de que el alcaide Medina, tiene una pata de palo. Y ni siquiera por la solidaridad de la misma desgracia se apiada de estos dos hombres. A menos que la lógica del alcaide Medina sea la de aquel oficial mejicano de Zapata, que yendo en camilla con un balazo, junto con otros tantos heridos, al volver del síncope, echó mano al revólver y les cayó a tiros a los otros heridos:

–¡Hijos de la chingada! ¡Aquí no hay más herido que yo!

Medina se habrá dicho:

–¡Aquí no hay más cojo que yo!

Cuando conocí al doctor Francisco Domínguez Acosta, en 1906, era Secretario General de Carabobo. Moreno, robusto, de un aire reposado, hablaba como si leyese y leía admirablemente. Dedicado a la teosofía,

* A Revenga, Nereo le tiene particular antipatía. Cierta vez le propinó unos tablazos por los fondillos con no sé qué pretexto. Remeda su figura pesada, su gran vientre sobre las cortas piernas, su andar de palmípedo y su expresión de ganso. Cuando casó Vicentico Gómez con una prima de Rafael Ricardo, pusiéronle en libertad, tras largos años de grillos y de humillaciones... Parece ser que en sus ratos de exasperación decíale a los otros: – "Al salir de aquí me voy para New York; ¡este es un país de salvajes!, ¡es una indignidad vivir aquí, ¡a New York!, ¡a New York!" A Revenga le trajeron "complicado" con el presbítero Monteverde y Porras Bello; *Don Juanchito* dio contra ellos las órdenes más crueles. En 30 de julio de 1923 – tres años después de salir de la cárcel – firmaba este telegrama para el coronel Miguel Uzcátegui, gobernador del Territorio Federal Delta-Amacuro, en Tucupita: "Tenemos el honor de participar a usted, que en cumplimiento de la piadosa misión que nos ha encomendado, hemos colocado hoy sobre la tumba del general Juan C. Gómez la corona ofrendada por usted y por el Gobierno y el pueblo de ese Territorio, en homenaje a las eximias virtudes de aquel eminente ciudadano; y al mismo tiempo queremos llevar a su conocimiento que, con motivo de las solemnes honras fúnebres que se acaban de llevar a efecto en la Catedral de esta ciudad, dispuestas por el Ejecutivo Federal, la sociedad y el pueblo de Caracas han demostrado una vez más, de manera espontánea, la más sincera protesta contra el inicuo atentado que restó a las actividades del bien a uno de los más esforzados servidores del país, y la expresión de la solidaridad moral más absoluta con el benemérito general J. V. Gómez, quien con las inexhaustas energías de su carácter y los perennes impulsos de su corazón, ha fundado la paz y establecido la prosperidad de nuestra patria. De usted amigos y compañeros de causa, Adolfo Bueno, Isaac Capriles, *Rafael Ricardo Revenga,* Arturo Santana, Alejandro Fernández García, Manuel M. Revenga".

Apenas salió, le nombraron Fiscal de Bancos; luego Vocal de la Corte... No sé cómo se supo en la cárcel que estaba empleado, y por eso el zambo Irú cuando pasa bajo mi celda exclama con su chusca pronunciación: –"Me voy para Niuyol".

dominado, posesionado por ella, iba adentrándose en una suerte de apostolado budista...

...Su delito ya lo anotamos en el tomo anterior. En la Revista *Dharma* publicó un artículo que reprodujo *El Fonógrafo* y que costó la existencia a las dos publicaciones ¿Qué decía el artículo? Simplemente, que era menester atacar la barbarie, purificar al mundo y salir de la grotesca neutralidad de 1916. Se le condenó a prisión y grillos. Se le sentenció a muerte. Le miro desde mi "periscopio", sentado en un cajón cerca de los matojos del patio, abstraído, con la mirada velada e india fija en el agua de los charcos, junto a la pila. A ratos sonríe, cuando el doctor Reyes le dice, trémulo de ira, algún improperio contra Nereo o cuando las palomas bajan a beber. Sus dos sonrisas tienen la misma dulce penetración. Cerca lava sus ropas Carlos Irú, un zambo de rostro ancho y simpático, dicharachero, que canta las palabras con una deliciosa cadencia tuyera y de todas las *eres* hace *eles*.Es otra víctima de "don Juancho", porque en Venezuela cada paniaguado tiene "sus presos". Hay los presos de "don Juanchito" – Milano, Irú. Hay los del doctor Vivas – Huizi, Ildemaro Urdaneta. Al primero le envió junto con el anciano general García Gómez a La Rotunda Nueva; a ambos les gritó e injurió. El viejo militar respondióle a Vivas con ira y dignidad. Le soltaron poco después, tras tenerle en el otro patio. A Octavio Pocaterra, de Maracaibo, también le mandó a poner preso Vivas por un "chisme" de su dentista, un curazoleño de color llamado no sé cuántas letras Noel; y como la víctima carecía de "protectores" se la abandonó a su suerte, muriendo de mengua en La Rotunda de los criminales. Hay los presos de no se sabe por qué y hay los presos de nadie sabe quién –ni el mismo que sufre la prisión. Un día desembarcó en la Guaira el Joven Pedro Ezequiel García, procedente de Nueva York – y porque diz que traía una correspondencia – que no se le encontró encima – fue a dar a la Rotunda y aquí está, engrillado, pasando penas, e incomunicado del mundo y de toda defensa....

Aquí están los que se alzaran a la aproximación del general José Manuel Hernández por las bocas del Orinoco, cuando la expedición Ducharme. Cincuenta se destinaron a las carreteras. Ya dije cómo en Guanta sucumbieron a palos unos dieciocho [8]. De los cincuenta que quedaron en esta Rotunda, sobreviven siete: Reyes Moncayo, a quien trajeron herido, Mogollón, Narciso García, Ernesto Carías, Américo Spinetti, Caricote y Ramón Isidro Rendón...

A menudo miro debajo de mi celda, precisamente, a un viejecillo de rostro malicioso. Un general Félix Mosquera. Recuerda el Quilón Quilonides de Sienkiewicz. Parece más en ruina que nadie y estar en excelentes relaciones con Nereo... A veces se ofende o se ofusca o se exaspera y prorrumpe en denuestos... En denuestos contra los mismos compañeros... como Caricote. Igual que algunos otros presos en el piso alto. Debe ser la locura, la insania, la desesperación, el hambre.

[8] Apéndice X (Tomo I).

Cuando algún preso enloquece de súbito y comienza a insultar a los otros, Nereo ríe y provoca aún más al enloquecido. Lo que parece divertirle más es que insulten al padre Mendoza. Y si alguno, airado, protesta contra el insolente, salta como un tigre y cubre al defensor y al defendido de amenazas y de improperios.

El padre Mendoza... Ayer estaba inmóvil, serio y triste, en mitad del patio, con la larga túnica blanca que le cubre hasta los pies y los grillos enormes. La trenza con que los sostiene es ancha y traza sobre sus espaldas ya encorvadas de anciano la dignidad de una estola. A ratos su voz entera, varonil, rica de inflexiones, resuena para recomendar calma o demandar justicia... A su lado el padre Monteverde, septuagenario, esquelético, con la cerviz doblada al peso de los hierros, mantiénese en silencio. Estos dos sacerdotes tienen ocho o siete años en esa situación. A Mendoza le prendieron porque protestó en un sermón en la iglesia de El Valle, de donde era Párroco, contra la inmoralidad ambiente y el concubinato. Gómez se dio por aludido. A Monteverde por un asunto de extravagante origen, una de esas vagas "complicidades" que fabrican en la prefectura con un móvil dado y señaladas las víctimas. Pero, aunque fuese verdad...

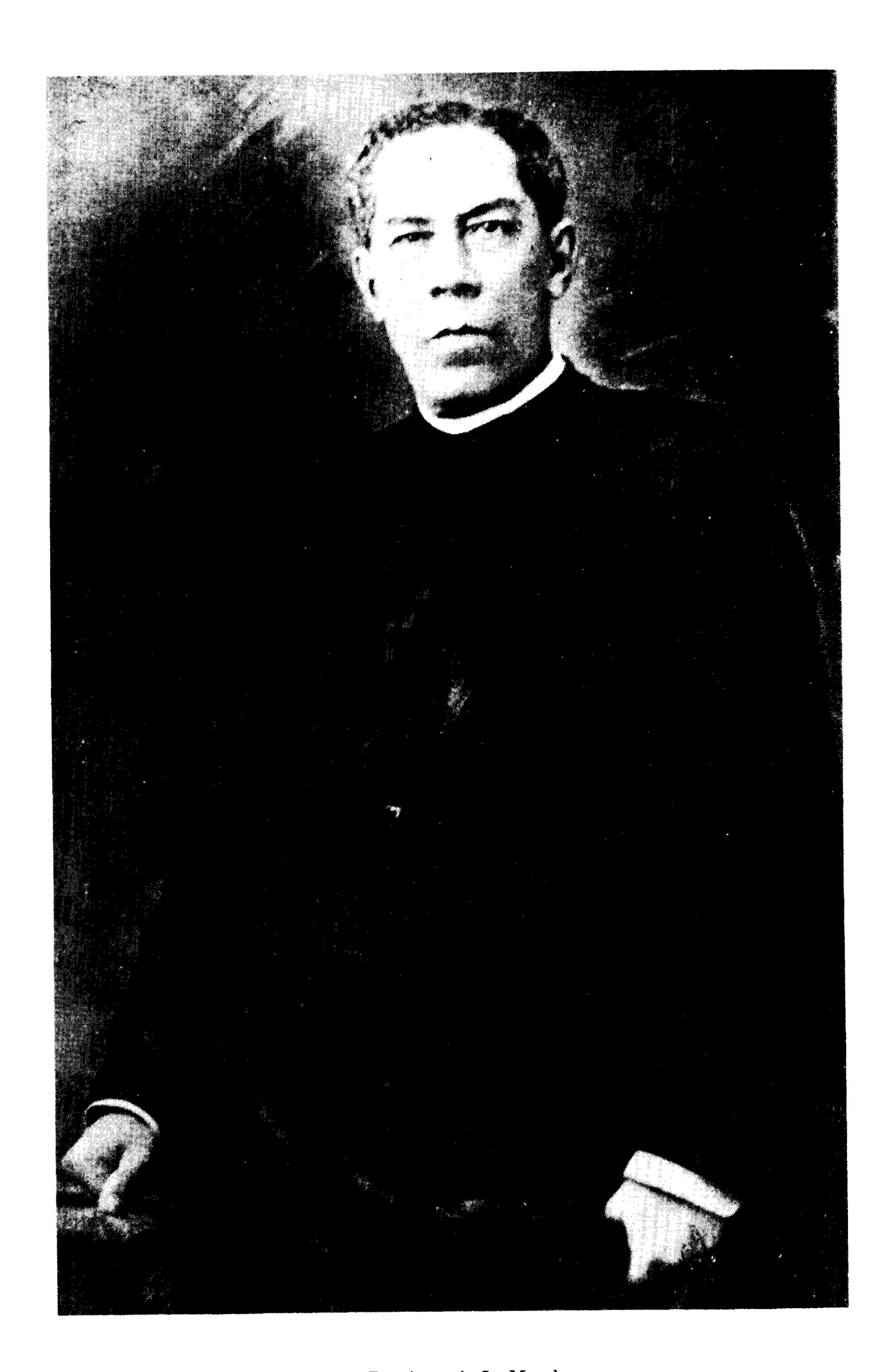
Mientras tanto el Arzobispo Rincón González, sigue de santo varón yendo a Maracay. Los Nuncios papales se suceden en Caracas bendiciendo al régimen, recogiendo prebendas y preparando la lenta invasión del clero extranjero a Venezuela.

Gómez ha sido el mandatario más irrespetuoso con el clero que hayamos tenido. El destierro del Arzobispo Guevara por Guzmán Blanco, al que tanto partido le sacara la oposición ¿qué es al lado de esta serie de crímenes cometidos por Juan Vicente, a ciencia y paciencia del Vaticano? Expulsó Al Padre Oraa, envenenó al Padre Ramírez y al Padre Fránquiz; mantiene estos dos ancianos y venerables sacerdotes, Mendoza y Monteverde, engrillados y enfermos, hace ocho años en la Rotunda... ¿En dónde está la fe militante, el carácter apostólico, el báculo del pastor, la dignidad eclesiástica? La farsa iba hasta ayer de chistera y levita a los Congresos, ahora asiste de mitra, capa pluvial y anillo a los Te-Deums. Les arroja Gómez a estos curas ávidos un puñado de obispados y de canonjías y el clero de Venezuela, con el Arzobispo a la cabeza, se arroja a disputárselos en cuatro pies con las hopalandas irreverentemente alzadas. Después endilgan pastorales y redactan "hojas religiosas" en defensa de las "buenas costumbres".

"A mí no me vengáis con palabras dulces, fementida canalla, que bien os conozco" grítales el hidalgo manchego en mitad de la carretera...

Ha habido a las nueve en la reja el grito de anuncio de "novedades".

–¡Oh, Nereooo!



Pbro. Dr. Antonio L. Mendoza

–¡Todo el mundo para su calabozo! bajen las cortinas.

Resuelvo quedarme tendido en la tabla, al fondo, esperando mi suerte.

Ya esto es a cada rato. Entran, salen, cuchichean, interrogan, acosan, amenazan. En el 40, a mi lado derecho, anoche mismo, estaban sometiendo a una especie de "tercer grado" a algún infeliz... Percibí la voz untuosa y malvada de Roa, el secretario de la alcaidía:

–Pero, paisanito ¿por qué no dice lo que sepa? Vea la situación en que está... Su silencio no le conviene.

Medina mismo, con Roa, "trabaja" el caso sentado en la silla que le aporta Nereo, el cual permanece a pocos pasos de la puerta, cuidando de que los otros presos no se acerquen a sus cortinas y traten de oír... La voz del interrogado surge, débil:

–¿Y qué quieren ustedes que diga? yo nada sé.

A la mañana siguiente, en un descuido, llamo a mi vecino:

–Yo soy fulano, ¿quién eres?

–Manuel María Aponte.

–¿El comandante?

–Vamos a vernos las caras.

Y ambos, rápidamente, alzamos una punta de la cortina. Es un relámpago. Veo un rostro lívido, sereno, de ojos negros, con un corto bigotillo a tijera. Veintiséis, veintiocho años. Nuestra sonrisa mutua tiene una expresión única. Ya a cubierto, me refiere que está toda destrozada la piel de sus partes por los cordeles y que la inflamación le sube al bajo vientre, a los riñones. Le refiero a mi vez lo que pasara el día antes con el vecino que estaba en ese calabozo mismo y que debieron de pasar a otro al traerle a él ayer a mediodía... Lo vi un instante como nos acabábamos de ver los dos. Era un adolescente, casi un niño. Me dijo que tenía quince o diciséis años, que "no sabía" por qué le tenían preso desde hacía días.– "¿Usted sabe algo?" –me preguntó–. Le referí lo averiguado. –"¿Y de un capitán Félix Andrade Mora nada ha oído?" – insistió el chico–. – "Sí – le contesté –, supe que había muerto en el tormento en el cuartel de la Trinidad, bajo las órdenes de Aparicio Gómez".

Hubo un silencio. Mi vecino no contestaba. De súbito escuché un sollozo – "¿Qué es? ¿qué te pasa?" –. La voz rota y plena de congoja llegó hasta mí: – "Era mi hermano Félix: yo me llamo Manuel Andrade Mora" –... "¡El cabo!" – advierte Gonfalón.

Y nos separamos de las cortinas hacia el fondo. El cabo, entre improperios y calificativos soeces, ha dicho que si coge a alguno "comunicándose" con otro les va a dar de palos. Y esto es cosa para hacerse matar.

La amenaza no es vana; en los primeros días alguno a mi izquierda, atormentado y delirante, perdió la cabeza. Se veía acechado, amenazado, y gritaba:

–Ya te estoy viendo, Nereo, que me vienes a ahorcar ¡asesino! ¡entra! ¡que te voy a estrangular con mis propias manos! ¡bandolero! ¡verdugo!

Fue una cosa horrible aquel delirio. Nos imaginábamos que era verdad, y que sólo por inaudita hipocresía Nereo protestaba: –"¡Estése tranquilo, cállese!" – "Sí; ya te veo venir; ¡allí estás!"– Subió de punto el delirio; duró toda la noche esta especie de batalla angustiosa en la sombra. Nuestra imaginación y los gritos del enfermo hacíanos suponer cosas que no pasaban. A la otra mañana hubo una de alaridos y sacudir de hierros. Parece ser que el del delirio de la noche antes salió del calabozo y trató de arrojarse al patio desde la baranda del alto.

–¡No! ¡no! ¡no! –¡Que se tira! –¡Que se mata! – gritaban los de abajo.

Corrió el cabo; los ordenanzas. – Ataron al desdichado en la tabla, no sin antes golpearlo bárbaramente. Ya fue imposible tolerar aquello. Surgieron gritos de algunos calabozos:

–¡Miserable! ¡Cobarde!

–¡No lo maltrates!

–¡Basta, Nereo! – clamaba la voz sonora del Padre Mendoza.

Más tarde me informaron que había sido Jorge Luciani la víctima.

Es, pues, lo mejor, cada vez que hay uno de estos frecuentes alborotos, permanecer a la defensiva, observando. Por otra parte, casi desnudo, con la única ropa la puesta y 75 libras de hierro en los pies, sin dormir, sin comer casi ¿con qué animo estar atisbando a través de un agujerito en el trapo y tirado en los ladrillos fríos con la oreja al ras de la cortina?...

Pero, con todo, esta noche el movimiento es mayor. Pasan presos cargados en brazos por el pasillo. Alguno grita sorprendido de que se le saque en vilo. Lo hacen así porque los cambios deben de ser rápidos y con los grillos se marchan muy despacio. Pero el procedimiento es para aterrar.

Estar tendido, hasta dormido en el tablón y sentirse arrebatado de súbito en la oscuridad por brazos desconocidos... Nereo es tan malo que a los nerviosos les dice al cargárselos:

–¡Encomiéndate a Dios!

Torres Abandero –ya su voz me es conocida– prorrumpe en gritos:

–¿Qué es? ¿Qué van a hacer conmigo? ¿Para dónde me llevan así?

Y Nereo, molesto:

–Cállese y rece lo que sepa.

A la luz de los foquillos precarios del patio, contra mi cortina, como en una pantalla de cinematógrafo, se reflejan las sombras extravagantes y descomunales de los que pasan...

De súbito el tropel para ante mi puerta; alzan la cortina; entra un hombre con otro a cuestas que deja a un lado de mi tabla, contra la pared, desmadejado... Otros dos aportan algunos objetos. Salen sin decir nada y clavan otra vez el trapo.

Mis ojos, habituados a la oscuridad, descubren una testa calva, un rostro moreno, dos ojos que me contemplan allí, tendido e inmóvil, con un espanto indecible. Y de repente, al identificarlo en un abrazo:

–¡Doctor Juliac!

–¡Pocaterra! bendito sea Dios... ¡Creí que estaba muerto! –me responde el pobre, temblando de alegría, de sorpresa, de un tumulto de sensaciones diversas.

Y nos abrazamos de nuevo, con una emoción indescriptible. Pensad en náufragos que se encuentran en una misma tabla en pleno océano, o en dos que se descubren, sanos y salvos, por entre los escombros de un terremoto.

Juliac aporta muchas cosas. ¡Su "vajilla"! una pimpina, un vaso de aluminio, una cuchara, dos platos... Y tiene alpargatas, una ponchera, alguna ropa... Trae también su excelente humor. Me habla de mi padre con voz conmovida. Ambos se conocieron en la juventud. Tomaron parte en los primeros movimientos reaccionarios contra Guzmán Blanco. No le abandona en el trance su vieja cazurrería valenciana. Al instalarse en las duras baldosas le digo: –Cada noche le toca a uno de los dos la tabla –. Me responde como el Cuauhtemoc de la leyenda:

–¿Es que estoy yo por ventura en un lecho de rosas?

Desde ese día así llamamos al suelo pelado. Me refiere que su prisión se debe a que él y el doctor Abreu tenían un asunto en litigio asociados, que el cliente no les pagó y que cada vez que se encontraban en la calle, o de una acera a otra, se preguntaban bromeando:

–¿Qué hubo "del hombre"?

Pasó un espía... y Abreu y Juliac para la Rotunda. Contempla los grillos iguales a los míos que le han remachado al llegar y me dice: – Vea esto... válgame Dios ¡qué vulgaridad!– Y nos echamos a reír.

La vida se suaviza un poco con la mutua compañía. Nos referimos nuestras cuitas. Es uno de los hombres más graciosos de Venezuela; es un anecdotario viviente. Muy leído, sumamente inteligente, su ironía ni es acre ni respira esa amargura que es habitual entre los hombres de origen humilde. A ratos se entristece; piensa en su hogar desamparado, en su esposa, en sus hijas –Pero, bueno, Juliac ¿y qué razones le dieron al arrestarlo?

–Ninguna... A usted siquiera le dijeron que era una cosa grave. A mí ni grave ni leve. Me llevó Basilio Gabante a la policía diz que para enterarme de algo que me interesaba; de allí en coche para acá. Me engrillaron, me incomunicaron y esta noche, ya dormido, vino Nereo, me cogió del calabozo en que estaba, cargado y me metió aquí...

–¿Y de los demás presos?

–No sé nada; por los ruidos y los pasos creo que siguen metiendo gente a la cárcel. Medio Caracas debe estar aquí. Yo caí antes que usted.

–¿Había estado usted en la Rotunda?

–Varias veces... Sólo que nada de grillos. La cortina era para comodidad y decencia del detenido. Pedíamos lo que nos hiciera falta. Se nos permitía ver a los familiares por la reja. Teníamos libros; Cocho era el alcaide... Eso fue cuando Andrade. La última vez que estuve teníamos a Obdulio Bello de jefe, ya mandando Castro... Tampoco se pegaban los grillos.



Pbro. Tomás Antonio Monteverde

–A mí me refirió un preso que pasó por aquí y a quien conocí en el Castillo de Puerto Cabello a fines de 1907 que Gutiérrez Méndez, el alcaide que había entonces, era malo y crudelísimo con unos pocos, pero que, en general, no permitía maltratos y especulaciones.

–Puede que sea así...

–En todo caso– le afirmo– este cojo infame, este oscuro malhechorcete, este Medina, ladronzuelo de posada de camino real, ¿quién parió esta hiena y qué le hemos hecho ni personalmente ni en forma alguna para esta saña y este diario encarnizamiento?

Baja la testa calva. Guarda silencio. Sobre la explanada resuenan los pasos del cambio de centinelas; un reloj desde no sabemos cuál distancia deja oír su hora; y cortamos el cuchicheo.

Una noche, casi a las nueve, hora ya de recogerse los presos de abajo al toque de silencio, resuena una voz en la reja, una voz que nos hace batir de prisa el corazón:

–¡Nereo!

Vuela éste al pestillo; de allí regresa al centro del patio en otro brinco:

–¡Todo el mundo para su calabozo! ¡bajen las cortinas!

Llega un preso. Pero pasa algo extraordinario. Los presos saltan siempre por el postigo o buzón; y sentimos que abren la reja toda. Es que viene el alcaide. Su invalidez no le permite saltar. Nuestra oreja afinada ya conoce todos los sonidos. Por los pasos sabemos cuántos y quiénes le acompañan: el chasquido de las cotizas, adelante, es el cabo; el paso de zapatos debe ser el detenido; en cuanto al tic-tac ese es Medina. Pero no hay ruido de grillos. Suben la escalera, resoplando. Toda entrada tiene algo del acose de una jauría. Tras cada una de aquellas cortinas un ojo vigila, una oreja escucha.

Y sigilosamente, con voz que es casi un soplo, dicen de la derecha:

–El padre Lobera.

Detiénenese a unas tres puertas hacia la izquierda. Continúan los preparativos extraordinarios: no traen grillos, le están barriendo el calabozo, la cortina no está clavada, métenle "utensilios", manta ¡qué de sorpresas! Medina le dirige la palabra afable, untuoso:

–...Si necesita algo llame al cabo.– ¡Y le da las buenas noches! ¡Inaudito!

De salida, cuchichea con Nereo que marcha detrás, llevando una silla de Viena, la única que hay en el recinto y que cada vez que Medina viene dentro para algún interrogatorio Pacheco la trae a fin de que "trabaje" sentado, como él dice.

Apenas márchase la gente, todos pasamos nuestras observaciones de izquierda a derecha, ¿Por qué? ¿qué pasa? ¿sigue la protesta en Caracas? ¿el padre Lobera, de tanto prestigio en el episcopado y entre las mujeres piadosas?

Juliac, negrea, fatídico, encaramado en su tabla al fondo:

–¡Algo grave pasa! ¡el padre Lobera! ¡sabe usted lo que eso significa!

No anticipo juicios. Ni la vocecilla del presbítero que he escuchado toda como lastimosa o de niño perdido en un bosque, ni la forma sumisa de responder, me impresionan bien respecto del varón, cura o seglar que allí han metido. Menos cuando "Gonfalón" trata de hablarle y Torres Abandero, entusiasmado, le advierte los "tricks" de presidio:

–¡Padre Lobera! ¡padre Lobera! le hablo yo, Torres Abandero, su amigo que está aquí al lado... Todos somos amigos y compañeros. El cabo Nereo ha salido. Lo saludamos; le damos un abrazo. No se inquiete; no se alarme: aquí estamos todos con usted y no le dejaremos maltratar...

–Yo les aviso cuando el cabo entre –adviértele, servicial, "Gonfalón".

Del fondo del calabozo surge al fin una vocecilla de viejo aterrado:

–¡Yo no quiero hablar sino con el cabo!

A lo que Torres Abandero, molesto, le dice irónicamente:

–¡Ah, es que usted es del género *místico*!... Quiere estar en recogimiento. ¡Ya va a estar recogido todo lo que quiera!

Se oyen risas ahogadas aquí y allá. –Juliac se imagina que la prisión del padre Lobera es algo trascendental...

–¡Usted verá, usted verá!

Y en efecto, vi. Vi al otro día a las diez que le sacaban con el mismo tropel que le trajeron; vi que momentos después, de un calabozo de mi derecha, el 37, sacaban al capitán Luis Rafael Pimentel, tras quitarle el grillo con que está enyugado a su camarada, el comandante Aponte: que le hacen bajar la escalera y le pasan casi en vilo a través del buzón... Pimentel es un joven de treinta años, rubio, de aspecto distinguido; un tipo de raza aristocrática. Ahora va, las barbas crecidas, rojizas, desmelenado, con las piernas abiertas que apenas le pueden sostener y, tímidamente, la piedad de los ordenanzas ayúdale a caminar... Le han colgado once veces por donde ya se ha dicho. Ahora lo sacan a la alcaidía para un careo. No sé por qué asocio la idea de la salida del presbítero Lobera con ésta de Pimentel. Tras una larga hora de ansiedad, traen otra vez al desdichado oficial y vuelven a remacharle en el yugo con Aponte. Al cura deben haberlo soltado.

Vanamente durante la mañana el padre Mendoza habló abajo en alta voz para que el padre Lobera tomase confianza; en vano el anciano padre Monteverde cruzó el patio una y otra vez arrastrando sus enormes grillos: el capellán de la Santa Capilla, el eclesiástico influyente, virtuoso, prestigioso, con prerrogativas hasta en aquel antro, vuelto un ovillo se estuvo en el fondo del calabozo...

Como parecía ignorar "las reglas del establecimiento", salióse una vez hasta la baranda del pasadizo:

–¡Cabo! ¡cabo!

¿Para qué lo llamaba? Nereo voló desde el patio al alto, gritandole:

–¡Qué vaina es esa! métase para dentro, ¿quién lo autoriza a salirse, *ño* Cura de... tal cosa!

A poco de esta escena fue cuando vinieron a sacarle.

Hemos tenido obispos militantes y de lengua virulenta, pero dignos y patriotas como Ramón Ignacio Méndez; viriles y enérgicos como Guevara y Lira; sumisos y virtuosos como Ponte; ilustrados y dúctiles como Juan Bautista Castro... Entre unos y otros pobres de espíritu, o apasionados y valientes como Sendrea o decorosos y altivos como Silva. Nos faltaba en la colección este santísimo señor que, nacido en Maracaibo y educado en Rubio, ha forrado la mitra del Arzobispado de Caracas y Venezuela con el cuero de las botas viejas del "General Gómez" y lleva el báculo del pastor con la resignada servilitud con que el tropero lleva su máusser... Nos faltaban los obispillos del Seminario del padre Alexandre, los Torres Coronel, los Granadillos, los Godoy, cuyo portaestandarte fue el vicario Arocha con su "continuismo" castrista de 1907 –nos faltaba este otro clérigo nefando, semi-cura, casi hombre y medio dipsómano que ha tomado y dejado los hábitos tres o cuatro veces sucesivas, y cuya vida transcurre entre versos eróticos, hijos de una satiriasis intelectual, salmos de la Biblia y discursos a Gómez en forma de sermón comparándolo con las cosas y con las personas más sagradas bajo los aplausos de las brigadas de genízaros y los hipos de la penúltima borrachera... Tipo curioso, espécimen para un cuadro clínico de Charcot, "caso" de Trelat, que unas veces se llama Carlos Borges y otras el *Padre* Borges, porque lleva debajo de la deshonra de la sotana la deshonra de los pantalones. Inconsecuente hasta con el vicio, este "capellán" de Gómez es mal cura, mal hombre y mal borracho. Los jovencitos que deliran por "emociones" propias de la adolescencia, conservan sus poemas onanistas y sus discursos –retorcidos de metáforas pulpitescas y de floripondios de elocuencia sagrada– junto con la colección del postales "transparentes" y "Las Trece Noches de Juanita".

Tal es el instrumento inmediato que sirve a los intereses del Arzobispo en Miraflores o en Maracay o en alguna de las alcobas del Caballero de la Orden Piana y conde romano Juan Vicente Gómez, quien nos está infestando de congregaciones extranjeras, de jesuitas, de "hermanos cristianos" y de frailucos de todas las tonsuras y de todos los ropajes... Nuestra ley de Patronato Eclesiástico, ajustada por Paéz y reajustada definitivamente por Guzmán en forma casi personal, defectuosa y todo, era un statu quo que permitía al poder civil marchar con desembarazo, respetado y respetuoso, sin herir ni los intereses de la iglesia romana ni lo estatuido por el derecho canónico. La preeminencia de la Iglesia Católica en Venezuela reposaba sobre la base lógica de la representación proporcional. Todos los cultos tenían garantías... Con Gómez, que mamó del lado allá de la frontera del Táchira el fanatismo rural de ciertos sectores del norte de colombia, la obra de los fundadores de la preeminencia civil, junto con toda la restante armoniosa estructura de nuestro edificio constitucional, ha venido a convertirse en un largo tinglado, uno de cuyos extremos es un cuartel y el otro un campanario... Dentro de este vasto

pasadizo de dos lustros, tres millones de católicos se pasean leyendo las "pastorales" de monseñor Rincón González y los "mensajes" del "general" Gómez[9].

Esta mañana –tras una noche de insomnio entre las chinches enfurecidas, el almizcle de las cucarachas, la idea de cierto alacrán que dijeron del lado derecho que estaba en una de las cortinas, y el tropel de pensamientos que el inocente parásito del hombre sugiere respecto a los chupópteros de manteo de uniforme– el ordenanza al alargarme un perolito de agua de café por debajo de la cortina, me sopla, sigiloso:

–Esta madrugada se murió Ramón Isidro Rendón.

Era uno de los ordenanzas. Observo el calabozo del piso bajo en donde debe de estar el cadáver... Nereo trae previamente dos largas agujas e hilo grueso; le cosen en el trapo de la cortina que está a la puerta de su celda. Sácanle a las diez... Se sabe ya el sistema: pídese la ambulancia al Hospital Vargas, traen la camilla de ésta hasta el boquete del buzón – por donde mismo entran los vivos y los alimentos– allí colocan el triste lío de miseria y de sufrimiento ignorado; llévanselo luego y, mediante uno de los médicos que sirven para estas cosas, se extiende la partida como si la defunción hubiese ocurrido en una de las salas de enfermos del hospital...

Al cadáver de Eloy Escobar Llamozas, que entregaron a sus familiares – el Dr. Alejandro Urbaneja y los señores Lugo Escobar– cosido en un saco en el hospital Vargas, advertíasele una hendedura en la cervical como el tajo de un arma. Se explicó cada quien para sí que sería la cuerda de soportar los grillos.... Don Eloy Escobar Llamozas, hijo del poeta a quien Martí dedicara cierta página inolvidable, fue hombre de alta distinción social. Obligado a exiliarse para no continuar siendo pasto de rencores y de persecuciones –que fue larga la serie de sus prisiones aun desde antes de Castro– cayó víctima de la más vil engañifa. Sintiéndose enfermo, anciano y sin recursos en Nueva York, pidió garantías a Gómez a traves de *don Juanchito,* y creo que hasta por gestiones de Urbaneja, su cuñado. Se las ofrecieron plenas. Llegó a La Guaira y de allí le trajeron para La Rotunda en donde duró con vida breves días.

Estaba en Maracaibo cuando supe el fallecimiento de este caballero. En las colecciones de *El Fonógrafo* puede leerse la necrología que nuestro diario hizo al infortunado amigo... Y registro este dato, porque he observado que no llama la atención como debiera, uno de los extremos más ridículos a que ha llegado el servilismo de la prensa de Venezuela: fallece

[9] La expulsión del Obispo de Carabobo, Monseñor Montes de Oca en 1929, fue provocada por éste, ya que su desacato a los poderes civiles que juró acatar era evidente. ¿Que la excuse su celo apostólico?... ¡Ah! ¡cuántas, pero cuántas otras gravísimas faltas dejaron insensible al episcopado venezolano en la etapa sombría! El señor Ministro de Relaciones Interiores, doctor Rubén González –a quien precisamente había recomendado mucho el Arzobispo cerca del general Gómez– cumplió con su deber. Sólo, que cuando el mismo Gómez desbarató la farsa de la Presidencia de Juan Bautista Pérez, echó la responsabilidad de todo al gobierno "representativo" de éste y aunque obligó a Montes de Oca a someterse, el clero gomecista se satisfizo con la desgracia política del Ministro...

en el destierro o en la cárcel, no digamos un “enemigo” del “régimen rehabilitador”, sino un simple deudo de alguien tenido por tal, sea una dama o un niño, y la noticia no se registra ni como simple noticia y ni aun se publica a ningún precio la clásica tarjeta de participación o de gratitud social, porque el nombre, el apellido del sujeto no debe *componerse* en los *componedores* de una imprenta gomecista, ni en forma de pasajero de un barco o de un tren, firmante de una circular, como cita de un artículo literario o, sencillamente, con el carácter inofensivo de difunto, tan satisfactorio para “el Jefe”.* Hay exageración en ello, sin duda. La adulación no ha sabido explotar esta fuente. ¡Murió José Manuel Hernández, murió Pío Gil, murió Ramón Ayala, murió Romero García! ¡han fallecido grandes y chicos! y se les escapa a los periodistas de Caracas la oportunidad de estampar en titulares gordas y negras esta nueva y original forma de “social”:

“Nos es grato participar a nuestros lectores el fallecimiento de *“Fulano de Tal”*, ocurrido tras largos y crueles días de enfermedad.

Sea esta ocasión propicia de congratularnos con el Benemérito General Juan Vicente Gómez, Jefe de la Causa Rehabilitadora, a quien una vez más la Divina Providencia ofrece otra prueba de cómo sabe colaborar dignamente con el Ilustre Ductor Decembrino en la obra de la Rehabilitación Nacional”.

Ramón Isidro Rendón es otro muerto que ven salir mis ojos por el postigo de hierro... Observo que Nereo tiene, entre otras supersticiones, la de ir delante del cadáver y pasar por el buzón, primero, para entregarlo...

Vuelve a poco, toma el arpa, la silla única, y se instala en el pasadizo de entrada... Allí sus manos ágiles arrancan al instrumento un *joropo* tuyero, roto y dislocado. Es como una maldición musical.

Las ordenanzas sacan del calabozo del muerto y se reparten los míseros despojos: calzones destrozados, un tarro, un pedazo de escapulario...

Después echan creolina y olvido.

* *El Universal* publicó la tarjeta de invitación para el entierro del capitán Féliz Andrade Mora. Nadie sabía en Caracas a esa hora nada de lo ocurrido en el cuartel de la Trinidad y en Villa Zoila. El cadáver se había entregado a la familia, cosido en un saco, con prohibición de tratar de verlo. Hízose saber al periódico que si volvía a insertar tales “participaciones”, era éste el que “fallecía”.

CAPITULO XXIII

El corral de los suplicios – Para la colección de los tormentos célebres – Las cosechas de la muerte – Los arsenicófagos – La pasión y muerte de Eliseo López – Una lista macabra: veintisiete muertos más – Aquiles Iturbe y su prisión – Ellos... – Catón en camisa – Idoletes y santos de sacristía – Giuseppi Monagas y "el último lazo" – Los del patio – Otro atentado – Sedimentos de la "Federación" - Células de vecindad - Figueroa o la historia de una pierna de goma - Con los víveres cortados - Brota maná del suelo - El pañuelo culpable - Nereo se aburre o apalea – Los "chistes" de Nereo – La "redada" de anoche...– Celestino Hernández, espía y agente provocador – Vuelve "la furia andina" – Pequeños detalles reconstructivos e históricos – La epopeya del hambre.

Marzo-Abril.

HAY HÉROES feroces en las mejores páginas de la aventura y de la historia. Páginas de sangre, de brava crueldad selvática entre los pueblos remotos; venganzas de la Italia italiana; retaliaciones sombrías de los príncipes del norte: rencores que arrastran su cauda de crímenes soberbios en el gineceo griego o en los baños asiáticos; frías asechanzas eclesiásticas; inquietantes eliminaciones pasionales; sangre, noche. Calvino quema, los Borgia envenenan; Escobedo es apuñaleado en la sombra y don Juan de Austria sucumbe de extrañas disenterías y a Prim le descargan un golpe y a Canalejas le abrasan los sesos... Dentro del arte magnífico, el conde Ugolino levanta la boca del fiero "pasto" preso en las aspas de acero de un terceto... Todo eso, sí: formidable de mal y de pavura insigne. ¡Pero estos asesinatos burdos, este envenenar casi con morcilla municipal y este tanteo inmundo para el tormento!... Se descubre por el género de suplicio, tan sucio, la personalidad del torturador, del mismo delincuente, tan en cotizas, tan Gómez, tan de la frontera bárbara; desde más allá de la patria geográfica y racional, desde más allá de la humanidad, de la urbanidad, del aseo de las manos... Cada averiguación que hago es un asco.

Van llegando los datos complementarios de otras suciedades pasadas... A despecho de vigilancias logro establecer los contactos necesarios. Como Nereo nos da de contado y a centavo cada dos pliegos del papel

ordinarísimo de estraza que se fabrica en Maracay –una de las industrias fundadas por el "general" Gómez– los compañeros contribuyen subrepticiamente con manillas de papel y cuanto pedazo de lápiz pueden obtener. Así compongo una serie de apuntes que debo ocultar en las rendijas de las baldosas o colgármelos del cuello en forma de escapulario. Cada día estudio como una lección una parte de mis apuntaciones y luego las voy destruyendo.

A Sotero Mujica –que murió aquí–, a otros, cuyos nombres exactamente no he logrado obtener y a José Santiago González –quien debe de existir, pues se le puso luego en libertad– sometióseles al siguiente tormento: se les pasó una cuerda por la nuca y su otro extremo se ató con un cordelillo en derredor de los testículos; sobre el vientre, en mitad de la cuerda, se hizo torzal con un pedazo de madera a modo de clavija; y así se les fue encorvando hasta unirles el rostro con las ingles, mientras los ejecutores inmediatos del tormento –que se efectuó en los calabozos 12 y 13– oficiales y favoritos de Gómez –Ernesto Velazco Ibarra, Cosme D. Montilla y Eloy Tarazona, este último camarero y espaldero del hombre "fuerte y bueno" de Maracay– decíanles a los torturados: "Digan lo que sepan porque tenemos orden del general de hacerlos que canten".

Hambre, sed, grillos, asfixia... A media noche sacábanse los presos de los calabozos al otro patio, les daban de palos y los traían, después de bañarlos, a morirse en las celdas. Hubo años, como en 1916, en que yacían tres o cuatro muertos al día, defunciones por hidropesía, arterioesclerosis, disentería, tuberculosis; todas las descomposiciones del sistema digestivo o circulatorio precipitadas por la inanición, por los maltratòs, por la humedad, por la angustia de noches enteras aguardando suplicios que son hasta una náusea referirlos. Las moscas pululaban; un gran silencio caía sobre el sombrío pozo de piedra, interrumpido por estertores, gritos, blasfemias, alaridos. Después todo volvía a callarse; y el carro de la ambulancia iba y venía del hospital a la cárcel, a estas dos cisternas de mampostería enclavadas en el centro de la ciudad, rodeadas por el cuartel del Hoyo. Dos chancros gemelos en los ijares de la capital.

La agonía del Presbítero Doctor Régulo Fránquiz fue de dos días: atenaceadas sus entrañas por el ácido arsénico que lentamente le fueron haciendo ingerir en los alimentos, aguardó la hora suprema, con clamores a la Virgen del Carmen. ¡Y pensar –gemía desesperado– que mi salvación está en la punta de una irrigadora!

Su compañero, el Padre Ramírez, murió en un estado lamentable: tenían que sacarlo al patio en una silla para que se asoleara, pues el propio Nereo no podía soportar la pestilencia de aquel pobre cuerpo ulcerado, desintegrado, agonizante...

Fallecieron los dos sacerdotes, como ya dijimos, con sólo días de diferencia. El señor José María Franco, cuñado del Padre Ramírez, poco



Pbro. Dr. Evaristo Ramírez G.

después; antes, en el calabozo 11, había fallecido Carlos García Carvallo*.

Otro de los envenenados fue el poeta zuliano Eliseo López, joven de un gran carácter, noble y bueno. Un día de diciembre de 1917 se le denunció de que proyectaba darle muerte a Gómez cuando asistiera éste al sepelio de un miembro de su familia en el Cementerio General del Sur. Declararon en este asunto y supieron de él los señores Andrés Eloy de la Rosa, Diego Bautista Ferrer, hijo, y Gregorio José Riera. Hago esta apuntación a la espera de que estos señores, como haya lugar, dejen saber qué ocurrió en el interrogatorio de Eliseo López, quién fue el delator y cuál la actitud respectiva y la del Secretario de la Gobernación, Delgado Briceño, quien conoció del "caso". Mientras esto no se ponga en claro y se depuren tales responsabilidades queda abierta en esta página por la historia y por la sociedad una interrogación tremenda. Pasó López a la Rotunda en febrero del año 18 y sucumbió a los *cinco meses*. Primero estuvo junto con Pedro Ezequiel García en un calabozo del patio exterior de las dos rotundas que llaman "el olvido", donde los tuvieron a ambos hambreados. Luego le metieron solo para acá; y en el 23 fue donde Nereo Pacheco, la mañana del 5 de julio, le trajo una misteriosa taza de café –la misma que tomara el Padre Fránquiz– y, como éste, tras un vómito violento, quedó muerto, desarticulado como una marioneta que se le rompe el resorte, por la terrible contracción que determinan los ácidos de arsénico... Este café es la dosis final.

La viuda de Eliseo López, embarazada de algunos meses, dio a luz poco después una niña. Años más tarde, mendigaba por las calles de Caracas con la huerfanita de la mano.[10]

Los otros fallecidos, cuya lista recojo, se llaman: Ramón Figueroa, Felipe Gil, Francisco Bruce, Pablo Báez, Tomás Pérez Alcántara, Sotero Mujica, Regino Barreto, Ramón Peña, Genaro Soto B., Abdón Gáfaro, J. M. Molina Tremaria, Francisco Bellorín R., Publio César Campos, Pedro Roso Bastardo, Celestino Estanga, Claro Juan Campos (se le conoce en otros relatos como Claro Fuentes), Manuel Silva Gómez, Francisco de

* Don Temístocles Carvallo me preguntaba en Caracas a principios de 1922, si yo sabía cómo había quedado su sobrino Carlos García Carvallo. Le dije que al entrar en la cárcel, en 1919, supe de su muerte un año antes. Cuatro años después venía a tener noticia del fallecimiento de su sobrino. Entre la casa de habitación de don Temístocles, Mijares a la Merced, y la Rotunda, esquina del Hoyo, habrá unas nueve cuadras escasas.

[10] "A Eliseo López lo trajeron a la Rotunda con Pedro Ezequiel García (a éste lo tuvieron unos días con nosotros, pero como se apercibieran de que no le faltaba qué comer, se lo llevaron para el patio y lo metieron en el calabozo "el olvido") cuando Eliseo ingresó por segunda vez. A los dos los apersogaron y los incomunicaron en el calabozo que ocupaba Nereo, el primero a la izquierda de la entrada. Recuerdo y recordaré por muchos años, la cara de intensa desesperación de Eliseo, la mañana que me sacaron a mí. Parecía suplicarme que le salvara la vida. Fue de los pocos que se atrevió a levantar la cortina un poco como para decirme adiós. Y yo sabía que era su último adiós. El me escribió contándome del complot para matar a Gómez en el entierro de la madre del déspota, y estaba certísimo de que los mismos tres que se anotan en la primera edición de este libro, fueron sus delatores, especialmente Andrés Eloy de la Rosa". (Comunicado escrito al autor por el señor Carlos López Bustamante).

Paula Ochoa, Julio Saavedra, calabozo 11, murió loco[11], Lorenzo Oze, Ramón Calderón, Rufo Nieves, Aureliano Robles[12], Jesús Flores, Andrés Flores, Emilio Merchán y Ramón Portillo.

De esa época sólo logré recoger y verificar estos nombres y los datos complementarios. Muchos compatriotas pueden ayudar a la sanción histórica en esta obra de reconstrucción, en la formación de este enorme expediente de asesinatos y de secuestros. Inútilmente se trata de ignorar o desvirtuar la acusación que estos simples nombres significan. Mañana los cínicos de siempre o los "piadosos" de ahora tratarán de engrasar con vaselinas de disimulo o de olvido la cuchilla del bestial verdugo y la de sus ayudantes. Yo les desafío a tachar un solo nombre o a recusar un solo dato. Son muchas, muchísimas otras las víctimas; pero faltando por el momento la filiación exacta, aplacemos para una requisitoria futura formular la lista completa de los asesinados.

En el 48 está Iturbe con dobles cortinas clavadas. Le han sacado una o dos veces para carearle... En el patio tienen otra vez al general Pablo Giuseppi Monagas –a quien junto con el señor Justo Arcia, redujeron a prisión con motivo de otras de estas "misteriosas" conspiraciones fabricadas en las antesalas de Maracay. Nada han tenido Iturbe ni Giuseppi Monagas que hacer en el asunto de los cuarteles. La detención de Arcia débese a haberle ocurrido la desgracia de venir hasta La Guaira en el mismo barco en que regresaba Iturbe de Oriente, adonde fuera este último en gestiones de negocios– las hilanderías y la fuerza eléctrica y mue-

[11] "Estaba el coronel Julio Saavedra gravísimo (una especie de complicación de disentería con tisis intestinal). El alcaide lo ignoraba, pues le tenía dada orden terminante al cabo de no pasar comunicación sino de la muerte "efectiva" de los presos, cuando el caso ocurriera. Pero ocurrió que en esos mismos días otro de los presos fue llamado accidentalmente a la alcaidía a una entrevista con el alcaide. Este empezó a preguntarle sobre algunos de los compañeros de martirio, pero el interrogado interrumpió el interrogatorio diciéndole: –General Medina, todos allá más o menos vamos sobrellevando nuestra cruz, el que está ya agonizante... el que ya no puede y quizás no amanezca es Julio Saavedra... – ¿De veras? ¡pobre Saavedra! Y lo peor del caso es que el amigo es completamente inocente de todo cuanto se le ha imputado – ¿Cómo así? ¿por qué dice usted eso? – Porque ya se ha averiguado y comprobado que todo cuanto le imputaron fue calumnia de otro, del coronel Azuaje, en venganza de un incidente personal que tuvieron en los Andes. –Y el general Gómez ¿sabe eso como lo sabe usted? –Claro que sí y varias veces hemos comentado el incidente. –Y entonces ¿por qué no lo han soltado, mayormente estando como está esa infeliz víctima en ese estado? – A esto contestó con mucha naturalidad el alcaide: – Pero amigo, usted es demasiado cándido. ¿Cómo pretende usted que soltemos ahora a una persona a quien hemos tenido sin motivo, inocentemente, preso con un par de grillos por dos o tres años? Usted debe comprender que Saavedra tiene que ser enemigo y esto es suficiente para hacer imposible su libertad.– Pocos días después salía el cuerpo de Julio Saavedra, ya cosido, a ser enterrado en el Cementerio". (Nota escrita comunicada al autor por el doctor Néstor Luis Pérez, protagonista de esta escena).

[12] "Tenía este hombre –dícenos otra nota a la vista– altos y bajos extraordinarios. Tan pronto insultaba a los cabos y carceleros y a Gómez, tan pronto caía en debilidades lamentables y gemía y se humillaba". Había sido duro y cruel con sus soldados, sin duda porque tenía mala bebida. Referían que al alinear la tropa, si algún soldado no estaba en fila, lo tiraba con su propio revólver.

lles de Cumaná, empresas de las cuales es fundador y fuerte accionista. Les hacen presos, les traen al cuartel de policía, tiénenles allí unos días; arrestan a un hermano de Iturbe, a Juan, el conocido y eminente médico; y pocos días después –dizque porque "el general" tenía "las pruebas" de la conspiración– pásanle a Iturbe a la Rotunda y le remachan un par de grillos de 75 libras. A Arcia hácenle igual cosa en otro calabozo –Juan es puesto en libertad porque hallábase en un estado de salud inquietante. Aquiles ha sido presidente de cuatro o cinco Estados importantes, Secretario General del Ejército Pacificador en 1903, Gobernador del Distrito Federal, Ministro de Fomento. Fue, como ya hemos visto en el tomo I de estas Memorias, uno de los factores del golpe del 19 de diciembre que le dio el poder a Gómez, y cometió la imperdonable debilidad –expiada con creces ahora– de sacrificar sus deberes de venezolano en aras de la amistad personal a Gómez, como antes lo hiciera con Castro. Hombre de clara inteligencia, instruido, flexible, como casi todos los hombres surgidos en la agonía del Centro, en el largo crepúsculo del 92 al 94 y que sumergiéronse en la ola de fango de la "restauración" y rabotearon luego en los pantanos primitivos de la "rehabilitación", helo aquí preso, víctima a su vez del atropello, frente a la celda que en el piso bajo ocupa Arévalo González, al lado de la en que está el doctor Juan José Abreu, a quienes persiguió o encarceló ayer... Zoilo Vidal arrastra en el castillo de Puerto Cabello sus grillos hace nueve años; Flores Cabrera había salido de los fosos de San Carlos para la indefinida expatriación. Iturbe, descendiente de una línea preclara –fue uno de sus abuelos el vasco don Francisco de Iturbe, hombre de posición y de influencia en la Colonia, quien arrancara con una frase hábil– "déle el pasaporte a ese calavera y que se vaya" –de garras de Monteverde al futuro Libertador Bolívar–, Iturbe, a quien Castro colmó de distinciones y que jugó la partida de 1902 al lado de la barbarie –como Baptista, como González Pacheco, como Alcántara, como Ayala, como Tellería, como Carlos León, como Domínguez Acosta–, a cuya vasta serie insensata de entonces se incorporaron luego los "nacionalistas" con su jefe a la cabeza, abandonando en una hora negra los campamentos de la "revolución"; Iturbe, que hasta última hora acompañó con tambor a la sordina en la procesión del "gomecismo" al entierro de la República, caía ahora bajo la misma barbarie inverecunda, bajo el Saturno grotesco de Maracay que devora sus propios hijos. Caía, metafóricamente hablando, pero no hacía sino levantarse al fin, incorporarse a las filas de donde –por tradición, por cultura, por dignidad de un apellido escrito con honra desde la remota Colonia hasta los días primerizos de la Patria– nunca debió de haber desertado.

Al lado de Gómez, de los hombres de diciembre del 908, sólo queda hoy Samuel Darío Maldonado, el adversario tenaz y audaz de Castro... Aludiendo a esto Gómez comentó con su fabla torpe y bellaca:

–¡El doctor Maldonado es el *uniquito* que me queda de todos *ellos!**

* Murió en 1926. Fue antes un luchador. Civilizado, ilustrado, con un talento literario de

Ellos. Así alude al grupo de amigos que le rellenaron de pajas políticas su holgadísimo dormán de héroe. *Ellos*: la muerte, la cárcel, el destierro, los insultos de sus tinterillos: *ellos* ... 1910, 1913, el "directorio liberal", el "Consejo de Gobierno", el protocolo franco-venezolano, la "campaña de Coro", el "estatuto provisorio" y sus intelectuales, la "provisional Márquez Bustillos", Vivas y su "mochofobia" de energúmeno... *Ellos* los de La Rotunda, los de los Castillos, los del destierro, los enterrados. *¡Ellos!* Así paga el diablo... Si estas veleidades políticas o estos espejismos de futura "evolución" redentora no se excusan ni se atenúan de ninguna manera ni por consideración alguna en estas páginas ¿no es inconcebible también hasta qué punto es amoral la duplicidad y la inconsecuencia de Gómez? El capitán de una cuadrilla de bandoleros guarda hacia sus tenientes de antaño un lejano sentimiento de gratitud, ya que alguna vez apartaron de su pecho el puñal de una agresión, le vendaron cualquier herida en el fondo de un matorral jugándose con él la existencia y la dignidad. Todo el mundo comenta ligeramente "los hombres que sirvieron con Gómez" y no añaden "y los hombres de quienes se sirvió Gómez".

Tendamos noblemente la mano, abramos los brazos, sí, cada vez que en el camino de Biblos Pablo caiga deslumbrado desde la mula de las persecuciones para escoger la senda de los perseguidos y pagar en su alma y en su carne los errores propios y los ajenos. Arrepentirse no es humillarse; rectificar no es vilipendiarse; y preferir la desgracia práctica a la cómoda teoría de "apartarse", seguir militante en la buena causa para pagar la vieja acción en la mala, ya delinea los rasgos de una psicología, el bloque de una voluntad que se solidifica para el bien, el precipitado de una conciencia en el turbio vaso de las tentaciones que el Bajísimo mostrara desde la cúspide del mundo –poder, oro, glorias vanas– al Otro, al que descendió hacia los valles del sacrificio, serenamente, en la tarde bajo las primeras estrellas...

Esa época del paladín de peto alzado y lanza en ristre con su banderola incólume de "los cienos del camino" ha quedado en el panorama psicológico como una vieja imagen, descabalada y desprestigiada, en su marco de yeso, para metáfora de literaturas manidas. En la dura y triste requisitoria de estas memorias no se aparta la vista para no ver lo que debe ser visto, pero tampoco se acumulan zarzas y cizañas resecas a fin de recalentar esas vanidades inútiles de los intransigentes circunstanciales. Se escribe, se ataca, se formulan propósitos sobre las realidades humanas, sobre los *hombres vivos* y no sobre la carátula de esas ediciones baratas de Catón al 1x1000. ¿Cuántos de estos "intransigentes" hemos visto de súbito salirse bruscamente de la reservada curul de los censores para ponerse a dar cabriolas vestidos de mamarrachos en los salones de maese Jourdain o en el retablo de Ginés de Pasamonte?

excepción, una suerte de conformidad pasiva anegó sus viejos ímpetus y sus nobles rebeliones.

La historia son los hechos, secos, desnudos. Para que germinen ideas, a los hombres, como a ciertas raíces que retoñan vigorosas, es necesario desollarlos, herirlos, rasgarlos y poner en contacto su jugo con la tierra negra, lodosa, fecundísima... El delito que se comete a cada instante y en cada cuartilla de este libro es tirar abajo de un manotazo irreverente, cuanto santo de sacristía sale al paso. Es como deben denominarse estos virtuosos, estos impecables inéditos, que tienen una testa de venerable, una diadema dorada, un ropaje soberbio... Simples cabezas de yeso pintadas, burdas armazones de tabla con un manto de pana y lentejuelas... Las vírgenes y los evangelistas de esos guardasantos de sacristía son indesnudables, no porque resulte impúdica su desnudez sino porque su revelación es absurda y grotesca.

Romero García hizo una frase que de boca en boca ha venido repitiéndose y que a la postre resulta excesiva para esta época de decadencia: "Venezuela es un país de reputaciones consagradas y de nulidades engreídas". Hubo iracundia y exageración en esta sentencia del autor de *Peonía*. Hoy es preciso invertirla: Venezuela es un país de reputaciones anuladas y de nulidades descreídas.

Los venezolanos sólo tienen ante sí dos caminos: o el anulamiento o la pasividad, o la rebelión en martirio, o la traición al capataz de la cuadrilla en vindicación.

Hay una posibilidad de rehabilitarse: entregando maniatado al malhechor con quien anduvimos seducidos u obligados asaltando en despoblado. García de Paredes y Gutiérrez de la Peña que andaban en persecución de Lope de Aguirre, el *tirano,* a fin de dominar a aquel hombre terrible y sin escrúpulos, hicieron que llegasen hasta sus campamentos, ya sitiado en Barquisimeto, escritos firmados con los nombres en blanco, para que se acogiesen al perdón real los "extraviados" de la expedición que saliera del Perú a la conquista del Dorado, los "marañones" del formidable vizcaíno. En el procedimiento criminal británico si uno de los reos, así sea el más culpable, resuelve auxiliar a la justicia y mediante una declaración formal y exacta permite que se establezcan los hechos y no quede burlada la sanción social, puede el fiscal de la corona ofrecerle perdón absoluto por el delito que se juzga y por todos los que declare y que hayan estado hasta entonces impunes, y darle garantías y libertad. Úsase esta real prerrogativa de indulto, naturalmente, en casos difíciles y extraordinarios de crimen horrendo y muchos cómplices. El de Venezuela es un crimen colectivo, horrible, difícil, pero con la circunstancia especialísima de que el reo magno no puede acogerse al indulto de Su Majestad la República porque es reo de esa misma lesa majestad. "Bastante castigo tiene en sí propio –decía un santo Abad del siglo XVII– aquel que ya en su conciencia abrigó el arrepentimiento sin que le osen humillar sus hermanos, mas por el contrario, auxiliarle a hallar la luz con sus oraciones."

El general Pablo Giuseppi Monagas, que está en el patio, vuelve por segunda vez a la cárcel... Ha trabajado por Márquez Bustillos –"el único lazo que nos ata a la civilización"– decía aún a mediados de 1918. Es nieto de José Tadeo Monagas, el de los Libertadores de la Gran Colombia, expresidente de Venezuela, usurpador en el 46, nepotarca hasta el 58 y quien no fue de nuevo amo de los destinos de un país cuya voluntad vilipendió y candidato de un parlamento que desbandó a tiros y puñaladas, porque la muerte, piadosamente, cortó su vida en las puertas mismas de la capital diez años más tarde. Su otro tío abuelo, José Gregorio, libertó los esclavos y pagó la nepotarquía de su hermano con un tristísimo fin.

Giuseppi Monagas, en su primer cautiverio, estuvo en esta rotunda. Enfermó de muerte. Pedía por caridad, ya que no se le daban medicinas, y la asfixia cardíaca hacíale temer su última hora, clamaba desesperado al cabo Nereo Pacheco, que le dejara venir a cualquiera de los sacerdotes que estaban allí, en otros calabozos –Mendoza y Monteverde– para confesarse, pues era hombre religioso y había jurado a su madre moribunda que no moriría él sin confesión... Fue tan desgarradora la escena, que algunos presos unieron sus súplicas a las del desdichado; y se le respondió a todos clavándoles dobles cortinas. Salvóse en aquella ocasión Giuseppi Monagas. Ahora sabemos, por noticias deslizadas desde el patio, que está muy enfermo en el 5, en "el olvido", ese calabocito angular que es una antesala de la muerte.

En las zahurdas del patio están los generales Pedro Pablo Montenegro, Celestino Peraza [13] y Simón Bello –este último con un ataque de hemiplejia–, el coronel Manuel Aguirre, los señores S. Alvarez Sosa, Manuel J. Borges y Azpúrua... Hay algunos otros que a ratos pasan frente a la reja exterior y a quienes o no conozco o no puedo reconocer desde mi periscopio. A Montenegro ya le habían detenido en Villa de Cura hacia 1911, libertándolo luego. Aun cuando adscrito a la primera

[13] Los generales Víctor Rodríguez, Luciano Mendoza y Celestino Peraza, además de otros jefes de consideración –con Baptista al frente de un contigente armado que no le cerró el paso y Braulio Yaguaracuto y otros jefes secundarios que cayeron a la retaguardia de Cipriano Castro en Nirgua, estando éste en Tocuyito agotado– son los responsables primordiales del paso de la horda castrista al centro. Cuando Castro ocupó a Valencia impunemente, tras la farsa sangrienta de Tocuyito, salióse hasta Maracay, previas gestiones entre las avanzadas "amarillas" de Luciano Mendoza y el comisionado castrista, el llamado general Benjamín Ruiz o Bolívar. En Maracay se hospedó Castro casa del Gral. Manuel Modesto Gallegos; y de allí, de noche, a caballo, salió a entenderse con Mendoza y Peraza a la Victoria autorizados por Víctor Rodríguez. Gallegos refiere que al avistarse Castro con Mendoza le dijo: "¡Aquí está el muchacho que viene a ponerse a las órdenes del viejo liberal para cerrarle el paso al Nacionalismo!"

Es un dato importante tomado de las curiosísimas e ingenuas memorias de Gallegos publicadas en 1926 estando ya impresos los tomos I y II de esta obra y que confirman en su esencia, lo que allí narré tomando de labios contemporáneos y de actores en aquellos sucesos. Como la horda "gomecista" de hoy, causahabiente de la horda cipriana de ayer, ha contado con el tiempo y con el silencio para alimentar en la mente de esta generación que "conquistó" el poder a sangre y fuego, se hace necesario despanzurrar estos héroes de paja y precisar con hechos, fechas y nombres el proceso de artimañas, falsías, traiciones e inconsecuencias que culminaron con el dictador de 1900.

administración de Gómez, como que era Secretario General en Aragua, sus largos servicios bajo Cipriano Castro no bastaban a dar confianza al nuevo amo de Venezuela. Más tarde, de aquí del patio, le pasaron al Castillo de Puerto Cabello.

He reconocido ayer, dentro, al general Francisco José Sáez, del Alto Llano. Su figura, recia, tranquila, la expresión inteligente de su único ojo, –pues ha perdido el otro irremediablemente al parecer– me trae a la memoria al hombre enérgico, uno de los mejores oficiales de la región guariqueña oriental. Con unos pocos persiguió en las montañas de Tamanaco la partida de bandoleros que acaudillaba un tal Gregorio Tovar (a) *Pollón,* pequeña reviviscencia del célebre Solórzano, "Zambo y Medio", aquel retoño de barbarie cazado por Crespo como una fiera y que salía de noche con alpargatas al revés para despistar a los persecutores. Sáez atrapó al fin a Tovar, quien decía reconocer órdenes del general Marcelino Azuaje o Correa –lo que nunca pudo saberse a ciencia cierta. Azuaje era 2.º vicepresidente del Guárico en 1909. El doctor Roberto Vargas le prendió por tener sospechas de que intentaba un alzamiento castrista... Intervino la política de Caracas y se le puso en libertad. Personalmente y con indicaciones de Vargas redacté el memorándum de instrucciones que llevó el general Pedro I. Carreño a Oriente del Guárico en donde su misión fue un fracaso como Delegado del Gobierno. Ni logró pacificar la región ni que se sometiese *Pollón,* ni hallar prueba de la complicidad del vicepresidente Azuaje y menos se atuvo a los términos de las instrucciones que se le dieron. Era un hombre algo parlanchín y aparatoso; las gentes guariqueñas –y aún más las orientales– son perspicaces y burlonas. Fue dos años más tarde, bajo la administración de Gimón Pérez– una de las mejores que haya disfrutado estado alguno en la República– cuando Sáez debeló la facción del guerrillero de Tamanaco, el cual quedó muerto en el lance.

Después de servir en forma leal y eficaz al gobierno, se había retirado de toda actividad política. El 18 de junio de 1918 salía de su casa en Zaraza a solicitar un peón de sus trabajos y un oficial llamado José Mauricio Uzcátegui (a) Chepa y el jefe civil, Gustavo Hurtado, se dirigieron a él y le invitaron a pasar a la jefatura pues tenían algo que decirle. Al entrar halló veinte hombres armados y se le notificó que estaba preso. Le dejaron incomunicado y dos horas después le remacharon un par de grillos. El 19, a las 9 de la mañana, le subieron a un caballo sobre una albarda, con grillos y todo y echó a andar el cortejo bajo escolta de cien hombres: 25 delante, 25 detrás e igual fuerza a cada lado. Las autoridades de Tucupido y de la Pascua guardaron los caminos con tropas. Igual cosa se hizo en Chaguaramas. A cada barrizal tiraban el jamelgo bruscamente de las riendas y Sáez caía entre las risas del séquito. De Tucupido a La Pascua, de allí al Arbolito, de este punto a Altagracia, y al salir de

aquí, a eso de las dos de la madrugada, le echaron al paso del río engrillado... Quienes conozcan los lugares podrán apreciar las jornadas. De Altagracia condujéronle a un punto del fin de la Sierra para descender a Ocumare hasta Yare. En la pequeña estación, mientras aguardaban el tren para Caracas, lo exhibieron como dos horas. Con todo ello tratábase de ultrajarle al propio tiempo que de aterrar a los amigos que Sáez cuenta en todas aquellas regiones. El proceso luego, como todos: la estación de policía, la Rotunda. Para que pasase por el hueco de la reja le quitaron los grillos que traía; se los remacharon luego de 75 libras.

Aquí está, contra el muro, tomando el sol, avejentado. El sufrimiento ha sellado su rostro con un troquel de dureza. Sus posesiones, fundadas y trabajadas por él, se llaman "Jobito". Ha sido primera autoridad civil en Tucupido, en Zaraza, Jefe de los milicianos, diputado a la Legislatura Seccional y suplente al Congreso de la República.

El orden de mi vecindario, hasta donde puedo localizar personas, después de los traslados de la otra noche, es: 48 Iturbe; 47 los generales Roberto González y Eduardo Sánchez, 46 el doctor Abreu y Luciani; 45 el ingeniero Serrano; 44 Torres Abandero; 43 vacío, fue aquí donde tuvieron a monseñor Rafael Lobera; 42 Lucas Manzano (a) *Gonfalón;* 41 el doctor Juliac y yo; al 40 han traído al general Juan Figueroa Bellorín, desde Ocumare; otra víctima de *don Juanchito.* Le acusan de complicidad en el golpe fallido de los cuarteles. Es un hombre de edad, de aire reposado; le falta la pierna desde el muslo; lleva una de caucho y para poder marchar tiene que apoyarse en un bastón. Este excelente margariteño ha respondido a Medina con dignidad en el interrogatorio a que se le sometiera anoche:

–Y eso es todo lo que sé; que se nos invitaba a una manifestación pacífica en la Plaza Washington, para celebrar el triunfo de los aliados; que el doctor Pedro Manuel Ruiz y otros amigos me invitaron y que yo fui porque eso no tiene nada de particular; y si me vuelven a invitar y puedo, vuelvo a decir que sí.

Medina le sugiere con una suavidad maligna:

–¿De modo que no sabes otras cositas...?

–¡No señor! y me cuelgan por una "pata"... es decir, por la que me queda, y eso mismo digo...

A lo cual retírase amostazado Medina. Al pasar frente a mi cortina le oigo murmurar:

–Si don Juancho me lo ordena los hago "cantar".

Nereo, por corta providencia, le quita la pierna y el bastón; y Figueroa queda tirado en las baldosas... Antenoche tuvo un cólico; carecía de agua; gemía con el dolor:

–Cabo, ¡un poquito de agua!

Nereo le respondía desde su hamaca con una cuchufleta:

–Los pájaros son más chiquitos y van al río... ¡No me moleste tanto, cojo condenado!

A la otra tarde, cuando pasó Porras, Figueroa reclamó su pierna o su bastón...Primero le facilitaron una. Más después el otro. Parece que Nereo le hacía ver a Medina que *el mocho* Figueroa era de mal genio y podía darle un pernazo o un palo. En esos días trajeron a un joven Wulff por sospechas.

Le llevaron al calabozo de Figueroa, y como viera a éste así, en la penumbra, tirado al suelo, y más allá una pierna con su calcetín y su zapato puestos, creyó que acababan de mutilar aquel desdichado y se le pusieron los pelos de punta. A ello contribuyó Figueroa, que bondadoso, notándole el asombro, trataba de darle ánimo:

–No se aflija, compañero, que no tiene motivo: ¡mire a mí como me han dejado!

A Wulff le soltaron a las 24 horas. Otra vez como le negaron un remedio, Figueroa increpó a Porras:

–¿Por qué no le quitan el nombre de "Cárcel Pública" a esto y lo llaman "Matadero Público de Hombres"?

La siguiente mañana, al pasar la pizarra del "apunte" diario, Nereo le participó:

–Figueroa... "¡desfondado!"*.

Cuando nos poníamos de acuerdo para socorrer a los militares que perecían de inanición, suspendíamos a los sospechosos todo "extra" a pretexto de que no teníamos "fondos"...

Los presos de abajo, resueltos a no dejar perecer de hambre a los militares y a los civiles, hicieron una mañana una salida al patio, estando ausente Nereo, y bombardearon los calabozos interdictos con pedazos de pan, de azúcar negro, con bananos, con lo que pudieron quitarse de la boca. Arriba resolvimos también hacer una recolecta de calabozo en calabozo. Se consiguió un pañuelo, de Juliac por cierto, y desde el extremo izquierdo, arrojado de puerta en puerta, tras meter la pobre contribución de cada uno –un panecillo, un plátano, un trozo de queso, fósforos, cigarrillos, cabos de vela–, fue creciendo el lío. Al momento en que lo extendía yo para que siguiera rumbo hasta los calabozos de la derecha, Nereo que entra... Quedó el paquete entre dos celdas, a donde no alcanzaban ni mi brazo ni el de Figueroa... Voló al alto Nereo: –¡Ajá...! ¡con que pañuelos llenos de comida!...– Lo observaba desde mi rendija. Brillábanle las negras retinas: un goce de alimaña que pilla un insecto o de garduña que atrapa un polluelo, bañábale el rostro... Se echó a cuestas el mísero "cuerpo del delito" y fue a delatarnos con Medina. A poco volvió y a la serie de calabozos "culpables", desde el 45 hasta el 39, ordenó que se les baldease el piso... Nos refugiamos en las tablas. El agua llegaba a dos pulgadas. La humedad con las cortinas clavadas, daría cuenta de nues-

* Expresaba en su bajo caló de presidio: no tiene "fondos" en poder del alcaide. Es decir, está a rancho. El sitio por hambre.

tros pobres huesos... Pero al siguiente día volvíamos a pasar el lío de alimentos; y ni esta vez ni ninguna de las subsiguientes pudo pillarnos en flagrante contravención con "las reglas del establecimiento".

Nos echó Nereo agua a los pies muchas otras veces. Había días en que amanecía como endemoniado:

–Mira 38, si sigues moviendo la cortina te voy a caer a palos.

En una ocasión sorprendió a Justo Arcia en el 24, que trataba de arrojar fuera una cajita de fósforos vacía conteniendo un papel para Iturbe, pidiéndole sin duda algún remedio –pues a éste le dejaban pasar ciertas medicinas– y cayó como una fiera sobre Arcia. Sentimos que le daba de palos y que el maltratado se quejaba.

Luego saltó a la puerta del doctor Iturbe y se puso a vociferarle insultos y soecidades.

A Abreu y a Juliac, como son abogados, díceles a cada rato que los "dotores" son unos pillos, que se venden; que le habían condenado porque era "pobre"... La tomaba de súbito con algún preso, fuese de la condición que fuese, o poníase cuando estaba fastidiado a hostigar a los hambrientos para que insultasen a los "ricos". Los días de aburrimiento íbase al patio y a nuestra vista se lavaba los pies en el agua de la pila de donde llenábanse las pimpinas.

Una o dos veces entró de la otra rotunda borracho, haciendo piruetas. Se acostó a dormir y esas horas pudimos comunicarnos. Otra tarde se me presentó con unos versos; también había bebido. De repente metíase a los calabozos para sorprendernos. Cada vez que entró en el 41 halló a sus "inquilinos" jugando apaciblemente con botones arrancados del traje, sobre un ladrillo, ese juego que inventaron las tropas rusas durante el sitio de Sebastopol. Mientras reposo, mi compañero vigila. Dormimos un rato en el mediodía para alejar el hambre; a las tres llega "el rancho". De cinco a siete el doctor Juliac me dicta un curso de derecho. Se empeña en que me haga procurador. Algunas veces reconstruimos lejanos episodios o hablamos de historia. Ha leído mucho. Posee una penetración especial. Fueron célebres sus "ocurrencias": cuando José Félix Mora era el candidato de Crespo en Carabobo, Juliac, que estaba en la oposición, lanzó a la calle un periódico cuyo nombre era: "El General Mora no puede ser Presidente del Estado", a fin de que los pregoneros gritasen aquello. De humildísimo origen, ha llegado a ser Presidente de la Corte Federal y de Casación y Director en el Ministerio del Interior. Hijo de su esfuerzo, ha fundado un hogar virtuoso. Pertenece a la serie de aquellos "liberales amarillos", amigos de Crespo, quien como bien ha dicho Rafael María Carabaño, "fue el último gran caudillo del Partido Liberal" y que compensó graves faltas con excelentes cualidades. Ya lo que de esa época queda son las crónicas y estos antiguos políticos que si pecaron mucho no se caracterizaron jamás ni con la inquina ni con el odio sañudo de "los servidores" tachirenses y centrales de estos últimos veinte años.

En el 30 está Henrique Chaumer Loynaz, cuyo padre asesinó Eleuterio García en 1909*. Un hombre culto, instruido. Deja fuera su esposa y una niña de cortos años. Con él han puesto al joven Casto José Curiel Coutiño, coriano, estudiante de derecho. De allí, a dos por celda, siguen hasta el 38 los militares. En el 37 está Francisco Pimentel, *Job Pim;* entre este calabozo y el 23 se alojan: Carlos Eduardo Machado, Pedro Manuel Ruiz, Gustavo Vaz Capriles –detenido al regresar de Nueva York por meras sospechas y a quien libertaron meses después para morir de la tisis que contrajo en el calabozo 24–; el general Antonio Ramos, también en gravísimo estado de salud y cuya muerte esperábamos por momentos hasta que lo sacaron de allí. Durante esos días en que estuvo casi en estado de coma, Nereo iba por el pasillo gimiendo de un modo burlesco, aludiendo a la antigua profesión del moribundo Ramos: –"¡Tan buen albañil que era!"– Y porque al pasar por otro calabozo oyó que Miguel Rocha, remedándole la intención, murmuraba: –"¡Tan buen cabo que era!"... púsose furioso y amenazó al burlón siniestro con llenarle de agua el calabozo. Al lado de Ramos pusieron a un joven Luzardo, que en un lance personal acababa de matar a Arístides Fandeo. Después siguen: Rómulo Acuña, Vicente Rey, José Rodríguez, Augusto Mejías, sacado a última hora y que falleció fuera.

En casi todos los calabozos están ya metiendo de a dos presos y al paso que vamos será menester de a cuatro.... Ochenta y pico de detenidos para destinarles a 25 celdas ya es problema. Así que hay cambios y acumulaciones de dos y tres por cada una. Observo que Nereo mantiene siempre una o dos vacías– "disponibles" como él dice.

La tragicomedia de "los cuarteles" debía de terminar el 1º de marzo con un golpe de teatro...

Desesperados algunos por la suerte de sus amigos o de sus deudos, pasáronse la voz de que cierto oficial en servicio activo en el cuartel de Palo Grande, llamado Celestino Hernández**, había tomado a su cargo "vengar" a sus camaradas y recoger los elementos dispersos para dar el golpe que delatara el capitán Piñero.

* Véase tomo I de esta obra.

** Aparece este relato: en "La Vergüenza de América", folleto que escribimos en la Rotunda y que circuló dentro y fuera de Venezuela antes de ser libertados nosotros en diciembre de 1921; en el texto de la obra publicado en Nueva York y en Cuba, 1924-25; en la edición francesa e inglesa 1928-29. Quince años después, en 1937, el Coronel Celestino Hernández dice en una entrevista de prensa:

"–Esto es una burda invención. Voy a referirle los sucesos. Yo no era Teniente Coronel como se dice. Era ya Coronel y me encontraba de Jefe del Cuartel de Palo Grande. Parece que varios jóvenes, deseando librar a sus compañeros del complot militar que había fracasado poco antes, se pusieron en contacto con cierto sujeto sospechoso, agente del Gobierno, el cual logró engañarlos. Este les manifestó que podía contar con tres jefes de cuartel capaces de ponerse al frente de un nuevo complot. De los tres candidatos ofrecidos, los jóvenes me eligieron a mí. Naturalmente, yo no sabía nada de lo que se tramaba a mis espaldas y que podía perjudicarme, como aconteció en efecto.

"–Un día, inesperadamente –prosigue el Coronel Celestino Hernández– fui llamado por el General José Vicente Gómez, quien me dijo textualmente: "A usted lo van a invitar a una

Naturalmente, un joven Tancredo Pimentel, hermano del torturado Luis Rafael y de Francisco, fue quien se prestó a moverse en ese sentido. Le impulsaba un sentimiento muy explicable, viendo a su madre anciana y a sus hermanitas en desamparo. Habló con unos, interesó a otros, convenció a los demás, e iniciáronse una serie de conferencias en las que el referido Hernández desveló sus propósitos. Algunos, cuerdamente objetaron que aquello les parecía un proyecto absurdo, acéfalo, y que sólo se ganaría comprometer a los ya presos y quizás agravar su suerte o hasta precipitar la acción criminal contra las víctimas en rehenes. A todo lo cual, Hernández, echando llamas por los ojos y golpeando la mesa con el

reunión. Vaya y me informa". Yo estaba lejos de imaginarme el carácter de la reunión, a la que asistí, obedeciendo las órdenes de un superior. Al día siguiente manifesté al general José Vicente Gómez que no veía ningún peligro en aquello, pues tratábase únicamente de varios mozos muy jóvenes, sin armas, sin dinero y sin jefes".

"Creí –agrega el Coronel Hernández– que el asunto no pasaría de allí; pero días después recibí la misma orden. Asistí, pues, a otra reunión y ratifiqué al general José Vicente Gómez que, como ya le había informado, en todo aquello no veía nada de particular. Esta fue toda mi intervención en el caso. Nadie puede decir que yo me haya ofrecido para insurreccionar el cuartel. Yo no he delatado a nadie. Todo esto fue una trama urdida a espaldas mías. Reto a cualquiera a que presente un documento, a que muestre cualquier papelucho en que se compruebe que tuve alguna relación con quienes ordenaron la detención de esos jovenes, a quienes procuré salvar, sabiendo que ya estaban delatados, presentándolos como unos jóvenes ingenuamente exaltados, como en efecto lo eran.

"–Yo ni siquiera los conocía –concluye nuestro interlocutor–. Supe que se había procedido a detenerlos días después, cuando mis enemigos, porque yo tenía entonces enemigos dentro del Ejército, me hicieron comparecer ante el general Aparicio Gómez, Comandante de la Brigada a que pertenecía, para que explicara por qué se me había elegido como jefe de la presunta sublevación. Comprendiendo que se trataba de complicarme en el asunto, respondí que el único que ignoraba el asunto en su esencia era yo, pues sólo había asistido muy a disgusto a las dos reuniones en acatamiento de órdenes superiores que no podía desobedecer. A pesar de mi respuesta categórica y verídica, se continuó intrigando para complicarme; pero afortunadamente, a la postre, mi inocencia quedó plenamente demostrada."

Los actores en este asunto –inclusive el "cierto sujeto sospechoso" que figura allí y a quien no se nombra ignoro por cuál razón– están vivos y casi todos residen en Caracas y son personas conocidas. El relato fue hecho a nosotros y a todos los presos que allí estábamos detenidos cuando ingresaron las víctimas a fines de febrero o comienzos de marzo de 1919. Eso por lo que respecta a la buena fe del autor, cosa en que están contestes los periodistas y escritores que comentaron la anterior entrevista. Alguno, sin embargos, alude a "la dignidad del ejército". ¿Pero el Ejército era Eustoquio y sus "paisas", Vicentico Gómez y sus "muchachos", Velazco y sus "chácharos"? Tengo entendido y hasta leído que cuando en el golpe de cuartel que los jóvenes de 1928 intentaron, el propio General López Contreras, quien lo debeló, entregó los civiles arrestados a las autoridades civiles o a las que tales fungían. Son dos misiones diferentes detener en una sublevación *realizada* algunos ciudadanos, entregarlos a la autoridad respectiva y abstenerse de toda participación en ulteriores medidas que estaban fuera de su radio, a servir de agente confidencial *dos veces*, cooperando con un "cierto sujeto sospechoso"– sea para "salvarlos" como dice el Oficial Hernández, sea para "precipitarlos" como refirieron los interesados–. Que el Oficial escogido para esa triste misión haya sido una presunta víctima de esa misma misión porque sus "enemigos en el Ejército" lograron que se le diera y que él la aceptara con la mejor intención del mundo, que el resultado fuera esa "carnavalesca tragicomedia" y que posteriormente la conducta de este Oficial sea correcta y honrosa, son cosas que deben bastarle a la satisfacción personal. La dignidad de una institución nada tiene que ver con las faltas o debilidades que los individuos cometan amparándose en la institución. Ese fue, sin duda, "un caso como tantos" en la larga serie de desmanes que se han cometido en Venezuela y que el tiempo y las circunstancias desfiguran, alteran o modifican. Y si las personas que allí figuraron "no se atreverían hoy a sostener" lo que nos dijeron a nosotros y a todos los que allí estábamos, a nadie asiste el derecho de suponerlo.

puño, respondía que si no le acompañaban, él solo, con los suboficiales y la fuerza adicta acantonada en Palo Grande, "tiraría la parada".

Llevadas las cosas de este modo, he aquí que fueron invitados todos a una entrevista decisiva en cierto local en la esquina de Camejo, para allí el teniente coronel Hernández "acabar de convencerlos con los hechos y pruebas" de la resolución de sus intenciones. Se les dijo que asistirían personas "muy serias e importantes" Por curiosidad concurrieron algunos a la cita, aprovechando ser noche de carnaval y disimulados a pretexto de "comparsas de disfraces".

Hacía minutos que hallábanse reunidos con el invitante Hernández. Este miraba inquieto hacia la puerta como aguardando los otros "conjurados". En efecto, aparecieron varios, de dominó y máscara.

–Adelante, señores –díjoles Hernández.

Y de repente cada uno de los jóvenes allí presentes vio que los disfrazados, echándose abajo las caretas, les apuntaban el pecho con un revólver. Detrás apareció un pelotón de policías armados:

–¡Están presos!

El teniente-coronel del Ejército Venezolano Celestino Hernández hizo mutis por la primera puerta lateral. Apareció al siguiente día recompensado y ascendido. Como Piñero, no es andino, según tengo entendido.

Al fin sé la razón de aquellos misteriosos calabozos previamente "disponibles" que tenía Nereo. A este se le habían dado ya "instrucciones" de que pronto habría nuevos "inquilinos". El golpe teatral fue ensayado, dirigido y llevado a cabo con la colaboración de la Prefectura y de sus conocidos sabuesos.

Como resultado de esta hazaña ingresaron esa misma noche a la Rotunda Tancredo Pimentel, Hernando de Castro, Ramón Edo. Feo Calcaño, Avelino Martínez y Santiago Siso Ruiz, que acababa de graduarse de abogado y que estando de paseo con su señorita hermana y su prometida, viose asaltado en el automóvil por cuatro esbirros disfrazados. Como otros, no estuvo en la entrevista con Hernández pero parece ser que le complicaron. Vino a ocupar el 43, vacante por la salida de Monseñor Lobera.[14] Igualmente el 42, "disponible" por haber trasladado a Lucas Manzano al patio de donde le pusieron días después en libertad, fue ocupado una tarde por el estudiante de derecho Salvador de la Plaza, al que hicieron preso en una posesión suya fuera de Caracas, en Río Chico. Trajeron junto con éste a Narciso Ribas, arrestado espectacularmente en el barrio de La Pastora, en Caracas. Otro de los presos de "don Juanchito". Les metieron a las cuatro o cinco de la tarde.

Nuevas cortinas clavadas; nuevos grillos remachados. La cólera de Nereo sube de punto. Ronda toda la noche con el rolo en ristre a ver si alguno está cerca, detrás del trapo lúgubre, para atizarle un palo.

[14] En la nómina de Senadores y Diputados que tengo a la vista, febrero de 1927, aparece el doctor Santiago Siso Ruiz como representante de elección gomecista, luego ha sido Secretario General, etc. (1928-36).

El "rancho" es peor que nunca. Un agua con harina vieja, cocida. Un solo bollito de maíz a cada ración. Plaza me refiere a la otra mañana sus andanzas. Estuvo oculto en Caracas con Pedro Brito y Pedro Zuloaga.. Después fue a refugiarse en el Tuy. Cree que sus compañeros han logrado salirse del país.

Poco después de estos ingresos y antes de la salida de Manzano, ahora días, a las diez de la mañana, el consabido grito: –¡Para sus calabozos! –A todo el mundo le late de prisa el corazón: ¿traen presos? ¿van a sacar alguno?

Y de súbito penetra por el buzón, seguido del cortejo y de los grillos –negros, indecentes, enormes– un "detenido".

¡Miguel Rocha! ¡redactor de *El Universal*!

El motivo de su prisión es de una comicidad desconcertante. Estaba viendo esa misma mañana poner las letras de la pizarra luminosa frente a la puerta del periódico en que trabajaba. Anunciábase "el regreso del presidente Wilson de Europa", "el divorcio de Gómez Carrillo" ....Iba Rocha leyendo en alta voz en el grupo lo que la pizarra empezaba a señalar, y llegando a la segunda noticia comentó: –¡Ahora sí que se trabajó Gómez.... Carrillo!

Pero sea por un golpe de tos o por una pausa impremeditada, hizo al leer lo que en música se llama "calderón", precisamente entre el "Gómez" y el "Carrillo". Oyóle un espía y media hora después Rocha ingresaba en el calabozo 40 de la Rotunda, con sesenta libras de hierro remachados en los tobillos, al lado del inválido Figueroa, y sin poderse explicar absolutamente qué era lo que había hecho ni dicho.

Ya los veinticinco calabocitos de arriba contienen de a dos y tres presos. Aprieta el cerco del hambre. A Garciíta le ha dado Nereo una nueva paliza. Los ordenanzas no suben al alto sino con Nereo. En la requisa de la tarde Porras le dice al cabo cosas misteriosas a media voz y señalan con el dedo hacia ciertas celdas. Los de abajo no se atreven ni a salir al patio. A cada instante Nereo los insulta y los "arresta". A los sacerdotes les grita:

–¡Mendoza, baje su cortina! ¡Y usted también, viejito Monteverde!

–¡Frijolito, pela el ojo! (es el doctor Néstor Luis Pérez).

–Los Delgado, ¡arrestados y "desfondados" por tirarle pan a los de arriba! (alude a los hermanos Delgado Chalbaud).

Es un arresto dentro del arresto. ¿Habéis visto esos trucos de los prestidigitadores que meten una avellána en una nuez, ésta en una ciruela que a su vez encierran en una manzana, metiendo la poma en un coco y el coco en una calabaza? Aquí tenéis el símil de este múltiple arresto: la república, la ciudad, la cárcel, el recinto de la Rotunda, la celda, el trapo a la puerta... y como extra: ¡un par de grillos!

Una vez arrestó a Arévalo González en su calabozo:

–Usted no tiene razón –protestó indignado.

En efecto, nada había hecho.

Pero Nereo le bajó la cortina. Y Arévalo, desde ese día, sepultóse en su calabocito. Cuando Nereo trató de remediar su propia arbitrariedad y le ordenó que podía salir, volvióle la espalda. Desde ese día no puso un pie fuera. Con una inquebrantable energía pareció querer imponerse el sacrificio de no ver luz ni respirar, solidario voluntariamente con los que estábamos en el alto, clausurados; identificándose con nuestro martirio.

Un compañero ha murmurado:

–¡Eso es una tontería de Arévalo!

Y otro ha ripostado con violencia inaudita:

–Pega Nereo, ultraja, escupe, atormenta, envenena, vapula, desprecia ¡que no merecemos otra cosa!

De abajo sale una voz tímida:

–¡Tengan prudencia!

Y uno de los muchachos grita entonces:

–¡Tengan vergüenza!

Hambre sí que la tenemos todos. Un hambre blanca, silenciosa, que en los largos días y en las noches sin sueño nos camina por el cerebro como un gato escuálido a través de cenizas frías.... Se sienten los sesos vanos; bulle un ruidito de diente de rata en los oídos; la garganta se contrae; y cuando suena un rumor de platos que lavan allá abajo o pasa un hálito de viandas, las mucosas secretan una saliva suelta que corre por las comisuras.... Vienen imágenes felices, cantan versos maravillosos, saltan bruscos episodios, fechas, trozos de relatos históricos....

Juliac, como un monólogo, recita el fragmento cervantino de las bodas de Camacho... "Y diciendo esto, asió de un caldero, y encajándolo en una media de las medias tinajas, sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dijo a Sancho: Comed, amigo, y desayunaos con estas espumas, en tanto que se llega la hora del yantar"....

–¡Cállese –le dijo una voz irritada –trate de dormir, beba agua, cállese por Dios!

La campana suena la una....¡Dos horas largas aún para engullir la mazamorra fétida! El tiempo se eterniza medido por una sensación de inercia.

Entre una como niebla blanca escuchamos al fin un ruido de potes, una voz lejana, risueña ¡oh qué simpática y alegre es la voz de Nereo esta vez!

–¡El rancho! ¡y de quinchonchos, muchachos, que saben a gallina!

Volamos a la orilla del trapo. Y antes de todo comentario engullimos la harina, el engrudo salobre, con lágrimas de ira, con babas de desesperación. Como postre, la burla....

CAPITULO XXIV

Los "frescos". Las promesas y los augurios – Una instalación telefónica – Servicio de larga distancia – Las "observaciones" del cabo – Una colección de seudónimos a través de un poco de psicología – El morrocoy humano – La "sarcoptes scabiei", y el ácaro, su protagonista – La exasperación y el asco interior – Días de ayuno y abstinencia – "La Panacea del Diablo" – Nereo, "blacai" – Disputas absurdas – Los "presos viejos" – Un alacrán – Gonfalón, Lombroso y míster Wilson – Los nuevos difuntos – "Leo", con toda la barba – Nuestra primera víctima, Domingo Mujica – El Himno Nacional – "Impresiones" de adentro y de afuera.

Abril-Junio.

AL FIN PARECE que se estabiliza el número y la posición de los "detenidos". Del 11 de enero al 1º de marzo se han repletado los 24 calabozos del alto. Una vez que pasan las dos o tres primeras semanas de movilización, de averiguaciones –lo que dure en carpeta o sobre la hoja volante del memorándum de la Prefectura el nombre del "detenido" –le aguardan a éste el tiempo y el olvido. A la insistencia interesada de una madre, de una esposa, se responde invariablemente por la gente de antesalas:

–Es mejor que aguarde unos días, señora. Está muy fresco todavía.

Tácitamente, los venezolanos han reconocido este hecho: el que "caiga preso" por voluntad de Gómez, a fin de no desprestigiar el método terrorista, debe dejar pasar una temporada –que oscile entre los diez meses y los trece años –para obtener la "revisión" de su asunto con "el general". El "general", mientras no desea acordar nada en tal sentido, permanece inaccesible, escoltado por "sus amigos" y por sus edecanes que tienen orden de "no dejarle acercar" a ninguna mujer, sea de aspecto humilde o aristocrático, que vaya a interceder. No hay "intercesión". Tal idea ni molesta ni extraña ya. Bebiéndose las lágrimas, madres, esposas, hijas, hermanas, saben que al "general" "no le gusta soltar sus presos". En veces la excusa no tiene importancia, en veces "no hay motivo, evidentemente" –declaran los mismos que aconsejan desistir de toda súplica de libertad:

–¡Pero "esos son presos del general Gómez!" –excusábase el doctor Márquez Bustillos, Presidente de la República, cuando le exigían por la libertad de alguno de sus propios amigos.

Y la pobre mujer, toda acongojada y convencida, parte de allí llevándose la idea de que el ser que ama, aunque no sea culpable es... ¡preso "fresco"!; que aquellos señores son muy buenos, de muy buen corazón, de excelentes sentimientos y que el "general", "el general" hermético, recóndito, inaccesible, inhallable, inabordable, todo rodeado de policías, de bondades y de carreteras ¡"el pobre general"! que tiene tantas cosas encima, tantos negocios, que se la pasa "tan ocupado", no va a tener tiempo para pensar que Juan, Pedro o Diego están tuberculosos en La Rotunda o escupiendo pedazos de intestino... Son presos "frescos".

Esta sutileza de la gente de Maracay y de Miraflores tiene sus aires de ingenuidad patética. Cuando se "rumora" que han intoxicado a un cura o ultimado a palos a un viejo, hay "amigos de confianza del general" que hasta patean indignados:

–Eso es una vagabundería, ¡así no se le sirve al Jefe! ¡"el general" no sabe eso..!

Y los hay –¡no faltan!– tan cándidos, que a la otra mañana se lo soplan en son de censura al secretario general o a un edecán, quienes casi siempre le aconsejan, misteriosamente:

–Mejor es que no trate eso "con el viejo".

Y el censor de ayer, hoy arremete contra el cura moribundo o contra el vapulado anciano:

–¡Si son unos malvados! ¡si demasiado tolera "el general"!

La vida penitenciaria se normaliza dentro de lo anormal. El preso ya sabe que no debe tener otra esperanza que el acaso. Los agnósticos son fatalistas; los que creen en la intervención divina, rezan y prometen velas a ciertos santos. Este buen Gonfalón había ofrecido, si le soltaban antes de Cuaresma –es decir, a fines del mes; aunque sólo le sacaron para el patio– que se vestiría de nazareno y que su primera visita sería al Templo de Santa Teresa. Hay por ahí misas ofrecidas, votos de castidad, ¡qué sé yo! Figueroa me dice, misteriosamente, que cierta bruja de la Pastora, adonde él iba, le afirmó a una persona que esto iba a derrumbarse de una manera sangrienta y catastrófica. La vidente diz que presagiaba:

–Veo sangre, mucha sangre.

Por el momento sólo observamos diarreas misteriosas. No; no hay efusión de sangre. Es algo que sólo reservan los grandes movimientos libertarios o los tiranos de alto coturno. La "eliminación" de los enemigos del gomecismo está de acuerdo con la policía del régimen: todo es "camouflage", todo se hace en forma sigilosa, disimulada, intestinal...

Subrepticiamente –contra toda la saña ceñuda de Nereo –continuamos alimentando bien que mal a los militares, y hasta alcanza para los civiles "desfondados"... Hemos observado que la forma trapezoidal de las celdas necesariamente para componer el círculo tiene que debilitar entre una y otra, hacia la base, el espesor del muro. O bien, en todo caso, como las tablas empotradas al fondo se apoyan en listones que penetran en la pared, y que deben coincidir unos con otros, apenas separados por algunas pulgadas de mezcla y de piedras, a fuerza de uñas, rasgándonos la yema de los dedos para extraer fragmentos de mampostería, logramos establecer contacto... La voz nos guía; pequeñas percusiones indican el punto de encuentro. La labor comienza de mi parte encarnizada ¡que importan desolladuras! el material arrancado, el caliche, se va mezclando cada día con la horrura del "pollino" y así burlamos la perspicaz y asquerosa astucia del Nereo que ha hecho observaciones de este género:

–Mira, 36 ¡tú estás defecando mucho para lo que comes! ¡a ti como que te meten comida! ¡Al que pesque en eso lo voy a matar a palos!

Una mañana con alegría más honda y emocionada que los obreros internacionales que taladraron el Simplón, me llega la voz de mi compañero de la izquierda que es ahora Plaza; a poco, me comuniqué por la derecha con Figueroa. Ya Nereo puede vigilar cuanto guste; ya no tendré que lanzarme a la cortina, con la faz contra el suelo, y sacar medio cuerpo a riesgo de ser sorprendido y vejado para "pasar" los paquetes de comida de celda a celda; con ser chicos los huecos, por ellos, en forma de cartuchos, se traslada toda una serie de raciones, reducidas a pedacitos. La necesidad nos ha obligado a adoptar seudónimos para firmar la vasta correspondencia que, junto con el alimento, pone en contacto a todos.

Antes, de abajo, o de los lados, llegaban papelitos. El pobre ordenanza veíase expuesto a una paliza si le sorprendían metiéndolos por debajo de la cortina... Ahora el riesgo es casi nulo. A la semana de haber comenzado "el servicio telefónico" desde un sector del radio, todos los calabozos, se comunicaban, del 24 al 48.

Es así, que obtengo, de puño y letra de cada uno, el "caso" propio. En un tacón de los zapatos he ocultado las listas escritas en gótica alemana.

Para la comunicación directa con los del piso bajo, y la nuestra arriba, en las raras ausencias de Nereo, está el abecedario de la mano. Se adquiere pronto una rapidez extraordinaria para trasmitir y recibir. Es nuestro servicio "long-distance". Traté de establecer el viejo sistema telegráfico de San Carlos, pero fracasó. La elección de seudónimos es significativa y regocijada. Hay quienes han escogido el suyo. Ildemaro Urdaneta, por ejemplo, se hace llamar modestamente "Cyrano". Pero Gonfalón ha sido la seudonomia selectiva y halagadora; a Carlos León, diz que por las dos iniciales y la sociología le llaman Lombroso (Cesare Lombroso); a los Delgado "Comodoro", Román y luego "Publícola" y "Kapitón" Miguel; a Iturbe dícenle ahora "Bonaparte". Después han escogido por ahí una serie de títulos nobiliarios muy curiosos: "el barón" (Torres Abandero), "el conde" (Figueroa), "el marqués" (Chaumer), "el

duque" (Curiel); *Jobito* se ha hecho apodar Barbaroux, como el girondino heroico; los militares, que son dieciséis, tienen sus alias también pintorescos. No hay un solo preso que no tenga su apelativo convencional. A algunos nos designan con seudónimos periodísticos antes usados: "Jeroboan Padilla" (Arévalo González), "Don Serapio" (Porras Bello), Le Demon de Midi (yo), y más luego, por haberme identificado Nereo, me tradujeron al alemán: "der Teufel". No paró ahí; fue de nuevo averiguado mi nombre por una imprudencia del ordenanza y hubo que verterme al español, con lo cual quedé al fin: "el diablo".

Pedro Manuel Ruiz escogió, o lo escogieron los otros, el apodo de "Barnave" ... Había nombres absurdos y graciosos: "don Matías" (el general Sánchez); "Yara" (Miguel Rocha); "Cornelio" (Salvador Plaza) y a su compañero Rivas "Caimito"; Luciani (Lucio); "Honorato" (Juliac); Domínguez Acosta ha escogido un vocablo hindú que no recuerdo; "don Tomás" (Avelino Martínez), "don Tiburcio" (Tancredo Pimentel), "Lafayette" (Luis Rafael); tampoco es fácil recordar los de otros que cambiaban a menudo por modestia o por lo contrario. A Rómulo Acuña, por lo de Rómulo se le llamó "Remo". Al doctor Abreu "Jardinero". Feo Calcaño es "Don Carlos" y Reyes Moncayo "Inca".

Iturbe cambió de "Bonaparte" para "Espartero".

A León hubimos de dejarle en Espartaco; y de ello hizo un chiste astrakanesco Pimentel: ¿en qué se parece el doctor León a la tiza? –En que *es par... taco!*

Se formó una algazara y Nereo trepó furioso, rolo en mano:

–Pero estos hijos de...¡se están muriendo de hambre y todavía tienen ánimo de reírse!

No se debe culpar mucho de vanidad pueril a los de nombres heroicos o greco-romanos... Excepto Ruiz y algunos otros que conservan dentro de estos muros y estas catástrofes una vanidosa concepción infantil de la tragedia real, empequeñeciéndola con "actitudes", los apelativos halagadores se los han puesto algunos presos pobres a ciertos pobres ¡ricos! Ricos fuera; aquí sólo son compañeros que comparten con los otros lo poco que logran obtener a fuerza de dinero... No es culpa de ellos que la gratitud gástrica les coloque en Plutarco o en la Revolución Francesa. A Vicente Rey le llamamos "King": la explicación es obvia. Igualmente se ha adoptado el inglés para darnos "avisos", porque Nereo es inteligente y no se deja de enterar a medias de ciertas frases en francés o en italiano... –Man go out –avisan de un periscopio. Es decir, "el hombre se va", Nereo sale afuera de la reja.

–¡Morrocoy* todo el mundo! –ordena otro.

Y las cortinas florecen cabezas.

Como es menester para sacar la cara por debajo de la cortina clavada, tirarse "á plat ventre" y parecemos, con la ojiva de la puerta a manera de

* *Morrocoy*, nombre indígena de un anfibio, especie de la tortuga.

caparazón encima una tortuga tímida que asoma la cabeza, la expresión es de una triste comicidad.

Caras demacradas; barbas rojizas o negras, copiosas o ralas; ojos de toda pupila que parpadean a la luz con un dolor de mochuelo encandilado; tórax enflaquecidos, torsos desnudos o vestidos con jirones ¡estos ochenta y tantos hombres tirados en las baldosas son la cosecha infame, son el manojo de cabezas– desde los niños Aranguren-Moreno, Andrade Mora, Betancourt Grillet, hasta los ya ancianos, el general Sánchez, Figueroa, Juliac, estas ochenta y tantas caras que los de abajo contemplaban con una dolorosa sorpresa, como si fuésemos una vasta colección de guillotinados, son el testimonio de que, como ha dicho el filósofo: "¡la crueldad ordinariamente es tan sólo una forma de la estupidez!"

De súbito, el que vigila en un "periscopio" desde donde se distingue la reja, nos advierte:

–¡Man coming!

Viene el hombre. Y a golpe de batuta, desaparecen las cabezas bajo sus mortajas blancas.

¿Es que jamás nos irán a levantar ni una pulgada de la tela que nos tamiza el aire fétido del patio y nos conserva el ácido carbónico dentro?

Los grillos... Bueno; ya están allí, comiéndonos las piernas y la energía física; el hambre... tarde o temprano hay que dormir con ella como una amante inevitable; las chinches, las cucarachas... El asco y la sensibilidad llegan, con el hábito a domarse hasta lo increíble. Ni respiración, ni olfato, ni gusto. El sol es un presentimiento blanco a través del trapo; la noche un torrente de tinta que desde las cinco de la tarde comienza a brotar de los rincones, trepa por el muro, inunda la bóveda baja... En el telón una débil claridad artificial del bombillo frontero; y por esa pantalla sombría pasan las sabandijas...

Una noche sentís una comezón; con las uñas os destrozáis brazos, piernas, nalgas, pecho... al otro día observáis una roncha circular, que mana un líquido claro, como la que deja la picadura de ciertos insectos; a poco la roncha se alarga, se estira; y como una sucesión de lentejuelas mínimas, cada roncha traza en la piel inflamada e irritada a uña un semicírculo purulento... Al rascarse las uñas reproducen la infección. En cada zanja de aquellas, como en trincheras estratégicas, el asqueroso "arador" va abriendo con su trompa, como una esteva de arado, el surco de la podredumbre. ¡Y esta porquería tiene un hermoso nombre griego: ácaro!

Es la sarna. La sarna de los presidios, de las ergástulas antiguas, de los depósitos, de los zocos de la baja prostitución ... No obstante todo lo que he pasado, este aspecto de mi piel taraceada de costras, atigrada de sarpullidos, me deprime el ánimo... Mil dudas, mil inquietudes terribles pueblan mis noches de insomnios, arrancándome desesperado tiras de piel... Como con la ropa interior de hilo tuve que tejer la cuerda para sostener los grillos, el casimir peludo con que me visto se pega a las

pústulas y las desgarra... Me da pena que Juliac observe cómo estoy. Debo de presentar un espectáculo repulsivo... A ratos me sobrecoge un terror profundo, una idea siniestra ¿y si esto es lepra? ¿y si es una sífilis abominable?

Imposible permanecer vestido. Una noche de desesperación, tirado en el suelo –le he dejado la tabla a Juliac que está más debilitado y enfermo– resuelvo sucumbir de frío a la intemperie y arrojo la ropa toda... Con unos cuantos pliegos de papel –nos venden a dos pliegos por centavo, manilla de 8 por 16– improviso una sábana para defender la piel del contacto con las baldosas. En la mañana aquellos papeles están empapados de sangre y de materia...

Juliac me contempla horrorizado:

–Dígale a Porras, esta tarde cuando pase; si usted no se lo dice yo se lo digo; ¡cómo va a vivir así!

–Es inútil, Juliac... ¡No les diga nada!

Con todo, al pasar Porras, en una forma respetuosa, con una humildad que me mortifica, pide para su compañero un remedio, un real de azufre, que se lo carguen a él, si tiene fondos, o a mí...

El hombrecito de papel satinado responde como siempre:

–Yo se lo diré al "general"...

Y se pasaron dos semanas y yo estaba vuelto una sola llaga desde el cuello hasta los talones... Empezaba a subirme al rostro la puerca labranza del "arador". Con el desabrigo, por las madrugadas, entraba al calabozo como una cuchilla, al ras de la cortina, el soplo helado y mortal del abra de Catia. Mi rótula izquierda, zafada por la caída de un caballo, el pie, de esa misma pierna, en donde recibiera una bala evitando que en cierto lance personal e insensato perdiera la vida Victorino Márquez Iragorri, hijo mayor del doctor Márquez Bustillos, Presidente de la República, me atormenta con un dolor reumático, sordo, tenaz, de huesos mal soldados. Y a ello se añade esta comezón exasperante, esta humedad pegajosa de pus y de sangre....

Nereo no quiere dar más agua que la de la pimpina de Juliac y la de un pote que yo tengo... ¿Es que debo dejarme podrir en este estercolero? Job tenía un tejo para rasparse las úlceras, la sombra de una tapia al aire libre, un Jehová a quien clamar, amigos que iban a disputar con él sobre las glorias de este mundo... Yo no tengo sino mi viejo Dios católico, apostólico, romano, que me deja podrir en esta cueva; y unos cuantos compañeros que me mandan a decir que "están a la orden"...

Hace ya dos meses que se me acabaron los dineros que tenía en poder del alcaide; Juliac recibe fondos con intermitencias. No quiero que amengüe su pobre ración; y me repugna esta mísera mendicatoria de que le tiren a uno una hallaquita o que el pobre ordenanza se quite de su rancho una parte –como ya lo han hecho Olivares, Narciso, Carías– para aliviar mis hambres.

–¡No! no será.

Y desde ese día, desuello los granos de su película áspera e indigerible, los muelo con la barra del grillo. Y engullo esta pasta, esta fécula insípida, a tragos de agua... Si tengo "papelón" (azúcar negro) los endulzo; si sal, los aderezo como puedo.

Una mañana traen... ¡un trozo de pescado salado!

–¿Qué novedad es ésta?– exclama Juliac con la gruesa boca hecha agua –¡pescado! carite!

Y el Nereo responde del otro lado de la cortina:

–Guá, negrito, cabeza pelada (es la manera de él llamar al anciano doctor Juliac ¡qué va a ser! que es viernes santo!

Comemos ese día; y pasamos sed. El agua se agotó pronto. De algunas celdas pedíamos más agua, por favor. Nereo reía en el patio:

–¡Guá, no les gusta comer *piscato!*

Ha añadido algunas consideraciones obscenas acerca del olor del carite; el padre Mendoza se ha retirado a su celda y baja la cortina.

Juliac, lívido, me dice:

–¡Qué miserable es este hombre!

Yo me echo a reír. Y mi risa me suena fea a mí mismo.

Es como la de un febril en pleno delirio.

La voz de Nereo resuena en el patio:

–¡Denle agua a los que no la pidieron!

La orden se cumple en apariencia; los ordenanzas ingénianse para que todos los sedientos beban.

Verdaderamente a estos pobres camaradas les debemos la vida.

Una noche, martirizado por la picazón, se me ocurre que la ceniza del tabaco... Recojo al otro día en una latica vacía la muestra de los cigarrillos (a dos por centavo), paso por teléfono circular una petición y cuando a los cuatro o cinco días he amontonado una regular cantidad, fabrico la lejía y desde la cabeza hasta los pies me unto en la ulceración... El ardor enloquece, hace brincar, saltar las lágrimas...

A la tercera "cura", ciertamente tan heroica como la aplicación, mejoro. Un mes más tarde sólo me quedaban en los muslos y en las espaldas largas huellas, tales cicatrices de quemaduras, que me listaban el dorso como el de un jaguar.

Ya era tiempo. ¡Juliac tenía a su vez la enfermedad! Y no quedó más que aplicarle aquel bálsamo de Fierabrás "en uso externo" –como él le llamaba– para que sanase. Di participación de mi invento y fue entonces que supe cómo casi todos estaban padeciendo del horrible mal.

Desde entonces los muchachos llamaban a la ceniza "la panacea del Diablo".

Ha habido un zafarrancho en la puerta.... Nereo ha entrado con un ojo negro. Se peleó con alguno en la otra Rotunda y le han dado un sopapo. Un preso le interroga, melifluo:

–¿Qué tienes en el ojo?
Y Nereo, sin más:
–¡Y cómo me ves tú si estás detrás de la cortina! Como vuelva ver un hoyito en el trapo te voy a.... ¡Tienen las cortinas del establecimiento *güertas* un colador!
Ha ido por hilo y agujas y nos ha cosido los periscopios.
Habrá que hacer otro más disimulado mañana. Aunque se me ocurre que llenando de grasa, como al descuido, un trecho del trapo, se transparenta....
–Sí –afirma Juliac con excelente humor– ¡el asunto es la grasa!
–¡Ya veremos!....
Y en efecto, pidió entre sus extras "un hervido" y le quité a duras penas un pedacito del sebo que traía el caldo con honores de tuétano....
El procedimiento falló.
–¡Usted desperdicia la comida!
–Yo no le pido a usted nada; y hace dos meses y pico que estoy a "rancho".
–¡Yo no le digo eso!
–¡Y entonces por qué habla de "desperdicio"?
–Porque usted no lo aprovecha ni para usted.
–Esa no es cuenta suya
–Sí es cuenta.
–El periscopio es para servirnos los dos.
Y henos aquí trabados por milésima vez en una disputa que se va agriando hasta pasarnos días sin dirigirnos la palabra.... Esta cólera, sorda, absurda, ridícula, es el fruto del tormento. En ciertas horas nos miramos con ojos de odio. Lo que uno hace lo halla mal el otro. A propósito de un dedo de café o de la versión exacta de un dato histórico, o de los Monagas o de la bula de Inocencio III nos engolfamos en una disputa que termina con largos días "sin tratarnos" en metro y medio de calabozo. En mi cólera, he marcado el trecho del calabozo que me toca.
No somos los únicos. Al lado, allí, más allá, los compañeros se pelean, se dicen cosas ingratas, se increpan como chiquillos:
–¡Es que tú eres mal educado!
–¡Mal educado es usted!
–¡A mí no me hace falta usted!
–¡Ni usted a mí!
Hasta que una voz burlona y conciliadora de algún enyugado les grita desde lejos:
–A ninguno le hace falta que le tengan a otro pegado por una pata.
Es la risa, la buena risa venezolana, la heroica risa de los barceloneses de Anzoátegui y de los apureños de Aramendi, la carcajada sin amargura, guapa y renovada de ánimo la que atempera el horror de estas horas.... Existen "grupos", "sindicatos alimenticios", existen también "entredichos" contra algún infeliz que no le es simpático a los dispensadores de hallaquitas y de pedazos de papelón...

De nuevo observo aquí una forma de la preeminencia en la desgracia muy curiosa que verifiqué en la *Misericordia* de Galdós, describiéndonos aquel estupendo cuadro de mendigas en el portal de la iglesia de San Sebastián, de Madrid: "Las *antiguas,* o sea las que llevaban ya veinte o más años de pedir en aquella iglesia, disfrutaban de preeminencias que por todos eran respetadas, y las *nuevas* no tenían más remedio que conformarse..."

Efectivamente, aquí a los de abajo los llaman "los viejos". Hay entre ellos, como hombres de letras o letrados, Arévalo, León, Pérez, Porras Bello –aparte del padre Mendoza–. Tienen como único poeta a Ildemaro Urdaneta, porque Pedro Ezequiel García se dedica a la historia o a la novela... Los demás, militares o civiles, están en calidad de público lector o aprendiz... Para las gentes sencillas y aun para algunos con más luces, por una preocupación muy tropical y característica, esto de que un individuo sea "doctor" –así se trate de un dentista– ya son palabras mayores. Los militares tienen menos prestigio en las prisiones.

Y pena me da el tener que decirlo: generalmente son más sinceros y los hay con mejor preparación que los hombres de borla. El venezolano universitario, recién salido del cascarón, es petulante y ha conservado de la Colonia un aire de "dómine", y mantiene una suerte de distancia entre su doctorado y el común de las gentes con la misma cómica gravedad de los antiguos augures que, según el historiador romano, al encontrase unos a otros evitaban mirarse al rostro por no reírse de sí mismos.

Hay entre algunos de los "viejos" de abajo, excesiva "pose". Como se comunican con algunas de las "víctimas" de arriba y reciben recados y papelitos llenos de ditirambos que vuelven para el alto en forma de pedazos de pan, bananas y cartas "patrióticas", como están secuestrados del mundo hace ya años y tienen en la mente sueños de que afuera una multitud amordazada, a duras penas contenida por "la tiranía", quiere destrozar sus "cadenas" y sacarlos en hombros hasta la Plaza Bolívar, desde donde dirigirán las "revindicaciones populares"; como muchos tienen de sobra derecho a esperar algo más que justicia, apoteosis mismas, tratan de que "el público" –los ordenanzas y los presos que no son "trascendentales" – no vayan a volver su admiración al alto y endiosen los nuevos "héroes", por esa tendencia a las novedades que ha cimentado al Cristianismo, a la Federación y al Marxismo y se empeñan en conservar, como las regocijadas mendigas de Galdós, sus derechos de antigüedad en forma de "reservarse" ciertas noticias que se cuelan de afuera, so pena de perder el docente y pedagógico aire que para León constituye una segunda naturaleza, la prematura gravedad de Néstor Luis Pérez, o esa manera litúrgica, un poco campanuda y solemne con que el Padre Mendoza suele dirigirse "a sus fieles"... En todo sacerdote –así sea tan ilustre y bondadoso como Mendoza– existe siempre esta tendencia al "hermanos míos"...

Arévalo González, siendo tan "cerrado" en sí, con todo es menos dado a exhibiciones. Todos son víctimas, realmente víctimas. Fuera de duda sus méritos, sus servicios, su triste sufrimiento. Pero, a la verdad, desde el

comienzo, excepto unos cuantos ya enumerados, no les han tratado como a los que estamos ahora en el alto. Con nosotros el sistema se ha especializado; y aunque no es cosa de que estemos pujando a quién "es más víctima", tampoco lo es esto de mantenernos, por una serie de impedimentos circunstanciales, en una especie de minoridad penitenciaria. Dijérase que en ciertos momentos la idea de que haya actualmente tantos mártires preocupa un poco a los que ¡admirable egoísmo! habían tenido hasta ahora el monopolio del martirio.

Pero todas estas ideas –escritas a la hora misma en que vienen en mente– no son sino una irritabilidad, una hiperestesia del sentimiento. Quizá haya poco de realidad en ciertos matices psicológicos de lo que nos aparece. Lo único cierto, sí, es que, aun aquí mismo, en el antro a que se nos trajo por el delito de querer cohonestar las fechorías y los regímenes de palo y beso, medran unos cuantos con las mismas bajezas de los que con Gómez medran.

Antenoche, desde el suelo, vi que un alacrán pasaba a través de mi cortina hacia el 42....

–Buena suerte –¡ese animalito trae buena suerte!– insinúa Juliac desde su tabla.

–Sí, porque usted no duerme en el suelo junto a la puerta.

Resuelvo advertir a mi vecino:

–Gonfalón, ¡para allá va un alacrán!

Da un hipido... Después, refugiándose atribulado en el fondo de su calabozo, le oigo murmurar:

–¡A Diablo malo!... –Sabe que no tengo ni un cabo de vela y no me dice temprano lo del alacrán. Ahora no voy a poder dormir.

Entonces le grito:

–Debes ser imbécil tú... Adivino yo si tienes o no vela o te imaginas que cuando los alacranes salen le ponen a uno un telegrama...

Parece convencido y se ríe. Como no tenemos con qué alumbrarnos, venciendo su miedo a la sabandija, se arrima a la cortina y con voz sigilosa, porque Nereo está cerca de la reja tocando arpa, le dice a un ordenanza:

–Mira, dile a Lombroso... tú sabes... que sé de positivo que míster Wilson "lo pidió"... que lo sé de positivo por el Doctor Márquez Bustillos, mi compadre... que lo pidió por conducto del ministro americano... y que me mande una vela...

–¡Pero Gonfalón! –le observo desde mi guardia, conteniendo la risa a duras penas– ¿tú crees que León va a creer eso?

Y él lo más fresco:

–¿Por qué no? A todo el mundo le gusta que le halaguen su vanidad.

Y diez minutos después me tiraba un pedacito de vela por debajo de la cortina:

–Tomen para que se alumbren por cuenta de míster Wilson.

Han sacado de enfrente a Augusto Mejías para que se muera en el patio... Apenas puede caminar.

Luego trajeron al señor Gustavo Vaz Capriles, preso porque "regresó" de los Estados Unidos...

Han libertado ya a Machadito, a Justo Arcia, al ingeniero Serrano. De abajo sacan otra tarde a Ponte Urbaneja –a mediados de junio– y al doctor Francisco de Paula Reyes más tarde. A Vaz Capriles al fin le soltaron.*

Una noche a las nueve el consabido grito, la alarma. Suben al alto tras un preso de largas barbas... Es Leoncio Martínez (Leo) que se había ocultado en su casa. Para violar el domicilio de su señor padre los "agentes" se disfrazaban de oficiales de Sanidad. Así le sorprendieron, valiéndose de la ridícula estratagema. Le meten en el 24, le remachan los grillos. Allí se pasa los primeros días tendido. Como le llaman los otros para arrojarle la comida, no hace caso; teme que sea un lazo... Al fin se suavizan las cosas para él. Nereo quiere que le haga "su retrato" y con tal objeto le obtiene lápices, papel, etc.

Con todo, ha conservado un excelente humor Leo. Nuestras celdas quedan frente a frente y hablabamos " long-distance"

Una mañana resuelven venderme carbón... Un real por dos o tres trocitos y polvo.

Antes, con estearina de velas, una mechita de trapo y la tapa de la pimpina u otra cosa por el estilo habíamos fabricado "reverberos". En dos tiempos con un perolito hago una cocina. Se instalan las "cooperativas"... Como no me pasan hace cuatro meses un céntimo, instalo una cocina popular: los clientes me mandan plátanos, granos, harina; yo cocino para ellos y saco así de mi trabajo mi ración. Juliac está entusiasmado. Pero esa ventaja tiene sus penas: es menester evitar el hacer humazo. Tapados como estamos, nos ahogaríamos. Le cocino a cinco o seis compañeros unas sopas fantásticas. Con ¡un huevo! hago hasta seis tortillas. Canjeo mis platos con otros. Voy adquiriendo reputación de "cordon bleu". Leo fracasa, cocinando unas "caraotas". [15] Me participa desolado, que tienen dos días llevando fuego y que le han gastado tres reales de carbón... Por último, me dice, les he referido lo de *María* por Jorge Isaacs ¡y no se ablandan!

* Murió luego de la tuberculosis que contrajo en el 24. Su delito fue haber regresado del Norte y que se supuso traía correspondencia. No se le encontró nada. Una sospecha le costó la vida.

[15] *Judías,* habichuelas negras, *phaseonlus vulgaris.*

Con todo, la situación varía un poco... Ya aquellos largos días terribles, sometidos al rancho, esperando el imposible de satisfacer un hambre exasperante y renovada, parece que pasan...

Los fondos llegan para casi todos con regularidad. Menos para mí[16]. Pero con la "cooperativa de consumo" me defendía y hasta ayudaba a algunos compañeros.

De la derecha, sin embargo, los militares comienzan a resentirse del hambre. Se han ido debilitando. Como les dan las raciones "especiales", empiezan a presentarse las diarreas misteriosas. El capitán Domingo Mujica –a quien conocí ahora días en un instante de "morrocoy" y cuyo semblante me causó pena por el aspecto de sufrimiento físico y la energía que demostraban su ojos claros y francos– sigue muy enfermo... Está enyugado con otro. Algunos manifiéstanse abatidos. La voz débil y burlona de Aranguren Moreno, me llega a ratos... Está un poco afónico. Otros hablan con ese acento del hombre que perece de inanición y cuyas frases son breves, truncas, como si le fatigase hasta pensarlas.

La voz del compañero de cadena de Mujica, fuerte, agria, sonora, se levanta en el silencio de la madrugada, antes de que Porras pase la inspección de las 5:

–¡Cabo!

–Cállese ¡no se ha pasado requisa!

–Cabo –repite con mayor entereza la voz que todo el presidio despierto ha escuchado.

–¡Guarde silencio, ajo! grita Nereo.

Y entonces el que llama añade con un tono de cólera profundo, que nos hace incorporar en un solo sacudir de grilletes:

–Venga acá que mi compañero ha amanecido muerto.

Un rumor sordo recorre el presidio. Aquí y allá se perciben vocablos durísimos. Nereo ha corrido a la celda. Ha hablado allí a media voz con el preso sobreviviente. Sale luego, inmutado. Aguarda a Porras en la reja. Este penetra, pasa su ronda, ve el cadáver... Se marcha.

A las ocho traen los hierros. A golpe de mandarria rompen la chaveta. Luego engrillan solo a Lara. Vienen las agujas, la cuerda, un trozo de mortaja...

Es el primero de nosotros que sale "en libertad"... Es la primera víctima del vasto asesinato colectivo de 1919. Ha muerto serenamente, informa Lara, sin una queja, sin una vana protesta, con una serenidad varonil... Abrirá la senda hacia la libertad suprema que quizás a todos nos

[16] Al tiempo de mi prisión comenzó a circular una de mis novelas, *Tierra del sol amada*... Los editores de una parte y mi familia por la otra estuvieron mandando semanalmente a la alcaldía de la cárcel con personas de toda confianza dinero como para que dispusiera de un peso diario. Durante el año 19 al 20, con excepción de una que otra semana, sea el alcaide, su secretario Roa o quien fuese, hurtáronse el dinero.

aguarda. No es temor lo que esta primera víctima despierta en nosotros, es odio y desprecio. A esta hora ese miserable, ese jayán cobarde que se despereza en su hamaca de Maracay, estos otros canallas pávidos que creen aniquilarnos de pavura con el aspecto de sus crueldades de eunucos, hipócritas y bajo cortinas, no pueden medir la tremenda reacción que en el alma de todos los que aquí estamos significa este muerto... Suponen que el pánico de ver morir al compañero asesinado a mengua y a arsénico va a quebrantar el odio santo que nuestros corazones juran sobre ese muerto... Sí; en la oposición hay "héroes" teatrales, publicistas estrepitosos, discurseros a salvo y desde lejos, patricios sin peligros, independientes con las olas del Atlántico entre la realidad y sus cóleras patrióticas; aquí, en las entrañas del monstruo, nuestras almas se templan como hojas desnudas, y la cólera transfigurada, brota a través de una protesta ¡la más brava y soberbia que se haya conocido en estos veinticinco años de mansedumbre inaudita!...

Es del 41, de mi calabozo, que sale la proposición; el "teléfono" funciona a derecha e izquierda:

–Que al momento de salir el cadáver de Mujica para la reja, cantemos todos el Himno Nacional como postrer homenaje al compañero caído.

Ni una vacilación, ni una observación... A las tres, llegan al boquete de la reja, con una camilla, dos hombres... Los ordenanzas toman el cadáver amortajado, cosido. Nereo va delante. Por una vulgar superstición suele ir delante y salirse por el boquete antes de que saquen el muerto. Esta vez no sospecha nada en el silencio imponente con que los portadores dan vuelta al pasadizo. Pero cuando el macabro cortejo va a descender la escalera, ochenta voces de hombres, enronquecidas de emoción, acordes en el compás y en la voluntad, como a golpe de una batuta invisible, imponen el verso rotundo. La música que encrespó de gloria los batallones y mezcló al polvo de las derrotas de la fuerza una ráfaga de libertad insigne...

"Gloria al bravo pueblo
que el yugo lanzó..."

Nereo trata de sobreponerse; y de súbito, cogido de un pánico extraño, corre hacia la reja, dejando todo... Los ordenanzas, pálidos, con los ojos llenos de lágrimas, yerguen la cabeza y llevan aquel cadáver como exvoto de un culto que pone a arder su corazón de venezolanos. Los presos de abajo, sobrecogidos de emoción, no se atreven a interrumpir con su dolorida prudencia aquel alarde hermoso, aquel soberbio desafío a la estupidez, a la crueldad, a la muerte. Nuestro canto surge, alto y purísimo, cristalizado en llanto musical, santificado por el abandono de nosotros mismos, por el verdadero sentimiento de la patria única cuya voz se multiplica de celda en celda.

Así rendimos el homenaje debido al que caía, haciéndole símbolo consagratorio del común holocausto.

Nereo ha traído "impresiones" del alcaide a los de abajo. La "novedad" ha llegado hasta Gómez... Dice Nereo que hemos cantado nuestra sentencia de muerte. En el fondo, este bandolero no puede ocultar la sensación de algo que él no puede definirse a sí mismo y que se revuelve en una cólera loca contra todos.

Por corta providencia han "desfondado" a todo el mundo.

De calabozo en calabozo han pasado un papel que firman los de abajo, los Delgado, Pérez, Carlos León, etc., y que dice así: "A los compañeros del piso alto: en nombre de las madres, de las esposas, de las hermanas y de las novias de ustedes, cuyas autoridades nos tomamos, les rogamos no vuelvan a hacer lo que han hecho al sacar el cadáver de Mujica, cuando, por desgracia, haya otra defunción, porque sería condenarse y condenarnos todos a muerte".

Luis Aranguren Moreno, que está muy enfermo, dice desde su celda:

–Diablo, si lo resuelven ustedes... yo canto otra vez.

–¡Y yo!

–¡Y yo también!

Son las voces de los militares todos por la derecha, también las de algunos civiles... En general los peor tratados, los cercados por hambre. Los que van a morir...

Hay discusiones. Al fin se establece este principio: no tenemos derecho a sacrificar a los demás.

La mayoría resuelve que basta con el "gesto".

CAPITULO XXV

La agonía, la locura y el hambre – Carmelo Medina o la historia de un pato difunto – En la era del trabajo y del comercio honrado – Las raciones "señaladas" y los golpes de tos – El comité de comunicaciones misteriosas – El saludo a los gladiadores – Algunos ensayos de cubismo psicológico – Las cuerdas de don Avelino y las paralelas del presidio – El eucalipto – Como los gatos... – ¡Lástima de ese carnaval! – El incendio del teatro Caracas – Se murió Caricote – Visitantes extraños y pavorizados – De dónde son ciertos "andinos" según un tachirense – Nereo pierde el cartel terrorista – Iturbe, amansador – Dádivas con uñas – La bestia y su piara – Una túnica de Neso fabricada con papel de estraza – A la manera de Plutarco.

HAY ENFERMOS en el 37, en el 36 –los militares*. De la izquierda dicen que Roberto González tiene una especie de angina. El doctor Abreu ha sido puesto en libertad, con disentería. A Antonio Ramos ya le han sacado, tras días de estar agónico, no sé si para el patio o libre. Abajo hay otros enfermos. Caricote, que sale a la puerta de su celda y se queda largos ratos mirando para el espacio. Flaquísimo, con el rostro color de tierra de Siena, las diarreas le consumen; y se muere lentamente, sacudido por cóleras que hacen su aspecto más desesperado y más feo... A ese infeliz achácanle retaliaciones crueles; dícese de él que cierta vez colgó a un enemigo suyo, lo roció de petróleo y lo quemó vivo. Evidentemente le quedan pocos días de vida. Antes lavaba ropa cerca de la pila del centro. Ahora ya ni eso. El ordenanza Olivares marcha entumido. Las medias blancas que se ha puesto con las alpargatas, único calzado que posee, causan una impresión molesta; se advierte la hinchazón del pie bajo la arruga del calcetín. Spinetti está cada vez más afónico. Le domina una obsesión: pedir que le demos todas cuantas recetas "indígenas" conozcamos pues tiene preparado una especie de diccionario de farmacopea empírica. A Domínguez Acosta le veo todas las mañanas junto a las maticas del patio, encorvado, los ojos en éxtasis... Su voz, plena, timbrada, de un acento suave, nos llega a ratos hasta el alto. Párraga, el paralítico engri-

* Como es sabido, la leche es el contraveneno eficaz en caso de intoxicación con sales de arsénico. A *los militares* es imposible pasarles leche, dada la oficiosa vigilancia del cabo. Algunos están desesperados con estas lentas diarreas que les van agotando el sistema.

llado, sigue muy "nervioso", dicen los ordenanzas. La otra noche se puso a hablar solo en su celda.

Carlos Irú ha comenzado a cuidar una planta de tabaco que, no sé cómo, empieza a crecer en la grieta del cemento.

El rancho, ahora, es un mazacote de maíz, o muy salado o insípido. Quedó suprimido el desayuno –el agua de café y "el pan", los bollitos de maíz o las arepas hechas "a máquina"– lo traen cada dos días, junto, o lo reducen a media ración.

Yo he visto y sentido en mi estómago los negocios que con el presidio hacían Carlos Silverio y Jorge Bello, he comprendido que pelechaban con tropas y presos, pero estas rapiñas ridículas de Carmelo Medina no tienen nombre. El otro día se presentó Nereo:

–Muchachos, los que tengan fondos ¡hay pato! ¡pato asado!

–Gritan de varios calabozos:

–Para mí cuatro reales.

–Apúntame cinco.

–¡Yo tomo lo que quede!

Medina tiene en Los Albañales, a extramuros de la ciudad, una granja o cosa así. Allí se dedica a sus aficiones antiguas: ventorrillero y criador de puercos y aves de corral. Se le murió un pato muy gordo de "moquillo", y lo trajo a vender como extra a los presos. Así vende un mango por un centavo, una naranja por dos; y cuanto "le produce la finquita" nos lo encaja en la boca del estómago a precio fijado por él. Lo de las bodegas, café, queso, etc., a precio triple. Pero en veces parece o que no le alcanzan "las existencias" o que le sobran gastos con el par de prostitutas (ambas hermanas) con quienes vive, y arrasa con los fondos de los "políticos".

Sigo observando que los ranchos de los militares vienen "aparte". Continúan las diarreas misteriosas. Cierta vez le dije a un ordenanza:

–Mañana cuando traigan los ranchos, haz como que te equivocas y trata de coger uno de los peroles de "los militares".

–¿Para qué?

–Después te explicaré.

Y a la hora dada, me puse en observación. Efectivamente, el ordenanza tendió la mano hacia los potes que vienen "aparte". Nereo saltó sobre él:

–Mira chico, ajo, deja ese perol allí... Esos peroles de los militares no los toquen, ajo ¡no sean brutos!

Toso, reciamente... Nereo, pálido, con los ojos inquietos recorre la fila de calabozos del alto donde cree haber escuchado la tos –¡Mucha vista! –grita. Entonces, en persona, sube los quince perolitos de los militares...

Sí: es indudable. De abajo –y algunos del alto –se comunican con la calle... A los pocos días de preso, Néstor Luis Pérez me envió con un ordenanza un pedazo de lápiz:

–Que escriba ahí lo que quiere que le manden de afuera.

En efecto, escribí. Que estaba desnudo, sin dinero, enfermo. Nada me llegó. Pero indudablemente se "comunican" con su familia por algún medio los presos.

Ya, de abajo, Delgado Chalbaud, y otros también "se ofrecían". El primero en saludarme fue Román Delgado: a los dos días de llegar al calabozo, cuando todavía estaba solo. Luego Rafael Ricardo Revenga y Pedro Ezequiel García me arrojaron una carta con preguntas sobre "la revolución". Se referían a la que se comenzaba a organizar bajo la jefatura de Ortega Martínez y que luego se disolvió en París. Les respondí cuanto sabía. Rafael Ricardo sufre cada instante las crueldades de Nereo... El y el padre Mendoza parecen personificar su odio.

Los muchachos militares aún guardan algunas esperanzas de libertad "si el viejo (Gómez) viene a Caracas" ... Eso fue en febrero o marzo. Una mañana oímos cañonazos... Al pasar de siete, uno de ellos grita desde su celda:

–¡El viejo, que llega a Caracas! ¡Veintiún cañonazos!

Y con una dolorosa sorpresa, escuchamos un ¡viva el general Gómez! en algunas celdas de la derecha.

La psicología del venezolano en estos últimos años es tan compleja, y sobre todo, trabajan a nuestra juventud una serie de factores de desintegración y de ideas anómalas tan complicadas que nada ya resulta imposible... Estos mismos que daban vivas a Gómez en febrero, al mes de colgados, vejados y sitiados por hambre, meses después saludaban con el himno de la patria el cadáver del capitán Mujica... No comprendo.

Los presos de abajo están casi todos "enemistados" unos con otros. La labor disolutoria, la amargura, el trato inhumano, en vez de estrechar los lazos sociales los pervierten, los relajan, los hacen tirantes... Finalmente el odio estalla, el odio absurdo, alimentado con todos los combustibles de las pequeñas miserias y de las privaciones inmediatas y los roces de cada hora, y la repulsividad de la connivencia en los más bajos menesteres y en las más asquerosas necesidades... Es ésta la flor monstruosa de los conventos, de los cuarteles, de los presidios.

Parece ser que se crean núcleos, especie de partidos entre nuestras miserables existencias... En algunos quedan sedimentos de la ambición de antes o del servilismo de afuera. Luego existe el tipo también de esta época, de una especie de virtuoso del "chisme" que envuelve entre elogios sus "bombones" plenos de hiel... Observo dos grandes clases de envidiosos: los que comprenden que ya *no llegan,* y los que creen haber *llegado* y cierran el camino. Entre los hijos de hombres ricos o enriquecidos y los otros que no se cuidan de abolengos o carece éste de relieve, levántase

también el tipo presuntuoso del criollo que tan finamente ironizara Bolívar mismo, lleno de presunciones de hijodalgo, jinete en una mula flaca.

De mis notas saco, al poner en limpio estas cuartillas, las acotaciones con que he fijado algunos "casos". Resuelvo transcribirlos de la manera esquemática con que los he trazado *impersonalizándolos deliberadamente porque no son críticas de individuos sino observaciones de tipos.*

La modalidad aquí, naturalmente, se deforma algo por el sitio, las circunstancias y elementos perturbadores que sobreponen el instinto de conservación al barniz de la educación material o de las excelencias morales. En general el hombre es bueno cuando no necesita ser malo. El mal es una necesidad frecuente de defensa dentro del orden social contemporáneo: X 1°, 35 años. Naturaleza débil. Intelecto limitado para asimilar. Familia media clase social; la que "no figura". Estudios bien seguidos. Niño rico. Bulto de piel. Merienda. Buen traje. Grado con celebración doméstica. Medio provinciano, pacato, de "conveniencias". Política local, de relumbrón. Manía de prestigios... "La naturaleza no procede por saltos": un burguesito, con algunos conocimientos y que llama "desordenado" a todo el que no reconoce "su orden" Yo + yo + yo –Total: méritos 30%, cualidades morales 15, presunción ambiciosa y sin análisis 55%. Resumen gráfico: verlo siempre con traje de "grado", el diploma cogido con una cinta y un airecillo mediocre y monótono de comenzar: "amados maestros:"..., etc.

X 2° Veinticinco años. Estudios diferentes, mentalidad desarrollada extraordinariamente en simulaciones. Sentimentalismo, no sentimiento. Ansia de "figurar". Ideas confusas de libertad, jerarquía y categorías mentales. Sin ser bueno distingue: san Luis Gonzaga. En caso contrario César Borgia sería una paloma. Hipocresía 60%, rencor de clase 40%. Resumen: inepcia nociva. X 3°. Como se dice: en un entierro querría ser el muerto porque es el "centro" del asunto y va delante del cortejo... Resumen: vanidad pero buen corazón.

X 4°. Tontería, tontería, tontería, el infinito en el género bobo: 1/0 (uno sobre cero). Fórmula matemática. X 5° Mala índole, alma torva, siniestra. Es joven. Nació viejo. Intrigante nato; de aire suave: un alacrán en un guante de mujer. Hará mucho daño; en cuanto desemboce sus propósitos en cualquier acción le aplastará el primer vecino de un taconazo. Instrumento admirable de disociación para trabajar crepuscularmente, entre dos aguas... Género de jóvenes de hace diez años, que han perdido la resolución de decir su pensamiento y envuelven sus mezquindades personales en terminachos científicos y circunloquios resbaladizos... "Yo lo quiero mucho, pero no dejo de comprender etc". Resumen: 70% inaceptable. X 6° un alma ardiente, una cabeza desarreglada. Egolatría en una tempestad de ideas, de mechas literarias y de pólvora de fuegos artificiales. Resumen: Violencia, bondad. X 7° Rudeza, estupidez. Instintos mal domados. Tendencias a la virtud. Sentido varonil y resistente al dolor. Entre bárbaros, otro bárbaro; en medio propicio un factor de acción. El "tipo" corre todas las edades. X 8° Puerilidad. Presuntuosidad física.

Lugares comunes como base ideológica. Ideales de "raza", de "familia" y de "patriotismo" ... Combinación ideológica: Bolívar, Belmonte. Alfonso XIII (o sea la "madre patria"), y "las primeras familias de Caracas". X 9º. Sentido agudo y burlesco de todo. Mucho talento. Carácter de inaudita maleabilidad dentro de cierto egoísmo sentimental. Anormalidad: excelente juicio; detestable conducta. Muy sinvergüenza, muy buen corazón. Egoísmo + egoísmo. X 10. Vida agitada y plena. Suerte hasta ayer, destreza, ningún escrúpulo. Total: éxitos, nombre, dinero. Privilegios de familia. Oligarquía de clase "dirigente" hereditaria. Buen fondo moral; ideología política abominable: en teoría todo lo bueno, en la práctica "there is something rotten in the kingdom of Denmark".

Con estos diez puntos de referencia, como con los cubos de armar paisajes por las cuatro bases del cubo, se pueden construir series de tipos intermediarios, mal definidos, *deliberadamente mal definidos.*

Don Avelino fabrica cuerdas para cargar grillos, tejiéndolas con las hojas de maíz en donde vienen envueltas las "hallaquitas". Se le compran con "víveres". Vive de la piedad de sus compañeros.

El padre Monteverde está muy débil. Casi no come porque no tiene apetito, ni con qué abrírselo. El hambre y la gula anudan su amistad en las tripas: Pantagruel pierde la digestión por harto. El padre Monteverde está dispéptico por hambre y apenas soporta su estómago un vaso de leche, como el viejo Rockefeller, pero como no tiene leche come frijoles picados.

Abajo suelen decir los ordenanzas con un realismo triste y crudo:

–Uno no se siente con fuerza para aguantar la prisión hasta que no se le cierra el estómago.

Una serie de catarros, de gripe, azota a todos. Receta: cerrar el pico. Es decir ayuno absoluto. No se consiguen remedios. Se improvisa un purgante: azúcar negro disuelto en agua y una cucharada de cloruro de sodio (la sal común).

Por encima de las azoteas, desde el fondo del patio vecino, elévase un eucaliptus gigantesco. El viento arranca las hojas secas y las deja caer en el interior de este antro. Los presos las recogen como un tesoro para las infusiones que hos hacen transpirar y nos libran de los resfriados... Cada quien guarda una hojita o dos como panacea.

Hay que tener esto oculto. Si lo averigua Medina, troncharán el eucaliptus o le pondrán un techo al patio para evitar que entre esos dos cómplices, el viento y el árbol, "burlen las reglas del establecimiento"...

Anoche Nereo volvió a darle otra paliza a Garciíta por "culpa de los militares". El heroico niño les mete cada vez que puede, comida. Después de vapular al niño, Nereo cuelga su hamaca en el socavón de la escalera y murmura al acostarse:

–¡Cuándo se acabarán de morir estos ajos! tienen las siete vidas del gato...

Una de las cosas que parecen afligir más a algunos jóvenes civiles del alto y a uno que otro militar es que "perdieran este carnaval". En efecto, una noche de fines de febrero o principios de marzo, escuchamos en el silencio tétrico músicas, cohetes, "la carrera". La ciudad pasa y ríe.

Otra noche fue " un fuego". El incendio del Teatro Caracas, se informó a Nereo en la reja. Este teatro era, en cierto modo, una característica de la vieja capital... Algo como una extraña coincidencia liga el trágico final del coliseo de Veroes con el postrer fracaso de la ciudad del Libertador... Mortajas, grillos, cenizas. La tropa recién llegada, la horda de asalto innunda ya las calles, rebosa la vida social y la existencia civil...

Algo cruje y se desploma entre la catástrofe como los muros del teatro incendiado.

Un ordenanza, que entra al calabozo de Caricote, sale, pálido de emoción:

–Nereo, se murió Caricote.

La aguja gorda, la cuerda, la mortaja. Mientras se llevan el cadáver, Nereo repite:

–¿A éste no le cantarán "el himno"?

Y por varios días sigue con el sonsonete a cada vez que uno le llama para decirle que está enfermo:

–Guá, chico, muérete para que te canten el himno...

La otra tarde han mandado:

–¡Todo el mundo a su calabozo!

Y a poco, verdoso de miedo, contemplando las cortinas, el aspecto tétrico del local, el ingeniero municipal Zavarse recorre el piso alto y el bajo, acompañado de Porras y de Nereo.

A los tres o cuatro días dos "maestros" albañiles efectúan la misma inspección.

–¿Irán a hacer reparaciones?

–¿Le echarán un piso más a esta rotunda?

–¿Van a construir otra?

Murmúrase que hay muchos presos en distintos depósitos.

Pero son falsas alarmas.

Con el pretexto han traído a estos hombres para que pavoricen a la población refiriendo el aspecto macabro de este sitio... Es un viejo siste-

ma de Gómez: levantar con disimulo y hasta con socarronería, una punta del telón de boca de su gobierno y dejar una vislumbre de horror... Así dicen que en cierta ocasión, sospechando de la lealtad de uno de sus amigos, le "dejó ver" en el patio de un cuartel de La Victoria, o de Maracay, cómo "se componen los muchachos" ... Rapada la cabeza; con cepo de diez maussers, los riñones destrozados a verga.

¡"Los muchachos"! Así dice Gómez, así repite don *Juanchito* cuando Medina va diariamente a darle cuenta de lo que se hace en la Rotunda:

–¿Cómo están "los muchachos"?

–Alentaditos –responde Medina sonriendo.

¡Los muchachos! Desde el anciano Uzcátegui hasta Garciíta, desde Aranguren y Perucho Betancourt hasta el Padre Monteverde e Iturbe... "los muchachos"! Y Nereo a su vez habla como Medina: "¡bueno, muchachos!" "les voy a romper el rolo por la cabeza, muchachos, como les vea conversando a uno con otro". "Ya lo saben, muchachos, mañana no hay pan".

Nereo se ha identificado tanto con el régimen, que el otro día, lavándose los pies en la pila de beber, cantaba:

–Yo no soy *der* centro. ¡Los Pachecos *semos* de Mérida!

Este desgraciado quiere comprar su impunidad a cualquier precio. Pero lo triste no es que él imite los modos de expresión de Medina, su jefe y protector, su padre, "su viejo" –como él dice –sino que muchas, muchísimas personas decentes, afectan el acento tachirense y adoptan denominaciones y formas de expresión de la Cordillera para hacerse "gratas" al andino con quien están casadas o quieren casarse, si son mujeres, o al "chivato" próximo, si son aspirantes a algún puesto o a que se les considere "dentro de la situación".

Caracciolo Parra, por ejemplo, hace gala de un lenguaje vulgarote y confianzudo, cuando está con Gómez, en Maracay –y es siempre casi – para que "el Jefe" se sienta en su atmósfera:

–¡Vos no tenés razón, Gracilianos!

Algunas damas decaídas o advenedizas que salieron del relativo refinamiento de los Conventos de Caracas o de Valencia, suelen decir:

–¡Es hombre "de mucha plata"!

–Nosotras tomamos "el puntal" * en casa siempre...

Y los jovencitos que pululan como piojos por entre las cerdas de la barbarie, échanle el brazo a los "espías" patentados o a los correveidiles de Maracay: el "chofer" del coronel Alí o el hermano del "cuero" de Vicentico:

–¡Alas! vas para la estaciónnnn –dicen, y las enes quedan vibrando en el aire...

* En la Cordillera "merienda" de las tres de la tarde. En el bajo "argot" caraqueño, sin embargo, ha quedado el término "capachero", gentilicio de los del pueblecito de Capacho, en el estado Táchira, y que se ha hecho extensivo para denominar a la gente vulgar, cursi o guapetona, desde tiempos de Castro. Ahora es "chácharo".

Un joven oficial tachirense que está a mi derecha exclamó antenoche con una tremenda amargura:

–Tienen razón... tienen razón en lo que dicen. Es necesario ver estas crueldades para creerlas.

Otra voz, serena, le responde con el dejo caraqueño:

–¡No, compañero! Usted también es andino y es víctima de estas cosas, como nosotros. Esto no es del Táchira, ni de Barlovento ni de Apure, esto es una inversión del orden social, la consecuencia de la guerra y de la mala fe con que la guerra se ha hecho...

–Piñero no es andino –dice otro.

–¡Ni Nereo! Nereo era un tocador de arpa, un joropero del barrio de San Juan; nació en el Tuy –protesta un merideño.

–¿Y de dónde son, Medina y los Gómez y Delgado Briceño?

Con un clásico acento de la Cordillera, uno de los Parra Entrena, Cristóbal, protesta a su vez:

–Esos no son del Táchira.

–¿Y de dónde, pues?

–Del infierno.

Y hubo que estarse todo el día en la tabla, como loros en su estaca, porque Nereo, furibundo, "pescó" el chistecito y se paseaba con el rolo bajo el brazo...

Con todo, y rolo, ha pasado ya uno que otro susto el Nereo. Una mañana trató de maltratar a Spinetti, que apenas si se tiene en pie con los grillos y la tisis que lo consumen:

–¡Usted no me pega a mí; si usted me toca lo mato!

Nereo se lanzó sobre él, que sin poder retroceder, engrillado, cogió de un brasero vecino un puñado de ceniza y se lo echó a los ojos.

Dio un salto atrás Nereo, un salto brusco; y como Spinetti avanzaba sobre él en un estruendo de hierros, rompiéndose las piernas, casi echó a correr, lívido de miedo...

Un paso en falso, y Spinetti arrastrado por la barra de grillos, cayó de faz al cemento. Entonces, el cobarde, volvió sobre él con el rolo en alto; pero ya de la celda inmediata Reyes Moncayo salió e interponiéndose entre ambos:

–¡Usted no le pega aquí al señor ni a nadie! ¡bandolero!

El padre Mendoza, que corrió a lo que permitían sus hierros hasta el grupo, trataba de calmar a Spinetti llevándoselo para el otro extremo:

–Tenga calma, compañero. Aquí todos somos hombres... Aquí no dejaremos maltratar a nadie.

Todo esto ocurría bajo una tempestad de gritos y de sacudir de hierros que venía desde lo alto: ¡cobarde! ¡miserable! ¡asesino! ¡bandido!

Todavía verde de miedo, sentenció así:

–Bueno... Spinetti, Reyes Moncayo, el curota Mendoza ¡arrestados en su calabozo! ¡clávenles las cortinas! A los del alto que gritaron yo los voy a arreglar...

Sube lentamente la escalera, y va de celda en celda, preguntando:

–Mira, chico ¿tú gritaste?

Un débil de espíritu que está por ahí, entre los civiles, antes que le interroguen, advierte:

–¡Cabo! yo no grité, sépalo.

Nereo se vuelve, brutal, sincero:

–Cállate tú la boca que nadie te está preguntando nada...

Iturbe, desde detrás de su cortina le llama:

–¡Nereo!

Gacha la cabeza, entra allá, sin preguntar más nada. Percibimos que Iturbe le habla a media voz, le hace reflexiones. El miserable ensaya una especie de excusa:

–No, *dotor,* es que quieren que yo *farte* a mi deber permitiendo que se comuniquen con los de arriba...

Lentamente Iturbe ha ido ejerciendo sobre el bandido una influencia decisiva. Sea porque sabe éste que Iturbe cuenta con amigos poderosos, bien porque se haya podido manifestar más espléndido que los otros o porque acertase a meterle en el cráneo malvado a fuerza de insinuación unas cuantas ideas, el caso es que le trata con relativo respeto... Le ha quitado la cortina doble. Le ha hecho una de gasa que le permite entrar el aire... Del cesto de provisiones que semanalmente pásanle a Iturbe, come Nereo a dos carrillos... Pero Iturbe se ingenia para que los presos hambrientos o faltos de medicinas no dejen de aprovechar sus "ventajas".

Virtualmente "sostiene" a casi todos los "desfondados" del alto; y su mano va hasta abajo. Claro que si le caza Nereo en esto va a perderlo todo.

Desde el incidente Spinetti, Nereo desmejoró algo su cartel "terrorista". Ya con Luciani desesperado lo vimos "abstenerse" de entrar solo en el calabozo; ahora con Américo casi echa a correr.

Juliac está envalentonado:

–La próxima vez que me llame "negrito cabeza de bola" le voy a mandar al...

Y trémulo de ira, como si viniese de hacerlo, añade, encorvado por los grillos, marchando para su tabla:

–¡Usted sabe para dónde!

–Tenga calma, doctor, no se comprometa

Y ambos nos echamos a reír de todo corazón.

Cuando Nereo pasaba una mañana con la pizarra del "apunte" junto a su cortina, Rómulo Acuña, que estaba por mi izquierda y a quien luego trasladaron para enfrente, le dijo a Nereo:

–Oiga, cabito...

Volvióse:

–Yo no soy "cabito". Déjese de vainas conmigo. Yo soy el cabo... ¿qué va a apuntar?

Algunas veces los mismos presos, ensayando el soborno, parte para suavizarlo, parte para comprar una precaria consideración cuando pasa días más razonables, menos cruel, le regalan cigarrillos...

Pero un día sorprendió a uno de los más regalones "comunicándose" y advirtió en voz alta:

–Si los que me regalan cigarrillos *se tan crendo* que con eso me compran se equivocan... El que crea eso que no me dé nada.

Alguien advierte:

–Cuando yo doy no lo hago ni para pagar ni para comprar...

Y le pone entonces fin al incidente en la propia puerta de nuestra celda, con su estribillo de estos últimos días:

–¡Mucha vista! Negrito cabeza de bola ¿qué vas a apuntar? El literato (soy yo) no tiene fondos...

Juliac me mira desolado. Quiere balbucear algo, enviar a Nereo para allá... para donde me dijo, pero murmura tan sólo:

–Un pan, un queso, tres papelones, una vela, diez cigarrillos...

Hace ya cuatro meses que estoy "a rancho". A veces Torres Abandero, o Siso, o Plaza, o Leo, o Luciani ¡casi todos es la verdad! tratan de ayudarme con parte de su ración "extra", pero como no quiero aceptar a Juliac ya nada por un exceso de amor propio que el hambre misma exacerba, paso semanas terribles, porque les digo que tengo más fondos y... lo que tengo es más hambre. Hemos convenido que me provean de papel.

Las disputas entre mi compañero y yo se suceden. Hemos separado nuestros "intereses". El tarro de beber, el pedazo de calabozo que a cada uno le toca... Debe haber de mi parte mucha culpa. Juliac me exaspera sin querer porque ronca, porque pasa el día durmiendo, porque no barrió su parte de celda, ¡en fin por las cosas más absurdas o más triviales! Estos miserables saben que poniendo así a los hombres siembran una simiente maldita de resentimientos y de enemistades extravagantes. Toda la hiel que gotea mi corazón dolorido no se petrifica precisamente al calor del odio hacia quienes me causan molestias, desazones o inquietudes aquí, no; al serenarse mi espiríritu, se precipita, como en el fondo del vaso de agua turbia el sedimento, la idea lógica; y mi invectiva va recta como un escupitajo a la faz del malvado de Maracay y su taifa... Si salgo de aquí vivo, por estas mismas amarguras de tener que aborrecer al compañero de martirio y de verlo claudicar por hambre y de verlo morir asesinado, torpe y lentamente ¡ah sátrapa en cotizas, tirano a cuatro patas, yo te voy a ceñir el lomo a latigazos, bestia innoble, para hacerte galopar por un corso de irrisión en veinticinco años de historia, seguido de tu rebaño inmundo, con las grupas al aire! Deyecta, befa, escarnece, devora, hártate... Verás que con este fragmento de lápiz y el menguado

papel que atrapo y que a veces pido a los otros en vez de alimento, te voy a hacer algún día justicia sumaria y ni tus millones de bolívares ni tus millares de esclavos podrán arrancarte la túnica de Neso de estas "Memorias" porque con ella te arrancarán la piel.

Anoche discutía Nereo en el patio, cerca de la pila, con los ordenanzas... De pronto oímos que afirma:

–Don Juan Vicente no es malo... Lo que sucede es que se meten con él y después se quejan... ¡Lo mismo, en *comparanza*, que hacen conmigo aquí los presos! que se quieren "comunicar" y comer más de la cuenta y tratan de levantar la cortina para ver *pa juera*...

Es indudable. Nereo tiene razón. Ni él ni "don Juan Vicente" son malos.

CAPITULO XXVI

Veinte años después.... – El apache único, el Buffalo-Bill necesario – Los prototipos del gabinete de la peste – Un desfile de desfiladero – Examen de conciencia sin citar a Plauto – La risa de las calaveras – Hojas del árbol caídas... – La posta misteriosa y exclusivista – Un caso de amnesia – En el 23 – De Edmundo Dantés a Jean Valjean – Los pasos del tiempo – La prensa libre – Un apólogo de Tolstoy – La filarmonía y la estadística – Nómina y cifras – El uno y el otro alcaide – Un saurio sonriente – ¡Que se conformen con estar vivos!

Abril-Junio.

ESTA MADRUGADA del 23 de mayo hace veinte años que en un momento de penumbra y de tanteo, desaparecido de súbito de la escena pública el fuerte apoyo de los llamados "hombres fuertes" –una bala le tendió para siempre bajo una *mata* llanera– la república en manos de un mentecato de mala intención, el turbillón gubernativo descaminado y acéfalo sin otra inquietud que la de un partido cuyo líder ya comenzaba a ser nulo y estaba preso y vencido, en una remota aldea de la frontera, sesenta hombres se apresuraban a cruzar la linde prohibida.

Les guiaba un régulo de barba en punta y mandíbula prognática bajo unos ojos árabes que se velaban en sensualidades simiescas. Vinieron, bajo el crespúsculo y la traición; impusiéronse por la unidad, por una disciplina, por un cierto sentido ofensivo y defensivo de solidaridad que margariteños y corianos, zulianos y mirandinos nunca han logrado entender.

Los "orientales" son los más guapos, los más inteligentes, los más viriles del país; en occidente el maracaibero se considera con su sol, su Baralt y su lago, dechado de toda excelencia... Y los llaneros con sus "Queseras" y los caraqueños con su "cuna de Bolívar", y su mantuanismo de mucosas moradas, y los valencianos con el "campo inmortal" ¡todos a una! son mejores que los otros... Llegó el andino, pospuesto, burlado, desdeñado, el "baturro", el palurdo, se tornó masa dócil para el bien o para el mal entre los dedos del Castro de 1898, y hétenos resumida en pocas líneas la razón por la que, desde oriente a occidente y de Río Negro

a los Roques, los "doctores" de chaleco de fantasía que venían al Congreso a hablarnos de Urdaneta o de Sucre, de Páez o del mariscal Falcón, junto con los generales más truculentos y faramalleros del postrer Guzmán o de las revolucioncetas del 92 y del 98, ¡todos los representativos de regiones incomparables!, mediante un batallón andino tendido entre la Universidad y la Plaza de San Francisco!, ¡se reúnen anualmente en cabildo para aprobar, aclamar y lamerle el mango del mismo mandador al Cipriano de 1901 o al Juan Vicente de 1913!

¿Qué se hizo el orgullo "regional", poetastros recoge-migajas, prosistas preciosos de los días en que más largas eran las recuas de burros en las puertas de "El Cojo Ilustrado" y más cortas las raciones en los cuchitriles del ditirambo?

Desde la verborrea guzmaníaca, olorosa a enaguas, se comenzó a perfilar el nuevo tipo del periodista político que culminó en un puertorriqueño instalado a todo trapo con dos queridas y un coche de ruedas de goma en la esquina del Conde. Pasaron los años, las rebeliones, las batallas; y en un cuarto de siglo casi, el rebaño único pudo siempre agruparse, dócil al palo, bajo un "jefe único". Se pelearon los socios, el más zafio triunfó del más arbitrario, quedóse, quedóse, quedóse, se fue quedando –en la diestra un garrote, en la siniestra su intención, que también lo era, y prebendas. Y a este quedarse de años y despanzurrar de constituciones, a este destripar de terrones en las dehesas y de principios en las cámaras legislativas, los mantenidos de adentro y los ganapanes de afuera le han convertido, a ciencia y paciencia de veinte años de pateo, en un "sistema", en un "orden" y en un "régimen necesario".

¿Es que si Gómez no *se queda,* todos nos hubiéramos muerto de repente, y el Orinoco hubiera corrido para atrás y el cupón de la deuda pasándose del haber al debe, y el petróleo se hubiese vuelto batatas en el subsuelo? Los extranjeros que escriben *cosas* de "la era de reconstrucción" saben, los muy sinvergüenzas, por el ejemplo de sus propios países, que el mundo progresa a pesar del hombre, y que progresar en condiciones casi normales dentro de una anormalidad como la nuestra, no quiere decir que se deba a que un paleto de occipucio aplastado, entre cinco mil genízaros, forjados mental y psicológicamente para llevar bordadas en el kaftán la cacerola y las dos cucharas de los boshandis, ordene, distribuya y se apropie cien millones de pesos acusando 25, 30 o 40 en el tesoro, sino que significa, sencilla y simplemente, la enorme vitalidad venezolana, la inmensa reserva de riquezas materiales que, a pesar de los brutos, estalla y crece al sol, como una flor salvaje en un acantilado, como una poma henchida en el breñal donde deyectan los chivos.

Yo les desearía a los franceses que le cuelguen condecoraciones a Gómez y a su taifa, si no fuera injusto ello con el noble pueblo francés, que una avalancha de apaches salvase la orilla izquierda y dispersase a bofetadas la Cámara, sacase a puntapiés del Elíseo al Presidente de la República, y cerrarse la Sorbona y violase en pleno bulevar a las educandas del Sacre-Coeur, instalando bajo el arco de la Estrella una venta de

castañas y dándole una mano de excremento a la columna Vendome; yo querría ver –si ello no fuese un ultraje para los hombres por quienes escribió Jefferson y que envió Lincoln a la redención de una raza– que un "bunch" de vaqueros del más bárbaro villorrio de Chihuahua entrase a Washington, amarrase sus pencos a las columnas del Capitolio y la emprendiese a escupitajos con los senadores y a coces con los representantes, cercando con alambre de púas los recintos universitarios en Columbia, en Harvard, en Princeton, porque era menester que el pueblo americano supiese sembrar maíz y comer con la mano...

Y luego, cuando de estas dos grandes repúblicas, la centralista y la federativa, se saliesen a tierra neutral los Clemenceau o los Borah, y delatasen lo que estaba pasándoles –porque no habría protesta interna, ya que los intereses de las juderías de Manhattan o del Bulevar Haussmann sofocarían, eficaces, toda rebelión bajo un colchón de intereses–, decirles a estos patriotas indignados, con un estilo frío, cortante, filosófico, sociológico, hermafrodita, mezcla del *Washington Post* y de *Le Figaro*.

¡Demagogos! ¡bolsevicos! Ahora hay maíz y carne, aunque no haya colegios, museos ni parlamento. Y vosotros, franchutes alharaqueros *¡à plat ventre!* ¡que más vale un duro que vuestros cafés de media noche y vuestra "bêtise" de discutirlo todo! Demasiado bien lo hacen apaches o vaqueros: unos no saben leer porque no pueden aprender, los otros porque no quieren, pero su intención es purificar la patria, son hombres "bien intencionados" que quieren regenerar las condiciones sociales, evitando que se discuta en la cámara o se bote dinero en bibliotecas: un régimen, un jefe, una disciplina: el Apache único, ¡el Búffalo-Bill necesario!

Este símil extravagante y desigual, guarda el oro de lo verdadero; como se contiene el metal en una anfractuosidad del guijarro.

Y lo he fabricado, entre la vigilia y el sueño, mientras Juliac ronca y una suerte de estertor agónico me llega desde una celda de la derecha...

Para "vestir" todo esto, Castro ayer, y Gómez hoy, se han "servido" de "los amigos plumarios"... Desde los "godos" más púdicos y reservados hasta los "amarillos" menos escrupulosos, han desfilado en favor, dejando su adjetivo y su firma... Ahora mismo, durante esta serie de atropellos, preside Márquez Bustillos, abogado; en el Interior está Andrade y no hago objeción porque con él no caben reproches: fue, es y será. Pero en el Exterior funge el doctor Esteban Gil Borges, a quien puso Gómez porque "podía entenderse mejor con los yanquis" –pesadilla del final de la guerra– hombre intelectualista, filósofo, internacionalista, economista panamericano, político entre dos aguas, toga arrastrada con dignidad pomposa, como el estilo de sus "introducciones" jurídicas, nutridas y grandílocuas, que hacían palidecer de emoción a los estudiantes de tercer año... Se quedó en prólogo toda su "actuación", triste vencido que apela al escepticismo como orgullo de un error...

¿Y el resto del "Ejecutivo Federal"?... González Rincones, que bien pudiera haber colgado en la puerta de su bufete de Ministro de Instrucción las tres bolas de los prestamistas del Bowery o del West-End; Cárdenas, "el honrado", con Vélez el "más honrado"... ¡Qué mascarada de ministriles con su pochinela provisional!

¿Dónde están los Requenas, los Radas, los Arrechederas, los Arraices, para que ocupen los puestos que esos otros farsantes les arrebataron con prestigios de la Ceiba de San Francisco o cerebelos de La Grita? O las cosas son como son, o estos patricios no se deben postergar a aquéllos...

O Nereo es Nereo y se le manda al Táchira, o bien se trae a Eustoquio al Arzobispado y se nombra rector de la Universidad al "Encanto de un Vals" o a la "Condesa Negra", esos efebos de nácar y de ébano que exasperan la literatura ninfomaníaca del padre Borges... Que haya una lógica; que haya jerarquía civil, social, eclesiástica.

Trabajando aquí –con los ojos enfermos, contra el ladrillo– desearía tratar en serio a estos hombres, pero... no puedo. La comicidad exasperada, salta: ya veo al Vallenilla, filosofículo de cantina, historiador de cervecería; ya me pasa ante la lente el Arcaya de 1909, de pantalón a cuadritos y borceguí amarillo, deambulando por las antesalas de los ministros de entonces, o por los corredores del juzgado de primera instancia; bien me aparece Urdaneta Maya, seguido de una legión de parientes, como esos insectos grandes y desgarbados que pasan por un escupitajo y se llenan el ala de saliva y tierra hasta que los devoran los más chicos; y si me vuelvo con la mente al interior del país es una porción de barrigas de abogadetes o de cuellos de celuloide de "oficiales de confianza". Y pasan Matos con sus barbas y el judío Lobo con sus lancetas y el Arzobispo Rincón con sus hopalandas moradas... Pasan los académicos, manidos; las cucarachas de archivo con presunciones de Lenôtre, los "genios", los "profesores", los "sabios" de periódico estilo Carbonell y los no menos "sabios" estilo Razetti... Luego poetas, juristas, el doctor Juan Francisco Bustillos– a quien, desde estudiante, los otros llamaban "el enviado japonés" –presidiendo la Corte Federal después que Constantino Guerrero se murió en el Brasil de estangurria literaria. Pasan... pasan con las horas, legiones de comparsas con su discurso en la boca o su telegrama en la mano; los estudiantes "rebeldes" hasta que les colocan en un puestecillo secundario o sobre una carpeta de juzgado; pasan los zambitos que aspiran a diputados. Las "celebridades" del Llano, las de Guayana, las de la Cordillera; la ristra de cabezas de ajo coriano.... Pasan igualmente los expectantes que hacen de público en la farsa, prontos a acusar para excusarse y a excusar para que no les acusen...

Yo espero aquí la muerte. No otra cosa. Desprendido del mundo, de mis debilidades de hombre, sin que necesite invocar a Plauto, con ese frío desprecio en donde no se mezclan amarguras de ambición en pugna porque ya queda sólo una noción, desaparecer; y un consuelo, dejar de sufrir. Era a esta luz que quería examinar mi conciencia y enfocar la lente de mi microscopio interior...

1º ¿Podía haber logrado triunfos, dinero, reconocimiento de valores positivos y un poquitín de vanagloria que no sienta mal en la vida? –Sí; han "figurado" sabandijas, pobretes, infelices para quienes la adulación tiene más de jaculatoria que de vileza.

2º ¿Me faltaba *algo* para competir con la horda y pisar siempre peldaño arriba llevándole una cestita de higos literarios cada mañana a la cacatúa de Maracay? –No; mi cesta de frutas laudatorias hubiera sido más apreciable que los mangos podridos que traen del interior y los aguacates que se engullen por ahí, en sociedad.

3º ¿Qué *utilidad* deriva Venezuela, mi familia, yo mismo con que les sirva el consomé de mi sangre a las chinches de la Rotunda y el sufrimiento físico y la tortura de mi espíritu a la deleitosa sensación de saberme padeciendo que experimentarán cuatro pobres diablos que me odian, más por envidia chica e insensata que por sentido razonable de las cosas? –Ninguna. Más bien era fácil, muy fácil, tenerles sujetos a temor, como lo están cuando le saben a uno libre... Y todos los orgullosos, y todos los patriciados y todos las reputaciones no valen– mi corazón lo dice –una sola lágrima de la madre que nos ama o de los seres que por nosotros comen un modesto pan y se calientan a un tibio rayo del sol... Luego es el orgullo, un orgullo de padecer "persecuciones por la justicia" lo que nos tiene aquí de "apóstoles", para que Nereo nos veje y Medina nos veje y nos explote, y una sucesión de canallas que suben desde *Cara de Caballo* hasta Pedro César Domínici en distinto tono y por diverso modo nos apode "muérganos" o "inadaptables".. El caso es el mismo. Tolete o sociología, tortol en las pudendas o editoriales "vibrantes" en *El Nuevo Diario*, la solución es una y única: o la escatofagia palatina o el aniquilamiento en la sombra...

Abril 19.

La desesperación tiene sólo un consuelo: el abandono de sí. Sobre nuestra miseria física, de la hoguera de nuestro tormento, del fosfato de los huesos enterrados surge un eterno e impalpable sentido perceptivo que exaspera a los iracundos y envenena las horas del regodeo infame.

Esas gentes que ríen de nosotros tienen risa de calaveras.

Se están riendo de la propia catástrofe.

Mayo 27.

Ha circulado una noticia cuyo origen desconozco. Se dice que Preston MacGoodwin, el ministro de los Estados Unidos de América en Caracas, el hombre que ponía las notas "fuertes" en los días postreros de la guerra europea y que hizo quitar del ministerio del Exterior al doctor Bernardino Mosquera para poner a Gil Borges, quien podía "tratar mejor los asuntos", ha sido delator y atizador de las denuncias contra los del "golpe

de estado" y la "manifestación"... No es posible. Todavía en 1917 o principio del 18, la cancillería de Caracas gestionaba "diplomáticamente" que se retirase a MacGoodwin porque "trataba mal al gobierno del general Gómez"

Algunos, entre ellos el pobre Pedro Manuel Ruiz, que está medio perturbado y usa un cintillo para recogerse las melenas, sostiene y jura que van a pasar cosas "muy serias" porque "el ministro americano" etc. Otros sueñan con un míster Wilson a manera de arcángel San Gabriel. El optimismo con acicate, abulta noticias inocentes o fragua disparates estupendos. Ora son "notas" cuyo original dice haber leído Carlos León; bien "noticias de fuente fidedigna" que surgen del misterio de que se rodea Néstor Pérez; ya es Figueroa quien posee la clave de un "notición" que no debe decírsele a nadie y de lo cual estamos enterados unos sesenta presos, los ordenanzas y Nereo; a ratos viene una "bolita" modesta de que en tal fecha "sueltan los presos" "porque lo ha pedido el Presidente Harding" o la novia de Vicentico Gómez. Súbitamente Mosquera se sale a la mitad del patio y vocifera:

–¡El cura Mendoza es el que "inventa" todas esas bolas para conseguir que estén contentos y que a mí me maten a hambre!

Los ordenanzas, los humildes hijos del pueblo, más sagaces que todos nosotros, a veces arrojan un cigarrillo o un pedazo de pan por debajo de las cortinas y nos advierten:

–Tome, compañero, mientras "nos pide" míster Wilson...

El pobre Ruiz ha logrado crearse abajo, escribiendo epístolas y fantaseando con su combinaciones internacionales, una suerte de prestigio... Como los demás no tenemos nada que decir que ya no se sepa, y sí mucho que perdonar, a los compañeros del principal les resultamos poco interesantes.. El preso "viejo" necesita de cierta cantidad de mentiras para ir viviendo. El preso "nuevo", que es listo, cultiva la novedad y la ilusión... Hay algo caritativo y disculpable en ello... Por más que Sancho abría los ojazos imbéciles ante la parda visión del llano de Castilla, su señor del espíritu hacíale ver las huestes de Tirante el Blanco y de Palmerín de Inglaterra... Otro fenómeno curioso es el del amor propio de la noticia... Figueroa me llama, sigiloso, al ruedo del trapo:

–Oiga, diablo, pero no se lo repita a nadie porque me han exigido la mayor reserva y esto es una excepción con usted etc., etc: "Kapiton" (Miguel Delgado) me escribe que sabe por "Nélupe" (Néstor Luis Pérez) que el gobierno sólo está esperando que termine la conferencia de Versalles para soltar los presos... Que no nos soltarán a todos juntos... que nos soltarán por lotes...

–¿Y qué conferencia de Versalles es esa?– le pregunto alarmado.

–Una reunión de "las potencias" para acabar con todas las tiranías de la América del Sur... Pero no se lo diga a nadie. ¿Qué le parece?

–Me parece, Conde (es él, Figueroa) que de esto a tirarle peloticas a la luna...

Enojado se retira de la cortina:
–¡No le diré más nunca nada! Usted es un pesimista... Y Juliac, que no ha perdido sílaba, le apoya desde su tabla:
–Sí señor, ¡un gran pesimista!
El barón, el conde, el duque, toda la heráldica, la revolución francesa toda, la seudonimia de ambos lados, resuelve colgarme el sambenito de "pesimista" que llevo junto con unos cuantos compañeros más o menos descreídos... Y hay que someterse a darle curso a las bolas en lo sucesivo porque si no le aíslan a uno y no le comunican ni estas tonterías que, por lo menos distraen...
Hay "optimistas" que no tratan a los "pesimistas", Juliac se exaspera como Figueroa, y nos gritan a Chaumer y a mí:
–Pero, bueno ¿qué es lo que ustedes pretenden? ¿que no nos suelten? ¿que nos pudramos aquí?
–Nosotros no pretendemos eso... ¡la viola! Acaso somos de bronce... –dice Chaumer.
–Entonces ¿por qué no le dan crédito a la noticia? Peregrino (Siso) dice que "se la han confirmado".
Y el ordenanza Carías, tozudo, calmudo, interrumpe el altercado de celda a celda, metiendo el pote del "rancho".
–Cómanse los frijolitos para que los coja con fuerzas la libertad.

En el alto casi todos –hasta los militares– parece ser que "se comunican" con el exterior. Yo le he dicho a Juliac mis sospechas.... Desde que entré, hace seis meses, la única facilidad de decir algo a la calle me vino de Néstor Luis Pérez, quien me envió lápiz y papel. Aunque la gestión no dio resultado inmediato, sin duda mi papelito fue porque unos dos o tres meses después me llegó una ponchera, unas pijamas, alpargatas y un pañuelo...
Ese día mismo, a un oficial que se estaba muriendo de hambre, Nereo le trajo ¡un cepillo de dientes!
En vista de este aislamiento en que tienen los de abajo y los de arriba a los del 41, mi compañero resuelve dirigirse a Carlos León, suplicándole le incluya entre los "agraciados" con la comunicación... Ni esto ni nada quiero exigir. Me sorprende mucho esta manera de tratarme. Pero en la vida suceden cosas muy curiosas. Yo conspiré con Delgado Chalbaud y con Carlos León y con muchos más desde 1913.... Arévalo González le dio en Los Teques dinero e instrucciones a un maracaibero, amigo de Pérez* que salió huyendo a pie de Caracas cuando el rotundazo de Delgado-Chalbaud, para que me buscase en Valencia. De aquí le di fondos, lo hice encaminar hasta Puerto Cabello y lo salvé. Los de arriba, casi todos están más o menos directa o indirectamente identificados en el lío este de

* Benito Díaz Alvarez.

enero ¿por qué hacer conmigo, precisamente, esta excepción injustificable?

Misterios de la Rotunda. Tristezas de miserias humanas. No me quejo. Anoto de paso este detalle y pago con estas páginas de sanción y de solidaridad desinteresada la extraña conducta que estos señores –abajo y arriba– tuvieron para el compañero del riesgo de ayer y del largo sufrimiento de hoy. No puedo culpar a éste ni a aquél: cada quien supondría que el otro estaba haciéndome el favor... En síntesis, nada sé de los míos; y más hondamente enterrado en vida que los otros, el corazón oprimido de amargura inexpresable, que no de un rencor imposible, veo que mi compañero, a los pocos días, recibía un minúsculo pedacito de papel escrito en su casa y que devoraba aquellas líneas de la ternura y del dolor de los suyos con los ojos nublados de lágrimas. –Léamelo usted, me dijo, yo no puedo.

Y ambos teníamos un nudo en la garganta.

A los siete meses de prisión, por los huecos de la pared, me llegó un papel –creo que dirigido a Salvador Plaza– que decía así: "¡De modo que es usted allí, en el 41, mi gran amigo Pocaterra, y yo sin saberlo! etc."

Era de Carlos León. Sí; yo era su gran amigo Pocaterra; el mismo: el que tantas veces conspiró con él, el que fue con carta blanca suya a Valencia cuando el proyectado golpe de Delgado Chalbaud, el de las "conferencias" y el de las comisiones por Carabobo diversas veces, y el Guárico y el Zulia.... El mismo a quien luego –ya presos los compañeros de entonces– volvió a citar y a entrevistar en su bufete, Bolsa a Padre Sierra.... ¡Y era ahora que el distraído Espartaco identificaba a su "amigo tan estimado y tan recordado"!

La cárcel es terrible. Perturba las facultades mentales, nulifica las nociones de la vida real, ocasiona amnesias inexplicables.

Nereo ha entrado con dos ordenanzas para que nos corten el pelo y nos afeiten a tijera. La melena me da a los hombros, una sotabarba rojiza, de pirata berberisco, me coge toda la mandíbula inferior.... Juliac se hace rasurar.... Del aspecto Edmundo Dantés pasabamos al aire Jean Valjean. Con el rapado se pierde en decoro lo que se gana en higiene.

Los optimistas creen que esto de pelar los presos es porque van a soltarnos.... Figueroa alude, zumbón, a "los pesimistas"

–Ya ve usted, ¿qué cree ahora?

–Que nos irán a mandar para la carretera.

–Decididamente, usted lo que quiere es que nos muramos aquí.

Pasan horas, días, semanas, meses.... Nereo está preocupado: su sentencia, en apelación, espera el fallo del tribunal de alzada. Enciende

velas para ver hacia qué parte cae la pavesa al consumirse: si es del lado del muro es porque no va a salir, si del otro es que le absolverán.

Ahora se pasa medios días enteros en el calabozo de Iturbe. Cuando sale al otro recinto se inician las conversaciones. Entre Leo y Pedro Manuel Ruiz han hecho un periodiquín en papel de estraza con caricaturas, versos y sección de anuncios: "se alquila una dentadura natural, en buen estado, por no poder usarla su dueño..." "Jobito" ha hecho unos "Pitorreos". Me han pedido que colaborase. Pongo en versos un apólogo de Tolstoy: Dos amigos atravesaban un bosque. Surgió un oso. El uno escapó subiéndose a un árbol y abandonando a su suerte al compañero. Este echóse a tierra y se hizo el muerto. La fiera lo examinó, lo olfateó. Creyéndolo cadáver, marchóse al fin. El amigo, pasado el susto, descendió del árbol y quiso con un chiste borrar la mala impresión del camarada:

–¿Qué te decía el oso en el oído?

–Que aquel que abandona a su amigo en una dificultad es un cobarde.

Suspendióse el periódico. La única distracción de algunos es canturrear o silbar. Se me ha pegado al oído la "Serenata del Angel", de Braga. La silbo todas las noches, antes del toque de silencio... Los Pimentel, Francisco y Tancredo, tienen un gran oído musical. Este último canta un vasto repertorio de todos los géneros, desde "El Garrotín" hasta "Tanhausser". Francisco silba como una flauta. Porras Bello ha compuesto un valse cuya primera parte no envidia en dulzura, en sentimiento ni en expresión a cualquier "leit-motiv" sentimental de la mejor opereta vienesa.

Pero Nereo coge el arpa y ya tenemos música de joropo para rato. Como se va cercano de la reja, nos queda el recurso de charlar a media voz de celda a celda.

Durante el día, el sol, la pila, el triste cuadro de los presos que salen a calentarse en fila.... Las palomas revolando.

Miguel Delgado tiene una perrita, "Canela". Es un animalito pequeñín, una perrilla de "budoir" con el hociquito petulante. Cuando ladra causa la impresión de la voz bronca de un enano.

Cálculos aproximados arrojan la cifra de cincuenta y siete muertos desde 1913 a esta fecha, o sea seis años. Con un promedio de 65 detenidos por año es una mortalidad del 20%. En los castillos de San Carlos y de Puerto Cabello las listas de defunciones son considerables. En las cárceles de los Estados hay todavía "detenidos". En Puerto Cabello, en las bóvedas, han fallecido los generales Francisco José Monagas y Jorge Bello. Se suicidó, desesperado, el general Cruz González. Allí están hace ya para ocho o nueve años el general Zoilo Vidal, Alfredo Arvelo Larriva, muchos otros más.... En San Carlos se calculan unos doscientos veinticinco o doscientos treinta.. Recuerdo: Máximo Zavarse que tiene 6 años de preso; Venancio Parra, 6 años; Julio Castillo, 4 años; Manuel Angulo, 9 años; Lucio Rosas (colombiano), 6 años; Gilberto de Castro (colombiano), 6 años; Florencio Gómez, 6 años; Pedro Elías Peñuela, 9 años; Blas Bazó,

7 años; Alfonso Romero, 8 años; Manuel Rincón, 10 años; Gdo. Fernández (español), 7 años[17]; Manuel Puente, 6 años; Dr. Pedro José Rojas, 1 año; Gral. Alfonso Massini, 5 años; Gral. Juan Araujo, 2 años; Gral. Camilo Betancourt, 2 años; Fernando O. Márquez, 9 años; Gral. Elbano Tossi y cinco de su familia, 4 años; Cnel. Américo Burelli, 2 años; Cnel. Ramón Cegarra, 1 año; Marco Tulio Cano, 9 años; Rafael Troconis, 9 años; Dr. Francisco Ortega Espinosa, 1 año; Eduardo López Bustamante, 1 año; Valentín García Tortosa, 1 año; Pedro María Arellano, 5 años; Inocente Barrillas, 5 años; Cnel. Eladio Colmenares, 4 años; Gdo. García (colombiano), 2 años; Angel Ignacio García (colombiano), 2 años; Virgilio García, 2 años; Cnel. Manuel Maldonado, 2 años; Cnel Valentín García R., 3 años; Gral. Juan de Dios Vivas, 8 años; Cnel. Pablo Medina, 2 años[18].

No obstante la terrible situación de los presos en ambas fortalezas, cuya descripción se halla en el tomo I de esta obra, parece ser que el General Faría, jefe del penal de Puerto Cabello, y el general Cárdenas, del de San Carlos, son hombres que no pueden compararse con Carmelo Medina, el alcaide de esta Rotunda, sin cometer evidente injusticia. Ni el mismo Jorge Bello, muerto ahora en una bóveda de Puerto Cabello y que regía en San Carlos cuando Castro, resiste la comparación. Acaso Eustoquio Gómez, que sucedió a aquél bajo el falso nombre de Evaristo Prato y que salió huyendo, con su segundo, Isaías Nieto, porque tropa y presidio se sublevaron y escapáronse, emulaba a estos dos sucesivos alcaides de La Rotunda: Luis Duarte Cacique y Carmelo Medina.

A los quince o veinte días de estar preso, la tarde que vinieran a enyugar por pares a los oficiales, díjose que nos iban a mandar para el Castillo. Tuve una gran alegría. Los compañeros que no conocían las cosas de cerca y tenían un vago temor a la idea del Castillo a duras penas querían creerme que era mejor estar preso allí....

Hay una cárcel, en Maracay, frente por frente de la habitación de Gómez, de la cual se cuentan horrores. Pero indudablemente, en cuanto a inhumanidad del sistema celular absoluto y a crueldad cuasi enfermiza, los jefes de la Rotunda pueden reclamar siempre el primero rango en la historia del cautiverio o del secuestro nacional.

Algunas tardes, poco antes de la requisa, escuchamos voces de niños en la explanada; en la bóveda resuenan las botitas que corren de aquí para allá. Alguno informa que son los pequeñuelos del coronel Porras, que mientras su padre pasa la inspección de la tarde, vanse a las azoteas de la cárcel.

[17] Logró salir vivo –pero parecía un espectro. Publicó luego en folleto la historia de su espantoso cautiverio, en Madrid, muchos años después (1931). De 1912 a 1922 estuvo preso por confusión de nombres.

[18] Téngase presente que la cuenta siniestra de años es sólo hasta la fecha en que se publicó la primera edición de esta obra, 1927.

Nereo les habla desde el fondo del patio; les dice cosas cariñosas. Las voces de los chiquillos le responden. Juegan estos con los niños de Medina y le hacen saludos y le responden a Nereo con zalemas y risas. El niño arriba, cerca del cielo, desde aquella piedra que gravita sobre el dolor; el hombre, abajo, en el pozo de la desesperación. Espectáculo horrible de la selva: el caimán viscoso, con la testa alta y una sonrisa de colmillos calofriantes distrae las lentas digestiones del fondo del río con el cantar de un pajarillo....

Varios de los militares cuya extenuación es espantosa, suplican a Porras interceda con Medina para que les dejen pasar fondos... Otros civiles pídenle, ahincadamente, que les permita entrar un poco de aire por el boquete de arriba de la cortina...

Por fin Nereo trae esta respuesta del alcaide:

–Dígale a esos guanajos que se conformen con estar todavía vivos.

CAPITULO XXVII

El "affaire Luciani" – Bacanales de almizcle – De las sabandijas a Stecchetti – Las disenterías misteriosas y simultáneas – Torres Abandero y su canto de cisne – Episodios complementarios de la traición, de la tortura y del hambre – El verdadero nombre del traidor y las charreteras de "Vicentico" – Efemérides – Una frase espiritual de Vallenilla Lanz – Los días grises y el tropel de las horas – Locos y cuerdos – Lo pesado de las pesadillas – La caza furtiva en los cotos de Su Majestad Carmelita – La crueldad blanca y el hambre de todos colores – Nuevos apuntes para la fisiología del matrimonio – El celibato, institución masculina – Alas y grilletes – Darwin y la teoría de la selección – El prefacio de la nueva tragedia – Los castristas, los castrados y los castradores – El asesinato de Luis Aranguren Moreno – Su agonía, su desesperación, su muerte... – La oración tripartita – "Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores..."

Julio-Septiembre.

"SEGÚN TÚ RECORDARÁS –me escribe Jorge Luciani desde su celda 46 a través de los huecos que nos comunican– mediados de noviembre del 18 se efectuó en la Capital una manifestación popular con motivo del natalicio del Rey Alberto de Bélgica, contra la voluntad de Gómez que, valiéndose del Arzobispo Rincón González, Presidente de la Junta de Socorros a la sazón, la prohibió terminantemente so pretexto de la gripe, *que ya había pasado*. En la Legación Belga hablamos Andrés Eloy Blanco, Gonzalo Carnevali, Rodolfo Moleiro Sánchez –todos estudiantes de derecho– y yo. En el curso de mi peroración acusé a Gómez de haber abandonado egoísta y cobardemente al pueblo de Caracas durante las lúgubres jornadas de la *pandemia*, lo que me conquistó una ovación, pues mis palabras eran fiel expresión del sentimiento público. Lo demás tú lo sabes: los brindis de champagne en la Legación Francesa, los mueras a Gómez, las banderas de los aliados y la disolución por la policía de las manifestaciones frente a la estatua del Libertador, en la Plaza Bolívar. Prendieron a Egea López, portador de una de las banderas, y a siete desgraciados hijos del pueblo que murieron a poco en las carreteras, las tan ponderadas carreteras de Gómez que cuestan millones de bolívares al Erario y millares de vidas a la Patria. Yo me oculté. Había cumplido mi deber: soliviantar el espíritu de las masas, quejosas por la indiferencia torpe y criminal

de Gómez cuando la mortandad de la gripe. Por aquellos días *Pitorreos* era un centro de oposición. Pedro Manuel Ruiz publicaba su artículo sobre Wilson. Y en la obscuridad se urdía entre jóvenes militares, escritores, dependientes de comercio y estudiantes –las fuerzas sanas y vivas del país –el plan que a no ser por la delación del infame *capitán* José Agustín Piñero, habría salvado la República. Yo estaba comprometido para esa conspiración con el capitán Pimentel. Por esta razón y por haberme asegurado el Honorable señor Leonard L. Boursseaux, Encargado de Negocios de Bélgica, que podía salir impunemente, me eché a la calle a principios de enero del 19. Había que poner pasquines y yo puse, entre otros, uno en el Palacio Arzobispal. Para las doce de la noche del 15 de enero se había resuelto dar el golpe en todos los cuarteles de Caracas, pero la tarde de ese día, a las 5, fui detenido en momentos en que pasaba frente al cuartel de Policía. Mi prisión obedecía a *orden superior*. Al día siguiente me pasaron a ésta y me incomunicaron en *"El Olvido"*. A las dos semanas me pasaron para acá. Oficialmente ni se me dijo ni se me preguntó nada. Pero por el *avión* [19] he sabido que el buen monsieur Boursseaux ha reclamado encarecidamente mi libertad de los esbirros del Dictador, claro indicio de que él atribuye mi prisión al discurso. Me consta que habiendo intercedido por mí los doctores Luis Vélez y Samuel Darío Maldonado, Gómez pidió informes sobre mi causa al Gobernador, quien contestó que yo había manifestado públicamente que los venezolanos debíamos hacer con el Déspota lo que los rusos con el Zar. Al principio yo pensé si no se trataría de una nueva infamia estúpida contra mí, pero luego he caído en la cuenta de que tal especie acaso obedezca a la actitud de un borracho, quien o entusiasmado por mis palabras o por exceso de vino, al final de un período lanzó súbitamente un estentóreo "viva Rusia". Por su parte Lafayette [20] me ha escrito que aunque le interrogaron respecto a otros que están libres y a mí, nada ha dicho. Yo lo creo porque de lo contrario nos habrían *careado,* según las reglas del *establecimiento,* como dice Nereo. Sea por el discurso, sea por los pasquines, sea por la conspiración, o, en fin, por las tres causas juntas, mi prisión es muy justa desde el punto de vista de la "Rehabilitación". Tú y yo estamos muy bien aquí. Día y noche nos estamos jugando la vida, es cierto; pero este es nuestro sitio..."

Nuestro sitio, a la verdad, no es tan cómodo. Cuando va a caer un chaparrón veraniego, las cucarachas enloquecidas del celo, sálense a bandadas desde las letrinas del piso bajo e invaden por brigadas los calabozos. Suenan aquí y allá alpargatazos. Cada revuelo, cada destripada es una ráfaga de almizcle abominable. Nos pasean por el rostro durante el sueño; aun despiertos asáltannos, insensatas; y se persiguen y se acoplan en ninfalias apasionadas y asquerosas. Son más hediondas y

[19] Es la comunicación con el exterior de la cárcel a que he aludido.
[20] Alias del Capitán Pimentel; el del Capitán Mendoza era Talleyrand.

tenaces que las de los fosos de San Carlos. Juliac, que es algo afrancesado, cuando siente la picazón y le duelen los callos me advierte:

–Esta noche es noche de "cloportes".

–¿De qué, Juliac?

–De cucarachas volantes...

–Yo creo que se equivoca: "cloporte" llaman los franceses a ese animalillo crustáceo, que está en los lugares húmedos, bajo los ladrillos, y que le decimos "cochinillo"... Yo vi uno aquí el otro día. Cucaracha es "coquerelle".

–Vaya, pues, ¡ahora no voy a saber lo que es "cloporte"! ¡Ahora y que "cochinillo"!

–¿Pero usted está seguro?

–¿Y usted lo está más que yo?

–Es que...

–¡No, señor!

–Nada, por llevarme la contraria.

–Usted es el que contraría...

Y en la larga discusión, él se defiende acusando mi falta de conocimientos porque confundí a Demetrio Poliorcetes con Demetrio de Alejandría, y yo le zahiero recordándole otro disparate suyo recitando un verso conocidísimo de Stecchetti, pues aún sostiene que es *dice* y no *dissi,* confundiendo los tiempos del verbo italiano... Hasta que, furioso, estalla:

–Coja un diccionario y verá.

–¡Lo tiene Nereo!

El caso es que vamos de mal en peor. Yo no puedo dormir. El ronca. A su vez díceme que también le molesto; que mis grillos hacen más ruido que los suyos. Una noche le insinúo:

–Bueno; pida que lo saquen de aquí.

Y estamos hasta una semana sin hablarnos en dos metros de territorio.

Los días corren para mí, echado en las baldosas, con la barba en la mano, mirando pasar "la flor del mundo" de Darío u observando, por el huequito del trapo, cómo Domínguez Acosta, a cada mañana, sentado junto a las matas, parece irse consumiendo en un mal que es como un largo éxtasis. Spinetti, difícilmente, marcha. En el alto, desde su celda, Aranguren Moreno escribe un papelito diciendo que todos están enfermos con diarreas, que son muy raras éstas. Se les presentan de súbito en forma de cólicos, con cefalalgias y desvanecimientos... Que el "rancho" tiene un gusto metálico. Es Nereo, en persona, quien recoge los envases vacíos.

Torres Abandero, en el 44, presenta un aspecto deplorable. El otro día nos mostró una de sus piernas, estando fuera Nereo. La tiene ulcerada, hinchada, horrible. Porras Bello (don Serapio), a quien le consulta, teme que se trate de una arterio-esclerosis. Con todo, viendo acabarse sus días, compone lindos versos de amor:

"vida mía ya estoy viejo
pero aún tengo juventud,
la del mosto que en la cuba
acendra y hierve la uva
gusta más y da salud..."

La otra tarde le trajeron una cestita de su casa. Con él y con unos pocos hacen esta excepción. Siempre tienen un pedacito de sus dulces o de sus bizcochos para sus compañeros. Se las ingenia para repartir entre quince o veinte una media libra de queso patagrás. Me regaló él ¡un chorizo entero! Y me duró casi seis meses: lo até con una cuerdita y cuando me traían los granos del rancho sumergíalo bruscamente y volvía a sacarlo para que cogiesen el gusto... Así se fue consumiendo hasta que devoré el hollejo. Es como un niño Torres Abandero. Sencillo y bueno. A cada rato, cuando sus males le afligen, exclama de súbito, animándose:

–¡Pero no me muero!

Desgraciadamente, si no lo sueltan pronto...

Del 47 informan que el general Roberto González está muy enfermo de la garganta. Al doctor Abreu le soltaron disentérico.

Comienza a sentirse –son largos días de maltrato, de hierros, de hambre, de aire viciado –una especie de trágica resignación. Ya las respuestas duras, los ternos enérgicos, son menos frecuentes. Hay como una calma expectante, en la que se está incubando el abandono total para la catástrofe. Ciertos presos pasan días enteros sin hablar; otros comen todo lo malo, todo lo podrido que pueden hallar, o que los otros rechazan, como si quisieran acabar de una vez, hartos, en una intoxicación... La otra noche Luis Pimentel se dio un tajo en una arteria con una puntilla "Gillette" que un ordenanza le facilitó para cortarse las uñas. Su compañero Aponte le sujetó y le desarmó, llamando al cabo en su auxilio. Oí por primera vez tono de conmiseración en Nereo:

–Ten paciencia; no te desesperes, chico. En la vida todo pasa.

La vida de Pimentel es terrible. Este mártir, destrozado por el tormento, sometido ahora al yugo, hambriento, sufre toda la saña de los esbirros. Como lo suponen el cabecilla militar, contra él cierran el cerco de la muerte. Y tanto por él, como por los otros, nos hemos propuesto, inermes y como sea, a no dejarlo perecer mientras nos quede aliento...

Pimentel fue el jefe de la misión militar venezolana enviada al Perú. Su novia es una señorita distinguida de aquella sociedad. La censura que cabe hacerle –ya se la hemos hecho y la acepta –es la de no haberle saltado la tapa de los sesos a Piñero cuando por sus excusas comprendió que iba a delatarlo todo. Expone Pimentel que Piñero se limitó a decirle y a jurarle que él no "se metía" en eso, pero que no diría nada tampoco. Al conocer de cerca al capitán Pimentel, compréndese su actitud. El otro es un truchimán, guapetón de casas de juego, celebérrimo en los burdeles – "Piñerito"... –Y aun cuando no es de culpar que estuviese en plan de una cosa de honor tal mequetrefe, pues así están las cosas en esta época de

"melange" y de inversiones sociales, sí es de deplorar que del guante de Pimentel no hubiese surgido el puño resuelto de Venancio Pulgar.

Su compañero de grillete, el comandante Manuel María Aponte, acababa de casarse. Dejó a su esposa encinta. Nada ha sabido de la pobre suerte de la niña abandonada, ni del nacimiento de su hijo. Serio, sereno, frío, con un dejo irónico, toma el dolor a pulso y lo pasa de un día para otro como en una labor de descarga... Si hay que comer come; si no, calla. Es un hombre.

Hay otros que no tienen esta resistencia y piden, lastimosos; los hay que exigen, iracundos. Otros, más viriles, como el capitán Miguel Parra Entrena, mientras su hermanito Cristóbal –un niño casi, vuelto loco por el hambre –amenaza que si no le damos más de comer va a delatarle a Nereo que nos estamos comunicando por la pared –le increpa desde su celda en donde está muy enfermo:

–Cállate, desgraciado ¡Aprende a morir como un hombre!

Otro oficial que inspira piedad es el capitán Aníbal Molina. Se le ha paralizado una pierna. Sus compañeros tratan de consolarlo. Pero él se queja, dócil; y sus quejas son calofriantes. El primo del subteniente Arturo Lara, teniente Jorge Ramírez R., a quien torturaron, está de gravedad. Habla poco. A Lara no le guindaron. Con él se cometió una injusticia repugnante. Hallábase enfermo, en el Hospital Militar, y de allí le trajeron a que declarase porque "su primo Ramírez estaba comprometido". El entonces se arrojó a decir sin darse cuenta: "pues si el teniente Ramírez está en algo peligroso yo corro la suerte de él" ... Lleváronle junto al tormento y le intimaron a que dijese o lo colgaban. Lara agarró las inmundas cuerdas de donde pendían trozos de epidermis y vellosidades ensangrentadas:

–Estas cosas se hicieron para los hombres, pero no es por miedo a esto que yo digo que no sé nada, es porque, verdaderamente, nada sé; y con el tormento no me obligarán a decir mentiras.

Su serenidad lo salvó del ultraje. Es alto, flaco, moreno, de aspecto desconfiado. Habla con una voz de timbre de bajo profundo y lentamente se afirma en cada palabra antes de saltar a la otra, como quien atraviesa una corriente sobre piedras. Mucho antes de estos acontecimientos, la tarde que en Caracas se efectuaba la recepción del Enviado Extraordinario de S.M. Británica, Sir Maurice de Bunsen, entre Conde y Padre Sierra comandaba uno de los pelotones del regimiento tendido desde la Legación Británica hasta el Palacio Federal para presentar armas al paso del cortejo. Un chiquillo mandadero que llevaba un paquete en el brazo, rompió la fila para pasar de una acera a otra. El subteniente se lanzó sobre él y le tiró de plan con su espadín. La hoja debió voltearse en el aire porque alcanzó al niño en la rodilla, hiriéndole... Los que allí estábamos, Ricardo Gondelles, Alejandro Esteves, no sé si otro más, nos volvimos indignados. Yo le observé bien el rostro al oficial. Y llevamos a curar al chico a la botica de Alvarez Michaud. Era un rasguño solamente.

Pero como al bárbaro castigo le acompaño con voces, tenía conocido el acento. Y le pregunté la otra mañana si recordaba el incidente.

Con sincero pesar me confesó que sí, que recordaba el detalle pero que no tuvo más intención que asustar al chicuelo. Y luego añadió, sorprendidísimo:

–¡Caracoles con la memoria suya! ¡Eso pasaría en cosa de segundos!

Al subteniente Pedro Betancourt-Grillet le ocurrió un incidente que da la medida de la psicología del hijo de Gómez:

Cuando le amenazó en "Villa Zoila" de que lo haría cantar (es decir, delatar a sus amigos) colgándolo por... parece ser que él se atrevió a apelar:

–Oh,no; yo no creo que usted, general, deshonre sus presillas con un acto semejante.

Y el gordinflón estúpido saltó iracundo:

–¿Que no lo cree? Ya lo va a ver.

Y lo vio. Le quitaron la blusa; se la pusieron a manera de capuchón y mordaza, fuertemente atada con las mangas alrededor del cuello. Y cuando el cuerpo dio vuelta en el aire, pendiendo de las partes, en la angustia del tirón, la víctima trató de apoyarse en la mano, y el dedo índice se le partió por la falange como si fuese un dedo de cartón.

José Agustín Badaracco, también de los oficiales enyugados, informan de su vecindario que está en muy precarias condiciones de salud...

5 de Julio

A las seis, veintiún disparos de cañón, sordos, espaciados, solemnes, nos anuncian que la República conmemora una aurora de libertad... A mí no me sorprende la ninguna emoción de estos hombres del castrismo y del gomecismo hacia las fechas clásicas... Ellos son, generalmente, descendientes de los comerciantuelos isleños o de los mulatos rehacios que se ocultaban por los riscos de la Cordillera cuando el relámpago de la libertad trazaba su parábola de fuego en el alma nacional, y los margariteños se batían como leones detrás de los baluartes, y sesenta muchachos zarpaban de Chacachacare hacia la gloria, y el catirito que le lavara los pies en una camaza al negro Manuelote ahora con un signo de lanza echaba a galopar tras de su potro cinco mil llaneros, mientras Ribas, el gorro frigio en la testa insigne, marcaba un límite de acero al desastre y era más rudo el galopar del Libertador por las fragosidades trujillanas...¡Qué van a sentir por la Patria los hijos de peones huidizos o de cuatreros errantes! La patria para esta gente es la befa y el escarnio de los suyos, la guapeza a salvo y con armas, el Panteón melancólicamente abierto para los isidros y sus novias... Unos cohetes en la plaza, una música, una polvareda, y todo ello tras el decreto frío, inexpresivo, reglamentario en la página de la *Gaceta Oficial*, bajo el rubro del Ministro de Relaciones Interiores y el refrendo del de Guerra. A la estatua ecuestre

que está en la plaza le ponen una corona de treinta pesos, ganándose cinco o quince el "habilitado" que la compra por cuenta del Gobierno; clausura un Congreso de farsas, la farsa de unas sesiones después de aprobar la farsa de un presidente y de seis ministros y se envían al mayoral maracayero, "al otro presidente", que lleva el sable y guarda la piara, un telegrama adjetivizado por un farsante.

La prensa ha salido ese día con un retrato de Gómez grande y uno de Bolívar pequeño... Como se extrañara cierta vez uno de los redactores del periódico oficioso *El Nuevo Diario* de esta diferencia de magnitudes y de la colocación preferente de Gómez, a la derecha y arriba, Vallenilla Lanz le repuso limpiándose los espejuelos:

–Muy sencillo. El general Gómez pega grillos y Bolívar no.

La canícula calcina el penal. Las enfermedades se suceden, se complican. Hay tuberculosos, hepáticos, disentéricos. Con el peso de los grillos Iturbe sufre de una hernia... Al fin le traen un braguero. Ya Delgado Chalbaud, también herniado, no puede alzar con las piernas debilitadas la enorme barra de los suyos. Pero en vez de ponerle hierros más tolerables, como un especial favor le echan al suelo el tablón de dormir para que se acueste "sin esfuerzo".

El calor, la tristeza de oír tantos quejidos, una como infinita desesperanza de que pasó el 19 de abril, pasó el Congreso, pasó todo y Gómez permanece inalterable sesteando en Maracay y todo tiene una calma en la que germinan las disoluciones espantosas de una carroña tirada en un patio, convierte el presidio en algo dolorido, pasivo, que se resigna a pudrirse en silencio. Si se puede aplacar el hambre se aplaca; si no, se bebe agua, se duerme, se abandona uno al destino. La diana, a las cinco. La retreta a las ocho... El silencio a las nueve. Cuando los presos tienen esperanzas –los de abajo que pueden salir –se están charlando hasta cerca del toque de queda, en las puertas de su celda. Ahora desde las seis, todos se recogen. Un ordenanza aprende a escribir en un trozo de pizarra bajo la mísera luz del foquillo; otro se echa en el cemento, cerca del frescor de la pila... A ratos un desahogo vulgar y triste, de enfermedad, de vacío intestinal. A ratos un grillete que suena. Nereo alza la cabeza desde su yacija, y para el oído. Jamás se equivoca en su percepción extraordinaria para saber de dónde proviene el rumor entre los 50 calabozos.

–¡Mira, 27, no sigas moviendo el grillo que no me dejas dormir!

En el silencio de las doce, que sólo interrumpen las respiraciones profundas o los levísimos quejidos de un sueño infeliz, escúchase un grito airado, mitad pesadilla, mitad delirio:

–¡Nereo Pacheco ha dicho que le va a dar una puñalada al general Medina!

Es Párraga, otra vez enloquecido, que sale de períodos taciturnos e irrumpe en pleno acceso:

–Sí; que lo va a matar al presentarse la ocasión.

El aludido salta como un pez. Y le grita desde lo alto:

–Tú no me engañas haciéndote el loco...¿Eso te lo mandaron a gritar, no es verdad? ¡Tú me vas a pagar el gritico ese!

Párraga entonces clama:

–¡Oigan bien que Nereo Pacheco dice que me va a matar! ¡Y que matará a Medina!

A lo cual, ya Nereo aterrado de los gritos del loco que sin duda lo están oyendo los soldados y el oficial que monta guardia en la azotea, se precipita a la celda de Párraga, trata de calmarlo con evidente agitación, le hace tomar agua, y comenta en alta voz:

–¡Qué broma! Ya el coronel Párraga se va a volver loco otra vez... Eso es la luna.

Cuando alguno comienza a dar alaridos con una pesadilla de esas en que uno se torna bomba y se va para los techos con el alma en un hilo, o se ve acosado por un toro y siente las piernas de plomo, óyense risas contenidas y surgen Psst! psst! A veces tres o cuatro dan chillidos simultáneamente: ¡Epa! ¡Cójanlo! ¡No me mate! ¡Suélteme!, etc.

A la otra mañana, la misma modorra; igual hastío; idéntica desolada esperanza.

Hoy observé mirando al patio que Irú, mientras lavaba unas ropas cerca de la pila le echó garra a una paloma que por allí picoteaba. Fue a las dos de la tarde. Nadie, excepto yo, se ha dado cuenta, seguramente. El animalito desapareció bajo el montón de ropas como un relámpago... Y luego, cazurro, Irú echó a andar para su calabozo y bajó su cortina... De allá le oigo canturrear unos compases de joropo:

"no me diga más compadre
que el muchacho se murió,
vamos a encajar la jacha
¡que eso lo perdona Dios!"

La boca se me hace agua ¡La hartada de paloma que va a darse Irú!

Le refiero a mi compañero lo que acabo de ver. Le insinúo que si echamos boronas junto a la cortina las palomas vendrán, y habituadas así, un buen día saco la mano...

–¡Y las plumas, ¿dónde botamos las plumas?

–¡Pues en el "pollino", debajo, todos los días un poquito, como hicimos con la tierra de los huecos del "teléfono".

Le brilla a Juliac en los ojos una chispa de malicia. También su boca luce rebosada y húmeda... Baja luego la testa calva; está así un rato.

Parece que se tratara del cuadrado de la hipotenusa. Al fin, surge de su meditación transfigurado, ascético, insobornable:

–¡No; nos comemos una paloma de Medina y Medina nos devora a nosotros!

La idea no me abandona. Y paso horas enteras echando migajas cerca del ruedo y dándoles confianza... En el pilar de enfrente hay dos casares. El matrimonio del lado exterior de la cornisa es más moderno que el otro: la hembra es gris común; el macho es todo tornasolado y con la garganta de acerina. Por la mañana se despiojan, se arrullan, hácense un amor apresurado al cual la hembra difícilmente accede en un torbellino de plumitas, y se van para los techos, para Caracas, para el sol. Regresan por las tardes, toman su agua, picoteando aquí o allá y recógense a dormir, fatigados, despegados, como un matrimonio de la clase obrera que regresa a La Pastora en su tranvía.

En la faz que mira a la izquierda anida un palomo blanco, con tres salpicaduras de chocolate en las alas... Diríase que usa monóculo y toma en grande la vida amorosa.... Y digo anida él porque cada dos o tres días cambia de hembra, ¡y qué hembras se trae el bandolero! Palomitas pitiminí, pizpiretas que apenas tienen cuerpo para soportarle las acometidas; lindas colombas de buche hermoso como mujeres de treinta años; doncellitas albas que le expulgan y le adormecen, y le apuran y le excitan, hasta que a la cuarta o quinta "reprisse" el Don Juan de la Cornisa escapa al techo y allá salta de teja en teja, como un señor fino pasando un charco, detrás de otra solterita adventicia... Pero no me engaña... Aquello es por el "qué diran", por "quedar bien" con la exigente que le observa agazapadita en el nido, esperándolo que llegue con renovadas energías...

Más allá, bajo las canales, hay un matrimonio que se lleva mal. Ella se instala en lo mejor del nidal; ¡le atiza cada aletazo al marido! Y éste –como en la vida social de especies superiores– se conforma con que no se le vaya ostensiblemente de picos pardos o de alas abiertas con otro. Y el pobrecito, duerme casi sobre una pata, guardando el equilibrio... Del lado derecho del pilar otra tragedia doméstica: la paloma se va y está días por ahí, por la azotea y otros pilares, de vacaciones.... El esposo espera que el hogar la llame. Y sólo están tranquilos cuando un par de pichones de pico voraz y cuello de tripa la retienen por el instinto maternal y bajo la paternidad putativa del plácido "cocu".

No hay que suponer pueril esta observación atenta en el doméstico de las palomas... Como compensación social, he aquí que en el mismo vecindario, en el pilar inmediato, aloja una desgraciada cuyo marido se hace despiojar por todas las palomas casadas y viudas del palomar. Porque entre los animales no existe el tipo de la solterona. El celibato sólo es masculino y voluntario. La hembra, bonita o fea, apenas empluma y vuela metros ya tiene encima a su amante. Desde este punto de vista, la organización colombina es altamente moral. Lo que yo no sé es de dónde han sacado eso de la inocencia de la paloma. ¡Bestezuela más sensual y

refinada –más egoístas los machos y más... abandonadas las hembras– no creo que exista! Un mono casero resulta un san Luis Gonzaga.

Todos estos matrimonios son desconfiados, inquietos, volantones. Me comen las migas y cuando la sombra de mi mano se desliza tras de la cortina, echan a volar desvergonzadamente para sus amores o para sus baños.

La pila central, con estos calores, es un balneario: una orla de plumaje, una pompa de alas... Revolando se humedecen las patitas siempre martirizadas por cabellos humanos, hieren el cristal tibio del agua con el pico vivaz y se coronan de rocío. Algunos machos, urgidos, cubren sus compañeras y las de sus amigos, de un modo brutal y perentorio, en plena playa. Hay riñas enconadas; hay injusticias sociales: maridos acobardados, consortes infieles que les ponen en ridículo de un modo alado...

Mi víctima ya la tengo vista. Es precisamente la de enfrente. La pareja más burguesa, más tranquila, más ordenada, más amante. Son fecundísimos, como las gentes humildes que se acuestan temprano. El ya viene, con el buche lleno de mijo para los pichones y pleno de arrullos para la madre. Que es feúca, de un blanco sucio, la pechuga caída, con la santa fealdad y la carencia de morbidez de la madre frecuente. Con todo y ser tan leal –el otro día estando sola, repelió a aletazos y pico a un palomo atrevido del vecindario, que los hay que se aventuran en ausencia de los maridos– y, sin embargo, ¡oh vergüenza de nuestro sexo másculo! Aunque no tengo gran cosa que reprocharle al marido de aquella santa... paloma ya le he pillado en corcovos y medias vueltas y tornasolear de buche y brinquito de vejete ágil con la de la canal, cuyo marido duerme sobre una pata...

Pero el palomo de la honrada no es mala persona. Está robusto, bien cuidado, y se toma confianza junto a mi cortina... Yo saco la mano, y el no se aleja mucho. El otro día vino y me picó en la palma,. No es mala persona. Está gordo. Se me pone que la buena, la honrada, la casta esposa, la excelente madre, se va a quedar viuda si no me vienen fondos.

El mundo es así. La teoría de Darwin nunca fue más exacta.

Yo soy de la especie selectiva, de la que debe vivir a expensas de la otra. Y eso que tengo grillos y mi víctima tiene alas... De aquí pueden deducirse dos principios alternos: uno biológico, el otro... con arroz.

Juliac observa mis idas y venidas insidiosas a la cortina, mis largas acechanzas. De repente exclama:

–Decididamente, tienen razón los antropólogos: ¡la raza más cruel es la blanca!

–No, doctor: la raza más cruel será siempre la que tenga más hambre.

A fines de agosto vino un papelito "circular y confidencial" de Perucho Betancourt, del 38: "No nos manden, si es posible, sino cambures (bananas),porque Aranguren está muy mal y quiere comerse hasta el rancho

de granos picados. Aunque no estoy enfermo, prefiero que él no se exaspere viendo otra comida y así logramos que esté a dieta."

Hace ya días que su compañero se siente mal. Su carácter se agria. Antes decía cosas graciosas. Ahora pone una nota amarga a cuanto se le pregunta. ¡Pobres muchachos! Dieciséis, diecisiete años unidos con una barra de hierro, tirados al suelo, desnudos casi, comiendo de limosna heroica... ¡Qué hombres tan enérgicos, tan valientes, tan machos son esta porción de maricas con charreteras que atormentan niños y aherrojan y asesinan con un aparato de fuerza inaudita, y cuando a ellos les da un mísero dolor de barriga –yo los he visto, yo los conozco– todos los médicos de Caracas y todas las boticas del Distrito Federal son pocos para "salvarles"!

¡Y para estas maldades una risita, una "jojanita", una "guasita" de "el amigo" por acá y "el amigo" para allá, y "cómo le parece"... Sí: leed los viejos cronistas árabes, el escriba que dejó las monografías de los almohades, el recopilador de leyendas tenebrosas del serrallo turco: la crueldad risueña de los castrados es característica. Sólo que a aquellos desdichados se les atiplaba la voz y se les redondeaban los muslos debido a la bárbara mutilación y estos "generales" tienen ya mútilos al nacer los generadores del sentimiento y de la piedad, pero los atributos les arrastran...

3 de septiembre.

–¿Cómo siguen por allá?

–Lo mismo– responde la voz desfallecida de Perucho.

–¿Cómo está Aranguren?

–¡En víspera de liar el petate, Diablo! –contesta él mismo con un acento más firme que el de su camarada.

Entonces éste agrega:

–Mi compañero se quiere sobreponer, pero... ¡no está bien!

Comprendemos. Callamos. El 4 amanece con fiebre alta y delirio. Fiebre que dura un rato. Evacua sin digerir: dice que siente los intestinos como disueltos y que experimenta una sensación de agarrotamiento en los músculos.

Se ha pasado la voz. Los enfermos apresúranse a decir que se "sienten mejor"

El 5 en la tarde, cuando pasa Porras, Betancourt-Grillet le detiene, llamándole desde atrás de la cortina. Y Aranguren le dice:

–Coronel Porras: dígale al general Medina que cuando yo montaba guardia en esta Rotunda, conocí y acaricié a sus hijitos; que yo le suplico me facilite poderme confesar con un sacerdote porque me estoy muriendo; por ellos se lo ruego...

Era una voz rota, agónica, fea. Porras hizo una mueca de sorpresa. Luego, con un acento suave, sacó su muletilla:

–Bueno... Yo se le diré al general.

Salió y cerró.

La agonía del subteniente Luis Aranguren Moreno comenzó a las once... Antes del estertor, hablaba con voz entrecortada, si bien enérgica. Perucho recordábale sus deberes religiosos. Ya que no le permitían confesarse con alguno de los sacerdotes que allí estaban, Mendoza o Monteverde, rogábale con voz conmovida que rezase... El desdichado se encolerizó:

–¡No, qué ajo...! ¡No, no hay Dios! No es posible... Si hubiera Dios esto no sucedería... Y no creo en esas pendejadas. No me molestes.

El otro, pegado al agonizante por el mismo grillo, le sostenía la cabeza, le enjugaba la frente... No tenían luz. Varios les arrojamos cabos de vela. Nereo gritó desde su hamaca:

–¡Está prohibido por las reglas del establecimiento encender luz en los calabozos después de las nueve de la noche!

–¡Es que Aranguren se está muriendo!– grita exasperado Perucho. Otras voces intervienen.

–¡Pero qué vaina! –interjecciona levantándose.– ¿Para morirse no es lo mismo estar claro que oscuro?

Al fin, él mismo coge casa de Siso o de Torres Abandero una vela y va hasta el 38. En un instante alza el trapo y desde mi puerta, por el ruedo de la cortina, descubro sobre el fondo lóbrego dos niños con la melena a los hombros: uno sobre las rodillas del compañero, jadeante, asfixiándose; el otro con la vela que le acaba de dar Nereo, advirtiéndole que oculte la luz lo más posible, que pueden reprenderle a él.

En efecto, el oficial de la azotea se inclina hacia el patio:

–¡Apaguen esa luz!

Nereo sale y le contesta:

–Es uno que se está muriendo.

El otro se aleja en la noche. Sus botas resuenan por la azotea sobre nuestras cabezas.

En balde Perucho quiere hacer rezar a su compañero. A ratos lo obliga a seguir la oración, el "Padre Nuestro", que es la que mejor sabe:

–"Padre Nuestro que estás en los cielos..."

–..."que estás en los cielos..." –con dificultad repite el moribundo cada frase de la bella oración.

Y al llegar a aquello de "así como nosotros perdonamos a nuestros deudores", sacude el grillete y grita:

–¡No... ajo, no!

Termina de rezar al fin esa; comienza una Salve.

Perucho se interrumpe y nos advierte con voz anudada de llanto y de horror:

–Ya tiene los ojos vidriosos.

Después oímos que le habla con una ternura profunda y desgarradora:

–Compañerito, que te vas y me dejas solo...

El que muere ulula:

–Quiero rezar el "Credo"... Perucho... Dímelo...

–Yo no lo sé bien, Luis.
–Dile al Marqués (Chaumer, que ha sido muy bueno con él) que sí lo sabe.
Y Chaumer, con una emoción tremenda, empieza a dictar desde su celda, en la sombra, mientras todos seguimos mentalmente la solemne declaración:
"Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra..."
Perucho repite como un eco:
–"...Creador del Cielo y de la Tierra..."
Y Aranguren, que se debate con la oración, con la rebeldía y con la muerte:
–No, no, yo no creo.... ¡Gómez, maldito sea Gómez! Si hay un Dios como ustedes me dicen que diga, que ese Dios le eche su maldición.
El otro, dulce, piadosamente, le pone la mano en la boca y repite lo que Chaumer dicta:
–Cállate, Luis; reza: "creo en Jesucristo, su único hijo..."
–..."su único hijo"...
Pero se interrumpe, guarda silencio, y como respondiendo a una postrera reflexión exclama:
–¡Qué Nerón, ni qué Nerón del ... ajo! Este es peor...
Perucho quiere callarle otra vez; imponerle la frase final: "y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos".
Pero ya él no responderá más ni a esa oración, ni a la crueldad, ni al dolor... Durante su agonía escuchábamos el ruido de sus intestinos deflecados como si se vaciase y se llenase de agua un galón a medias... Ha quedado allí, pálido saco de piel descolorida donde bailan los huesos en un poco de materia... En el cielo, ya claro, apaga su linterna trémula la postrera estrella... El reloj de la torre lejana suena las seis. De la alcaidía, otro péndulo las repite. Bajo el pavor de esta noche de agonías no hemos escuchado la diana tocada a las cinco sobre nuestras cabezas. Hay frío y nadie lo siente. Todos estamos pegados a nuestras cortinas. Y allí escuchamos cómo Perucho llora sobre el cadáver de su camarada de martirio:
–Ya descansaste, Luis. ¿Cuándo me procuras que yo descanse también?
Y debemos reprenderlo a fin que su desesperación no cobre alas. Sobrepónese; y después que Porras pasa la requisa y se detiene breves instantes a contemplar el cuadro, es que traen la mandarria y el yunque para separar al muerto del vivo.
Son las siete menos cuarto.
El mismo proceso: coser la tela, sacar el cadáver, regar creolina.
Van dos.

CAPITULO XXVIII

Derivaciones del tormento – Las Flores del Mal – Prosa y verso de acuerdo con maese Jourdain – La imprecación nocturna – Los dos grillos – Cómo murió Jorge Ramírez – El buen Sampaguita – ¡Al fin solos! – De Séneca a Jesús – Maldición de gallinazo – ... Saint-Simon en criollo – Aníbal Molina, el cuarto de la serie – El valor de tener un lápiz – "Juan de Abila" y la novela de ahora – Día de difuntos – El quinto, Badaraquito – La entrevista siniestra – Una consigna "in artículo mortis" – Nuestra Señora el Hambre – Recetas de cocina – Palomas al natural – El doble asesinato de los hermanos Parra Entrena – Noche Buena – Un mensaje único – El año desconocido.

Octubre-Diciembre, 1919

ESTA RESIGNACIÓN inerte, esta indefinida pasividad puntualizada cada día por tragedias o por vejámenes, distiende al fin los nervios, así sean éstos de acero. De ahí que hombres tenidos por sensatos se pongan a hacer y a pensar una porción de tonterías, y otros de bien sentada reputación como valientes hablan con voz sumisa y triste y hasta padecen terrores nocturnos. Los pocos ilustrados caen en supersticiones ridículas. Pero hay un tipo de hombre sencillo, ignorante, de ánimo firme, que toma su ración de pena con la convicción sonriente con que limpia su par de grillos, asea el calabozo, adereza como puede sus víveres y trata de digerir y de vivir virilmente reservando sus fuerzas para la resistencia.

Los de abajo pueden leer, estudiar, escribir. Arriba estamos a encerrarnos doblemente en la celda y en nuestros pensamientos. Ahora meses un vecino –creo que Santiago Siso– atrapó no sé cómo unos cuantos pliegos de *Los Pazos de Ulloa* de la Pardo Bazán y, por los huecos, hojita a hojita, leímos y releímos las deliciosas páginas de la escritora gallega... Más tarde, Plaza obtuvo un libro de Marcel Monet sobre el Africa ecuatorial –también circulado a fragmentos– y Rocha y Figueroa me hicieron copartícipe de su lectura de la *Benjamine,* de Jean Aicard... Antes sólo tenía de lectura cartas patéticas o desoladas de los compañeros, humoradas de Jobito, poesías de Leo, estudios sociológicos o históricos de Luciani y una asombrosa avalancha de versos del pobre Torres Abandero cuyo

numen, estimulado por el dolor, estalla como el postrer resplandor insólito de la llama que va a morir...

Los recluidos –mejor los "secuestrados"– que se abandonan a reflexiones y a pensar en la libertad o se imbecilizan o enloquecen. Nunca como ahora tiene un más hondo sentido la expresión de Cecilio Acosta cuando dice que las letras son "en la amargura de la vida, miel". Claro que los infelices que no tienen el recurso de encontrar esa filosofía que arraiga en los conocimientos, en el estudio y brota de la costumbre de analizar y comparar, sumérgense días y días en abismos de sombría desesperación. De allí salen al mundo exterior cogidos de la mano trémula de la locura o del piadoso haz de falanges de la muerte.

Hasta ahora mi compañero y yo nos hemos refugiado en las reminiscencias y en las discusiones de historia, de filosofía, de literatura o de política. Este contacto intelectual nos reconcilia. Pasamos sobre rencillas tontas. Ello entraña, en el fondo, una poderosa demostración: el hombre, aun concediéndole al instinto gregario que preconizan los antropólogos toda su importancia, más que "un animal social" es un ente sujeto entre sí por invisibles lazos de afinidad intelectual. De ahí que entre estos bárbaros y nosotros, los medianamente civilizados, toda la comprensión posible no basta a colmar el abismo que nos separa.

Con todo, ya poco nos resta que tratar de tantos tópicos como hemos tocado en ocho largos meses de celda. El silencio se puebla de un fastidio hostil que degenera pronto en violencias, en choques absurdos. El otro día me levanté del suelo exasperado, dispuesto a pegar. Volví a echarme en mi rincón. Cuando vino la calma sentí vergüenza de mi instinto agresivo. Comprendí, con una lucidez extraordinaria, que el ala de la sombra comenzaba a tocar mi cerebro, que no impunemente se respira en un antro esta vaharada de salvajismo, de violencia, de brutalidad... En otras celdas ya han estado a punto de irse a las manos los presos. Y sólo el goce maligno que experimenta Nereo les contiene en los límites ya de la agresión. Otros intervienen. Pasa el chubasco, y luego vuelven a soportar fraternales y afectuosos, la común desdicha.

Todas estas cosas me inquietan. Arrebatado a la vida en pleno goce de labor, en pleno desarrollo de facultades que tomaban cuerpo en la novela, en el artículo, en el cuento del cual hacía una especialidad por hallar en él un molde sincero, neto, preciso –faceta de un género tan difícil y que cuando nos aproximamos a llevarlo a término deja un placer intelectual tan completo, porque no adolece ni de la presentación siempre convencional del teatro, ni de esa morosa dosificación de valores artísticos de la novela, que es al cuento lo que el fresco mural a la "cabeza de estudio"–he aquí que empiezo a experimentar, apagando el rumor de la cólera y el quejido de la carne sufriente, una especie de florecimiento interior; y de ese vasto caos de la naturaleza increada, comienzan a asomar rostros familiares, escenas que buscan un cuadro adecuado, ambientes que engloban una acción, un como loco agitarse de zoospermos en la leche fecunda que trasciende a fosfato y a fuerza... Hasta reía, a solas, con expre-

siones, con respuestas a diálogos de un hilván extraordinario que restallaban en mi mente, risueños, o dejaban babas agrias de humana filosofía. La ternura, el egoísmo, el amor, los odios, un mundo, un universo de larvas, desentumeciéndose en las nieblas. Encendíanse aquí y allí como faros en un gran río a obscuras. Y algunas mañanas en que el calabozo era menos sombrío, y ciertas tardes cuando la reflexión lívida del trapo evocaba sudarios o durante noches de cruel insomnio, pasaban en tumulto, agitando sus peplos, mostrando los duros pechos y la cadera armoniosa, las siluetas todas de un arte profundamente real.

De aquel confuso montón, como figurantes que avanzan al proscenio para recitar su "parte", destacábanse los tipos. Tenía la tesis sobre la que debería bordar; acusábase en rasgos casi borrosos cuya clave yo sólo conservaba a mi disposición en ciertos momentos, y como en el estupendo símil de Baudelaire:

"Les formes s'effaçaient et n'étaient plus qu'un rêve,
Une ébauche lente à venir,
Sur la toile oubliée, et que l'artiste achève
Seulement par le souvenir..."

Así se han formado en mí todas las novelas, todos los cuentos. Con la facilidad del desarrollo preconcebido con que en los misterios del huevo la naturaleza forja de las materias químicas en descomposición la estructura del feto. Empieza por la *visión,* o sea el ojo; luego se inicia la clavícula en la masa sanguinolenta; después la columna vertebral; al fin *aquello* se agita en la vida vegetativa, luego asume la existencia animal, y en una hora de espasmo creador, helo ahí, con la cutis de raso y los ojillos entrecerrados temblando a la luz cruda de la verdad y del día sobre el pañal de la cuartilla...

Esta sensación profunda y gloriosa de paternidad y de maternidad, conjuntas, resarce de la ojeada indiferente o mezquina del envidioso estéril... Cuando se es padre de libros y de hombres es que puede penetrarse este símil. Cierta crítica no pasa de ser una forma de castración o de impotencia. Pero, eso sí, que la cría sea *nuestra,* humana, sangre de nuestra sangre, hueso de nuestro huesos, porque ciertos autores, ciertos artistas tienen sobre la obra de arte que enseñan como propia la vaga paternidad del padrino de ocasión o la maternidad pueril que siente la solterona hacia su perrito.

Querría narrar la vida de un hijo de todos, relegado a la ternura complicada y absurda de una madre de nadie; la vida que se hace bondad divina, como flor que va flotando en agua de albañales hasta ser perdón supremo a través de la inconsciencia de las bestias. Y así, de un tirón, en tres días surgió "Pascua de Resurrección", a la que más adecuadamente hubiera querido titular "Cabrita que tira al monte" si el recuerdo de un drama de los Quintero no me hubiese obligado a evitarlo.

Luego, con recuerdos queridos de la niñez, tracé el boceto "Sacrilegio", flor del fanatismo rural en los aledaños de una capital de provincia; y otras horas las consagré a ese novelín "Las frutas muy altas"; con una remembraza lejana puse a vivir otra vez "La Casa de la Bruja", cuadro complementario de la superstición popular... Surgieron otras y otras anotaciones. Las escribía con mísero lápiz en menguados trozos de papel y de celda en celda iban siendo la lectura del día.....Me reclamaban ya "la novela de la semana". Y, francamente, estimulábame el placer de crear, el de proporcionar a mis compañeros de cadena ese mismo olvido de sus horas crueles que yo disfrutaba en la visión de otras vidas y en los paisajes amorosamente descritos del mundo exterior. Quizá de este noble sentimiento brota el optimismo de ciertas páginas en "El Visitador de las Concepciones".

En estas labores, bien fraguando versos o leyendo lo que otros, como yo, arrancaban a su pena, silbando o escuchando cantar a media voz músicas de días más felices, iba pasando el tiempo...

La vida en común, tan estrecha, va siendo insoportable. Juliac se resuelve a pedirle al alcaide que le pasen a otra celda. La libertad menos que la muerte ha dado lugar a cambios, y enfrente, el 25, está desocupado... Yo no he exigido otro porque sería inútil. Está visto que el tal Medina o Porras o el *don Güancho* o quien sea, me tiene especial deferencia, y basta que desee algo para no conseguirlo, así sea disponer de mis pobres dineros que, con intermitencias, se los hurtan.

Nereo ha venido a vernos y parece dispuesto a solicitar el pase de mi compañero. Sólo que la carta ya tiene una semana de enviada con el mismo Porras, y nada se ha resuelto

Esta noche en el silencio de las nueve casi, el teniente Jorge Ramírez R. exclama iracundo, desesperado, desde el fondo de la celda donde agoniza:

–Quiera Dios que estas tisis y estas disenterías que nos matan desarrollen una pestilencia que acabe con Gómez, con Caracas y con todos los venezolanos.

Reina una calma angustiosa. A ratos, en la sombra, un grillo de hierro chilla en la argolla, y otro, el insecto zanquilargo que le presta su nombre inocente al aparejo de torturar, modula desde alguna grieta húmeda, allá en el patio, su reclamo de amor... Evoca campiñas frescas, hierbas muy verdes a la orilla del agua, noches provincianas del buen sueño doméstico.

Es más cruel la crueldad del hierro chirriante en las pausas con que el animalito pauta su estribillo, fresco y puro.

Octubre 6, 1919.

Dicen de la derecha que Ramírez acaba de morir. Ha expirado en silencio. Viene el cabo con la mandarria; y entre él y los ordenanzas prepáranle para "la libertad". Nereo hace días que tiene un adjunto, un negrito de nombre Manuel José Borges, del Tuy, detenido junto con Ordaz y otros presos políticos que están en el patio. Le ha hecho traer para acá porque toca las maracas y le acompaña en sus joropos "escobillaos" junto a la reja, todas las noches, antes del toque de silencio o durante los mediodías de murria. Pero no parece mal muchacho. Protege a su paisano Ribas, que está en el 42, y, cuando puede, sin exponerse mucho, claro está, hace el bien que está en su mano. Los muchachos le han apodado "Sampaguita" –el personaje de una conocida zarzuela titulada "La Niña de los Besos"– y silban cuando le ven venir, el aire bufo:

"La danza
del negro Sampaguita,
es un baile que quita,
que quita el hipo allá...
Se baila tomando a la pareja
del talle, si se deja,
¡que sí se dejará...!"

Manuel José –sea porque no conozca la música ésa ni los versos absurdos y regocijados, o dada su buena índole– no parece molestarse por ello; y su bondad innata se revela partiendo con los más necesitados cuanto consigue. Delante de Nereo engola la voz y se la echa de brutal y de sin corazón... Pero cuando se trata de sacar un muerto, va el infeliz grisáceo de emoción y le tiemblan las manos y trata de darse ánimo con voces de mando como un capitán sobrecogido con el incendio de su barco:

–¡Téngale la cabeza bien! No deje que se doble. Muerto no se carga en *gorigori...*

¡Pobre Manuel José, esa energía ficticia está delatando sus buenos sentimientos! Después de sacar el cadáver, Nereo le hace acompañarle con las maracas [21] un joropo. Los capachos resuenan en el instrumento indígena como un macabro danzar de esqueleto dislocado y cuando pega el *leco* de los "pasillos" la voz se le estrangula de pena

"¡ayayayay...
en el caño de la Guaiza, ayayayay!

Y mira supersticioso para el alto, donde están las celdas desocupadas por la muerte.

[21] Sonajera hecha de un calabazo pequeño y redondo, con algunas semillas ("capachos") dentro y provisto de un mango para sonarlo como sistro...Fue instrumento sagrado característico en el ritual de los piaches (sacerdotes) indígenas. –Lisandro Alvarado, *Glosario de Voces Indígenas de Venezuela.* Art. "Maraca".

Cada vez que sacan un muerto viene el "rancho" abundante. Dijérase que los cocineros del penal, o el que sirve, se apiada de los condenados a la última pena entre tantas penas penúltimas.

Y solícito, el Nereo se llega al otro día a nuestro calabozo con dos ordenanzas:

-Vamos, *dotor* Juliac; écheme los brazos por el cuello.

Juliac me mira, vacilante. Los ordenanzas cogen su mísero ajuar –la pimpina, un lío de ropas, una bacinilla– mientras Nereo, impaciente; y Juliac, desconfiado. Al fin se le monta a horcajadas...

–¿Para dónde me llevas, Nereo?

Y éste, a fin de inquietarlo y hacer reír a los ordenanzas, le responde:

–No pregunte pendejadas y encomiéndese a Dios...

Le saca en vilo con la procesión de los que llevan sus enseres. Y lo deja instalado frente a mí, en el 25. Todo lo ancho del patio nos separa. Después de ocho meses de estar juntos, no sin pena nos separamos. Pero estaremos mejor así. Más "cómodos" –como con un delicioso eufemismo denominamos el tener un pedazo nuevo de baldosas y unos litros cúbicos más de aire respirable. Con una actividad extraordinaria, me consagro a arreglar mi cueva. Ya había leído en Kempis, y no sé por qué extraña circunstancia jamás olvidé esa sentencia de la "Imitación", que "la celda se hace amable habitándola".

La amabilizo, pues, raspando con una lata el muro asqueroso de escupitajos sanguinolentos de los que allí echaron a pedazos el tejido pulmonar; friego con ceniza y el agua que puedo la tabla, y, como si fuese un holandés de aquellos exageradamente pulcros que sorprendiera D'Amicis en el viejo Rotterdam, hasta la rendija de los ladrillos la escarbo para barrer. En el muro al entrar, grabé a punta de clavo mi nombre. Sobre la pared del fondo tracé con un carbón, la cruz; y por ahí a la vista he escrito la fuerte y consoladora sentencia del filósofo cordobés "post mortem nihil ipsaque mors nihil".

No; nada después de la muerte, porque la muerte no es nada ¡oh Séneca, maestro amado, corrompido y estoico que supiste morir en los umbrales de la decadencia romana con una serenidad insigne! Los suicidios modernos tienen más de "escapatoria" que de clausura. No liquidan una cuenta con la vida sino que se escapan con saldos de superstición, de locura o de miedo. A instantes se piensa en la cárcel, y muy maduramente, en estas cosas. De un tal Bolivita, refieren que hace ahora años amaneció colgando, ahorcado de la baranda del pasadizo, precisamente frente a esta celda. Pero nadie se *tragó* eso del suicidio. En todo caso lo suicidaron. ¿Y bien? Arrojarse de cabeza, a ojos cerrados, contra el muro... Un taponazo: el accidente. Lo más probable es quedar imbécil, que Nereo le pegue a uno como al pobre Mejía, y beberse los orines y coger

aquel calofriante estribillo del enajenado: "17...19". En efecto, murió el 19 de abril de este año... Ahora recuerdo que solía repetir después que Nereo le quitó el acial de las quijadas:

–Pobrecito... ¡Pobrecito Nereo, te tengo lástima!

Estas frases amenazadoras de los locos atormentados, estas maldiciones de los desesperados agonizantes son más preocupación, superstición que otra cosa. No causan ningún efecto, no impresionan a nadie: "Quiera Dios que... Permita el cielo..." Dios no quiere nada. El cielo permanece impasible. Con las maldiciones que le han echado a Gómez sus víctimas sagradas y profanas habría para empedrar las carreteras de la República. Y Gómez sigue pesando ciento veinticinco o ciento treinta kilos, se come diariamente tres libras de carne y está meando una hora...

A su alrededor "los amigos" parecen enanos hambrientos. A uno más ventrudo le vendría bien una hopalanda de obispo y un hisopo; al otro el traje escarlata y los cascabeles de bufón; al de más allá la grave compostura del que sacaba el bacín en los felices días del "petit-lever" del monarca para que lo oliesen sus médicos. Los demás: gente de antecámara, soldados y personajes que no hablan. Pero cobran.

Desde que Aníbal Molina quedó solo en la celda porque se le murió el compañero, no nos deja en paz... Se le ha paralizado una pierna y se queja a partir el alma porque no puede apearse de la tabla; y si el ordenanza le baja, entonces es porque no puede subirse. Anda a rastras por el calabozo, saca la cabeza, gime, pide por madres, hijos, nietos... Invoca al general Medina, a las Tres Divinas Personas, a Nereo, a la Virgen Santísima; pide que le confiesen, que le den más cambures, que no permitan que se muera así ni que yazga sobre sus propias inmundicias. Todo aquello es inútil.

El 25 de octubre, en la tarde, pasa Porras:

–Coronel Porras... estoy muy malo... no puedo moverme... ya casi no puedo hablar.

–¡Yo se lo diré al general!

Sale y cierra. Dio unos cuantos pujidos más el pobrecillo a eso de las once. Yo estaba despierto; lo oí. A las cinco pasó Nereo, golpeando en las puertas para despertarnos con su malvada salutación:

–¿Cómo han amanecido?

Unos responden con un gruñido; los hay que se vuelven al otro lado, a medio dormir, y un terno en la boca. Otros ni despiertan o simulan roncar. Alguno riposta con un acento que da ganas de tener los pies libres para sacudirle un par de patadas por los fondillos:

–Muy bien, cabo, muchas gracias; ¿y usted?

Pero como no levanta la cortina a los de arriba, ni él a las cinco, ni Porras algo después, la requisa es más fórmula que revisión.

Así que a las diez, esa mañana al llegar los "ranchos", como el de Molina quedase fuera, sin que la mano del preso lo recogiera, Nereo le grita al ordenanza:

–Mira... métele el rancho a ese pendejo que dice que y que no puede moverse.

Entra Carías. Se llega al tablón donde yace el oficial:

–Capitán Molina, ¡ea, capitán Molina, aquí tiene su "rancho"!

Nereo inquiere, desde el patio, en tono de gracejo:

–Qué, ¿es verdad que no puede moverse?

–No– responde el otro.

–¿Por qué?

–Porque está muerto.

Y al salir el ordenanza, con un gesto de cólera, tira el pote al suelo.

Van cuatro.

Hace ya once días, desde que murió Molina, el 26 de octubre, que trabajo con una actividad extraordinaria. Las manillas de papel me vienen de derecha e izquierda. Román Delgado me envía con Carías, de regálo ¡un lápiz casi nuevo! Y en un papelito me dice "porque el aguinaldo de diciembre lo cambiaremos en la calle"... Más me entusiasma el creyón entero que la esperanza a medias. Seguro que deben tener abajo una de esas "bolas" estupendas en que figuran míster Wilson, la Liga de las Naciones, don Juancho y el Nazareno de San Pablo. Hasta ahora he venido trabajando con pedacitos, con fragmentos de lápiz: tan chicos que la madera está en media pulgada con lo aguzado y todo y debo irme sirviendo de la mina a medida que la empujo por arriba con una cerilla. Estos largos meses de apresar con las yemas de los dedos el lapicín me han desarrollado tal fuerza en las falanges del índice y del pulgar que si agarro a un campeón de ju-jitzu le quiebro un hueso.

He terminado casi la primera parte de una novela. La titulo por ahora "Juan de Abila". Ninguna alusión política de mal gusto; ni una sola reminiscencia del lugar en que la escribo, "donde toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido hace su habitación". Es la historia de una familia de la media clase, rica, recién llegada... Y el héroe –si bien no es ese admirable y acabado "hombre de hierro" de Rufino Blanco Fombona que labra surco más hondo en la literatura nacional que todo lo anterior y contemporáneo– en algo se le asemeja por cuanto a él concurren influencias aproximadas. Mi "héroe" –y nunca estuvo mejor aplicado el denominativo romántico "old fashion"– surge de entre gentes menos selectas que el suyo. Se agita y lucha y vence –en el orden material– tan sólo como un elemento de contraste y de afirmación. Dentro de las formas clásicas anteriores al prefacio romántico de "Cromwell" le hubiésemos llamado el Deber con alto coturno ante el hemiciclo griego o bien de peluca rizada y empolvada, para no enojar al didáctico Boileau; tal vez hasta 1830– y en

los finales aún de la caída del segundo imperio, o a las lindes mismas de la generación del 98 –cuya santa hermandad exaspera a Baroja– menester hubiera sido darle un nombre sonoro, aires de espadachín, pasiones elegantes, disolutas, un lenguaje florido, ambiente de cierta cultura, diálogo de folletín, beldades con álbum, patricios al óleo, "preocupaciones añejas"... Pero no ¡lo más lejos! El mío, Juancito de Abila, es un chico rubiejo, desteñido, miope, último vástago de una serie de isleños mezclados con criollos de orilla,que de cuadra en cuadra, de alternativa en alternativa, salen de la esquina de San Juan y terminan instalándose en Altagracia... Son gente "bien"; lo que tan graciosamente llama Jacinto López "nobles" de Caracas; la sociedad de la guerra. Algo oteó también el ilustre y malogrado Pío Gil en tal medio, pero no le dio tiempo la muerte para un trazo definitivo que se saliese del panfleto costumbrista a la verdadera novela. La historia de mi "Héroe del deber cumplido" es una historа mediocre, más bien una histología, un caso clínico. Su "deber" es tan insignificante y al mismo tiempo tan trascendental que si todos los venezolanos, si todos los hispanoamericanos pusiesen de moda el "tipo" algo se salvaba de este vasto descastamiento, en esta inmensa ola de estupidez que barre el continente y sobre la que flotan los navíos de guerra del nuevo país del Anticristo... La novela de América está todavía en el folletón "pintoresco", halagando clases sociales que no existen y ofreciendo perspectivas engañosas para evadir interrogaciones tremendas.

En fin, haré lo mejor que pueda. Cada personaje se perfila solo. El protagonista no existe como vértice de acción sino como consecuencia de circunstancias. Danzan tal número de muñecos, indispensablemente accesorios, que no sé cómo voy a reducir a proporciones razonables el enorme material...

Domínguez Acosta, por órgano de Siso, se ofrece para guardarme los originales que vaya terminando. Ya le pasamos con mil riesgos el primer paquete. Santiago Siso ha sido muy bueno y servicial conmigo, desde que supo que estaba aquí. Aunque afuera no nos conocíamos se toma a pecho sacar adelante estas cosas, y si bien ya le he manifestado que no quiero recibir cierta clase de auxilios, se las compone para obligarme a que yo disfrute algo de lo que él, industrioso y tenaz, logra para sí.

Noviembre 2.

A las once aún es gris todo. Llueve. Doblan los bronces de todas las iglesias... Los hilos tenues de la llovizna acribillan la superficie de la pila. Por las canales llora el goterón. Y las palomas están entumecidas en sus pilares, con ese aire de usar paltolevita que asumen las aves en los días lluviosos.

Noviembre 7.

–Y por allá, ¿cómo están? –inquiero con el alfabeto manual a los de la extrema derecha.

Lentamente, una mano pálida que surge de la cortina del 28, traza una serie de letras.

–Badaracco está agonizando–. A las dos de la tarde comenzamos a apercibirnos del ronquido característico de un profundo sueño. Tan profundo que siete horas más tarde, a las 9, ya no podría despertar. Desde esa hora quedó muerto pegado al pie del camarada vivo. Y a las nueve de la mañana del día siguiente fue que vino Nereo, y trajo la mandarria y el yunque y rompieron la chaveta y sacaron ya rígido, cosido en un lienzo sucio, el cadáver de José Agustín Badaracco.

Con éste, cinco.

Así entra diciembre. Los dos hermanos Parra Entrena están muy mal. Miguel, el capitán, se extingue por momentos. Cristóbal, que es casi un niño, diecisiete, dieciocho años, continúa loco de hambre y de desesperación. Acusa a los compañeros inmediatos de que se comen lo que le mandan a él y amenaza con delatar los "teléfonos".

Nereo ha salido una noche al patio, a horas extraordinarias. Han abierto el buzón. Le han llevado a la alcaidía. Luego lo hacen subir a las azoteas de la cárcel. En las prisiones, en los hospitales y en los conventos todo se sabe. Parece que tras de toda puerta, como en el símil de Rostand, en cada tabla floreciesen orejas como hongos. Una vez allí en presencia de un mocetón grueso y encapotado al que acompañaban el alcaide Medina y otra persona, el del capote le interrogó:

–¿Cuántos quedan?

Dio la cifra de supervivientes; sin gran vacilación añadió:

–Faltan (y nombró a los cuatro o cinco que ya tenía señalados la muerte).

–Bueno...Cuando *completes,* el general Medina te dirá lo que tienes que hacer...

Le ofrecían –caso de serle adversa la sentencia que pendía sobre él en apelación –que le harían escapar a Trinidad o a Curazao con nombre falso y que le darían unos dineros, siempre que "*desapareciesen* esos vagabundos"...

Los militares. Nosotros. Al irse Nereo a *completar* su misión, el encapotado bajó también de la azotea, pasó por la guardia de prevención, que le presentó armas, y metióse en el automóvil de la Inspectoría General del Ejército, que le aguardaba a la puerta, manejado por el chófer Pablo Vicente.

Y la furia con que recomienza Nereo a la otra mañana es espantosa. Tiene la cutis aún más verdosa; los instintos le llamean; a los lados del frontal en punta, donde traza el pelo áspero de mulato, aquí y allí tocado de gris, un delta negrísimo, se abren dos orejas agudas, de lóbulo incompleto, en "asa" que anota Garófalo... Esa oreja pequeña, transparente, con los cartílagos pronunciados, tiene las líneas del ala del murciélago. Los ojos muy negros, de luz rojiza, se ocultan bajo las cejas trazadas en ángulo abierto hacia las entradas del pelo; se velan, se esquivan como dos bandoleros en un breñal.

No vocifera. No amenaza. Viene siniestro y mudo; clava cuidadosamente cada cortina; cose los agujeritos. Y luego, en mitad del patio, haciendo formar los ordenanzas, les dice bruscamente a manera de "speech" con voz que quiere ser bonachona y tiembla de cólera:

–Bueno, pues, muchachos. Tengo órdenes del general Medina de que se cumplan las reglas del establecimiento... Hablo con todos. Al que coja pasándole comida a los presos o dándole parte de su rancho, al que sea, lo voy a matar a palos y le pego un par de grillos y lo encortino con los de arriba... Ya lo saben, pues.

Y volviéndose, entonces, al penal, encima y abajo, paseando una mirada por las celdas silenciosas tras de cuyas cortinas aletea la muerte, añade:

–Por corta providencia: todo el mundo está desfondado.

–¿Y yo también, Nereo? –pregunta Iturbe con acento que quiere ser sereno, pero que trata de ocultar el efecto terrible que aquello significa para él y para los que ayuda a vivir.

–¡Usted también, doctor!

En síntesis: se firma nuestra sentencia de muerte.

Y el hambre, se enseñorea. Un silencio, el "vasta silentio" de Tácito cuando describe a Roma en los funerales de Germánico, y que los "orfebres" le asignan a los leones lugonescos, pasa por horas y horas y horas... Las palomas se bañan; toman el sol; revuelan; fornican.

Es insoportable esta visión de libertad, de frescura, de amor. Tendido en el suelo, miro al techo, la media bóveda donde la humedad y los remiendos simulan mapas, rostros, obscenidades... Danzan los relieves de la lechada, se mezclan, se tornan jeroglíficos... Endecasílabos resonantes se me fabrican a la fuerza. No quiero hacer versos y los hago; las rimas consonantes me pegan como martillazos gemelos... Es la idea de esa "Canción del Hambre" que me puse a componer por humorada y que ahora la realidad torna obsesión...

¡Oh, enamorada pálida del triste
hermana del dolor y de la herida,
estéril prometida...
que mi beso de amor jamás quisiste!

De afuera, oigo que Lara, en alta voz, comunica recetas de cocina suculentas, atormentado por la debilidad: "se coge la sartén y se tiende a fuego lento, una buena capa de mantequilla; luego se echa, mezclándose con queso rayado, parmesano, la primera tanda de macarrones..."
Algunos gritan aquí y allá:
–¡Cállate!
–¡No atormentes atormentándote!
El sigue, pausado, con voz profunda:
–Ahora para preparar la verdadera olleta de pato: se coge el pato...
Hace ya tres días que, materialmente, no como. El poco de arroz que viene flotando en salmuera es apenas un "precipitado". Y los malditos versos siguen cantándome en el fondo del cráneo:

...por fin hasta mí vienes,
a lo profundo de mi celda oscura,
a juntar tu amargura a mi amargura
y a oprimirme las sienes...
Pasa, ven a posar sobre mi pecho
tu frente en fiebres de locura ardida.
Entra esta noche a compartir mi lecho;
toma en mi sangre tu ración de vida...

Y el famélico Lara, como desde muy lejos –así la debilidad háceme escucharle –explica en este momento:
–La carne blanca del pavo no se debe preparar con dulce; se le riega vinagre, con alcaparras y almendras; es la lonja negra la que se une al relleno...
Las palomas aletean. Como nadie tiene "extras", ni aun la cáscara de los frijoles queda: se come todo; la película resistente como un "waterprooff", la concha misma de las bananas... Y los animalitos picotean entre los ladrillos a la puerta de las celdas, donde algunos granos de arroz han quedado. Lara continúa, implacable: –y se le pone vino blanco, aceitunas, pasas, nueces del Brasil, revolviendo eso con picadillo de molleja...
Salto, como un tigre a la cortina. Sin esfuerzo, con una destreza de la que me sorprendo yo mismo, deslizo la mano bajo el trapo y en un relámpago la retiro trayéndome un aletear tibio, un debatir desesperado de plumas. En un segundo pasa todo. No son manos las mías, son zarpas... Estrangulo el animalito, y cuando ya sus alas caen, fláccidas, y el ojo de acero y coralina se esconde bajo un párpado lívido, con el corazón que se me sale del pecho, observo hacia el patio. Nada; nadie... Voime al fondo del calabozo y en minutos dejo implume el ridículo cuerpo del ave hermosa. Desde esta tarde, poco a poco, botaré las plumas, mojándolas, ocultas, en el fondo de la horrura...
Mi estómago se contrae. Aquella carne blanca, tibia, surcada de venas azules y salpicada de puntitos rosa... Con las uñas, con los dientes, secciono las alas, los muslos; arráncole los intestinos, la limpio lo mejor que

puedo, devoro en crudo todo lo comible del animalito y lo que oculto, para arrojarlo fuera del calabozo, es una piltrafa, un colgajo de piel correosa que no se puede deglutir...

Al otro día, comí lo restante.

28 de diciembre

Hoy tengo una gran alegría, una alegría enorme. Un compañero, me dice que puedo enviarle un papelito para mi madre, que es amiga de la suya, que está en Caracas, y que aunque él no tiene permiso del amo del "correo" para darle a otro entrada, cree que pueda intentar pasar mi papelito dentro del suyo...

Casi un año que no sé de los míos ni de su suerte... El servicio merece que olvide todo cuanto ese compañero me ha hecho.

Y escribo en el mismo papel y me quedo contando las horas que tome la dicha de ver la linda letra amada ya tan tortuosa por los años. Es esa letra confusa de las madres que no leen los ojos y el corazón recita.

Como un remordimiento, en la cornisa del pilar fronterizo, he ahí la viuda del palomo que me comí, la pobre honrada que tanto admiraba. ¡Tenía que ser la víctima del destino, ya lo sabía yo! Se está, triste, en un ángulo de la repisa, encapotada, el ojo velado en un párpado que se me antoja lacrimeante. No baja a beber, no abandona el sitio donde amó y fue amada. ¿Sabrá el drama que le arrebató su felicidad? ¿Imagina que la ingratitud, esa muerte con alas, es la causa de su abandono? Tiene así el animalito una semana. Los otros palomos, antes insolentes, parece que respetaran aquel dolor. O simplemente porque toda tristeza es desagradable. Y la sensualidad no es más que la forma sexual del egoísmo.

Esta mañana, al pie del pilar, la hembra amaneció muerta.

Durante algunos días algo me molesta. Cuando pienso que...

Pero bien ¡si vamos a eso ya Irú se hubiera vuelto loco de remordimiento! Y sin embargo, allí está, muy tranquilo en el patio, lavando ropas y observando a las palomas. Guiña el ojo a mi celda y canturrea:

"mi compadre Diablo
tiene dos levitas
una que se pone
y otra que se quita".

Creo que se apercibió de mi atentado. Y me da pena. Pero de ahora en más nos ata una complicidad siniestra.

El 13 de diciembre, a las once de la noche el capitán Miguel Parra Entrena, exclama, como despertando de una pesadilla:

–¡Malditos sean los que me matan por hambre, así se deben morir sus hijos! *

El 14 murió.

Una semana más tarde, el 22, en una de esas madrugadas pascuales, cuando las ráfagas del cercano amanecer traen ecos de villancicos, estallidos, cohetes, rumor de dichas ya para siempre idas, falleció Cristóbal. Salía amortajado por donde saliera su hermano mayor, ocho días antes... Dos más "en libertad".

Diciembre 24.

Noche Buena... Antes de las nueve dice alguno de los de abajo despidiéndose de todos:

–Buenas noches.

Año Nuevo 1919-20.

El "avión" se anuncia, súbitamente, la misma noche del 31. Temprano le han pasado a algunos compañeros cestitas de hallacas, dulces, bombones... Nuestras alegrías son pueriles y triviales como en la época del colegio. Un trozo de bollo, tres almendras, un poco de café: ¡la cena clásica!

Pero todas las mentes penden de la llegada del "avión". Un soldadito heroico atrapa la cajita de fósforos que atada a una piedra, en un descuido de Nereo, a veces a sus propias espaldas, le arroja un preso arriesgado que se sale al patio y afecta contemplar las estrellas [22]. A su vez, tírale otra cajita, envuelta en trapos. Todos los presos se sitúan en puntos estratégicos para echarle mano, con esa serenidad y esa precisión de movimientos que sólo el prisionero conoce...

Pero el riesgo que corre el soldadito es terrible. Si le pesca el oficial en eso o lo sorprende otro camarada le aguarda la muerte. No obstante el servicio tiene ya años de "instalado" en las propias barbas de estos miserables.

* Posteriormente supe que Carmelo Medina, el alcaide de la Rotunda cuando estas tragedias, había fallecido en el pueblecito de El Valle, cerca de Caracas, de hambre, debido a un cáncer que tenía en la garganta.

[22] Cuando se publicaron estas páginas, Eduardo Porras Bello estaba en Venezuela y la razón de no mencionar su nombre, obvia. Era él el diestro lanzador de nuestro correo. Uno de los hombres menos espectaculosos y más valientes y serenos que he conocido.

Nereo ha resuelto tocar arpa. Manuel José maraquea, entusiasmado y se interpone entre él y el patio. Parte el correo de adentro... Da vuelta a la azotea el muchacho. Luego cae cerca de la pila el paquetito.

Minutos después –el servicio de distribución es admirable esta noche– a través de la pared me llega aquel papelito que estrujo contra mi corazón... Han muerto algunos parientes; en casa todos buenos. ¡Sin poderlo evitar, las lágrimas me ciegan! ¡Son once meses de dominar, de sujetar el tormento, la angustia, todas las crueldades de la imaginación!

Y con los ojos clavados en la cruz del muro rezo sin rezar una acción de gracias al que hizo las palomas que se mueren de amor y a los hombres que envenenan por odio.

Sólo se me ocurre exteriorizar mi dicha con una imprudencia –si es que la temeridad, no es ya, según el poeta de "La Nave", una forma de la astucia. Mientras Nereo, frente a frente, toca su arpa y el Manuel José le acompaña saltando, maraca en mano, levanto un ángulo de la cortina y me lanzo al pasillo hasta la celda 44, estrechando entre mis brazos a Torres Abandero, a Siso, a Plaza, a Ribas... Hacia la derecha no es posible porque en esa dirección tiene Nereo la vista puesta.

Abajo están jugando dominó en un cajón Delgado Chalbaud, León, otros más... Y al verme se ponen de pie, alarmados:

–No ¡no! ¡no hagas eso por Dios!

He regresado, bajo mi cortina, ileso. Y de esta puerilidad, tras de tantas sumisiones y tantas humillaciones, la burla infantil y temeraria me place... Ha sido el solo arrebato de una alegría profunda. Un último destello del muchacho que ya comienza a borrarse en el hombre.

A las doce retumba el cañón. Cuento sus veintiún golpes... Llegan ruidos de lejanas fiestas. Otro de "mis años menos".

¡Mis años nuevos! cruza su recuerdo en la sombra: uno perdido en las pampas del Guárico, solo en la soledad bajo todas las constelaciones del sur; otro en el mar, durante un chubasco: el agua parece de tinta y el viento azota como un haz de ortigas; otros en los castillos, en las bóvedas de Puerto Cabello, en los fosos de San Carlos, ¡cuando el cañón retumba desde las explanadas, y es más soberbio e insultante el golpear libre de la ola contra las murallas!

Este de ahora aquí en la Rotunda. Y aquéllos, los de las remotas épocas de la niñez: y los de las cálidas estaciones de la juventud... Todos los que desfilan por el recuerdo hasta que llegue ése, ése que ya no podremos recordar, borrándonos de la misma memoria de los que amamos en la lenta progresión de los días...

CAPITULO XXIX

"Siamo trenta d'una sorte
e trentuno con la morte.
Eia, l'ultima, Alalá!"

El balance del año – Las "goticas blancas" – Roberto González, del trabajo viejo – Vecinos y espías –¡El carnaval! –¡Viva el carnaval! – La lombriz nacional – "Silenciosa y cubierta de polvo veíase el arpa" – La galería del desastre – El regreso de la fiera – Consolatrix aflictorum – Las preocupaciones en el cubil – Las "nuevas" de afuera y los viejos de adentro – Las dietas en la dieta – Historia de una perra y de algunos roedores – El feminismo en la vida y en los libros – La agonía y la muerte de Domínguez Acosta –Et nunc et semper– Así paga el diablo.

Enero-Marzo de 1920.

LIQUIDACIÓN del año que acaba de transcurrir es: Rendón, Mejías, Caricote de los "antiguos", 3; Félix Andrade Mora –fallecido en el cuartel de San Carlos o de La Trinidad durante el tormento–, Domingo Mujica, Aranguren-Moreno, Ramírez R., Aníbal Molina, José Agustín Badaracco y los dos hermanos Parra Entrena de los de la serie nueva, o sea de los "nuestros", 8. Total conjunto: 11. Los días de diferencia entre los seis últimos *fallecidos* de las mismas extrañas diarreas con síntomas de meningitis y convulsiones y vómitos se registran así: de Aranguren-Moreno a Ramírez R., 30; de éste a Molina, 20; de Molina a Badaracco 11; de Badaracco a Miguel Parra Entrena, 37; y su hermano Cristóbal le sobrevive sólo ocho días.

La dosificación de la fórmula química As. 203 ha arrojado las cifras positivas de la dosis media a la máxima.

Quedan descontados, naturalmente, el asesinato de Andrade Mora, y el fallecimiento de Mujica hace dos o tres meses, porque este oficial estaba ya anémico y delicado cuando le sometieron al régimen de hambre, grillos y sofocación de los primeros días. Los otros no: iban en su mayoría las edades desde los dieciocho hasta los 30 años. Todos jóvenes robustos, en la flor de la edad.

Las gotitas blancas[23] surtían su efecto. Nereo *completaba* su labor. Al paso que vamos, antes de que finalice el período "provisorio", esto se queda vacío.

Pasado el primer ramalazo de la muerte, contemplamos noche y día el trapo clavado a la puerta como mortaja inevitable. Casi siempre ha sido la manta que trajo el preso para abrigarse.

Enero 6 de 1920.

Al general Roberto González, oficial de Antonio Ramos, trajéronle casi al mismo tiempo que a mí... Ocupaba la celda 26 de enfrente. Muchas veces, durante esos misteriosos interrogatorios a que sometió Medina a algunos de los presos las primeras noches –Pedro Manuel Ruiz, Figueroa, el doctor Abreu, Pimentel,etc.– escuché desde mi celda la voz firme y serena de González respondiendo con negativas rotundas a las insidiosas insinuaciones del cojo infame. No pudiendo arrancarle nada a este hombre valeroso y enérgico, se valieron de un expediente que sólo registro por la obligación que me impone la verdad histórica: hicieron meter en su calabozo a otro detenido, un tal Augusto Mejías, para que tratase de "sacarle" algún secreto... Este desdichado, a quien el hambre o el miedo obligara a tan triste papel, nada logró sino fue contraer la tisis que reinaba en aquella celda, y, como ya he escrito, sacáronle para el patio a "mejorarle". Pagó con su vida el delito. Pero Roberto González, atacado también por el bacilo que no perdona, agoniza hoy, día de Reyes, en el calabozo 47, a donde le pasaron desde que se agravó, dándole por compañero al general Eduardo Sánchez, maracaibero, único detenido que está sin grillos por deberle el alcaide no sé qué servicio... Hombre devoto, de excelente índole, ha asistido con una santa paciencia al enfermo. Y con sus largos cabellos canos y su barba de plata, que acentúan su rostro berebere, arrodillado frente a la tabla donde la tisis laríngea estrangula al infeliz González, reza en un rosario que se ha improvisado con hojas de maíz por el alma del que va a morir.

La agonía fue lenta, angustiosa... A las tres y media o cuatro de la tarde todo había concluído.

[23] De una serie de notas que me facilita el señor Carlos López Bustamante, ex-detenido en La Rotunda (véase el tomo I de esta obra, capítulo XVIII) tomo la siguiente:

"Cuando has hablado de las "goticas blancas" has olvidado, o quizás no lo sabes tú, que éstas eran preparadas en la "Botica Modelo" del turco Himiob, cerca de la Rotunda, ¡y según prescripción médica del mismísimo doctor Manuel Antonio Rada, Presidente del Concejo!... Esto lo supe yo por boca del desgraciado Calimán, quien fue cabo del patio, y me tocó de vecino en el Núm. 12. El lo sabía porque la receta la tenían allí en la alcaidía y luego los frascos traían la etiqueta de la "Botica Modelo". El conocía los efectos de estas "gotitas blancas" porque a él mismo le tocó en varias ocasiones dárselas a los desgraciados que cuando su estado era ya desesperante, les obligaban a tomar esas "goticas", de piedad para tanta miseria".

Sale otro lío humano por el buzón.
Lavándose los pies en la pila del patio Nereo comenta con los ordenanzas el caso.
–Ya tenemos completa la docena de este año, porque aunque estamos en 1920 este muerto es "del trabajo viejo..."

En el nuevo "acomodo" que facilita la Intrusa quedan apareados con el mismo grillo el comandante Aponte y el capitán Pimentel en el 37; en el 38 Perucho Betancourt y Arturo Lara, cada uno con su par de grillos. Del 37 hacia la derecha tres celdas sin cortina, socavones negros que deshabitó la muerte y frente a los cuales Nereo, todas las madrugadas, al dar de tablazos en las puertas, también llama a ellas y repite con un sarcasmo calofriante la clásica pregunta:
–¿Cómo han amanecido?
En las celdas más lejanas están el capitán de caballería Carlos Mendoza y el de infantería Argimiro Arellano, también enyugados. Y luego, otro par en el calabozo siguiente, pero con grillos individuales, Ricardo Corredor y Manuel Andrade Mora. Este fue el jovencito de catorce años, empleado en la oficina de bultos postales de la aduana de La Guaira que trajeron para la cárcel porque era hermano del capitán Félix Andrade Mora a quien acababan de asesinar. Ya narré el incidente que con este niño me ocurrió en la celda de al lado, la 40. No sabía la tragedia de su hermano; y fue por mí que se enteró de todo.
En una celda fronteriza, la 27 o 28, está con grillos, solo, el teniente de artillería Julio C. Hernández. A ratos me habla por señas, levantando su cortina. Flaco, flaquísimo, su pelo de un rubio desteñido, su cutis de zanahoria, el traje en jirones, todo le da un aspecto lamentable. Hasta mí llegan rumores y advertencias de algunos compañeros que sospechan que el hambre le está obligando a desempeñar el mismo papel de Augusto Mejías; y que hago mal, añade alguno, en compartir con él lo poco que puedo porque es un miserable a quien le pasan un bolívar diario para que espíe las conversaciones. No estoy, sin embargo, muy inclinado a creer en estos espías a quienes positivamente dejan morir de hambre. Es llegar al concepto de una vileza extravagante y absurda. Una forma viciosa de la imbecilidad que tocaría a lástima.

Febrero de 1920.

–¡Qué vaina es esa, Nereo! –dice el ordenanza Manuel Olivares, sacudiéndose del perol de agua que, al pasar, Nereo le arroja a las piernas.
–Gua, chico, ¡no te calientes! Hoy es carnaval.
Y Olivares, que está cada día más enteco y triste, le responde mohíno:
–Yo estoy enfermo para esos juegos.

De celda en celda, casi todo el día, los presos de arriba, ¡no se tienen impunemente veinte años! hacen tristes suposiciones: "ya debe de haber comenzando el juego", "la carrera salió ayer...", "otro carnaval perdido...", "¡y los que faltan...!".

–Sí –observa Miguel Rocha que siempre tiene un excelente humor– pero éste sobra.

Alguno suspira:

–Yo oí la música del "bando..."

Todos la oímos. Debió pasar la alegre comitiva carnavalesca por la esquina del Hoyo que es la de la Rotunda. Se escuchaba el estallido de los fuegos de artificio, la grita de los chicos. Iban los de siempre: las lindas mujeres en los automóviles y los coches paramentados, enloquecidas de goce pueril. Las "juntas directivas" con "distintivo", los mozos "bien", la afrocracia, el sonajeo de los cascabeles, y entre dos tiempos de una música de estrépitos y de cadencias tropicales, el cortejo humilde, a pie, por las aceras. La comparsa anónima del entusiasmo. La plebe de la grada y del pasacalle. El pueblo soberano. A pocas varas de la misma esquina en que se detuvieron a largar sus cohetes y a soplar sus bombardinos, tras de los muros leprosos otros hombres de su sangre, de su raza, de las esferas todas de su vida civil o social, con los pies aherrojados, aguardaban la muerte... ¿Pero a qué este inoportuno recuerdo en mitad del jolgorio y de la dicha? ¿Qué significamos este puñado de miserables que deglute la piedra y mastica el hierro? ¿Quién nos mete a echarla de redentores y a querer tumbar un gobierno que celebra unas carnestolendas tan buenas y que paga la música, los cohetes, los coches y les introduce a las damas entre las piernas las cestas de baratijas para que jueguen?

¿Sarcasmo? ¿Puerilidad? ¿Ñoñería? Uno de los presos, con voz de disfraz, grita oculto desde su cortina:

–Nereo, ¿a qué no me conoces?

Y Nereo, que no está para bromas, le responde brutalmente:

–¡Aténgase a eso y meta la pata!

Meter la pata, según el cabo, es sacar la cabeza. No es paradoja.

La música y luego el rumor de la fiesta van extinguiéndose en la noche.

Existe en las sociedades, como en los individuos, un período de insensibilidad moral que delata su inercia física, su impavidez ante el delito. Rotos los lazos de toda solidaridad y de todo fuero, son los pueblos a manera de una gigantesca lombriz de tierra cortada en trozos: manan sus anillos lodo, sangre; y se retuercen en convulsiones absurdas por un resto de vida exclusivamente orgánica.

Nuestro excelente verdugo no parece muy tranquilo. Pasa largas horas del día haciendo que duerme, sentado en un taburete, en el fondo del

socavón de la escalera. Manuel José ejerce los menesteres de rutina en lugar suyo. El arpa yace olvidada, como en los versos de Bécquer.

Los antecedentes de tales preocupaciones datan de hace ya meses, desde que cierta mañana se vistió de gala, con prendas diversas que ha ido adquiriendo por compra o dádiva, o herencia de los que murieron.

Le sacaron ese día para el tribunal. Durante su ausencia –el presidio estuvo al cuidado de Manuel José algunas horas –nos hemos puesto "morrocoy", viéndonos las caras que son, en verdad, de pesadilla y sobre todo, la indumentaria: hay mangas de camiseta que pretenden ser bragas. O viceversa. Otros van de guayuco. Los de abajo salen todos al centro del patio a contemplarnos con una compasión sonriente. Parecen ellos príncipes, con sus blusas, con sus gorras, con sus calzones de abrocharse por el lado exterior de la pierna y para facilitar el cambio con los grillos. Pero hay un *trick* para ponerse y quitarse los pantalones que aprendí en San Carlos: se pasa toda la prenda por una argolla metiendo el pie de una pierna; se une tobillo con tobillo y se saca luego la pierna vacía por la otra argolla, metiéndola junto con el pie otra vez... Les envidiamos a los de abajo sus sillas de extensión, sus banquitos, sus libros, sus pizarras, el agua, el *water closet* –llamando en inglés esta cloaca pestífera. Néstor Pérez marcha con una delicadeza como si los grillos fuesen de vidrio y temiese romperlos; a Román y a Miguel Delgado Chalbaud les acompaña, al marchar, un ingenioso carretoncito donde apoyan la enorme barra. Y Carlos León, siempre pulcro, muy atildado, ostenta un aire de paje de melodrama, con los pantalones enjutos, cogidos por la liga y sus medias estiraditas entre la argolla del grillete sobre unos botines de señora. Estas indumentarias y los aspectos bizarros de algunos otros, sus barbitas, sus melenas, les dan, vistos desde arriba, el aspecto de un grupo de cómicos que deben de "entrar" a la "obra" de un momento a otro al grito del traspunte:

–Don Pantaleón de Escamilla, ¡a escena!

La ilusión es completa porque el general Sáez y Huizi que son tuertos, como no tienen antiparras, o las *economizan,* andan por ahí con un tapaojos de pasa-calle.

Ahora, que los de arriba les ganamos en aspecto desastroso, no hay duda. Iturbe tiene un rostro abotargado, la barba y la melena grises, hirsutas. Torres Abandero es una sola úlcera. Luciani, Robinson y Feo Calcaño el "don Tancredo". Rocha, un canónigo suspenso, sin prebenda. Figueroa tiene algo de guiñol o de pez; y los militares de la izquierda –los que conservan ánimo para sacar la cabeza –¡qué fisonomías de sufrimiento y cuánta miseria! Enfrente, Acuña ostenta unas patillas de chuleta a dos tintas; Ruiz su melenita con cerquillo; Leo es un váquiro. Tan sucio está Vicente Rey de estar tirado sobre el polvo de los ladrillos que rojea como un chigüire al salir del charco. Francisco Pimentel, que dice ha resuelto no ponerse jamás de pie para ahorrar esfuerzos, rueda por la orilla de la cortina en todos sentidos como un gusano. Al lado del rostro de Hernando Castro, pequeñín con barbas negrísimas, el poeta Avelino

Martínez, más cuadrado aún, asoma un semblante de mascarón de proa... Allí una boca inflamada, la de Rodríguez; más allá un par de ojos desorbitados. A Juliac le han hecho una ovación al sacar la calva. Chaumer tiene el rostro hinchado y una barba profusa y dorada. Salvador de la Plaza está tan pálido y con los cabellos tan rojos que si le raspan la cabeza contra la pared se enciende, como un fósforo. Luis Pimentel, de patillas blondas y nariz israelita. ¡Qué maravillosa colección de "cabezas"! Inclusive la mía, que cuando me la veo en el agua de la ponchera me recuerda, con este pañuelo de madrás por las sienes para que la melena no me caiga en los hombros, una vieja estampa del abate Faría en la edición barata.

La charla y las risas toman incremento. Al fin Huizi nos advierte:

–Hay que tener cuidado. Mejor es que metan la cabeza porque ya Nereo debe de venir y si a ese hombre le "atiestan" quince años en la sentencia, ¡Dios nos coja confesados! Vendrá como una fiera...

Todavía me acuerdo de esa tarde, hace meses.

En efecto, a las cinco hizo su entrada de estampía. Comenzó a tirar desde la reja las prendas de vestir... A nadie le dirigió la palabra. Después de la requisa, que con desgana llevó a efecto presidiendo a Porras, vínose para el alto y empezó a dar vueltas por el pasadizo, como un buitre que vuela en círculos concéntricos para caer sobre su presa.

Habla solo... De aquel monólogo apercibíamos fragmentos entre imprecaciones.

–...Eso se lo debo a Angel Vicente Rivero, ¡pero él se da cualquier día un resbalón de cotizas y cae aquí. ¡Me han cingado! No importa... Son doce: llevo cinco y pico; me faltan seis...

Luego evoca el penal de Puerto Cabello, los trabajos forzados en el dique, la dureza de aquella existencia de convicto:

–...y ese sol y esas planchas de zinc en el lomo... ¡seis años! No hay justicia. La ley es para los pobres, para los pendejos...

Vuelve a su tema de los abogados y cubre de insultos a "esos doctores del ajo".

Al fin detiénese junto a la cortina de Gonfalón que estaba entonces en el 42, a mi lado. Este trata de consolarlo, de darle ánimo. Conviene que le han tratado con excesivo rigor, que si él hubiera estado libre "algo consigo en tu beneficio con mi compadre el doctor Márquez Bustillos..." Nereo le oye un rato; dícele sus cuitas, sus esperanzas de que no lo trataran así... Pero cuando el buen Gonfalón procura alentarlo: "no te desesperes, quién sabe si ahora te van a soltar más ligero porque el general Medina te quiere mucho", y parece más abatido, he aquí que se yergue, furioso, con los ojos de acero, y le grita al confidente confiado:

–Bueno, vete para tu tabla, negrito refistolero, que estás hablando mucho.

Con un rumor de hierros tímidos, el pobre Gonfalón va a tenderse en el madero, desconcertado ante la paradoja de esta bestia feroz que busca piedad y agrede a quien se la ofrece.

Con el curso de los días y viendo que no le pasaban para el Castillo parece que fue cobrando confianza. Ahora está convencido casi de que le dejarán aquí mientras sea *útil* y de tales reflexiones derívase esta implacable saña con que nos quiere ir diezmando a fin de hacerse insustituible. Además tiene la promesa de Vicentico... No contento con ver morir, quiere solazarse en humillar con cuchufletas a los enfermos. Imita la voz atiplada de Acuña que se hizo el cataléptico los tres primeros días de la prisión y a quien iba y le metía por entre los dientes la pala de una cuchara y le daba de puntapiés para ver si estaba muerto; y remeda luego el vozarrón de Torres Abandero evocando a dos tonos las discusiones que tuvieron ambos compañeros cuando estaban juntos por acá, por un calabozo de la derecha...

Antes de esa tarde histórica de la condena de Nereo, a mediados del año 19, soltaron a algunos, tres o cuatro. Pero han traído a Plaza, a Ribas y a Leo. Lo cual indica que esta "serie" es la que interesa agotar. En distintas fechas fueron saliendo algunos: Vicente Rey, entre ellos, en un estado deplorable y para que asistiera al entierro de una hija; y era tal su aspecto de moribundo que ni se tomaron el trabajo de traerlo de nuevo. Libertaron antes: a Justo Arcia; a Ponte Urbaneja y a don Pancho Rivero Saldivia, al ingeniero Serrano. Otra tarde sacaron al doctor Francisco de Paula Reyes –sin duda para que fuese al lado de un cadáver amado, que este anciano benemérito ha sido triple víctima de la iracundia gomecista –y al doctor Rafael Ricardo Revenga. La libertad del primero debióse a la hermana de Gómez, doña Indalecia, esposa del general Martínez Méndez; la del segundo, como se supo, a que Vicentico casó con una señorita Revenga, prima de Rafael Ricardo.

Este último en libertad y emparentado con la dinastía mandchú, inquietaba a Nereo. Le habían maltratado tanto que pareció preocuparse algunos días. Por haber tratado mal al abogado Angel Vicente Rivero, que estuvo ahora tiempo aquí detenido, veíaselo ahora de frente, constituido de representante de la parte ofendida en el juicio que se le seguía por haber asesinado a su manceba.

Y con lo de Rafael Ricardo...

Así que no le cogió muy de sorpresa la decisión severa del tribunal, cuya severidad diz que la determinaron la acusación, naturalmente, y las noveles "influencias" del Revenga ofendido.

Aunque cada día que pasa después de sentenciado va confiando más en que "le dejarán" aquí para que acabe con nosotros, la siniestra amenaza al doctor Rivero no se le cae de los labios. Nos estremecemos al pensar que éste pueda venir a parar cualquier día entre sus garras...

No obstante, la docena de muertos "frescos", los tres o cuatro que hay ya en perspectiva para comenzar el "trabajo" de este año y la ninguna providencia que al parecer se toman de enviarle a la Penitenciaría de Puerto Cabello, se ha moderado un poco dentro de su ensañamiento habitual... Y las reflexiones que le hace Iturbe, y sus propias cavilacio-

nes, tiénenle algo indiferente hacia la estricta aplicación de "las reglas del establecimiento".

El correo aéreo, "el avión", por otra parte, viene con frecuencia –cada semana casi –con "nuevas" alentadoras: se encargará Gómez, soltarán a todos los presos, el ministro americano se lo dijo a una sobrina política de un primo de un preso que está aquí en el patio y "no quiere que le nombren"... –"Hombre serio" –añade Figueroa–. Mister Wilson le escribió a "una persona", también "muy seria", y le dice que después de la conferencia del desarme en Washington, lo primero serán los presos de Venezuela, pero hay que aguardar que Clemenceau se mejore de unos balazos que le dio un loco, aunque se espera antes, que el Rey de España le escriba directamente al general Gómez "pidiéndole seis presos escogidos". Como si fuesen seis novillos de lidia. En fin, que no se me alcanza a comprender la relación entre todas estas cosas, ni siquiera para la analogía de lo otro con las témporas...

Marzo 1º.

Antier le pasé a los vecinos el último capítulo del primer tomo de *Juan de Abila*: el incendio en la hacienda. Es uno de los que más me satisfacen. Pero me descorazona pensar cómo iré a darle forma y corrección a estas cuartillas tan borrosas, tan castigadas.

Y ya tengo otras dos semanas a "rancho". Al principio levantaba en vilo, hasta el tablón, mis 75 libras de hierro. Ahora para subirme o bajarme he de echar mano a la barra. Las piernas se me están poniendo tan magras e inútiles que parecen anquilosadas.

Entre la perrita de Miguel Delgado, *Canela,* y los ordenanzas, se la pasan de noche cazando ratas en el baño. Chillan los enormes roedores que da grima. Amanecen, enormes, lacias, el vientre reventado, los largos bigotes con coágulos de sangre, tiradas ahí, en el sitio mismo donde se reparten los "ranchos".

Canela está excitadísima. Nereo ha metido para acá un perro guapote, lascivo... La perrilla le demuestra un pavor fingido; le ladra, le sale al encuentro... Y cuando el macho la acosa, sus nervios de "vieille-fille" no la dejan "defenderse". Sucede lo irremediable. Y el Padre Mendoza y el Padre Monteverde tienen que bajar sus cortinas. El general Mosquera dice a gritos que los cachorros serán machos en virtud de no se qué relación entre el equinoccio, el cuarto menguante y la Osa Mayor.

Marzo, Viernes del Concilio de 1920.

Domínguez Acosta ya no puede ni salir a sentarse al sol, cerca de las pobres maticas del patio.. Como siente un frío terrible, de las frazadas que tenía de cortina cogió una para abrigarse. Nereo se la quitó, brutalmente:

–Esa cobija es para cortina y no para arroparse.

La voz dulce del teósofo le responde:

–Muchas gracias, Nereo.

Tengo un libro que subrepticiamente me había prestado. Es una novela inglesa de Dolf Willard. *The Pathway of the Pionner*... Al serme posible he de comenzar a traducirla al español. Es más honda, más fuerte, más humana que *The Rat-Trap* – simple crítica a las costumbres coloniales británicas o que ese curiosísimo estudio *The Pathetic Snobs* cuya caricatura muestra una ciudad modernizada a base de "sport". Con todo, la novelista inglesa ha hecho en *Pathway* un libro de un feminismo profundo, sensato, posible, lógico. Pero el problema de esas muchachas londinenses –Flair Chaldecott, Magda, la pobre Alma o Winnie– no podrá jamás universalizarse. Es fruto de un estado de circunstancias en un medio dado. Puede que en ciertas urbes mayores, Nueva York, Chicago, aun París misma, dentro de otras normas de vida, naturalmente, tengan razón de ser estas catástrofes de la mujer mal preparada para una batalla que se le presenta forzosa y la cual ya empeñaron, no precisamente por culpa de "los machos egoístas", como nos tildan, sino por la de las propias hembras que se precipitaron a la acción en época prematura y empezaron por donde debieran terminar: "El utopista" –dice un filósofo contemporáneo que cito de memoria– "tortura inútilmente la naturaleza para pedirle lo que no puede ella darle; el hombre de ciencia no le pide más que aquello que él sabe que es posible. La esfera de esa posibilidad es mucho más vasta de lo que suponía la escuela clásica".

Este concepto del feminismo con vistas a la redención de una esclava, a la reivindicación de una suerte de paria con faldas, pero de espaldas a la naturaleza, deja a las feministas dentro del radio de esa escuela clásica llena de limitaciones, de una parte, y matriz de utopías de la otra. Un estudio más circunspecto de la fisiología puede que traiga a mejor terreno la tendencia casi asexual de hoy. De todos modos esta novela de fácil lectura y bellamente escrita, con ser un prejuicio de la autora, contribuirá en mucho a que se piense y se compare si vale más que la matrona antigua y "la señoritinga" –rodeadas del respeto, de la ternura y de la protección del hombre –el tipo de la "sufragista" ultrajando a hachazos la Venus de Velázquez o dando alaridos con estandartes para servir de pasto en el burdel suelto de las calles, en la oficina, y en el trajín áspero de la vida a la lascivia, a la codicia o a la brutalidad del macho.

Estaba pensando preceder mi traducción con algunas líneas de prólogo sobre tales ideas. Súbitamente el ordenanza Carías me interrumpe:

–Le manda a decir el doctor Domínguez Acosta que, como él está muy enfermo, los papeles que le tiene guardados se los va a pasar a Arévalo González, quien ya está en cuenta, porque él cree que "se va...".

Baja la cabeza entristecido por el mensaje, y añade:

–Que el libro que le tiene lo conserve como un recuerdo.

–Cómo, Carías; ¿está tan malo así?

–Sí; dice que no le contesta su papelito porque tiene un temblor en las manos y mucho frío.

Apesadumbrado, medito en el cruel destino de este hombre tan interesante, con tan hermoso talento literario y que va a morir en su hornacina, allí, precisamente debajo de la mía, por el crimen de haber exígido en un artículo admirable e impersonal que Venezuela concurriese al palenque universal de 1914-18 del lado de los que juzgaba ideales mejores.

El artículo que va a costarle la vida tras larga prisión fue publicado en la edición de *El Fonógrafo* de Caracas y en la revista teosófica *Dharma*, como ya se ha dicho. Es de poca extensión y escrito con un estilo sereno, pulcro, incisivo, de trascendente fuerza espiritual. Se titulaba "¿Sacrificio o Egoísmo?", y tras consideraciones acerca de la actitud neutral de Venezuela frente a las tradiciones de su propio pasado histórico, cuna de la ideología americana del sur, decía Domínguez Acosta:

"Hay más. Se pretende, para colmo de pesadumbres, erigir el pretexto económico a modo de justificación de la actitud neutral. Por ninguna otra causa se justifica la neutralidad –según ese criterio– que por la de que el fusil y el submarino de los bárbaros no han logrado impedirnos comer el fruto de nuestro comercio. Dígase recio, para que se oiga lejos, que otras normas surgieron del decoro libertador. El índice de los conductores de entonces alargó otro rumbo al hemisferio republicano. En aquella ocasión no ocurrió el caso, imposible en el claro honor de los abuelos resplandecientes, de que se colocara sobre la mesa de la diplomacia un plato de lentejas como materia de honra y de moral americanas. Ahora se menosprecia la prez antigua de donde surge, constelación tras constelación, la vía estelar de nuestra gesta idealista, y se evoca la fórmula del vientre a modo de nuestra única deuda con la democracia en conflicto. Con arreglo a esta fórmula, nada nos mancomuna con la justicia inmanente, no obstante de que por la justicia nacimos, por ella pensamos, sentimos, creemos. En vano nos llamarán, de día en día, la civilización y el bien que pelean por la causa americana; nos llamarán en vano, mientras halla trigo en nuestros graneros y en nuestras dehesas carne y leche.

Repugna descansar bajo esa noción. Repugna convenir en que semejante concepto medra en el programa de una raza florida que apuró, cuando el altísimo trance de su novedad emancipadora, todas las reservas del sacrificio, sólo por una cuestión de espíritu; y que como quiera que, en la escala evolutiva se estudien sus pasos, no merece que se traduzca en tímidos términos sanchescos la gloria de sus renunciaciones, de su credo superior, de su ardiente genealogía constructiva, el despuntar y

el subir de sus destinos en una curva que ignoró el pensamiento y el corazón del pasado".

Vuelvo, con energía, a mi labor. Anoto al margen del volumen ideas y vocablos por verificar... Sin duda alguna, en vez de estas citas de la autora –citas de Rudyard Kipling o de Stevenson o de Shelley –mejor le valiera la severa expresión del canciller Bacon: "natura non imperatur nisi parendo"; porque, en verdad, para dominar la naturaleza "hay que empezar obedeciéndole".

Ni el hedonismo de última hora; pero tampoco la agresiva imprudencia de lanzar a la batalla huestes sin escudo, pechos de maternidad bajo corazas guerreras, sexo de delicadeza, de dulzura y de amor dilacerándose en los taburetes de las oficinas o sudando en los duros menesteres masculinos; espaldas débiles, curvadas de pena, pulmones tenues aspirando en el aire enrarecido del taller las anemias que irregularizan, las tisis que ejecutan sumariamente: la muerte. La muerte. La muerte de pobreza fisiológica, de hastío, de faltas de compensaciones orgánicas. Y el varón que debiera proteger y fecundar es casi siempre un bruto cualquiera que se sacia y se marcha.

Dolf Willard misma conviene que "in a few generations we shall produce women with as sound a constitution as men's and civilization will so far have mitigated the conditions of City life that they will not drop off like flies under forty".

Mientras que la muchacha de almacén u oficinista rinda una labor de ocho horas, integrada por la voluntad colectiva femenina a tal disputa del pan, el padre descansado o el hermano ocioso, van por ahí, sobrellevando expeditamente una existencia callejera que a la postre hace del antiguo hogar simple dormitorio, y de la familia un estado circunstancial de residencia. Además hay el eterno problema, la obediencia a la naturaleza que dice Bacon. Parézcales a muchos sentimental Michelet; el hecho es el mismo desde el punto de vista real o desde los mirajes ingenuos del ideal. La hembra así...

No; no puedo seguir. De abajo sube hasta mis oídos, claro, distinto, un hipo que ya conozco, que ya comprendo y que corta como un racha helada el vuelo de las ideas...

Me asomo a mi observatorio y veo que de todas las celdas surgen rostros consternados que miran hacia acá, bajo mis plantas...

Algunos marchan, sacudiendo grillos, y detiénense a la puerta del calabozo de donde sale aquel ronquido... Uno me distingue mirando y me hace señas con la mano:

–¡Ya está agonizando!

Y el hipo, difícil, luego más tenue, va apagándose. A las dos y media casi no apercibo sino un hálito. A poco una voz, la de Arévalo González, informa, grave y triste:

–Acaba de morir el doctor Domínguez Acosta.
Ni una queja. Ni un grito. Nada. Entró en la música de las esferas serena y armoniosamente. El reloj de Catedral, que a ratos se escucha, canta las tres.
Este hombre se ha envuelto en la eterna noche sin protestas inútiles, sin miedos supersticiosos, sin plegarias. Leandro que se lanza en la noche al Helesponto para una cita con la Hero de su ideal.
Duerme en paz el que tanto la amó para su vida y para su obra.
Ha muerto en ese silencio y en ese secreto para los que pedía Carlyle altares de universal adoración.
Sobre el recinto cae una pesadumbre que sólo interrumpe las prisas del cabo Nereo en los preparativos finales. Parece que le estorbase la idea del cadáver allí.
Y este otro muerto, este otro asesinado que va ahora en la ambulancia para el Hospital Vargas, en donde un médico miserable certifica como ocurrida allá la defunción, no sale para el olvido como Gómez cree.
Sale para la historia. No le han envenenado como a los militares de arriba, es cierto; ni como a los sacerdotes, ni como a Eliseo López; le han matado por hambre, por rarefacción del aire, alojándole en un calabozo infestado de bacilos de Koch.
–¡Un *plumario* menos! –tal será seguramente la necrología de Maracay.
–¡Un crimen más! –es el responso de nuestra conciencia.
La ignorancia es la más cruel aflicción del espíritu. La estupidez es ya de por sí un castigo.
Gómez es cruel; pero aún más que cruel, es estúpida la crueldad de quienes le sirven.

Fines de Marzo, 1920.

Y pasánse unos días de pesar callado. Son muchos los que se han ido para la otra ribera. ¿Cuántos deberemos pagar el óbolo al barquero sombrío?
Nereo está de excelente humor. Anoche tocó arpa casi hasta las nueve, mientras Manuel José le acompaña haciendo visajes simiescos con las maracas.
Hoy por la mañana, refería alegremente lances de su traviesa juventud, de cuando tocaba bailes en los valles del Tuy. Y pasando por ante la puerta de Torres Abandero que está muy mal, casi sin poderse moverse, exclama con tono burlesco y compungido:
–¡Tan buen poeta que era!
A las diez una voz grita en la reja:
–¡Nereo!
Sale corriendo, entusiasmado. Cree que van a traer más presos, que su papel de verdugo se hace de nuevo interesante; y al salir nos advierte, amenazador:

–¡Mucha vista!

Pasa una larga hora. Reparten el rancho. A las once, Manuel José se informa en la reja. Y penetra corriendo al calabozo de Delgado Chalbaud, el primero de la izquierda de la entrada. Como en dos circuitos eléctricos la corriente, gira la noticia por los dos pisos:

–¡Se llevaron a Nereo para el Castillo!

Y sacan un lío de ropas, su sombrero, ¡el arpa! ¡Ah, sí; ya no hay duda!

El sol irradia en el patio; Arévalo González, tras meses de voluntaria clausura, pasea sus grillos, altanero como un gallo suelto...

Algunos recortan alas al entusiasmo:

–No nos hagamos ilusiones: más vale malo conocido...

–¡Quién sabe a quién nos van a poner de cabo!

Pero es casi unánime el sentimiento:

–Peor que éste no puede ser.

En verdad: no es Nereo que se va, es la vida que acaso asoma su rostro iluminando de esperanzas esta tumba.

Después hemos sabido detalles: llamáronle a la alcaidía. Fue allí creyendo que eran las órdenes de costumbre: "aprieta a fulano", "ponle las goticas blancas en el rancho a Zutano..." "no dejes que los muchachos se *conviersen*".

En la alcaidía no halló la cara jayana de Medina, ni la sonrisa de tiburón de Roa; ni siquiera a Porras, renegrido y envuelto en su flux de tarjeta. Dos gendarmes brutales le echaron garra, le tramaron los brazos con un cabestro y lo empujaron para la salida... Al reponerse de la sorpresa comenzó a berrear como un lechón:

–¡General Medina! ¡General Medina!

Y como sólo le contestaban los empellones policíacos, volvióse furioso, enloquecido de ira por el engaño:

–¡Maldito sea! ¡Y para pagarme con esto me han hecho asesinar a tantos inocentes!

Así paga el diablo.

CAPITULO XXX

El nuevo enigma – De Macedonia a la esquina del Hoyo– Bambucos y Joropos – Historia de un baño y de un cigarrillo – Lecturas y ensayos – Leboudaye en el siglo que corre – La santa comedia de Guerrero – La muerte de Torres Abandero –Algunas notas necrológicas – Los "rumores" de la Alcaidía – Fallece el general Pablo Giuseppi Monagas – La tesis, la antítesis y la síntesis – El doctor León o la sociología – Sermones de Semana Santa – Ajos y cebollas – Las brevas de los breves– Una apuntación que no apunta – La tragedia hosca del 5 de julio – Los ascendientes y los descendientes – Libertades, libertad – La difteria, el tifus y la tuberculosis en competencia con el arsénico – Es preciso llegar al fin...– Evocaciones, renovaciones – La muerte desdeñosa – Versiones para invertir el tiempo – Media docena de difuntos, y algunos libros – El cabito Meza – Vida, obras, milagros y cautiverio de cuatro niños que no han leído a Selma Lagerloff – Los "lobos" con quienes se aparejan corderos – Los enemigos de la sociedad y del orden – El paso de un aeroplano.

Abril-Septiembre, 1920.

EN LA TARDE, con Porras viene el nuevo cabo. Un hombre muy alto, flaco, moreno, de grandes pies, que cojea... Va pasando al ras de las cortinas nuestras y luego desciende, siempre con el hombrecito de traje de papel quien le muestra celda por celda y luego lo presenta a los de abajo. Desde mi periscopio observo su fisonomía. No me impresiona bien. Sus rasgos son duros, una nariz semita; el cabello ensortijado, recio, negrísimo... Es de esas personas que como tienen los miembros muy largos parece que les sobrasen y que tuvieran que destornillárselos para dormir.

Al negrito Manuel José también se lo llevaron, pero para el patio.

Sale Porras; corre el cerrojo. Y el cabo gigantesco, como un ave zancuda, toma la silleta de Nereo y se instala, recostado, a un lado de la reja. ¿Qué pajarraco será éste?

Los presos nos comunicamos nuestras impresiones. Se sabe a poco su nombre: Macedonio Guerrero. Esta evocación de Alejandro el Grande resulta cómica... El defecto físico del bello y breve héroe, hijo de Filipo, era, según Plutarco, cierto tic de llevar la cabeza caída de un lado... Un poco como el Apolo que está en la Galería Británica. Sus generales le imitaban creyendo que en eso consistía su genio.

Pero el tic de este zanquilargo es su cojera, marcadísima.

De abajo informan que es andino, del Táchira, y que "no parece mal hombre".

Los primeros días mantiénese reservado, atento, frío, rígido. Observo, sí, que tiene extrañas delicadezas y consideraciones con los presos. Y anoche, a las siete, nos hemos lanzado a la cortina de súbito. Instalado Guerrero del lado dentro de la reja –mientras otro preso fuera, creo que llamado Ramón Canino, tañe un bandolín –acompáñale en una especie de bandola colombiana, esos bambucos quejumbrosos que surgen, con el grito del arriero desde los desfiladeros andinos, y que se pierden cual un largo sollozo en el silencio de las cumbres inaccesibles... Son músicas de la patria grande, plenas de dolor, de congoja, de sensualidad.

Una especie de sedante baña nuestros espíritus adoloridos. La sombra del calabocito se puebla de adoradas memorias, el corazón late de prisa, la sangre joven rima el compás o dilátase tras la aguda emoción de los calderones que sugieren distancias en el tiempo y en el espacio, horas de una alegría que ya no volverá nunca, "cantos de mi tierra" "cuando va muriendo el día" que alguna vez escuchamos en las nieblas de la primera infancia o en los labios frescos y duros de un amor campesino...

Entre el joropo venezolano de Nereo, agrio, lascivo, con su melancolía africana, sus prisas de acto primo, sus lánguidas cadencias criollas, enfermizas, y esta música, este cantar serrano, puro como el aire de las montañas, existe todo un proceso de desintegración histórica. Las dos músicas trazan una frontera definida y más visible en el panorama histórico que la demarcada por los "patriarcas" de 1830.

Dura el concierto hasta cerca de las nueve. Cada pieza ha sido aplaudida por los presos. Pagamos con esta pequeña ovación la piedad, el lenitivo que ejerce esa música sobre nuestras almas atormentadas.

¡Qué errada nuestra primera impresión! Lo que nos han traído no es un cabo de preso, es la vida, es la salvación... Día por día comienza este humilde hijo del pueblo, este buen tachirense a hacer sentir lo que puede un hombre de corazón aun obligado a servir en un cubil de fieras, en una banda de torturadores profesionales.

Ha ido conociendo a los presos, uno por uno. Abajo ya se familiariza con todos y les rinde pequeños servicios; desliza medicinas, noticias consoladoras. Aunque no puede evitar la sórdida especulación del "rancho", renta de Medina, reclama, va, se queja, informa... Y algo logra.

A ocultas invierte parte de su propia ración en ayudar a los más necesitados. Ha prometido trabajar para que nos levanten las cortinas a los de arriba. A todo el que lo llama, atiéndelo, y le da comida o le pasa medicinas o lo alienta.

Nos deja entreabrir un poco el trapo durante el día para que nos entre aire. Concédenos que alternativamente nos metan dos o tres latas de agua para bañarnos...

¡Oh, cuán pueril parecerá que registre en estas páginas la sensación inolvidable de este primer baño, con agua abundante, con un gran trozo de jabón de olor después de quince meses de suciedad y de abandono!... Carlos León, cuyos sentimientos revisten a veces una delicadeza infantil, nos ofrece a todos su "Gillete", lujo de preso distinguido. Me rasuro, me endoso la muda limpia. El ordenanza barre el calabozo que el agua higieniza. Y si bien el piso está humedo durante algunas horas, a cuclillas en la tabla, fresco, aseado, afeitado, enciendo un cigarrillo y aspiro, en una dicha inenarrable, mi nueva noción de ser humano reintegrado, mi parte de higiene y de decencia. Para que todo sea completo –aunque haya prohibición de Medina para pasarnos libros –el cabo hace la vista gorda y Román Delgado Chalbaud me envía, entre una lata del rancho, el primer tomito de las obras completas de Diderot, en la edición de Bouret, que tomo y hojeo con las manos temblorosas con que se desabrocha el traje de la amada en el primer "rendez-vous"... Yo que adoro los libros, que he vivido con ellos, para ellos, me he visto condenado a este tormento de *no leer* por más de un año. Los austríacos –es el único dato histórico que recuerdo –sometieron deliberadamente a César Cantú al mismo tormento... Y como tengo ya fondos *con regularidad* –¡que hasta ese milagro de que no nos roben ha logrado Macedonio! –me fabrico con una lata una especie de reflector-pantalla para que de afuera no se note luz después de las nueve, y con sendas velas me entrego a la lectura hasta que el sueño me rinde. La traducción española es pobrísima: en *El Sobrino de Rameau*, y en *La Religiosa* sobre todo, falta elasticidad, "nuance"; ese espíritu frío, cáustico, de peluca empolvada que a pesar del racionalismo "à outrance", de la impiedad plebeya, del dejo a "tercer estado" que salpica toda la obra de los enciclopedistas, ha hecho de la literatura francesa del siglo XVIII lo que Diderot supone obra del trato femenino, pero que es sólo del genio y del delicado matiz de una lengua: cuando "on prend une facilité particulière de s'exprimer, qui passe de la conversation dans le style".

Saint-Beuve creía que en nuestra época Diderot hubiera sido un gran periodista. Con todo y no serlo le encerraron en Vincennes tres años.

Días después llega de otra procedencia el célebre ensayo de Eduardo Leboudaye "París en América". La tendencia comparativa de Europa con América estaba bien para ésta hasta mediados del siglo XIX.

Hoy sería injusto para el europeo compararle con un pueblo que comenzó de pequeño siendo grande y se ha engrandecido de pequeñez. Los conceptos del autor acerca de la libertad de imprenta, de cultos, de iniciativa civil son ya inadecuados –pésele a esta faz de humanitarismo wilsoniano extravagante y extraordinario en los hijos de esos liberticidas de la libertad que la abusan en casa y la violan fuera. El paralelo resultaría hoy una sátira en el país de los Panamás, los Santo Domingo, los Centro-América y las expediciones "punitivas" y la enmienda 18 y las "cuotas" de inmigración. La prensa... ¿El *New York American*, la cadena judía de Hearst, el *Times*, los magazines estúpidos e insolentes, el *Liberty*, el

Daily News, son la herencia de Benjamín Franklin? A Alejandro Hamilton sucede Mellon; a Jefferson, Taft... El culto libre en el estado libre navegó abordo del "Mayflower", pero apenas desembarcado escapó a los bosques ante la horca inicua de John Brown. El albedrío del ciudadano, esa "citizenship", cuya placenta fue la Carta Magna británica, es una comparsa dócil que hacen entrar a voluntad en la escena del sufragio los "bosses" de Wall Street y Tammany Hall. Estupidez tabloide. Goma de mascar y de preservativos...

Con todo, el libro de Daniel Lefevre es un curioso cuadro para el estudio de las formas originarias e incipientes de la sociedad americana. Este francés de París en un cantón de Massachusetts tendría que invertir a la hora actual todas sus agudísimas observaciones.

Iturbe también comparte conmigo su copiosa lectura; y disfrutamos el goce intelectual de cambiar opiniones. A veces la discusión se generaliza. Luciani prepara un ensayo histórico que deberá leernos una de estas tardes. Pero será después de Semana Santa, durante la cual el padre Mendoza va a pronunciar una serie de pláticas...

Esta costumbre de conferencias la inicia Carlos León abriendo un curso de sociología y de economía política, dos tardes por semana. Luego que pasa Porras la requisa, instálase con su libro y sus notas en la mitad del patio; los otros presos le rodean. Nosotros, silenciosos, tras de nuestras cortinas, escuchamos. Más tarde, sobre un tema dado, cada quien prepara su tesis y le da lectura. Las ha habido interesantísimas. Se han entablado polémicas en las que campean el ingenio, la ilustración y hasta el humorismo de algunos... Pero desde las "causeries" hasta los sermones, con todo ello nos vamos reintegrando poco a poco al mundo civilizado e intelectual del que se pretendió arrancarnos. Y todo por obra y gracia de este hijo del pueblo, ignorante, sencillo, bueno, que pone toda su sagacidad y todo su don natural de disimulo al servicio del bien, haciéndole creer a Medina que nos tiene tan "apretados" como nos tenía Nereo y que aun sabe que hemos roto algunos –mea culpa –la chaveta de los grillos y dormimos sin ellos y nos paseamos de noche por el calabozo para desentumecer las piernas, y hasta nos hacemos visitas, deslizándonos como sombras, de cortina a cortina... Esto se considera dentro de nuestra triste resignación de cautivos como "un abuso". El abuso de las piernas.

Pero por desdicha, antes de que se disfrutara de todo ello, otro compañero moría, solo, ulcerado, sin poder bajarse de la tabla... Era Torres Abandero. Agonizó desde el anochecer. Entre los hipos y las convulsiones, repetía el estribillo con que su voluntad de hierro desafiaba al destino:

–¡Pero no me muero!

En una de las convulsiones, cayóse al suelo con los grillos... El golpe retumbó sordamente; allí lanzó débiles quejidos, y aun repitiendo aquel

"¡pero no me muero!" que ya constituía una obsesión. Fue el cabo con los ordenanzas. Le instalaron en el camastrón; le curaron la frente donde se había hecho una herida al caer, y socorriéndole en lo que podían le vieron extinguirse, entre estertores cada vez más angustiosos cortados por ese terrible y burlesco "¡pero no me muero!" con el cual murió, a eso de las once y media o doce de la noche.

Quisieron los compañeros que pronunciase una pequeña oración fúnebre la tarde siguiente, a la hora de la "clase", que se suspendió en señal de duelo; y así lo hice. Los originales los guardó Arévalo González para publicarlos algún día. Jamás escribí página que saliera de tan hondo en la sinceridad del pesar. Pobre poeta de aquellas "Mariposas" que echara a volar por los jardines caraqueños cuando Caracas era un vergel, una ciudad de espíritus cultos, de bellas mujeres orgullosas del gentilicio gentil y no campamento de soldados mercenarios, tienda de aventureros, pocilga de la piara en asueto.

No supo Torres Abandero, nacido al seudo romanticismo que se inspiraba en Abigaíl Lozano, en Maitín, en Domingo Ramón Hernández, pero que metrificaba mejor, sino de una muy mediocre factura verbal y aconsonantada si bien ya andaban por la lírica americana los tafetanes bordados de Julián del Casal, las gemas talladas de Díaz Mirón –el rebelde lapidario de la primera etapa –y Gutiérrez Najera sentía el revuelo sombrío

"...ya vendrán en galope las otras
las que tienen las alas muy negras".

En un lampo de "Azul" asomaba, asombroso, el chorotega de *Prosas Profanas*,; y las atrevidas realizaciones de Herrera-Reissig y las inquietas vislumbres de Silva constituían capilla de arte auténtico, de inspiración captada en las fuentes originales y no a tragos de prisa y en vaso sobrado. Fuera de tal "élite" formaban una especie de ambiente inspirativo los neorrománticos; vasta melopeya de sonidos, de ritmos, de imágenes y de motivos con los cuales y con un poquitín de talento propio se embriagaban de sensaciones confusas los poetas menores...

¿Qué crimen pagaba con su vida –porque también Gómez lo *asesinó* dejándolo más de un año ulcerado sin medicinas ni alimento debido, ni aire, en el fondo de un calabozo –, qué delito expiaba hasta la última pena este hombre bueno, trabajador, inteligente, inofensivo, que dejaba una viuda y unos niños en la pobreza?

Sencillamente, que era íntimo amigo de Pedro Manuel Ruiz y nuestro, que se dedujo que estaba en cuenta de lo que iba a suceder y no lo delató... Bastó que lo quisiese así cualquier esbirro inferior, que ingresase a la cárcel, que le pegasen grillos para que la ridícula y vulgarísima inverecundía de los Gómez le convirtiese en víctima luego de hacerle mártir.

Por eso no me cansaré de repetir con el maestro del *De Profundis*: "I must accept the fact that one is punished for the good as well as for the evil that one does..."

El horrendo crimen que cuesta la existencia a Leopoldo Torres Abandero es el de ser un hombre bueno e inofensivo en un momento en que el bandolerismo agresivo y la rapiña constituyen la norma de vida de un país.

Una tarde vino a verme Macedonio Guerrero. Me ha contado que por asuntos baladíes, a causa de enredos miserables, le sacaron los Gómez, Eustoquio, Evaristo y Simón, de una finca del Táchira en que trabajaba, le colgaron por los pies y le atormentaron. Enviáronle luego aquí, al presidio criminal. No sé quién se lo recomendó a Medina, y éste que le tiene confianza porque parece ser hombre de valor, lo ha puesto de "cabo de los políticos"... El supone a Macedonio cruel, duro y malo.

Se franquea conmigo; me dice que él sabe que yo estoy escribiendo una obra, y que puedo contar con que él mismo –corra el riesgo que corra – la sacará de aquí y la hará entregar a quien yo le indique afuera...

Y, en efecto, el primer lote de cuartillas mínimas –primero en forma de cigarrillos, en su petaca, luego resueltamente en rollitos –pasó por la prevención y lo puso en manos de una persona de confianza...

Por el correo "aéreo", ahora más fácil, supe que todo llegó a su destino.

Arriban igualmente noticias contradictorias de una invasión próxima. Otras anuncian que los miembros del Consejo de Gobierno desterrados fraguan una gran revolución en los Estados Unidos o Europa y que han reconocido todos la jefatura suprema del doctor José María Ortega Martínez.

Medina le contó a Macedonio y éste a nosotros, que "el viejo" (Gómez padre) habíale dicho el otro día cuando estuvo en Caracas y fue a presentarle sus respetos:

–Ya y que vienen los señores caudillos a atacarme... Que se aprieten los pantalones esos amigos, porque yo los tengo apretados.

Medina añadióle con su sorna siniestra a Guerrero:

–Y dile a los muchachos (somos nosotros, los presos) que no se alegren mucho si se están *creendo* que los voy a entregar vivos...

Guerrero ha contraído con todos el pacto de intentar una sublevación caso de que se trate de poner por obra la amenaza. Tiene amigos en el patio, entre los otros detenidos. Algunos oficiales de la guardia misma ya están en contacto con ciertos presos. Con su calma serena y triste, concluye:

–En todo caso yo estoy y estaré con ustedes. Moriremos matando. Aquí no los dejo yo degollar como carneros.

Por corta providencia, arriba y abajo, ayudados por el cabo en persona, o por los ordenanzas, no hay un solo preso que no se pueda ahora quitar los grillos. Los más maliciosos se preparan a fabricar armas con mangos

de sartén. Pero a barrazos de grillo una carga de sesenta y tantos hombres resueltos es suficiente para abrirse paso...

El 3 de julio por la mañana escriben del patio que el general Pablo Giuseppi Monagas rindió la jornada de su vida. La primera prisión la soportó. En la segunda el incidente del careo de Iturbe y la dura frase de éste le anonadaron, le hundieron. Hombre de honor, lo ocurrido debió abreviar sus días. Contaba con Márquez Bustillos... El desdichado general fue otra víctima del "ultimo lazo en que se ahorcó la civilización". A pesar de que en el patio es la vida penitenciaria algo menos intolerable que aquí, este hombre, delicado de salud, después de resistir año y medio, sucumbía.

Es lógico que en una época en que los Gómez llevan corbata y empiezan a comer con cubiertos, los Giuseppi-Monagas se mueran descalzos, de mengua, en un estercolero... Todo es relativo*.

Al teniente Julio C. Hernández, que dicen que es "espía" –y sigo no creyéndolo –le han pasado del calabozo de enfrente –ese 27 en donde contrajeron la tisis Mejías y Roberto González –para otro de la izquierda 32 o 33. Macedonio ha logrado alojar con desahogo a los que estaban de a dos por celda. Al efecto, Rocha tiene una. Plaza, otra. Pero ya es tarde para el pobre teniente Hernández: la horrible tuberculosis laríngea que degolló a González le ha clavado las garras en el cuello. Se agrava por momentos. No obstante, ha pasado mejor estos últimos días. Le miro siempre, sentado en un cajoncito, a la puerta de su calabozo, más zanahoria, más taciturno, más demacrado, contemplando el patio, el sol que cabrillea en la pila, las palomas que vuelan y picotean.

Ha habido, con motivo de las conferencias de sociología, una interesante polémica –de las de réplica y contrarréplica –entre Miguel Rocha y Enrique Chaumer. Sostiene éste que el venezolano obrero es "flojo". Rocha lo contrario. Se llega a la conclusión de que como "las causas" de la situación del proletariado, aunque ajenas a su voluntad influyen en eso, es difícil a priori establecer como axiomática la tesis de Chaumer. Porque queda planteado este dilema: ¿es perezoso porque no tiene el trabajo o no tiene el trabajo porque es perezoso?

Siso expone otra tesis para defenderse contra los ataques que le han hecho a la suya anterior.

Algunos de los presos de abajo, de los que rodean y asisten a León en sus conferencias, parece ser que a escondidas les escriben a sus "intimos" del alto burlándose de la ciencia sociológica de León, de lo confusas que resultan sus disertaciones sobre economía política. Yo no me mezclo en

* El asunto Giuseppi Monagas lo relata Vicente Rey en la prensa de Caracas (1936) pormenorizadamente.

manejo con que, escalonando una serie de pequeños prejuicios, quieren hacerse un nombre trepando por los propios jarretes de los demás.

El padre Mendoza, en uno de sus sermones hermosamente concebidos y pronunciados durante la Semana Santa, hizo algunas alusiones duras a los jóvenes de ahora, a su lenguaje desenfadado, a que emplean términos de expresión o muy libres o muy vulgares.

Le he contestado, respetuosamente, que el cargo está hecho generalizando mucho. Que Nereo era quien había forjado este ambiente de galera penitencial en que nos agitamos, y que "los nuevos" encontramos reinando, pero que estaba bien reaccionar de eso, aunque no alcanzaba a comprender qué relación tenían los ternos que echaban aquí y allí con los graves cargos que hacía a todos por falta de dignidad en el lenguaje...

No fue con frases escogidas como pudimos hacer más razonable al Nereo que los de abajo sufrieron en silencio luengos años por falta de solidaridad y por rencillas necias.

Esto me sitúa "mal". Se conserva aquí hasta el mismo vocabulario de esta triste etapa de la "política" nacional. Uno que otro odiador gratuito pesca ocasión en el incidente para intentar aislarme de nuevo y que me capte antipatías. Situarse mal es decir a los pueblos y a los individuos aquellas imprecaciones a los fariseos que son sagradas en el Evangelio porque son verdades surgidas de una boca divina, pero que a través de los tiempos, aunque broten del labio de un pecador empedernido como yo, no dejan de ser tampoco verdades. Y lo dicho, dicho queda. Sólo que el padre Mendoza, que también es un santo hombre sincero me escribe: "no crea usted que nuestro afecto se entibia por lo ocurrido". Y el incidente pasa con una mayor y mutua estimación, a lo que el general Delgado Chalbaud, siempre ecuánime y sereno, contribuye. Los de arriba, casi todos, y los de abajo, en parte, se hacen solidarios de mi protesta. Apenas unos cuantos resérvanse por no comprometer sus afinidades electivas con sus corresponsales de pequeños bombos y de "chismecitos" de parroquia...

En estas minucias de la cárcel perfílase ya lo que debe esperarse de la acción de cada quien. Por temperamento, por educación, hasta por filosofía arrancada de la carne viva de la existencia real, entiendo y me adapto a la transacción en grande, a la discreción de tono mayor en los designios magnos y hasta la extrema indulgencia hacia toda suerte de gentes para el logro de fines más altos. En lo que soy nulo, de toda nulidad, es en estas componendas del "tú me dijiste y yo te dije"; en lo que no puedo ni debo ni quiero cosechar simpatías bobas es entre estos representantes de los nuevos ideales que amplían el sistema género chico de hacerse prestigios llevándose bien con los dos adversarios del pueblo: el cura y el boticario. Y con el cura son ultramontanos y con el boticario racionalistas. Este equilibrio entre el hisopo y el tarro de las sanguijuelas me repugna, me fastidia; finalmente me causa tristeza ¡Dios mío! y a la hora en que vivimos, con estos resabios de aldea vamos a descuajar el hediondo cují salvaje que invade todo el predio civil!

La fauna del penal es variada. Entre los jóvenes existe más fácil tendencia a agazaparse a la sombra de los que ellos consideran primates que a solidarizarse en torno de sí mismos, guardando las distancias de proporción inevitables y justas, claro está. Los hombres ya formados, se pliegan... Se pliegan pero sin compenetrarse ni fundirse como ciertos ramajes más fuertes que barren la flor del agua y arrastran dulcemente en torno del tronco, con una especie de instinto vegetal, cuanta hierbecilla suelta u hojita dispersa pasa en la corriente... Todo eso es abono. Las individualidades fuertes, ante este fenómeno de quedarse tronco aislado y áspero, aprenden el juego vital; y se forman las pequeñas sociedades como los bosquecillos, con dos o tres grandes árboles y una deliciosa variedad de pequeños arbustos que perjudicándose entre sí y no cediendo nada a la raíz del vecino, ofrendan el humus propio o el captado al semejante para gloria y frondosidad de los ceibos pomposos, de los jabillos armados de púas donde se hiere y chilla una que otra paraulata de escándalo.

5 de julio de 1920.

Cañón a las seis; cañón a las doce...

Pero a las tres de la tarde, mientras estoy haciendo en un trozo de pizarra mi ejercicio de alemán, en vez de comenzar a escribir bajo el clásico "Aufgabe": "die Hande diesen Madchen sind klein..." he aquí que un grito, un alarido horrible de bestia apuñaleada en la noche, sacude el letargo de la siesta. Y con la cabeza fuera de las cortinas vemos, entre las celdas 32 y 33, retorciéndose en el suelo, arañando el zócalo de ladrillos, los tablones del pasadizo, al teniente Hernández, un despojo humano, verdoso, asfixiándose, desorbitado, queriendo arrancar al aire a fuerza de abrir las mandíbulas un hálito salvador y que clama en una voz que comienza en chillido y va decayendo hasta opacidades horrendas: "¡me muero! ¡me muero!.."

Las manos crispadas se elevan queriendo asir el espacio, la vida que se escapa: "me muero, me muero, me estoy muriendo..!" Y aún más espantosa es la escena: el circo de pesadilla, los rostros de los que miramos –el de Rocha, vecino inmediato, jamás se borrará de mi memoria –el semblante de aquel desgraciado que solloza y se retuerce. Suspenso, miramos fija, tenazmente en los tres o cuatro minutos que dura aquello una eternidad de horror...

–¡Me mue..!

La última sílaba se le estrangula; dobla el cuello amoratado, abre los brazos y cae, al fin, en el reposo supremo, de cara al suelo, mientras los dedos contraídos, amarillentos, van distendiéndose dulcemente como las patas recién cortadas de un ave.

Pasado el estupor, entran el cadáver a la celda para prepararlo.

Le sacan a las cinco y media de esa tarde. A las seis, desde las explanadas del Calvario, retumba el cañón mientras se arrían las banderas de la fecha insigne y las bandas militares soplan a dos carrillos el ritornelo del Himno Nacional.

"... y si el despotismo
levanta su voz,
seguid el ejemplo
que Caracas dio!"

Abajo, contra la pared, en el fondo de un grupo de presos, Carlos León arregla, cuidadoso, la cuerda que le ayuda a soportar sus hierros y pronuncia a manera de oración fúnebre frases serenas, estremecidas de amargura a ratos, a ratos plenas de una noble justicia de conceptos. Este es –dice en sustancia –el resultado de la ignorancia, de la estupidez convertida en régimen, que acumula crimen sobre crimen y a lo que contribuyen, sin darse cuenta, cuantos colaboran con estos bárbaros que merecen más piedad que cólera...

La requisa viene tarde. Sale el hombrecillo de cartulina. Golpea el cerrojo al correrlo. Y la noche del segundo 5 de julio en prisión surge de todos los rincones, invade el recinto donde flota un crepúsculo de angustia, tiende sus crespones opacos prendidos por el foquillo misérrimo que es eléctrico y sin embargo da una luz como de kerosene.

Al otro día, Luciani, quien es sumamente instruido en nuestros fastos, me informa que el teniente Hernández era biznieto, por línea legítima, del General en Jefe Santiago Mariño, de los Libertadores de la Gran Colombia... Y uno de "los sesenta" de Chacachacare, como Sucre.

–Bueno, ¿y qué?

Este muchacho, en cuya inteligencia se agitan una porción de ideas gloriosas y confusas añade, melancólico:

–¿Qué te parece?

Y otro preso, cuyo nombre daré al poder hacerlo sin causarle daño, apunta desde su celda mezclándose al diálogo:

–Eso tiene a Juan Vicente pata de palo... él es descendiente de un señor Gómez y es de "los sesenta" de Cipriano Castro.

Ya Manuel Olivares, el ordenanza, no puede salir de su celda. Se la pasa tendido en la tabla donde murió Domínguez Acosta.

Han puesto en libertad a Hernando Castro, hijo de don José Cecilio. Menos mal. Nos evitamos quizá la pena de ver que asesinen aquí a un nieto de Gonzalo Cárdenas. Ha sido un buen compañero; generoso, bromista, risueño. Con ese buen tono hidalgo que le viene en la sangre: el

saberse reír del dolor y evitar muecas inútiles y actitudes de víctima para mover la piedad de estos belitres. Nos alegra verle partir: nos entristece al mismo tiempo. En la prisión hay estas sensaciones, complejas, que desintegran hasta la conciencia real de las cosas. Igual cosa experimentamos con la libertad de Cástor José Curiel Coutiño, estudiante coriano y muchacho listo, astuto, reservado, pero de índole excelente.

A Plaza le sueltan también, diz que por influencia de un doctorcito Bueno que es pariente de los Revenga y los Revenga han venido a serlo de los Gómez. Ultimamente me había informado que él, Pedro Brito, Pedro Zuloaga y no sé quién más, antes de ocultarse, el domingo 19 de enero del año pasado, habíanme dejado en el Gran Hotel un recado de lo que ocurría, recado que no recibí y que tal vez me hubiera permitido escapar... Pero bien, ¿no entra en ese orden filosófico de que lo mejor es lo que sucede, al hallarme yo aquí, ver cuanto está pasando y, si no me amortajan en la cortina como a los otros, poder algún día publicar esta vasta y espeluznante tragedia?

Hay otro, en libertad. En libertad para siempre de la crueldad de los hombres: Manuel Olivares. Murió al amanecer. Es de los presos de Guayana... Pobre hijo del pueblo, víctima propiciatoria de las matanzas colectivas que empezaron a tiros en las selvas del Orinoco y tendrán su epílogo en estas cajas de piedra.

Los compañeros Narciso, Carías, Mogollón, el coronel Reyes Moncayo, el coronel Américo Spinetti, cada día más consumido y afónico, contemplan el cadáver del camarada haciéndose la terrible pregunta: ¿a quién le tocará después la hora de salir hecho un lío de miseria por ese buzón?

La muerte pega saltos del piso alto al bajo: van alternándose los zarpazos entre "nuevos" y "viejos".

Ahora hay remedios, más recursos. El cabo hace lo humanamente posible y hasta lo arriesgado para evitar estas catástrofes, pero son resultados del "trabajo viejo" –como decía Nereo. –Así que yo no sé cómo están vivos algunos. A Román Delgado le atacó una especie de difteria a mediados del año pasado y no consiguió que le pasaran remedios. Porras Bello le arrancaba de la garganta, a punta de dedos, las falsas membranas como pañuelos para que no se asfixiara [24]. A Carlos León le dio una tifoidea, y la sola naturaleza le salvó. Porras, el del "chiste diario", apenas logra para él que le pasen a otra celda.

Todos, quien más, quien menos, atravesamos crisis de salud inquietantes... Yo empecé, como los otros, con la disentería reglamentaria... Una noche, a fines del año pasado, ya exánime, asqueado del mal, de la

[24] En vano pensar en otro remedio que la mano y el agua de la pila. Fue de darnos por muertos. La virulencia del bacilo Klebs-Loffler iba a verse pronto. Pero Delgado Chalbaud curó tras pasar días terribles con esas curas rudimentarias. Como saben los profesionales, cuando el sujeto resiste a la enfermedad queda aún expuesto a las parálisis propias de la misma. No hubo otro caso.

vida, de todo, viendo que con la terapéutica de "no comer" –es decir, no devorar granos crudos en salmuera –iba de mal en peor, resolví dejarme llevar suavemente al nirvana final por ese sueño perenne que causa la desnutrición... Se piensa en la infancia con una lucidez extraordinaria: detalles triviales de la niñez: dónde estaba situado cierto objeto, cómo era el dibujo de las tazas, el nombre de cierta criadita joven que se mezcla a los primeros brotes sensuales de la adolescencia, la bondad de mi aya negra, que murió siendo cocinera en mi casa, la vieja Lina, esclava manumisa de los Espinosa de Bárbula, con su camisa blanca, su faldón de zaraza almidonada y el eterno pañuelo de madrás por la cabeza y que a través de tantos años y de tantas penas viene a mí desde distancias de remembranzas incalculables y revive en mi oído las historias maravillosas, las afirmaciones que hincan más profundamente en la tradición que los tomos copiosos y documentados donde vamos, más tarde, a ratificar la simple sencillez del recuerdo.

–... y salimos toda la servidumbre de mis amos los *Espinosas.* Yo lo *vide* como si fuera ahora. Cuando Bolívar y el general *Pái* se abrazaron, los cordones de las dos espadas se tramaron solos y hubo que traer una tijera para separarlos... La gente dijo que eso tenía una *significancia.*

Nunca decía la negra "el Libertador", ni siquiera "el general Bolívar"... Para ella "el general *Pái"* (Páez) era "el esclarecido", "el León de Payara" y a veces ¡oh, sí, cuántas veces sorprendí en sus ojos de esclava, ya apagados por nieblas de años de servidumbre y por el humo humilde de las sopas domésticas, el lampo de una adoración oculta cuando en el curso del relato le llamaba "mi catire viejo"! ¿Es que tuvo en alguna hora fugaz entre sus recias caderas africanas toda la gloria de Mucuritas, todo el vértigo calofriante de Las Queseras del Medio?

Después hubo en casa una anciana solterona, que mamá buscó para hacer compañía a mi abuelita. Llamábase Lorenzana de Gavidia. Gente española, empobrecida, oscurecida. Y aunque menos anciana que la negra Lina, conservaba recuerdos de la Independencia y evocaba, con una extraña simpatía, la gracia, el "jaite" que decían los criollos a comienzos del siglo pasado, de los oficiales españoles, cuando ella y sus hermanas iban a los saraos... Salía, desairada, como un ave con el ala rota, y en mitad de la sala imitaba el gentil paso de las contradanzas, las viejas genuflexiones de la "virginia", el salto alegre y pueril de "la cachuchita".

Pero esta anciana célibe, de pura cepa peninsular, con todo y referirme cosas de una esfera más elevada –recepciones a Morillo, el Pacificador, fiestas de la patria ya constituida cuando la señorita Nieves Ríos y "un coro de vírgenes valencianas" llevaban con cintas alegóricas las carrozas de cartón victoriosas –no tenía a mis ojos de niño aquel sublime interés de la negra que, arrebatada, evocando lo del guerrillero Cisneros, decía: "y entonces el *lión* de Payara se dio los *gorpecitos* en la quijada de cuando se *resorvía y jue* y le dijo". O al relatar las horas dolorosas y tardías de la catástrofe del héroe, vencido y humillado en la capitulación de Macapo

Abajo, nuevo Cortés en la más triste de las noches tristes, referíame teniéndome en sus rodillas y metiéndome el rostro contra el suyo, transfigurado de pesar: "y mi catire viejo como tigre cogido en trampa se tiró de cara sobre una cobija y pasó la noche llorando"... Cuando la negra vieja retiraba el rostro de mis mejillas yo las sentía húmedas...

Fui evocando con absoluta precisión todas estas escenas de mi vida, como quien reseña una existencia que está ya próximo a abandonar. La vida en estos casos es como el periódico leído que se abandona en un tranvía. Remordimientos, orgullos, tristezas...

Apesta el calabozo, los míseros trapos, los muros, ¡todo! Debo disolverme en excrementos, soy de la época séptica, de los días de la defecación nacional... Muriendo así, no haré sino cumplir el rito de la hora presente: que la protesta se acalle en el silencio de la materia fecal. La que rebosa del régimen, de la sociedad, del concepto público llena este pozo de piedra y nos ahoga lentamente.

El nivel sube, sube, y es preciso morir. Ya la dieta no resulta sino una prolongación del sucio tormento cotidiano. Junto a la cortina –como el arma ante los ojos de un banquero fallido –está un pote grande, lleno de granos duros, picados, de película áspera como hule, nadando el gorgojo en la superficie de un caldo de tierra, grasa rancia y exudación fermentada de las féculas. Es preciso acabar de una vez. Y sin resollar, como quien apura el ánfora de la cicuta antigua en forma hedionda, indigesta y vil, a grandes tragos sin casi masticar, alojo en mi estómago ulcerado la ración final hasta ese fondo en que lo mal lavado del grano me llena de arenillas la dentadura. Súbome como puedo a la tabla, vuelvo el rostro a la pared y espero... Ahora viene el sueño, mañana... Mañana la muerte comenzará a preparar mi libertad. Al otro día no evacué sino sangre pura. *"Ça marche, ça ira"...* Y volví a comer el "rancho".

Tres días después estaba curado.

Esta etapa de Nereo ha sido de un horror y de una infamia únicas.

A pesar de todo cuanto hemos pasado, con los pocos meses de fines del año que corre y con el nuevo cabo volvemos a reconciliarnos con la vida y a reforzar de esperanzas la paciencia. La única salvación es el estudio, la mente ocupada. Como poco y lo más sano posible. Pensar lo menos en nuestra situación. No forjarse ilusiones de libertad que sólo prolongan ansiedades. Así que con un pequeño diccionario me impongo, como ejercicio recreativo de los estudios de idiomas y de economía política, la versión de *L'Aiglon* de Rostand en alejandrinos españoles. Tiene la tarea dificultades insuperables. Ese metro francés, al que el poeta de Roxana le da una extraordinaria flexibilidad resulta monótono en castellano, y ese acento tónico casi sinaléfico en que se apoya a veces, evade el corte clásico de los dos hemistiquios imperiosos. La labor me absorbe. He pasado noches de desvelo alterando una frase para que las sílabas de un verso, sin adulterar la idea, tuviesen el sabor, la elegancia desenfadada del ilustre poeta de *La Dernière Nuit de Don Juan.*

Más de tres meses me llevó la traducción de los seis actos. He hecho este trabajo, como la versión al alemán de pequeños trozos de Tácito, más como ejercicio que como labor artística. Con todo, no estoy descontento del primer borrador de mi ensayo y quizás algún día vuelva a ponerle la mano a ese trabajo. En mucho me ha facilitado esta versión el conocimiento exacto del momento histórico; ese curioso período a raíz del congreso de Viena y los detalles conocidísimos de la catástrofe napoleónica que Byron condensó en aquella frase admirable: "después de Luzbel ni hombre ni demonio han caído desde tan alto".

Bien es cierto que "el rey de Roma" del poeta, ese príncipe atormentado, suerte de Hamlet, de Manfredo y de "don Carlos" de Schiller, es, ante la verificación histórica, un pobre degenerado, abúlico, triste, tuberculoso, que le escribía a sus tíos los archiduques las cartas más humillantes. El noble creador de ese fantástico duque de Reichstadt, responde, con lírica altivez a Federico Masson:

"Qu'un vain paperassier cherche, gratte, et s'informe;
Même quand il a tort, le poète a raison..."

Admiro esta profesión de fe lírica; apaciguo mis penas también en las fuentes de la poesía del entusiasmo y de la ficticia creación heroica; pero me queda siempre la noción de que de espaldas a la realidad, a la vida, la obra de arte –así sea de un excelso artista –es apenas una suerte de espectáculo que el artificio sirve a la imaginación, y por eso el mejor cuadro de Burne-Jones o de Dante Gabriel Rosetti, y en general los de todos los prerrafaelitas, causan un efecto como el del cromo de una tapa de caja de dulces junto a un aguafuerte de Goya; y el embellecedor Bernini no vale el más descuidado zarpazo que en la piedra viva dejó Buonarroti. Se abre esa pausa misma entre los efectos rebuscados o fáciles de *Carmen* y las tremendas realizaciones del insuperable sordo de Bonn. No es la cuestión del estilo y del panorama artístico o de la mayor o menor inspiración; no, es que de ese arte, surge la verdad incomparablemente desnuda con la divina estrella en la cabellera sin peinar.

¿Qué destino aguardará a estos cuadernillos de papel de estraza que ya puso a salvo Macedonio?

Los escritores tenemos una suerte de cementerio de familia en donde yacen hijos que amamos y que no resistieron la dentición.

No obstante los seis muertos que ya lleva a cuestas este año y que pertenecen en rigor al "trabajo viejo" de Nereo, esa etapa de horror pasó... Queda sólo un cautiverio prolongado, indefinido, que vive a saltos de esperanza en esperanza, de fecha en fecha, de ilusión en ilusión, como sapo moribundo.

Ahora tengo libros, muchos libros. Una pizarra, lápices, papel, agua, jabón... Tengo la vida ¡en fin!

Me levanto de mi dura tabla –que fortalece como el lecho espartano – con el golpe de la diana, a las cinco. En la penumbra hago mis abluciones y destilo mi café. Separo una tabla que logré arrancar del maderamen en que duermo para sobre una lata improvisar mi bufete. Tengo un banquito, mis libros, mi pizarra. Estudio encarnizadamente alemán. Chaumer corrige mis ejercicios. Ya puedo leerlo; ya escribo algo. He dominado ese tremendo obstáculo de las declinaciones del nombre, del adjetivo, del caso. Mecánicamente me ciño al método de "pensar" la frase en tudesco; y los verbos de partícula separable son casi un mero ejercicio de memoria, cogido ya el modo de insertar las partes de la oración entre la partícula y el verbo. ¡Diantre de idioma tan copioso, tan rico, tan profusamente preciso!

Entre días le doy una mano a la versión inglesa de Dolf Willard. La mañana es para los idiomas. El mediodía de lectura hasta las tres, cuando Chaumer devuélveme mis ejercicios corregidos. Y luego escribo hasta el anochecer. De seis y media a ocho y treinta, un poco de charla en voz baja con el vecino o tararear a media voz, o silbar o escuchar a otros que hacen lo mismo. Ya Chaumer, que tiene una hermosísima voz de barítono, desde tiempos de Nereo se atrevió a entonar, rogado por nosotros, el "prólogo" de *I Pagliacci*. Y algunas canzonetas italianas: "O Sole Mio", "Torna a Sorrento", "O Mari". Y la afición musical del cabo le compensó con un mejor trato, como a Tancredo Pimentel por sus "cuplés" con voz asmática, como a Leo por el retrato que le hizo. En la actualidad, que se dan conferencias a ciertas horas y los libros entran y pasan de mano a mano, el ambiente se ennoblece, los hombres "se conocen" mejor. Todo lo amargo y duro de antes cede a métodos menos brutales. No obstante, Macedonio, que se ha "comprometido" demasiado, logra que le nombren "cabo" de las dos rotundas, y deja ésta, directamente, a cargo de un tal Meza –resulta ser hijo natural del general Eduardo Sánchez, preso en el 47, a quien Iturbe mantiene porque el hijo no le da ni un cigarrillo.

Es un mulatico de Maracaibo, de ojos tártaros, ladino, servil, disimulado. Abajo alguien le ha dicho que yo escribí un libro "contra" los maracaiberos y el autor del excelente "chismecito" logra que el muchacho me vea de reojo. Sólo que ya todo está en otro pie. Macedonio, que es el jefe de los cabos, da sus vueltas por acá, nos visita y oye las quejas... Meza no comienza mal. Sencillamente continúa el "laisser-faire" del otro. Pero al poco tiempo adivinamos que no se le tiene sino por la codicia. Como le dan cierto día de licencia para que salga y pasee, lo aprovecha cogiendo dineros y regalos casa de los presos que tienen cómo hacérselos dar por sus familias, adonde va "de visita"... Hasta ahora no ha hecho sino cortejar a las que le sacan algo, si bien trata con una bondad forzada a todo el mundo. Tiene el sonsonete del Saladillo[25].

[25] "Con aquel Saladero – que llaman Saladillo – donde el acero sabe – la ruta de la entraña..." ha dicho Arvelo Larriva.

Cuando algún papanatas agradecido por un cabo de vela o por una hallaquita me dice: "¡Qué bueno es el cabito Meza!" suelo responderle:
–Ruégale a Dios que no nos quiten a Macedonio Guerrero.
Uno de los rasgos de éste, antes de instalar a Meza como cómitre aquí, fue hacer pasar del patio a los chiquillos huérfanos o vagos que la policía de Caracas recoge y envía a la cárcel, como si fuese casa de corrección, para que allí, entre presidiarios de delito común, sirvan de pasto a su lascivia de degenerados y al ambiente infame de las galeras.
Macedonio ha logrado que Medina los mande al presidio político para reemplazar a los ordenanzas que se han muerto y al mismo tiempo para salvarlos del horror del otro recinto...
Primero trajeron a Félix Manzo, caraqueñito de unos doce años, chiquillo huérfano, de los que se cuelan en los espectáculos, van de polizón en los vehículos, duermen bajo los puentes, comiendo regularmente por temporadas y vistiéndose irregularmente todo el año... El pequeño Gravoche es acogido por todos. Le dan ropitas. Miguel Delgado le enseña a leer; y por las noches, acompañándose en una latica canta con esa voz fresca y grata de los niños, las coplas maliciosas y cochinas que salen de los albañales del barrio de San Juan o de las zahúrdas del Cerro del Obispo, se riegan por las calles y van a parar a los labios distinguidos de Altagracia y El Paraíso.
La experiencia con éste hace que en breve traigan otro. Un negretín llamado Jesús María Toro, hijo de un zapatero, ladrón como una rata, vivo como un rayo. Sus ocho años valen más que los doce de Encarnación Rodríguez, que llega después, huerfanito paliducho, triste, de ojo de animalillo doméstico que se pierde en una calle desconocida y cuyo corazón de niño parece buscar ternuras maternas que le faltaron... Conserva en la fisonomía los rasgos melancólicos que tienen esas criaturas desmadradas. Cuando fue tomando confianza, algunas veces entraba de súbito en mi calabozo y me echaba los bracitos por el cuello con el pretexto de hacerme cosquillas o de jugar. Yo bien sé que buscaba una caricia. Me ha dicho que después que su madre murió, su padre se puso a vivir con otra mujer y ésta hizo que lo botara a la calle... Pasaba sus hambres con pretextos de jolgorio, atrapaba un trabajillo aquí: llevar un bulto, barrer un portal, ayudar a un puesto de frutas a vaciar las cestas; el otro, Pedro Arnao, que vino luego, tendrá trece años, es reservado, bellaco, buen chico de cabeza terca, de los que asisten a las travesuras y se quedan detrás para correr primero. Son de mejor índole, el blanquito y los dos indiecitos, pero perezosos para estudiar; Pedro es torpe; Encarnación tiene la energía pobre y la inteligencia anemiada. Como no hay forma de que se le haga aprender nada, ni siquiera a contar, consigo un juego de dominó y le enseño a conocer las piedras; luego él, otro de los chiquillos, el ordenanza y yo jugamos cada sábado dos partidos en mi celda a la luz de una vela. El juego le hace pensar, calcular. Sin darse cuenta suma, resta, divide. Y luego, refiriéndole farsas que fabrico adrede, voy desentumeciendo aquella inteligencia tan enferma, tan nebulosa...

Jesús María Toro, el diablín negro como el ébano, tendrá cinco o seis años. Le trajeron vestido de andrajos, cubierto de sarna desde la cabecita encerdada hasta los pies de rana hinchados por las niguas –que en los negritos flacos la piel descolorida de la planta rodea los dedos de un ribete claro como si fuese una sandalia de fieltro. Porras Bello le dio un baño formidable a base de jabón de la tierra, le cubrió luego de azufre y lo puso al sol. Misérrimo, a vetas negras y amarillas, con todas las costillas marcadas, el vientrecillo en bomba bajo el cual el sexo parecía una gota de alquitrán coagulado, y con su inmovilidad de pavor y sufrimiento ante aquella higienización heroica parecía uno de esos idolillos desenterrados en las termas de Caracalla, divinidades exóticas de cultos obscenos.

Se lo entregaron al general Delgado Chalbaud, a quien llama "papá". Lo ha vestido con ropitas nuevas, lo ha calzado, pasa los mediodías luchando por enseñarle a leer, a ser aseado, a rezar, a conducirse bien. Este infortunado general pone en aquel chiquillo la ternura que no puede poner en sus propios hijos, arrebatados a su afecto por años y años de incomunicación y de martirio... Pero no es buena la índole del negrillo – el único de los cuatro que tienen padre y hogar; sólo que el padre bebe y lo zurrea y el chico se echó resueltamente a vago y a ratero. Nos refiere que su "hotel" estaba debajo de la plataforma esa de madera en que toca la banda municipal de la Plaza Bolívar. Allí él, y otros granujillas, tenían su guarida, ocultaban sus raterías y en las noches de frío, estrechados unos contra otros dormían a pierna suelta el sueño largo y feliz de su infancia. Así los pescó la policía...

–Y Pedro– añade el otro granujilla de Encarnación– nos mandó para acá sin más *desplicaciones*.

Este Pedro es el que llaman en Caracas "coronel Pedro García L., jefe de la seguridad". ¿La "seguridad" de rolo y cabestro? ¿Dónde diablos aprendió que se moraliza una ciudad cogiendo los granujillas y zampándolos en un presidio? Los Gravoches y las prostitutas de Caracas le llaman "Pedro" a secas.

Al principio Jesús María, *Chucho,* le roba a su "papá" trozos de queso, papelón, cuanto puede engullir. Y se la pasa con el estómago perdido. Se lo lleva al Padre Mendoza y éste le habla de San Agustín, de Dimas y Gestas, del buen samaritano. El negrito sale de allí todo compungido y va a atrapar el primer trozo de queso que encuentra.

Se lo dejan unos días por vía correccional a don Avelino Uzcátegui. Y como el pobre anciano tiene poco o nada que robarle en su celda, el diablillo le hace todas las travesuras del mundo.... A cada instante oímos al viejo tigre con sus característicos diminutivos:

–¡Mira, chiquito, no te comas el quesito porque te voy a dar tu nalgadita!

Una mañana oímos que cumplía la oferta. Sólo que el general Delgado tuvo que hacerle poner remedios con Porras Bello porque la zarpa formi-

dable de don Avelino, con la nalgadita, aunque trató de no hacerle daño, por poco le deja sin culito al negrito.

No; ni la Rotunda, ni San Agustín ni las nalgadas tremendas, no. En cuanto sacie el hambre, le abandonará la idea del robo. Luego la prédica –a estómago lleno, eso sí– hará lo demás. El fundamento de la moral se apoya en la satisfacción regular de los instintos naturales.

Nos hemos echado a reír hasta las lágrimas Iturbe y yo porque el general Delgado escribe como una solterona desolada con un sobrino calavera: "no sé qué hacer con el negrito, me tiene loco: no me deja ni agua en la pimpina, ni reposo, ni queso...."

Como es un rayo de listo y devora el queso como un ratón, Hernando Castro lo apodaba: "Rayo Quesares".

Y la sátira parece que le hace más efecto que los aforismos evangélicos del Padre Mendoza. Por supuesto, el negrito es un briboncete: va a veces siguiendo al Padre Mendoza, se arrodilla de golpe, le coge la orla de la sotana y se la besa con aire de atrición....

Román Delgado lo castiga más bien para el público, para el "qué dirán", y si el negrito llora empieza a mirarlo, a acariciarlo, y ¡le da otro trozo de queso!

¡Hasta al grave Arévalo le hace el negrito cada trastada!.... Y sin embargo le corre una chispa de risa por los ojos y lo contempla con una ternura triste. No respeta sino a Porras Bello –este santo laico del siglo XX– porque es el que aplica los ungüentos que hacen arder el cuero y los purgantes que saben a demonio.

Iturbe tiene como mandadero a Encarnación; y lo oigo a veces refiriéndole al chico y a los otros, sentados en rueda en su celda, los cuentos de tío tigre y tío conejo y las mil y una hazañas de Pedro Grimaldi, riendo con ellos como con otro niño.

¡Y éstos somos en la intimidad los hombres enemigos del orden, de la tranquilidad pública, los que vamos a invertir el orden social "garantizado" por el general Gómez!

Naturalmente que ése sí que lo invertiremos. Ese que tiene hombres decentes como a galeotes, aherroja ancianos e interna en estas zahurdas a chiquillos que debieran estar en la escuela o en las rodillas de sus madres....

Zumba un motor.... Alguno grita:

–¡Un aeroplano!

En un estruendo formidable de hierros sacudidos, los de arriba que no podemos ver nada y los de abajo, que ya están todos en el centro del patio con la nariz para el cielo, asistimos al cruce del avión a algunos metros sobre nosotros.

Debe de ser ya una abeja de metal que se oculta en el disco de la azotea, contra el cielo.

Y el goce de verle pasar y la decepción de que desaparezca tan pronto se estampa en rasgos tan complejos sobre los semblantes de los que están en el patio que les iguala un instante: un rostro de boca abierta, estúpida y ojos de una tristeza infinita.

Va un hombre arriba, rigiendo gloriosamente los nervios del metal que vuela; quedan abajo otros, arrastrándose, bajo el peso del hierro infame.

CAPITULO XXXI

Un poema de renunciación – Admoniciones al doctor Cándido Pangloss. – El traidor necesario – Biografía en esbozo – "Peguen, pero escuchen" – Una enfermedad necesariamente mortal – Nuevas "apuntaciones" para una vida y milagros – La embriología y la sociología – Las misiones, las comisiones – Conjugando el verbo condecorar: yo te condecoro, tú me condecoras, etc. – Uniforme y trufas – Secretos de estado y estados de secreto – El exterior en interiores – Villaespesa, sus dramas tragi-líricos – La tizona y el sable – Acercamientos distanciadores – Miguel Morayta y su historia de España – Lecturas, lectores – El caimán de Sabana de Paja – Tomás Funes y su banda – La invasión de Arévalo Cedeño – Las ejecuciones de Río Negro – La última ilusión de don Avelino.

Octubre-Diciembre, 1920.

EN LA VELADA de cierta noche he recitado unos versos de Leoncio Martínez. De los jóvenes escritores de esta generación es Leo el más generoso. Nunca lo sorprendí en una de esas tristes hipocresías o falta de compañerismo y hasta de justicia con que el venezolano moderno presuntuoso y vacuo, pretende tapar el sol con un dedo. He admirado su bondadosa acogida para todos y la severidad risueña, cruel y burlona con que sabe poner a buen nivel la presunción y la maldad. Le hallé siempre apadrinando principiantes. Seguro de su talento, no calla porque se cultive en derredor de alguno la conspiración del silencio; y bajo un concepto ligero y mordaz de ciertas cosas, oculta, con un pudor muy cómico, un fondo bondadoso, sentimental y noble. Lástima que el ambiente y una débil condescendencia –nunca una complicidad– con el mal torpe y aterrador, le hayan hecho claudicar o tolerar o simular que tolera. No necesitaba pagar con un elogio público el devoto interés con que aprendí sus versos y los di a conocer. Casi me apena esta especie de compensación que en la malevolencia circundante pudiera considerarse como un bombo mutuo del que por desgracia, se pagan o se cobran los intelectuales de albondiguilla. Esa poesía suya tan honda, tan sincera, basta ella sola para inscribirle como un poeta de una inspiración original, desenfadada, sí, perop llena de esa supremo encanto del presentimiento y del dolor.... Para él no es un mero precepto la afirmación de Goethe: "el sentimiento es

todo; el hombre no es más que ruido y humo, zarza ardiendo que nos oculta la belleza de los cielos. Lo mejor del hombre es lo que se estremece y vibra en él".

En el silencio, cortándose mi voz por la emoción, cayeron los versos sobre la noche del penal, amarga canción del destierro inevitable.

El lo escribió: yo casi he vivido su poema:

(1)

"Estoy pensando en exiliarme,
en marcharme lejos de aquí
a tierra extraña donde goce
las libertades de vivir:
sobre los fueros: hombre-humano
los derechos: hombre civil.
Por adorar mis libertades
esclavo en cadenas caí;
aquı estoy cargado de hierros,
sucio, famélico, cerril,
enchiquerado como un puerco,
hirsuto como un puerco-espín.
Harto en el día de tinieblas
asomo fuera del cubil
bien la cabeza, bien un ojo,
bien la punta de la nariz;
temeroso de un escarmiento,
encorvado, convulso, ruin
—como ladrón que se robase
sólo el reflejo de un rubí—
por mirar brillando en el patio
el claro sol de mi país.

(2)

¡Sol para iluminar ensueños
de vastos campos sin confín,
del cielo abierto a la esperanza,
de las alas tendidas! Y
aquí alumbra torvas miserias,
venganzas crueles, odio vil
y un dolor que no acaba nunca
ante otro dolor por venir...
¡Oh la bendita tierra extraña
donde nadie sepa de mí!
adonde llegue de atorrante
sin ambiciones de Rothschild
con la mediocre burguesía
de que me dejen existir!
Hablaré mal en otro idioma,
comeré bien otros *menús,*
y alguna tarde, arrellanado
en mi sillón de marroquín,
viendo a través de los cristales
un cielo de invierno muy gris,
pensaré en los muertos amados,
en los amigos que perdí,
en aquella a quien quise tanto
con la vesania juvenil
de cuando iluminó mis sueños
el claro sol de mi país!

(3)

Estoy pensando en exiliarme;
me casaré con una miss
de crenchas color de mecate
y ojos de acuático zafir;
una descendiente romántica
de la muy dulce Annabel Lee,
envanescente en las caricias
y marimacho en el trajín,
y que me adore porque soy
tropical como el mono tití...
Que me pregunte ingenuamente
—¡y no la habré de desmentir!—
cómo es cierto que en Venezuela
los coches de la gente *chic*
los tiran parejas de tigres,
de tigres "tamaños así..."
(y la altura de un elefante
marcará su mano pueril).
¡Qué fantasías desarrolla
el claro sol de mi país!

(4)

Mis hijos han de ser gimnastas
con el ímpetu varonil
de quien tiene libres los músculos,
libres el pensar y el sentir,
pues nacerán en tierra extraña
y no en la tierra en que nací;
y mis nietos, gigantes rubios,
y de cutis de cotoperix,
bíceps y espíritus de atletas

con volubilidad infantil,
puede que se me parezcan,
tal vez tengan algo de mí:
la realidad de mis ensueños,
la mentira de mi sufrir.
¡Pero en vano entre sus cabellos
hundiré mi mano febril,
echaré hacia atrás sus cabezas
y buscaré, sin conseguir,
en el fondo de sus miradas
el claro sol de mi país!

(5)

Y cuando ya, siempre extranjero,
descanse más libre por fin,
y tenga lo que a mí me niegan:
la libertad del buen dormir,
en un cementerio evangélico,
cubierto por el cielo gris,
allá que no hay flores al año
sino una vez, mayo o abril,
a falta de la cruz de té,
del nardo, la rosa o el lys,
colocarán sobre mi tumba,
grabado a rasgo de buril,
un versículo de la Biblia
o alguna corona de zinc.
Y ya muchos años más tarde,
muy cerca del año 2000,
mis nietos releyendo las fechas
de mi muerte y cuando nací,
repetirán lo que a sus padres
cien veces oyeron decir:
–¡ya le darán cierta importancia!–
"el abuelo no era de aquí,
el abuelo era exiliado,
el abuelo era un infeliz,
el abuelo no tuvo patria,
no tuvo patria..." ¡Y ellos sí!

(6)

¡Ah, quién sabe si para entonces,
ya cerca del año 2000,
esté alumbrando libertades
el claro sol de mí país!"

Dan profunda tristeza estos versos. Es un humorismo cuya acedumbre destila como por una piedra hasta el fondo de nuestro corazón. ¡Pobrecitos mis compañeros y aun mis enemigos de esta generación que heredó con la abulia ún genio enfermizo y una dolorosa pasividad que se ilumina para la derrota con las luces todas del talento y de la ironía!

Escribo, escribo en el fondo de mi calabozo estas memorias que no sé si verán luz algún día cuando ya mis ojos duerman en la eterna tiniebla. Y es tan hondo mi dolor, y siento en mi alma de tal suerte la ciega brutalidad de ese ultraje a la dignidad y a la vida, que en este instante mi cólera misma se nulifica. Dios tenga piedad de nosotros, de los malos, de los buenos ¡de los irresponsables! A estas horas en que agonizamos y mordemos con dientes viriles una congoja que no es llanto, en las cavernas del mal nuestros hermanos se arman contra nosotros, escriben contra nosotros, nos burlan, nos aborrecen, nos escarnecen porque a su vista somos los enemigos de su pan, de su gloria, de su tranquilidad. Ciegos en la hora del hartazgo, o peor aún, de la limosna, nos dejan perecer por cobardía o por complicidad, y acallan las voces que yo sé que hablan en el fondo de sus conciencias, forjándose una ideología cómoda que disfrazan de habilidad, de lealtad, de consecuencia, ¡de todos esos conceptos, de todos esos adjetivos estupefacientes con que el miedo simula razones contra la razón! ¡Oh, sí! Están como bajo la influencia de una droga. Hombres incapaces de permitir un desmán, una deshonra doméstica, una ofensa personal, se encierran en un cuadrilátero familiar y nos abandonan al

ultraje, impávidos: –"Conmigo no se han metido..." Compañeros de ideales que ven tarifado su talento y envilecido su nombre al servicio de seres a quienes desprecian profundamente, aprestan su inteligencia, su hombría, su dignidad de entidades pensantes para que un bárbaro entronice, con ellos pero contra ellos, la perdurabilidad de su barbarie. Y como bajo un narcótico que anula el pudor, la reserva, el sagrado e íntimo fuero de la desnudez, yérguense exasperados por la droga del miedo– servida a grandes dosis– y nos increpan desde los congresos y desde los periódicos, desde las esquinas y desde el lecho de sus mujeres:

–"Vagabundos...." ¿Y a dónde que no sea a la sala mortuoria del Hospital Vargas o a las playas de la lejana miseria van nuestros destinos?

–"¡Perturbados!" ¿De nuestra dicha, de nuestro interés, del despotismo que los ata?

–"¡Especuladores!" ¿A qué precio? Un pote de frijoles podridos inyectados de arsénico, una mortaja sucia, un puñado de tierra en la boca...

Hermanos locos, hermanos insensatos, hermanos imprudentes ¿no veis que con el mejor de ellos estáis en peores condiciones que con el más desacreditado de los nuestros? ¿no comprendéis que en nosotros hoy se cumple la sentencia de la barbarie que mañana va a ensañarse contra vosotros?

Es una ilusión. ¡Un sueño de locura! No se pasarán muchos días sin que los favoritos de hoy sean los desterrados, los prisioneros o los arruinados de mañana.

Aquí están Iturbe y Delgado Chalbaud, Simón Bello y Avelino Uzcátegui. Un día en estos hombres despertó el alma dormida, volvieron a la vida y miraron en derredor... Aquí están condenados a aniquilarse, a roerse los puños de desesperación, a morir quizás... Y también aquí están Arévalo González y el padre Mendoza y Néstor Luis Pérez, y nosotros todos –yo que estuve con aquéllos y con éstos. El balance es el mismo: El porvenir aguarda aquí a Galavís o a Arcaya, a Vallenilla o a Jurado... Y si escapan de la cárcel, una buena mañana estará al zarpar el buque para el destierro oficial con honores de ración. Una vez Gil Fortoul tuvo lo que hoy tiene Márquez Bustillos; otra vez Andara sentóse en el sitial de Gil Borges... Logrado su propósito de ultraje, de envilecer, de hacer cómplices a los hombres distinguidos por sus luces o por su ciencia, pasaron a dorarse un instante, en la esperanza del favor de Maracay, Zumeta y Pedro Emilio Coll, Díaz Rodríguez y Guevara Rojas. ¿Qué ha sido de ellos?

Como a un tonel de desperdicios, las hopalandas jurídicas, las hopas amarillas y los mantos literarios, arrugados, estrujados, llenos de escupitajos y de colillas de cigarro en antesala de cuerpo de guardia van a mezclarse con la basura toda de diecinueve años de desperdicios políticos... ¿Y es para esto, para serle leal, consecuente y eficaz a semejante ingrato, a tal inconsecuente, monstruoso, frío e interesado que vosotros os sacrificáis sacrificándonos?

No, no, no. No se lean estas líneas; no se crea en ellas. Es dicterio de preso; exasperación de cautivo; pasión de encadenado. Empero...

Recorred la lista de los que *han ido pasando en el favor oficial,* y si después de recorrida os queda un sentimiento lógico de consecuencia para este ignominioso "caudillo", arrancad a Pangloss de una página de Voltaire y meteos de cabeza en la estupidez suicida.

Hay que extraer del vocabulario el verbo traicionar y darle una serie de aceptaciones patrióticas:

Hay que traicionar a un hombre para salvar a tres millones de hombres.

Hay que traicionar a un bandido para librar millares de víctimas.

Hay que traicionar a un traidor para que se nos perdone en nombre de la patria santa, nuestra madre, la debilidad con la que el destino, las circunstancias y la hora obligaron, cegaron y turbaron nuestra razón.

Hay que traicionar a Gómez. Hay que traicionar en Gómez la personificación de la traición.

¡Cómo! ¿los hombres ricos, inteligentes, cultos que le rodean y le dan un salvo-conducto civil para la apariencia exterior han terminado por ser víctimas de su propio engaño?

¡Y bien! ¿No es posible exigir la reacción violenta, porque él tiene las armas, la policía, las cárceles, el destierro? Hacedle el vacío, un vacío insidioso, disimulado, formidable, glacial.

¿Un puesto? Estáis enfermos; vuestros negocios no lo permiten. ¿Una invitación? Ese día no estáis en la ciudad. ¿Un cargo representativo en el exterior? Imposible, la salud, los niños, la señora...

No creáis en sus revuelcos enfurecidos. El no da pensiones ni viáticos, ni cargos honoríficos porque le agrade: lo hace porque no puede hacer otra cosa. Para eso pasa por el trabajo de tener como representantes y darles dinero a una porción de pobres diablos a quienes desprecia él y todo el mundo y que en Caracas vivían de expedientes o de chantajes... A otros, ingenuos, les trae de una aldea y el desvanecimiento de verse en la capital, de que les corte un flux Yallonardo o de que les salude una niña distinguida y les arrastre un automóvil póneles dóciles y hábiles, al servicio del peor canalla.

Vallenilla andaba mendigando la amistad de Vivas por los pasillos del Registro de Caracas en 1913 y cultivaba el "bolivarismo" de este canciller "pour-rire" a fin de irse metiendo en la confianza de Miraflores. Como Leopoldo Landaeta era más circunspecto que él, lo hizo desaparecer con una infamia... Soportó a Delfín Aguilera porque Gómez se lo impuso, y al fin se deshizo de "don Anselmo..."

Márquez Bustillos anuló a Gil Fortoul en el ánimo de Gómez, a través de Pietropaoli –y éste por mediación jesuítica y doméstica– logró que el último representante radical en el sistema pasara a ser un personaje decorativo. Se fue el clérigo italiano, le dejó un título grotesco, y, como un enorme murciélago, el círculo clerical tendió sus alas membranosas desde el palacio arzobispal hasta la Sabana del Blanco. Colmenares acabó

con Galavís; y con aquél, Vicentico, hasta que pueda eliminar los dos obstáculos que se yerguen en su sendero dinástico: el tío Juancho que está en la Gobernación y el pariente Eustoquio que responde malhumorado desde el Táchira. Y como "hors-d' oeuvre" se engullen a cada reorganización oficial, aceitunas de comandantes de armas y sardinillas de presidentes de Estado.

Hasta la época de Castro tuvieron cierto sentido las palabras "tránsfuga", "pasado", "inconsecuente".

Ahora a duras penas Gómez cree en Tarazona, su sirviente, ya que sus hijos son una inquietud, sus cuñados un peligro, sus primos una amenaza.

Sabe él ¡y lo sabe bien! que todas esas loas son pagadas en efectivo y que los mismos que nos atacan, privadamente nos enseñan la razón de su ataque y el precio de éste.

Vallenilla nos mostraba una vez, estando enfermo en su casa cuando la peste en diciembre de 1918, una tarjeta de Maracay que decía poco menos así:

"Dr. Urdaneta Maya, saluda a su amigo el señor Laureano Vallenilla Lanz y le dice que el jefe desea que le conteste a esos señores del exterior la propaganda que han abierto contra nuestro jefe y la Causa de la Rehabilitación Nacional".

Y esa orden, como se le da un recado a un lacayo, fue la que determinó la campaña "Espejo de Redentores".

Vallenilla le dio a Mata el recado perentoriamente. Y Mata viose obligado, temblando de pena y de vergüenza, a atacar hombres a quienes hasta debía servicios personales. Fue exceptuado Tellería de la agresión de *El Nuevo Diario* por un rasgo simpático de Felipe Valderrama, intelectual coriano, dúctil, sumiso e ilustrado que se convirtió en comodín de Vallenilla cuando éste sacó a Landaeta del periódico oficial y echó las bases del "retiro" con honores para Delfín Aguilera. Valderrama –que era un infeliz– le expuso a "don Laureano", como él llamaba al tullido indecente, que Tellería le había hecho servicios personales.

Y esa es la razón por lo que no insultaron a Tellería, y poco, relativamente, a Ayala. A Mata le encargaron de los "godos" y Vallenilla se reservó a los "amarillos".

Para que se comprenda hasta qué punto es de siniestra y de falsa la actitud de estos hombres, cierta vez en "La India", en un velador, charlábamos con Vallenilla de los tópicos del día. Interesado en saber intimidades de Miraflores, buscábale motivos de conversación:

–¡Hombre! me han dicho que don Juancho Gómez tiene una goma sifilítica en el cerebro ¿es cierto o son cosas de la gente?

Laureano me miró por encima de las gafas. Limpiólas luego cuidadosamente, se las ajustó con ese gesto peculiar suyo, como de quien va a sacarse los ojos con los dedos, y repuso:

–No, no creo.... Lo que tiene es una *tiítis* aguda.

El derivado en *itis* no me hizo entender al pronto la clase de enfermedad, mielitis, meningitis, y le dije extrañado: –¿Tiítis? ¿Qué enfermedad es ésa?

En el rostro fino, cadavérico, brillaron los dientes perfectos:

–¡Chico! una enfermedad necesariamente mortal...

Y de súbito comprendí aquel "calembour" siniestro:

–¿Es posible?

Entonces, ya serio, añadió, con un dejo "nonchalant":

¡Pero, chico! Tú no conoces la historia de Venezuela: ¿cuándo no ha salido el sucesor de las mismas filas del gobierno? De setenta y pico de revoluciones, sólo han triunfado unas cuatro o cinco... Si yo no tuviera esa convicción ¿crees tú que un hombre como yo estaría metido en esta vaina?

Y sacudiendo con el gesto una sensación de malestar infinito, volvióse al mozo:

–¡Trae lo mismo!

Otra persona que allí estaba y yo nos contemplamos a los ojos. Y en ese momento Elías Rodríguez, el médico, que se decía iba a ser nombrado Secretario General de Márquez Bustillos, acercóse a la mesa y Laureano se deshizo en cumplidos.

Todos estos detalles y otros muchos que vienen a mi mente afírmanme en la persuasión de cuán instables y qué aleatorias son las amistades con que cuenta "el héroe de la paz y del trabajo".

Otro de los "personajes" de esta hora es un tal Pedro Manuel o Pedro María Arcaya. Acaba de llegarnos subrepticiamente un recorte con el discurso que pronunciara en el Senado al contestar al "mensaje" de Gómez, y si bien hemos oído desvergüenzas, ésta es de las que hacen época. Era hasta no mucho un desconocido. De vez en cuando había salido por ahí en un número del extinto "Cojo Ilustrado" un ensayo histórico-sociológico suyo sobre Páez o sobre Falcón, que calcaba mañosamente en la tesis de Ayarragaray, pero adaptando el caso que estudia el escritor argentino en el gaucho a nuestro llanero. Para Arcaya se reduce el proceso de la guerra larga –del que extrajo material de primer orden Lisandro Alvarado para su excelentísima *Historia de la Revolución Federal*– a que "al viejo Páez querían suplantarle con el joven Falcón". Mas luego acometió a Bolívar. En su artículo sobre el Libertador, la frase "flor de la raza" va a pescarla en el célebre juicio que publicaron por esos mismos días los periódicos y en el que Brunetière –refiriéndose a Anatole France– conságrale con su entusiasmo muy francés y muy explicable como "la flor más perfecta del genio latino"[26]. Respecto a su otro ensayo (y esta denominación no es por modestia, sino por Lord Macaulay) sobre el retroceso de Bolívar bajo la presión hereditaria mística, inquisidora, en los últimos años y que le valió del áspero Unamuno el calificativo de "pedan-

[26] A propósito de esta exageración literaria, léase el discurso de Paul Valery al recibirse en la Academia Francesa para ocupar el sillón vacante del "dulce Monsieur Bergeret".

te", no era ni original, y sólo reproducía lo que con talento y documentación han dejado ver todos los historiadores desde Gil Fortoul hasta Carlos Villanueva. Sólo que Arcaya se ha integrado al grupito ese de los autograduados en ciencias infusas que en prosa de suelto de crónica y con el coste oficial editan tonterías en las mejores imprentas y se van fosilizando con la tácita tolerancia y la cansada indiferencia pública. Es el Arcaya uno de esos ejemplares de "simuladores del talento" que Ramos Mejía, otro ilustre argentino, analizara tan maravillosamente. El infeliz de Gómez cree, naturalmente, que Arcaya es un sabio. Los corianos supónenle ya un genio local, aunque maléfico. Tiene un gran prestigio en Cabudare. En Caracas, ciudad envidiosa y ruin, le llaman "el tesoro escondido", porque si es un tesoro de sabiduría, por lo menos lo disimulaba mucho. Aún me parece verlo en el viejo clisé de "El Cojo", con su aire de doctor pueblerino, en su célebre biblioteca que diz que poseía en Coro, de donde emigrara al centro en busca de "ambiente". De mis notas y con informaciones facilitadas por un conterráneo suyo he conservado este esquema: la personalidad política de Arcaya en Coro fue siempre borrosa. Se le conocía como revolucionario urbano tras bastidores, tirando la piedra y escondiendo la mano. Con este motivo fue preso en alguna ocasión y puesto en libertad bajo fianza, dejó comprometido al fiador cuando éste fue requerido a presentarlo. El General Riera, a quien puso en tales aprietos, le perdonó esta mala acción; pero no la olvidó y quedó escarmentado para jamás fiarse de los hombres por la apariencia. La moderación aparente de Arcaya se confundía con la integridad; pero el tiempo y las cosas habían de exhibirlo en todo su relieve. Se necesitaba el punto de contacto de que nos hablan los psicólogos, y éste ha sido la política y sobre todo el poder, para que el doctor Arcaya se manifestara en toda su desvergüenza, mintiendo y agrediendo con un cinismo que raya en avilantez.

Los prohombres de la política de Coro, entre otros Riera y Tellería, le creyeron en una ocasión útil para conciliar los intereses del Estado y llamado por ellos a Caracas lo presentaron a Gómez, quien lo acogió con amabilidad; pero se vio obligado a desecharlo enseguida, porque no supo interpretar la misión que se le quería confiar. Cuentan que Gómez dijo en aquella ocasión: "no me parece gran cosa el *dotor* éste cuando no sabe que a caballo regalado no se le busca colmillo".

Diz que protegido luego el Dr. Arcaya por el Dr. Abel Santos logró ser nombrado para la Alta Corte Federal, donde demostró que sí era útil por sus condiciones de servilismo para la nueva política de usurpación que Gómez había de implantar más luego en el país; y de allí los diferentes cargos que ha tenido.

Cuando el escándalo del Consejo de Gobierno, era Vocal en la Corte Federal y de Casación y se le hizo de prisa Procurador de la Nación para que sirviera a la tramoya de acuerdo con su hermano Ladislao Andara, Ministro a la sazón de Relaciones Exteriores, y para los fines del atentado, como ya se relató en esta obra. Aparece, bajo la presión de Gómez,

acusando al Alto Cuerpo Federal, para terminar luego con la absurda comedia del nuevo Consejo que presidió Gil Fortoul. Más tarde intrigó contra éste, entonces encargado de la Presidencia, mientras Gómez estaba "en campaña". Puso a Gil Fortoul en el caso de hacer eliminar a Andara del Gabinete, cosa que Gil logró de Gómez. Y entonces Arcaya se replegó para surgir un año más tarde, en 1914, demandando en nombre del Gobierno Nacional al Banco de Venezuela por un pretendido reembolso de Bs. 184.525,93, dizque por monto de intereses, producto de una serie de pagarés otorgados por los contratistas de la Renta de Salinas, de Estampillas y de papel Timbrado de Cigarrillos que el Gobierno había endosado al Banco considerando el endoso sólo como una manera de que el Instituto cobrase con mayor facilidad tales pagarés como mandatario que era del Gobierno.

Sostenía esta tesis el Procurador Arcaya, no porque ignorase el solemne disparate de ella desde el punto de vista jurídico y bancario, sino por complacer intereses político-económicos del momento. Si abonaba el banco al Gobierno Nacional como efectivo la suma de los pagarés en cuestión, necesariamente tenía que descontarlos, con cargo a los contratistas deudores; y reembolsarse de ellos el propio Banco que ya los había llevado al haber de la cuenta del Gobierno como dinero efectivo. Los intereses devengados, natural y lógicamente, pertenecen al Banco[27].

Esta segunda hazaña del "tesoro escondido" que ya comenzaba a descubrirse, le valió más tarde la cartera de Relaciones Interiores, por donde pasara sumiso e insignificante bajo la férula inverecunda del Secretario Vivas en la interinaria de Márquez Bustillos.[28]

Cuando hubo necesidad de extraer a Ignacio Andrade de Relaciones Exteriores porque las complicaciones de la guerra europea tenían inquieto el cotarro de Maracay y porque estaba ya chocheando Andrade, y lo reemplazaron con el doctor Bernardino Mosquera, echáronle a Arcaya del Gabinete. Iba melancólicamente a Maracay, se metía en "casa del general" y acechaba la ocasión de aprovechar la Senaduría que le dejaron para servir en otro "imbroglio" de los de carácter "jurídico".[29]

Así que no nos sorprendía ahora, cuando en diapasón más grave que el del pobre diablo de Cayama-Martínez, Presidente de la Cámara de Diputados, quien decía que cada año de la rehabilitación nacional era como un "palimsesto" de la grandeza de la patria –literatura mala, coriana y cursi–, en períodos de los llamados concisos el Arcaya desde la Presidencia del Senado sanciona entre un estrépito de pateaduras y de hurras "la política sabia del general Gómez, el conductor de la patria a sus grandes destinos".

El recorte con el discurso de Arcaya me vino la tarde que sacaron, amortajado, al desdichado Manuel Olivares. La media luz, el insomnio,

[27] *Anotaciones Históricas* escritas por Leopoldo Landaeta bajo la dirección del Presidente del Instituto, Vicente Lecuna - Caracas, 1924, pp. 193, 213, 214.
[28] *Venezuela Agonizante.* Diego Córdoba - Mérida, Yuc., Méx., Cap. XIII.
[29] *Cinco Aguilas Blancas.* Humberto Tejera - México, 1933.

no sé qué, en fin, me había ulcerado los ojos. Era un ardor terrible, una especie de conjuntivitis. Sobre lo que leía caían gotas de sangre.

Casi sin poder ver, comenté en un pequeño folleto la infamia de este infame en quien yo no suponía tal degradación ni tal cinismo. Lo envié a los presos de abajo dos días después. Y Carlos León, con el ordenanza Cárías, me escribió horrorizado, diciéndome que destruyera eso, que si lo cogían nos iban a matar a todos. Y me lo dijo en tono tan patético que por complacerlo, lo destruí. Al miedo del pobre León le debe Arcaya que ese fragmento no figure aquí. Sólo que ya, curado de tales espantos, estoy resuelto a no consultar mi trabajo con nadie, suceda lo que suceda. Celoso Vallenilla, que es también "sociólogo" aspirante, dice que Carlos León confunde la sociología con el socialismo y éste, en cambio, para anonadar a su adversario, exclama recogiendo los labios:

–¿Vallenilla? ¡No, no es "sociólogo"!

Esta "sociología" de León por agua-común, es curiosísima.

En una novela de Octavio Mirbeau figura un sabio que está en Indostán ocupándose del "protoplasma" y de "la embriología" y cuando sus admiradores van a verle, enseña un busto de Darwin en yeso que tiene por ahí, hace unas cuantas piruetas y explica sus profundas indagaciones:

–Yes... O yes "embriologist" ..! bajo el agua... little fish, little fish.

Y la gente se va convencida de que la embriología es eso mismo: un besugo.

Pero el caso es otro. El caso es que ya va a terminar el año 20 y que noticias vienen, noticias van y vivimos de ilusiones.

Una voz: que llega la misión universitaria yanqui a Caracas y se ponen de veinticinco alfileres para recibirla; otro día se anuncia con sigilo que viene una "comisión" a estudiar "lo que pasa aquí"... A veces sale por ahí alguien diciendo que sabe que "lo han pedido". A Siso, por ejemplo, se la pasan pidiéndolo.

A todas estas, de España se aparece el príncipe Fernando de Borbón. Le hacen una de pantomimas, de saraos, de ridiculeces. Todos estos mulatos, todos estos jayanes están enloquecidos de principalidad. El príncipe es, como todos los de su casta, un principete vividor y bailador, que viene a reírse de nosotros. Un grupo de damas –las madres, las esposas, las hijas de los presos– van en comisión suplicatoria a casa del real visitante y éste, que no quiere comprometerse y además se divierte mucho en Caracas con las pantomimas de toda esa gente, las hace recibir por el secretario. Allí se queda. Don Fernando sigue bailando. Les prende por comisión del Rey en los pechos a Gómez y a Márquez Bustillos la Gran Cruz de Carlos III y hace labor diplomática de "acercamiento" sujetando con un alfiler de nodriza al bofe de bruto de Juan Vicente y al tórax de tísico del otro chiquilicuatro la insignia del único Borbón decente. A su vez, le confieren el inevitable Busto del Libertador. Danse corridas de toros; unos aviadores de tramoya tiran papeles con loas al prínci-

pe, al general Gómez, a Belmonte y a Alfonso XIII; un negrito hace el elogio de la raza. A la plaza López la ponen plaza Cervantes. El pueblo de Caracas forja un chiste. Dizque el príncipe se presentó a Gómez:

–¡Fernando de Baviera y de Borbón!

Y que Gómez contestó sin inmutarse:

–¡Juan Vicente de Maracay y Tocorón!

Ojalá fuera cierto. Yo no veo que sea ridículo para Gómez; me hubiera resultado una agudeza de Bertoldo.

Marchóse el Borbón danzarín con expresiones líricas para su señora madre, la infanta Paz, llevándose a cuestas unas cuantas reputaciones y la sonrisa del caso. Nos quedamos con nuestros grillos, pero con la satisfacción de que nos habían picado las chinches de la Rotunda en las noches mismas en que un príncipe de la sangre estaba durmiendo allí cerca, en la plaza López, entre Cristóbal Colón y la tuerta Julia.

Esta mañana, Irú, que se estaba recortando las uñas de los pies en la mitad del patio, le decía a la perra "Canela", empeñada en subírsele a las piernas:

–¡Tú te tas creendo que soy er préncipe!

De Curazao vino en visita también el Gobernador. Un "macambo" que llegó y se fue en una sola borrachera, con edecanes llamados Dendén, Bambán y Mordejay.

Fue a ver a Gómez a Maracay y se retrató en una ternera con "Don Güancho", con Carvallo y con Pedro García.

Creo que les repartieron otros Bustos. Márquez Bustillos los tiene en diminutivo hasta en el apellido.

El Arzobispo Rincón González ha cantado un Te-Deum y ha celebrado solemnemente la inauguración del Nuevo Seminario, junto con el hombre de las cien coblenzas, envenenador y perjuro...

Y el comercio de Caracas, que no se queda tras del Arzobispo, le ratifica "sus protestas de 1919" y se congratula por "la obra que está llevando a cabo".

El crucero francés "Jeanne d'Arc" que visita La Guaira, ha ido expresamente a la bahía de Turiamo como ya se dijo, para tener el honor de recibir a su bordo y de brindar con una copa de champaña a Gómez, al confidente del ministro von Prolius durante la guerra 1914-18.

Los franceses de Caracas han celebrado en la "Alliance Française", un acto de homenaje al Vicentico para que le pusiesen la cinta de la Legión de Honor. Se la otorgan igualmente a Carvallo y a Pedro García.*

Y en la cárcel ha perecido Domínguez Acosta; y en el destierro o en otras prisiones están todavía los redactores de *El Avión*, de *El Fonógrafo*; y acosados y silenciados cuantos manifestaron sentimientos aliadófilos.

A mediados del 16 ó 17 escribí al señor Leonard Borseaux, Encargado de Negocios de Bélgica en Caracas, exigiéndole el Consulado Honorario de su país para mi compañero de redacción Eduardo López Bustamante. Con gran entusiasmo acogió el señor Borseaux la proposición. Y a poco respondióme apesadumbrado que le habían informado en Relaciones Exteriores que el candidato "no era persona grata" al Gobierno de Venezuela. Ello debióse a las intrigas del comercio alemán de Maracaibo y de Caracas, a causa de la formidable campaña pro-aliada del periódico. Lo de declarar que un venezolano "no es persona grata" en Venezuela es cosa sin precedentes en los anales del derecho internacional. ¡Y se la pasan editando tomos y componiendo "índices" y haciendo piruetas en los muelles y en las estaciones con cuanto "extránjeris" se aparece a La Guaira!

El Honorable señor Borseaux y el señor Ministro de Su Majestad Británica fueron los únicos que, dentro de lo posible, supieron hacer compatible con su discreción diplomática la dignidad de sus misiones.

Por lo general, el cuerpo diplomático que actúa en estos países se compone de mediocres, de fracasados, de aventureros o de bobos de profesión.

Quitaron a Mosquera porque diz que "no sabía tratar los asuntos de cancillería", esos asuntos *gravísimos* que ponían todas las noches taciturno a Pepe Austria en los veladores de las cantinas. El consejero jurídico del Ministerio, Gil Borges, pasa a Ministro y allí se está dándole forma al caos constitucional interno para hacerlo viable en la diplomacia. Gil Borges es de estos teóricos cuyas prácticas son el reverso de los ideales que dicen profesar y que en ciertos momentos –como a fines del año 18– colaboran con la iniquidad para contrarrestar los efectos que las circunstancias, o Dios, o lo que sea, dejan como factor a la buena causa.

A Gómez le hacen creer unos cuantos avispados que la cartera de Relaciones Exteriores está repleta de misterios, de dificultades, de complicaciones... Es una leyenda que aun en gentes menos analfabetas que Gómez tiene influencia. Mentiras, farsas. La República no tiene por qué echárselas de cancillería vaticana: nuestros "asuntos" son clarísimos. Tan claros como que casi todos, en principio y de hecho, los hemos perdido.

* El jefe del departamento o sección latino-americana en el Quai d'Orsay era Monsieur Philippe Berthelot, hermano del célebre sabio. A los buenos oficios del favorito de Briand en aquella oficina correspondió Gómez con aquella erogación, creo que de un millón de francos a favor del Instituto Berthelot... Pocos en Venezuela, y aún menos en el exterior, sabían a qué se debió este rasgo de protección que a la ciencia francesa dispensaba el Gobierno de Venezuela.

A cada rato carreras, consultas, circunloquios. "¡Llegó una nota del ministro americano...!" "Hay que explicarle al general..." Farsa, mentiras. Alguna bravata de un diplomático en mangas de camisa o algún atropello o estupidez del Gobierno, como de costumbre.

Ahora años vivíamos en el Guárico un grupo de jóvenes. Uno de los compañeros era tenedor de libros en la Tesorería del Estado. Y de súbito, a mitad del almuerzo o a medianoche misma, salía corriendo para la oficina:

–¿Qué es, chico, qué pasa?

–¡Que tengo "una diferencia"!

En la Casa Amarilla siempre tienen "una diferencia".

No cuenta el actual Gobierno un servicio diplomático y consular ni siquiera mediano. Sacan de un puesto a un "intelectual" y le expiden con unas Letras Patentes y un viático a cualquier parte. Los cónsules los pescan –o se ponen a que los pesquen– en el zaguán de *El Nuevo Diario* o en el traspatio de *El Universal*. Con un artículo dedicado a Gómez o a una dama de su familia se hace un primer secretario o un "atachée"; y para ser cónsul general basta que el tipo sepa rimar "Rehabilitación" con "Agamenón". Los hay que buscan estos "honores", con sueldo írrito, para "vestirse".

De igual suerte, si en "la familia" –ya sabéis, la familia por antonomasia es la de Gómez– se necesita enviar a civilizar a algún jovenzuelo, para eso está el escalafón consular o diplomático. En cuanto a los "ministros" son obra de la necesidad y los hay tan curiosos como "el turco Cárdenas", que lo es ante los reinos de España y de... Holanda como en los tiempos de Felipe II. A Gil Fortoul, a Zumeta, a Coll, a Austria, a Díaz Rodríguez, a Carbonell, a Caracciolo Parra Pérez, a Pedro César Dominici, a Barceló les tienen repartidos, juntos con una o dos docenas de cónsules sucedáneos. Santos Dominici permanece en Washington ¡inexplicablemente, representando esta tragedia bufa que es ya una vergüenza histórica...!

Y no hay "chivato" que no tenga un hijo, un sobrino o un concubino a quien no desee incorporar en el servicio exterior. Por allá publican sus cosas, fuman tabaco turco, tiran veinticinco ejemplares del "Krasnyi Mech" de Helsinfors o de la "Gaceta de Comercio de Calatayud" en la cual se hace justicia "a la obra del Jefe de la Rehabilitación, Benemérito General Juan Vicente Gómez y a la política sabia de las carreteras", y son tan descuidados o tan graciosos, y es el Gobierno tan idiota, que hace reproducir el esperpento en la prensa de Caracas y manda que le den al cónsul en Finlandia o en San No Sé Cuántos de Llobregat ciento cincuenta o doscientos pesos con cargo a una curiosísima y regocijada partida de la ley de presupuesto del ministerio del ramo que se denomina "cooperación internacional". A veces léese en la Gaceta de la noche: "Se nombra tal cosa de Venezuela ante el Gobierno tal al señor Eccehomo Cárdenas R."

–¿Y quién es éste? –inquiere uno.

A mucho indagar alguien nos dice:

–Ese... uno que han criado en casa del general como un hijo.

Hay en las cosas y en los hombres tanto de heterogéneo y de incoherente que si no estuvieran sacando muertos de aquí, y dando palo y robando y vilipendiando al país, difícilmente podría escribirse en serio la historia de esta época.

A Gómez le traen al mismo tiempo la ley de elecciones, una carta autógrafa del Kaiser y dos vacas enanas de La Goajira.

Antes de pasar a Gonfalón para el patio nos contó que Márquez Bustillos "su compadre" tiene en casa –la que le regaló Gómez –cierta habitación llena de vidrios azogados que denomina la galería de los espejos, como la de Versalles... Debe ser curioso ver al enano éste multiplicado por cien, como en una fábula alemana de elfos,a quien un genio maléfico mantuviera dormido trescientos años hasta que le crecieran los bigotes...

Cierta vez Vicentico fue todo acongojado a decirle a su padre que la vaca tal había parido, pero que al echarse, le machucó la pata al becerrito; que él había dado al ternero una unta de manteca de ladrón (es un caracol así llamado, no del gobierno) remedio éste que le aconsejó "un curioso". Pero como a Gómez le llaman "agricultor científico" y "criador técnico" le observó con una benevolencia de sabio:

–No, Vicente, *busté* no crea en "curiosos". Todo tiene su estudio: ¡*vaye* y búsquese el *vitirinario*!

Llegó Francisco Villaespesa. Es este uno de esos poetas grasientos, de medio pelo, que han logrado a favor de la "leona de Castilla", y de la bazofia lírica de las ediciones de exportación, un éxito de estrofas sentimentales, de esas para cantar con guitarra grande.

"En tierra lejana
tengo yo una hermana..."

No. En tierra lejana lo que tenía era un hambre vieja que matar.

Y valido del papanatismo de la orfebrería de Caracas, hizo incursión y lo llevaron hasta Gómez, quien le subvencionó "como un Medicis" para que con su taifa de cómicos pusiese en escena el drama "Bolívar".

Villaespesa, que es un rimador acatable –aunque inferiorísimo a Manuel Machado e indigno de compararle con Marquina –en la profesión de la lírica castellana, apenas es un mozo de estoques. Como la generalidad de los intelectuales migratorios, es muy ignorante y muy fresco. Compuso el drama con desenfado, metro diverso y ripios, intercalando aquí y allí una canzoneta por el estilo de su "Hermana" y una que otra tirada de eneasílabos a la manera de los de "El Alcázar de las Perlas"

"conoce alguien el amor...etc."

Fabricó así un espantapájaros de traza baironesca, le puso la ropilla usadísima del Tenorio, calóle un birrete de condotiero traducido, y como si fuese poco, al macho de Junín y de Trujillo le metió bajo el brazo un guitarrico y le sacó por Roma, por Caracas y por la sagrada ladera de Bárbula entre unos cuantos comparsas con ropa de próceres. Con los vocablos "casona", "prez", "mi amo", "lo que se dice por San Mateo", etc., y la consabida leona de Castilla y sus cachorros y las no menos consabidas alegorías del "acercamiento" ¡con todo ese mamotreto de los discursos de Rodríguez San Pedro y de Francos Rodríguez en los días de "la fiesta de la Raza"!, presentó en forma de pieza en no sé cuántos actos, en una velada solemne, siendo empresario de su propia compañía, subvencionado y autor de estreno –¿recordáis el *Dúo de la Africana*?– un Bolívar de irrisión que fueron a aplaudir los venezolanos de la decadencia, añadiendo al ultraje del petardista ambulante la ignominia de consagrar con su presencia y su aquiescencia el desacato patriótico, histórico, literario y social.

Macedonio me trajo un ejemplar. No he podido conservarlo. Se lo devolví acribillado de notas. Hay versos cojos; a otros se les quedan de fuera rabos de dos sílabas. Se ve en la labor el mercantilismo de este poetón sucio y rastrero; si no se viera, bastaría con leer el soneto en que compara a una señorita hermana de Gómez, no bella ni joven ciertamente, con "una infanta de Castilla".

¡Y tienen tupé los jueces españoles para condenar a Unamuno a causa de ese incomparable *Cristo de Velázquez* por delito de lesa majestad y no envían a Ceuta a Villaespesa!

La España literaria de exportación en estas épocas y con ciertas repúblicas de América es una especulación sorda, mezquina, artera e indigna de los descendientes de quienes se batieron como hombres con nosotros. Seguramente el Villaespesa estará mañana en los cafés de Madrid o en las tascas de Barcelona refiriendo en rueda de "intelectuales" sin cigarrillos sus "experiencias" de las Américas, y comentará con ese acento de boca repleta con que a fuerza de *ces* y de *zetas* vuelven el castellano un escupitajo:

–¡Un *esitazo,* chicos, un *esitazo* brutal! veinticinco mil pesos en *taquil-la* ; al camelosaurio del Gómez le comparé con ese Bolívar que *el-los* se traen por *al-la* mismamente que si hubiese inventado la pólvora; ¡y a su hermana la dije cosas y la comparé con la Beltraneja!

Que el pobrecito de Gómez le pague en plata su mamarracho, no sorprende. Tiene hasta su mérito. A Gómez el ruido de una carreta le parece un endecasílabo. Lo que sí llama la atención es que en todo Caracas no le hubiesen dado un puntapié por los fondillos al Villaespesa.

Frailes catalanes que hablan del *Varbo Ancarnado* y de las *nafandas saturnalias,* toreros despeados, cómicos en catástrofe económica y artística, sardinas de Vitoria, vino en barricas, aceitunas, un flamenquismo de pega y poetas-empresarios que se culipandean hablando y traen una ele más para la elle, como decía el negro Arteche.

A esto le llaman "el acercamiento". El acercamiento a la estupidez. Baroja tiene razón: somos "el continente estúpido"; tenemos, efectivamente, tres largos siglos de estupidización peninsular.

Partió al fin el poetón llevando en la maleta un *Lope de Aguirre* para espetarles en Lima y un *Hernán Cortés* que les reserva a los mexicanos*.

De una biblioteca que fundó en La Rotunda Julio Gutiérrez Méndez, ex-alcaide y ahora detenido en el patio, Guerrero consigue que presten algunos libros a "los políticos". Entre éstos nos viene esa larga crónica, interesante, amena, sólida, bien documentada, escrita con tono petulante, que Ildefonso Antonio Bermejo titulara *La Estafeta de Palacio*. De cuantas lecturas he hecho sobre el proceso de las dos guerras carlistas, las dictaduras sucesivas, la república, Amadeo, hasta la restauración alfonsina –inclusive Galdós –nada más útil y mejor que estas páginas de un ultramontano que refiere en crudo y a lo vivo la larga catástrofe de esa perpetua minoridad que ha sido una característica de la historia contemporánea de España.

Y los "pronunciamientos" y los motines y las deslealtades y las virtudes ¡cómo refléjanse en este pequeño mundo, trashumante y ecuatorial de la fauna hispánica! Un vecino mío, que apenas lee bien, se agarra con los bloques de César Cantú.

También pasa de mano en mano una historia de los Estados Unidos de Norte América, la de Spencer, en excelente edición. Narrativa, seca, oficial.

Lo que sí ha constituido un alto goce espiritual para nosotros es la Historia de España de don Miguel Morayta, en una edición pésima, plagada de errores tipográficos, a gran formato e incomodísima de manejar. Pero no puede darse más "historia" que esta historia, al menos de España –contraste con la vasta tontería encuadernada de don Modesto Lafuente–, tan sincera, tan sin épica, tan virtual y profundamente afincada en la propia alma del pueblo español. Igual que en nuestros países, en la madre patria –y allí naturalmente con mayores elementos de raza, de siglos y de acontecimientos –la cosa que agrada es lo ditirámbico o lo petulante: la literatura divídese en dos: los "científicos", unos pedantes que no dominan ni aun el lenguaje; los "brillantes" que cabrillean con la historia y le cosen lentejuelas al severo manto de Clío.

Iturbe se ha hecho pasar algunos libros italianos: *I Promessi Spossi* de Manzzoni; *Poema Paradisíaco* y *La Befa de Buccari* de D'Annunzio. A mí logra llegarme un tomito del Dante, el del Infierno, de la edición con notas de Paolo Costa. Lo he regalado al Padre Mendoza.

* En las ediciones del *Heraldo de Madrid*, octubre 8 y 13, 1932, se publicó una serie de casos, denunciados y comprobados respecto a vejámenes y tormentos sufridos por ciudadanos españoles en Venezuela, 1912-1932.

Siguen de tiempo en tiempo llegando a Caracas "misiones militares" o "académicas"; personajes distinguidos; artistas eminentes que "completan" una tournée. A veces se trata de magnates de la banca o de la especulación internacional o bien un capitán de barco y una media docena de oficialitos que se quieren "divertir" y atracan a uno de estos cálidos puertos suramericanos para que el gobierno les distraiga en tierra. Y nuestras cancillerías de género chico se cargan de obras y decretan "recepciones" a los zánganos de cualquier colmena, dándose humos de que los venidos andan en "misión confidencial".

Quienes se distinguen en estas entrevistas son los especuladores petroleros, estos "managers" subalternos *con tacto,* que los sindicatos mandan a objeto de preparar el terreno para una negociación. Hacen "declaraciones" a la prensa aquí y en el exterior. De lo que deben tomar nota las compañías es que tarde o temprano este régimen va a desaparecer y lo que se haya hecho *a base de politiqueo* acaso traiga consecuencias desagradables y pérdidas serias que *no pueden respaldar en derecho sus gobiernos.* La mejor política hoy en Venezuela para los intereses propios y los extraños es procurar que se *normalice* su vida constitucional.

A los viajeros de paso no hay que hacerles cargos. También yo tengo mi "impresión" personal del caso y por eso me explico lo que ocurre con esos "admiradores del general Gómez".

A fines de julio o a comienzos de agosto del año 18, ya marchando las cosas organizadamente, vine a Caracas y estando en el Gran Hotel, una persona amiga, interesada en asuntos bancarios, quiso que la acompañase a Maracay. Tenía allí amigos comprometidos entre la gente de confianza del "general" y aproveché la invitación. Deseaba, asimismo, entrevistarme con algunos del cuartel, y, a ser posible, ver de cerca a Gómez y a los que entonces le rodeaban. Ya Vivas había caído. Desempeñaba la Secretaría un doctor Urdaneta Maya, trujillano.

En la oficina presidencial –el alto de la casa de la Azotea –vi a un hijo de Urdaneta Maya, a Raúl Capriles –a quien Vivas colocara allí –y no recuerdo si a un joven Hurtado.

Mi compañero iba a participar ciertos negocios y a gestionar, si no la aprobación, al menos la aquiescencia. Le habían puesto un lazo al cuello.

Desempeñaba la Secretaría privada de Gómez Arístides Silva Pérez, listo, inteligentísimo, discreto. En la secretaría nos informaron que si queríamos ver al "jefe" fuésemos a "Sabana de Paja", una finca de su propiedad que está inmediata.

Llegamos, a cosa de las cuatro. Estaba allí Gómez. Era la tercera o cuarta vez que le veía.

Ya no era el tipo rural, asombrado y paleto de cuando bajara de un vagón de gira en Bárbula, ni el fetiche de gorra, ni el mascarón tocado con un panamá y rotulado con una sonrisa, moviendo la testa como esos cabezudos de yeso de la juguetería de Nüremberg que la tienen dócil, sobre un palito.

Ahora vestía de hilo blanco, una filipina. El panamá, altas botas amarillas, y las manos gruesas y enguantadas en ante oscuro.

Al aproximarnos nos acogió con una sonrisa.

Apoyábase en la baranda baja de una alberca y miraba al fondo...

De pronto, tomó el junco de membrillo que llevaba mi acompañante:

–Préstame tu varita.

Y se puso a hurgar la caparazón del caimán, que panza arriba, sesteaba al borde del estanque.

El pobre animal, embrutecido, aniquilado de domesticidad, apenas si hacía caso a los pinchazos que Gómez, divertido como un niño malo, dábale por las axilas y en los párpados...

Detrás un grupo de personas –Caracciolo Parra Picón, Colmenares Pacheco, Melquiades Parra y los edecanes –hacíanle tímidas y prudentes observaciones:

–¡Cuidado, general!

–¡General, por Dios! ¡que ese bicho tira coletazos!

Gómez estaba divertido. Atormentaba al monstruo con una asiduidad sañuda. Quería verle agitarse, que se molestase, que escapase a nadar...

Despierto a medias, con ese ojo lacrimoso, amarillento, de córnea turbia que tienen los saurios, parecía contemplar de soslayo a aquel intruso vestido de blanco que le contemplaba con unas retinas iguales a las suyas, con algo de él mismo, suerte de parentesco, de afinidad, de camaradería entre aligatores.

Y del grupo circundante, alzábase, más conmovida y trémula, la voz de alguien con un acento de mamá angustiada:

–Pero, general, ¡por Dios! ¡mire que ese animal es tremendo!

Gómez sonreía, complacido, hurgando el cocodrilo, que dejando ver su larga serie de colmillos, como si respondiese a la sonrisa del otro, comenzó a arrastrarse hasta el agua; y antes de zambullirse para evitar que le molestase más, alzó un instante la armada mandíbula, vio al agresor con una expresión turbia, siniestra, de estupidez colérica velada en esas nieblas de animalidad digestiva que tienen los ojos de los saurios y de los gastrónomos, y al contemplar de súbito a ambos, por un instante no supe cuál era el caimán y cuál era Gómez.

Después anduvo por ahí, bonachón, mostrando a unas señoritas hijas del secretario Urdaneta Maya, las garzas, los tomates, la pereza que allí tiene y por la que siente un afecto peculiarísimo.

Los edecanes y el séquito teníanse a distancia. Con disimulo, dos o tres veces nos observó. Noté que inquiría de Caracciolo Parra: "¿Quiénes son los amigos?"

Y éste debió de hablarle bien porque volvió a vernos y a sonreírnos. Nuestras pupilas se encontraron frente a frente un breve instante. Luego, a momentos, me observaba con el rabillo del ojo.

Cambió algunas frases con todos. Colmenares Pacheco hacía uno que otro comentario con cierta sorna y estuvo muy amable conmigo.

Aunque nosotros estábamos a distancia respetable e inofensiva, el grupo ceñíase como un cordón movible, como una palizada portátil a cada cambio de sitio. Y luego se instaló, rodeándolo, al sentarse él en unas trozas de madera recién cortada. Estuvo en silencio contemplando el atardecer.

Marchó hacia su automóvil. Nos saludó a todos y partió, seguido de tres o cuatro carruajes más.

Por la línea de las montañas azules, el sol, caído y lívido, dejaba trazos cada vez más oscuros, de sangre seca. Y la noche surgió de pronto desde las selvas y desde las hondonadas haciendo negros los matorrales y blancos los senderos.

De esta simplicidad, de este pequeño círculo de terrateniente, de criador, de pastor, de labriego, mediante unos cuantos telegramas, en virtud de un fenómeno de pasividad insólita, un país más pasivo y embrutecido que una ranchería de negros en las costas del Camerún, recibe la orden de comer, de pensar y de respirar.

Desde este ambiente bucólico –cuasi virgiliano, si no hubiese por los caminos la larga mancha carmesí de los forzados a trabajos y en los aledaños el paso de gentes hoscas y brutales–, desde esta campiña aragüeña, jardín del mundo, que dijo Humboldt, surgen las ondas despóticas, envilecedoras, terribles; las mismas con que se infesta la vida civil; el torbellino que gira, loco, teniendo como centro succionador de la tromba la voluntad de este hombrachón que marcha sobre sus piernas como sobre dos pilastras inseguras y que el visitante, ajeno a cuanto se ramifica desde aquella llaneza moral en despotismo y en maldad hacia los extremos de la república, debe de causar una impresión de orden, de patriarcado consentido, de obediencia filial al gran mayordomo "fuerte y bueno...".

A esto, pues, se deben ciertas apreciaciones de gentes superficiales o equivocadas.

Las noticias de la guerra que han circulado estos dos años dan lugar a largos días de esperanzas, de cóleras y de juicios alternativos.

Los venezolanos de esta época no suelen tener criterio fijo sobre nada ni sobre nadie. Cuando llegamos a la prisión esta serie del año 19 ya había tenido lugar la tercera invasión de Arévalo Cedeño, con la ejecución sumaria de Tomás Funes en San Fernando de Atabapo. Este Funes era un malhechor, que acaudillando el descontento del territorio con motivo de la explotación sórdida de los gobernadores allí enviados, asesinó a Roberto Pulido y a sus oficiales; a la esposa de Pulido, Mercedes Baldó, hízola violar por las tropas y sucumbió al ultraje. Con semejante bandolero, alzado y fuerte, en las selvas de Río Negro, cruzóse Gómez notas de cortesía y de política, como pueden verse en los periódicos de

Caracas, *El Universal* entre otros, donde salieron publicadas. Funes le decía, poco más o menos, a Juan Vicente: "usted allí y yo por acá, etc.".

González Perdomo, secretario de Funes, publicó en Ciudad Bolívar la apología y la excusa de los hechos consumados por Funes en un curioso volumen, lleno de paradojas y de atrevimientos. Estaba bajo la obsesión del "übermenshen" traducido al criollo en salsa matoide, y acompañó el envío con una larga carta en donde me relataba lo ocurrido.

En *El fonógrafo* respondí con esta nota bibliográfica: "Hemos recibido el libro del señor S. González Perdomo; está muy bien escrito. Los crímenes no se justifican con literatura."

No obstante las circunstancias horripilantes y los desmanes del Territorio, allí se estuvo Funes como amo y señor. Una pequeña satrapía enclavada en las selvas del Orinoco, frente a la de Aragua.

Llevaba años allí el asesino de Río Negro, cuando un día el general Arévalo Cedeño y un grupo de resueltos cayeron sobre él.

Armóse con los recursos del Territorio la pequeña partida y en pocos días invadió el centro atravesando a Apure y abriéndose paso a uña de caballo merodeó cierta vez a pocas jornadas de Caracas. Esta aventura militar denotaba la flaqueza del Gobierno, pues que Arévalo y sus valientes paseábanse por el centro de la República batiendo a las fuerzas gomecistas. Sabíase que una vasta combinación estaba planteándose. La situación era alarmante. Cada alzamiento, cada complot o movimiento suponíase ramificado con el conjunto opositor.

Así que, después del sangriento episodio de Horacio Ducharme, de la intentona formal sobre el Territorio Delta Amazonas, de la invasión de los generales Juan Pablo Peñalosa y Maclobio Prato, en septiembre que llegó hasta Tovar y que tras una rápida y terrible incursión tomó de repente la retirada incontenible por un fenómeno inexplicable, sólo se creía en la revolución fundamental, clásica, con cuantiosos elementos, barcos, aeroplanos, artillería. Y sobre todo unión, unión de los jefes más destacados.

Con todas estas noticias, el final de este año nos llena de alientos. Renace con la ilusión la esperanza. Las horas vuelan o se hacen interminables, de acuerdo con el cariz de cada noticia.

A todas estas, diz que se está firmando entre los caudillos principales y algunos elementos civiles, el pacto formal de la revolución.

Todavía no teníamos sino vagos barruntos que databan de 1918; y por frases sueltas y por noticias del "comité" de Caracas deslizadas hasta la Rotunda, sabíamos de las actividades en el exterior. Era el optimismo nuestro que necesitaba estimularse con poco; y nuestros sueños calenturientos ya veían la mancha ocre de los batallones por las pampas reverdecidas de salidas de agua, los cruceros en la rada, erizados de cañones, los pájaros de metal descargando toneladas de dinamita y Gómez, como en los buenos días de la playa de oriente, dando carreras con un balazo en las nalgas. Así que se hacía menos dura la ergástula, y el ensueño y el deseo poblaban nuestras mentes con las clásicas "ilusiones de preso".

Debido a este ambiente ilusorio; ciertas esperanzas absurdas, por un recado en un papelito, por una frase "que y que" se le había escapado a un primo del cuñado de X que es "de toda la confianza del Jefe"...había preso que hasta escribía en el muro de su celda cuándo le iban a soltar y se purgaba y se bañaba y se afeitaba. Víctima de una de estas pasajeras ilusiones fue una vez don Avelino. Algo sabría, algo se imaginaría, algún dato tendría. Lo cierto es que se acicaló, se puso su única camisa, que tenía ese melancólico almidonado amarillento de las ropas de los difuntos que se guardan en una cómoda, anudóse la corbata ¡la que llevara a prisión ocho años atrás! hizo un pequeño lío de ropas y sentóse en un banquito, del lado fuera de su celda, para estar listo en caso de que...

Las nueve... las diez... El rancho... las once... Las doce. Un vuelo de palomas, el repique de los templos, el silencio que él creía iba a interrumpir de súbito el rumor de hierros y el grito libertador: –¡Todo el mundo para su calabozo!

Nada. Nadie. Don Avelino se quita la blusa. Y allí sigue, y dan las dos. Y entonces desanuda la corbata y mete para dentro el paquetico de ropas. A las tres vuelve el "rancho" El anciano no come. La cabeza le cae sobre el pecho. Clava los ojos de una inenarrable tristeza octogenaria en el agua de la pila, quieta, tibia, como el día que va a morir, y regresa lentamente a su calabozo, deshácese de la camisa almidonada, siéntase en el cemento frío y con la testa blanca contra el muro y las barbas de nieve por el pecho, que debe sentir oprimido por una pena sorda, recuerda una de las figuras de Miguel Angel, aquella, de derrota, de abandono, de impotencia senil que deja verter el cántaro de las ilusiones cuando Faetón se precipita desde el carro volcado....

Hay ingenuos que soñaron o que oyeron "una voz que decía" tal fecha y se preparan para ese día como una novia.

Y alguno, si piensa tres veces en un mismo número: el 7, el 9, el 8, salta, feliz:

–Sí, de bola. ¡El 8 me sueltan!

Y pasan el 7, el 8, el 9, el 30 y se pasa el día, y se pasa el mes y se pasa el año....

CAPITULO XXXII

Media noche por filo – La revolución, al fin – Ortega Martínez y Leopoldo Baptista en París – Arévalo Cedeño, el infatigable – Todavía ... – Pedro Manuel Ruiz, sus antecedentes, sus ideas y su sacrificio – La vieja cuestión del derecho y de la fuerza desde Platón hasta Von-Bernhardi – Vanitas, vanitatum – "Esta es Castilla..." – Una brusca interpelación – ¿Quién delató? - La paja en el ojo ajeno - El fracaso de Holanda - La estatua de Bolívar en Nueva York – La "elite" intelectual – De 1902 a 1920 – Los "herméticos" – Un poco de brujería barata – El Rector José Vasconcelos – El sordo de "La Garra" – Una página excelente de Zamacois – Hasta con el reloj – Los pisó el tranvía – Prosa y versos de las "ergástulas" – Los Estados Unidos del Norte, según Spencer – La "asociación" extinta y una novela por entregas – Un incidente y un accidente – Mi nueva guarida – Bolívar Hill y los comités Latino Americanos – Harding, Hughes y Juan Vicente – El aerograma – La respuesta para el archivo panamericano – La apoteosis sacrílega – La nueva marquilla "Henry Clay" – Juana de Arco y los "bandoleros" de Arauca – Las hazañas de Arévalo Cedeño – Las ejecuciones políticas y la ética – De los idus de marzo a la plaza de Atabapo – La retirada de los ciento sesenta – El campo de Guasdualito – El asesinato de Américo Spinetti – Algunas anécdotas para la historia de "la magnanimidad rehabilitadora" – La respuesta macabra a Washington y a la América – El aroma de la tragedia.

Enero 1º de 1921.

ANOCHE, minutos antes de las doce, me deslicé desde mi calabozo hasta el 48. Allí nos reunimos varios y cambiamos, de prisa, con voz ahogada por la emoción, las impresiones de estas últimas noticias: que Vargas y Arévalo Cedeño avanzan, victoriosos, hacia el centro, que en París se ha organizado al fin la revolución bajo la Jefatura Suprema de Ortega Martínez, teniendo como Jefe de Estado Mayor General a Leopoldo Baptista. Decíase que Régulo Olivares era el único jefe de los de la plana mayor que se abstuvo de tomar parte. La invasión desastrosa de Peñaloza y Prato a fines de septiembre, así como la tercera invasión de Arévalo Cedeño –cuya proclama reconociendo a Ortega Martínez nos llega en copia– obedecían sin duda al vasto plan. Rumórase que Baptista está ya en Colombia; que a los primeros encuentros de Arévalo Cedeño con Hernán Febres Cordero, presidente de Apure, éste en clave había pasado a Gómez el elocuente y sucio despacho: "...didos"; Gómez da órdenes apura-

das a Pérez Soto, presidente de Bolívar, que le contesta: "Déjelos que vengan para darles su pan con mantequilla." Pero ni corta el pan ni lo unta sino que se instala en la costa de Arauca con grave e inquieta perplejidad de Gómez. Por otro lado, don Isilio, autoridad de Zamora –otro de los innumerables Febres Cordero que en Mérida han sido– la cogió por dar carreritas estratégicas.

Arévalo Cedeño, que es experto telegrafista, quiso jugarle a Gómez una broma. En un poste de la vía Apure-Maracay conectó una máquina y le dirigió un parte así: "Tengo preso a Arévalo Cedeño, ¿qué hago? Pérez Soto". El telegrama fue contestado en minutos: "Tráigamelo bien seguro a ésta directamente.–*J. V. Gómez.*"

Y la partida revolucionaria continuó, riendo, su marcha hacia el centro.

Así muchas noches se sueña con avances formidables, escuadrones, tiroteos, entradas triunfales de los hijos del altollano a ciudades rendidas a fuego y sangre, hasta que por la orla de la cortina el alba traza un reflejo ceniciento y es tan honda la juntura de los ladrillos rojos que los más cercanos a la luz parecen coágulos de sangre.

Figueroa está entusiasmadísimo. A cada papelito que le llega se aclara el pecho para que yo le oiga y exclama con sorna:

–¡Qué cara irán a poner ahora los señores pesimistas!

Febrero, 1921.

Ni durante la noche, ni en todo el día hemos podido tener paz. Pedro Manuel Ruiz –que ya venía sufriendo de unos cólicos rarísimos– se ha puesto malo de pronto; y o yo me equivoco, o se va a morir. Desde las nueve y media, apenas desde el toque de silencio, comenzamos a escuchar ese hipo angustioso, ese espasmo del diafragma, seguido a ratos por recesos de una regurgitación siniestra.

Están de moda ahora los juegos de frases. Uno me pregunta lo que pienso del tal hipo....

–Que ya es hipogrifo, "hipogrifo volador..." ¡Que se lo lleva!

Y el otro me ha dirigido una mirada de reproche.

Luego sentí vergüenza de haber hecho tal chiste, tan malo doblemente.

La propensión al gracejo es una enfermedad del espíritu. Cuando se posee cierta facilidad para hacer reír a los otros, debemos vigilar nuestra mente, ya que en más de una ocasión, por el éxito de un chascarrillo sacrificamos la piedad y a veces hasta la moral.

En el caso de Ruiz, me apena doblemente. Ruiz fue un trabajador infatigable. Bien preparado, sólido, instruido, algo aparatoso y afectando excesiva gravedad, venía recogido en sí mismo, acariciando su ideal desde la dirección de Estadística que con suficiencia y moderno concepto

de las cosas regía en el Ministerio de Fomento. Iba yo siempre allí cuando estaba de paso en Caracas, a visitar a Pedro Emilio Coll por quien tuve una predilección marcadísima. Apenas terminaba de firmar los últimos papeles, salíamos a pie, hacia Caño Amarillo, hacia las alturas del Calvario. A veces nos acompañaba el inolvidable Alejandro Carías. Otras tardes Ruiz. Encontraba en Coll un talento comprensivo, un espíritu cultivadísimo, atisbos de cosas que no han penetrado aún ni rozado siquiera con el ala intelectual los "genios" fabricados con 80% de política. Pero más que esta visión de Coll y sus proyectos de reformar el "Humúnculus" ese que viene meditando, atraíame en él su sencillez, su democracia suave. Profundamente criollo, ha asimilado o brota de no sé qué fuentes de su alma, una ternura recóndita, un concepto dulce, un poco a manera de comentario ilustrativo que pincha con el alfiler de su ironía. Sólo que los colores ya no tienen vitalidad. Ruiz no puede servirle sino de contraste. A ratos, discutiendo, Coll parecía el idealista y Ruiz el práctico.

En la vida era al revés.

Más tarde, Ruiz separóse del Ministerio. Yo había dejado a Caracas. Fue corresponsal y agente nuestro. Tenía una oficina de información comercial e industrial con Peraza e Innes González. Innes es hombre de talento, modesto, callado.

La actitud proaliada de Ruiz en los días de la crisis y del pánico hízolo aún más interesante para mí. Y fue de esta compenetración y de las impresiones que posteriormente cruzamos como vinieron a coincidir nuestras ideas. Si bien a él no se debía en la conspiración de enero del año 19, sino la parte de negociación manifiesta; reunión pro-aliada en la Plaza de Washington, artículos tendenciosos; trabajó, se movió e intrigó con una valentía y hasta con una imprudencia sumas. Nuestros puntos, de vista se diferenciaban. El confiaba excesivamente en "los aliados", y en que el ministro americano etc. y luego "la doctrina Wilson" y el pueblo de Caracas...

Para mi juicio, breve y directo, el hombre resultaba palabrero y soñador.

Más de una vez nos agriamos por esto. Yo encarecía la penetración, la influencia sobre los oficiales jóvenes, y luego ir dulcemente llevando nuestra propaganda hasta el punto de que en la primera crisis, al hecho "usurpación", respondiera el hecho "rebelión". Pero rebelión no ateniéndonos a que estos agresivos respetasen el acto cívico sino sobre la base de que en cada bocacalle dos ametralladoras tuvieran a distancia razonables al agresor. La fuerza –me decía él– no engendra sino la fuerza. La fuerza –le respondía– si no sirve al derecho lo ataca. No es una cosa inerte, es una cosa activa, ella debe de servir al derecho si éste no quiere ser su servidor.

Los orígenes, el desarrollo y el fracaso de esta y otras conspiraciones o revoluciones de la etapa con que una oposición improvisada y a las veces grotesca o ruin se ha puesto al empeño de hacerle frente a un sistema

lento, firme y minuciosamente implantado a favor de períodos sucesivos bien concatenados, confirman mi tesis: el fenómeno de la decadencia se extiende por igual dentro y fuera de Venezuela.

La agonía de Ruiz me hace olvidar sus debilidades, sus "poses" de última hora, la forma poco circunspecta en un hombre de sus méritos con que, celoso de un martirio inútil –que la estúpida crueldad de Gómez va a hacer glorioso– púsose recién llegado a la prisión a escribirle a todo el mundo que él era el "jefe" reconocido del movimiento, que tenía al ejército y al cuerpo diplomático. En fin, una porción de tonterías a las que los de abajo sorprendidos, correspondieron con el entusiasmo que es de imaginarse. De modo que los que estábamos allí callados éramos unas libras de carne de prisión, embarcadas incidentalmente para hacerle cola al vagón de primera en que iba Ruiz, entre banderolas, sacando la cabeza por la ventanilla para que lo aclamasen los pueblos tendidos a su paso...

Ya teníamos barruntos de que él y algunos oficiales se habían visto obligados, por el dolor terrible de la tortura, a desembuchar detalles y hasta nombres propios de algunos compañeros –el mío entre otros– y esto, aumentado con la actitud impertinente de Ruiz, sacaba a muchos de sus casillas.

Para mí no tenía aquello importancia. Se trataba de una necedad más. Ya he visto a muchos hombres ser víctimas de estos abusos ridículos; y el ejemplo de la circunspecta paciencia de ellos alentaba mi resignación. Sentía ciertamente que nos hubieran "comprometido" tan sin necesidad por la circunstancia de que afuera no iban a quedar manos libres para seguir la acción y hasta intentar rescatar a los mismos compañeros caídos.

Pero "fue culpa del tiempo y no de España". Por un lado, el pobre Ruiz, en pleno delirio, viendo desde su celda a Míster Wilson indignado, con las quijadas más grandes y las mechas más alborotadas, gritándole a Juan Vicente:

–¡O usted suelta a Ruiz a la cosa es conmigo!

Por el otro, algunos de los jovenes militares que se creían unos Benavides, rodeados de una reputación de "martirio" y que asumían aires de Gracos moribundos. Y como si fuese poco aún, ya tuvimos para que unos "estudiantes" imaginarios formasen una suerte de areópago o cuerpo selecto que iba a darle a "la revolución" valor "sociológico".

Los que arrastrábamos el par de grillos más pesados y vivíamos "a rancho", porque seguramente el alcaide estaba bien informado de quienes eran los que interesaba destruir, formábamos una especie de comparsa a las explosiones de vanidad de los dos o tres que sacaban la cabeza súbitamente con aspiraciones de jefaturas, como esos muñecos de sorpresa que tienen el resorte comprimido en una cajita.

El general Figueroa echaba chispas contra Ruiz. Roberto González murió sin querer tratarlo más. Por mi parte me limité a no contestarle sus papelitos ofreciéndome "ayuda" de lo poco que tenía... Me reservaba

para hacerle saber el porqué de mi actitud en sitio más apropiado que la común desgracia. La suerte dispuso otra cosa.

De otra parte, como el hambre es más inmoral que Gómez, y a Ruiz siempre le pasaron "fondos" que repartía con mano generosa –pues que su sentencia era envenenarlo– la frialdad de cuatro o cinco nada significaba en el turbión de papelitos que debían de llegarle al calabozo: "usted, doctor Ruiz, en quien la Patria ve, etc".

Y cierta mayoría neutra que no falta en todo grupo humano, comía allá y comentaba acá. Un día tomó aquello otro rumbo. Luciani nos dirigió a varios una carta en forma de cuestionario que no hubo más remedio que contestar debidamente: la fecha de la prisión, lo que nos preguntaron, etc. Del expediente que con ello formó, sacó en claro que era menester una interpelación; y una tarde, a la hora de las conferencias, sin decir agua va, en medio del estupor más grande, lanzó en alta voz desde su celda una acusación rotunda ¡y tan rotunda! contra los "débiles" y los "falsos héroes" que abusan de nuestro silencio... Se arma un escándalo: un escándalo de carácter silencioso. Ruiz, con voz emocionada, ofreció presentar pruebas de que él no había "comprometido" a nadie; Acuña chilla con voz de pito acusando a Ruiz; Figueroa da voces como si estuviera a bordo. Aquí y allá aplaudieron.

Se le echa tierra al asunto, pero el expediente circula por todo el penal, y unos aprueban y otros se atienen al "tengo catarro" de la zorra. Unos cuantos censuran "sotto-voce" a Luciani. Es claro; quizás hubo en él, y en los que apoyamos su interpelación, extemporaneidad. Convenido. Pero no es la misma cuestión estar allí dándose bombo a costa del silencio ajeno, sobre que ande uno con chinelas de 75 libras y pasando hambre porque a otros se les enfriaran... las extremidades y se les soltara la lengua.

Tan violento estado de ánimo lo soliviantó aún más la racha mortífera de fines de año. ¡Doce, trece muertos en un semestre!

Y he aquí que ahora la muerte llama a la puerta del pobre Ruiz, a quien hemos perdonado de todo corazón... ¿No disimula uno y olvida en otras circunstancias acciones villanas? ¡A qué guardarle resentimiento a quien si tal hizo debe suponerse la clase de tormento a que estuvo sometido! ¿Acaso fue el único? Entre los de abajo mismo ¿cuántas cosas por el estilo no se comentan? Y sin ir más lejos, ¿no hay presos que amenazan a los otros públicamente con acusarlos en la alcaidía? ¿No existen en el exterior "revolucionarios" que se salieron del país porque "se comieron un queso" –pintoresco eufemismo con que el pueblo califica a los que cometen un robo o abuso de confianza– y la imperiosa necesidad de unión nos hace tolerar su compañerismo? ¿No vemos a cada paso granujas, mentecatillos atacados de fobia "rebelde", irrespetar, desacatar e insultar a hombres a quienes no pueden comprender por deficiencia mental, diz que porque son "la oposición genuina"?

Ruiz va a morir. Como Spinetti, cuyo estado se agrava por momentos. Ruiz va a cerrar con el holocausto de su vida, el ideal que sustentó. Y si

anoto el episodio de las declaraciones es para darle a la figura del compañero moribundo su real estatura humana, su mérito, su virtud sufrida, que desde las debilidades de la carne perecedera y flaca, ese espíritu se irguió, como una llama del carbón impuro, a la hora en que otros estaban moralmente tan al ras del suelo que tenían que empinarse para escupir...

Figueroa, que ha mantenido estos últimos días una locuacidad extraordinaria, he aquí que de pronto se mete en el fondo de su guarida. Ya no sale a bañarse abajo. Guerrero le había concedido la licencia y tomaba un baño dos veces a la semana, sentándose un rato al sol. Su invalidez dábale este derecho.

–¿Qué le pasa "Conde"?

–Mire, Diablo, perdóneme lo que le he dicho de su pesimismo; usted tiene razón; de aquí salimos si Gómez muere. Y lo probable es que nos despeguemos nosotros primero.

Debe tener una "bola" enorme. Pero negra.

Y tan negra que nos oscurece de tumba la esperanza. En Holanda, un alemán, un aventurero, a quien Alcántara no le quiso seguir dando dinero, fue a delatar lo que conocía del plan de la revolución de París. El gobierno de Venezuela quejóse al de Holanda. A bordo del barco tomaron preso al general Alcántara y se apoderaron de los papeles, etc. [30] Por la correspondencia, se averiguó que otra expedición estaba en Liverpool, y de allí se expulsó al general R. M. Carabaño, embargando el navío. La policía de París conminó al doctor Ortega Martínez a salir del territorio francés. El alemán parece que trató de hacer la delación ante Gil Fortoul, a la sazón de Ministro de Venezuela en Francia, pero éste no quiso oírle, considerando incompatible con su dignidad diplomática "une affaire" semejante, o bien creyó si no que el alemán quería explotarle con mentiras. A un doctor José Ignacio Cárdenas, a quien conoce la colonia latinoamericana de España, Francia y Holanda como "el turco Cárdenas", caído hasta entonces en el ánimo de Gómez y que comenzó su servicio "internacional" desde Castro comprándole a las señoras de los prohombres del Gobierno las enaguas, los corsets y los sanitarios de moda, y que devengaba "comisión" en "Printemps" y "Au Bon Marché" por las compras que hacían en Europa las personas que le llegaban "recomendadas", le vino al pelo la ocasión [31] y del proceso salió comprometido Carlos A. Villanueva, encargado de negocios de cierto país centroamericano en

[30] Los maltratos que sufrió Alcántara en Holanda fueron dignos de esa saña estúpida del gobierno neerlandés –que una política imprudente le hizo tomar– contra los venezolanos malhallados con Gómez. Están provocando una represalia de la cual el incidente Urbina (1929) es muestra.

[31] Pío Gil. - "Cuatro Años de mi Carrera".

Francia, quien había abanderado y dado los papeles necesarios a los barcos para la expedición.

Todo esto, relatado a su manera, lo publican en Caracas. Por los recortes supimos las primeras noticias. Luego de vía privada nos llegaron aún más detalles.

Cayó, formidable, un telón de sombra sobre nosotros. Algunos resolvieron sucumbir.

Síguense días de abatimiento y de abandono.

Pero llegan otros recortes.

El preso es como la muchacha engañada. La primera vez cree morir. Luego triunfa la vida, la sexualidad, la reserva sagrada de la naturaleza y .... otro llega. Con el tercero o cuarto amante aquello tiene la adorable elasticidad de una emoción distinta, y ya no es el hombre que despierta la primera sensación, sino el tipo que tiene los ojos negros o los ojos azules. Y luego aparecen el hastío, la devoción o.... lo otro.

Son unos pedacitos de *El Universal* del 15 de febrero, número 4220. El primero informa:

> "Washington, febrero 5. – Una misión venezolana habrá de venir a Nueva York con motivo de la inauguración, el día 19 de abril, de la estatua ecuestre del Libertador Simón Bolívar, en el Parque Central. La estatua que se inaugurará el 19 de abril es una hermosa figura ecuestre del inmortal Bolívar, arrogantemente montado en un soberbio corcel, en actitud de corresponder a la ovación de las multitudes que lo aclaman.
>
> El conjunto es tan artístico como majestuoso, siendo obra del cincel de la conocida escultora Mrs. Sallie James Farham, quien venció en el concurso para esa obra a notables artistas extranjeros y americanos. La estatua de Bolívar será colocada tan pronto como se termine el pedestal de granito, que está a punto de acabarse. La señora Sallie Farham es autora igualmente de notables obras escultóricas en el Palacio de la Unión Panamericana de esta ciudad, gozando de un bien ganado renombre artístico. La estatua de Bolívar debía haberse colocado hace dos años en el sitio en que ahora va a emplazarse, pero a causa de la guerra hubo de retrasarse su construcción por falta de materiales."

Otro suelto de la misma edición da cuenta de una entrevista de un redactor del diario habanero *Heraldo de Cuba*, número correspondiente al 24 de enero, con el doctor José Ladislao Andara, el mismo del asunto del protocolo franco-venezolano en connivencia con Arcaya, su hermano; y tras "declaraciones" de todo orden en elogio del régimen que le tenía como ministro en Cuba, dice:

"Refiriéndome a Venezuela he de decirles que nuestra tradición individualista y militarista desde los días de la Independencia, ha hecho difícil ese apaciguamiento de los ánimos, indispensable para fundar la prosperidad y grandeza de la Patria. A cada paso han surgido ambiciosos, descontentos, pseudoproscritos, que han presumido de víctimas, y fomentando desórdenes han contribuído al descrédito de Venezuela, y hecho necesario los regímenes de represión que hemos tenido.... Es un deber de conservación social que el Gobierno de Venezuela cumple honradamente, pues hay que establecer sólidamente la paz, para colocar los fundamentos económicos del país e impulsarlo a un porvenir glorioso....

Lo que el general Juan Vicente Gómez fijó como punto esencial de su programa político desde que se puso al frente de la agrupación que lo reconoce como Jefe. Porque hay que observar que la autoridad del General Gómez es, ante todo, moral y descansa en la opinión de las clases acomodadas, que ven garantizados sus intereses, y en las clases populares, que tienen trabajo y garantías. Elegido Presidente de la República, no ha querido el General Gómez encargarse del Poder, y está desde hace años, entregado a sus labores agrícolas y pecuarias. Pero como Jefe del Partido que gobierna, como brazo fuerte para mantener el orden, tiene en el Gobierno la natural influencia que en todos los países civilizados se observa en los jefes de partido, hállense ellos dentro o fuera del Poder. Es lo que sus adversarios llaman despotismo, y bien quisieran que desapareciese, para entregarse de nuevo a la zambra de sangre, lágrimas y ruina que empobreció y desacreditó a la nación. Así que con un régimen de orden y de moralidad, se ha visto que Venezuela ha solucionado todas sus dificultades exteriores, que no eran pocas, reorganizando sus finanzas, etc., etc...

Tiene un ejército perfectamente organizado y equipado con todos los adelantos modernos, y es indudablemente la mejor garantía del orden, pues está dirigido por una brillante oficialidad que tiene una clara noción del honor y del patriotismo.

Por otra parte, quiero llamar la atención de ustedes sobre el hecho significativo de que toda la "élite" intelectual de Venezuela rodea al General Gómez, dentro o fuera del país. Y ya se comprenderá que Venezuela ha entrado en un franco camino de honorabilidad, de seriedad, de progreso y que con esa base tiene garantizados su porvenir y la intangibilidad de su soberanía.

En Venezuela el período presidencial era de cuatro años, pero la ley respectiva ha sido modificada, y hoy son siete los que dura la función presidencial. En abril de 1922, se efectuarán nuevas elecciones."

Mientras leía en las declaraciones del doctor Andara "es lo que sus adversarios llaman despotismo, etc.", el hipo angustioso de Ruiz, que

regurgita flemas, me distrae de la lectura, y la tos de Spinetti le pone comas al estilo de Andara.

Antes de ahora, estos "intelectuales" de los déspotas asumían el valor moral de los hechos y teorizaban sus iniquidades, pero dentro de cierta áspera y brutal sinceridad. Ahora estos desgraciados, en un descenso pavoroso, hinchan períodos y sacan datos y deducciones que tengan algún brillo como quien pesca pedazos de vidrio de la basura.

Oíd a este mismo Andara en 1903[32]. De la batalla de Ciudad Bolívar, escribe:

> "La guerra ha cesado. La Revolución Libertadora había sido herida de muerte en La Victoria; y luego una lenta sucesión de desastres, errores y traiciones, la condujo, entre fugaces relámpagos de gloria, hasta esta reciente hecatombe de Ciudad Bolívar, final sublimemente trágico; postrero, desesperado esfuerzo de la Libertad moribunda.... ¡Después de Farsalia, Munda! ¡Salve a los vencidos, coronados por la inmortalidad al rendir el último aliento en el fragor de la batalla!...
>
> No obstante la magnitud de este suceso, el problema permanece en pie. La paz no existe. Vencido es el pueblo, pero no convencido; abatido está, pero no humillado; forzado a deponer las armas, pero no reconciliado con sus opresores. Integra mantiene su aspiración a poseer un Gobierno democrático bajo el cual haya plenas garantías para el ejercicio de los imprescriptibles derechos del ciudadano. En la ocasión presente el éxito no ha sido la justicia."

De la revolución añade Andara:

> "La Revolución Libertadora no fue de esa especie. Fue la formidable protesta armada de un pueblo que, como un río desbordado, cubrió casi toda la República, hasta que por carencia de municiones hubo de revolverse de los muros mismos de La Victoria. Sus ejércitos, incontables eran; mas la falta de pertrechos y el desaliento y las traiciones se encargaron luego de completar la obra de la ineptitud.
>
> ¡La catástrofe está consumada!
>
> Sobre el inmenso campo de batalla se alza victoriosa la espada de un caudillo.... ¿Dónde está la República?"

Del régimen opina Andara:

> "La fuerza no es el derecho, pero puede crearlo por medio de modificaciones y rectificaciones acordes con las tendencias populares hacia un régimen de legalidad. Verdad es que del perpetuo

[32] J. L. Andara. *Patria y Libertad*, Curazao, 1902. folleto de 30 páginas.

guerrear sale el desdén por las prácticas cultas; pero ello no ha de ser óbice a los esfuerzos de los pensadores".

De la paz imperante comenta Andara.

"¿Estará Venezuela condenada a vivir en perpetua guerra civil o bajo una paz ficticia preñada de amenazas hasta estallar en tragedias pavorosas, como la nube en rayos?
La situación es tan crítica que no ha lugar al silencio.
Urge hablar."

Y habla Andara:

"La paz sólida se apoya en el consentimiento general; donde no, es sombra engañosa, inquietud continua, zozobra de los ánimos. Entonces no se disparan fusiles y cañones, ni se blanden espadas, pero vibran en el silencio cóleras y protestas, indicios de próxima tempestad. Quien gobierne sólo por la fuerza de las armas, demostrará todo, menos aptitud para la dirección de Estados civilizados, donde es más noble ganarse a los enemigos que vencerlos, porque lo primero es habilidad inteligente, lo otro violencia bruta. Ello tan es así, que con prisiones no puede ser dominado el vuelo de los espíritus, los cuales con el prestigio de la desgracia se convierten en generadores inconscientes de violentas reacciones en la opinión pública."

De "los godos" supone Andara:

"La entrada del elemento godo en el Gobierno como potencia deliberante que aspira a abatir a los liberales castristas y no castristas trae preocupados los ánimos. Y las intolerancias y persecuciones tienen en alarma a la sociedad, que está de por sí conmovida".

Para esta fecha –y son curiosas estas divisiones que diríanse un juego de báscula en una misma familia– su hermano el doctor P.M. Arcaya era conocido en Coro y en La Vela como un "godo" desteñido, pero reservado.
A la libertad invoca Andara:

"Para tener libertad y derechos fue para lo que nuestros antepasados fundaron República; para tener hogar propio e intocado, y respeto del extranjero, fue para lo que crearon Patria; para que todos fuésemos iguales ante la Ley, fue para lo que se dictaron nuestras Instituciones liberales; y para velar por su ejecución, y propender al progreso y mantener la paz y representarnos decorosamente en el orbe civilizado es para lo que existen los Gobiernos. Pero si hubiese el régimen del terror bajo el cual no hay ni Patria, ni

hogar, ni República, ni ley ni Gobierno en el recto sentido del concepto, ¿qué de extrañar será que las guerras civiles se reenciendan y presto vengan poderes extraños a meternos en paz, con mengua y baldón de nuestra soberanía?"

De las prisiones conceptúa Andara:

"He ahí los peligros. Mediten y discutan los hombres pensadores, y llegarán indudablemente a la conclusión de que el único medio de conjurarlos es abrir las puertas de las prisiones, reconciliar a todos los venezolanos, hacer tangibles las garantías de la propiedad y libertad individual, proteger el comercio y las industrias y trazar y llevar a cabo con energía persistente el vasto plan de administración que sea el fundamento de la prosperidad pública y nos suministre autoridad moral y material suficientes para imponer respeto a la codicia extranjera."

Enumera sus servicios como liberal y defínese Andara:

"Mi condición de *libertador* dará quizás pretexto para suponer parciales hasta cierto punto los juicios que aquí emito; pero me satisface saber que en ellos no me separo en nada de la justicia y la verdad; que éstas son las ideas que privan en los ánimos patriotas y liberales de Venezuela, hoy impedidos tal vez de exponerlas sin ambages; y por último la circunstancia de que ni el más lejano propósito personal me guía en este mi alegato en pro de la Patria y la Libertad pues no aspiro por hoy ni siquiera a regresar a Venezuela... Como republicano tengo el perfecto derecho de pedir que se haga partido doctrinario; y como liberal, debo abogar por las víctimas de la cárcel y los grillos, y aspiro a que mi Partido se reconstituya con sus hombres y generosas prácticas, y regenerado y compacto se levante nuevamente, como gallardo luchador en los campos del civismo. ¡Así, y sólo así se salvarán la Patria y la Libertad!"

Bastan estas dos inserciones para asignarles a los "intelectuales" de la "élite" del general Gómez la importancia moral y mental que aspiran a que se les suponga. Y Andara, a la verdad, es de los más moderados.

Las esperanzas retoñan ahora en los arriates del Parque Central:

–No es posible –dicen algunos– que se inaugure la estatua de Bolívar en Nueva York.

Y recomienzan las deducciones "misteriosas" Hay presos de carácter hermético, que hablan en silogismo:

–La rosa con dos botones equivale a tres rosas. Si se suman las cifras de 1921 da 13, número cabalístico y J. V. Gómez tiene 7 letras.

Otros, pobrecillos, le comunican a uno con una reserva insólita, como si violasen el secreto de uno de los grandes misterios de Eleusis:

–La misión especial salió ya a representar a Venezuela en lo del monumento. ¡No se lo diga a nadie, por lo que más quiera!

Esta mañana, depués de una noche con pujos y fiebre, Figueroa me llama a la cortina para decirme que ¡"estamos *rebién*"!

Los hechos son otros. A fines de mes llegan las primeras bolas. Pero antes, haciendo un sacrificio, se reúnen cuatro o cinco pesos para que el cabito Meza –que tiene salida los jueves– le consulte a cierta bruja en La Pastora lo que vaya a pasar. Meza, que juega el sol en el otro hemisferio, va y lo consulta en "La Hormiga" con la ruleta. Y viene y refiere, textualmente, lo que le dijo la bruja, poniendo las manos tiesas y blanqueando los ojos: "el día es el día y no otro..."

Yo que escuchaba estos conciliábulos, una vez no pude contenerme:

–¡Mire, Figueroa, no sea tonto! coja sus centavos y cómaselos que usted es un hombre enfermo; déjese de eso ¿usted no ve que lo están explotando?

Esta vez no se ha molestado, sino que viene a la orla de cortina, saca un rostro de pez, y me dice con cierta sorna piadosa, de iniciado a quien los simples mortales "pesimistas" le resultan ciegos que andamos a tientas en la niebla grosera de los sentidos:

–No, Diablo, eso tiene su sentido "esotérico". Si el doctor Domínguez Acosta no se hubiera muerto él nos explicaría....

Han deslizado hasta acá, en papel cebolla, unas copias del artículo en que José Vasconcelos, rector de la Universidad de México, contesta a Vallenilla llamándole "Bacinilla..." La refutación es formidable, y sólo me ocurre objetarle esa deformación para un calificativo de mal gusto por el estilo de llamar "arcayata" a Arcaya. Apenas el "bisonte" de Blanco Fombona, que ya tiene universal circulación, me resulta.

Con todo ello, para Vasconcelos, para Guzmán, para Tablada, para cuantos han sido verdaderos amigos de la libertad en la hora de prueba, nunca será bastante nuestra gratitud. Don Manuel Linares Rivas, con su mala intención de sordo gracioso, de nuestra desgracia hace su chiste: y aprovecha de paso el lance para lanzarle al nombre de Bolívar el clásico chisguete peninsular.... *

La figura de Vasconcelos, se yergue como algo inesperado y absurdo en una hora de componendas, de mentecatez, de histrionismo político. Vallenilla dícele que es un orate. Y Vallenilla está en lo cierto. Los locos no tienen la cordura de escoger ciertas épocas para publicar ciertas obras.

Y los locos así, tienen vergüenza.

* "Un actor exclama: "¡Viva la República!" Don Manuel no ha oído, pero ha reparado en el gesto. Carmen Díaz se acerca a don Manuel: "Dice que viva la República."

"–Y diga –comenta el autor–: ¿Usted sabe lo que es República? Porque yo no lo sé todavía. He visitado todas las Repúblicas de Europa, y he visto que donde hay más libertad es bajo la dictadura. Porque hay que imponer el orden. Alguien tiene que mandar. Donde hay más libertad es donde hay menos libertad..." *ABC* de 27 de octubre 1927. "Una hora de ensayo con don Manuel Linares Rivas".

Quedamos, pues, atados de pies y manos, y con una guerra de papeles. En Costa Rica o qué sé yo dónde se publican cosas... A Caracas llegan, sigilosas, las hojitas. La gente "se las presta". Coméntase a la chita callando. Hay el especialista, que se viene de la oficina pública donde ha atrapado el papelito o el comentario y lo larga "sotto-voce" en la cantina o en el club: –Vargas Vila dice que "cuando en Venezuela degüellen la vaca bélica" etc.–. Zamacois describe a Márquez Bustillos ordeñando en Maracay, con las botas metidas en una plasta. Pero en cambio nuestros literatejos, las poetisas y la boñiga periodística cada día están más entusiasmados en prosa y verso. Es obligado cantar al panorama eglógico de Maracay, al aroma del estiércol, a la garrapata, esa joya tenaz en la política trasera de las bestias. A Gómez le llaman ahora "el Ductor Decembrino" y como en *El Nuevo Diario* saliera un artículo encomiástico y le pusieron el título a la fecha en guarismos romanos: "El XIX de Diciembre", Irú que leía el recorte con unas antiparras de hojalata que se ha fabricado, va y se lo alarga a otro:

–¡Vea, pues, ahora y que adulando hasta con los números del reló!

¡Atención! ¡Atención!

A media noche hemos despertado. Del patio llega un rumor. Todo el mundo acecha desde su celda. El cabito Meza vuela a la reja. Los ordenanzas van, sigilosos, de puerta en puerta.

–¡Traen presos! ¡Muchísimos presos!

Efectivamente, a la media luz noto que pasan grupos por ante la reja. Debe de ser un motín, una protesta, una sublevación...

–¡Los estudiantes! ¡son los estudiantes!

–¡Al fin!

–Es algo muy serio. Más de ochenta van...

–Y siguen trayendo.

–¡Es la cábala! dice uno.

–¡Es Carvallo! – le digo yo.

Apenas amaneció Dios, supimos.

Un grupo de jóvenes cursantes de todas las carreras, que trataban a duras penas de sostener el fuego sagrado de la ya destruida Asociación, pidió permiso para protestar contra la Empresa de Tranvías Eléctricos de Caracas, por deficiencias de servicio y otras incorrecciones que enunció en una hoja volante, respetuosa, comedida, hasta tímida (no le temían sin duda al tranvía). El Prefecto les dio tal *permiso* de publicar su volante; y cuando el público – como en toda ciudad civilizada – a influencias de ellos, se abstuvo de servirse del tranvía, el gerente, un extranjero, un hijo del país liberal de las huelgas, del parlamentarismo y del derecho individual, acusó a los muchachos con "el hombre fuerte y bueno" de Maracay...

Tardó minutos el rayo: un *ramassez-par-tout.* Y han dado con sus huesos en los patios de La Rotunda (desde 14 años hasta 20), entre ellos, uno cojo, de muletas y otros enfermos, hijos de las familias más distinguidas de Caracas y del interior –hay también hijos de "amigos" del general Gómez– (Tagliaferro, Numa P. Osuna, etc.), *Ochenta y dos jovencitos* a quienes se tiene a la intemperie, en el patio que se extiende entre las rotundas vieja y nueva.

Los chicos han mandado luego un papelito circular para nosotros, saludándonos y alentándonos. Sólo que los chicos son de esta generación prudente, que nace bajo la cautela inútil y la discreción innecesaria. Ya don Juan Montalvo decía en otra ocasión de estas "me han traído un impresito infame..." En la serie de calabozos que quedan frente a la reja – el mío es uno– nos ponemos en evidencia para que nos vean al pasar. Y pasan, y nos miran con el rabillo del ojo, y algunos más audaces se llevan la mano con disimulo hasta las quijadas esbozando un saludo.

Medina aprovecha el lance y les vende media res a cinco bolívares el kilo.

Siso, por medio de Vicente Alamo que está en el patio, abre una correspondencia formidable. El doctor León está que no halla dónde situarse. En el fondo, todos nos sentimos orgullosos de ver a los muchachos aquí... Aunque sea por lo del tranvía. Irú me consulta si les podrá mandar un poquito del tabaco que cultiva en una grieta del patio para su cachimba y la mía – dos curiosas pipas que fabricó con pedazos de ladrillo – y cuyas hojas cura al sol con orines de Félix, zumo de eucaliptus y otras porquerías.

–¡*Pa* que no *ten creendo* que *semos* indiferentes, *mano Diablo!* –me explica con una admirable emoción en la voz.

Y yo le veo, en la dura crencha africana, lampos de canas.

Gonzalo Carnevali me manda su primer libro de versos *El Alba de Oro*. Quiere que le escriba un juicio. Lo he complacido. Son versos buenos. Los hay regulares. En conjunto, el libro no vale gran cosa, como no sea la promesa formal de muchísimo talento. Atilano, su hermano –interesantísimo muchacho– tuvo tiempo de ocultarse. Por eso no está aquí.

Dos o tres días dura el entusiasmo con "el gesto" de los estudiantes. Yo admiro la inmensa reserva de abnegación, de generosidad y de candorosa ternura que el venezolano oprimido guarda con vergüenza, cual si fuese una joya robada, en lo más profundo de su corazón. Todo el mundo aquí está indignado y preocupado por los muchachos que están allí, sin grillos, comiendo y charlando, recorriendo el patio en airosos paseos de girondinos, escribiendo en los muros puercos, las fechas, las citas latinas de costumbre, y también ¡oh "juventud divino tesoro" del grito del pobre Rubén Darío! tejiendo en una estrofa de "dolor acerbo", de "mazmorras", de "cruel cautiverio", el nombre de la novia – que estoy seguro en este instante les adora con todo el frenesí de su instinto, con esa como dulce maternidad agresiva que palpita en la mujer cuando su compañero sufre varonilmente los rigores del destino.

–¡Mi novio está en la Cárcel!
Y a la salida de San Francisco este domingo, el paso tendrá más garbo, la cadera más línea, el seno más fuerza.

Abril 1º.

He leído ya toda esta historia de los Estados Unidos, de Spencer. Es un escritor árido, exacto, pedestre. Reseña las batallas de la Independencia con la frialdad con que las relataría un holandés. En ese período tan emocional, tan intenso, tan rico en deducciones sociológicas y psicológicas que fue la guerra de Secesión, parece que leyéramos un presupuesto de obras públicas. Y la gran marcha de Sherman aburre el entusiasmo sin fatigarlo.

Abril 18.

Hoy soltaron a "los muchachos". La condición es que disuelvan lo que aún restaba nominalmente como "Asociación de Estudiantes". Ya tenían un mes de "ergástula"– como decían en sus versos y en los escritos políticos que mandaban.

En la cárcel nos queda esa impresión un poco extraña, silenciosa y apesadumbrada de los grandes colegios al comienzo de las vacaciones.

Los presos "intelectuales" de abajo salen ahora menos con libros bajo el brazo. Sólo Narciso, infatigable –después de su activa labor del día cocinando y lavando– se echa bocabajo en el cemento, cabe el foquillo, y continúa escribiendo esa graciosísima novela suya en la que la protagonista se llama Reina del Prado y ha ido a Nueva York, enviada por "sus amantes padres", "a estudiar sociología y otras especulaciones científicas", tecnicismos estos que ha pescado de las disertaciones del doctor León.

Otras noches se sienta entre Huizi, Mogollón y Porras Bello, que le escuchan leer con una santa paciencia. Hasta que Huizi le pone fin a un capítulo interminable porque no puede tener abierto el ojo que le queda:

–Bueno, Narciso, ya van a tocar "silencio"; mañana leeremos otro poco. Dejemos a la niña "en brazos de su rico prometido con la simbólica corona de azahares sobre las sienes".

Desde que estoy preso, ésta es la primera infracción ostensible que cometo contra "las reglas del establecimiento". Hace ya tiempo que mi vecino Ribas y yo comemos en común. Y por trivial discusión, apropósito de una cacerola, él que ha amanecido agriado, tal vez, o tal vez yo mismo

que lo estoy... El caso es que me dispara un ajo como un cañonazo. Y yo me he salido del calabozo, le arranco la cortina al suyo y nos agarramos en el pasillo entre un estruendo de hierros y los gritos de los otros presos. El general Sánchez –que es el único sin grillos –vuela a separarnos y sufre en la batahola un barrazo de hierro en la espinilla. Se arma la trifulca. Corren el cabito, los ordenanzas. Me meten en la celda; Meza aprovecha para amenazarme con otro par de grillos. Yo le mando para donde dijo Cambronne. Ribas desde su celda sigue gritándome improperios. Ponen un ordenanza entre celda y celda para evitar otra riña. Va Meza a casa de Medina. El buen Figueroa me dice:

–¡Ya el hombre lo va a embromar!

Pero, no hay tal. Resuelven sacarme para otra celda vacía, enfrente, la 24, la de los tísicos.

Y mi vecino de la izquierda ¡es Juliac! Que me acoge con un gran cariño. El padre Monteverde me escribe una cartica con un regaño. Ya más calmado, reflexiono. ¡El pobre Narciso Ribas! él no tuvo la culpa; ni yo. Es la cárcel; es la desesperación. La desesperación que nos enloquece y nos traiciona.

El Padre Mendoza me envía un ejemplar de la *Imitación de Cristo*.

Irú un garrote con un papelito cuyo ortografía acaba de calmarme los nervios: "le *ba* eso por si lo *hatacan*".

La celda 24 queda a la izquierda del pasillo, subiendo. Entre ésta y la 48 todo el socavón de la escalera. En el tablón de dormir hay grabado "Domingo Ricóveri". De aquí sacaron a Mejías, tuberculoso, a morir. Y a Gustavo Vaz que también murió. Después la habitó Leo. El último que estuvo fue Hernando Castro que salió vivo. Quizás yo también. En la tarde, cuando pasa Porras la requisa, detiénese un instante frente a mi cortina. Pero no dice nada y sigue adelante.

Si mañana no traen el otro par de grillos, me salvé.

Empleo la primera semana en asear la nueva guarida.

Una ráfaga de entusiasmo nos levanta el ánimo con el último "avión".

Los hechos son estos:

El 19 de Abril de 1921, en el Central Park de Nueva York y en la colina Bolívar, se inauguró el monumento que en honor del héroe y como ofrenda de simpatía al Gobierno Americano, el pueblo de Venezuela dedica a los hijos de Washington.

En este acto solemnísimo leyó el recién electo Presidente Harding su discurso-programa, relativo a las relaciones de "nuestra gran hermana del Norte" con los países del Sur.

Era justo que estando allí presentes el Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela, Dr. E. Gil Borges, enviado al efecto con una comisión distinguida; el Ministro Dominici, acreditado ante la Cancillería Americana; tratándose de una glorificación al máximo representante de las

libertades nacionales, hecha en tierra de libres, donde ondeaba la bandera de Bunker Hill y de Saratoga al lado de la que fue desde los peñascos del Caribe hasta el Desaguadero en una sola gesta libertadora, surgiese en el corazón de los allá reunidos un sentimiento digno de la hora y del acontecimiento. Y en vez de irse tras las vanas pompas de cartón, cohetes y músicas callejeras, los Comités Latino-americanos, vuelven su atención hacia Venezuela, hacia el triste espectáculo que esta infeliz República, hija primogénita de la Libertad en la América del Sur, presenta hoy con sus cárceles atestadas de presos políticos y miles de sus nacionales errando, perseguidos, en tierra extraña, aun cuando se oculte y se trate de disimular con una grosera urdimbre de bienes materiales los más feos, los más indignos atentados –no ya contra el derecho ciudadano, que ello con ser grave es casi nulo –ante los diarios, repetidos e infames delitos contra la especie, contra la misma naturaleza, torturando hombres en lo más recóndito y sagrado de sus órganos de reproducción para arrancarles la declaración inconsciente, casi siempre falsa, lanzada contra el hermano en cadenas, a fin de librarse de una tortura que hace erizar los cabellos de sólo imaginarla... –Aun sin conocer esos hechos que horrorizan y que se ejecutan fría, metódicamente, en presencia de funcionarios civiles y militares –como en los peores días del terrorismo moscovita –y llevados a cabo en lo oculto de las prisiones, en mansiones deshabitadas o en el fondo de los cuarteles de que está ceñida la capital de Venezuela, sin sospecharlo quizás, pues la mente se resiste a explicárselo, esos señores de los Comités, movidos de piedad, sin prejuicio político alguno, sin servir de instrumento a torcidas pasiones y sin pararse a considerar causa alguna –pues ante toda fechoría y de espaldas a la Ley, sólo se pueden esgrimir argumentos de malhechor, invocando precedentes de violencias y crímenes –se dirigen al "general Juan Vicente Gómez", *titulado por un Congreso ad hoc* Presidente electo de Venezuela y Dictador de *facto* hace ya 13 años, suplicándole la libertad de sus desgraciados compatriotas, los hijos del gran Paladín del Liberalismo Americano, de aquel que, como dijo el Ministro Gil Borges en su discurso: "sólo tuvo una debilidad: la gloria". Al efecto suscribieron por todas y cada una de las Repúblicas allí representadas el siguiente radiograma:

> "Al Presidente de Venezuela. Maracay, Venezuela. Los suscritos, Presidentes de los Comités Latino-americanos, estamos reunidos en este momento solemne con el Presidente Harding, Secretario Hughes, los Ministros Dr. Gil Borges, Dr. Dominici, el Gobernador Miller, el Alcalde Hylan, el Cuerpo Diplomático de todos los países latino-americanos, más de quinientas mil personas de otras nacionalidades, ante la estatua del Libertador Simón Bolívar, que Venezuela dedica a la ciudad de Nueva York, desearíamos que con tan elevado motivo recibiera el mundo la noticia de haberse puesto en libertad a los prisioneros políticos en la Patria del Gran Libertador,

para cerrar con tan plausible acto estas fiestas, y pedimos a usted que así se haga.

ARGENTINA, Rodolfo García Arias. BRASIL, Julio Costa Pereira; capitán, Sylvino Freire. BOLIVIA, R. Martínez Vargas, Jorge de la Reza. CHILE, Severo Salcedo, Ernesto Guzmán, Charles Henry Lee. COLOMBIA, M. Gutiérrez G., A. Díaz Guerra. COSTA RICA, V. Fonseca V., E. Artavia. CUBA, A. P. Barranco. ECUADOR, Carlos F. Hernández, J. Cueva García, Ernesto Stagg. GUATEMALA, C. Irigoyen, M. Soto Hall, V. Rodríguez Beteta. HONDURAS, M. A. Herradora. MEXICO, Esquivel Obregón. NICARAGUA, Dr. J. L. Medina, Aníbal Zelaya, Alceo Hazera. PERU, E. Cenarro. PANAMA, Manuel De Obaldía. PARAGUAY, doctor Cayetano Masí. SALVADOR, V. C. Escalante, Rubén Rivera. SANTO DOMINGO, Octavio Elías Moscoso, Manuel de J. Galván. URUGUAY, J. H. Pope. VENEZUELA, Manuel Ayala, F. H. Rivero, R.E. López."*

Gómez, que se halla ahora en San Juan de Los Morros tomando los baños para sus males herpéticos, no ha respondido nada hasta la fecha.

Parece ser que el discurso de Gil Borges, en el que no mencionó a Gómez, debido sin duda a un resto de pudor y por respeto a la tierra que pisaba, a los hombres ante quienes hablaba y a la sombra ilustre del Libertador, le ha costado su caída "política". Estas son las "quiebras" del oficio.

Dícese que van a nombrar en substitución al doctor Pedro Itriago Chacín, consejero jurídico del ministerio de Relaciones Exteriores, puesto que tuvo el mismo Gil Borges.

Pásase mayo. Abajo hay riñas frecuentes. Han estado de irse a las manos. Arriba, otros compañeros se insultan atrozmente. Circulan especies nefandas. Se habla de prácticas ocultas, de vicios feos y tristes... Guerrero ha venido una tarde, quejoso. Me ha dicho:

–Vea, pues. ¡Cuando Nereo no había escándalos!

He tenido que guardar silencio porque es la verdad. El reproche, con todo, me toca:

–¿Usted lo dice porque yo me agarré con Ribas?

–No; pleitos son pleitos. Usted falló saliéndose a pelear con el otro... ¡Pero en fin, se explica! Lo que no convengo son estas cosas de estarse mandando flores del patio unos a otros con Garciíta...

–¡Y eso que usted no sabe lo peor!

Me mira, sorprendido.

–Imagínese que a un cachorro de los que tuvo "Canela" lo llaman "Korasmín"...

* Original en archivo, y también copia de la carta dirigida por los "Comités Latino-Americanos" al "Honorable Charles Evans Hughes", Secretario de Estado Americano.

Y nos echamos a reír. Todo aquello es la enfermedad del presidio, la ociosidad mental. La amargura, el dolor, la desintegración de las facultades de cultura, de normalidad, de piedad. ¡Oh, tirano en cotizas, déspota a cuatro patas! por todas estas miserias que le haces apurar a la desgracia humana, yo humilde, yo obscuro, yo desconocido, te voy a crucificar sobre tu ignominia, que aquí nadie es malo ni es cruel ni es... nada! ¡sino que tu perversidad envenena el ambiente, tu vileza enturbia los afectos, tu ensañamiento se cuaja en tubérculos hediondos como el lodo de los senderos bajo la pezuña de las bestias!

Los de los Comités Latinoamericanos no se han dejado vencer por el siniestro silencio de Gómez y como entienden que éste no responde, diz que porque él "no es el Presidente de la República" y quiere mantener su farsa, con fecha 2 de junio escriben la siguiente carta:

"Junio 2 de 1921. Sr. Dr. V. Márquez Bustillos, Presidente Provisional de los Estados Unidos de Venezuela. Caracas, Venezuela. Señor Presidente: El 19 de abril, en el momento mismo en que se descubría el velo de la estatua del Libertador Simón Bolívar en el Central Park de Nueva York, los Comités Latinoamericanos allí congregados con los altos dignatarios de este país, diplomáticos de otras diversas nacionalidades y con una inmensa muchedumbre de más de medio millón de personas, se sintieron orgullosos de la glorificación del héroe y movidos por un sentimiento de humanidad, que inmediatamente se tradujo en un aerograma dirigido al Presidente de Venezuela.

Nos pareció que ningún homenaje podía ser más digno de aquella gloriosa fecha y del Libertador, quien hasta su propia existencia sacrificó por la libertad de sus compatriotas, que la de devolverles este precioso e inmanente don con que la naturaleza quiso privilegiar al hombre.

Tenemos constancia de que el aludido aerograma fue entregado al señor general Juan Vicente Gómez, a quien vos, en mensajes y documentos públicos, habéis proclamado como vuestro supremo Director, rigiendo conjunta y solidariamente los destinos del país; y, es tanto más extraño vuestro silencio cuanto que hasta hemos supuesto que la contestación se ha extraviado, pues no hay duda que demandaba una respuesta la importancia del asunto.

El Presidente de Honduras, a quien se hizo análoga excitación que a vosotros, ha correspondido decretando la libertad de los presos políticos con la más amplia amnistía.

En consecuencia, os ratificamos hoy el mencionado aerograma del 19 de Abril próximo pasado, que acompañamos en reproducción autógrafa, y aguardamos que inspirándoos en los deseos generales os dignéis atender la más alta aspiración en una actitud civilizado-

ra, que sin duda ha de tener alta resonancia en la opinión pública y devolverá la tranquilidad a millares de vuestros propios hermanos, quienes sufren interminables e insanas prisiones, pues el fruto de un acto de tal trascendencia no será menos que una promesa de la armonía y de la felicidad nacional.

Aún es tiempo de conciliar, de calmar ansiedades y de salvar a los que se encuentran en el último estado de resistencia física, agotados por un largo sufrimiento: y nadie mejor que vos, llevando la toga del abogado ha de saber, al meditar sobre vuestras responsabilidades de conciencia y de Primer Magistrado, que no tenéis el derecho de privar indefinidamente de su libertad a los presos políticos, cualquiera que pudiera ser la consideración en que se quisiera fundar su detención.

El 24 de junio y el 5 de julio están ya próximos y son complementarios del 19 de abril en los anales históricos de Venezuela. Ojalá que en vuestro pensar hubierais elegido alguna de esas fechas para honrarlas todas con un mismo acto de justicia, que fuera el abrir de una nueva era de civismo y libertad en la patria del inmortal Bolívar.

La América toda aguarda una solución digna de este grave asunto, con la nueva de que las puertas de las cárceles han sido abiertas para todos los detenidos políticos. Muy atentamente. Por Latin American Colonies, *M.A. Herradora*, Presidente. 21 Washington Street. New York City".

Con fecha 5 de julio, Márquez Bustillos contesta. Pero no viene a publicarse en Caracas esta contestación hasta el día 30 del mismo mes, comentada por los periódicos oficiales, calcando sus comentarios sobre ella con tal torpeza y aturdimiento que emplean *El Nuevo Diario*, *El Universal* y *El Sol*, las mismas palabras, igual forma en el razonamiento ¡hasta idéntico estilo! Se advierte, aun por el más lerdo, el clisé de Miraflores aprobado y corregido en Maracay...

La carta-respuesta de Márquez Bustillos dice así:

"Caracas, 5 de julio de 1921. Sr. M.A. Herradora y demás miembros de los Comités Latino-americanos que concurrieron a la inauguración de la estatua del Libertador en New York. New York City. 21 Washington Street. Señores: Está en mi poder la carta de ustedes fechada en esa ciudad a 2 de junio próximo pasado, y de cuyo contenido me he impuesto detenidamente.

El aerograma, acompañando a dicha carta y dirigido al Presidente de Venezuela en Maracay, no fue contestado por el hecho de no estar el general Gómez en ejercicio de la Primera Magistratura Civil de la República y quedarnos la duda de si era a él o a mí a quienes ustedes se dirigían. La circunstancia de venir el referido despacho con aquella dirección y no ser potestativo del general

Gómez dictaminar acerca del asunto, fue la causa de esa duda y el solo motivo de aquel silencio.

Ahora que ustedes, probablemente penetrados de las razones por las cuales no habían obtenido contestación al aerograma en referencia –lo que se deduce fácilmente de la fraseología empleada en el tercer párrafo de la carta –se dirigen a mí de manera explícita, no hay ningún inconveniente que me prive de responder, como en efecto lo hago, al requerimiento de ustedes.

Es observando esa *actitud civilizadora* que ustedes invocan, por lo cual el Gobierno de Venezuela mantiene en vigor todavía las medidas de orden público por cuya suspensión ustedes abogan.

Comprendo cómo la excitación a una amplia amnistía, que me hacen ustedes, se origina, más que en un sentimiento generoso, en la influencia ejercida por los malhallados con el presente estado de cosas en Venezuela. Estos, en su totalidad políticos fracasados por ambiciosos –andan por allá y otros países del Exterior, convertidos en plañideras, trazando un cuadro tan ficticio como sombrío de prisiones crueles, de mártires, de viudas y de huérfanos por redimir; todo con el fin de inspirar la compasión o de mover las fibras del sentimentalismo en quienes no conocen la efectiva situación interna de este país, sus problemas políticos –que si son del momento su solución importa vitalmente a lo futuro –ni los imperativos y solemnes deberes de sus actuales dirigentes, entre los cuales se impone, por sobre toda consideración, el de mantener en sosiego a la familia venezolana y en paz y produciendo riquezas y bienestar para todas las fuerzas vivas de la nación.

También aquel sentimiento generoso alienta en los hombres que ejercemos aquí el Poder, pero como tal influencia no pesa ni puede pesar en nuestro ánimo, sino como el reclamo de la falacia y de los ardides de aquellos conspiradores sin escrúpulos, cuyo recurso extremo es traficar con detrimento de la verdad y del decoro en el extranjero –víctimas de su propia conciencia que les ha llevado al exilio voluntario –nosotros no nos separaremos de la línea de conducta que hemos seguido hasta ahora, sino cuando el régimen de providencias con que venimos reprimiendo tendencias anárquicas, corrigiendo hábitos de cacicaje y de caudillismo, y castigando brutales actos de sedición, deje de ser una necesidad ineludible para la salud de la patria.

El Gobierno que presido anhela que llegue ese momento, que advenga el día en que pueda tender un manto de olvido y perdón a los graves delitos políticos cometidos por algunos venezolanos, pero como sabe evidentemente que éstos se hallan todavía en plena contumacia, sin persuadirse de cómo el primordial deber del ciudadano es disfrutar en el seno del orden los atributos de la libertad, ni de cómo atentar contra otro derecho –mucho más si es el de la Sociedad a vivir tranquila –anula el ejercicio del derecho individual, este

Gobierno, repito, procura infundirles con actos enérgicos de corrección, lo que no ha podido lograr con cuantos medios de convencimientos ha ensayado.

Entre tanto, el ambiente de prosperidad que circunda a la República va condensándose y sobreviene el tiempo ya cercano en que la solidaridad de los intereses públicos y privados forme coraza impenetrable alrededor de la majestad de la Ley, y garantía firme al funcionamiento normal, de los derechos y libertades consagrados en la misma, la autoridad que invisto no se despojará de su potestad tuitiva, y en defensa del bien colectivo, en resguardo de la cuantiosa riqueza extranjera, arraigada aquí para provecho y progreso de la nación, mantendrá inactivas las manos que quieran demolerlo todo. Dejarlas que consuman la obra del mal, sí me acarrearía *responsabilidades de conciencia y de Magistrado,* y me obligaría a desceñirme esa *toga de abogado* a que ustedes apelan en mí, para arrojarla en los estrados de la Patria y de la Historia, a que sirva de combustible en la hoguera de pasiones y de objeto recriminable en los juicios de la posteridad. Muy atentamente, *V. Márquez Bustillos".*

Cuando este documento se redacta en Caracas, el Congreso hállase reunido; se han decretado grandes fiestas patrióticas para celebrar el Centenario de la Batalla de Carabobo, el 24 de junio de 1921; fiestas que se clausurarán el 5 de julio en Caracas. Se decretan también inauguraciones de obras públicas, una sesión extraordinaria del Cuerpo Legislativo en Valencia, capital del Estado Carabobo, cuyo Presidente ordena erigir arcos triunfales con inscripciones como ésta: "1821, Bolívar alcanza en Carabobo la Independencia de América. 1921, Gómez completa en Venezuela la grandeza de la Patria..."* El Gobernador de Caracas, hermano de Gómez –un infeliz labriego analfabeto hecho Magistrado a golpe y porrazo– erige otros arcos con iguales o peores inscripciones alegóricas. Se dan bailes en Valencia, en Caracas, en Maracay; se pronuncian discursos, se obsequia todo ese mundo seudo-oficial que siempre tiene un labio para libar champaña gratis y una zapatilla para bailar música ajena. Y la lluvia, más decorosa que los hombres, agua la parada militar en el campo de Carabobo, borrando el ultraje de la huella indigna. El Congreso dicta en su sesión extraordinaria –cien años después que a la misma fecha iban los absolutistas de Fernando VII sembrando de cadáveres su derrota hacia el mar – un acuerdo en el cual se declara a Gómez

* Este Presidente, José Antonio Baldó, ha sido personal amigo del autor desde que el doctor Ezequiel Vivas nos presentara en Miraflores a fines de 1912. Luego nos encontramos en el Zulia, él de Secretario General del Gobierno de José María García, yo Intendente de Tierras Baldías. Una mañana me invitó a ir a verle. Allí me refirió: – "¿Sabe usted lo que ha hecho su amigo David Gimón en Guayana? Pues apenas se encargó de la Presidencia (1913) hizo echar a todos los andinos que allí había."Sepa" –añadió– "que si se altera el orden en cualquier parte de la República y mandan un batallón a restablecerlo, de las cuatro compañías, tres serán tachirenses"...

"hombre necesario e insustituible para el presente y para el porvenir" porque en él "se vinculaba la existencia misma de la patria".

Firma como presidente del Cuerpo aquel acuerdo, el doctor Rafael Requena (el mismo que certifica "muerte natural" los envenenamientos y los suplicios de "La Rotunda").

Vuelve a Caracas, después de ser festejada en la aldea de Maracay, residencia predilecta de Gómez, la comitiva. Y se cree que éste abrirá las cárceles para los detenidos de 4, 6, 8 y 12 años... El astuto serrano háceles creer a deudos y amigos esto ¡y en el interín se redacta la carta de Márquez Bustillos que acaba de leerse! Tal es "la magnanimidad" del Gobierno.

Gómez regresa de nuevo a su aldea, a sus potreros, donde tiene siete años de Presidente Electo y Comandante en Jefe del Ejército Nacional en medio de dos brigadas de genízaros, dejando al doctor Márquez Bustillos, Presidente Provisional, elegido por *un año* en 1914 – elección de un Congreso *ad hoc* – y hasta tanto el general se encargue. Este ya manifestó al tal Congreso en un documento breve e insolente, que se encargaría del poder "cuando lo considere oportuno y conveniente"*.

Las fiestas de Carabobo tienen por objeto – así como el homenaje a Washington y el decreto para llamar "Henry Clay" una plaza de la capital – borrar la impresión de la tempestad que siente amenazarle desde Nueva York y que se condensa, misericordiosamente, en la súplica de los Comités Latino-americanos y en el absoluto desprecio con que el Presidente Harding, elogiando al héroe y al pueblo venezolano, deja advertir en su silencio acerca de esta parodia de Gobierno, que cree poder disfrazarse ante el mundo con las sombras venerables de Bolívar, de Washington y de Clay.

El pueblo venezolano, acobardado y todo, ve con risueño desdén esta farsa ridícula a la cual se le invita, y aludiendo a los arcos de Caracas y de Valencia, responde con un epigrama apodando a Juan Vicente Gómez "Juan de Arco". Es la burla de los pueblos tiranizados nube arrebolada, presagio de tormenta. Que ella tarde, nada significa: existe y gravita sobre ambiente enrarecido.

En plena celebración del Centenario de Carabobo – y este fue el motivo de no soltar a los presos – un señor de Trujillo, que hace de Secretario de Gómez, aprovechó para decir al Congreso de agricultores y criadores, que "los bandoleros capitaneados por Roberto Vargas y Arevalo Cedeño habían sido destruidos frente a la plaza de Guasdualito". ¿No es, pues, el momento oportuno, ante tal elocuente demostración de fortaleza, de dar una prueba de la *magnanimidad del Gobierno?* O es mentira "la fortaleza del gobierno" o su *magnanimidad* es como su "fortaleza". Si los "bandoleros" Vargas, Peñalosa, Prato, Franco, Carmelo París y Arévalo Cedeño tienen como bandera la opresión que sufren los venezolanos ¿por qué no se les arrebata esa bandera de parte de un gobierno justo, ecuáni-

* Véase tomo I. Cap. XVII, Pág.211.

me y poderoso? Ha dicho la Sagrada Escritura: "la mentira es madre de la confusión".

De Emilio Arévalo Cedeño puede decirse sin énfasis que ha sido un nuevo Juan Martín "el empecinado" en esta larga etapa de la humillación nacional. Intrépido, astuto, tenaz. El 19 de mayo de 1914, a raíz de la primera descarada usurpación, se alza en Cazorla proclamando al general José Manuel Hernández. Durante ocho meses recorre los llanos del Guárico y de Anzoátegui por la costa, vía Trinidad, apareciendo tres meses después en Colombia, en mayo 16 del año 16; y a 29 de abril ya cruza de nuevo la frontera a la cabeza del mismo grupo de valientes. A mediados de mayo está en el centro. Diez largos meses sus caballerías se pasean por el corazón de la república a través de tres estados, proclamado nuevamente al viejo caudillo nacionalista, y se ve obligado a retirarse porque nada ni nadie –como a Horacio Ducharme y como a Angelito Lanza– responde del exterior.

En el capítulo XVII del tomo I están las causas de esta combinacíon abortada. A uña de caballo vese obligado a retirarse, describiendo la misma audaz parábola de antes; se va con los suyos por el litoral de oriente y arriba a Trinidad. Adviene el año 18, y cuando casi todos los civiles y militares de la oposición van al pacto de París y están organizando la revolución que reconoció por jefe al doctor José María Ortega Martínez, Arévalo Cedeño, sin mayores recursos que su iniciativa, su audacia y el entusiasmo que sus empresas atrevidas despiertan, surge en la raya de Colombia el primero de enero del año 20 y conforme al plan exacto que comunicara a sus amigos, cae sobre el "inexpugnable" Funes en San Fernando de Atabapo, lo asalta, lo pelea, lo atrapa y a él y a su segundo José Luciano López, los somete a un "consejo de guerra" – según el informe oficial –, "los ejecuta sumariamente" – dicen otras versiones –. Se habla de que Funes rindióse mediante un pacto y el jefe victorioso pasó por sobre tal tratado de rendición y les hizo dar muerte. En este, como en otros casos, es menester establecer los hechos exactamente [33]. Pero en una y otra forma, condenemos enérgicamente esas ejecuciones.

[33] Uno de los jefes revolucionarios, el general Marcial Azuaje, confirma en relato publicado en la prensa de Caracas en 1936 que él, a nombre del general Arévalo Cedeño, ofreció a Funes garantías y que en tal virtud se entregó. Otra reminiscencia interesante de otro actor en el lance, Carlos Herrera Barreto, corresponde en esencia a lo relatado por Azuaje. Esta fue fechada en Moreno, en febrero de 1928. De éste tomamos el texto de dos comunicaciones que hablan por sí solas respecto a las relaciones entre el bandido del Alto Orinoco y el dictador Gómez: "General Juan Vicente Gómez, Comandante en Jefe del Ejército Nacional, saluda a su amigo el señor Coronel Tomás Funes, le avisa el recibo de su carta de cinco de agosto pasado y al darle las más cumplidas gracias por los dos chinchorros, le dice que la paz de la República no será alterada por los enemigos, que andan todos desconcertados y desconceptuados. San Juan de los Morros, 5-19-917." "General Juan Vicente Gómez, Comandante en Jefe del Ejército Nacional, saluda a su amigo el señor Coronel Tomás Funes, le avisa recibo de su apreciable e importante correspondencia de dos de diciembre, se alegra de todo lo que le comunica y le ofrece que en primera oportunidad le mandará la espada y, además, un rifle para que use ambas cosas en nombre del general Gómez. Caracas 5-2-915".

Condenémoslas desde la plaza de Tinaquillo hasta las montañas de Maturín; y si Salazar y Paredes y Ducharme comparecen mártires ante la historia sacrificados a la fatalidad de la barbarie, en el plano de la filosofía histórica, no tenía derecho la mano de un militar joven cuya hoja de servicios va ya ornada con los méritos de su abnegación de su valor y de sus sacrificios a erigir el patíbulo de Tomás Funes y de José Luciano López en las selvas del Alto Orinoco, entenebreciendo el ideal de civilización y de la humanidad de la cruzada con la silueta de dos malhechores que dejan de serlo para amortajarse en víctimas. En la lucha, en el batallar contra el mal, si éste cae y en su caída, entiéndase bien, *en el momento de su caída*, quedan vidas humanas como fruto de la acción, ¿qué otra cosa puede hacerse sino sepultarlas para la piedad del olvido? Pero donde termina la resistencia –bien de voluntad o a punta de sable– comienza la inviolabilidad. Nunca se dirá bastante: ¡la vida humana es inviolable! Nadie tiene derecho a atentar contra ella si no en legítima defensa de la propia. Controvertir esto, atenuarlo, excusarlo es casi tan criminal como intentar el acto. Se mata tanto con el brazo como con la mente. El tirano en pie, agresivo, feroz, armado, ataca. Si el pueblo atacado se defiende y mata al tirano, sucumbe éste ante el derecho de legítima defensa. Vencido, ya no hay reo de muerte porque deja de ser tirano y en él se incorpora el hombre cuya vida, por el hecho de estar a manos de un semejante, es inviolable. Mejor que yo el Padre Mariana ha justificado el tiranicidio. Pero es menester distinguir entre el tiranicidio y el homicidio. César, poderoso, glorioso, con las legiones a sus espaldas blandiendo las espadas cortas y las largas lanzas de las decurias que hicieron Farsalias y Mundas, rueda cosido a puñaladas por los mármoles del senado; el duque de Enghien se abre la casaca y recibe la bala mortal en un foso de Vincennes... García Moreno se va de pechos al suelo con la vida prófuga en una cuchillada... Y en la noche de los tiempos el grito del repúblico se extingue con el fragor de la postrera rota de Filipos; un déspota abominable y admirable rompe la crisálida de primer cónsul al estampido del último fusilazo de Austerlitz; del incienso jesuítico y asfixiante del dictador ecuatoriano surge y se condensa como "excremento de García Moreno", Veintemilla. Tres actos diferentes que no van a converger a un mismo punto: en Bruto había doctrina, en Bonaparte ambición, en Rayo sacrificio. A veces la noción del tiranicidio se extravía y el puñal de un fanático alcanza el pecho de Abraham Lincoln o la bala de un loco la cabeza de Jaurès. Los anarquistas pasan una temporada como los niños que le rompen la cuerda al juguete para que camine. La guerra inunda de sangre el suelo una vez más y sube cuarenta codos sobre el más alto Ararat del espíritu humano y del vapor de esta sangre que se coagula, se seca y se rezuma en la corteza árida de un mundo descentrado, surgen fantasmas rojos de reivindicaciones absurdas, fantasmas obscuros de tiranías extravagantes. Son el bermellón violento y el negro mate los tintes con que finaliza la hemorragia en la podredumbre. Si nuestro programa es restablecer la constitucionalidad en Venezuela, la legalidad, la civilización, la humani-

dad, erigir un patíbulo –sea quien sea el reo de muerte desde Gómez hasta un policía– destruye por su base el principio que sustentamos. No existe en nuestras leyes la pena de muerte ¡bendita sea esta postrera luz de civilización que siquiera no se extingue del código en la catástrofe de medio siglo de disparates! Y los que vamos en nombre de este código no podemos empezar con una violación invocando ni siquiera una necesidad. Gómez ha ultrajado, ha arruinado, ha expulsado, ha secuestrado; ha matado por el tortol, por el fusil, por el veneno, por la desesperación. A la sombra criminal de Maracay se erguía la pequeña sombra siniestra de Atabapo. Para ambos, a la hora del vencimiento, la justicia. Que vayan a morirse en su lejana madriguera, si el juez no tuvo gendarme ni el gendarme fuerza. Cuando el pueblo de Venezuela coja a uno de sus barbarócratas y lo lleve ante el Senado de la República y la nación entera vea al antiguo déspota con la blusa a rayas y el número en la gorra trabajando en el Dique Astillero o sacando mangle en San Carlos; cuando estas generaciones de folletín histórico se persuadan de que la fuerza augusta de las leyes es más inexorable y tremenda que todas las descargas de todos los fusilamientos militares, y que la sangre sólo clama sangre y que la venganza es el eslabón y no el remate de la cadena de las pasiones porque tras de Orestes corren, desgreñadas y trémulas, las Euménides del remordimiento, entonces habremos comenzado a civilizarnos... Porque hoy por hoy en la América casi todos los movimientos llamados civilizadores no son sino olas sucesivas de barbarie al asalto de un faro que se invoca en la noche del trance y se apaga a cintarazos antes de que la aurora llegue y se salven los náufragos más distantes, el pueblo analfabeto, embrutecido, alcoholizado que los cuatro vivos de siempre, unas veces militaristas, otras populacheros, invocan como a un monstruo propicio para subírsele a horcajadas...

Arévalo Cedeño dominó el Territorio Amazonas en 28 días partiendo hacia el centro otra vez, la tercera; y la expedición, ya al mando del doctor Roberto Vargas, se estrelló contra la plaza de Guasdualito. Vino la anarquía, el desorden; desconocieron a Vargas * y los restos del pequeño ejército, 160 hombres, al mando ya de Arévalo Cedeño, en cincuenta y dos días, abriéndose paso fácilmente – pues los "oficiales" de Gómez en el fondo sentían la legalidad de la intentona – sin perder un caballo, salieron de la tercera aventura por la frontera de Casanare y Arauca (persiguiéndoles las fuerzas del "gobierno" como "un séquito", dice el diario de campaña) acampándose íntegros y salvos en El Viento. Las fuerzas de la revolución han recorrido ya con esta vez nueve Estados en quince meses de campaña, combatiendo treinta veces hasta las cercanías de Caracas.

* El doctor Roberto Vargas, en 13 de febrero de 1922, desde Arauca, dirigió al Dr. Carmelo París y a Carlos Fermín Toro y E. Arévalo Cedeño, una "Carta" aclarando puntos militares y detalles de capital importancia respecto a lo ocurrido en aquella campaña.

Ahora en el campo de Guasdualito, doscientos nueve venezolanos sellan de nuevo con su sangre el triunfo de la iniquidad.

Américo Spinetti va a sucumbir tras un largo calvario de siete años. Ha soportado los terribles períodos de Duarte Cacique, de Cachimbo, de Nereo. No es posible que se salve. La tuberculosis le aniquila. No puede marchar. Ni aunque le quitasen los grillos. Su voz afónica a ratos surge del fondo del calabozo. Y es un contraste curioso aquella voz tan débil con aquel espíritu tan enérgico.

Ya su cabeza no marcha bien.

Había hace tiempo cogido manías con la medicina. Cierta vez me preguntó si yo conocía recetas indígenas y le di algunas fórmulas de mi propia invención, por broma. Me quedé sorprendido cuando el ordenanza me dijo que no sólo las había copiado en su libro, sino que algunas se las había aplicado él mismo.

Hace una semana que permanece en la celda donde murió Domínguez Acosta. Anoche me decía Porras Bello por "telégrafo": "no amanece".

Américo Spinetti fue reducido a prisión en Ciudad Bolívar junto con otros, entre ellos Juan Cabrera, primer Alcaide de la Cárcel, Rafael Recao, Juan Manuel Sucre, y un sin número de hombres inocentes. Estas prisiones las llevó a cabo el general Gimón Pérez hacia el 20 de mayo de 1914. Los cuatro primeros mencionados fueron puestos en libertad.

Spinetti fue trasladado a Caracas junto con los otros en las bodegas de uno de los vapores de guerra. Iban todos engrillados. Reyes Moncayo, herido.

De La Guaira, lleváronlos a pie hasta Caracas y al herido atravesado en un burro. Fueron expuestos todos estos desgraciados en la Plaza Bolívar por casi medio día. De allí les pasaron a La Rotunda.

La señora María Hernández Spinetti se trasladó a Maracay en junio del año de 1918 con el propósito de solicitar de Gómez la libertad de su marido. Logró obtener una entrevista y le suplicó, llorando, la libertad de su esposo. Se arrodilló. Implorábale a nombre de su madre, de sus hijos. Gómez, las piernas abiertas y embotado, metiéndose las manos dentro de las botas, le dijo: "tengo que consultar con Gimón, que es quien los ha mandado". Pasaron años de consulta.

Un hermano de Américo que se hallaba en Caracas [34] tuvo noticias de que Américo se encontraba grave y se le ocurrió escribirle al Gobernador del Distrito Federal, Juancho Gómez, la siguiente carta:

> "Caracas, 16 de junio de 1921. Sr. General Juan C. Gómez, Ciudad. Muy señor mío: Para un fin exclusivamente personal, y con las excusas del caso, le dirijo la presente, confiando ante todo en su nunca desmentida bondad. He tenido noticias de que mi hermano

[34] Falleció años más tarde y está enterrado en Brooklyn.

> Américo está con su salud profundamente resentida. Si esto fuese así, yo le suplico intervenir con el General, para que mi hermano sea trasladado al hospital mientras recobra su salud. Un deber imperioso para mí y sentimientos humanitarios me imponen hacerle esta exigencia y cuanto haga por mi hermano en el sentido indicado, sabré altamente agradecérselo. Juan María Spinetti".

La carta no obtuvo respuesta.

La insensibilidad moral de esta gente y su concepto materialista y abominable de las cosas es de tal suerte que se refería como ejemplo un incidente ocurrido junto al lecho mortuorio de la madre de los Gómez. Era esta anciana campesina mujer devota, y ya sintiéndose morir llamó a Juan Vicente para rogarle la libertad de los sacerdotes, Mendoza y Monteverde. Sea el cura que la confesó o quien fuese, el caso es que a la anciana le causaba pavor morirse y que su hijo tuviera presos ¡dos presbíteros!

–Mi hijito, es la última cosa que te pido: ¡suéltame a los Padres!

Y él, con los ojos arrasados de llanto, sobándole las manos, respondía:

–Sí, mamita, sí. Yo los soltaré ahorita mismo. ¡Cómo no...!

Expiró la anciana. Y él, requerido por una de sus hermanas a lo ofrecido, explicó candorosamente:

–Pues mire, no; no los puedo soltar. Por lo menos mamita se murió con esa ilusión. ¿Cómo le parece?

El cadáver debía ser trasladado desde Macuto hasta Caracas. Pero como levantaba una gran polvareda el coche féretro delantero, Gómez, que recibía todo el polvo, ordenó a su chófer que pasara adelante. Después seguía el cadáver. Y los demás.

¿El polvo? Siempre he tenido mis reservas acerca de este detalle. Se sabe que entre los campesinos existe esa preocupación de no marchar tras de un muerto.

Nereo la tenía arraigadísima.

Abril 7 de 1921.

Esta madrugada, a las cinco y media, falleció el coronel Américo Spinetti. Hace casi tres años, a esta misma hora, guardábale las espaldas a Gómez e iba más tarde con él al asalto de la Casa Amarilla.

A Spinetti le maltrataron como a pocos. En parte debióse a su carácter; pero hubo, no sé por qué, cierto ensañamiento. No le pasaban ropa, ni fondos, a pesar de que sus familiares sin duda se ocupaban de eso. Ha muerto literalmente de hambre, de intemperie. Vinieron a ver qué podía dar yo para vestir el cadáver. Tenía un par de medias "para salir"... cuando "saliera"... Las medias de la libertad. Con ellas salió el pobre

Américo. En el Hospital Vargas le entregarán el cadáver a la familia diciéndole que murió allí. Como siempre. [35]

La camilla en el buzón; el cadáver en brazos. Un poco de creolina. Dos o tres horas de un silencio que se siente poblado de plegarias o de maldiciones, mudo como la tumba, como la justicia, como Dios.

De toda esta movilización, de estas quejas, de estas peticiones, de estas estatuas, sólo queda un hecho único, estable, siniestro, real: a cada protesta, a cada grito, a cada súplica, el cerrojo se descorre, chillan los goznes, otro bulto oblongo, fétido, macabro, brota de aquí, cae en la camilla de la ambulancia y parte para el olvido final.

Hasta dos días después, el 9 o el 10, era tan espantosa la hedentina, que estuvimos quemando hojas de eucaliptus... Varias veces se regó creolina en la celda donde murió Américo.

Y el olor de la descomposición orgánica flotaba, persistente.

[35]" En la mañana del 7 la familia tuvo la noticia de que en el Hospital Vargas se encontraba el cadáver de Américo. En seguida fue a hacerse cargo de él. No fue un cuerpo muerto el recibido, sino un esqueleto vestido y hecho un anciano. Para poderlo identificar tuvieron que verle los dedos pulgares de las manos que eran un poquito chatos y algo defectuosos." Nota comunicada al autor por Inocente Spinetti, hermano de la víctima. Nueva York. 24-26 Stone Street.

CAPITULO XXXIII

Voces en el desierto... – "La vergüenza de América" o "Entre las patas del paquidermo" – Alea jacta est. – La enfermedad de Gómez – Nieto; el nuevo cabo, quiere pegar.... – La asfixia en la oscuridad – Gómez embalsamado – La sugestión inofensiva – Los comentarios – Un corazón de madre – Ya "no se muere" – Te-Deum por el feliz raspado de una uretra – Los "salvadores" del "salvador del salvador" – La lenta y terrible agonía de Pedro Manuel Ruiz – La necrología del niño – ¿El otro...? – Los pasos finales – El que a hierro mata – Mi oración expiatoria – La venganza de Molière – La orden de libertad – El sol, el cielo, el agua, el árbol – Las horas supremas – Conjeturas – Una estadística calofriante – Las bases de la dinastía – Don Avelino y su extraña enfermedad – Las protestas capilares – Jacobo "el fatalista" – La frase del Padre Monteverde – El último sueño de una noche en prisión – La tortura deletreada – En la alcaidía – La multitud, la calle – ¿En dónde vivo yo? – Popule meus – Mi casa – El suplicio de la pena única – La muerte de don Avelino – El "espontáneo acto de clemencia" – La alocución del día 1º – Por culpa de los presos... – "La Lectura Semanal" – Bajo el ojo policíaco – La dinastía Gómez y el grosero atentado de 1922 – Los "enemigos del Gobierno" – Todo lo que hemos visto... – ¡El "general" está aquí! – Las recepciones rehabilitadoras – Desde la acera de enfrente – El abrazo frustrado – El gabinete dinástico – Los "caídos" – El final de los mostachos – La escapatoria – El beso de la pobre patria – En los umbrales del destierro "voluntario".

Agosto-Diciembre 1921.

Los Comités Latino-americanos no cejan. Otra carta, llega a Caracas. Una copia, impresa en la Cosmopolitan Printing de Nueva York, pasa hasta acá. Repite la del 5 de julio, respuesta de Márquez Bustillos. Y dice:

"Solidaridad Moral Americana. Los Comités Latino-americanos en Nueva York, reiteran su petición de libertad de los prisioneros políticos de Venezuela. Formidable refutación de su Presidente, doctor Herradora, al doctor Márquez Bustillos. New York, 31 de agosto de 1921. Señor doctor V. Márquez Bustillos, Presidente Provisional de Venezuela, Caracas, Venezuela. Señor Presidente: Tengo el honor de acusar a usted recibo de su carta de 5 de julio último, contestación a la que por encargo de estos *Comités Latino Americanos,* le dirigí ratificando el *Aerograma* que en 19 de abril enviamos a

los Presidentes de Venezuela, nación hermana tan circunspectamente representada aquel día por los doctores Esteban Gil Borges y Dominici, en la glorificación del Libertador, homenaje este realzado con la presencia del Excelentísimo Señor Presidente de los Estados Unidos, Mr.Harding, quien en elocuente discurso lleno de acatamientos para el derecho y de promesas para la libertad supo enaltecer las glorias del Ilustre hijo de Venezuela, el inmortal *Simón Bolívar,* con criterio de justicia tal, que exalta al propio tiempo la capacidad y virtudes del señor Presidente como hombre de Estado, y las de esta gran democracia fecunda en enseñanzas altruistas. Los Comités no pueden menos que lamentar las dudas que dice usted, señor Presidente, haber ocurrido entre el general Gómez y usted, acerca de a quién de los dos correspondía el aerograma, si al presidente electo o al que ejerce provisionalmente, duda muy explicable por el caso único de existir en Venezuela dos Presidentes y de haber proclamado usted, doctor Márquez Bustillos, en sus discursos y mensajes al Congreso, que la máquina gubernativa de Venezuela sólo se mueve a impulsos del general Juan Vicente Gómez, de sus inspiraciones, de sus consejos y de su superioridad como Jefe único, rigiendo conjunta y solidariamente con usted los destinos del país. No recibiendo contestación al Mensaje, se consideró necesario ratificarlo para evitar interpretaciones, y se envió esta vez dirigido a usted personalmente con el agregado del título del puesto público que desempeña y a cuya contestación negando la libertad de los presos políticos ahora me refiero, porque en ella trata usted, señor Presidente, de justificar la indefinida detención de los presos políticos en cárceles insalubres como medida de orden público y achacándoles a los Comités estar sugestionados en su petición, por enemigos de ese Gobierno, como si el sentimiento humanitario no fuera una inspiración altruista, de entre las muchas con que la moral distingue al hombre de bien de los seres irresponsables. Es a todas luces gratuita e infundada la aseveración que usted, señor Presidente, doctor Márquez Bustillos, asienta en el tercer párrafo cuando dice: "comprendo cómo la excitación a una amplia amnistía que me hacen ustedes se origina más que en un sentimiento generoso en la influencia ejercida por los malhallados con el presente estado de cosas de Venezuela". ¿Por qué negarnos el señor Presidente la espontaneidad de ese sentimiento surgido en el momento en que se glorificaba al inmortal Simón Bolívar con la reposición de su estatua en el Parque Central de New York? Con el mismo derecho con que el señor Presidente se arroga la libertad de negar la espontaneidad del sentimiento humanitario que inspiró nuestro aerograma podrían los miembros de los Comités creer y decir, no sin fundamento de razón, que el Gobierno de Venezuela no actuó patriótica y desinteresadamente en la reposición de la estatua del Libertador y que su glorificación fue convertida en estrategia política, al tratar

de obtener los favores del gobierno de Washington entonando himnos a la libertad, como para que no se oyera en el extranjero el crujir delas cadenas, el clamor de las víctimas escapado de las ergástulas y el lúgubre tañir de las campanas en su despedida hacia la eternidad, de nuevos seres humanos arrojados a la fosa, por la mano implacable de quienes sí victiman a sus compatriotas por sus diferencias de opiniones políticas en las gestas de la libertad, porque suspiran como hombres conscientes de sus derechos. ¿Son acaso nuevos en la historia de la humanidad pasos como el que dimos? ¿No está la historia de todos los pueblos de la tierra llena de actos semejantes? ¿Y no han sido oportunidades, como la que tomamos para dirigirnos al señor Presidente, las que los mandatarios han aprovechado para decretar las más amplias amnistías y en que se ha verificado la reconciliación de los más encontrados intereses? Si los textos históricos no nos mal informan, los Presidentes de Venezuela con la sola excepción de los actuales, ¿no las decretaron también? ¿No acaba el Presidente de Honduras, correspondiendo a la excitativa de estos Comités, de honrarse poniendo su firma al pie de una amplia amnistía? ¿Cuándo, en qué actos y de qué modo hemos demostrado nosotros las características de los hombres abúlicos? ¿En materia de orientaciones debemos decir al señor Presidente, que hemos leído extensos y razonados artículos en la prensa de este y otros países nunca desmentidos por la prensa o por los Cónsules de Venezuela, que por decoro nacional debían, si podían, haber refutado cargos concretos que se hacen ante el Tribunal de la sanción pública universal en las más graves y directas acusaciones al Gobierno de ese país, de practicar un régimen tiránico y especialmente cruel con los presos políticos, quienes cuando corren con mejor suerte, son sacados de las mazmorras para los hospitales la víspera de perecer, como acaba de verificarse con el señor Américo Spinetti* a quien negaron los oportunos recursos de la asistencia médica y personal, que en vano solicitó su familia prodigarle, después de largos años de prisión sin fórmula de juicio. Hemos hablado señor Presidente, con personas imparciales, tanto extranjeros como venezolanos honorables y con muchos amigos de su Gobierno que nos han confirmado, a "sotto-voce" cuanto hemos expuesto acerca de las prácticas de su Gobierno; y por último, en nuestro poder reposan documentos jurados que vieron la luz pública en el *New York Times* y correspondencia informativa de prisioneros políticos confirmando los sistemas inquisitoriales del Gobierno de Venezuela, los cuales constituyen un apóstrofe a la civilización y un insulto a la dignidad de ese pueblo, que por su cultura y por su pasado merece mayor respeto y acatamiento a sus instituciones por parte de las autoridades constituidas. ¿Querrá tacharnos el señor

* Como se habrá leído en el capítulo anterior no se trasladó al hospital sino su cadáver.

Presidente Provisional de excesivamente llanos por el solo hecho de invocar la verdad en nuestro apoyo? Vamos a demostrarle que nos ha inspirado la más perfecta ecuanimidad. Hemos leído también la prensa y los Mensajes del señor Presidente; y como en aquélla y en éstos se proclama y asegura gozar el país de una paz estable, no pudiendo dudar en absoluto, de tales informaciones, creímos al propio tiempo que llenar un deber de humanidad, ofrecer una magnífica oportunidad al Gobierno para iniciar una era de conciliación entre sus conciudadanos y acabar para siempre con la justificación de las protestas armadas. Así inspirados, concebimos la idea del aerograma en cuestión pidiendo la libertad de los presos políticos, porque como dijimos, ¿qué mejor oportunidad para la amnistía, que la de la glorificación del Héroe Máximo? Tomando en consideración la carta de usted, señor doctor, surge ahora el siguiente dilema: ¿Debían o no debían los Comités creer en lo que afirmaban la prensa, los amigos del Gobierno y usted como Presidente Provisional en Mensajes y discursos respecto de la paz estable y beneficiosa en Venezuela? Debían creerlo, nos dirá usted mismo. Y entonces, si hay paz estable y ésta no es la paz de los cementerios, sino consecuencia de la felicidad nacional, la paz del derecho, que en una democracia bien organizada no se exterioriza sólo por cosas materiales, sino por las garantías de la propiedad y del ciudadano, por la libertad de la prensa y por el sufragio libre muy primordialmente, cuyas prerrogativas, cuando son otorgadas con fidelidad y desinterés, constituyen el mejor baluarte de todo buen Gobierno, ¿de dónde, pues, esa necesidad que nos dice el señor Presidente Provisional, de mantener en vigor medidas opresivas, al negar a los Comités la libertad de buen número de sus compatriotas detenidos, detención que dudosamente se justificaría en Abisinia? En el caso contrario y penoso de que la situación de Venezuela no haya sido ni sea normal como nos hace inferir ahora el señor Presidente en contraposición con sus anteriores declaraciones, cuando dice en su aludida carta: "nosotros (¿quiénes?) no nos separaremos de la línea de conducta que hemos seguido hasta ahora, sino cuando el régimen de providencias con que venimos reprimiendo tendencias anárquicas, corrigiendo hábitos de cacicazgo y caudillismo y castigando brutales actos de sedición, deje de ser una necesidad, ineludible para la salud de la patria"; en ese caso tendríamos que confesar que sí fuimos sorprendidos al haber acreditado las aseveraciones de la prensa, de usted y de los prohombres del Gobierno de Venezuela, estaríamos disculpados por la buena fe presumida y por la nobleza de humanitario propósito que perseguimos. No hay duda de que al señor Presidente lo honra preocuparse de la salud de la patria como nos dice; y si no fuera porque no es de nuestra incumbencia inmiscuirse en los asuntos de la política interna de Venezuela y sólo

limitarnos a lo que es procedente para la finalidad que perseguimos de alcanzar la libertad de los presos políticos, basados en el inalienable derecho de humanidad y sanción universal y el adelanto de los pueblos hermanos, ya nos atreveríamos a opinar, que los hábitos de caciquismo, a que usted se refiere, señor Presidente, se neutralizan más eficazmente con el ejemplo del respeto a la libertad de acción y del pensamiento, con una estricta observancia de la Constitución y de las leyes como elemental a la educación cívica de los pueblos en los ejercicios de la libertad, sin los cuales la República no existe y la democracia es una quimera. Contraigámonos, pues, al asunto LIBERTAD DE LOS PRESOS POLITICOS. No debemos suponer que sea mala fe, sino error, la persistencia de retenerlos indefinidamente en cárceles inhumanas. Al efecto, proponemos al señor Presidente, quien niega la acusación hecha ante el Tribunal de sanción pública universal, de la crueldad con que se trata a los prisioneros políticos; y como un paso, que a su propio Gobierno convendría, para el esclarecimiento de la verdad ante el mundo civilizado, que sigue con interés este asunto, que acepte el envió por estos Comités a Venezuela, de una COMISION MIXTA compuesta de dos representantes por los Estados Unidos, dos por Centro América y dos por las Repúblicas de Sur América, que vaya en visita a cerciorarse de la salubridad de las cárceles en que se encuentran los detenidos políticos, a verificar el tratamiento que se les dispensa, su estado físico y cuanto procede como obra de humanidad y de justicia en este penosísimo caso, indagando el estado de los procesos de ley que debe habérseles incoado y de si se les ha dado oportunidad de la más amplia defensa como es costumbre en todos los países civilizados. Abrigamos la esperanza de que el señor Presidente no ha de esquivar la nueva oportunidad que con esta proposición le brindamos para dar al mundo un testimonio, que si favorable, le serviría para confundir a sus acusadores; y si adverso, para hacer una rectificación honrosa siempre para un Gobierno, cuando como en el presente caso, están de por medio los fueros humanos y se trata de que impere la justicia. Y esta proposición se la hacemos sinceramente, señor Presidente, porque no podríamos abandonar nuestra obra de liberación sin traición a nuestros sentimientos y al espíritu de solidaridad moral que en el mundo avanza rompiendo las carcomidas barreras del egoísmo, de rancios prejuicios, y acercando los hombres en una más estrecha y mejor comprendida finalidad de la vida y de las relaciones sociales y políticas de los pueblos. La crueldad es una debilidad moral que agota el corazón. La generosidad, virtud de las grandes almas, predispone los espíritus a convivir fraternalmente. ¿Por qué no ensayar, pues, un método de esta índole y abolir la crueldad? Digamos con el general Bliss del Ejército americano en su importante carta de 29 de Abril de 1919 al Presidente Wilson: "No puede ser recto hacer injusticia aunque sea

para llegar a la paz. Esta es de desear, pero hay cosas más estimables que la paz y ellas son la justicia y la libertad. A esa paz de justicia y de libertad aspiran hoy todos los pueblos porque así lo pregonan a todos los vientos; la paz soñada por Bolívar, y por todos los héroes de la libertad y de la justicia. Hágase esta paz y ya verá el señor Presidente, sereno el ambiente, garantizada la riqueza nacional y el país desarrollándose, no por obra y gracia de una iniciativa única, como la de Porfirío Díaz en México, al cabo convertida en ruidoso fracaso, sino por el concurso de todas las fuerzas vivas del país, al ser a su vez garantizadas en el ejercicio de las prácticas legales, requisito este indispensable para aplacar resentimientos, formar ciudadanos, restablecer la confianza y lograr el equilibrio social y político a que debe aspirar el señor Presidente como agente en el Gobierno, de los intereses de la nación. Piense el señor Presidente, cómo se elevaría su nombre en la consideración pública aceptando nuestra proposición en alguno de los dos extremos a que se contrae; piense que la paz es una consecuencia lógica de la justicia de la libertad, de las cuales depende aquella misma, porque a ese nivel moral es que se encuentra la satisfacción común de los pueblos no envilecidos, y ofrézcanos el señor Presidente la oportunidad de tributarle un aplauso tan amplio y justiciero como lo merezca, al concedernos la libertad de los presos políticos de Venezuela, cuya solicitud hoy le reiteramos. Atentamente, LATIN AMERICAN COLONIES, *Marco Aurelio Herradora, Presidente.*"

A este elocuentísimo documento responden el silencio y la muerte.

Entonces pongo por obra escribir en síntesis el historial de estos tres años de horrores. Trabajo sobre documentos vivos. Como en el precepto del áspero alemán: "escribe con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu". Es así que se han reconstruido los detalles de esta larga tragedia de La Rotunda y que algunos escritores de la oposición, sin escrúpulos ni dignidad, ni verdad, han reproducido de mis notas y adulterado, o tratan de aminorar, de apagar y de desprestigiar con una mala fe que es otro argumento de mi tesis: la cretinización mental; falseando con versiones exageradas o grotescas todo el horror de la desnuda realidad para acaparar "sensacionalismo"*. "¡La vergüenza de América!", la vergüenza de América, la archivergüenza del Continente que la presencia, la acata y la agasaja; la vergüenza de los venezolanos degenerados que la determinan. La vergüenza de América, sí, una y mil veces a lo largo de un tercio de siglo; y ni las cobardías del momento, ni las vilezas, los bizantinismos y las demagogias postizas que creen sustentar sus tonterías po-

* Hasta los planos de la Rotunda e ilustraciones de celdas, grillos, etc., *dibujados personalmente por el autor* y que aparecen en la edición colombiana de esta obra (1927) y en sus traducciones inglesa y francesa (1928-29) se reprodujeron por ahí e ilustran trabajos ajenos calcados en la propia labor de estas *Memorias* por nacionales y extranjeros "sensacionalistas" y, naturalmente... la ignoraban. La mezquindad intelectual es fenómeno universal en esta época de asaltos "tabloides". (Nota de la edición de 1957.)

niendo polvos rosados y vendas azules a la úlcera de una generación, ni las componendas del futuro ni los pactos tácitos con los cómplices de la pasividad o de la actividad podrán arrancar esta página de la historia de mi país en una hora de catástrofe civil.

Trabajo día y noche. Las cuartillas son ínfimas. Deben de salir en forma de cigarrillos. Cuando ya termino las últimas cuartillas comienzan fuera a copiarse las primeras.

Los estudiantes Zúñiga Cisneros y Pulido Méndez salen para Nueva York llevando el paquete de originales.

Dos títulos había presentado a mis compañeros: *Entre las patas del Paquidermo* y *La Vergüenza de América*. Este último lo elegimos como al mejor. Así va. Así vivirá el recuento de esta vasta y simultánea delincuencia. Aparece firmado el folleto por "un ex-secuestrado". Trato de disfrazar el estilo. Me va la vida en ello, o lo que de vida me queda. La historia de Venezuela le debe esta página al cabo de presos Macedonio Guerrero, natural del Táchira, asesinado más tarde, en 1923, junto con Vivas y Meza y quien heroicamente la sacó fuera de este antro.

Ya se han tomado medidas a fin de que se imprima en el exterior**.

Una tarde sé que al fin en Nueva York circula el folleto. Ahora, venga lo que viniere, mis compañeros están vengados. Y si estas *Memorias*, de las cuales extraje estas notas, deben de sucumbir en este pozo del olvido, nada le resta el anónimo a la verdad documentada, ya que cada nombre está respaldado por una tumba... En cuanto a los supervivientes, su vida y sus acciones futuras deben responder.

Llegan rumores incomprensibles. En Caracas hay una sorda agitación. El misterio reina en los Valles de Aragua. Y el rumor estalla, súbito.

Gómez está de muerte.

La disciplina del presidio se refuerza. Llévanse a Meza y traen a un tal Nieto, un tachirense, de rostro palúdico, de semblante abotargado y ojos de idiota. Tiene la mirada ausente y el paso falso de los enfermos de la médula.

Apenas "coge el patio" trata de esgrimir el olvidado "club" de Nereo, el abominable rolo, para castigar a uno de los chiquillos que hacen el servicio. La escena tiene lugar a dos puertas de mi celda, en la de Rodríguez, quien le arroja el perol de horruras y salta sobre él. Como un solo hombre nos lanzamos a las cortinas. Estamos resueltos a que no se le pegue a nadie. Menos a un niño. Es tan terrible el aspecto de los presos que el cabo Nieto echa a correr y se refugia en el calabozo de Iturbe quien le reprende con aspereza y le echa. Parece desconcertado, y luego va de celda en celda dando satisfacciones...

** Lo hizo salir de la cárcel subrepticiamente el Dr. Aquiles Iturbe y fue llevado el manuscrito al exterior por los jóvenes M.A. Pulido Méndez y M. Zúñiga Cisneros. (Nota de 1936.)

Cuando llegan los cabos, y más tarde Porras, se les hace saber la resolución: que estamos dispuestos a que nos maten a todos pero que no dejaremos maltratar de obra a ninguno, así sea el último ordenanza.

¡Y Porras reprende a Nieto!

Es indudable que Gómez se muere. Se muere de una ulceración en la vejiga; otros hablan de un cáncer; de la lepra asiática que atacó a los profetas y a los santos. La lepra se deshonra. Caracas está llena de una inquietud angustiosa. De Maracay una reserva lúgubre. Eustoquio está en el Táchira con tres batallones y un parque; Vicentico dragonea de heredero forzoso, mientras su tío, don *Guancho,* conserva el control –o cree conservarlo– en el Distrito Federal. Márquez Bustillos busca, instintivamente, como a fines del año 18, apoyo en los enemigos del día antes y ha deslizado "recados" hasta la Rotunda.

De los labios de Medina no se cae la amenaza:

–¡Que no se alegren mucho porque vivos no los entrego!

Nuestras noches se pueblan de ansiedad, del infinito tormento de suponer... Cada ruido, cada llamado insignificante al cabo, en fin, todo, todo, es un motivo de ansiedad, de tortura imaginativa.

Gómez se muere.

Gómez se va a morir. Y Ruiz también. A las once, esta noche, comenzó a clamar, asfixiándose. El hipo, horrible, le cortaba el gemido.

Pide bicarbonato. Creo entenderle que no tiene. Iturbe, desde el 48, me arroja un paquetico.

–Vaya –me dice– corra, yo vigilo para que el cabo no lo sorprenda.

Como me he sacado los grillos, al ras de la pared, en cuclillas, me deslizo hasta su celda. Allí le encuentro, esquelético, los ojos vidriosos... No me reconoce la voz. Hace gestos crispados de angustia. El dolor lo enloquece. De prisa, cojo un tarro, le preparo la toma que apura temblando de sufrimiento; y en la obscuridad, dice:

–¿Quién es el compañero que me hace este favor?

–Un preso.

Avelino Martínez, también atrevidamente, se ha deslizado hasta acá. Enciendo un cabo de vela.

El infeliz nos reconoce al fin.

–Gracias –exclama tendiéndome la diestra fría y cubierta de sudor pegajoso. Y nuestras manos se sueldan un segundo. Le acostamos. Dejamos a su alcance otra dosis de bicarbonato. Por ahí hallamos una vela, entera.

–Enciéndanla y la ponen en el rincón, para que no dé luz en la cortina. No me quiero morir a obscuras.

–No piense en eso. ¡Hay que vivir!

Y minutos después, dejándolo ya calmado, nos arrastramos, temblorosos, llenos de piedad y de pena hacia nuestras cuevas. No puedo conciliar el sueño. El rostro de Ruiz, la cabeza enmarañada, el tórax hundido, el esófago profundo a cada contracción del píloro, aquellos ojos desorbitados, verdes, llenos de desesperación...

Una noticia más. Pero es extravagante. Que Gómez se murió hace días; que lo tienen embalsamado y que Vicentico y "la familia" dan disposiciones en su nombre hasta arreglar las cosas.
¡Y vuelta Figueroa a las andadas!
–¡Pero si es un hecho! Ya usted ve lo de la bruja: "el día es el día y no otro". ¿Lo quiere más claro?
¡Qué desgracia tan grande es la de este monstruo: que estén tres millones de hombres midiendo los pasos de la esperanza con sus segundos de agonía; que en nuestro corazón y en el del pueblo de Venezuela le estemos matando una y cien veces a cada instante con nuestra voluntad unánime!

Las fuerzas ocultas..., la potencia misteriosa de las "voliciones", el imperativo de la voluntad...
¡Pamplinas! Si así fuese ya se hubiera deshecho por disolución fulminante como el cadáver galvanizado del cuento de Poe.

Y se pasan días, semanas, casi un mes.
–Que está mejor –informan en el patio.
–Eso es que dicen –comentan los ilusos.
–No; y que va mejorando –replica otro, apesadumbrado.
Y Miguel Rocha, con una lógica implacable y sañuda, añade:
–Mejorandito y no mea...

"Dicen que el general se confesó; que ofeció de promesa soltar los presos si Dios le daba la salud. Yo le rezo a todos los santos que se cure, que al fin, malo y todo, tendrá a quienes hacerle falta..."
Es la carta de una madre a su hijo único en prisión, en torturas, en peligro diario de muerte.

Los periódicos de hoy dicen que el ex-moribundo está a convalecer en Puerto Cabello. Traen la fotografía de un Gómez canijo, rodeado de gentes que sacan la cabeza para que "se les vea allí", y que se apoya en un bastón de cayado como si estuviera tanteando la solidez del piso bajo sus plantas.
Desde Puerto Cabello, donde toma el aire yodado, el hijo Vicentico, pasando por sobre el muñeco de Márquez Bustillos, pónele un telegrama a Eustoquio dándole cuenta de que "el jefe" ya está fuera de peligro y dispuesto a seguir "laborando por la felicidad de la patria", y una nota a este telegrama inusitado e indebido reza "igual para los otros Presidentes de Estado".

En Maracay cantan un Te-Deum por la salud recuperada del "héroe de la paz y el trabajo"[36].

Los otros dos héroes de esta jornada son el doctorcito Adolfo Bueno –un protegido e introducido de los Revenga– y el doctor López Rodríguez, un profesional joven de mucha fama.

Han "salvado" a Gómez como médicos; ¿qué otra cosa podían hacer? El termómetro y la sonda no tienen patria.

La agonía de Ruiz comenzó anoche. Ahora a las nueve la situación es desesperada. Siempre el hipo, el hipo horrible que mide las largas expectativas de la noche.

Guerrero ha conseguido ¡es la única excepción! que el Padre Mendoza suba a confesarlo. Pero como está engrillado, entre él y Meza, casi en vilo, le traen al alto. Un silencio reina, un silencio pleno de amargura.

A las diez sale de la celda del agonizante el Padre Mendoza. Se detiene un instante frente a la mía, me pone la mano en el hombro, y los ojos arrasados en lágrimas, díceme con ese acento sonoro y profundo que es como una modalidad de su espíritu, tan erguido y tan viril:

–Si sale vivo de este antro... ¡diga, cuente lo que han hecho con nosotros!

Y lo bajan, cargado, otra vez hasta el piso inferior. Porras Bello, saltando como un pájaro de escalón en escalón, merced a la piedad del cabo, también ha penetrado a la celda donde Ruiz se está muriendo.

Los chiquillos andan por ahí tratando de "ver morir a un hombre", con esa extraña curiosidad de la infancia que toca en los lindes de la muerte, como en virtud de una atracción misteriosa. Porras Bello los echa. Encarnación es el último que sale; y pasa todo afligido y me dice:

–El *dotor* Porras Bello dice que ahora sí se está muriendo; que tiene ciento cincuenta *purgaciones* por minuto...

[36] Entre los papeles que el saqueo de algunas casas echó a rodar y que la prensa de Caracas reprodujo, hallamos esta carta reproducida autógrafa y que dirigía el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo de Caracas y Venezuela al señor general Antonio José Cárdenas, cuñado del general Gómez, y el hombre que le cuidaba con mayor asiduidad:

"En mi práctica como Cura de Almas, en los lugares donde no había médico tuve muchas veces necesidad de hacer alguna aplicación a feligreses pobres, y en males como el que sufre el General, conseguí siempre resultado seguro así: al notarse dolorcito en la vejiga, producido este malestar por haber transcurrido algún tiempo sin orinar, se aplica una bolsa con agua caliente en el empeine; después de un ratico se quita la bolsa y se frota esa misma parte con una preparación que tenga belladona, y al mismo tiempo se toma una taza de cocimiento de la almendra que tienen las semillas de níspero (tres o cuatro almendras bastan para una taza). Podrías tú ayudar en los preparativos, cuando se presente el caso".

No se reproduce en esta nota la ya conocida carta por un pueril deseo de molestar al prelado venezolano; no. Pero cuando en el curso de esta obra se alude a la actitud de la alta Iglesia de Venezuela, pudiera suponerse o hacer que se supone un sentimiento anticlerical en el autor. Nada más lejos de la verdad semejante suposición. Toda nuestra mejor voluntad, toda nuestra caritativa comprensión no es bastante a llenar el abismo que media entre un Antonio Luis Mendoza y un Felipe Rincón González. ¿A quién la culpa?

Deben ser "pulsaciones" lo que oyó el pobrecillo. Pero no sabe. Sólo que aunque es mediodía y todo el mundo está a las puertas de su cubículo, dijérase que tiene un pavor extraño. Lanza miradas de susto hacia la celda de Ruiz en donde el hipo va extinguiéndose en un estertor, en un sollozo, en un suspiro...

Y de pronto se me planta delante, sobre sus piernecitas torcidas, con la carita palúdica, los ojos plenos de un rencor extraño:

–El *dotor* Ruiz era un hombre muy güeno ¿por qué lo matan *asina?*

Yo recojo de la boca de este niño, de esta pobrecita víctima de la catástrofe civil y social de mi patria, la corona fúnebre de sus frases ingenuas y la tejo ¡oh, compañero y hermano que vas a morir! sobre tu frente que ya hiela el sudor de la agonía, víctima propiciatoria en la etapa cretina de la historia de Venezuela.

Una voz dice, casi con un suspiro de alivio ¡tan largo y difícil ha sido el tránsito!

–Ya...

Ya. Sí, ya. Son las once y media de la mañana del día diez de noviembre de mil novecientos veintiuno.

Una hora después –la ambulancia aguardaba desde esta madrugada– pasan ante mi celda, para tomar la escalera que baja al otro piso, dos ordenanzas, llevando amortajado en la cortina de su celda el cádaver de Pedro Manuel Ruiz...

Deja una viuda y varios niños, el último lo vio sólo dos meses, en el pecho de la madre, antes de que lo prendieran y lo torturaran. Dolíase a menudo del pequeñuelo que estaba acostumbrado a que su padre lo arrullara para dormirlo todas las noches.

Me inclino al paso de aquel muerto; y cuando el fúnebre cortejo desciende por la insegura escalera, una interrogación tremenda surge en mi espíritu:

–El otro ¿quién será el otro...? ¿Quién descenderá por el socavón hediondo, dentro de pocos días, cosido en el trapo?

Las palomas picotean en el patio. El sol radia. Es una mañana caraqueña incomparable de oro y azul.

–¡Un momento! –dicen en la reja los que están "pasando" el muerto por el buzón.

–¡Así no cabe..!

–¡Cógele la cabeza!

–¡Dale vuelta!

–Es que no se ha entiesado todavía.

Y unas alpargatas que van camino de la fosa se arrastran sobre el macádam.

Pasó lo de Bolívar Hill, lo del Centenario de la batalla de Carabobo, los aerogramas, los homenajes a través del Caribe, las revoluciones se acabaron, se disolvieron, se aplastaron. La muerte misma, infame y ruin,

salió corriendo de una antesala de Maracay y se vino a echar como una perra salida en la puerta del calabozo de Ruiz... Pasó todo, todo. Y aquí estamos y aquí quedamos, y también pasaremos, uno de estos días, enmerdados, desgonzados, inertes, las narices chorreando los mocos de la agonía, la boca llena de esas espumas recónditas que se salen de los intestinos para los dientes.

Se oyen, aquí y allá, las frases puercas e indignadas de algunos: ¡cobardes!, ¡ajos!, ¡miserables!

El padre Mendoza exclama:

–"Quia gladio operatus fuerat gladia perit". Hay una justicia suprema: Dios.

Sí. El dios del Arzobispo, el dios del cura de Maracay, el dios que invocaba Cipriano Castro en sus proclamas y Gómez cita en sus mensajes... El dios de los jesuitas de Caracas y de los colegios de niños y de la Escuela de Artes y Oficios de Caracas, donde se forjan los grillos,[37] y el de la Universidad, donde se forjan los doctores, el dios ese cuyo rostro nazareno y atormentado en un cromo malo las hijas del prostíbulo vuelven de cara a la pared cuando tienen que "complacer" al cliente. El dios del ex-hombre, del ex-clérigo y del ex-borracho Carlos Borges.

Ni una nubecilla en el horizonte. La nao del "gomecismo único", el trirreme de la andinocracia boga solemne, a los trece años de latitud y a los veintidós de longitud, llevando en el puente la taifa tachirense y en los bancos al remo, bajo el zurriago del cómitre, los galeotes de la "rehabilitación" reman al compás del mazo y entonan villancicos de gratitud a la verga que los azota.

17 de Diciembre de 1921.

Hoy hace noventiún años que un hombre tísico batallaba con la muerte, sobre el camastro prestado de un español, asistido por la caridad de un médico francés... A ratos, entre boqueada y boqueada deliraba –no con las entradas triunfales a Quito, a Lima, a Bogotá, a Caracas, no, ni con la nube gloriosa de las batallas que se arremolinaba amarilla de polvo y roja de fusilazos como una bandera española vuelta jirones, pero ni siquiera con las arengas que incorporaban del sepulcro un país lázaro ya hediondo a cada grito de su gran voz de clarín– sino que volviéndose de cara al muro gemía arrojando de sí el embozo de las sábanas sudadas de angustia:

–¡Vámonos, José...! ¡Carga los baúles! ¡Vámonos de aquí, que esta gente no nos quiere!

¡Padre nuestro Libertador que estás en la gloria! desagraviado sea tu nombre: vénganos el tu genio: hágase, Señor, tu libertad así en mi patria

[37] Publicaciones hechas a la muerte del general Gómez (1936) eximen del cargo que se hizo al señor doctor Vicente Lecuna, Director de la Escuela de Artes y Oficios, entonces.

como en la América: el decoro nuestro, el de otros días, dánosle hoy; y perdónanos nuestras infamias así como nosotros perdonamos a nuestros infames, y no nos dejes perecer en la decadencia, mas líbranos, Señor, de toda esta brutalidad siniestra.
Amén.

24 de Diciembre.

A las ocho de la noche ya todos los presos están recogidos. O tratan de dormir, o echados en sus tablas, como yo, recuerdan y callan.
Y el toque de silencio de la corneta, el alarido de cobre que se extingue en la oscuridad parece liquidar la postrera esperanza.

25 de Diciembre.

A las ocho y media, junto a la cortina, después de destilar mi café, comienzo la versión del día. El único método de alemán que poseemos es en francés y como una perla, de lo árido del estudio, salta esta anécdota que es al mismo tiempo un excelente ejemplo del valor del caso en la oración: Molière, al cual se le había prohibido la representación del *Tartufo*, vengóse al día siguiente después de la función diciendo a los espectadores: "Sie hatten heute den'Tartüffe benommen sollen, aben der erste Präsident will nicht (haben), *das man ihn Spielen"*, lo cual en cristiano dice textualmente: "Ustedes debieron venir para ver a Tartufo, pero el señor Presidente no quiere que *se le represente"*.
Cuando de súbito la voz sonora de Macedonio Guerrero se escucha del lado dentro de la reja:
–¡De orden del general Juan Vicente Gómez y del general Carmelo Medina, los de arriba quedan desincomunicados y se les van a quitar los grillos a todos!
Hay un segundo de estupor. Después óyese un tropel. Los ordenanzas y los cabos vuelan a las celdas con martillos para romper los remaches, los chiquillos con piedras. Como otros y yo nos sacábamos los anillos simúlase dando golpes. Son cincuenta y dos pares de grillos que desde el alto, por el bajo, hasta la reja pasan en minutos como una tempestad de hierro... La infamia de aquel tormento se extingue lejos, donde van a arrojarlos, al otro recinto, en un tintineo cascabelero y burlón. Como bufones que se alejasen con una cuchufleta.
Me lanzo escalera abajo, cayendo varias veces porque las piernas no me ayudan, y nos confundimos todos en un abrazo. Nadie habla. La emoción es enorme. Algunos se arrojan al centro del patio y dan volteretas como bestias con los ojos deslumbrados del azul del cielo y del oro del sol... Hundo en la pila los brazos hasta los codos. Permanezco luego, cara

al espacio y nunca mirada de amor fue más ardiente que la nuestra al infinito, a ese cobalto abullonado de nubecillas, a ese disco que marca el cerco de la azotea y sobre la cual un eucaliptus inclina la copa con sus hojas de superficie metálica cuya parte interior parece oxidada.

Tres años –tres crueles años sin ver ni el cielo, ni el sol, ni el árbol. Es un gozo profundo, un gozo salvaje, inesperado, insospechado que nos hace reír, gritar, hablarnos todos a un tiempo sin oírnos ni entendernos. Los rencores, las enemistades, han desaparecido. Más luego comenzamos a reparar las miserias, los sufrimientos, el estado de algunos compañeros. Luis Pimentel no ha podido bajar. Tiene inflamada toda la región del bajo vientre; sus órganos dilacerados, hinchados, no se lo permiten. Y los hermanos y los compañeros se cambian de guardia para ponerle paños tibios calentando el agua en un anafito que se ha improvisado a la puerta del calabozo.

Al rato envían dos barberos. Luego avisan que el que desee pedir ropa a su casa...

Nadie duda de que estaremos en libertad esta tarde, esta noche, mañana a más tardar... Llueven medicinas, comidas excelentes, ropas. Dedúcese que esto de dejarnos sin los grillos y afeitarnos y vestirnos es para que no salgamos con el aspecto de convictos siberianos. Y como en un monasterio, de dos en dos nos paseamos a la redonda del penal para hacer ejercicio.

Don Avelino Uzcátegui es otro que no podrá disfrutar ya de la libertad. De días antes tiene una extraña diarrea; y ni la emetina ni nada detiene el curso de la enfermedad.

A las seis viene Porras. Ya cada quien está en su celda. Pasa, da las buenas tardes sonriendo. Quedamos yendo de aquí para allá hasta las nueve casi.

Y es esa la primera noche en muchos años que los presos duermen sosegada y profundamente. A las cinco, como si fuésemos para misa de "aguinaldo", ya todos estamos en pie, lavados, vestidos... Vuelan chistes, explicaciones, satisfacciones, ocurrencias.

Pasada la alegría formidable, comienzan a bosquejarse las preocupaciones. Nos parece estar resucitados. Marchamos como sonámbulos, pensamos en una forma o delirante o suspicaz.

–¡Míster Harding!

–¿La liga de las naciones?

–¿Un "cambio de política"?

–Si me sueltan de noche –dice un desconfiado– no salgo hasta que no amanezca.

Sencillamente mucho de lo de Bolívar-Hill, gran parte "la promesa" que diz que hizo Gómez en su gravedad a no sé qué bendito santo de si curaba "soltar a los presos"; y en síntesis que de los "detenidos" viejos los que menos contaban cuatro años de grillos: el general Sáez, Pedro Ezequiel García, Ildemaro Urdaneta, el general Mosquera; Huizi llevaba cinco; el Padre Monteverde, Porras Bello y Antonio Ramos tenían seis;

Narciso García, José María (Garciíta), Reyes Moncayo, Mogollón, Carías, habían pasado siete; ocho, Simón Bello, Carlos León y Juan Milano; mientras que don Avelino Uzcátegui, Delgado Chalbaud, el padre Mendoza, Néstor Luis Pérez*, Ramón Párraga, Irú, Miguel Delgado, Norberto Borges y Arévalo González, para este año de 1921 figuraban con nueve en el escalafón...

* "El incidente pasó en el año de 1917. Era Carmelo Medina el Alcaide. Una mañana me sorprendió la visita de Porras en las puertas de mi calabozo. Ordenó me quitaran los grillos y me condujo directamente a un salón de la Alcaidía en donde me esperaba Medina sentado frente a una mesa. Al entrar me dio la mano, pronunciando estas palabras:

–Doctor, lo felicito, porque está usted en libertad. Yo permanecí mudo, como si nada hubiera oído, pues ignoraba si la noticia era sincera o irónica. Mi silencio fue interrumpido por Medina, que me repitió con énfasis:

–Doctor, está usted en libertad.

–Puesto que usted lo dice, debe ser así, le contesté yo.

–Sí señor, en este momento vengo de Miraflores y el general me ha dado la orden formal. Sólo falta lo que usted sabe.

–No sé qué pueda ser eso.

–Pues la carta que en estos casos hay que hacerle al general.

Adiviné todo lo que había detrás de esa frase y sin pedirle más explicaciones a Medina, le dije a mi vez:

–Entonces, general Medina, falta todo, pues yo no sé hacer esas cartas.

–¡Cómo! Mire que yo vengo de Miraflores y le he prometido al general llevarle esa carta de usted.

–Luego no es verdad que estoy en libertad. De lo contrario, ¿por qué se me quiere hacer pasar por esa humillación?

Ante la sola palabra *humillación*, que era lo menos que yo podía decir, el rostro hasta ese momento semi-bonachón de Medina, cambió repentinamente, apareciendo en todo su horror el verdugo feroz. Con ceño amenazante y puesto de pie me miró fijamente, durante un rato. A mi vez, me paré repentinamente e interrumpí su actitud diciéndole en tono firme estas palabras:

–Yo sé, general Medina, que desde hoy empieza una nueva prisión para mí; sé que usted será el primero en hacerme sentir todo el peso de su hostilidad personal, no obstante que muy otra sería mi suerte si yo estuviera en estos momentos tratando con un hombre de honor que supiera interpretar mi conducta.

Mis palabras produjeron buen efecto. En el primer momento desarmaron a Medina, pues cambiando él de rostro y de tono, me dijo;

–No crea usted, doctor, que no sé interpretarlo. Yo voy a hacer todo cuanto pueda en favor suyo para defenderlo ante el general. Al mismo tiempo, para probarle que yo no lo hostilizaré por esta negativa suya y lo que acaba de ocurrir, le exijo que cuando se vea en el conflicto de alguna necesidad urgente, llame al Cabo a su calabozo y escríbame con él para que usted vea que será inmediatamente atendido.

Un año después, por efecto de tanta podredumbre que le hacían comer a uno allí, caí mal del estómago y el mal degeneró en un principio de disentería. Hubo días que hacía cerca de cuarenta deposiciones y sin una píldora ni una papeleta ni nada. El padre Mendoza y otros amigos que estaban en cuenta del incidente anterior, viéndome abandonado en aquel estado, sin recursos de medicina de ninguna clase, me recordaban la oferta personal de Medina instándome a que le escribiera pidiéndole una medicina. Las primeras insinuaciones las rechacé porque nunca creí en la oferta de Medina. Al fin cedí a tantas instancias de Mendoza, Arévalo González, Delgado, León, etc., etc., y le puse una esquelita a Medina. En ella me limitaba a recordarle el incidente y su oferta personal para hacerle saber que había llegado la hora de hacer uso de ella, pues ese día en que la estaba escribiendo había hecho cuarenta deposiciones de sangre. La oferta concluía diciéndole que si no era posible un específico para la enfermedad, le suplicaba me enviara aunque fuera un LIMON. Pues bien, todavía estoy esperando el limón. Ni siquiera me contestó la carta.

Por milagro de la naturaleza, solo me salvé de aquella enfermedad y acababa de salir del trance cuando usted me encontró con aquel semblante pálido y transparente de que habla usted en uno de sus artículos. El negarme a firmar la carta me costó cerca de cinco años más de secuestro. Si usted cree que la anécdota vale la pena desde el punto de vista del detalle de

Los de arriba todos teníamos sólo tres, pero incomunicados y en la forma que ya se ha visto. Eramos, por todo, descontando los libertados, 47, y se murieron en menos de dos años 22. Saldríamos vivos 25 de los de esta serie. De suerte que de la cifra aproximada de defunción en conjunto contra el total de prisiones efectuadas, el cálculo es casi un 50%, pero si se consideran las defunciones de seis más a poco de libertados y a causa del régimen sufrido, la cifra pasa a 28, o sea *¡setenta y cinco por ciento!* Hay que invertir el orden básico de los cálculos de mortalidad. Ni las pestes antiguas ni las guerras modernas ofrecen una estadística semejante. A vista de esta devastación atenúase un tanto el duro concepto que merece la sumisión contemporánea. Sobre estos cadáveres fundóse la elección dinástica de 1922.

Don Avelino Uzcátegui va de mal en peor. Después de muchos años presencian los presos que meten para acá un aparato extraño. Resulta ser ¡una cama para don Avelino! ¡y Medina "que cómo sigue"! Todo el mundo rodea la cama y la contempla como si hubiesen traído al patio un elefante o un cinematógrafo. Algunos palpan con la mano el jergón, y se sientan en él con timideces de jinete primerizo. Todo es extraordinario, insólito, inaudito. Los presos del patio se acercan a la reja y nos saludan y nos mandan regalos, frutas, felicitaciones... Por las noches hay una especie de velada musical. Chaumer, que es el divo de aquí, entona "Il Pagliacci"; Nicolás Sanabria, que es el de allá, canta "Una furtiva lágrima". Se recita, se refieren chistes verdes, se juega ajedrez. Nos bañamos a toda agua dos y tres veces diarias. Juliac anda con unas pijamas de brandeburgos rosa que le mandaron de su casa.

Y en la alegría de aquella especie de libertad interina o presunta, por egoísmo humano, nos olvidamos un poco de que don Avelino está de muerte.

Lo curioso es que tal dolencia se le determinó el día antes de Nochebuena, el 23.

Uno me dice:

–¿No te parece la enfermedad de don Avelino una casualidad?

–Sí... una casualidad ¡muy casual!

Algunos presos hasta antier, estaban resueltos a dejarse sus barbas y sus melenas "de protesta", pero vino el cabo y dijo que Medina decía "que el que se dejara la chiva y las mechas tenía que quedarse hasta que se afeitara". E inmediatamente los rebeldes abandonaron sus protestas capilares y se arriesgaron a una que otra patillita prócer o perilla insidiosa estilo Bazaine.

la carta y cómo se ensañan también en esos detalles los tiranos, pongo a su disposición la relación que se la he hecho lo más sintética posible." Nota comunicada al autor por el doctor Nestor Luis Pérez. La enemistad contra Pérez, quien se complicó luego en el "affaire" Delgado Chalbaud, data de la actitud del joven abogado zuliano frente a la delirante satrapía de Gumersindo Méndez en el Zulia (1910-1913), Capítulo XV. Se vio obligado entonces a escapar a Caracas y estando allí en ejercicio de su profesión, que por sí sola le da renombre si no la avalorasen virtudes excepcionales de energía, de patriotismo y de firmeza, se le sepultó en La Rotunda hasta ahora.

El 30 en la noche la ansiedad sube de punto. Ya se ha dicho que nos soltarán en la noche del 31. Muchos desconfían. Otros no se atreven ni a alegrarse. Hay desolados que se tiran contra un rincón.

–Lo que es a mí no me sueltan, usted lo va a ver. Yo tengo muchos enemigos entre "esta gente"–. Y los que tal temen son precisamente los más inofensivos.

Es no más deseo pueril de que uno les rebata:

–No diga eso, compañero, ¡usted, seguro que es el primero en la lista!

Lo que sí me causó una impresión inolvidable fue la energía del padre Monteverde. La mañana que nos desincomunicaron, pasé por su celda. Fui el primero en llegar. Estaba ya sin grillos –que los llevó enormes– y hallábase acurrucado, calentando un poquito de leche en un reverbero. Y al abrazarlo, se irguió aquel anciano, aquel esqueleto, cuyos omóplatos dijérase que iban a romper la desmirriada y desolada bata que le cubría como si fuese un trapo colgado en un palo de escoba, y los verdes ojos fulgurantes, dándome en el hombro un manotón con una fuerza inesperada me dijo en una voz metálica que parecía romper las palabras:

–¡Y ahora es que se van a ...der!

Los más prudentes se dan comisiones de "si tú sales y yo no salgo, etcétera". Los menos "comprometidos", los arrestados incidentales o suplementarios son los más fatalistas. Se autointoxican de "preso-peligroso": –Gómez me conoce: ¡ese hombre no me suelta ni soltándome!

Viven de la ilusión de que no los quieren soltar.

Esta es la última vez que dormiré en el tablón fétido. He repartido todos mis bienes: el banquito, la cachimba, mi despensa que consistía en un dado de queso, un poquito de sal, la corona de un papelón y dos hallaquitas. En cuanto a los útiles de sastrería y de cocina nadie los quiere porque como todo el mundo se va...

Mañana no dormiré ya aquí. Y la idea me quita el sueño. En la duerme vigilia, como en esos racimos de cabezas que brotan de las volutas en la arquitectura decorativa de los asiáticos, veo las caras de todos los difuntos. Algunos me hablan de la libertad con esa voz sin sonido, serena, un poco triste con que los muertos se nos aparecen durante el sueño, cual si pasasen a través de nosotros en un aire ligero y transparente...

A las ocho todos estamos, conforme a la consigna, preparados para salir, agrupados en los pilares, sentados en la pila o por ahí cerca de la puerta. No hay duda de que nos vamos todos. Ni una sola vez se ha dejado observar otra cosa.

A las nueve y media llega Porras a la reja. Trae unas listas en la mano. No parece inmutado; en cambio, los cabos están pálidos; y son pocos los

presos que logran dominar una emoción que toma forma taciturna o estalla con locuacidad incontenible.

Comienza el desfile:

–¡Fulano de tal! –grita Porras en la reja.

Los demás sonríen, lo abrazan de prisa, como diciéndole: "hasta luego". Y el agraciado lleva el aire de la solterona que estaba decepcionada en un rincón y la sacan a bailar de pronto.

Sale Miguel Delgado Chalbaud y por el rostro preocupado de su hermano Román cruza un relámpago de alegría; sale Rocha; sale Chaumer... Luego ¡el padre Mendoza! Se vuelve solemne y nos bendice. ¡El padre Monteverde! ¡Arévalo González!

Los que vamos quedando aplaudimos.

Iturbe permanece lleno de ansiedad. Bajo el brazo unas fotografías de sus hijas que le habían mandado.

Y el Porras es tan ignorante o es tan malvado, que para llamar a cada uno, tartamudea la primera sílaba.

–¡Pe... Po... Párraga!

Con eso logra que Porras Bello, Pérez y Párraga y yo suframos la emoción de creernos nombrados y que sea otro.

Como hay tres Garcías, se está un rato compaginando...

Se oyen las aclamaciones ruidosas en la puerta a los que van saliendo. Dícennos que medio Caracas está en la calle; que hay tres cuadras de gentío a cada lado...

Llega mi turno. Repaso el camino por donde entrara tres años antes. El cabito Meza, todo solícito, me sostiene por el codo porque las piernas no me ayudan mucho... y al salir al patio los presos criminales que están agolpados a su reja frontera me saludan a gritos con afecto tan profundo, tan sincero, tan ingenuo, que por vez primera la emoción me alcanza... Se experimenta luego una ira sorda, extraña, desolada, incomprensible.

Paso otra reja más, y me encuentro en la pieza de la alcaidía con los otros compañeros que han ido saliendo. Un hombre pequeño, grueso, hemipléjico, vestido de negro, apoyado en dos muletas, tiene el rostro para la pared. Es Simón Bello. Mientras tanto, el cojo Medina, con gran agitación, da órdenes:

–Estos dos se pueden ir juntos, viven cerca: los lleva el mismo coche.

Roa, todo melifluo, hace inútiles cortesías para algunos.

–¿Dónde vive usted?, me pregunta.

–No sé.

Toma a broma la respuesta y añade:

–Puede ir con Chaumer en el mismo coche.

Ni sí, ni no. Pero ya tengo mi resolución tomada. Yo no quiero coche, yo no quiero palabras, yo no quiero felicitaciones, yo no quiero nada. Mi corazón está lleno de hiel y de repugnancia. La vista de este cojo infame, del otro con dientes de tiburón, del hombrecito de papel, ¡hasta de amigos predilectos y compañeros que *se despiden* de Medina y de Roa *abrazándolos!* ahogan en mí la última ilusión de la libertad. No comprendo; no sé

qué pasa, qué está pasando ni qué va a pasar. Y como ya marcho, solo, instintivamente, hacia la guardia de prevención y oigo que me gritan y me nombran de todos lados, los de adentro, el populacho que vocifera en la calle, y veo cabezas de amigos que surgen de la multitud que rodea la puerta y que a duras penas los soldados contienen, aturdido, adolorido, rompo por entre un grupo y me hallo en mitad de la calle, por detrás de la fila de coches estacionados que me ocultan de los aclamadores... He conservado en la mano, sin darme cuenta, una varilla de no sé qué madera y, maquinalmente, la hago añicos, tal si necesitara romper algo, hacer daño, volverme a mí... Como siguen saliendo presos, la gente se distrae con cada nuevo aparecido... A la luz cruda del día es que se notan los semblantes de espectro...

A la cuadra, ya ño puedo tenerme en pie; marcho con dificultad. Como la gente está con el cuello estirado para la puerta de la cárcel, no reparan en el hombre solo que va por la mitad de la calle. Y de repente, unos brazos vigorosos me alzan del suelo y me meten en una victoria.

Es Gustavo Parra.

–¿Dónde vives?

–No sé bien... no recuerdo.

El cochero interviene:

–¡Buscando, no se preocupe! Y si no, es "pa" mi casa que vamos.

¡Oh, pueblo, pueblo mío, cómo vibra en mí siempre tu alma y por eso te comprende mi espíritu y por eso, sí, por eso también, el populachista, el farsante, el "hijo del pueblo" de bazar, de similor, de vagabundería; el burguesito mediocre y presuntuoso que quiere trepar por tus jarretes, se siente aludido y descubierto en mis páginas!

Le explico a Parra. Cuando me prendieron, mi familia no estaba en Caracas. Por los papelitos a la cárcel creo recordar que es un número por las Peláez... Y busco la casa, ansioso. Entonces, unas señoritas que están allí cerca, me gritan el número al verme. Y el aviso es de una comicidad dolorosa:

–Oiga, señor, si usted es el señor Pocaterra, usted vive de Peláez a Alcabala, número tantos.

Le suplico a Parra que me deje metros antes de llegar. Quiero entrar a casa, solo.

Mi casa... Es una casita de estas de Caracas, largas como un tiro, pintada al temple de gris, con dos ventanillas. Desde la ojeada a la acera, comprendo... ¡Cómo habrá vivido mi pobre madre!

Ramón Eduardo Feo-Calcaño, halla su hogar propio deshecho: el de su familia en luto porque su padre había muerto desde un año antes. Y pasamos la pena de irle preparando para el duro golpe.

Arévalo González encuentra a sus hijas y a su único hijo sin madre. Preso recibió la noticia, igual que Feo Calcaño.

Y nunca olvidaré cuánto, este Arévalo de acero, frío en su dignidad, frío en sus dolores, sollozó como un niño en la celda número cinco durante tres días y tres noches teniendo que improvisársele una toma cordial porque la pena le estaba matando... Los hombres de vergüenza, los varones "de la cintura para abajo y de la cintura para arriba" –como define Unamuno– son los que saben amar a una mujer honda y profundamente. La generalidad de estos degenerados de la decadencia resultan inferiores a sus desgracias. Por eso, ciertas pasiones que agostan una vida y aniquilan una existencia y pueden sobre el organismo más que la crueldad estúpida de los hombres y las absurdas agresiones de la suerte nunca sabrán explicárselas los castrados del sentimiento.

¡Oh, Dios mío y qué congoja tremenda la de aquel hombre!

Acaso en la soledad de su celda, ella, la muerta inolvidable se erguía entre el halo color de rosa de su primer amor borrándose en la sombra con los brazos tendidos hacia la nada del sacrificio inútil, de la patria sin patria en donde los patriotoides hacen discursos de efemérides, y al Bolívar grande lo cambian por pequeños bolívares de a dos pesetas, ¡miserables que hasta han llegado a decir que a Arévalo González "le gusta estar en la cárcel"!

Y por eso aquel hombre que llevaba nueve años de hierro, de piedra, de hambre, de desolación, con su familia –tres niñas, un jovencito, ahora en doble orfandad– sujetábase el corazón a dos puños para que no le saltara del pecho, y encorvado, con la barba cana aborrascada de lágrimas, sin comer, ni beber, ni dormir, gemía y gemía y gemía y ya su gemir era ronco, calofriante, feo como el de un animal degollado en el fondo de un foso.

A don Avelino Uzcátegui lo sacaron para el Hospital Vargas en ambulancia esa misma mañana. Murió a poco en el hospital. La ciudad estaba loca de alegría. Todo Caracas desfiló por las casas de los libertados. Algunos fieles velaron el cadáver de don Avelino.

En el Palacio Federal hubo la recepción de costumbre el día primero, y allí Márquez Bustillos, que continúa de Magistrado *interino,* leyó el siguiente discurso, circulado luego en hoja suelta:

> "PALABRAS del doctor V. Márquez Bustillos, Presidente Provisional de la República, en el Acto de la Recepción Oficial del 1º de Enero de 1922, en el Salón Elíptico. ¡Compatriotas! "Bienvenida sea la aurora de este nuevo año, que desde luego os auguro rico en todo linaje de prosperidades, propicio como está a los destinos venturosos de Venezuela el DIOS que rige la suerte de los pueblos libres. Hace poco la adversidad nos mostró su silueta fatídica y hoy, esa Providencia que invoco, disipa de nuestro horizonte todo presagio sombrío y nos presenta unidos en un estrecho vínculo de patrio-

tismo y de fraternidad ante los tiempos futuros. Imprevista enfermedad sobrevino al Caudillo victorioso que precisamente hace trece años fundó la Causa, en cuyas filas formamos, dándola por régimen el sabio y conciso Programa de Diciembre que todos conocéis. El malhadado suceso atrajo hacia el lecho del Ilustre doliente todas las miradas, hirió de atonía las actividades de las fuerzas vivas de la Nación e hizo palpable, con una evidencia que sería insensatez ponerla en duda, como no hay posibilidad de que se cumplan las cláusulas y postulados de aquel Programa sin la Suprema Dirección del Héroe de 1908. Y, señalado favor de la Fortuna, en la fecha misma que demarcaba el XIII aniversario del fausto día, ya estaba restablecido de su salud el Benemérito General Gómez, fuerte la diestra que siempre ganó batallas, presta la mente cuyos planes jamás conocieron el fracaso, para dedicarlas, en la integridad de sus esfuerzos, a la continuación de su magna obra de Rehabilitador. Este solo hecho ha bastado para devolver la tranquilidad al hogar venezolano, y para hacer que huyeran a guarecerse en sus escondrijos fronterizos –no sin haber sido antes escarmentados por las milicias del Estado Zamora– los pocos guerrilleros que, al no lograr proselitismo en los lugares por donde excursionaron, han comprobado esta verdad inequívoca: en el País no se subvertirá el orden mientras esté velando por sus destinos el Pacificador de la República. Fuerte el Gobierno que cuenta con tan firme garantía, robustecido por la opinión pública que acaba de manifestarse con tanta y avasalladora elocuencia, ha dispuesto, acatando las indicaciones del Insigne Jefe de la Causa, Presidente Constitucional Electo de Venezuela y Comandante en Jefe del Ejército, la libertad de los presos políticos. Toca a éstos no hacer negativo el espontáneo acto de clemencia, latente siempre en el pensamiento del Guerrero que supo ser generoso entre el recinto todavía humeante de Ciudad Bolívar, para dejar libres a centenares de prisioneros que momentos antes le diezmaban con el hierro y con el plomo a sus compañeros de armas, y que supo perdonar como Magistrado, después de la jornada cívica de Diciembre, a los que fraguaban contra su vida. ¡COMPATRIOTAS! Yo os saludo, henchido el corazón de regocijo, y en lo íntimo de mi conciencia de ciudadano de un Pueblo que nació por la Democracia y para la Democracia, saludo este advenimiento bendito con una fe altísima en vuestro amor a Venezuela, en el futuro glorioso de ella y en la voluntad heroica y el eminente patriotismo y espíritu de justicia del Jefe insustituible de la Causa, Benemérito General Juan Vicente Gómez." Caracas, 1º de Enero de 1922. V. MARQUEZ BUSTILLOS."

En la tarde un señor Tomás Reina, persona muy querida en Caracas, iba por ahí tan contento en su automóvil con la libertad de los presos que salióse de las reglas de velocidad y sufrió un accidente muriendo en el

acto. Con esta desgracia la capital rendía una especie de tributo y de homenaje a los presos libertados: "ya ven" –decían los felicitadores– "que los presos no se pueden quejar cuando un hombre tan querido como Tomasito Reina se mató por la satisfacción de verlos libres".

Cuando las sociedades degeneran llegan a la infantilidad o a la imbecilidad. Los "rebeldes" a salvo, simples cretinos.

Sin que hiciéramos "negativo" el "espontáneo acto de clemencia", la libertad de los presos fue otra de esas burdas patrañas a que Gómez, por obra de sus seides, es tan afecto y que lentamente han venido desprestigiando y envileciendo la dignidad de la magistratura.

Quedaron presos en La Rotunda y los volvieron a engrillar pero ya sin incomunicación, e igual cosa ocurrió en los Castillos de Puerto Cabello y San Carlos: Iturbe, Román Delgado Chalbaud, Luis Rafael Pimentel, Manuel María Aponte, M. Andrade Mora, Ricardo Corredor, Argimiro Arellano, Perucho Betancourt, Carlos Mendoza, Arturo Lara, Narciso Rivas y Eduardo Sánchez.

A Iturbe le pusieron en libertad un mes más tarde.

A la semana falleció, de súbito, y que de "una angina de pecho" –pero fue consecuencia de la prisión en un hombre anciano, obeso y mutilado– el general Juan Figueroa Bellorín, "el conde", marino margariteño, mi querido compañero del 40, siempre optimista, soñando con esta libertad día y noche, en cuyo regazo le aguardaba la muerte.

El padre Mendoza falleció algún tiempo después. En la cárcel, con los grillos y su enfermedad del corazón se la pasaba con las piernas hinchadas. Siguióle el padre Monteverde. Los generales Antonio Ramos y Eduardo Sánchez, igualmente sucumbieron. Unos cuantos han contraído tuberculosis o están amenazados de úlceras en el estómago.

Todos estos reos de muerte, empecinados en el mal, son los que en verdad han hecho "negativo" el "espontáneo acto de clemencia" a que se refiere Márquez Bustillos.

Algunos se destierran "voluntariamente" o se vuelven locos por sistema.

Empeñados en "su labor nefasta contra el gobierno", otros ya no se contentan con que los pongan en libertad sino que salen y se mueren por el mero prurito de "molestar al general".

Enero-Febrero 1922.

Desde el primer día salgo. Trato de disimular este paso sui-géneris; el pie en línea recta y corta que se detiene brusco antes de completar la medida del ángulo. Dejan un signo indeleble en nuestro andar los años de grillos. Detesto estos presos que salen por ahí "de víctimas", echándoselas de interesantes para que les compadezcan las señoras. En la cárcel misma, cuando ya estábamos "con consideraciones" parece ser que algu-

nos se hicieron retratar con los grillos puestos para luego tirar "postales". Otros que han estado días en el patio, o que no han pasado de la policía, se ponen a contar historias fantásticas de crueldades de "Grand-Guignol". La simple, la honrada, la escueta, la pura verdad es peor que todo eso.

Me marcho a Los Teques a respirar aire puro, a leer bajo los pinos del "Parque de los Bárbaros" un Emerson humano, fuerte y consolador. Regreso a Caracas al mes. Oporto, huevos, amor, lucha... Lo que necesitan el equilibrio orgánico, las funciones atrofiadas. Es menester que esté fuerte y dispuesto.

En marzo fundo *La Lectura Semanal* con poco capital y un pequeño crédito en la "Imprenta Bolívar". Y vendo 5 y 6 mil copias a 50 céntimos cada semana. Pasé una circular a los escritores y otra al público: A mi oficina de los "Altos del Teatro Capitol" vienen ahora casi todos los jóvenes escritores de esta generación... Un día lanzo las primeras páginas de la novela de Ana Teresa Parra, *Teresa de la Parra: Diario de una señorita que se fastidia,* que su autora me leyó*. Edito quince entregas.

La pequeña empresa marcha. Y lentamente, todo el que antes huía o recelaba, va allí a despotricar contra el gobierno y a echarle el brazo al primer policía o empleado influyente que encuentre al salir. Quiero probarle a la abulia y a la flojedad ambiente que nada ni nadie puede aniquilar, anular, desintegrar a quien no se deja llevar en el dulce vaivén de la sinvergüenzura. Publico el tomo I de *Cuentos Grotescos*. De los Estados, del interior, me vienen más pedidos. En unos cuantos días formo un pequeño centro editor del cual viven algunos compañeros o derivan algo más substancioso que la vanagloria de publicar en la Galería. Arvelo Larriva fue mi compañero inseparable y eficaz de aquellos primeros pasos. Con la publicación de la Sociedad de Cines y Espectáculos "Capitol", una revista del pintor español Gisbert, una oficina de traducciones y mi pequeña editorial ya está resuelto el problema inmediatamente...

El otro problema...

El otro problema es la cautela tristísima con que se nos mira. Amigos y conocidos cruzan la cuadra antes de tropezarnos. Los hay que confiesan con un cinismo conmovedor:

–¡Está muy recién salido! ¡Hay que dejarle "ventilar"!

–¡Huele mucho a Rotunda! ¡Está "mal mirado"!

Las expresiones pintan la época. Existe también el empleadete municipal que es "fiel al gobierno" y os dirige miradas provocativas a ver si, fastidiado, le dais ese puntapié por los fondillos que equivale a una tarjeta de recomendación.

* El año de 1925, completa, bajo el título de *Ifigenia*, alcanzó en París el premio del Certamen Hispanoamericano. Autores nacionales edité: Urbaneja Achelpohl, Arvelo Larriva, Miguel Rocha, Rómulo Gallegos, Benavides Ponce, Carlos Elías Villanueva, Job Pim y Angel Miguel Queremel; extranjeros: Wilde, D'Annunzio, Conan Doyle y Queiroz. En cartera quedaron y fueron devueltos a sus autores muchos manuscritos interesantes.

Y el señor serio que en una esquina solitaria o en el pasillo de un teatro os estrecha súbitamente la mano, o el tipo que "te vi el otro día pero no te reconocí, etc." y el "¡qué flaco!", etc.

Cuando se ha pasado por etapas sucesivas de esta clase en que puede medirse el grado de la pendiente... ¡Cuántas noches regresa uno a su casa tras la lucha del día, triste de ser... No, no, no; no avergonzado de ser venezolano ¡jamás! sino de poder dejar de parecerlo en días de semejante, vertiginosa declinación, en que todo se deforma, se reblandece, se desdibuja y los hombres de todas las edades y de todas las condiciones diríanse víctimas de un delirio tremendo, de una fobia de pavor al pavor!

Abril.

Una tarde Vicente Dávila se llega a mi oído:

–Dicen que aquí viene mucho "rotundero"–. Se refiere a los pobres compañeros que se sienten aislados y a quienes les miran como a seres que portan un halo de catástrofe, de persecuciones probables...

–Es natural. Han sido mis compañeros. Son mis amigos. Muchos de ellos también son escritores.

–Esa gente no entiende de eso... Dicen y que ya están "otra vez con una vaina". Pedro García le dijo a José María (el general García)... que te tenían el ojo encima.

Me marcho a ver al jefe de la policía inmediatamente. No está; voy a su casa. El gendarme portero abre un postigo, toma mi tarjeta, la huele, la mira, vacila y cierra.

Pasan minutos. Vuelve a abrir.

–Que pase– dice una voz.

En una antesala lujosa, mimbres, cojines; veo de nuevo a Pedro García. La última vez que lo vi fue la célebre noche de las "declaraciones".

Ahora está atento, afable, cortés. Le recuerdo el episodio y concreto mi entrevista a esto: –Vengo a hablar con el jefe de la policía exclusivamente: me han dicho que se me vigila, que se sospecha de mí. He hecho que un amigo interrogue al prefecto Carvallo y éste dice que no hay nada de eso. Usted sabe que yo no miento. *Hoy,* recalco, *hoy* no me ocupo sino de mis negocios. ¿Tiene usted alguna otra orden de vigilancia especial contra mí?

–Absolutamente.

–¿Puedo estar seguro de que antes de que se tome una medida conmigo, como la de hace tres años, al menos se me diga el por qué?

–Esté seguro de eso. Váyase tranquilo.

Me lleva, con perfecta cortesía, hasta la puerta.

Y me voy tranquilo. Pero da la coincidencia que a la salida de la oficina, de mi casa, del club; en el tranvía, en el teatro, en "La India" ¡en todas

partes! unas veces el flaquito vestido de obscuro con el gordo de liquilique –y a veces los dos– no se me abandona. Y los chistólogos siniestros dicen por ahí entre dos buches de ron y dos eructos de "comida a la carta" que va a haber "rodadera". Surge el "provocador" que no os conoce.

Se pasa mayo. Adviene junio. En Caracas construyen arcos de cartón por donde debe de pasar Gómez; la Sanidad, en Palo Grande, ha preparado iluminaciones pirotécnicas, letras incandescentes.

Gómez se viene, Gómez se va a venir, Gómez se está viniendo. Es la historia de siempre desde 1906.

El Congreso acaba. Acaba designándole Presidente Constitucional por otros siete años sin encargarse –y como al que no quiere caldo le dan tres tazas, el Soberano Cuerpo, con igual unanimidad, elige Primer Vicepresidente a su hermano Juan Crisóstomo Gómez, Gobernador a la vez del Distrito Federal; y Segundo Vicepresidente a su hijo Vicentico, Inspector asimismo del Ejército, del cual el viejo es Comandante en Jefe.

La tarde de estas "elecciones" vienen a mi oficina muchos ¡cuántos de los que irán a incorporarse de aquí a unos días al rebaño en marcha!

Y hay que oír cómo casi agreden mi silencio con sus indignaciones: "¡esto ya es el acabóse!"

Vimos las "manifestaciones", las flores que le arrojaban damas a su paso la primera vez que regresó a Caracas después de la enfermedad. El pueblo aclamándole en la Plaza Bolívar. Las niñas de las escuelas cantándole himnos, los curas bendiciéndole, los abogados sancionándole, las madres y las esposas sonriéndole, levantando los pequeñuelos por encima de su cabeza para ofrecerlos a la mirada "del general", a la mirada benéfica del futuro "Jefe"; y los médicos, en una prisa profesional, pasando de la sonda a la jeringa y de la jeringa al bacín, haciéndose una guerra terapéutica sorda y enconada que tiene por campo la uretra del "héroe".

Una mañana, sin decir oxte ni moxte, se mete en Caracas por otra vía y deja plantados los arcos y preparados los triquitraquis y los bombardinos.

El Poder Ejecutivo, con Márquez Bustillos a la cabeza, vuela a Miraflores. No está en el palacio. Se aloja en una de las casitas de enfrente, de su propiedad. Y allí con sus muchachos de guardia, a puerta cerrada, va haciéndoles pasar uno a uno: al Presidente Provisional Márquez Bustillos y luego a los ministros que aguardan –de pie, en la acera de enfrente bajo el ojo burlón de los choferes y de los soldados, con las carteras bajo el brazo– que el jayán que introduce grite entreabriendo la hoja:

–¡El ministro de Guerra!

–¡El ministro de Hacienda!

–¡El ministro de Obras Públicas!

Estos dos últimos compinches están "caídos". Se habla de fraudes, de "quesos fritos" ¡la eterna vileza cortesana contra el que ven en disfavor!

Un grupo de amigos, con Requena a la cabeza, al fin tiene la dicha de acercarse al jefe... Requena abre los brazos y se lanza. Gómez, que lo ve venir, escurre el bulto, mete de tapa la silla apoyándose en el respaldo, y

le tiende la gruesa mano enguantada en un "shake-hand" elocuente y distanciador:

–¿Cómo está el amigo?

Yo no soy injusto. El general Gómez será todo lo malo que se quiera pero es un hombre aseado.

Y después de estas "efusiones patrióticas" se encierra a piedra y lodo con los suyos y su familia hasta el día 24 de junio que va al Palacio Federal, a las 4, a investirse junto con su hermano y su hijo, entre dos brigadas tendidas a lo largo del bulevar.

En la noche nombra el Gabinete así: Interior, Baptista Galindo; Exterior, Itriago Chacín; Hacienda, Centeno Grau; Guerra y Marina, Jiménez Rebolledo; Fomento, Antonio Alamo; Obras Públicas, Tomás Bueno (hermano de su médico y secretario particular, Adolfo); Instrucción Pública, Rubén González, Don Juanchito sigue "vitalicio" de Gobernador y de primer Vicepresidente de la República.

Ha sacado cinco ministros: la combinación Cárdenas-Vélez, al de Instrucción, González Rincones; al de Fomento, Gumersindo Torres, y a su consuegro Andrade que ya está tan chocho que no se acuerda ni dónde vive. Tenía tres meses de haberse venido de Macuto y la otra tarde al salir del ministerio le dijo al chófer la dirección de entonces. Ya por Guaracarumbo se acordó, como don Lesmes, de quién era él y en donde vivía.

Se dice que el doctor Márquez Bustillos se va para Europa "al poder".

Semanas antes de entregarle a Gómez la vaina del sable que le estaba teniendo, al recibirse en la Academia de la Lengua Lisandro Alvarado lo vi. Estábamos en un grupo en uno de los pasadizos laterales del primer piso del Claustro de la Universidad con el nuevo Académico, Villegas Pulido, Iturbe y no recuerdo quiénes más. Venía Márquez Bustillos con Tagliaferro y avanzó hacia nosotros. A ellos les dio la mano. Yo me eximí retrocediendo hasta el barandal, y me puse a mirar al jardín.

Después supe que se había recortado los bigotes.

Jueves 30 de Junio.

Un joven abogado amigo mío, Atilano Carnevali, viene de prisa hasta mi mesa de trabajo en donde corrijo las pruebas de la última entrega de mi publicación; y poniéndome ante los ojos un ejemplar impreso en Nueva York de *La Vergüenza de América,* díceme: –¿De quién será esto?

–Mira... este folleto te lo achacan a ti –viene a decirme otro–. Y ya hay versiones de los que *sabían* que tú lo estabas escribiendo en La Rotunda y ahora quieren meterse con "esta gente". En el club no se habla de otra cosa.

Domingo, 3 de Julio.

A las once, el automóvil cruzó por la plaza Bermúdez, tomó la subida de Carmelitas y pasó raudo hacia la carretera por detrás de Miraflores.

Una detención.

–¿Para dónde? –inquiere el gendarme de Catia en la portezuela.

–Ida y vuelta a la Guaira.

Mi compañero habíase hecho acompañar por una muchacha alegre:

–¡Vamos al Casino, a bailar!

–Escriban aquí sus nombres.

Escribí el de él, el de la muchacha, el mío, que no podría leerlo bien nunca. Fue un gracioso tejido de consonantes.

–¡Sigan!

Era un plenilunio; el Avila sacudía sus guedejas de niebla sobre las estrellas.

A la vuelta brusca del cerro, el mar, vasto, enorme, alargado hasta un horizonte infinito, ofrecía en calma majestuosa, abiertos entre el destino y la incertidumbre, todos los caminos del mundo.

La muchacha no sospechaba nada. Con todo, su corazón de mujer presentía al lado suyo algo y susurró al oído de su compañero:

–¿Qué tiene? ¿Qué le pasa?

Pero otro automóvil que subía, del cual salieron risas, cantos, gritos, cortó la escena.

Después hasta llegar, silencio.

Fuimos un rato por ahí, al Casino. Mi amigo y la muchacha bailaron. Luego, muy naturalmente, seguimos hasta Macuto.

A lo largo de la alameda, llegando ya a "La Alemania", ella insistió aún:

–¿El... se va?

Y sus ojos, grandes y negros, brillaron sobre nuestro estupor. Entonces, resuelto, le dije:

–Sí....

¿Qué emoción extraña sobrecogióla? ¿Qué misterio profundo, desde su tristeza moral, la elevaba hasta la absoluta compresión de la mía?

Mi amigo evadió el rostro y balbuceó al oído de ella:

–¡Dale un beso!

Pero ya su cabeza estaba en mi hombro. Radiaron sobre los míos sus grandes ojos empañados por una emoción extraña, y en sus labios mercenarios, en sus labios tibios que olían a menta y sabían a sal de lágrimas y a amargura de amor recogí el beso último que la Patria me enviaba... Llevo ese beso último de Venezuela en lo más profundo de mi alma.

Lunes, 4 de Julio de 1922.

A las cinco, el barco se puso en franquía. Dos campanadas del banco de cuarto.

Y con la soledad absoluta, acodado en la borda, vi cómo la cumbre del cerro hundíase entre la noche y el mar.

LA OPOSICION
APENDICE DOCUMENTAL - 1922-35

CAPITULO XXXIV

Como decíamos ayer... – Una situación anormal normalizada – Por orden alfabético – Curazao, primera etapa – La doctrina de la inercia – Una frase de regresión histórica – Puerto Rico – La silueta fugaz de Castro – La ciudad imperial y sus pequeñas colonias intramurales – El "caso" de los "exiliados independientes" – Militares y paisanos –Algunas ideas previas para servir al estudio de algunos nombres conocidos.

EL HECHO de haber sido actor o testigo en mucho de lo que va a leerse, así como la oleada de pasiones y de violencias incidentales que toda labor contemporánea implica, no ha de modificar ni influir para nada en la exposición, pues un cuidado asiduo y un constante archivar de correspondencia, de notas verbales, de publicaciones y de observaciones de cerca y de lejos, me ha permitido fijar, hasta donde lo tolera el estricto método deductivo, este curiosísimo proceso de la descomposición orgánica interna que se irradia hacia el exterior.

Apartado voluntariamente hasta mediados de 1926 de toda participación directa y activa en las intentonas, proyectos o componendas que encontré y vi desarrollarse y morir desde mi llegada al destierro en 1922, separado geográficamente y políticamente de las diversas corrientes que se estancaban aquí y allá formando ciénagas impuras, pude abarcar, condensándolo luego, el material efectivo de la ajena labor sin predilecciones ni antipatías. El curso de los acontecimientos en virtud de la propia obra que llevaba a cabo me arrastró luego a tomar parte no escasa en la tarea de unificar propósitos, de borrar asperezas, cediendo a las veces más de lo razonable en gracia del objeto, para ver de sacar a flote una noción de conjunto cualquiera que permitiese la acción inmediata, sin comprometer jamás el programa ideológico. A juzgar por la ruda experiencia, esta vez sobre mí, como ayer lo había sido sobre otros, debería aplicar a mis compatriotas, a lo largo de treinta años de la dictadura Castro-Gómez, el conocidísimo juicio: "no han aprendido nada, no han olvidado nada".

Si en el volumen anterior traté –y creo haberlo logrado plenamente– de que se conociese el origen y el desarrollo de las dos sucesivas dictaduras, en éste me propongo estudiar, o mejor, exponer para que otros anali-

cen y estudien más tarde, las diversas fases de lo que se ha venido llamando convencionalmente oposición y que bosquejé en algunas líneas del prefacio de esta obra hace ya diez años.

Es menester un esfuerzo de cordura y de circunspección para que esta etapa final –la que coincide con el final inevitable del déspota caduco– no llegue a las lindes de una especie de "pirandelismo" criollo: "Seis personajes en busca de un autor".

Media docena de venezolanos en busca de una revolución.

Una revolución puede y debe hacerse en Venezuela, bien entendido que una revolución surge de un estado de opinión dado que aporte ideas posibles y prácticas de renovación; hombres útiles, viejos, nuevos y novísimos; y sobre todo y ante toda otra consideración sectaria, que ajuste en el nuevo molde, sin destrozar e inutilizar, cuanto de aprovechable pueda lograrse poner a salvo en un largo naufragio moral que ha arrastrado en sus torbellinos, dentro y fuera de la patria, una extensa serie de hombres y de propósitos.

Si en la misma Venezuela no se perfila la fisonomía de una oposición consciente y organizada a la hora en que languidece de senilidad el personalismo gomecista ¿qué puede ofrecer el exterior si no es una voluntad gastada, las manos vacías y un grupo de individualidades dispersas, la mayor parte en ruina física o material, acosados por una insidia y una disgregación suicidas?

¿Se ha hecho lo que se ha debido? No; solamente lo que se ha podido; y si los venezolanos, dentro y fuera de Venezuela, están en 1936 aún en peores condiciones que en 1899 o en 1909, ello se debe a un fenómeno de impotencia colectiva fomentado por la incuria criminal, por el egoísmo de unos pocos, por la improvisación de muchos que aspiran a manejar asuntos públicos y no han logrado, ya con las sienes blancas, trazarse una mediana y decente línea de conducta política. Sobran anarquizantes, intrigantes, aisladores de hombres.

El tiempo urge. Pisándome los talones viene una generación cuyos primeros albores han purificado un poco el ambiente: es una ráfaga de abnegación, de valor real, de fraternidad decorosa. Casi todos son hijos de quienes sustentaron en pro o en contra ideales fenecidos y es hora de que nos encuentren ya que no con la labor en manos, con la voluntad dispuesta.

Llamar "oposición" el proceso anárquico, absurdo, complicado, que ha venido manteniendo fuera, desde 1913, una actitud hostil contra la situación surgida del golpe de Estado de 1908, es asignarle una denominación convencional.

La ruptura del equilibrio instable –tras lo que llamó la prensa gubernamental "la defección del General José Manuel Hernández" en 1911, al ocurrir el incidente del Consejo de Gobierno ya relatado– dio al fin fisonomía beligerante al grupo de emigrados, que por una u otra razón, abandonaron el país o viéronse obligados a exiliarse –"voluntariamente", seguían diciendo las gacetas.

En rigor, hasta en las declaraciones oficiales del exterior veíase que había voluntad decidida en hacerle la guerra al orden de cosas que súbitamente, rasgando los últimos velos, delatábase a base de "jefe único", pero ello en un plano verbal de vagas gestiones o de imposibilidades económicas cuando no de incompatibilidad de caracteres*.

De tal estado de cosas me comencé a enterar a mi llegada a Curazao el 4 de julio del 22. Esperaba el vapor directo para Nueva York. Hallé a los asilados Félix Montes, Fco. de P. Meaño Rojas, Ramón Ayala, hijo, y algunos otros compatriotas. Recibióse en esos días una correspondencia sumamente curiosa. Para fines de una unificación de propósitos clasificábanse los directivos tanto civiles como militares en grupos de orden alfabético: "el grupo A", "el grupo B", etc.

Algo desconcertado, oyendo las explicaciones de mis compatriotas, iba cayendo en la cuenta de que, al fondo, el asunto parecía ser más una cuestión de personalidades que una noción de conjunto. Alguien, al declararle yo, honradamente, que salía de Venezuela sin ver allá nada orgánico ni proyecto de reacción alguna, me aconsejó:

–Como usted va para Nueva York, no diga eso... Dé a entender que lleva algo serio entre manos aunque no sea así.

–¿Y eso por qué?

–Porque así es mejor... alienta y puede resolver a algunos a actuar.

Sonreí. Comprendí.

Curazao es una antilla sui géneris. Semeja a la metrópoli. Menos la bruma y más los negros, he ahí los canales de aguas dormidas; las casas, un panorama de loza o de madera barnizada. Pequeños comerciantes. El establecimiento más considerable, un banco de judíos. A no ser por la colonia de venezolanos, sentiríase en una forma categórica la hostilidad taimada, la noción de aprovechamiento y ese aire de suficiencia insular en el centro del universo que tienen todos los coloniales.

Fueron días monótonos, asoleados, de una tristeza sorda los que allí pasé. Consumía las horas poniéndome al tanto de las publicaciones revolucionarias que no conocía. Allí obtuve el ejemplar del Boletín de la Universidad de México en donde estaba reproducido el folleto que escribí en "La Rotunda", y la respuesta fulminante del rector José Vasconcelos a los ataques de la prensa oficiosa de Gómez.

* Fracasada la revolución en París de 1920 –en cierto, la sola unificación trascendente que había tenido lugar hasta entonces– culminaron los años 21 y 22 en una completa desorganización. Hubo diversas gestiones. La unidad revolucionaria parecía destruida para siempre. Existía un grupo civilista y algo como dos centros militares: uno andino y "caudillista" como empezaba ya a decirse recogiendo la palabra de los propios editoriales de *El Nuevo Diario*–, otro "central" y... "caudillista" también. Se motejaban mutuamente de acuerdo con el bando o círculo a que pertenecieran. Bastaba cultivar relaciones sociales con uno de los líderes para obtener el calificativo de "ista". En el grupo de civiles, existía, aún más que entre los militares, una sorda anarquía y aun cuando muy patriotas y todo no ponían de su parte nada para unificarse prescindiendo de personalidades, a lo que tampoco contribuían los "adeptos" personalistas de unos y otros.

A la verdad, si bien confiaba en algunos hombres y en su disposición latente de ir a la lucha, el fracaso de la proyectada revolución de París y la serie de tentativas sucedáneas para "ponerse de acuerdo" los líderes me decían elocuentemente que no sería ello posible en mucho tiempo. Conozco a mis compatriotas. Ligeros en el elogio lo son aun más en la censura y la negación estrepitosa de lo que acataron o admiraron o ellos mismos elevaron antes. Esta volubilidad, este estado de inconsecuencia crónica a los principios, a las ideas, a los hombres ¡a todo! es acaso uno de los factores más poderosos que contribuyen a mantener vigente al régimen unipersonal y uniforme de Gómez *. La inconsecuencia la castiga severamente y quien le sirve, oscilando entre un par de grillos y un puesto público, es humano y está dentro de su ética, si es que alguna tiene, repugnar los grillos.

La excusa tiende su mano hacia el norte:

–¿Para qué oponerme? ¿qué han hecho los que están fuera?

Y en verdad, esta lógica de esclavo, de paria, que se siente a veces entusiasmado ante una vislumbre de redención, es por ello más dura, más injusta, más inhumana, cuando el éxito no corona las ilusiones del que quédase esperando que otro cultive una rosa de libertad que ellos arranquen con las manos todavía tibias por los dones recibidos del amo.

Se me dijo más tarde:

–Su decepción de "los revolucionarios" va a ser terrible.

Estas y otras insinuaciones, cierto aspecto cómicamente presuntuoso de algunos "asilados" y el estilo hinchado, y año 46 de las catilinarias contra "el Tirano" que "oprime y deshonra" la "patria de Bolívar, Sucre, Páez, etc", surgían, a ratos, en mi espíritu dejándome perplejo.

Arrojados de su país por la voluntad de un hombre que se apoyaba en otros compatriotas soldados con hierro, plomo y oro, el pequeño grupo contemplábase con ojos enemigos a ratos, a ratos, aviniéndose a "ententes" más o menos cordiales. Eran pocos, apenas unos cuantos; y los otros –y ellos mismos– daban lugar a que se dividiera y se subdividiera aun el corto grupo de "oponentes"

Pero esta "oposición" –como ya dije en esta obra– resultaba un término algo vago. Más bien podían considerarse "oponentes" los diez o doce señores que señalaba la mayoría –por antecedentes o por actividades ulteriores– como los llamados a dar la pauta a la oposición armada.

El expediente revolucionario por las armas es malo y triste. Gómez, en su absurda, en su insensata codicia y ambición de "mandar" no le ha dejado a sus compatriotas otra alternativa:

–O me tumban o me aguantan.

No han podido unos pocos, no han querido muchos. El permanece. La

* Cierta vez, a fines de la dictadura castrista, el Obispo de Pamplona, un monseñor Calderón, nos calificaba "tierra de lo inconstante, de lo voluble, de lo tornadizo". Los patrioteros armáronle un escándalo a su imprudente y descortés señoría, desde *El Constitucional*.

mayoría lo aguanta; y esta larga pasividad toma diversos pretextos:

–La guerra ¿y con quién? ¿y con cuántos?

–¿Cambiar de hombre y que siga el régimen? ¡Jamás!

Y los de la tranquila filosofía cínica:

–Más vale malo conocido...

Hay despechado que blasfema así:

–¿Fulano? No: prefiero a Gómez.

Sería injusto no reconocer con cuánta abnegación y entusiasmo se han lanzado algunos e ido al sacrificio. Pero con ello no se ha logrado sino que se destaquen sus personalidades en el mal o en el bien de acuerdo con intereses ocasionales, y que el resto amorfo hable de "los que salvan el concepto" quedándose ellos, naturalmente, a buen recaudo.

Lo de siempre: un tres, un dos, un cinco por mil es el llamado a abrirle "las puertas de la patria" a los asilados heroicos, a restablecer las garantías de los perseguidos, a indemnizar las pérdidas de los explotados. El resto –"revolucionario de corazón"– se queda en su casa, o continúa eficazmente sirviendo el régimen con corazón y todo. Si es que no se da la clásica tarea del venezolano contemporáneo: la charlatanería.

Así, desde que me sentí libre en Willhemstadt, comencé a comprender...

No son exactamente los hombres, las personalidades asiladas, los responsables de este estado de cosas. Sin descargarles de la que pudiera caberles por falta de un poco de olvido de sí y de una más dispuesta actitud de cooperación, fuerza es convenir que el fenómeno es colectivo. Ya es un expediente gastado el de hacer creer que hay millares de hombres dispuestos a secundar... Cada individuo –y esto en días de grandes perturbaciones para el Gobierno– contaba con cierto grupo de venezolanos en una provincia, en una costa, en un caserío... Soldar a grandes distancias estas "voluntades" era labor interna y no externa. Luego, apenas comenzada, surgía o la indiscreción o su hermana natural la delación.

El grande error no era "la oposición", pues que ésta no existía sino en estado potencial externo: el error capital estaba –y está– en la falta de consecuencia, de moral, de solidaridad política entre los "oponentes".

A través de nuestras luchas internas es que puede comprenderse mejor el proceso de la guerra de emancipación. Con diferencias radicalísimas de personalidad, de época y de objetivo, Venezuela bajo las satrapías montañeras es la misma de 1806 huyendo al interior a delatar a las guarniciones españolas la aproximación de las mal armadas goletas de Miranda. Reyes Vargas subsiste; Páez todavía trota en las caballerías realistas. Narciso López aún no sabe cómo vencerá la libertad y es años más tarde que va a caer por ella bajo balas españolas en Cuba. Y los "representativos" de 1812, dándose golpes de pecho en las plazuelas de Caracas, continúan pidiendo perdón al cielo y a los frailes por haber desacatado al monarca legítimo. Allí están las "rectificaciones" de los

que se adhieren a "la obra del caudillo de Diciembre", allí están los perseguidos amnistiados, los presos maltratados y vejados años y años en una prisión haciendo frente y haciendo fuego contra quienes tomen a pecho castigar el ultraje común. El "alto comercio" suscribiendo acciones de gracias. El clero bendiciendo la obra del "héroe de la Paz". Allí están, al fin, los Diegos Méridas y los Pruovonenas de la decadencia, pero sin talento, ni preparación, ni servicios, cubriendo de ridículo, de lodo y de ultrajes, a los combatientes en desgracia, a los vencidos, a los abandonados, a los muertos... Eso en el gobierno; eso en "la oposición".

Y allí también el "hijo del pueblo" falsificado que hasta ayer sirvió pasivo o cómplice para que maltrataran a sus hermanos, haciendo del ideal una aspiración regionalista presta a servir de materia bruta para que los manipuladores sin escrúpulos amasen fetiches de barro, divinidades aborígenes, feroces y despiadadas; pueriles dioses de teogonías rurales. O salga Tartarín con sus carabinas de repetición a cazar leones en las calles de Argel.

Allí también ese saldo de inútiles, de hablistanes y oradores de plazuela, increpando, culipandeados en los picos cimeros de las gestas históricas. Y para que el cuadro resulte más delirante y desolador, de la burguesía más espesa, de los profesionales en fracaso surgen "extremistas" que forman su público de gallera.

Unos cuantos, asqueados, estaban retirados en el fondo de sus necesidades personales para subsistir decorosamente; otros conspiraban ocultos, más por temor de los "patriotas asilados" que por la policía internacional de Gómez. Los de siempre comentaban:

–¿Fulano? eso no sirve...

–¿Zutano? se cogió unos reales.

–¿Perencejo? ¿Con quién cuenta?

Nadie servía para nada; todos tenían miedo y los valientes permanecían inéditos o ingresaban a la literatura de oposición.

En esferas más elevadas germinaban las viejas diferencias extraídas del proceso político Castro-Gómez y aclimatadas o envenenadas en el exterior. Se hablaba de "godos" y de "amarillos", de "andinos" y "centrales"...

Ir de un hombre a otro, tratando de borrar agravios, a veces simples rozamientos de amor propio, sería una labor ingrata. Los "unidos" volveríanse como lobos contra quien los uniera...

Eso era lo que iba a encontrar.

Puerto Rico surgió con el alba.

Abordo vinieron el doctor Fco. de Paula Reyes, Lope Bello, Martínez (el dibujante *Raf*).

Al doctor Reyes veíalo después de haber sido compañero de prisión en La Rotunda. En él –como ya escribí– sació la cólera de Gómez una especie

de venganza intermitente. No le ha dado sino una perspectiva: la cárcel o la sumisión. Y en la cárcel pasaba temporadas de cinco, seis, siete años. Para reposar tenía ahora el destierro en una antilla del Caribe, ya anciano y aquejado de dolencias contraídas en las prisiones. Siete años más tarde murió, irreductible.

Como yo venía de la prisión y estos compañeros hablaron abordo libremente conmigo, en el resto del pasaje, los venezolanos que van y vienen al exterior, establecieron un cordón sanitario. No era menester. Estaba habituado, desde Caracas, a extender una zona de indiferencia entre esas gentes y yo. Ellos no tienen la culpa.

Todavía el mar tropical extendería unas cuantas jornadas más sus aguas tibias taraceadas de una espuma ligera y suelta.

Fui a tierra con un amigo –otro "expatriado voluntario"– y recorrimos algunas cuadras.

–¡Ya estamos en tierra extranjera!– exclamó melancólicamente enseñándome la bandera americana.

Bella isla; la vida debe ser amable. Experiméntase esa sensación de que alguien esté allí porque le dé la gana; las gentes son expresivas y hospitalarias... Habíamos paseado por la tarde hasta Santurce. De repente, el chofer –un venezolano– me dijo indicándome el pórtico de cierta modesta quinta:

–Vea... ¡allí está Cipriano Castro!

Fue la silueta borrosa de un viejecito muy flaco, cetrino entre ropas muy holgadas, con la testa calva inclinada hacia unos arbustos cercanos como si hubiese pasado toda la tarde en eso.

Así lo vi, en un segundo, al hombrecillo terrible de los castillos, de las guerras internacionales, de las humillaciones todas que culminaban en la negra hora de Gómez único. Allí quedaba el sacrificador de mi juventud ya lejana... Puerto Cabello... San Carlos... 1907 - 1909. De los hombres que le sirvieron, unos están con el nuevo sátrapa, otros serían compañeros de la nueva lucha o... "puritanos".

La vida, para los griegos, es una divinidad que torna el rostro pero no sonríe.

Regresamos abordo en silencio.

Una mujer hermosa cruzó la calle, bajo su capa de baño, estampando la huella breve y húmeda en el asfalto. Tenía una frescura de animal fuerte.

Ahora, la distancia y el tiempo fallan un proceso interior. Inútil esperar que los acontecimientos humanos se aceleren o se retarden porque así lo queramos... En vano toda la fuerza de toda una voluntad pretende borrar las líneas de la acción ajena en una asechanza del destino. Castro estaba en el destierro, yo ingresaba a él. El porvenir deberá dar su respuesta final. Ya obscureciendo, volví abordo después de conversar algunos minutos con un redactor de *El Mundo*, Pietri, para quien tenía carta de Ramón Ayala, y visitar un casino y algunos edificios e institu-

ciones. En casas de dos pisos oíase al paso a pequeños criollos que decían en un inglés de prisa neoyorquina:

–¡Going up! ¡Going down!

Cayó la noche y una luna enorme fue surgiendo de entre el lecho revuelto de las nubes, sobre la bahía dormida, en ese silencio de los mares tropicales, en esa paz tibia que a ratos interrumpe el salto de un pez, un grito lejano, la ráfaga súbita que no se sabe de dónde parte.

Luego vendría el Cabo Hatteras, su mar agitada y oscura; las vísperas de fin de viaje; la pueril finalidad del hombre que se ve obligado a ajustar su mente y sus gustos a una nueva noción de cosas y de hábitos.

Vi por primera vez a Nueva York, envuelta en una bruma marina, recogiendo en manchas altas de sol el dibujo cuadrangular de sus construcciones por cuya base corre la línea ocre de los muelles, y la línea más ancha, verde, sucia, de una ría.

Es una cordillera cortada en cubos y las grietas de las avenidas como arroyos que descienden desde los treinta o cuarenta pisos. Nubes de niebla, polvaredas de carbón. Dársenas quietas, calorosas, con espumas y cortezas de frutas, flotando.

Después que todo el pasaje hispanoamericano hubo sufrido la serie de humillaciones y de ultrajes reglamentarios a que le someten las autoridades de inmigración de la "gran hermana del Norte", procedióse al desembarco.

Apenas si despertaron en mi ánimo una atención de proporciones aquellos cubos infinitos de piedra, de una infinita pesadez. Su Libertad aislada y vaga en la bruma. La ciudad es soberbia, sin duda. La gente causa una impresión de rebaño. Algunos "domiciliados" hartos de pasar inadvertidos, se desquitan mirando a los que llegan con la piedad con que un explorador que se quedó en la primera factoría del litoral contempla a otro que quiere penetrar a la selva.

Y los "informes oficiosos", sin dejar de ser muy útiles, son de una comicidad ingenua:

–¡El "Woolworth" tiene más de 40 pisos!

–Si se pierde, el policía lo lleva al "subway".

–Esto... esto es muy diferente a lo de por allá –dicen a cada paso– aquí no es como en Caracas... Este es un mollejón, etc...

Aparte lo fastidiosa que es la colonia y sus colonos, envueltos en una niebla de chismografía –pues que la emigración para algunos es fuga de rapiñas o "malos pasos" y con o sin Gómez tendrán que ser perseguidos o persecutores– adviértese una profunda sensación anárquica. Es raro el compatriota que habla bien del otro: si tiene una pequeña posición, le cuentan a uno mil horrores de su egoísmo, de su "ingratitud"; si no la tiene dicen que es flojo, bruto e ignorante.

Y esto, en general, en boca de los ignorantes, brutos y flojos que pululan por los "boardings".

El lenguaje –que ya en la patria misma es bastante... español– en Nueva York toma el carácter de una mayor desenvoltura y un dejo más acentuado. Una jerigonza de aliños, de obscenidades sin la excusa del gracejo; una especie de jactancia de vulgaridad, forma la base de toda conversación, salpicada de anglicismos necios.

Los más distinguidos –excepciones cuentan– parecen interesadísimos en darnos a entender sus conquistas amorosas. Allí está toda la fantasía tropical excitada por la abstinencia obligada a causa de que el género es caro y difícil; o bien las "relaciones sociales" de casa de pensión no autorizan a tanto.

Con todo, hasta el ser más apacible y palúdico tiene "su brega". Existe un tipo de cabezota rizada, patillas "valentino" y zapatones.

Si los jovencitos, no sólo de Caracas sino de todas nuestras capitales del sur, vieran eso que llaman "mundo latino" en países sajones con ojos de experiencia propia ¡cuán escasa sería la emigración a las "grandes urbes"!

Los padres de familia imaginan que el extranjero es el ideal para *educar* a sus hijos. Ello es relativo. Para instruirlos *ya formados,* sí; para educarlos, jamás.

Si bien existe por desgracia algo más grave: que en la patria tampoco reciben una educación preparatoria fundamental; y del exterior cogen lo peor. Una noción excesiva de sí, y un "bluff" habitual, y una cultura de "magazine" ilustrado. El "egoísmo", ya agudo en la raza, se torna feroz en la emigración.

Conocer a Nueva York es obra de semanas. Comprenderlo labor de tiempo. Otros países se entienden con mayor dificultad. Porque el extranjero no penetra al "in-side" –como ellos dicen– de ciertos medios sino a través de una serie de duras experiencias que toman espacio y ocasión. La visión entra por mucho en la psicología. Aquí se pierde la noción de las proporciones. Arrebatados a la lógica proporcional es menester ir ajustando las ideas a un nuevo ritmo de velocidad, de extensión, de distancia. Y la esfera pequeñísima del reloj compendia, de súbito, un volumen inesperado de objetivos. A la larga, este género de vida, para quienes no se formaron en ella, conduce al hebetamiento y al hábito sedentario de la misma cuadra, del mismo barrio, de la esquina misma y que pasa de costumbre de tránsito hasta fobia deambulatoria.

Hay unos cuantos letrados, célebres en las Antillas, que se pasean gravemente, leen el periódico traducido "órgano de la raza" y emiten en las sobremesas de pensión pronósticos terribles acerca del futuro de "¡este país materializado!" o dirigen cartas políticas a la sección "Tribuna Libre".

Cuando el sujeto comienza a ganarse el pan con cierta tranquilidad Nueva York empieza a tener "alma" para él. Todo su problema sociológico es un asunto de vituallas.

Fuera del grupo de militares, reunidos en haz con algunos políticos y personas de influencia, consolidar la revolución y pasarla del papel al hecho... Había un entusiasmo sectario exagerado tanto en la fe a ciertas y determinadas personas como en la negación y en la hostilidad respecto a otras.

El exclusivismo sentaba sus reales en todo proyecto y pasaba lo mismo en el destierro que en la cárcel... y a la puerta de la iglesia que Galdós nos describe en *Misericordia*: los "viejos" –es decir, los pobres que ya pedían allí limosna y ocupaban sitios escogidos por ellos de atrás– sentían cólera y una especie de noción de despojo, cuando los mendigos más recientes instalábanse por ahí como podían...

–"Dígame usted –gemía un manco– yo que tengo ya diecisiete años en este lado de la puerta ¡ahora viene *éste* a cuenta de que es ciego o mudo o paralítico y coge otro lado mejor! ¡Ya no deja cuenta ni pedir limosna!"

Había en bosquejo pero práctica y ya fuertemente arraigada en el ánimo de algunas personalidades –la idea de ir pasando de la etapa militarista, disciplinada, sorda, muda, ciega– del caudillo "a caballo" cuya necrología escribía para Venezuela Jacinto López– a otra combinación más adecuada y tolerable. Ya tanteábase un orden de cosas "civil", o "cívico". El general iba a cederle el paso al doctor. Y a éste seguiríale "el bachiller", que luego constituíase en el estudiante vitalicio.

El escollo, en verdad, no estaba en que hubiese más de espada que de toga: tan sólo encerrábase en una especie de *noción pávida* de robustecer un contingente, dotarlo de armas y dinero, acreditarlo en la opinión lanzándolo luego a la disputa del poder.

Algunos farsantes se cogían la cabeza a dos manos:

–¡Armar a otro Gómez!

Es inexacto y es estúpido. Ni a Castro ni a Gómez *les* armó ningún grupo o partido civil. Y no entremos a analizar más antiguos ejemplos de "asaltadores" de poder.

Uno se lanzó, resuelto, en el bochinche del 98 y el otro no hizo sino modificar algunos cuadros de oficiales en la desconcertada actitud de la Venezuela del 908, con Castro ausente.

Esa aspiración boba de que surja una especie de Filopemenes aforrado en Catón y con un manto de Papiniano a ponerse a la cabeza de una democracia en proyecto, que obra por impulsos primarios de simpatía o de odio, se quedará donde han ido quedándose todas las "circulares" y los libros de actas de asociaciones fenecidas y todo el mamotreto cívico-literario de la oposición excepto las cuotas contributivas que sí desaparecen de hecho.

Hay quienes tienen un "record" de presidentes o secretarios o tesoreros de juntas revolucionarias y ello les impide "faltar a sus principios", cuando menos callando.

¿Qué principios? Los de reunir dos o tres vocales en un desierto de consonantes, y comenzar en un papeluchín una propaganda absurda

invocando unos "principios" que tienen fines inconfesables. Si es que de súbito no estalla la anarquía y se llaman unos a otros traidores, vándalos, estafadores, caudillistas, cobardes y.... ¡en fin! ni aún la vida privada queda a salvo de estos "atacones" bajos y envidiosos.

Si el extranjero o el compatriota que escasamente logre conservar su serenidad relee, años más tarde, las "publicaciones" de esta tristísima oposición cívica que llama bandidos a unos y otros y a su vez pone a la cabeza de sus aspiraciones, en cuanto algo se condensa, a esos mismos insultados de ayer, o a los peores "tipos" de lo mismo que dicen combatir, tendrá que preguntarse si esta fobia, si esta beligerancia no sería más adecuada contra el enemigo común convertida en una peseta, en un fusil, en una voluntad siquiera dispuesta, que no en este gigantesco onanismo revolucionario cuya virilidad es cosa enfermiza pues que nada genera ni fecunda nada.

A cierta distancia, diríase un grupo de poseídos en plena crisis.

Sólo que muchos se obseden y se desencantan ante el espectáculo y agrandan la importancia de este fenómeno ultramarino, de esta insolencia suelta, de este irrespeto agresivo a salvo: generalizan la noción de que en el país ocurriría lo mismo al haber un poco de libertad.

No; es una idea desoladora pero hija únicamente de las circunstancias residenciales en el extranjero. Allá en la patria, estas simulaciones y estos desplantes pasan en pocos días, envueltos en una ola de epigramas. Y si no pasan pronto, se les hace pasar.

La literatura, huera y sonora que editorializaba hasta el 902 con mediano éxito pasó ya a la prensa chica de provincia, a los diputados primerizos y a los periodicuchos que se imprimen "en el exilio". El último reducto de lo cursi, de lo insultante y de lo inútil es este publiquete de expatriados que cada vez que un nombre cae en la charca general como una piedra, se venga de las salpicaduras endosándoselas al vecino.

La diatriba ha descendido a pasquín, el pasquín a libelo, el libelo a anónimo, y el anónimo, el peor de todos, ese que tiene dos patas y "firma responsable", se empina desde el tabuco infame del Transtibere donde tuvo origen para dárselas de indignación patriótica en el macádam neoyorquino, mejicano o antillano mientras tragó saliva y paciencia o se empolvó los fondillos con todos los puntapiés de Maracay o del Distrito Federal... O bien charló de lo humano y de lo divino en los arrabales de Caracas.

Luego viene el orden de los "parásitos", moscas adventicias que zumban en derredor del compatriota más diestro o más afortunado que descubre un socio o un protector: el caso Cuba, el caso México... Y tantos otros. Es triste –que al fin son compatriotas nuestros– ver hasta qué punto se ha rebajado el nivel moral de la oposición publicando papeles privados, robados o copiados a escondidas burlando la amistad personal; fraguando "protestas" y cartas que les hacen firmar a cualquiera o inventando la tal firma; reproduciendo lo que otros escriben desfigurado y

fragmentariamente para fines estúpidos de autopropaganda. Simulando hacerse "ecos" de cosas inventadas.

Es desolador. En el torbellino insensato han quedado, aplastados de miseria intelectual, moral, social, hombres jóvenes que creyeron que el asalto era el éxito pero sin puños para trepar; reptando, reptando hasta encontrar el taconazo certero con que finalizan estas ascensiones. Del "apandillamiento" dio cuenta la anarquía.

No odiados por el enemigo común; algo peor: despreciados. No repudiados por la oposición, no. Trató de digerirlos y se vio obligada a vomitarlos.

¿Qué móvil, qué racha de locura los empujó a esfuerzos tan desgraciados? Son fruto del desastre nacional, también.

Solo, en lo alto del trampolín, con las bragas listadas de rojo del titiritero, mientras dos o tres payazuelos contemplan, perplejos, el equilibrio instable y se destiñen en un sudor de inquietud al pie de la maroma, quedó uno que otro "clown" protagonista, sin luz ni público, viviendo del saldo abandonado en taquilla por el empresario desdeñoso del grotesco hurto.

Ya los signos de tal proceso iban perfilándose en la niebla que de 1922 a 23 envolvía toda esperanza.

A objeto de formar una idea aproximada de cuanto me rodeaba, sin ninguna organización colectiva que me orientara, creí lo mejor tratar, individualmente, con algunas personalidades del destierro...

Después de dirigirle una carta al doctor Marcos A. Herradora, en nombre de mis compañeros libertados en 1922 y de los que quedaron allá presos, dada la actitud de éste en momentos difíciles para los detenidos políticos al frente de los Comités hispanoamericanos de 1921, resolví tener una entrevista con Jacinto López, como el mejor historiador de cuanto ocurriera en la primera etapa de la oposición.

Era menos duro y más lógico para mí ir a estrechar la mano de quien combatió al pasado lóbrego de Castro y continuaba en su puesto, combatiendo iracundo e inexpugnable, al presente siniestro de Gómez, que visitar ex-oficiales castristas o políticos retirados de la actividad palaciega.

En el campo político e intelectual de la revolución era él –y apenas unos cuantos más que ya iré mencionando– quienes significaban para mí la "oposición".

Santos Dominici estaba todavía de Ministro en Washington y no fue hasta mediados de 1922 que se dio al público su carta.

Luego vería al Dr. Ortega Martínez, con quien me encontré abordo, al llegar, pues fue a recibir a su hija que venía de Curazao y la que se vio obligada a escapar de Venezuela disfrazada, con sus dos niñas.

Entre las luchas enconadas y disímiles, fui a buscar el hilo conductor, roto un instante, y que se empeñaban en enredar personajes de segunda fila.

Acababa de recibir formales instrucciones de Venezuela para hacerlo así.

Casi todos mis esfuerzos convergían a ese punto: unificar.

Una tarde estuvo a visitarme, como me lo anunciaba en tarjeta que conservo, Pedro Elías Aristeiguieta, con un hermano, y otro señor. Convinimos en vernos luego. Ello no tuvo lugar y para entonces así quedaron nuestras relaciones. Entre él y Ortega Martínez, hijo, habíase suscitado cierta polémica pública, agriada luego por unos y otros, y ya era tarde para soldar esa ruptura. Pero sí comprendí que tras de ella, en la sombra, esa voluntad colectiva y estúpida de chismografía para enconar la más ligera diferencia de ver las cosas, continuaba agitándose y haciendo víctimas a unos y otros.

Resolví abstenerme de toda actitud parcial. El otro grupo pareció enojado y según tuve entendido entonces, debido a mis relaciones sociales con los Ortega-Martínez, anterior a todo esto, resolvió clasificarme entre los *orteguistas*...

Desprecié aquella tontería como tantas otras, pero me di cuenta de la forma "partidaria" en que se dividía la "oposición" consciente.

Una clara mañana de agosto, mientras los torrentes de la 5ª Avenida colidían con los de la calle 42, llamaba a la puerta del despacho de Jacinto López, Redactor entonces de *La Reforma Social*, cuyo Director era Orestes Ferrara.

CAPITULO XXXV

Hablando con Jacinto López – La oposición de cerca y de lejos – En proceso de disgregación –Reasumir o resumir – El "obrerismo" venezolano en el destierro – Cómo se formó y con quiénes – Los facciosos del civilismo – Pasión y muerte de Rafael Bruzual López.

UNA OFICINA estrecha con la ventana al tráfago de Broadway y la 5ª Avenida. Libros, libros, libros; paquetes de periódicos sin abrir, pruebas a corregir y las anchas cuartillas amarillas de una escritura sin tachas casi, que se extiende firme y abierta, en líneas inalterables.

Pausadamente, en ese orden de relación con que narran quienes meditan, Jacinto López me fue trazando la perspectiva que para aquella fecha presentábase.

La primera y única vez que nos vimos fue a comienzos de 1909, al regresar él del destierro y yo de la cárcel.

No había variado mucho con los años. El mismo hombre sólido, sanguíneo, que causa una impresión de justeza, de exactitud, como su estilo.

En la prosodia frondosa de los llamados escritores políticos, en la churrigueresca variedad que ora se rodea de vocablos esdrújulos o pescados en vulgarizaciones científicas o bien afecta un tono desmañado y de falsa modestia, la prosa del escritor de *La Reforma Social* se distingue por un buen gusto que pudiera calificarse de permanente. Si a ratos repite el concepto en una forma docente y enfática, adviértese que es un imperativo del sentido de la persuasión.

Gusta más de convencer que de exponer. Expone con claridad concisa. Habla como si redactase y redacta admirablemente.

Poseído del lugar que ocupa en el pensamiento hispanoamericano, desde su revista reseña día a día los acontecimientos universales; y sus campañas en la prensa, que surgen de un simple artículo, neto, documentado, exacto, ábrenle al panorama de nuestros países un horizonte mental de justicia –serena y contemporánea– que no envuelve en esa metafísica barata de "tratadistas" sistemáticos ni de postulados novedosos. Pasan los métodos, se cansan de erudición los ensayistas, y esa verdad severa, justa, ponderada, es la única radiación, el punto de vista único para las generaciones que van llegando.

A cada instante, reafirma su expresión complementándola con el "¿usted ve?" que denota su empeño en *hacer ver*, es decir que se penetre su oyente del convencimiento honrado con que expone.

Yo he charlado con casi todos los escritores conocidos y desconocidos de mi país. En unos, el deseo de ser sinceros sin haber menester les lleva a la chabacanería o al cinismo; otros quieren pasar por hombres de "esprit" y todo lo violan, lo tuercen y lo desfiguran para causarnos una impresión dada. Los hay hoscos, como Nietzsche locos, Schopenhauers misántropos que hablan pesando sus palabras; y los hay rimbombantes, estrepitosos, que se oyen hablar con delectación, y de rato en rato, lamen a la comisura del labio húmedo el remate de un párrafo, la metáfora feliz... Los hay hasta torpes y que no se dan cuenta de que lo son.

Otros toman un aire apostolar y quieren causarnos una sensación de mansedumbre franciscana, con la piel del rostro taraceada de bilis y afectando un desdén que están muy lejos de sentir: en vida es el martirio perpetuo de que otros no se mueran.

Jacinto López ha logrado algo muy raro entre los escritores contemporáneos: pasar a través de *modas* intelectuales sin modificarse y siendo siempre un escritor del día. En la literatura de un país ocurre como en ciertas construcciones que se mejoran o se transforman de tiempo en tiempo: el material allegadizo, los yesos, los ladrillos mal cocidos, el enjalbegado de prisa, todo eso postizo, accesorio o que se utilizó entonces por necesidad, se deteriora, se resquebraja, se disuelve, cae...y al considerarse la obra de conjunto, para el estilo y para el fundamento, sólo nos queda a ver la sillería de la base, la piedra tallada, el rosetón que en roca viva esculpió el arte para la eternidad. La metáfora del constructor del faro de Alejandría que José Enrique Rodó vulgarizó para horteras de la literatura.

Un cúmulo de circunstancias comunica a un escritor cierto valor accidental y momentáneo. Desaparecidas éstas, con ellas se borra y se hunde. No hay habilidad, no hay intrigüela ni destreza que dure más de una generación para tenerse al frente de un derecho intelectual dado. Las gloriolas las fabrican grupos pequeños de mediocres para vengarse de su mediocridad en las figuras de resistencia.

Es menester saber retirarse de las letras, como de la vida, cuando no se puede ofrecer sino una de estas dos cosas: o ñoñerías que nadie lee o torpezas malignas que la curiosidad arroja al desdén y éste al olvido.

Así que a medida que me iba exponiendo sucinta y concretamente cuanto pensaba de la hora actual –y cuya exactitud he comprobado luego en la práctica y con el trato personal de unos y otros– esa mañana tuve, ratificada, apoyada por un testimonio viviente y actuante, mi sospecha de que algo había de podrido, de inconsistente y de falso en las actividades de la oposición. Eran, entonces, y han venido siendo, las filtraciones del antiguo sistema de "hacer política", afectando desdeñar "la política".

El tipo del "parásito" revolucionario, en la rama de todo nuevo arbusto, se instalaba a deyectar, hasta que el palo se venía abajo.

No caía con él. Ibase a otra rama cercana y desde allí practicaba el "análisis" condenatorio del que caía y la exaltación ditirámbica del nuevo arbolillo.

Eran dos simulaciones frente a frente: la de un gobierno paternal, acusado injustamente; la de una oposición unida y consciente, víctima del gobierno paternal.

He conocido en el destierro los tipos más divertidos y curiosos de la fauna y la flora nacionales.

Desvinculados de la corriente interna que es la que alimenta un país, haciendo del destierro no una dignidad cerrada sino una especie de úlcera para inspirar compasión, escribiendo disparates y haciéndose pasar por periodistas, oradores, militares, "hombres de acción" o comunistas de zarzuela ha vivido una gran parte de mis compatriotas exhibiendo en el exterior una vida desastrada, si no envilecida por las miserias y por las ineptitudes; y vengando la propia catástrofe en los demás... y en el "general" Gómez, el "cruel tirano" etc.

¡El "general" Gómez! La verdad es una y única y hay que decirla: los que en verdad son o fueron perseguidos, ésos los conoce todo el país y los sabe todo el mundo en el extranjero. El porcentazgo de los otros aumenta o disminuye la popularidad de una revolución, como aumenta o disminuye la probabilidad de que ésta triunfe.

Ortega-Martínez –a quien viera con frecuencia luego– no parecía ni abatido ni desesperanzado a pesar de lo ocurrido últimamante, y trató en diversas ocasiones –por gestiones de amigos de unos y otros de resoldar los eslabones sueltos que con el fin de "La joven Venezuela" y de la revolución estaban más dispersos que nunca. Tellería –a quien también vi– no parecía eximirse de nada que pudiera llevarlo a la acción.

No obstante, vista la inercia aparente de los de primera línea, jóvenes patriotas sinceros unos, y otros por espíritu de figuración y algunos por un "snobismo" enfermizo, reuníanse bajo diferentes denominaciones, negativas o positivas –tal cual privasen en las juntas directivas.

Otros, lívidos de emoción patriótica, promovían reuniones accidentales que empezaban con entusiasmos insólitos y terminaban con aspavientos y zalagardas. Daban lugar a nuevas sub-divisiones o aliaban los elementos más disímiles en un momento pasional.

Las "juntas", las "asambleas" sucumbían por combustión espontánea.

Entre la charlatanería de Venezuela "rehabilitada" y la charlatanería de Venezuela "expatriada" el hombre de Maracay se tiene, callado y socarrón... *El Nuevo Diario* mismo empolla sus pichones y nos los larga disfrazados de oposicionistas. Es la forma larvácea del mal que corroe, dentro, a los venezolanos.

Unas leguas marinas, una ciudad extranjera, nuevas perspectivas mentales difícilmente modifican este tipo abúlico de la decadencia que por el hecho de permanecer en "comentarista", excusando con escepticismos falsos una inercia verdadera, sólo parece esperar que por lógica

eliminación de los que luchan, y para quienes diariamente destila en grumos mal coagulados un desprestigio calculista, venga a llegar "su hora"...

Esta actitud de suicidio inconsciente hace que los tres o cuatro obcecados que se mantienen dentro de una intransigencia estudiada que es, en el fondo, egoísmo cómodo, parezcan a ratos como doctrinarios, apóstoles o qué sé yo... Y no son sino la inercia egolátrica petrificada en "actitud", momia que ambiciones desmesuradas ligan hasta los pies.

Además, se juega con el tiempo y la memoria de los hombres. Y quienes remacharon grillos cuando Castro y comenzaron a remacharlos con Gómez hasta que las circunstancias les permitieron, una vez que han salvado cierto lapso entre dos épocas, surgen del lado acá poniéndole "peros" a sus antiguos camaradas, con mejor buena fe que ellos, cuanto les es posible a fin de no aparecer tan a las claras ineptos e inaptos en la nueva etapa...

Ese juego de báscula es ya harto conocido. Si los hombres que ayer apoyaron y defendieron al tirano de entonces han evolucionado y modificaron su conducta ¿por qué se deslizan entre las filas de la oposición con el rencor sordo de desmoralizar a ésta para que la vieja inmoralidad resulte más apagada?

El punto de vista doctrinario es de quienes le han hecho cara no al tirano X ni al tirano Z sino a la tiranía, a la dictadura, al castrismo grotesco y adulón de ayer, al gomecismo siniestro y estratificado de hoy, al fulanismo insensato de mañana...

La mayor parte de los jueces iracundos en esta etapa o en la de mañana pueden reconocerse, "ficharse", entre las antesalas del Cipriano de antier o del Juan Vicente de ayer, o del X del futuro.

No vengamos con que "yo no sabía" o "yo no podía". Ello es escasa certidumbre para el futuro.

Algunos civiles que aún resisten y algunos militares que aún subsisten no han cambiado de actitud en política: sus yerros o sus pasiones, *dentro de la oposición siempre,* tienen un mejor haber que el de otros, surgidos a colaborar después, pero que irremediablemente demuestran que sólo se pliegan a la necesidad –al verse repudiados por la horda–, entre aliados del momento a quienes hacen sospechar a cada instante que su actitud es más hija de las circunstancias que de una sincera abdicación al antiguo impulso mandón y solapado que culminó con el hombrecillo de 1899 y se consolidó con el hombretón de 1909, diez años más tarde.

A estos males únese otro que ya de antiguo corroe la unidad de la patria: el regionalismo cerril andino en el mando y fuera de él –si bien no artículo de fe para los andinos de buen sentido– el regionalismo oriental, el del centro, el de occidente. Por la clase de pasiones que halagan y, sobre todo, por el género de representativos que escogen, compréndese que no es, en verdad, sino un saldo de retardatarios o de fracasados los que aspiran a mantener vigente, a base de simulaciones, estas rivalidades

entre Tarascón y Beaucaire, los dos pueblecillos enemigos que divide el Ródano.

Al entrar en contacto con algunos "revolucionarios" del "decanato" en el destierro, acabé de darme cuenta que exceptuando aquí y allá ciertos hombres discretos, aunque pasivos, no era posible renovación civil alguna a base de pequeños farsantes, comidos de envidias, escritorzuelos declamatorios con un título falso a cuestas y haciendo en el vacío piruetas y frases de repúblicos pero sin talento, ni originalidad; o energúmenos improvisados cuyas iras ceden y se extinguen en un vacío burlesco de tertulias de casa de pensión.

No había nada que esperar; y rota la unidad revolucionaria desde la disolución del 21, no se iba a tratar con grupos sectarios que cada día se tornaban más incompatibles a fin de que se clasificara a uno –como lo pretendieran unos cuantos– en este o aquel círculo.

Decliné la misión que se me confiara en Venezuela y expliqué las causas. Hechos posteriores vinieron a confirmar mi explicación. Y, aunque en contacto con toda corriente, desde esa época resolví –visto que no podía lograrse la noción de conjunto– prescindir de "actividades" inútiles y de gestiones secretas pueriles de que "tenemos algo" para entretener la atención... Empleé ese tiempo en darle forma a esta obra que hoy alcanza a la etapa final.

Comenzaba a bosquejarse un comienzo de fuerzas organizadas pero sólo "moralmente hablando" Y cuando más se esperaba de ello terminóse como todo lo otro entre interpelaciones y hojas sueltas.

Para fines de 1923 la situación reducíase a esto:

Simulaciones más conversaciones igual a O.

En resumen, este es el balance oposicionista en 1922:

1. Los nacionalistas, sin Jefe, en proceso de reorganización.
2. Los caudillos, divididos así: agrupación "central" y agrupación regionalista "andina".
3. Sociedad patriótica "La Joven Venezuela", de Nueva York. Disuelta.
4. "Unión Patriótica Venezolana", de Nueva York. Disuelta.
5. Sociedad patriótica Pro-Libertadora Venezolana, de Costa Rica.
6. Sociedad patriótica Pro-Venezuela, de Nueva York. Disuelta.
7. Centro "El Republicano", de Panamá.
8. "Unión Venezolana", de Nueva York.
9. "Venezuelan Democratic Society", de Nueva York.
10. "Comité Venezolano de Protesta", de Nueva York.
11. Acto Patriótico en el Hotel Ansonia, de Nueva York.
12. "Orden Calaveran Croquis", de Nueva York. Sociedad Secreta*.

* Estaba de actualidad el "Ku Klux Klan", organización de los fanáticos de Georgia; y naturalmente, hubo venezolanos que formaron una orden "Calaveran Croquis" cuya colección de circulares "misteriosas" conservamos. Es un documento del estado mental de algunos compatriotas. Había que ir a juramentarse el día 31 de enero a las doce de la noche al pie de la estatua de Bolívar que está en el Parque Central de Nueva York, para evitar "la

Sin duda muchas otras iniciativas surgían aquí y allá pero no lograban imponerse. De éstas el "partido republicano" cuya sede estaba en México y que comenzó laborando de una manera sensata y consciente parecía ser –y aun merecía ser –extinguida la "Joven Venezuela"– una agrupación de esperanzas.

Con la llegada al exterior del ex-conservador y ex-castrista doctor Carlos León, sirviéndose del prestigio militar que las hazañas de Arévalo Cedeño mantenían en la oposición, inicióse en el seno de ésta una especie de multicefalía... Cada quien –y es justo decir, no de los que ya representaban la revolución activa sino de los simuladores de la acción– asumió aires directivos y volvimos a las juntas y a las entrejuntas sobre las cuales el pobre Bruzual López tendía un ala membranosa y húmeda, envuelto en una niebla de "amarillo histórico" y lanzando proyectos de suscribir un capital por bonos para hacer la guerra.

Me negué a acompañarle en tal gestión –estimando sin embargo, debidamente, sus intenciones– por dos motivos: el primero, sobre todo, era mi duda, confirmada a la vista de que si no podían ponerse de acuerdo "moralmente" los "jeques" militares y los "effendis" de la revolución, dentro de esa estratificación musulmana que iba cada vez tomando mayor fuerza ("Yo estoy a la orden"... "yo colaboro"... ¡y ni una peseta ni un acto!) ¿qué iba a lograrse suscribir un capital para la guerra a base de díscolos y de majaderos?

Y el segundo motivo, que de lo que se lograra surgiría una nueva disputa con el peligro que tienen estos asuntos de dinero entre la gente apasionada o maleante... En efecto, terminaron llamando "ladrón" en hoja suelta a Bruzual López.

Por otra parte, un grupo de jóvenes obreros había incorporado –a esfuerzos de Muñoz Marín y de Santiago Iglesias– la "Unión Obrera" de Brooklyn a la Federación Americana del Trabajo.

Venía a ser este grupo obrero, chico y todo, un punto de contacto para corrientes dispersas... Pero, naturalmente, fuera de los intereses de los dos o tres que dragoneaban allí de jefes, acogióse con simpatías y algunos le prestaron ayuda –nunca mejor que el sacrificio que se imponían sus propios fundadores– a aquel grupo; y se creyó que sería el núcleo de un partido obrero organizado...

El primer choque vino. La tendencia egocéntrica que caracteriza a unos y otros no permitió, tras un esfuerzo considerable, sino la anarquía primero y la dispersión después. Con todo, el grupo obrero triunfó de la embestida y su pequeña unidad resistió, serena, algún tiempo.

anquilosis verga", como solía advertirse a los que se invitaba. Al principio lo supusimos obra de un "gracioso" desocupado. Pero no; súpose luego que en aquello estaban en serio personas conocidas, que al fin podían identificarse con las iniciales de la clave que se envió a los que se consideraba que debían estar "iniciados". Tuvimos la honra de que se nos contara en el número de probables "hermanos" de tan tenebrosa y regocijada "Orden del Croquis de la Calavera" que timbraba sus circulares con dos tibias cruzadas y un cráneo. Como el emblema de los "piratas" de music-hall.

Los anarquizantes, los declamadores, volvieron a sus esquinas favoritas; los obreros de Brooklyn continuaron sacando su periódico y Bruzual López –iniciador y maestro de ceremonias de todo ello– se atrincheró en su pupitre de *La Prensa* envuelto en esa niebla de vagos presagios y de alusiones a "los de allá", metiendo en una gaveta el proyecto de "ley de imprenta" que tuvo la amabilidad de comunicarme en una de las entrevistas que celebramos. Consistía, si mal no recuerdo, en que para garantizar la libertad de prensa en "el nuevo orden de cosas" que fundáramos – "l'état des choses" del héroe de Daudet en su colonia– se le daría a cada dueño o gerente de imprenta un lote de fusiles y sus cápsulas– de acuerdo con la importancia del periódico– para que cuando "los esbirros de la tiranía" fuesen con aquello "de orden superior que pase a la Prefectura", pues... ¡pim! ¡pam! A tiro limpio.

Estaba con aquella ley garantizada "la libre expresión del pensamiento". Pero bastaba con cinco o seis mil pesos, fundar tres o cuatro imprenticas y a la otra mañana la ciudad tendría un gobierno "tipográfico".

Yo traía en la mente un Bruzual López impetuoso, generoso, jacobino, romántico. Me encontré un hombre de un rubio apagado, lacio, pedante, lleno de pequeñeces de *dómine* poseído de una noción de mesita, timbre, papeles, y voz engolada y metáforas como esa tan graciosa acerca de un general de su región "que mataba un pájaro de una mirada"...

Una vez me dijo gravemente:

–Nosotros debemos imponerle "sello" a la revolución ("nosotros" era él, naturalmente); luego me envió al Canadá un diario de Guevara Travieso que traía su retrato y las frases generosas de éste destacándolo debidamente como probable Presidente de Venezuela, y Bruzual escribió al margen "otro candidato".

Su vida fue la de la tragedia de los elementos civiles de Venezuela en las postrimerías del despotismo. Hombre acaso de gobierno, de judicatura, de pedagogía; civilista convertido a la fuerza en factor de guerra civil o de conspiración. La una nunca llegó a realizarse para él, la otra fue de fracaso en fracaso, eco lejano y apagado... Debatir de alas, tal vez hechas para el vuelo, en una agitación de papeles. Su pluma –cuando no le estorbaban pujos egolátricos o debilidades literarias– combatió hasta el fin, mientras pudo o le dejaron, en la gaceta comercial en donde remó como galeote encadenado.

Murió de repente, solo, aislado, con las amarguras íntimas del doble fracaso de sus ideales y de sus sentimientos.

Encontraron ya descompuesto su cadáver en un apartamento solitario. No le halló dormido la muerte; una de sus manos se aferraba a la cabecera del lecho en el gesto de un saludo libertador.

Sacrificó al ídolo de los viejos partidos. Pero su vida de trabajo, de sufrimientos, fue erguida y tenaz, empenachada a ratos de mal gusto, como su oratoria de un tipo anticuado; anegados relámpagos de talento en un palustre estanque de ideas que nacían muertas. Bruzual López

cooperó en muchas cosas buenas, obstruyó otras –no es hora de cargos sino de justicia final. Y cualesquiera que hayan sido sus defectos de hombre o sus yerros de apreciación respecto de sus contemporáneos –víctimas de éstos o coronados con las rosas de una retórica siglo XIX– si perturbó algunas veces los ánimos de sus compañeros jamás deshonró la oposición...

CAPITULO XXXVI

La impresión de conjunto –Sombras chinescas – Los que iban y venían – Bocadillos de Cúcuta – Definición del caudillo y de los "caudillos" – Plan de papel y plan de machete – Análisis comparativo desde el de París (1920) hasta el del "Angelita" (1924) – La solidaridad andina ante el "bochinche" central – El "elemento civil" con espuelas – El "elemento militar" con agallas – Los saqueos intelectuales y los intelectuales del saqueo – Breve apunte para servir a la historia de la "gente decente" – El comunismo y sus comunes – Torres de marfil en castillos de naipes – Los "luchadores" sin lucha – Soluciones a base de urato – Hacia tierras hiperbóreas – El asesinato de "Don Juanchito" – Las tragedias del serrallo – ¿"A cui prodest"?

ARROLLADOS por unos y otros, debatíase todavía el problema en dos campos: uno –el de los que se adherían incidentalmente para fundar "centros" y se abrogaban la dirección "moral" de la revolución (no la *material* porque no lograban reunir ni mil pesos) y otro de jefes más o menos ligados entre sí, hasta que los "civiles" los dispersaron con sus intrigüelas o ellos mismos se peleaban por una suerte de rivalidad que databa del cercano pasado.

Esta es la perspectiva de suspicacia aldeana.

Cuando se llega de Venezuela al exterior, tras de haber palpado y comprendido toda la brutal realidad de lo que allá queda, desde el pavor morboso hasta la anticipación delirante de cuantos peligros fantásticos fragua la imaginación –sea de los que nacieron bajo el signo del miedo civil o de los que sufrieron o vieron sufrir, o de los que en tal estado de espíritu hallan más que razones para adscribirse al régimen por no perecer "aislados", "mal vistos" –"visteados", que dicen ellos –; cuando, por otra parte, se tiene la certidumbre de que no existe allá sino una oposición ocasional, de camarillas caídas o de camarillas aspirantes, cree uno que va a ver surgir del lado acá del riesgo, de la exposición diaria, del ojeo policíaco, en la libertad del extranjero para pensar, escribir, circular, un estado de opinión circunspecta, unida ante el enemigo común, voluntaria y dispuesta para acoger o recoger lo que cada abortada reacción contra el régimen, cada atentado o cada asalto a éste, vaya dejando útil y probado.

Pero el desengaño es cruel. Al principio siéntese la frialdad –cuando no la hostilidad irrazonable–. Dijérase que cada expatriado, por el hecho de haber sufrido más o menos, de haberse opuesto con mayor o menor resonancia en este o aquel movimiento, viene a menoscabar un tesoro ideológico formado en una lenta depuración y que cierra sus puertas para defenderse de adscritos indeseables... Si el refugiado no tiene muy clara su conciencia respecto a complicaciones con lo que dejó en la patria o si se mantuvo excesivamente al margen, en esa ancha porción sosegada de los que "no se meten en política" o si "metidos" personalmente no le hicieron daño a nadie, por humana reacción, al verse poco digno de la confianza de los que ya están reconocidos por sí y ante sí como "revolucionarios auténticos", se queda en una semiactitud de "descontento": esto es, frecuenta a los revolucionarios, les oye "sus cosas", no opina u opina ambiguamente; y si la lucha por la vida se le dificulta, paga el rencor de haberse venido con los que ya están, y de peldaño en peldaño, desde el comentario de esquina y "boarding" en "la colonia" hasta el artículo insidioso o la "tribuna libre" del periódico hispano, revuelve fatalmente hacia donde las circunstancias le rechazaron; y al haber en Venezuela un cambio –el amigo o pariente con influencia que "sube allá", el político de paso que le asegura que acá está "perdiendo su tiempo", toda esa vasta organización del conformismo cínico que es circunspección ¡muy cómoda en la Unión Panamericana! o lenguaje soez en el "boarding-house"– le arrastra a la conclusión de que lo de Venezuela "no tiene remedio y al general Gómez no lo tumba nadie"... Los que combatieron al régimen como y cuando pudieron, no aceptan el rechazo tan fácilmente. Y apenas logran afirmar el pie dentro de algún cotarro de oposición les hacen pagar caro a los otros su actitud retraída y mezquina. A su vez ya vendrán otros a quienes hacerle sentir lo que han experimentado ellos al principio. De manera que cada nueva serie de asilados –y ellas corresponden a cada nuevo "bochinche" contra el gobierno– ocupa una capa superpuesta que no se adhiere de buena fe a la que estaba –por las razones dichas– ni se solidariza con la recién llegada por igual motivo. Fórmase así, lentamente, desde 1912 o 13 el "conjunto" opositor. Delgadas rebanadas de opinión untadas con menjurjes ocasionales –"juntas", "sociedades", "planes cívico-militares" etc., etc., y espolvoreadas de hojas sueltas en las que se exhiben unos y otros profundamente contaminados de esa enfermedad de los hombres en decadencia: la egolatría y su consecuencia lógica, la supercheria exhibicionista... De sus nexos, a veces estrechísimos, con lo que acaban de dejar, ni una palabra: toda la responsabilidad de lo que pasa está en que "no se acuerdan de la Patria sino de sus intereses". Pero lo curioso es que ellos también tienen sus "intereses" aunque se acordaron de los de la Patria el mismo día que dejaron un puesto o comprendieron que no lo obtendrían... Un poco tarde algunos, otros algo más temprano. Este recuerdo vino para algunos al sospechar que les iban a llamar la atención por un desfalco, o bien porque un incidente policial o correccional les hizo "antigomecistas" –muchas veces con sobrada razón para que

se les corrigiese– o acaso porque hartos ya de búsquedas con favoritos subalternos éstos no les dieron "entrada" o si la tuvieron fueron reemplazados "sin consideraciones"... La cronología en el orden de la oposición tiene escaso valor: hay desfalcadores emigrados aun antes de empezar "la tiranía" y "repúblicos impecables" cuando ya esa "tiranía" claudicaba bajo los apamates de Maracay con una estrechez en la uretra; y allá se estuvieron casi hasta la hora nona. En cuanto a la fecha exacta de cuándo comenzó para ésos la noción del deber a reclamar sus fueros... En páginas anteriores ya hemos dicho que la dignidad no es un cáncer para que ataque sólo a las personas que ya pasaron de los cuarenta ni el patriotismo sarampión que sólo contagia a los jóvenes. La fecha del despotismo agudo, vernáculo, data de 1899... Lo demás, "componenda" más o menos hábil. En medio, pues, de este enorme bocadillo cucuteño de capas de oposicionistas, a veces se perforaban dos telas y volvíase el unto un amasijo de todos sabores y de todos colores...

Para comienzos de 1922, la situación oposicionista en el exterior se reducía a esto: absoluta ignorancia de la realidad venezolana en Venezuela; algunas buenas intenciones; rencores personales –en los de allá o en los de acá; Gómez, cabeza de turco, para descargar golpes "morales" ¡y aquello no se salvaba porque "los caudillos no se ponían de acuerdo"! ¡Y "los caudillos" no se resolvían!... Para esta fecha raro fue el civil que no girara en la órbita de uno o varios "caudillos". Esto de "los caudillos" fue otro de los síntomas fatales de ese estado de opinión. ¿Quiénes eran "los caudillos"? ¿Cuántos? ¿Dónde estaban? ¿Qué hacían? La ruptura del Consejo de Gobierno con el régimen arrojó al exterior o a la sombra política la última compactación nominal de jefes de cierto relieve que podían sobrellevar con relativo derecho el título de "caudillo" –el que lleva cauda, cola; de acuerdo con la etimología, etc. Y en criollo gráfico "el que arrastra gente"... En realidad no existía en 1922– tras el disgregamiento de lo de París que se organizó con militares y civiles conjuntamente. Desde esa fecha no había uno sólo de los militares de la oposición que pretendiera, como lo imaginaba el "bocadillo" de la oposición extramuros y de la opinión venezolana intramuros, asumir la responsabilidad de las antiguas actitudes de un Crespo, de un Hernández, de un Castro, ni aun de un Matos. No; nacía el mote "caudillo" y su derivado "caudillista" de las redacciones mismas de los periódicos oficiales de Venezuela... Los que escribían para la galería en las filas de la oposición importaron de las propias carpetas de *El Universal* y de *El Nuevo Diario* esos motes, y con ellos trajeron también aprendidos, de tanto leerlos o escribirlos allá en loor de Gómez y en diatriba contra "los enemigos del orden" y "los eternos descontentos", esa deplorable literatura que al doblar el cabo de Hatteras se invertía en Nueva York, en Europa, en las Antillas, en México y Gómez y los suyos pasaban a la literatura de la oposición adornados con los mismos improperios que los escritores oficiales dedicaban a los "revolucionarios"... De vez en cuando un despechado o un atrabiliario

volvía los fuegos a dos lados y se revolvía en una andanada de triquitraquis metafóricos exigiendo a gritos y a denuestos que se tuviera compostura y que salváramos la "doctrina"... En cuanto a lo que podía llamarse "civilista" en este conjunto doctrinario, ya se vio cómo actuaba. ¿Quiénes eran "los caudillos"?

En orden de antigüedad –muerto Hernández y desterrado y desprestigiado Castro– ya les vimos pasados en revista, en el proyecto de revolución de París en 1920.

El jefe de esa revolución iba allí –según la definición que más tarde daría Jacinto López en la base 11ª de su "Plan de Organización de la Revolución de Venezuela"– como "el primero entre sus iguales"... [38]. No obstante el general Régulo L. Olivares había disentido antes respecto de esa organización por las razones que expuso en documentación que nos facilitó [39]. A su vez este general presentaba otro proyecto donde se constituía a un jefe pero nunca presunto Presidente. Y cuando se dio forma a la directiva para la frustrada expedición del "Angelita" a base del Pacto formulado por el doctor Néstor Luis Pérez [40] era aún más evidente la fórmula dél proyecto Olivares en su punto esencial. Las invasiones anteriores invocaban siempre como principio el gobierno de civiles, con una junta de principales y suplentes escogida alternativamente entre los profesionales civiles y los escritores o políticos que estuvieran de actualidad o que hubieran figurado más o menos en el exterior... Así el 12 de noviembre del 22, a invitación de la "Sociedad Democrática Venezolana", agrupación constituida en Nueva York, se reunió en el Hotel Asonia un grupo de venezolanos en el cual figuraban delegados de la Unión Libertadora de Costa Rica, del Partido Republicano de Panamá y de la Unión Venezolana... Y constituyeron una junta civil de tres principales y tres suplentes así: doctores Carlos León, Francisco H. Rivero y Luis Loreto Biamon; y doctores Pedro Jugo Delgado, Néstor Luis Pérez y señor Rafael Arévalo González. No se mencionó públicamente a estos dos últimos por hallarse en Venezuela, acabados de libertar. Pérez salióse a poco del país. El jefe militar de este movimiento debía de ser el general Arévalo Cedeño, allí presente... Prácticamente los militares todos, en toda organización o proyecto exigían que "el elemento civil" estuviera representado. Por su parte, el elemento civil que no figuraba en una u otra organización "para ir a la acción" –y como es fatal que ocurra siempre que haya que escoger media docena de hombres entre un lote de aspirantes– formaba sociedades patrióticas, uniones, hasta partidos; y aún antes de que lo organizado tomara forma y se pusiera por obra, abría los fuegos sobre sus compañeros que figuraban en la "directiva" y hacíanles todo el daño posible, aún antes de ser feto el agónico zoospermo de la revolución. De ahí que el vasto archivo de estos años –contenido en cinco grandes cajas negras– es una colección de periodiquitos, de hojas suel-

[38] Véase Capítulo XXXVIII.
[39] Ibíd.
[40] Ibíd.

tas, de folletos, de semblanzas, de recortes, de publicaciones cuya lectura –a excepción de unas cuantas labores de mérito y de honrada entereza– refleja el profundo desconcierto, la inversión total de valores, *el desconocimiento absoluto* de las más triviales reglas de decencia, de consecuencia, de mera elegancia mental... Pero sobre todo, de la realidad venezolana en Venezuela. Comparando algunas cosas que se han escrito y publicado con la correspondencia misma con que sus autores nos asediaban, los dicterios de ayer con las lisonjas de hoy y viceversa ¡cómo se comprende que esa marea de la decadencia, esa pleamar del confusionismo, desbordada e inundando a Venezuela entera, arrojaba hasta estas latitudes, una tras otra, con cada oleada, restos del vasto naufragio moral de un país!

No era tampoco de envidiar la situación de los que componían las tales juntas y que tomaban más o menos en serio y para siempre su papel de dirigentes sociales: teniendo que chocar contra el concepto generalizado de que iban a ser monigotes de los soldados; dándole forma y largas a promesas que nunca se cumplían respecto de elementos de guerra que jamás se compraban definitivamente; o bien, a la hora en que algo se lograba, si sobrevenía el desastre –una falta, una indiscreción, el tubo roto de un barco de guerra que estaba en el puerto días y días por salir– la misma vasta e inconsciente delación que la alharaca de los preinconformes efectuaba ante los ojos avizores del espionaje internacional perfectamente organizado en Caracas– ya les aguardaba el chaparrón de dicterios, de acusaciones, de injurias... Eso les pasaba por "caudillistas", por ver más "sus intereses que los de la Patria". Y los intereses sacrificados eran en general los de algunos que tomaban a pecho el asunto, y los de la Patria eran rutinaria actitud pantuflar, recogida y dignamente "exiliada" que leía sus periódicos, recibía amigos, departía sobre los "dolores de la pobre Venezuela" y la "incapacidad de sus hijos"... Admirable y formidable honestidad la de estas vidas sosegadas que al margen de la tragedia nacional tomaban chocolate y salían de bufanda a comprar el periódico a ver si había "algo" de allá o a leer, deleitosamente, las galeradas de mala prosa oposicionista con que calmaban sus ímpetus patrióticos los "enemigos jurados" del gomecismo y se resarcían de supuestos desaires con los ultrajes que inmediatamente se arrojaban por temporada a uno u otro de sus rivales.

¿Quiénes eran los caudillos?...

No había tales caudillos. Todos los militares, desde los ex-castristas hasta los gomecistas –y hasta los que no habían servido a ninguno de los dos despotismos andinos– todos se subordinaban –al menos en la forma– a los "conjuntos civiles" ... Y si algún "caudillismo" había era la mera frase que endilgábanse unos a otros– ¡los mismos, a veces, cuyo pasado fue una perpetua dependencia al "caudillo" de Villa Zoila o al de Maracay, al de Santa Inés o al del caserón de Mijares! Tan desprestigiada estaba la palabra que puede observarse cómo lo del "caudillo de Diciem-

bre" fue extinguiéndose en las sílabas más prolongadas y vocalizadas de "benemérito", desapareciendo casi totalmente de los cognomentos gomecistas... La usaba la oposición a igual que los giros literarios de la política cursi del interior.

El singular era un elogio: el plural una injuria.

¿Cuántos eran "los caudillos"?

Claro, uno sólo: el de Maracay. Porque desde Leopoldo Baptista hasta Tellería, desde Alcántara a Régulo Olivares, estos militares no habían sido sino jefes subalternos de Gómez y de Castro, y luego nunca asumieron en el exterior, *ni en un solo proyecto de revolución,* la actitud clásica del "caudillo" Crespo en 1892, Hernández en 1898, Castro en 1899, el mismo Matos hasta La Victoria en 1902 *. Y es tiempo de que este remoquete, forjado en Caracas y alentado luego por diversos grupos de propaganda boba o maligna no siga figurando en la historia contemporánea de Venezuela. Gómez era el que solía decir sonriendo "los amigos Caudillos". Al pueblo se le sirvió el plato recalentado desde los días del "Consejo de Gobierno". El último caudillo verdadero de la oposición fue José Manuel Hernández. Después ha habido jefes militares y civiles militarizados con mayor o menor mérito. "Caudillos" no. Aunque Rafael María Carabaño llamó a Crespo "el último caudillo", su página a la muerte de Hernández modifica con ejemplar honradez la terminante afirmación de entonces.

¿Dónde estaban, pues, esos caudillos?

Quedaban dos: uno, Castro; falleció en Puerto Rico en diciembre del 24. Otro en Caracas, apagado en hombre rico, años después. Entendiendo por tales a los que comandaron en armas –aunque Matos fue un civil ciñendo la espada como jefe reconocido de una revolución– ejércitos con jefes y oficiales subalternos de cierta importancia en una acción bélica más o menos prolongada.

¿Qué hacían los así llamados "caudillos"?

Los militares a quienes llamábase "caudillos" indebidamente eran meros factores que podían utilizarse –y lo deseaban– en una acción de conjunto. Y si alguno o muchos imaginaron que podían hacer otra cosa, el tiempo y las circunstancias van a demostrarles que o no conocían a los venezolanos o no se conocían a sí propios. Irán a incorporarse como ayer lo hicieron, con sus méritos los que los tengan, con sus capacidades los que las conserven, y con sus errores los que aún no los hayan logrado corregir, a la marcha progresiva de los acontecimientos, tras otro jefe que surja de las propias filas del enemigo a quien no pudieron combatir.

Esto cuanto a los militares. Como no eran tales "caudillos" ¡qué iban a acaudillar nada contra nadie!

El elemento "civil" o "civilista" de la oposición fue, ha sido y será el gran responsable de la prolongación de Gómez en el poder y de sus consecuen-

* Como ya hemos precisado, fue esa la última revolución de tipo clásico. En ella Gómez presintió la anarquía que supo aprovechar más tarde cuando sus antiguos adversarios le rodearon.

cias, aunque estén viendo alboradas absurdas... La persecución, el ensañamiento, la furia de los déspotas andinos arrojó del país o sepultó en la tierra o en las prisiones a un porcentazgo considerable de los mejores hombres de acción de Venezuela. Estos hombres, cuando escapaban de la muerte, apenas dejaban las puertas de las cárceles o el puente del barco que les echó al destierro ¿qué hacían? Ir a buscar a los otros, a los que nos habían precedido o se habían librado con la ausencia de las durezas sufridas por los que allá quedaron. Hallábamos gentes poseídas de una egolatría casi infantil o recomidas de pasionzuelas tontas y rivalidades de aldea. Los viejos pleitos de partido, las necias rencillas de política y hasta los celos profesionales más absurdos, todo lo que forma la psicología del venezolano "avispado" y embustero de estos últimos años; el gomecismo psíquico: sorprender la confianza, la generosidad o el descuido y en la primera ocasión enseñarle al enemigo común la senda, la hora y el sitio para asestarnos una puñalada trapera... Asumir cóleras falsas o justicieras contra caídos y perseguidos para resarcirse, en un proceso interior curiosísimo, de las zalemas y las efusiones y los adjetivos que se vieran obligados a prodigar en el logro de míseros menesteres: un destino, una amistad, una migaja de nombradía. La base de nuestras relaciones políticas, sea con militares, sea entre civiles, reposaba sobre un concepto plebeyo de "chivatería" que el andinaje zafio hizo aún más agudo. Pero el andino, y es fuerza y justicia reconocérselo, el andino que asaltó con Castro y se expandió con Gómez, tuvo sobre el resto de los venezolanos una noción máxima de la solidaridad. Y es por eso que desempeñando el papel más odioso, más brutal, más repulsivo, conservó la superioridad de su poderío sobre el tropel vocatero, chismoso, escandaloso, de los venezolanos de la decadencia a quienes despreciaba infinitamente y a quienes acaso no se atrevió ni a ayudar a que salieran de ese sojuzgamiento por temor natural de que le hicieran a él, con mayor razón porque era andino, lo que les había visto hacer con sus hombres mejores: dejarlos perecer de impotencia, condenarlos al silencio y a la desesperación en las rotundas, en los castillos, en el destierro, mientras aclamaba en las calles el paso del ídolo impasible, inalterable, dominador, absoluto.

Del "ídolo" que surge en treinta años de historia rodeado de un halo de peinillas.

El "elemento civil" –extrayendo contados casos de absentismo heroico– es otra superchería nacional: en cada "junta directiva" o liderato de esas están agazapados dos o tres enanos que sueñan con el exhibicionismo de llegar a "primeros violines". Y por ello todo empieza muy bien y termina muy mal. Se va a una reunión pensando si Fulanito está allí, o si no debe estar Perencejo. O bien surge el quincallero de las metáforas y se desata en elogios a favor de Zutano que son, en su intención, realmente contra Mengano... A su vez Mengano sufre un soponcio al leer lo que dicen de Zutano y pierde su tiempo porque, en el fondo, a todos los otros les agradaría más que no elogiaran a ninguno de los dos, porque ¡qué caray! esto es una democracia y en una democracia "todos somos igua-

les", y nadie tiene derecho a tener talento, ni el cuello limpio ni la casa pagada... Lo contrario son godismos y ganas de vejar al pobre.

Y al otro extremo, mantuanos de mucosas moradas hablan entre sí de la "gente decente"... ¿Es que el resto de los venezolanos son indecentes? *.

Y esto de la democracia y del pueblo es otra superchería más. A la hora en que estos demócratas cuentan con un modesto pasar no hay seres más petulantes, temerarios e indiferentes hacia los humildes y los necesitados. Hemos visto advenedizos de este género que se avergonzaban de sus propios padres. Otros son "demócratas" de un modo agresivo y rencoroso: uno puede pasarse la vida haciéndoles favores y tolerándoles desvergüenzas. Cada vez que se les da algo... el malestar se les refleja en la humildad como un candil en la lata.

Si el historiador tuviera que hacer el análisis detallado de este proceso, su labor asumiría el aspecto de una requisitoria. Y escoger un grupo de hombres dado para descargar sobre sus cabezas la responsabilidad de un estado social "decente" o "indecente", sería a todas luces parcial e injusto... No hay duda –dígase lo que se quiera– que sobraba la voluntad de que los demás la tuvieran. Bajo el temor pueril de ser dominados eran ésos los que dominaban introduciendo entre los pocos capaces la cizaña. En este delirio de reconquistar la libertad a fuerza de libertinaje– si uno hablaba de disciplina era caudillista en 1920 o fascista en 1927; si otro proclamaba la democracia, debía de ser comunista, y si aquél negaba la capacidad de organización del conjunto y procuraba establecer un poco de cordura hiriendo el amor propio de sus mismos compañeros, ése era un anarquista o anarcoide... No había tales "torres de marfil" en donde se refugiara la media docena de hombres pensadores de la oposición, lo que había era un torrente de plebe publicitaria que estuvo ennegreciendo papel y baboseando los temas más absurdos y los proyectos más disparatados, culpablemente alentada por vanidades de una temporada, en el furor iconoclasta de un saqueo intelectual desaforado. ¿Pruebas? Cójanse tres o cuatro normas o modelos de los ataques capitales hechos al régimen Castro-Gómez y cotéjense con todas las hojas, los panfletos, los ensayos, etc., que se han venido publicando ... El tema político, que tratado en grande y noble forma ya es árido con Lord Macaulay, con Montaigne o con Fajardo ¡imagínese a qué pedestre y desagradable degradación de ideales y de expresiones iba a llegar escrito por quienes no podrían redactar con mediano buen gusto ni una trivial circular de negocios! Tuvimos el greco-romano de manual de Duruy; el "cooperativismo" de las lecturas trasnochadas de la Rotunda con que Carlos León sociólogo le hacía la cama a Carlos León político; el socialismo y el marxismo a 3 pesetas 50 el tomo que hace el comercio de la Barcelona de "nous aultres"; y un comunismo tan rasero, tan personalista, tan caudillista, que de los defectos de sí propios extrae sus adjetivos... ¡Y a todo el pésimo gusto y el detestable ideario de acá, allá de vez en cuando una frase

* *Ratos Perdidos.* –Francisco de Sales Pérez– Valencia, 1898.

despectiva de Arcaya, ribeteada de adulación y de mala fe; una opinión de Zumeta o de Gil Fortoul o de Pedro César Dominici; una burla buida de Vallenilla Lanz surgían en el silencio de esa república que ha estado 27 años oyendo una sola voz y que el día que se abran sus tímpanos a las otras voces va a sentirse aturdida por el fárrago indigesto de otros 27 años de oposición detestable fuera y de detestable literatura oficial dentro. Fabricarán a la carrera "genios" domésticos que durarán lo que el régimen... Sólo la gran causa de justicia y de redención que arrastra con la orla de su manto de estrellas toda la boñiga de los "publicistas" asilados o asalariados es la que le permite tener una mera referencia accidental en los largos años que hemos atravesado dentro de esta zona de sombra.

Hubo temporadas en que funcionaban –compuestas por media docena o por un cuarto de docena– tres o cuatro organizaciones con los programas, las juntas directivas, etc... Esta simultaneidad revelaba, no el deseo coordinador, sino la necesidad de aparecer "luchando". Y había el tipo individualista, taimado, flojo y mediocre que pasaba las horas del ocio en exilio cortejando aquí, murmurando allí, escribiendo –cuando se lo publicaban– hablando, donde se sometieran a escucharle– toda suerte de tonterías y de pronósticos y valido de la ocasión, increpando de quien a quien –a título de demócrata– hombres a quienes ayer incensó porque eran fuertes y mañana acaso vaya a adular si lo vuelven a ser.

Una noche fría, en noviembre del 22 fui a cierta "conferencia" –una de las del género a que asistí–. Hallé algunos compatriotas –no más de media docena– formulando un vasto programa: allí el insidioso y el lenguaraz, el sensato y el majadero ¡las formas todas, en compendio, de la estructura interna de "la oposición"! Salí de allí, con el cuello del sobretodo hasta las orejas. No; el frío de la calle era lo de menos. El soplo helado de aquellas almas opacas, chatas; el contacto con fantasmas... De ahí las páginas que se leyeron en la primera edición de esta obra. Pregunto en ellas ¿La oposición? ¿pero es que existe una oposición en el sentido positivo, en el valor virtual de su esfuerzo?

> "En síntesis deduje –escribíamos en la primera edición de esta obra*– que mientras el régimen absolutista de Venezuela tenga de frente al régimen covachuelista de la oposición, su anarquía grotesca y sus aspiraciones insensatas, ya podremos pensar en remitir al gastado organismo de Gómez y el ácido úrico que lo está corroyendo, la solución del problema nacional."

Abril-1923.

Al cruzar la frontera en la noche de una primavera precoz, por el ventanillo del *pullman*, en esta estepa canadiense, aquí y allá una luz.

* *Memorias de un Venezolano de la Decadencia.* –Página 24 y siguiente del Prefacio– Bogotá, Ediciones Colombia, 1927.

Tarde en la mañana, la ciudad latina del norte, Montreal West, Westmount, sus jardines abonados ya para el despunte de los primeros tulipanes... La estación Windsor; bajo sus cristales empañados penetra el expreso lentamente... Y un caballo ¡un raro caballo normando! que pasa cerca, por el macádam de la avenida tirando un carrito de pan, marcando en la humedad del pavimento su "dos y dos" característico, me trae la visión de aquella calle empinada de Balconcito en los amaneceres caraqueños, la "garúa" y el olor a gas de los lampadarios viejos.

Belle-Ille. – Julio.

Información cablegráfica de la Prensa Asociada, desde Caracas en Venezuela, dice que en la madrugada del domingo 29 de junio último apareció apuñaleado en su lecho en el Palacio de Miraflores, residencia oficial de Juan Vicente Gómez, su hermano Juan Crisóstomo, de apodo familiar "don Juanchito".

El ejecutor, según boletín que hizo circular el gobierno –"no dejó huellas"–. El Congreso fulminó decreto declarando "sin precedentes en la historia de la República, execrable crimen, etc.". Gómez afirmó en el sepelio de su hermano que "no lo atemorizaban con eso y que seguiría haciendo el bienestar de la Patria".

La legación de Venezuela en Washington adelantó que sin duda tratábase de "complot fraguado por revolucionarios residentes en Cuba y territorios vecinos". Horas después tuvo que rectificar esta declaración.

Prensa de Venezuela proclama que ningún venezolano es capaz de tan cobarde delito y que debe ser obra de una mano extranjera....

Estos hechos deben quedar registrados en la prensa, único tribunal que hoy existe fuera del "estatismo" dictatorial que prevalece actualmente sobre el mundo –flor monstruosa abonada con el polvo de los huesos y con el llanto y con la sangre de las víctimas en casi un lustro de hecatombe.

Hace veintitrés años, una horda de montañeses de la frontera venezolana del Táchira, arrojados al corazón de la República por un estúpido azar que quizás responde a una evolución sociológica cuyo atavismo se perfila en la penumbra de la barbarocracia militar americana, impera y predomina por la corrupción y por el hierro.

Es una sucesión de atentados civiles, sociales, de lesa civilización, de lesa independencia, de lesa humanidad que arrastra su cauda de crímenes, sus chafarotes y sus cordeles a través de un cuarto de siglo... Y cuando un crimen más se suma a las atrocidades anteriores, acusaciones cínicas de un desgobierno reconocido y acatado *oficialmente* como gobierno, inexplicable elasticidad internacional, surgen y toman cuerpo para arrojar la comisión del delito sobre los pocos que mantienen el concepto y la doctrina pura y simple de la República.

La última etapa en 1922 hizo de los tres Gómez –(Juan Vicente, su hermano Juan Crisóstomo ahora asesinado y el hijo de aquél, José Vicente)– Presidente y 1º y 2º Vice-Presidentes de la República, en este orden – amos y señores absolutos del Gobierno.

Esta dinastía está representada por Presidencias y mandos en los 20 Estados de la unión federal a cuyo frente están los hermanos, los hijos, los yernos o los que por nexos con favoritas o por la asociación de crímenes pertenecen al "grupo hermético". Los hay idiotas y ladrones como el Santos o abominables como el Eustoquio que cuelga hombres vivos a los garfios de secar *tasajo*.

Es una raza de criminales natos la de los Gómez... El José Vicente, hijo, como se sabe, ahora en evidencia por la muerte de su tío rival, iba a los cuarteles de Caracas en enero del año de 1919 a ver torturar hombres y a dirigir la tortura.

El llamado Congreso, Cámara de Senadores y la de Diputados, está compuesto por unos cuantos infelices sin voluntad propia que al terminar su mandato, van a ocupar cargos principales o secundarios en el engranaje opresivo de la organización militar o civil del sistema –cátedras de la Universidad Central clausurada desde 1913 en virtud de una medida del analfabeta tachirense y abierta de nuevo el año pasado, no ya como un instituto docente sino como un nuevo instrumento de perversión intelectual y de presión política– o bien sedes subalternas de sección y demás reposorios del Presupuesto Público.

El ex-Nuncio de S. S. logró desterrar de nuestro Código todos los adelantos liberales de la Legislación, acariciando el pecho velludo del bárbaro con una condecoración pontificia y con un título de Conde Romano; el Arzobispo eleva sus preces al Altísimo por la salud del Héroe Presidente humedeciendo la Sagrada Forma en el cáliz colmado con la sangre de los sacerdotes liberales y de otras tantas víctimas asesinadas en la Cárcel de Caracas, y le envía recetas a Gómez para el mal de piedra.

El Poder Legislativo es una sucesión de enmiendas constitucionales, de absurdos jurídicos, de *camouflage* legal –(Memorias del Ministro del Interior correspondientes a los años de 1910 a 1923–13 tomos).

La administración de Justicia va desde permitir la extracción del Presidio de Eustoquio Gómez, primo del Dictador y ahora presidente del Estado Táchira, reo de asesinato en la persona del doctor Luis Mata Illas, Gobernador de Caracas en 1906, para enviarlo bajo el falso nombre de Evaristo Prato, como Jefe de la Fortaleza y Penal de Maracaibo en enero de 1909 –de donde una noche los presos y la fuerza de guarnición sublevados por las crueldades de este matoide, le hicieron huir aterrado, escapándose todos los reos y alcanzando por la selva Goajira la frontera colombiana– hasta sancionar el régimen que somete por millares en toda la República a los campesinos para que vayan a construir caminos y a laborar en las fincas agrícolas y pecuarias del dictador y de sus familiares, con una chaqueta roja y entre filas de soldados, bajo el látigo y bajo la ley de fuga... Así se han hecho unos tres o cuatro grandes caminos milita-

res que los áulicos apellidan "política de carreteras". Detrás de este gran marco, los tribunales, empezando por la Alta Corte Federal y de Casación y terminando en los tribunales y juzgados de municipio no son sino un aparato grotesco y una burla descarada a la majestad del derecho. Ese lugar común que en la vasta mayoría del sistema republicano ejerce el oficio originario de ejecutivo –absorbiendo en sí los otros poderes legislativo y judicial– no da otro fruto que la concupiscencia económica y el atropello civil (Véase las Memorias de la Corte Federal y de Casación y las de los Estados desde 1909 hasta la fecha). De una plumada ejecutiva quedó destituido el Consejo Federal de Gobierno en 1912, con otra se canceló la forma legal del Sufragio, y la tramitación legal del mandato legislativo en 1913, y con una tercera se convocó a "elecciones extraordinarias" un Congreso de Plenipotenciarios que arregló las cosas para dejar un presidente provisional nominal en virtud de un "estatuto provisorio", y un año después, otro Congreso hijo de los Plenipotenciarios de 1913 y nieto de los representantes de 1909, eligió para Presidente Constitucional a Juan Vicente Gómez –quien de acuerdo con el "estatuto provisorio" regía la República de hecho, acampado entre diez mil genízaros, accionando por mano del doctor Márquez Bustillos que hacía las veces de Magistrado Provisional.

No obstante esta elección, y "la súplica" del Congreso para que Gómez electo en 1915 se encargara del Poder y pusiera fin a aquel absurdo de un Presidente electo en Maracay, en el seno del ejército y en el carácter, además, de Jefe absoluto de las Fuerzas de Mar y Tierra, y otro Presidente Interino en Caracas. – Una "provisional" 1914-1922, que duró ocho años!

Gómez respondió que se encargaría del Poder "cuando lo juzgara conveniente y lo creyera necesario".

Y así Venezuela soportó este extraño orden constitucional y acreditó diplomáticos y recibió embajadas y ejerció todos los actos externos de Gobierno *legalmente* constituido.

Fue ayer –el 24 de junio de 1922– cuando el Comandante en Jefe y Presidente Electo "tuvo a bien y creyó conveniente" encargarse *en la forma de una Magistratura que poseía de facto,* siete años después de nombrado, aprovechando aquella *"su ausencia en la forma"* del poder público para que le reeligiesen por *siete años más,* en gracia de otra *enmienda constitucional* practicada el *año anterior.* Y como si fuera poco, con él hizo designar a su hermano Juan Crisóstomo que acaban de asesinar en Caracas y a su hijo José Vicente, 1º y 2º Vices– El primer Vice era *además* Gobernador del Distrito Capital, en ejercicio; y el segundo Vice *es* Inspector General del Ejército, con *mando activo...* Lo único que le estorbaba a este joven ambicioso para recibir de las manos temblonas del dictador caduco el cetro de la dinastía, era el hermano de su padre, su tío carnal Juan Crisóstomo, que aparece asesinado en su alcoba en el Palacio Presidencial de Miraflores donde dormía guardado por un doble cordón de policías, y custodiado por media brigada del ejército...

Hace ya tres años, un ataque de uremia tuvo a la muerte al viejo déspota y su hijo asumió una actitud tan descarada para apoderarse del gobierno que el fantoche que hacía de Presidente interino, Dr. Márquez Bustillos, y el Gómez asesinado hoy, tuvieron que tomar providencias para ponerse a cubierto de asechanzas... Así queda a grandes rasgos el cuadro de la "situación legal y fuertemente constituida" de aquella República...

Ese puñal que estaba suspenso sobre el pecho de los que se atravesaran –siquiera incidentalmente– en el camino del Poder, acababa de asestar un golpe provechoso y definitivo...

Si muere el viejo dictador, el joven ambicioso ya tiene una planta sobre la espalda servil de los servidores sirvientes que le plañen y lo odian y a quienes desprecian los Gómez profundamente.

Un viejo precepto latino interroga ante los delitos oscuros *¿a cui prodest?* ¿A quién aprovecha el asesinato de "don Juancho"...?

¿A los revolucionarios "refugiados en Cuba y territorios inmediatos" como declaró en una estupidez indiscreta un informe de la Legación de Venezuela en Washington? ¿Para qué?

La muerte de ese hombre no iba a ofrecer solución ninguna, como no la ha dado a la hora presente. La venganza política bien podía herir primero otros pechos –el del tirano por ejemplo– si hasta esto no estuviera eliminado por la circunstancia de que a la hora en que escribo estas líneas ya presenta síntomas de uremia y está condenado a muerte por los facultativos, irremediablemente. ¿Cuándo? ¡Ah! los dioses son crueles...

¿Al joven Gómez? Y bien... Si hoy una mano le ultimara en la sombra que ultimó a su tío no haría más que aplicarle el talión... La lógica, imperativa y absoluta, exime de este hecho a los "revolucionarios" que según declaración oficial del dictador, en su último Mensaje de este año, (junio de 1923) están reducidos a la impotencia y sólo tienen "desahogos de pluma y lengua" en el exterior.

No puede ser el victimario un venezolano, como dice la prensa oficiosa de allá –y yo le agrego toda vez que los buenos venezolanos que allá viven– porque *los malos nos hemos desterrado nosotros mismos y estamos arruinados, proscritos e inermes mendigando un asilo por los caminos del mundo*– los buenos venezolanos que conviven con el régimen gomecista están encantados y disfrutan de la sabia y paternal administración del "héroe"... No son los *malos* impotentes ni los *buenos* adictos... Entonces ¿a quién benefician esas puñaladas anónimas?

He ahí el inconveniente de no tener sino "amigos" atraillados y "enemigos despreciables e incapaces"...

Las leyes morales mantienen un equilibrio espantoso... Se alza una hoja de acero en la noche, cae silenciosa, implacable, con una saña inaudita, misteriosa, que evoca los crímenes de palacio en las bizantinas dinastías balcánicas.

Y no se puede acusar a nadie, porque si Gómez quiere apresar al asesino de su hermano tendrá que empezar por cerrar las puertas de ese

complicado concubinato que le sirve de hogar y posiblemente, antes de que lo haga, otra madrugada el mismo puño armado caiga sobre su corazón de padre horrorizado y de tirano enloquecido de pavor para anticipar algunos días su hora tremenda, que será también la de la patria.

Cría cuervos, bandido... Empolla víboras, oscuro malhechor de la Sierra... Pero que tus médicos molierescos examinen tus alimentos antes de probarlos y que tus genízaros más fieles velen tus pesadillas como dogos de presa... Así has de vivir para morir en tu cama.

O confiésate con tu Arzobispo y reparte tus millones que son rapiñas, y tus títulos que son crímenes.

Deja que las serpientes de Laocoonte terminen su obra, deja que el hipo de tus agonías espantosas se acalle, solo y desamparado, bajo las sábanas a lentas gotas de urato y de pus en la noche de crímenes en que has vivido... Así muerden los lobeznos la teta que les nutre; así los arácnidos feroces devoran el macho que les fecunda.

Y nuestros brazos se extiendan más allá del tiempo y más allá del mar sin odios, ni pasiones ni egoísmos para estrechar mañana contra la angustia gozosa de nuestro corazón, a los hombres que sucumben en ruina, a los que lloran oprimidos, y a los que esperan resignados... y también ¡oh sí! a los mismos que pecaron por debilidad o por cansancio. Vamos a sepultar piadosamente los huesos blanqueados por los soles de tantos años y que quieren ya reposar en el día de la justicia.

Ese puñal que aterra al déspota que despotiza, en manos del déspota que pretende despotizar, ¡tiene dos filos!

Tiene dos filos: uno de ellos va a cortar vidas inocentes: o porque Dionisia Bello engañó a Barrientos y le dijo que "el general" quería deshacerse de Don Juanchito, o porque quería vengar una mujer el suicidio de otra su hija o su hermana a quien sacrificó –según ella– el asesinado. Farsa en que el elemento grotesco de Matute Gómez nada en un charco de sangre, como una pavorosa leyenda de serrallo representada por cómicos de la legua. ¡Cuántos venezolanos iban a podrirse en la tierra o en la cárcel!

A Barrientos torturado se lo llevaron a Gómez; le dejaron solo con él. Allí confesó: "Doña Dionisia me dijo" *. Tarazona está allí, único testigo.

Un Gómez, sudado, masticante, con el botoncillo de la camisa colgando, abrió la puerta al rato:

–Saquen a ese hombre: llévenselo para la cárcel... No le hagan más nada.

No fue necesario. Lo hecho, hecho estaba. Barrientos murió... Otra víctima. Julio Hidalgo es ahora el Gobernador.

Trabajo, dolor, silencio... Nevadas que saludan la sonrisa de un niño. Nevadas que sepultan una tumba. Trabajo, dolor, silencio.

* *Veintisiete Años de Gomezalato* –José L. Hurtado Aponte, 1936.

Cartas, cartas, cartas. No de Venezuela: esas llegaban –cuando llegaban– indirectas, tímidas, el sobre insolentemente pegatujeado del correo espía... Cartas; cartas "políticas" llenas de piropos o de chismes o amorfas o locas o convencionales... Hojas sueltas, folletos, libros– "el tirano", "la juventud", "el fin inmediato de la tiranía", al "conseguirse elementos". Meses, años. A ratos del lado acá del paralelo 60 una agresión impresa de un consulete de Gómez o una alusión periodística cobarde... Los "patriotas" que despiojaban las pelambres del chacal de Maracay, sus inconsecuencias, sus estudiadas ignorancias. Los "patriotas" que peinaban las barbas chivas de los últimos llamados "caudillos" para extraer liendres de principios... Los parásitos juveniles o seniles de la cochambre venezolana... Ardía una llamarada de "combate" –los fogonazos de México, las hogueras cubanas, los vivaques neoyorquinos. Sobre la humareda, como "judas" de viejas fiestas parroquiales, se recortaban los figurones de cartón pintado.

CAPITULO XXXVII

Balance del régimen a sus catorce años (1925) – Carta a un Venezolano que deben leer muchos Venezolanos – Análisis de confusionistas y prontuario de desmemoriados – Los que "desacreditan a la patria en el exterior" – Cipriano Castro ante la historia – Sic transit gloria mundi.

EL ACTIVO:

LAS ÚLTIMAS elecciones de Venezuela, últimas practicadas en la Legislatura de cada Estado para las Presidencias seccionales ya que luego aun esta autonomía nominal desapareció de la Constitución en virtud de un tal Artículo 100 en que los Estados delegaban en Gómez su soberanía, son como sigue: *Aragua*, Presidente Ignacio Andrade, hijo político de Juan Vicente Gómez. –Primer Vicepresidente, Carlos Delfino, también hijo político del mismo.– Segundo Vicepresidente, A. Martínez Machado, así como yerno del finado hermano de Gómez. *Lara*, Presidente Rafael Velazco B., primo de Gómez. *Nueva Esparta*, Presidente, Antonio José Cárdenas, cuñado. *Táchira*, Presidente Eustoquio Gómez, primo hermano. –Primer Vicepresidente, F. A. Colmenares Pacheco, a la vez Director de Telégrafos, cuñado. Y como Colmenares no tiene deudos inmediatos ha logrado que el doctor Baptista Galindo, su protegido, sea Ministro del Interior *. *Zulia*, Presidente, Santos M. Gómez, hermano de Juan Vicente. Era primer vice en el Táchira, Juan C. Gómez– asesinado en el seno de su familia. Este Congreso deberá suplir la falta del Primer Vicepresidente de la República, pues está vacante el cargo desde el primer año del llamado nuevo período y sólo queda el segundo vice, Vicentico Gómez, quien a la vez es Inspector General del Ejército. El finado tío era al propio tiempo Gobernador del Distrito Federal.

Las elecciones para Diputados han *recaído* –con algunas variantes para hacer representantes a los deudos de los deudos de Gómez o a algún hijo de éste que se inicia en la "vida pública" –en la misma plantilla de que viene sirviéndose. Y los Senadores designados por las legislaturas, de igual suerte. A excepción de unos pocos, el resto de este enorme perso-

* O tuvo más inteligencia o más corazón que todos los validos del régimen. Fue la única cuerda humana que vibró en el arco tenso de la barbarie.

nal se ha reclutado en la vasta reserva de "los amigos del general" y no significan nada ni valen nada siendo a propósito para todo. De igual suerte toda la organización en el interior de la República comprende, exclusivamente, estos tres grupos: *El número I*: La familia del *general*, sus allegados, los allegados de los allegados y la gente inferior de la tribu, adherida inevitablemente; a este grupo se incorporan los parientes de "pega" por matrimonios. *El número II*: Los "andinos" gomecistas *probados*, que tienen los mandos militares y civiles como Presidentes de Estado– de los veinte que cuenta la República, nueve son andinos, el décimo un yerno y los vicepresidentes, duplicando el orden, son unos dieciséis dieciocho.... Los cargos fiscales de importancia, los resguardos, aduanas, etc., así como el 75% de jefes civiles en distritos y municipios pertenecen a la dinastía. El Gabinete Nacional cuenta cuatro inclusive el Secretario General que no forma parte de él pero que es una especie de Ministro Universal. Y si se toma en consideración que el Inspector General del Ejército, Vicentico Gómez, tiene en el señor ministro una especie de ayudante, virtualmente son cinco... El jefe de la Policía que ahora le dicen allí "seguridad" y los oficiales y números, los comandantes de fronteras y de fortalezas, los telegrafistas, los directores de sección, los porteros, los choferes ¡otro 75 u 80 por ciento! entre empleados de Caracas y de los Estados y el resto "asimilados" al sistema que son de Lara, de Portuguesa o del Zulia y que dicen *busté* en lugar de *usted* para granjear confianza. No haré la injuria de pormenorizar al lector avisado cuál es la proporción de *la gente de la casa* que establece el noventa por ciento de fuerza en pie compuesta, primordialmente, de *tachirenses* y rellenada aquí y allá con mozalbetes alquilones, horteras que se han dedicado a la carrera de las armas y pobres muchachos a quienes diez o doce bolívares de ración les sirven "para ir viviendo". *El número III:* lo integran los "centrales" con alguna aptitud indispensable y pepsina para ir tragando la serie moral de escupitajos que comienzan en el Palacio Federal y terminan en la frontera colombiana. Para los consulados se expide, barajándolos con uno que otro mozo moderado, otra turba de andinillos pensionados; en las Legaciones hay a mano cualquier andino que sepa desenvolverse allí. Y para formar este mazacote de representación exterior y de propaganda inútil que debe costar una fuerte erogación, negrillos pescados en la charca del castricismo, ciniquetes aventados al mundo por los faldones de una levita reciente para hazmerreír de los extranjeros. Forman el fondo de este cuadro, con excepciones rarísimas, la denominada "generación literaria del 98" y su sucedánea. El foro está representado *dignamente*. Un patio de gallinas que hace de Corte *; la sociedad

* Un ex-ministro de guerra del régimen le refirió al doctor José Izquierdo y éste lo publicó en la prensa, que cierta vez estando Gómez en Maracay viendo sus gallineros, pidió que le trajeran un grano de maíz. Le trajeron a prisa almudes. Pero el cogió uno y se lo arrojó a las aves alborotadas... Todos seguían atentos a aquel capricho. Gómez volvióse a ellos: "–¿A que no saben qué gallina se comió el grano?" Y ante el estupor, añadió: –"Pues eso mismo va a suceder en Venezuela el día que yo me muera"

pauta sus valores por el "grupito" de las damas de la familia Gómez y los cónyuges incidentales –lazo de unión entre el Centro y la Cordillera– los aspirantes y aspirantas a ser enlazados, los que logran colarse y la pequeña turba que merodea alrededor de los ministros y de las dos relaciones de las publicaciones oficiales, punto de cita y "rendez-vouz" en que caen los que están en pasajera desgracia con "el jefe" o los que anhelan su gracia o su perdón por inocentes coqueterías con uno que otro desdichado primate que se va de bruces... ¡Voilà tout!

Extraídos estos tres grandes factores de "la vida nacional" quedan: los sinvergüenzas a domicilio –comercio de "manifestaciones", clubs, corporaciones científicas, las academias, los maestros y las maestras de escuela con su respectivo fiscal y la muy ilustre Universidad Central –abierta después de la triste complacencia que se llamó Guevara Rojas– y la no menos ilustre Universidad de Mérida. En Venezuela no hay ahora sino dos Universidades: una andina, no cerrada nunca, pero ineficiente; otra, del Centro, que es una tristísima parodia de lo que fuera, con sus profesores ad-hoc y sus estudiantes "disciplinados" –jóvenes "viriles" que hablan en tono enfático del imperativo categórico y de las grandes borlas que han de arrastrar por las antesalas de Miraflores o en las covachas tenebrosas del Palacio de Justicia. Los disidentes, los malos, los revoltosos están sostenidos en otros lugares por filantropía de otros gobiernos o propio y sufrido trabajo. Así pues ¿qué queda por examinar? Nada más que el Clero. Pero como el Arzobispo de Caracas y Venezuela es otro andino por "asimilación" desde sus días de párroco en Rubio, ya el balance cierra con su partida final. Y los buenos hijos del Táchira y los excelentes curas de nuestro Clero nacional, tendrán que sufrir mañana las consecuencias de esta teneduría por partida doble.

Examinado el ACTIVO, veamos:

EL PASIVO:

El *Pasivo* es el pueblo de Venezuela.

Octubre 19 de 1923.

Cartas, cartas... Y una, de súbito, con interrogaciones que exprimen todo el contenido del proceso psicológico de la perdurabilidad gomecista... Por eso en respuesta pública se tituló "Carta a un Venezolano que deben leer muchos venezolanos". De ese lado viene asomando el desconcierto mayor. Es un obrero auténtico nuestro corresponsal.

"No se toma Ud. ninguna libertad al dirigirme su carta de 2 de este mes" –le escribimos– "puesto que dice hacerlo en nombre de muchos venezolanos que en el exterior no forman un núcleo preparativo para lograr la emancipación social y política de Venezuela", y que, según la propia expresión de Ud. son "más bien unidades rotas y divergentes con

respecto al problema de aquel país"... Esa actitud que Ud. denomina "expectante" en nuestros compatriotas no sólo autoriza interrogaciones como las de su atenta carta sino que renueva en quien va a contestarlas la tristísima idea que tiene hace ya mucho tiempo– aún antes de la dictadura Gómez– de que los venezolanos "a la expectativa", los intelectuales "a la aprovechativa" y los políticos "a la especulativa" forman la trilogía consciente y paciente en que asientan veinticuatro años de barbarie en ejercicio, de barbarie que paga cortesanos, que concede prebendas, que pensiona espías en el exterior en forma de Ministros y de Cónsules o so capa de simples espectadores; de barbarie en fin que no teniendo mejores razones para justificar las infamias y los delitos que a diario comete ni cómo enmudecer las acusaciones de los crímenes que la caracterizan se acoge a estas dos argumentaciones: el hecho de su *perdurabilidad* y, por desgracia Ud. mismo también comulga con la idea, "la rehabilitación económica del país".

La "perdurabilidad" en Hispano-América es sólo una evidencia despótica. La historia de esos países, que Ud. conoce, lo comprueba hasta la saciedad. En cuanto a la "Rehabilitación Económica", así con mayúscula, es la superchería más descarada: Venezuela, o mejor dicho, los *inocentes* –ya que en algunos no se puede suponer deliberado propósito de hacer la propaganda– apellidan bienestar económico de la Patria la riqueza insolente y proteiforme de la tribu Gómez, la de sus allegados de toda la República y la de la "andinocracia"... ¿Ha leído Ud. las recientes estadísticas *comerciales,* no políticas? ¿Sabe Ud. el número de quiebras que solamente en Guayana –la región rica por excelencia– hubo el año pasado y cuya cifra se deslizó, púdicamente, entre las fojas del "Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas"? ¿Conoce Ud. *de visu* el proceso de los terratenientes y de los criadores que no pertenecen al sindicato agropecuario de Gómez, Pimentel y Compañía? ¿Verificó las cifras que las "concesiones" de parcelas han arrojado en metálico al bolsillo del déspota y sus socios y lo que devenga el tesoro de la Nación, esa momia de la Finanza, ese absurdo de Economía Política, ese Tut-An-Kamen envuelto en oro que guarda en sus criptas misteriosas el Banco de Venezuela?

Aquí tengo a la vista una nómina de especuladores con sus respectivas columnas de guarismos que dicen, elocuentemente, el por qué de tales propagandas de bienestar económico. Los que conocemos la historia personal de los llamados ahora en Venezuela "representativos" dentro del régimen ese, no nos dejamos sorprender por estadísticas *ad hoc* ni por los datos que Javier Yanes* pasa al Boletín de la Unión Pan-Americana o hacen publicar en el exterior bajo la firma de cualquier pesetero extranjero o nacional. En las redacciones de los periódicos serios no se molestan ni en rasgar la faja de los canjes venezolanos...

* Francisco Javier Yanes, otro venezolano quien precedió en el cargo de Sub-Director de la Unión Panamericana a Esteban Gil Borges.

Paso brevemente ahora a contestar los cuatro puntos cardinales de su referida carta, advirtiéndole, desde luego, a Ud. y a los compatriotas "expectantes", que declino el honor que quieren hacerme al pedirme mi modesta opinión como a uno de "los representantes de las mejores ideas y de las mejores letras contemporáneas de Venezuela". Soy apenas un hombre que ha tratado de cumplir con su deber, sacrificando su juventud y las naturales satisfacciones a que su posición le da derecho, bajo los dos déspotas andinos, en aras de una Patria –no "perfecta" ni "poética" ni "jacobina" –sino decente, regular y honrada.

Puedo mirar impávido al rostro de todos los usurpadores allá y de algunos "redentores" aquí.

Vamos ahora al asunto. Dice Ud.:

1º –"¿Es una puerilidad que los venezolanos desterrados crean en un cambio en los métodos que en la actualidad guían la vida de la sociedad y del pueblo de Venezuela? Aquí cabe añadir que son los venezolanos más intelectuales los que predican la doctrina de la indiferencia".

Contesto: Siempre que la libertad bien entendida, la repugnancia al delito, al pillaje y al atropello, el decoro del hogar, el respeto a la mujer y la dignidad de una patria forjada por la abnegación y el martirio de nuestros abuelos sean cosas "pueriles" tienen razón los que Ud. denomina "más intelectuales" y otros calificamos de "más cínicos".

2º –"¿Se fundan los rumores de una pronta revolución en Venezuela en que el pueblo venezolano ha llegado a la realidad de que el que tienen a la cabeza es un tirano? Porque podemos afirmar que la dictadura de Juan Vicente Gómez surge más sólida en 1923, a fuerza de concesiones extranjeras y rehabilitación económica del País que en el año del golpe de Estado. En cuanto a los venezolanos en el destierro, sabemos que aún siguen fomentando los escándalos separatistas, o sea los obstáculos que se anteponen a su programa utópico".

Voy a responderle, aun cuando por el texto de la pregunta y el "podemos afirmar" del comentario que la sucede o trata de razonarla deja de ser una interrogación imparcial y se advierte de qué pie cojea la opinión personal de Ud. Lo deploro, ya que en el resto de la carta aparece como hombre cuerdo y de rectas intenciones.

(a) A menos que consideremos al pueblo de Venezuela como al personaje de la comedia de Molière quien después de viejo vino a caer en la cuenta de que hablaba en prosa, sí es posible que todavía no haya "realizado que el que tiene a la cabeza es un tirano";

(b) y por lo demás no creo que "podamos afirmar" eso de la rehabilitación económica en 1923, extraída del propio estómago de los venezolanos, ni denominar con el eufemismo de "golpe de estado" la traición, la doble traición de 1908: arrebatarle el poder a Castro burlando su confianza para libertar la República y arrebatarle la libertad a ésta para seguir con peores métodos el sistema castrista, no es cosa como para que "podamos afirmar" una rehabilitación política que nació en la traición, se alimentó

en la ingratitud y perdura dentro de la burla cínica de una constitucionalidad *pour-rire* a base de dinastía grotesca.

En cuanto a la "economía" ya se la expliqué a Ud. al comienzo de esta carta. Una persona como Ud. puede estudiar directamente el asunto en las respectivas Memorias de Hacienda, sabiendo leer entre líneas la descarada rapiña de ciertos "créditos adicionales", etc.

Ahora bien, no conozco yo esos "escándalos separatistas" de los venezolanos en el destierro, o sea "los obstáculos que se anteponen a su programa utópico". Las discusiones públicas y algunas *debilidades* privadas, hijas son de la natural flaqueza humana en algunos y en otros de la indispensable idea del "yo" –cosa censurable, ciertamente, cuando la Patria está de por medio si bien casi todas las diferencias emanan de un sentido poco exacto de las proporciones que la misma desesperada lucha y la egolatría criolla han convertido en una enfermedad aguda. Pero ello es natural y lógico en todas las agrupaciones, por nobles que sean las tendencias... Decía el primer general Pichegrú, en las terribles horas de su fracaso cuando intentó cortar de firme el invasor despotismo del Primer Cónsul: "una de las cosas más tristes que tiene el conspirar es codearse con cierto género de hombres por necesidad de la lucha y a los que no quisiéramos ver jamás cerca de nosotros..." Los hombres de doctrina, de principios, los que no tenemos tejemanejes con los *gomeros* conspiradores o con los arrepentidos de última hora, los que hemos pagado con nuestra salud y con nuestra modesta hacienda un óbolo puro y desinteresado para ese "programa utópico" que Ud. dice, jamás fomentaremos "escándalos separatistas" y a menudo toleramos pacientemente las pequeñas injusticias, los egoísmos, las mezquindades triviales de algunos de nuestros compañeros de la Buena Causa. Todo lo contrario: estamos dispuestos a perdonar, a olvidar, a tender mano amiga al compatriota de buena fe que aporte sus luces, su energía, su patriotismo –¡que todos somos hijos de la misma madre, al fin!– y que venga hacia nosotros en misión de leal confraternidad y de sincera colaboración. Sólo rechazamos a los tránsfugas sistemáticos, a los que navegan siempre entre dos aguas, a los que pretenden situarse en el umbral para pasar de un lado a otro favorecidos por la penumbra. Y para esta lepra que corroe la Buena Causa estamos a toda hora unidos y dispuestos a aplicarle cauterizaciones inolvidables.

3º "¿Es cierto que los periodistas revolucionarios dejan columbrar desde la tribuna ideales mazzinianos e ineficaces, en una época en que Venezuela necesita de hombres prácticos y fuertes; tal vez reformadores, un Danton, un Robespierre? Pretenden que el pueblo ignorante de Venezuela establezca un gobierno constitucional y comience a vivir honradamente; cuando en realidad, lo que necesita el pueblo venezolano es de hombres que le enseñen estas cosas; y no en las estanzas de poetas ni con la caridad de filántropos. Según yo creo, en Venezuela vivimos en un dilema; y es que la espada de los macheteros, apoyada por la pluma de los intelectuales, está pudriendo la entereza de un pueblo analfabeto. Hom-

bres revolucionarios como Rousseau, Voltaire, y Montesquieu no han aparecido aún entre nosotros; y necesitamos de estos hombres como un hospital necesita de médicos".

A la primera parte de esta 3ª cuestión debo declararle que no he advertido entre la escasa docena de "periodistas" que puedan *con autoridad moral* exponer ideales, esos mazzinianos a que Ud. se refiere; y ojalá los profesaran los que gustan de ocupar las columnas de la prensa, que de ellos surgió la Joven Italia de 1805 a 1872. Pero la generalidad de los aficionados al periodismo se enredan en propagandas absurdas o claman contra crímenes no cometidos, ignorando o deformando los verdaderos, que son mucho peores que los imaginarios, por precipitación, por violencia, por creer que *todo ataque* es útil. No; jamás. La mentira debe dejarse para los sostenedores de esa larga mentira infame que es el llamado gobierno, para sus diaristas asalariados que han vendido su bandera blanca y prostituido su porvenir, sin razón que lo justifique y a veces ¡ay! con una vergüenza mayor que la de los *políticos viejos* más corrompidos.... Por otra parte, tal prostitución es inútil e imprudente. Dejando de lado la cuestión moral, si ellos lo miran desde el punto de vista de sus intereses, deben saber que Gómez se sirve de sus plumas, de sus nombres, de sus devociones, cuando una tempestad amenaza en el horizonte... Y al despejarse para el déspota la nube, les da un par de puntapiés y les echa ignominiosamente de su favor. Estoy cierto que en su memoria se agrupan en este instante un tropel de nombres propios que debemos callar por caridad cristiana o por "filantropía" como dice Ud. Ello no impide que recabe el honor de poder, junto con esa escasa docena de compañeros, "pulverizar" –ya lo dijo uno de nosotros– la propaganda que se le hace al desgobierno de los Gómez en el exterior, bien porque él la paga, bien porque la ligereza y el aturdimiento da por sentadas las afirmaciones oficiosas de los periódicos de Caracas –como la de esa fantástica revolución del Doctor Baptista y Castro fabricada en Miraflores o en la esquina del Conde para vejar y desacreditar hombres que nada tienen que ver con semejante adefesio, empezando por el propio Baptista. Todos los *expectantes* lo saben y hasta esta hora no he leído una sola protesta contra tamaña desvergüenza, ya que hay tal inclinación a "protestar"... Ni Dantones ni Robespierres son menester para tan simple acción. Son cosas distintas, incompatibles, de un paralelo extravagante la revolución social del tercer estado a fines del siglo XVIII y esta ridícula e insensata dinastía de tres jayanes alzados en un país... Ni el *Emilio*, ni la *Henriada*, ni *El Espíritu de las Leyes* lograrían penetrar y mover la voluntad inerte, estupidizada de una parte, y de la otra esta generación de la decadencia que vive soñando soluciones de los caudillos de la pluma o de los caudillos de la espada o que se desgañita vociferando contra los militares y contra los escritores en una propaganda ácrata, loca, insana –erupción contagiosa de la propia inercia y de la propia pasividad que les acobarda para firmar lo que escriben o para enrolarse en la fila militante y quieren estar bien en Nueva York con la Revolución y en Caracas con

Gómez a fin de cargarse hacia donde sople el viento. –Aquí, en el exterior encuentran nuestra frialdad y nuestro desprecio, allá los chaparros de la policía de Pedro García. ¿Dónde estaban esos "expectantes" en 1919 cuando nos vieron sucumbir y presenciaron tres largos años de torturas, de envenenamientos, de atropellos y que ahora mismo, a la hora en que escribo esta carta, contemplan sin indignación masculina que atropellan ancianas y niñas y meten mujeres a la cárcel...? ¿Dónde se ocultaban a mirar, cuando en Venezuela es una sola la disyuntiva: o se está en la cárcel o se está de rodillas? Mienten los que dicen "no mezclarse en política y vivir del trabajo"; mienten y suscriben adhesiones y hacen zalemas al déspota de Caracas o a los déspotas sucedáneos de los Estados; y miente su Clero, con el Arzobispo a la cabeza, que cree cumplir su misión elevando preces al Altísimo por la salud y los buenos éxitos de ese criminal temblón y caduco en cuya sangre podrida late la expiación de Venezuela... Y miente su alta y baja sociedad, sus obreros de zarzuela, sus *hombres de ciencia* espectaculosos que están en *Gil Blas*; y esta mentira terrible y horrible ha formado un ambiente en donde se agita la nueva generación, gritando necedades en la niebla y contribuyendo o con su pasividad o con su bajeza innata a desacreditar a los compatriotas que sostienen en alto el último jirón de una bandera desgarrada y los postreros ideales que pudieron extraerse de la charca común. Entre los nuevos hombres de Venezuela es que está el verdadero concepto de "nueva generación"; no entre los cacasenos de los alrededores de la Universidad, que Gómez les abre, después de someterlos a su voluntad... La admiración que una gran parte de los venezolanos tiene por Gómez –dígase de una vez– esa frase hecha del "hombre fuerte", de la fortaleza, del puño de Gómez, de la masculinidad de Gómez, etc., está revelando que en el alma de esos compatriotas se ha establecido con todas sus pasividades y con todas sus facilidades la psicología de la hembra dócil, de la esclava que cierra las manos para adorar y abre los flancos para admitir... En esa actitud yacente, con toda la prisa bestial de sus instintos, Gómez y los Gómez han venido engendrando esta juventud consular, periodística, diplomática y científica... De hoy más, los hombres *formados* en el régimen Gómez son engendros de esa cópula escandalosa, de ese revolcón de apetitos, depravado, tan depravado que es incruento.

¡Los caudillos! ¡Los intelectuales! ¿acaso son esos los dos polos sin base? ¿y la sociedad venezolana? ¿y la juventud de Venezuela? ¿y el pueblo, "ese bravo pueblo" que abastece los cuarteles y siembra sus huesos en las carreteras? Intelectual fue Pío Gil y Romero García, y lo son Jacinto López, Rufino Blanco, Arévalo González, Jesús Semprum, Bruzual López y muchísimos nombres nuevos que Ud. y yo no conocemos, muchísimos que valen sustancialmente mucho más por su preparación y por su talento que esa taifa de poetastros y de escritorzuelos que anda por ahí metiendo ruido en la prensa negra de Caracas... En el exterior están Angel César Rivas, Gil Borges, Dominici el decoroso, porque el otro

Pierre Louys de pacotilla nunca fue otra cosa que lo que ahora es; y éstos que nombro no son precisamente hombres que "representan" la situación actual... En el exterior tiene también Félix Montes doce años, salvando el concepto de un patriciado del cual ríen largamente sujetándose las adiposidades abdominales los señores que digieren su dieta en las butacas del Senado, los procuradores de la Digestión, los patricios del Intestino... ¡Ave, César, los que van a comer te saludan!...

En Madrid, en Alemania, en las Antillas, en la América del Sur. En todas partes, sin ser Dantones, ni Robespierres ni mucho menos... ¡Los intelectuales! Y bien ¿no hemos degradado y vapulado en toda ocasión a los que se prostituyeron y se vendieron y traficaron? Cuando unos han callado o han claudicado, otros alzamos del polvo la bandera, otros recogimos el grito de los labios que enmudecieron para siempre, otros enterraremos nuestros huesos bajo la tierra helada y extranjera antes que ir a recoger con la punta de nuestras plumas los denarios infames conque hoy los Gómez creen comprar la opinión de los hombres honrados... ¡Oh no! señor, por cada una de esas "manifestaciones" preñadas de firmas cobardes del comercio, del clero, de las profesiones, de la masa obrera inconsciente; por cada una de esas vilezas del Congreso y de esas infamias de extranjeros pocos escrupulosos que saquean la hacienda pública con la lira de Villaespesa o con la orden de Isabel la Católica o con una orden Pontificia, nuestra voz acusa y prueba, delata y castiga... Hoy no hay en el territorio de la República ni en el exterior –como lo decía ahora años el autor de *La Máscara Heroica*– una pluma que pueda cruzarse con la nuestra...

Entre los llamados "caudillos" por los reaccionarios de la Revolución que se hacen eco de los reaccionarios de la Dictadura, hay hombres con la cabeza cana o gris que a esta hora, vencidos y empobrecidos, o agitados y rebeldes, significan algo más que "los jóvenes tan briosos y tan críticos" que no han escrito en su hoja de servicios pecados, es cierto, pero tampoco hazañas, y que sumisos, descreídos y risueños permanecen al margen de los delitos que ven cometer con una sangre fría de ranas... Advierto a Ud. que gran número de los hombres que cito no son mis amigos ni les conozco dentro de ningún género de intereses... Quizás he olvidado nombrar a los que están en mi intimidad... Estoy tan lejano y tan solo que muy de tarde en tarde sé de la Patria infeliz cuyos hijos, en gran parte, han pasado a la categoría de hijastros.

¿Por qué se mantienen "perplejos" esos venezolanos que Ud. invoca al dirigirme su atenta carta? ¿De modo que la República se divide en dos: unos pocos con espada o pluma para ración de los cuervos, para carne de presidio, para el destierro, para que sus madres y sus esposas y sus hermanas mueran de miseria en medio de esa cobardía de castrados que rodea a los deudos de los enemigos del régimen Gómez como un cordón sanitario; unos pocos para el destierro, para la enseñanza, para la pelea... y los demás "perplejos", "perplejísimos", "expectantes" que analizan

la labor desesperada de esos pocos y hacen comentarios que resuenan en el exterior y enmudecen de pavura convencional cuando el barco que les lleva se va aproximando a La Guaira!

¿He de repetir una vez más lo que mil veces escribí acerca de la forma de hacer "la oposición" la generalidad de mis compatriotas? Gómez y los Gómez desprecian profundamente a esos *sociólogos* que hablan de una "evolución progresiva", pero les estimulan y se sirven de ellos y de su pseudociencia como un ratero vulgarísimo e ignorante pudiera hacer uso de una bicicleta o de un automóvil para escapar...

Yo –y en mi caso hay muchos ya– vivo en el destierro de mi trabajo, de mi pluma, de mi pluma libre sin cortapisas ni complacencias para nadie; de mi trabajo honesto en ocho horas de bufete. Trabajando de día, enseñando de noche. He fundado mi hogar y levantaré mis hijos –para que no me avergüencen mañana con "habilidades políticas"– en una tierra de ciudadanos dignos, de hombres circunspectos, rodeados del respeto ajeno y respetando a los otros. No obstante hago de la noche día para dedicarle a la causa de la Justicia toda la energía y el tiempo y la labor que puedo, prescindiendo de salud, de intereses y aún de "simpatías locales" provechosas y de "semi-inteligencias" con el enemigo; se me tiene interceptado de los seres que amo y desgraciadamente viven allá en mi pobre tierra; mis parientes tienen miedo aún de escribirme porque mis parientes –con contadas excepciones– padecen la fea, la triste enfermedad de la cobardía nacional pegada a los huesos; se me trató de perseguir hasta en el extranjero por la mano extranjera.*

Y no obstante tantas luchas y tantas penas, no he de descansar hasta que vea hundirse en una polvareda de escándalo esa abyecta dinastía y los hombres que la sostienen. Ese día no iré corriendo a ver qué me dan en Venezuela; yo no necesito de Venezuela sino para honrarla y para quererla y seré feliz al saber que se libró de la tenebrosa pesadilla en que hoy vive, o mejor en que hoy duerme.

Y le repito que como yo, hay otros que valen tanto o más que yo y que han sufrido lo mismo y que recibirán igual compensación de sus compatriotas.

* COMPLAIN OF MAGAZINE – *Venezuelan Government Protest Article Recently Published Here* – A complaint that the Venezuelan magazine "La Reforma Social" was disseminating doctrines injurious to his Government, made to the State Department by the Minister of Venezuela (Pedro Manuel Arcaya) and forwarded here for investigation resulted yesterday in a talk between Assistant United States District Attorney Maxwell S. Mattuck and Jacinto López, the New York representative of the publication. Mr. Mattuck was told that the magazine, recently published in this city was now being issued from new headquarters in Havana Cuba. The article in this issue was written by José Rafael Pocaterra. It is to the effect that nepotism prevails in operating the Government and that: "In Venezuela there is the wish to change systems, but in Venezuela neither a gun, or even a revolver or cartridge can be had. A law relative to the carrying of weapons has given Gómez the enviable advantage; he has 6,000 armed minions. Nearly all Venezuelans are revolutionists, enemies of the present Government. On the holy altar of freedom 3,000,000 men would deal the dark malefactor a final blow". Mr. Mattuck said that he would question Señor Pocaterra before deciding upon what action he would take. *The New York Times*, 1922.

¿Podría Ud. decirme si esos "venezolanos perplejos", si esos "venezolanos expectantes" que suspiran por Danton y por Robespierre y quieren que escribamos como Juan Jacobo o Voltaire o Montesquieu tienen alguna idea práctica, efectiva, decisiva, que no sea "estanzas de poeta" o "caridades de filántropo", sino que se condense en dinero para comprar fusiles y en decisión para ir a disparar esos fusiles contra la horda usurpadora?

Sí; tiene usted razón, "la espada de los macheteros apoyada por la pluma de los intelectuales está pudriendo la entereza de un pueblo analfabeto". Es verdad. Pero no es toda la verdad. Las clases semidirigentes o pensantes, las jóvenes mentalidades que allá pululan adolecen del vicio de todos los pueblos en decadencia y viven de sofismas, de análisis y de exégesis política en las gradas de Santa Sofía –como los bizantinos degenerados– mientras el torrente de bárbaros corre a anegar las últimas cúpulas de la civilización.

Tengo quince años de periodismo militante y durante ellos jamás vi ningún grupo de "jóvenes briosos" arrancar de garra de los esbirros ni a sus tribunos ni a sus generales. Paredes y Ducharme cayeron asesinados en un pavor silencioso; en las prisiones murieron y mueren y morirán a diario rebeldes cuyos nombres parece que ni siquiera se tomaron el trabajo de averiguar los "perplejos"... De allí salieron y salen a pudrirse en la fosa anónima, bajo certificación médica *ad hoc* los envenenados y los torturados... Ni una voz, ni una queja amarga, ¡ni la justicia de reconocer el sacrificio! nada, nada...

En febrero de 1919, cuando comenzaron las misteriosas defunciones que ya narré en *La Vergüenza de América*, una noche de agonía el hipo de los moribundos fue acallado de súbito por la orquesta del "paseo del Carnaval" que se detuvo en la esquina misma de La Rotunda, entre estallidos de cohetes y gritos y risas y mascaradas de una sociedad encanallecida y emasculada que vive de los desperdicios de la política y de los sobrados de la reputación.

No puedo seguir; no quiero seguir. Me parece un absurdo que a estas horas tenga yo que dirigir tan larga carta sobre tan tristes cosas a un compatriota que parece ignorarlas, y que seguramente ha de sentir vibrar la indignación en lo íntimo de su espíritu.

No son "los caudillos de la pluma" ni "los caudillos de la espada" solamente los que deben apersonarse: el deber es uno para todos y todos para uno. El patriotismo no tiene jerarquías literarias ni militares ni edad ni profesión ni familia, ni hacienda. Ya lo dijo el estoico ilustre: el deber es él.

Todos los venezolanos, todos, hasta los que en este instante sostienen voluntaria o involuntariamente el régimen grotesco; los empleados civiles, los jefes de resguardo, los segundos jefes de batallón, los oficiales de policía, el último funcionario del último villorrio, pueden y deben reaccionar... Es el punto de contrición respaldado por el sacrificio de un instan-

te. Dentro de ese instante está la Libertad resurrecta y el Decoro que se perdió... Y en el exterior, en este vasto mundo en que erramos como sombras, los comerciantes, los caudillos, los intelectuales –escépticos, analíticos, ¡lo que sean, como sean, así hayan sido!– deben aprestarse a formar en esta hora de prueba lo compacto de la opinión e ir en conjunto contra el enemigo común... El día que así se haga un trueno fugaz de pezuñas responderá al ataque. Nos vamos a quedar sorprendidos de la infinita cobardía de los sostenedores postreros del tirano. El día que la Revolución, total, integrada por todos, los de ayer, los de antier, los de hoy y los de mañana, lance un manifiesto e inicie el primer acto, Gómez se va. Gómez no pelea; Gómez huye, rodeado de su tribu, en medio de sus concubinas y de sus rebaños, como un malhechor trashumante.Gómez no dará cara al peligro. El "heroísmo" de Gómez se fabrica después de haberse fabricado el conflicto. Los dos nacen y salen de su hamaca para ir a vivir a los periódicos de Mata y de Vallenilla. El se hace las revoluciones y se las soluciona. De cada tramoya de estas surge "más firme", "más benemérito", "más heroico"...

Mientras tanto, señor, nosotros continuamos cumpliendo con el deber de predicar la unión y de clavar a esos malvados sobre su propia infamia, para el escarnio público y para la justicia de la Civilización.

Adiós, señor. Son las dos de la madrugada ya. He escrito extensamente. No sé qué impresión le produzca esta carta. La escribió la sinceridad de mi corazón y por todo lo que dejo de decir ya es bastante lo dicho".

A esto los pasivos, los gacetilleros del oportunismo que harán su "gesto cívico" cuando el bongo apureño de la "rehabilitación gomecista" se esté yendo a pique –¡a estas líneas escritas hace más de trece años!– lo llamarán mañana "la obra de aquellos intelectuales que desacreditan a la patria en el exterior".

Se desacredita lo que está acreditado. ¿Puede penetrarse hasta el fondo la antinomía de la expresión?

Sí. Es la pudibundez de la desvergüenza.

Diciembre, 1924.

El día 6 de este mes que va corriendo a terminar el año falleció a media noche en Puerto Rico Cipriano Castro, después de haber ejercido nueve años el mando absoluto en Venezuela y tras un extrañamiento de dieciséis... Muere cuando su nombre comenzaba a susurrarse de oreja a oreja entre ciertos hombres a quienes una serie de fracasos parece condenar para siempre a la expectativa de la acción armada... Muere un poco más tarde que Estrada Cabrera y mucho antes que J.V. Gómez. A él le debe Venezuela su actitud actual; fue el brazo y nervio de esta dominación regional andina que cuenta ya un cuarto de siglo: Gómez es sólo la pro-

longación de la sombra del hombrecito de Capacho Viejo, a quien la vileza de una nación enferma y decaída presentará definitivamente ante la historia con la importancia decisiva de un factor de la evolución ¡eso que no debió pasar de un borroso episodio de guerrillero afortunado! Los hombres que hoy apoyan a su sucesor en Caracas ayer formaron en la hueste castrista de los campamentos o en la clica de los saraos. Los hombres que hoy atacan al mayordomo alzado con la hacienda del amo casi en su totalidad pusieron su acero o su inteligencia al servicio del déspota difunto... Y cuando se ha hecho en vida una justicia tan dura y tan constante, y cuando se ha combatido al usurpador de frente en la patria, poderoso, y se le ha combatido en igualdad de circunstancias desde el destierro, y antes de que la muerte cegara sus ojos se ha escrito un libro entero que contiene todo el proceso pavoroso de un novenario de desmanes en que él era "el héroe invicto" y los demás gentualla roedora de desperdicios o sombras en las cárceles y en lejanas playas; cuando se ha cumplido así, no una parte del deber sino todo el deber; cuando se ha preferido ser su prisionero y no su cómplice –¡y todos los que estuvieron a su lado lo fueron a ciencia y paciencia de la mala memoria de los venezolanos!– hay el derecho y la obligación filosófica de hacerle justicia en la tumba... Ya no podrá erguirse de allí para ir a encabezar toda su gente que le aguardaba dispuesta en la frontera del Táchira, que le ha aguardado siempre, con fe en su estrella, con fe en su energía, con fe en su valor y en su astucia –que uno lo tuvo en grado sumo y la otra constituye la característica de su vida–; ya la esperanza ha quedado enterrada con él: ¿Gómez sellará con su caída la lápida de la dominación odiosa y regional de estos últimos años? Antes de morir "don Cipriano" en setiembre, un acto tuvo lugar en la aldea de Tocuyito, cerca de Valencia, un acto al que mis compatriotas dijérase que no han dado la importancia que merece: en ese pueblecito, a cuatro leguas de la capital de Carabobo, Castro dio la refriega final que le condujo al Capitolio en 1899... Con Castro estaba Gómez, y como el jefe traicionado aún vivía para cuando se hizo la conmemoración, en este setiembre que acaba de pasar, sin nombrar al hombre se hizo la apoteosis de aquella "batalla", empeñada entre la más sucia traición y la buena fe con que oficiales inferiores y soldados desarrapados iban a aniquilar su vida y a empedrar con sus osamentas la avenida triunfal de dos despotismos sucesivos, la vía Apia de este gran desastre nacional...

Por encima de su deslealtad infame, el traidor, sin darse cuenta, hacía una justicia tardía al hombre que acaba de morir en San Juan de Puerto Rico...

Y sanciona, de un modo imponente y definitivo, rodeado de su cohorte de genízaros, de sus bufones, de sus médicos y de sus hablistanes toda mi labor de dos años en el exterior, todo mi sufrir de tres lustros en la patria.... La consagración de la refriega de Tocuyito en 1899 es la justificación de mis *Memorias de un Venezolano de la Decadencia* en 1924. A los compatriotas que han juzgado ciertas opiniones mías hijas de una

pasión trivial hacia un grupo poblador dado, les remito a ese festejo "oficial" de setiembre.

Se ha dicho que Castro pudo ser la salvación de su país y no lo dejaron ser los hombres que le rodearon. A Castro le rodearon esos hombres porque en derredor suyo no podían subsistir otros... Los que erradamente creyeron posible o factible influir en sus determinaciones pagaron con la ingratitud y con la persecución de que fueron víctimas su imprudente contacto... Castro carecía de preparación y de moral –no hablo de la privada, que no hace al caso ahora– hablo de la moral política, de la consecuencia, de la lealtad a los principios. Hecho a sablazos y a tiros, sostenido a tiros y a sablazos, el chafarote y el máusser formaron el fondo de la escena ante cuyas candilejas bailaba haciendo al mundo civilizado muecas amenazadoras... La gente empezó a desocupar los palcos, apenas si le quedó la galería y una estrepitosa orquesta de trombones y de guitarras.

Su expiación ha sido larga y triste. Como si el destino quisiera apresurar sus pasos, en este último año viose objeto de ridículas escenas de pasa-calle. Un día amenaza a unos chicos y dispara su revólver. Las autoridades le reprenden. Otro día se ve envuelto en una enojosa cuestión con un compatriota y tiene que oír en la barra del tribunal cómo el abogado de su acusador recuenta en alta voz todos sus desmanes pasados, todos sus delitos... El mes pasado, a fines de octubre, debió haber leído *La Reforma Social*: el postrer capítulo de este libro...*. La muerte aguardó esta última justicia hecha en nombre de los que condenó a la muerte, a la desintegración moral, al silencio, a la infamia...

Pero él ha muerto, y basta. También tiene un derecho sagrado a que se le juzgue –ya desarmado en la muerte, sin poder dar ni quitar nada– con la serenidad y con la sinceridad que jamás pudo suponer en los otros hombres...

Castro valía, en cuanto a militar, más que todos sus contemporáneos. De la obra de Castro ha disfrutado Gómez; del prestigio de su espada han vivido tenientuelos a quienes la credulidad popular les supone eficiencia... El personalismo castrista, sólo tenía un acero: el de Castro. Donde él no comandó directamente, la tribu fue derrotada y disuelta... Gómez huyó por las playas de Carúpano con un tiro en las nalgas... Lo de Ciudad Bolívar estuvo políticamente preparado por él y militarmente manejaba a Gómez con un hilillo como a una marioneta bélica... En la campaña de Occidente fueron Ferrer –y, más que nadie, González Pacheco– quienes lograron dar una faz decorosa a la resistencia del gobierno. La retirada de este caudillo trujillano será clásica en los fastos militares de la República. La victoria fue triunfo de Castro, determinado por Baptista y la

* *Memorias* – Tomo I – *La Reforma Social* – Nueva York. Entregas 1923-24.

División de Trujillo. Gómez como militar es una de las más graciosas farsas que han inventado los cortesanillos traviesos y reilones de Caracas... El Dr. Márquez Bustillos, que le sirvió hasta el otro día de testaferro y un oficial de apellido Urdaneta han tratado de hacer una especie de historia militar de Gómez al uno por mil... De la lectura surge una especie de Tartarín haciéndole tiros a un borrico con todas las reglas del cazador de leones... Castro batió, uno tras otro, a todos los militares de Venezuela; y a los que no batió... no fue porque lo evitara él. Es la verdad. Es la historia. Se rió de Matos ¡y le sobró razón! Trató a Gómez con el mayor desprecio ¡y quién negará que hizo bien!

También fue malo, cruel y falso con otros hombres que no merecían eso. El mando único, la soberbia, agigantada por la clica, que repetía el eco de sus voces de risco en risco y de cumbre en cumbre como si fuese la trompa de Roncesvalles, hiciéronle suponer que podía colocarse más allá de la responsabilidad... La caída le dio la noción exacta de su estatura: era un soldado, un guerrillero, un hombre que con un sable en la mano y a la cabeza de dos batallones hubiera entrado por cualquier parte y rendido quizás la jornada a las puertas de la Capital de la República. Ante él, los oficiales y las tropas se hubieran deshecho o incorporádosele... El soñaba y creía en esta especie de regreso de la Isla de Elba. Hubiéramos presenciado quizás este regreso. La Muerte le libra a él de ejercer venganzas, a las que no tenía derecho, y a Venezuela de otra espantosa perspectiva y de otra perpetuidad infame... La Muerte nos evita también presenciar hasta qué punto es vil la vileza de un país envilecido... La Muerte tiene estas piadosas y misericordiosas intervenciones... En El Valle corta el paso al primer Monagas hacia esa Presidencia de la República que manchara con la primera usurpación; en San Juan de Puerto Rico convierte de repente en un sudario la bandera que esperaban sus amigos en la frontera para lanzarse a la aventura de la audacia a puño y a hierro contra la pasividad gastada o castrada que pasa de un corral a otro al chasquido del látigo madrinero...

La tribu ha perdido su jefe natural. Su jefe "reconocido". Su jefe "único". Castro se perfilaba detrás de la grotesca silueta de su teniente desleal y a él hubiesen vuelto todos "como a un padre"... Yo he visto las correspondencias y los ofrecimientos que los hombres que están en Caracas le hacían al "antiguo e insustituible jefe" ahora muerto. La gente sencilla cree que la mayor parte de los que rodean a Gómez están contentísimos con la muerte de Castro porque ya no temerán el castigo de sus infidencias. Los únicos que sienten un gran alivio son Gómez y algunos de sus parientes... Si Gómez sabe ver, notará que entre los que baten palmas y levantan copas de champaña por la muerte de Castro, el empeño del festejo infame oculta un infame pesar... Y vaya toda la verdad como una ola a la orilla: entre los más considerables líderes de la revolución armada, el factor de San Juan de Puerto Rico era o una inquietud o una esperanza... ¡Adiós las combinaciones al 50 por ciento!

En una Antilla, desterrado, perseguido, ha muerto el venezolano Cipriano Castro, general de veras, dictador de farsa, a quien se le habría podido condenar legalmente por sus desafueros en Venezuela si es que una banda de malhechores tiene autoridad moral para condenar a su capitán. Vivo, su nombre, su recuerdo, la misma herencia que dejó en vida justificaban su persecución; muerto es el protector al que Gómez le debió todo, su animador, su engendrador político, el hombre de acción que forjó la jaula de acero bajo la cual se guarda este oso diabético que el pueblo de Páez y de Falcón ha investido ¡gente loca y tonta y estúpida de feria en la plaza pública! con los atributos de los viejos caudillos...

Descanse en paz mi compatriota Cipriano Castro. Mi pluma no volverá a tocarle. Hizo mucho mal; pudo hacer mucho bien; su obra personificada en Gómez, está haciendo lo peor. Descanse en paz el general que murió vencido sin combatir por la traición que floreció sola, en un terreno abonado y donde los venezolanos de ayer y los de hoy, dentro y fuera de la patria, se miran con ojos de odio por encima de esa tumba y se preparan a servirse los unos de los otros para luego venderse y entredevorarse y salir en procesiones cívicas invocando el testamento del Libertador...

1898... 1924... ¡Veintiséis años de vergüenza y de humillación nacional!

Descanse en paz el general Cipriano Castro.

¡Es horrible lo que me ocurre! Le odié en vida, le combatí, le clavé en la picota de mis libros; y hoy muerto, desde el fondo de mi sangre venezolana, la admiración a su valor, a su energía, a su inteligencia ¡a haberse hecho a puño propio desde un remoto villorrio perdido en las vueltas de la Cordillera! sacude mis nervios y cubre su recuerdo con una honrada simpatía, con un deseo absurdo de que no hubiese sido lo que fue para no tener que decir lo que dije...

Que Dios haga con él la justicia completa, ya que la nuestra es siempre deficiente en la tierra...

CAPITULO XXXVIII

El problema andino post-Castro – Los Secretarios Generales y su ministerio universal – Urdiendo la malla doméstica – Petróleo, fronteras y vacas enanas – El memorial de Aquiles Iturbe – Los penúltimos secuestrados – Desfile de fantasmas en el local desierto – El Presidente-Jefe del P. R. V. – Con don Plutarco en Chapultepec – La expedición del "Angelita" – El movimiento se demuestra andando – Planes incompatibles que coinciden ante los hechos – La entidad revolucionaria y los revolucionarios de la entidad.

LA MUERTE de Castro simplificó el problema tachirense... Del ministerio del interior pasó el doctor Francisco Baptista Galindo a la Secretaría General –el "ministerio universal" del régimen. No formaba en anteriores constituciones el funcionario parte del Ejecutivo Federal; pero han sido siempre tan personalistas –y aún más– tan domésticos –los regímenes de gobierno, que al Secretario General se le considera –mientras esté en favor– emanación y hasta representación corpórea del Presidente. Los ministros buscan su favor con tanto o más ahínco cuanto es él quien por temporadas dispone o adapta los planes del gobierno –si es que puede llamarse plan de gobierno la voluntad de un hombre–. Así hemos visto la política capciosa y leguleyista de González Guinán, la chabacana de Pimentel, la de Ezequiel Vivas, regionalista y despótica, estriada de malacrianzas personales que cuando recomendaba a alguien en el ánimo de Gómez decíale con acento sobreentendido –"Este es de los de 'allá'..."; la jesuítica, mediocre y tacaña de Urdaneta Maya y ahora llegaba otro andino también, como Vivas y como Urdaneta Maya, hasta la confianza de un Gómez ya harto de venganzas y segurísimo –por la información detallada y minuciosa de sus agentes– de la anarquía o del pauperismo de "los amigos del exterior", del pánico ciudadano y del miedo justificativo y cerval de sus propios tenientes a ser devorados al detalle o anulados al por mayor si se les ocurría rebelarse, dado ese habilísimo tejido de malla que urdió siempre el hombre de Maracay, protegido aún más que por los fusiles de sus regimientos de los Valles de Aragua por la mutua desconfianza y por la codicia de algunos de ellos. La carretera del Táchira le permitió "sacar" de allí al inquietante Eustoquio, sorprendiéndolo una tarde con su reemplazo por boca y acto de Juan Alberto Ramírez –parien-

te del viejo Gómez.– "El catire está bravo, pero lo dejaremos que se refresque". Y lo mandó para Lara. En una u otra forma, con parciales cambios o incidentales maniobras –que parecían de carácter doméstico y eran de astucia consumada– al "catire" lo tenía cerca, pero con León Jurado en un flanco, él mismo en el otro representado fisonómicamente por su hermano natural Santos Matute en Valencia. Pérez Soto en el Zulia y Emilio Rivas (o Silverio González u otro) con el ojo en la vía de Boconó; presidentes sin importancia en las desolaciones de Zamora, de Cojedes y de Portuguesa; y como si aún no bastara, la cuña de acero de Félix Galavís encajada en San Felipe... El Táchira íbase preparando con Ramírez para tumbarle las trancas de "la amnistía" al tropel de los "amnistiados", y allí quedó mandando José Antonio González –uno de los "amnistiados"– pero al Alcántara Leal de Vicentico lo sucederían luego los regimientos de López Contreras mientras Eustoquio "temperaba" en Barquisimeto para inspirar confianza a los recelosos que se venían, y más tarde *temperaría* en Caracas hasta que Velasco Bustamante y sus "chácharos" regresaran de Lara al Centro. Si Silverio González se venía de Trujillo para Ciudad Bolívar, el tapón estaba en Maturín con José de Jesús Gabaldón, y de remache, más tarde, con Emilio Fernández que reemplazando a Garbi iría a morir peleando bravamente en defensa del tirano que despreciaba, que desconfiaba de él y quien acaso preconcebidamente le expuso a ser sacrificado. José María García precedió a Matute en Carabobo, como ya lo precediera en el Zulia diez años antes y luego iría de Hacienda a Gobernación alternando con su tío Velasco para volver a caer en la desgracia definitiva junto con "su eminencia gris", el doctor José del Rosario García cuando le confirmó con una proposición a favor de Velasco, pero en el fondo por José María, lo que durante años vino sospechando el lobo solitario de Maracay... Murió el "viejo zorro reinoso" fuera del favor y aun de la gratitud del hombre a quien ayudó hasta el extremo de su malicia y de su experiencia Y cuando ya nada más pudo enseñarle al discípulo, este le cerró la escuela y el portón de su casa. Pasaba horas de horas sentado en los corredores del hotel de San Juan de los Morros, y el Juan Vicente de La Puerta no se dignaba ni mirar a su ministro sin cartera de 1908... Así terminó, casi centenario, el Próspero avaro de este Calibán sin Arieles.

¿Políticos? No los hubo. El los definía alargando cansado el manojo de telegramas que a cada mañana y a cada tarde leíale el secretario en turno: –"¡Estos buscadores de puestos se *tan creendo* que yo me duermo!"

A las cinco estaba ya en pie. Tomaba su café, y sagaz y cauteloso, mientras leían y Tarazona preparaba el traje del día, la filipina de hilo blanco, las botas altas, el ancho panamá –o un uniforme simple y gorra– pero en todo caso los guantes que no se quitó jamás sino para cambiar un

* "Apuntaciones de un ex-secretario privado del General Gómez" (legadas al autor por quien las escribiera).

par por otro– cogía una de las cartas, la doblaba con cuidado aldeano y la guardaba con igual esmero en un gran escritorio americano de tapa rodante escribiendo con lapiz-tinta, o en rojo ladrillo *"Papeles del general... Tal"... "Universidad de los Andes"*, etc.

–El que guarda *incuentra* –murmuraba sentencioso. Y con una pupila amarillenta contemplaba por el postigo abierto los primeros rayos del sol en el copo de los árboles... O se volvía de pronto:

–*Tan* sembrando el *mái* los vegueros del compadre Pimentel cogiendo el grano de la mazorca que nace torcido: y le nacerá torcido el *mái* y la mazorca torcida tiene menos granos que la mazorca derecha.

A veces sobre la mesa estaba el memorial del ministro de Fomento, Gumersindo Torres, sobre las compañías de petróleo, o las anotaciones de Itriago Chacín al margen de la última nota de la Cancillería Colombiana...

Tarazona asomaba:

–General, allí está el general Linares de Maracaibo que usted citó para hoy y que *jue* el que le trajo las dos vacas enanas de la Goajira.

–Anjá, *¡decíle* que pase!

Y el secretario se escurría con sus papelorios.

Pero como ya se ha dicho –sea inteligencia, sea bondad –o ambas cosas– Baptista Galindo transformó el sistema. Dio dinero a manos llenas –suavizó cuanto pudo–; a los agentes del exterior recomendó "no maltratar a sus compatriotas ni suscitarles dificultades". Surgió la amnistía de que se dio cuenta– "la unificación de la familia tachirense" con los 17.000 asilados en Colombia que pasaron la frontera... Y lentamente, ese hombre sanguíneo, calmudo, persuasivo, fue borrando hasta lo imposible aquella noción de "enemigo a muerte" con que Maracay consideraba a los que no eran "amigos del Jefe". Así fuéronse yendo a la patria, o neutralizando sus ímpetus en condescendencias inquietantes para los de la oposición dentro y fuera, muchos de los hombres de resistencia... Cayó Hidalgo, verdugo y ladrón, y Arístides Galavís –a quien aprovechando el asesinato de "don Juancho" maltratara en la cárcel– en la Gare Saint Lazare en París, le dio de palos e Hidalgo salió corriendo. Años después atacó e hirió gravemente a Galavís y este le tendió muerto de un balazo.

Aquiles Iturbe dirige en 13 de octubre del 26 una carta a Gómez cuyo párrafo final dice: "el complemento de la grandeza consiste en hacerse humano y en tender desde la cumbre mano clemente a los desheredados del común bienestar", y acompaña un memorial patético respecto de los presos que quedaban en la Rotunda, después de libertado él y nosotros en diciembre del 21 y tras la recrudescencia de crueldades que son conocidas por los relatos de la época y posteriormente [41]. El gesto de Iturbe no ha sido común en Venezuela y es de justicia y de bien nacido reconocer la nobleza de un acto cuando se pretende ser severo o justo, mientras se

[41] Conferencia de Gonzalo Carnevali en Bogotá, 1928; publicaciones de su hermano Atilano en la prensa de Washington y de Nueva York.

arropa el descuido con el coletón de las inconsecuencias o se engríe la iracundia insolente sin lastre de corazón. El secretario Baptista Galindo, en 24 de marzo del 27, desde Maracay, le contesta a Iturbe: "Con la libertad de los detenidos políticos se ha cumplido lo que usted dijo al Benemérito Jefe en su importante carta del 13 de octubre de 1926. La palabra de usted, sentida y franca, causó desde su principio honda huella en el corazón del General y de ahí, en mucho, su magnanimidad. Hoy es día fausto para la República y por eso yo envío a usted mi abrazo de congratulación". [42].

Una madrugada de marzo el último grupo de secuestrados surge a la calle por el boquete maldito, por ese "buzón" trágico que vio pasar los bultos postales de la muerte hacia el olvido de los venezolanos.

Van ahora los que marchan, jurados, a la misión que el destino les imponga. Taciturnos, con esa tristeza profunda que es una superación del odio y que sólo conocen los que perdieron una libertad que amaban... Porque hay también hombres inferiores a su desgracia.

Cuando se bucea en el hondón de la historia anecdótica, ciertos rasgos no sorprenden... En Aquiles Iturbe que vio los tres largos años de las torturas del 19 y las sufrió y las compartió, no surgía del elemento oportunista el hidalgo empeño... –"No haga usted caso de ese botarate", dícele su bisabuelo don Francisco Iturbe al Monteverde de 1812... Y el "botarate" sale de las garras de España, librado por la habilidad de un español, para trazar a hierro y sangre un nuevo rumbo a los destinos de América.

El nivel de las cosas ha descendido tanto... tanto; quedan tan altos aquellos hombres, sus actitudes y sus obras que fuerza es evocar melancólicamente el eco de las grandes voces enmudecidas para siempre en los balbuceos cortesanos de la decadencia.

¿Que "los enemigos de Gómez" no tenemos justicia? Y más que para ahogar en el silencio y con la sonrisa las muecas agrias de esa larga agresión inmisericorde...

Hermanos, sí, hermanos ¡pero cómo se quedó la choza común con los parientes malos rodeados de canes furiosos!

¿Dónde están nuestros caudales, dónde la tierra que selló para siempre la boca de los nuestros y el rincón lejano de la estancia pobre en la que el amor llora en silencio y la orfandad hierve en rencores? ¿Cómo se quiere que una generación que mojó de sangre la pasta de sus libros de texto se arringlere en la disciplina civil para que el burgués engorde, el general grite, el político especule y el cura nos señale ese camino de los cielos desde el horizonte de las carreteras y desde la claraboya de los presidios? Y tú, Juan Nadie –¡no Juan Bimba!– tú que no sabes leer ni apenas pensar, libras de tendones y de tripas fláccidas en un carapacho

[42] En los castillos de Puerto Cabello y Maracaibo, en otras cárceles, la fría crueldad del déspota dejó un saldo de prisioneros, gaje de su saña, postre de su rencor. En 1930, Gonzalo Carnevali, Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Ricardo Montilla y J. Briceño Maldonado publicaron en la prensa del exterior una nómina completa de antiguos y de nuevos "detenidos".

cuyas médulas se comió el bacilo de Laveran o el bello esperoqueto argentado, hijo de la anemia, nieto del alcohol, descendiente del emigrante pobre, del negro bozal, del indio tuberculoso ¿qué se quiere de ti? ¿qué vayas como un suizo harto de féculas y de grasas en la linda mañana del cantón nevado a poner una boleta con tu nombre, solo y sin guardias, en las urnas de la democracia? ¿que sigas halando machete, empujando la palanca, tragando naftas, recogiendo un buen café que no has de beber ni en la hacienda, ni en la aldea, ni en la sacristía?

Cúlpanos a nosotros, los de la generación de la decadencia, cúlpanos sí, que no fuimos ni héroes en la derrota ni santos en el martirio y que apenas podríamos ofrecer el manojo de chamizas resecas de nuestras ilusiones y de nuestras amarguras...

Culpa también al destino, a los que hicieron de verdugos –a veces sin quererlo porque la voluntad se enferma y empaludece como tus venas– y a los que hicimos de víctimas, por anemia del ánimo agresivo... Que el anófeles del desastre picó hasta en las más nobles arterias de la raza.

Juntos atravesamos la sabana lóbrega. Juntos debemos esperar que amanezca, sin pretender que la senda se alumbre con candeladas mezquinas, ni tiros ni voces para que las fieras que hacen su digestión en la sombra no vuelvan a asaltarnos en el camino.

¡Juan Nadie! ¡Juan Nadie de tonsura o de alpargata, de espada o de máusser, camisa de mochila o borlado; Juan Nadie de hace tres siglos que era Juan Algo y se dejó quitar el conuco y la mujer por Juan Vicente! Que si alguien te los quiere quitar ahora te tenga que arrancar el brazo.

La Rotunda quedó vacía. "La sociedad y el pueblo" visitaron el edificio, las celdas que acendraron hiel; los muros leprosos del recinto; los pasadizos circulares; en la pila del centro cantaba el agua y acaso volaban palomas. La prensa de Caracas nos informó a los antiguos inquilinos que "el local se había destinado a depósito de materiales del ministerio de obras públicas"

¿El "local", la casa de los locos, el locutorio de los fantasmas?

Alguno refirió que se había visto vagar una sombra erguida que a medianoche parecía ir rezando por los corredores y llevaba una túnica... el padre Mendoza.... o el canónigo Fránquiz... tal vez el párroco Ramírez, acaso el anciano curita Monteverde...

Los eternos "cuentos de muertos" que en este país suelen contar los "vivos".

En todo caso habría que consultar el punto teológico con el Nuncio de Su Santidad y el Alto Clero de Venezuela.

"The greatest thing any living soul can do is to see something cleary and tell it plainly"*.

John Ruskin

En abril de 1927 llega a París Román Delgado Chalbaud. Desde esa fecha, tras catorce años del régimen penitenciario que se le impuso, sin desmayo, abrió operaciones para darle forma y llevar a los hechos el vacuo proyectar de sus coetáneos. El 28 de diciembre del 21, nos había dicho en la Rotunda: "–Si salimos los dos, vamos a la guerra; si sale usted y me quedo yo, aguárdeme" Y aguardándolo, desde el primer año de nuestro destierro –y aún desde la prisión misma– escribimos –como se ha visto en el curso de estas memorias– describiendo al secuestrado de 1913 como un espectro, como un enfermo, incapaz ya de nada sino de ir a morirse en una clínica extranjera. El doctor Pedro Manuel Arcaya, en su libro cuasi póstumo (*Venezuela y su Actual Régimen*) del gobierno de Gómez, y "con su pesadez característica" hace una ironía respecto de aquellos moribundos que nosotros describíamos y que salieron con tanto ánimo que hasta hicieron una revolución. El glosador de Ayarragaray tampoco es feliz. No le quiere Eironeia. Ni nadie. ¿Pero por qué censurar a Arcaya que por lo menos estaba a salario del déspota caduco? Si el doctor Carlos León y "sus muchachos" –como denominábase entonces a los "bolseviques" que el machadato sacó de Cuba y vivían al margen de "la revolución mexicana" que denunciara José Vasconcelos y con la que Elías Calles pretendió disfrazar su dictadura militar –abrieron los fuegos contra lo que sospechaban que se proyectaba. Y ya hubo una de periodiquitos, hojas sueltas, etc., que iban enterando a Gómez paso a paso de cuanto pretendíase o creíase saber de los planes de Delgado Chalbaud. En una "hoja suelta" –publicada en París, noviembre 1928– firmada por Pedro Brito, Carlos Fleury y Eduardo Machado, tras poner por los suelos a "los caudillos" y a los "sub-caudillos" decíase: "Delgado Chalbaud, Leopoldo Baptista, Ortega Martínez, Olivares, Tellería, Gil Borges, Pocaterra, no se diferencian en nada de la banda que está en el poder: Gómez, Pérez Soto, J. R. García, Emilio Fernández, Arcaya, Gil Fortoul, Vallenilla Lanz, etc."**

* "La mejor cosa que puede llevar a cabo un ser humano es ver algo con claridad y decirlo con sencillez."

** "Puebla, 3 de noviembre de 1931. Sr. José Rafael Pocaterra. Mi querido Pocaterra: Hace tiempo que quería escribirte, mas fue sólo ayer que supe tu dirección por Carlos de las Casas, quien parece te vio, hace meses, en Montreal. Yo tengo la pena de haber cometido contigo, una enorme injusticia: La de haber colocado tu nombre en una lista de intelectuales venezolanos corrompidos y orgullosos. Esa falta la cometí hace dos años en París, en una hoja suelta que firmé en compañía de Machado (Eduardo) y Fortoul, en momentos de gran decaimiento moral y físico. Acababa de perder en un accidente mi pierna derecha y me encontraba en un estado de derrota moral completa, la que aprovechó Machado para hacerme firmar esa hoja, tan contraria a mis principios y a mi modo de ser. Triunfante la revolución de agosto de 1929, nunca te hubiera dado esta explicación, mas viendo los ataques de que eres víctima, por los sucesos de Cumaná, he querido darte esta

Carlos León publica junto con sus *Principios Básicos del Partido Revolucionario Venezolano* un escrito de setiembre de 1928, fechado aquellos dos años más tarde bajo el título *Nuestro Deber* en cuya página 6 se leía: "Nuestro deber no es dirigirnos a Gómez, lo que yo califico de una humillación. Es dirigirnos al pueblo venezolano, el llamado a castigar a Gómez y a sus cómplices de ayer y de hoy". ¿Era para aludir a la carta abierta que de París y con fecha 24 de julio de 1928 dirigía al déspota en forma de admonición el doctor Santos Dominici? Y ya efectuada la ruptura con "sus muchachos" del 27 al 29, que con mucho –a pesar de los traspiés de años anteriores parecía que tomaran al fin una línea de comunismo clara y decidida (Gustavo Machado, de la Plaza, etc.,) en la página 12 de su folleto advierte: "Los hombres que formamos en el Partido Revolucionario Venezolano hemos jurado hacer efectivos estos principios en nuestro país, y aunque ha habido algunos tránsfugas, que se adhirieron al Partido para traicionarlo y nostálgicos de un amo, olvidaron los solemnes compromisos que adquirieron al jurar por su honor el sostenimiento hasta morir deshonrando sus propias firmas, las masas venezolanas, cansadas de ser explotadas, se preparan a luchar bajo su bandera, (¿la de quién? ¿la del doctor León, la de "los tránsfugas" o la de "las masas"?) y consideran una ventaja el que los oportunistas, que por error de cálculo formaran en nuestras filas, las hayan abandonado para volver de nuevo a las del caudillaje que en verdad no han debido abandonar nunca"

No es muy difícil, dentro de la lógica, seguir las "ideas políticas" de León; y aún más dentro de la sintaxis, saber a quién visa: ¿pretendía allí enjuiciar al general Arévalo Cedeño, su caudillo militar en la tarde del Ansonia y en la campaña de Atabapo que al fin con ruda frase de soldado le dice "yo lo subí a la presidencia de la República que le iban a buscar los fusiles de mis bravos y ahora lo apeo de allí"? ¿Era eso contra sus excompañeros de Nueva York dentro de la "Unión Obrera" o dentro de la llamada más tarde "Unión Cívica"? ¿O en general contra todos los que no aprobaban su "callismo" *a outrance?* Dejaba León las prisiones de Gómez y sus ejecuciones silenciosas para ir a frecuentar las antesalas del tirano de Sonora, del ejecutor sombrío de sus émulos y compañeros, de ese torvo don Plutarco que se amparó en el prestigio de Obregón y cuando el manco de Celaya cayó asesinado en un banquete por mano de "fanáticos", Morones y la Crom le sirvieron de pretexto para arrojar los despojos del "partido del proletariado" en los postres de un banquete con su íntimo amigo el

reparación. Da dolor y coraje el ver cómo hombres que no tienen tus antecedentes de cárceles, de destierro, de persecuciones, hombres que más bien han medrado de Gómez, ya en puestos públicos, ya a través de sus hermanos, como los Machado, te calumnien y maltraten, nada más que por odio a tu altiva actitud de tantos años y envidia a tu positivo talento. Yo llegué a Trinidad, dos meses después de lo sucedido en Cumaná y conversé mucho con las personas que se encontraban en el "Falke". Todos concuerdan en que después de Cumaná, no había otra cosa que hacer que la que se hizo. Cuando llegue la hora de hablar de estas cosas yo también colaboraré a decir toda la verdad, y esta la promesa que te hace tu viejo amigo. *Pedro Brito,* –5ª Poniente Nº 326. Puebla. Pue. México".

embajador Morrow. El doctor León, que tanto esgrime la palabra "oportunismo", ha sido como esos maniáticos de una enfermedad que de tanto temerla la contraen crónica. Obtuvo fondos muchas veces "para la revolución de Venezuela" en las propias cajas del tesoro mejicano. Hasta en la prensa amarilla de los Estados Unidos se reprodujeron en facsímile las distintas órdenes de pago que dispuso Plutarco Elías Calles. * ¿Se benefició con ese dinero? No lo creemos: daría alguna parte y el resto lo invirtió en papeles, folletos y publicidad para su propaganda. Hizo, mientras tanto –a propósito del heroico Sandino– cuanto ruido pudo... Aquello también terminó mal, entre aclaratorias desagradables. Lanzó a los jóvenes que le rodearon entonces –y aún más encarnizadamente a causa de su escandalosa ruptura con Arévalo Cedeño– a tirar palos a diestra y siniestra y de él contrajeron –y ojalá curen de ello ante los problemas futuros que como partido definido tendrán que afrontar ya maduros– ese desmán en la expresión y esa falta de escrúpulos en el proceder, descendiendo a personalidades y a injurias que aunque molestan no logran ofender y que caracteriza deplorablemente la trayectoria del "apóstol de las cooperativas" –última reencarnación del presunto Presidente-Jefe del PRV.

Subió a tal punto la gama insultante de ese grupo contra unos y otros – hasta queriendo destruir elementos afines y reputaciones que antes ellos mismos ameritaban– que nos vimos obligados, una vez por todas, a traer a juicio las inconsecuencias de antiguos compañeros, provocadas y estimuladas por los ambidiestros de Nueva York, es cierto; pero sin duda, más que por nadie, por el ex-castrista y ex-gomecista que flameaba su banderita roja con la hoz y el martillo y les gritaba desde las suaves siestas del Chapultepec a los Arévalo Cedeño, a los Peñalosa, a los Delgado-Chalbaud, a los Doroteo Flores: "Dadme la libertad o dadme la muerte". El folleto nuestro originado en la carta-abierta que el general Juan Pablo Peñalosa dirigiera al doctor Miguel Páez Pumar con motivo de la titulada "En la Paz y por la Paz" que éste dirigiera al general Gómez el 21 de junio de 1928 y a la cual el bárbaro respondió con la cárcel y los grillos para Páez-Pumar es un sencillo "mise au point" en el desconcierto que reinaba, y corresponde, aunque en otro orden de ideas, a la correspondencia de ese obrero a que damos respuesta en capítulo anterior. El folleto nuestro fue reproducido en Colombia, con una carta-introducción, del general Peñalosa. [43]

A pesar de todo y de todos continuó nuestra labor calladamente.

Desde París, desde Vichy, desde Londres una correspondencia constante me iba enterando de la marcha de las cosas allá. Así mismo una

* *New York American* (y desde luego, toda la cadena de Randolph Hearst), edición del lunes 14 de noviembre de 1927. La orden de pago a favor de Carlos León está fechada en mayo 16, 1926, con el conforme del Secretario de Hacienda y Crédito Público A. J. Pani, por *diez mil pesos.*

[43] "Los Hombres de Principios y los Principios de Algunos Hombres", Nueva York, octubre 1928 –*Cartas Abiertas*, general Juan Pablo Peñalosa, Cúcuta, enero 1929.

serie de corresponsales surgidos de todas partes, muchos de los hombres de mayor prestancia o utilidad para un golpe decisivo –íbanle llegando al general Delgado Chalbaud o a través de amigos comunes. Ambas correspondencias, en copia y aun originales, se canjeaban entre Europa y Montreal a cada correo. De modo que ambos podíamos ver, desde temprano, la falsa posición y el viejo cucambé criollo de algunos así como la precisión y la lealtad de otros... Si en cualquiera fecha ulterior nos resolviéramos a publicar estos archivos –inclusive el del doctor Pedro Jugo Delgado que nos confió al morir– ¡cuántos espanta-pájaros armados con trapo y alambres vendrían a quedar en palos de escoba! Pero ello es la parte mísera y anecdótica de la historia contemporánea y prescindimos dentro de lo posible de cuanto en esto pueda haber de ventajoso para la justicia de nuestra causa, a fin de dar, con el ejemplo, una lección a esos compatriotas que entran a saco en los documentos ajenos y los publican aderezados, truncos o falseados a fin de tirar con estos forceps los fetos de su imaginación.

Como es lógico, ocurría lo contrario a lo que imaginaban algunos o inventaban unos cuantos. Debíase estos comentarios, de sana crítica a veces, pero casi siempre parciales, a que los componentes obligados de toda "junta" o "sociedad" o "unión" por el hecho de sacar un periodiquito o impreso unos estatutos o haber frecuentado tal o cuál círculo aspiraban naturalmente a "figurar"... Y si sus circunstancias, sus propias publicaciones, el concepto en que tenían a ciertos compatriotas y, sobre todo, la inevitable y formidable indiscreción de reconocidos indiscretos les hacía incompatibles con proyectos donde era peligroso confiar ajenos intereses a decires y tertulias, ya teníamos otro factor hostil que evitar, o al menos, neutralizar.

Con todos estos inconvenientes fue tomando forma el proyecto de unificar *la mayor cantidad posible* de adeptos ya que era absurdo pensar en la "unanimidad" de criterio entre hombres que llevaban años discutiéndose, discutidos o discutidores.

Ido Tellería a Venezuela, retirado Ortega Martínez a Puerto Rico, quedaba –entre unas cuantas individualidades sueltas– el grupo formado por Baptista, Olivares y Néstor Luis Pérez... Venían ellos más o menos ligados desde aún antes del "Angelita" –expedición que contaba con un armamento ofrecido en México. El retardo "por reparaciones" y finalmente la inutilización del barco que tuvo que recalar, apenas salido, de New Port-News, en Key-West, y volver a salir y volver a regresar, hasta el conflicto en la Habana, dejó sin transporte los elementos de guerra que el grupo de dirigentes partió de Nueva York por ferrocarril a recibir en un puerto mejicano. [44]

[44] "Informe Presentado por el Representativo Oficial de la Revolución en Nueva York", doctor Rafael Ernesto López. Documentación inédita. Noviembre-enero, 1924-25.

Del grupo de políticos que firmó el pacto del "Angelita", compuesto de cinco: Baptista, Olivares, Néstor Luis Pérez, Carabaño y Tellería, quedaban, pues, los tres primeros y en cierto modo bien inteligenciados con Carabaño, ya que Ortega-Martínez no formaría en ese núcleo ni en otro alguno sino a base de lo que había precisado y definido en su correspondencia con ellos. Y lo curioso es que en el penúltimo párrafo del pacto ese, se forzaba, adaptándola y desfigurándola en su esencia, una de las bases del plan Jacinto López... Compárese igualmente con el de la Junta de Liberación de Venezuela, julio 5, 1929. Permanecían estos señores adheridos a las "condiciones" que el general Olivares echara siempre como un peñón a través de toda corriente revolucionaria para "evitar el personalismo" en donde *él* o *ellos* no llevaran en un personal mínimo de Junta, la mayoría decisiva. [45] Pero como todavía se trataba con Antonio Aranguren que había financiado en su mayor parte el fracasado asunto del "Angelita" a través del doctor Pérez, lo que Delgado Chalbaud gestionaba íbase dejando correr "a ver en qué paraba eso"... Si bien Aranguren parecía inclinarse resueltamente del lado de Delgado Chalbaud.

Nosotros sí estábamos convencidos en que *eso* pararía en un hecho. Y Baptista estaba casi persuadido de ello. Con instrucciones concretas de Europa nos entrevistamos con el doctor Baptista en el verano de 1928 en la aldea canado-americana de Rousses-Point. Nuestro proyecto inicial era más simple y expedito: reunir un grupo de militares –el "clásico" si se quiere, pero el único viable para entonces en la opinión del exterior y al cual no era difícil lograrle "medios de acción"– obligándose éstos conjunta y solidariamente a reconocer a uno de ellos como jefe del ejército y una vez ocupado territorio nacional convocar una junta civil representativa que designaría un Presidente Provisional del Gobierno de la Revolución, sin que ni éste –y menos los generales combatientes– pudieran ser candidatos a la Presidencia Constitucional. Era un esfuerzo para coordinar el proyecto Jacinto López con el proyecto Olivares y sus derivados. Inútil tal esfuerzo. Aun dejando a Delgado Chalbaud o a otros candidatos fuera de cuestión. En conversaciones formales entre Baptista (hablando a nombre del consabido núcleo), Jacinto López (por sí y dentro de lo posible respaldando, como era lógico, la opinión previa suya que presentara antes Ortega-Martínez); y nosotros (con debida autorización de Delgado Chalbaud) [46] llegamos a la conclusión de que siendo excusado considerar el ajuste o reajuste de los planes en discusión era nuestro propio interlocutor Baptista quien debía de ser el jefe militar de la revolución, comprometióse a "convencer a sus amigos".

[45] De los cinco del "Pacto", caso de convenirse en éste, tres y acaso cuatro, formaban la mayoría que se deseaba en Nueva York.
[46] Nuestro comitente nos dejó en absoluta libertad de criterio respecto a personalidades en cuanto a lo que se conviniera en estas conversaciones preliminares, iniciadas el verano anterior en Rousses-Point con el doctor Baptista, y luego continuadas en Nueva York, con asistencia de Jacinto López.

Baptista no aceptó... Ni en esa conferencia ni en la siguiente –Baptista no tenía, ni tuvo nunca en sus últimos años, sino una actitud de cooperación más que de decisión y era porque con todos sus defectos de político y todas sus vacilaciones, en él hubo siempre cierta clara noción de la realidad que otros, con menos títulos que él, parecían no querer o no poder ver de frente. Y no por "personalismo" ni por "caudillismo" esta proposición partía de quienes partía sino porque dadas las circunstancias del momento venezolano, era sin duda el hombre que podía servir de elemento transitivo y al propio tiempo aleatorio...

De otra parte Ortega Martínez, quien tenía un indiscutible derecho de preminencia representativa al menos igual a la de Baptista –que había sido su jefe de Estado Mayor General en el plan de París en 1920– se mantuvo alejado de estos trabajos, no combatiéndolos ni intrigándolos como solían hacer, sea motu-proprio o por insinuación capciosa, muchos de los "representativos" de este o de aquel círculo. Acaso a Ortega Martínez bien se le alcanzaba que los hombres que allí interveníamos sabríamos a su hora y tiempo ajustar las condiciones finales para que todos cupieran con dignidad y personalidad. Aun sin habérsele comunicado nada directa y oficialmente, en cuanto respecta al plan Delgado-Chalbaud, se condujo con la serenidad de un político. Una carta a nosotros, desde Puerto Rico, y que recibimos la noche antes de partir para la aventura del 29 ratificaba el concepto emitido: "...y ya he comunicado instrucciones a mis amigos de que secunden en todo y para todo a ustedes" –decía con estas o parecidas frases. En el "taxi" Delgado Chalbaud y nosotros regresábamos de casa de Santos Dominici: "–Vea eso y compare". Con el rostro comido por muchas noches de insomnio y un acento de infinita tristeza que a ratos surgía del rápido hablar preciso y seco, leyó el papel, dos veces, lo dobló, se lo guardó en la cartera:

–"Sí... ¡tenía usted razón!..." –El resto de su comentario morirá con nosotros.

No se había logrado "financiar" la revolución y estábamos sobre el primer trimestre del año fijado. Ofertas muy conmovedoras pero insignificantes venían de Nueva York. Una de éstas, suscrita por dos jóvenes empleados de un banco que en virtud del "boom" de los años pre-crisis habían hecho ahorros jugando a la bolsa, pareció repercutir con simpatía en el ánimo del riquísimo Don Antonio y así lo escribió. Fue Olivares a Londres llamado a conferenciar con él; fue también Néstor Luis Pérez. Y Delgado y Alberto Smith a cada instante asediaban al hombre que, según declaración de uno de sus tenedores de libros en aquella fecha, bien podía retirar de su caja un millón de dólares contante y sonante... Se ha atacado y censurado a este capitalista cuyos dineros más de una vez fueron la utilidad de ciertos movimientos y no se considera que por su imaginación debía surcar, dando bandazos y lanzando chorros de vapor de sus tubos rotos el casco del "Angelita".

Iracundo –en una de esas encerronas bélico-amistosas que mantuvo con Delgado a quien Aranguren estimó y quiso mucho– éste le grita exasperado:

–¡Tú le diste a *ésos* cien mil pesos porque sabías que no iban; a mí no me quieres dar un centavo porque sabes que voy! *.

Don Antonio es una roca, una roca que sonríe; pero una roca a la que ni el afecto que a Delgado tenía pudo por desgracia quebrantar.

Nosotros creemos poder descifrar el enigma de esta resistencia que el estudio superficial de hombres y de cosas califica sin penetración ni sentido humano. Olvídase que Aranguren sabía –aun mejor que nadie– bajo el signo pavoroso y mortal de la desconfianza criolla oyendo a unos y otros, que el mismo Delgado iba dando ágiles saltos hacia un desfiladero tenebroso y que "la desmesurada ambición" de que le acusaban servía admirablemente para una serie de otras ambiciones desorbitadas, que si la de aquél pecaba de magnitud no por ello las otras dejaban de estar fuera de las leyes de rotación y de relatividad. Y acaso en lo humano del hombre y ante lo que se exigía de su patriotismo altruista ¿eran los francos de don Manuel Antonio Matos de mejor cuño o procedencia que las libras esterlinas de don Antonio Aranguren?

Al solo gravitar de esta reflexión se ponían todos las manos en la cabeza... Nosotros no. Y no éramos amigos entonces de él por motivos ajenos a nuestra voluntad que en nada tenían que ver con esto de ahora.

–Usted– nos dijo alguien en aquel entonces –¡usted que es la "bête-noire" de Aranguren!

Regresó de Europa un Baptista afligido y decepcionado. Sacaba fuerzas de flaqueza para que el desánimo no nos invadiera. Fue un viaje rápido el suyo. Le arreglamos un pasaporte en Boston y fue y vino bajo otro nombre. Hastiados del teje-maneje de acá que estaba –como estuvo años y lustros– disolviendo todo en pleitos bobos y en anarquías de arrabal– queríamos que fuera, viera y... venciera. Pero sólo se dio cuenta de un hecho capital y nos lo declaró con honrada sinceridad:

–"De todos nosotros Román es el más activo, el más capaz para manejarse en estas circunstancias".

Y otra ola de "desconfianza criolla" volvió a barrer e inundar desde los apartamentos de "la 180" hasta las oficinas del "down-town"... Lo que sorprende en estos venezolanos de la oposición es que ese extravagante desconfiar de los propios compañeros, que han sufrido los mismos daños y padecido por idénticas desgracias, va de súbito –a lo que permita la corredera de un navío o la hélice de un avión– con una prisa desconcertada y desconcertante– todos muy unidos, muy doctores, muy generales, muy escritores a entregarse, sin "plan H" ni "cláusula Z" ni "junta X" pero con la mayor velocidad posible a quien a la cabeza de los 60 del 99 o

* Delgado Chalbaud al autor, en París a julio de 1929.

de "la sagrada" de 1908 les ofrezca "nuevos hombres, nuevos ideales, nuevos procedimientos" o se contente con mascullarles un malhumorado "patria y unión".

Con Olivares –por buenos oficios de Baptista– fuimos a tratar una tarde. Seco, enjuto, atezado; cortés sin afectación. El rostro surcado por una cicatriz tremenda... Esperábamos hallar ese soldado áspero y terco que se empeñan en describir los que escriben la historia contemporánea como esos "cronistas" que dan cuenta de "reuniones de sociedad" vistas... por la ventana. Pensamos tropezar con un general y nos encontramos con un doctor. Y con un político. Explicó sus puntos de vista en las disidencias habidas con esta y con otras "organizaciones". Sólo que estos "puntos de vista" del general presentados por el político los reducíamos mentalmente nosotros al singular: *su punto* de vista. Salimos de allí una o dos horas después bajo la impresión que él quiso darnos y lo cual no creyó haber logrado diciéndole más tarde a Baptista, y éste nos lo refirió luego: –"Tengo la idea de que no pude tratar con Pocaterra el asunto tan a fondo como debí tratárselo, pero esa tarde estaba mal mi salud"

En efecto; sus nervios parecían agitados. Marchaba a la ventana. Ambos nos poníamos a contemplar un instante el monótono fondo de los interiores neoyorquinos, sus muros altísimos, su lobreguez gris, y el hombre allá abajo, pequeñito, hormiga que trepa rocas prehistóricas. Y volvíamos al centro de su modesta sala de hombre honrado a continuar la conversación... Desfilamos algunos nombres, algunas personalidades, pero aquella fue una conversación privada que ni él ni nosotros estamos obligados a divulgar. Nos despidió hasta el ascensor con sencillez circunspecta. Luego nos envió una documentación ofrecida, y nos cruzamos alguna correspondencia.

Muchas veces, a lo largo de estas páginas, habrá cosas ingratas para el político pero exactas para la historia. Ya antes de vernos, en un tomo de esta obra, escribió de su puño y letra al margen del episodio de Eustoquio Gómez cuando lo enviara como Jefe del Castillo de San Carlos con otro nombre: *"Acepto el reproche y me acuso de esa cobardía. Régulo Olivares sabe asumir sus responsabilidades".*

Son estos rasgos los que importan para revelar un carácter y no cartas patéticas ni biografías truculentas. Ese hombre ha visto con ojos venezolanos muchas veces; pero en su corazón adolorido late el andino, late la cólera de ver juzgar a los suyos en conjunto sin que los puedan salvar altaneras y honestas individualidades; y quiere y ha querido ser él, el andino bueno, el andino venezolano, aunque un escepticismo recóndito, surgido de la energía combatiente con que llegó a la vida pública, le hace suspicaz como un montañés en el plano más alto de los intereses comunes. El Zulia, aun más que su Táchira nativo, parécele ser el eje de su rotación nacional. Pero es otro de sus errores psicológicos: no es que en el Zulia quieren a Olivares, es que en Olivares quieren el Zulia.

La actuación del político merece desglosarse en la historia.

Desde Gramalote, en Colombia y a 18 de enero del 21, en carta al doctor Francisco H. Rivero, ratifícale los puntos en que basó su disidencia del "convenio de París" que éste le leyera el 10 de diciembre anterior, ya de regreso de Europa. "El convenio –le dice– es el mismo planteado desde diciembre de 1915 * y por cuya viabilidad han trabajado infructuosamente durante cinco años, pues la adición que se le ha hecho como para conformar a los reclamos de lo que ya casi es un sentimiento general no hace en verdad sino llenar, por cierto muy escuetamente, las apariencias. El Convenio establece injustificadamente hoy, el tradicional 'Jefe de Revolución', esa tradición funesta", etc.

Y se extiende en una serie de razonamientos, analizando las graves consecuencias de "los jefes únicos o pilotos únicos" y sus derivados "jefes civiles y militares" subalternos para presidir "las primeras abreviadas elecciones para todo el personal del "Segundo período Provisional"... sembrando así en todo el organismo del Gobierno Provisional –cuyo presidente sería un *alter-ego* del Presidente Revolucionario, como lo serán los tres candidatos para el resto del Gabinete Revolucionario que se extrajeran luego por designio "de la voluntad personal del Jefe de la Revolución Presidente Revolucionario– el morbo letal del personalismo".

Toda la argumentación estriba –omitiendo la serie de razonamientos con que puntualiza hasta los detalles fuera del conjunto de la doctrina– en la idea de lo que él denomina "la dualidad del mando" (el poder civil y militar en manos del "jefe" o "presidente" de la Revolución) apelándose "al pobre arbitrio de formar dos períodos provisionales", "uno cuando conquistado algún terreno seguro, lo crea *conveniente el Jefe* de la Revolución" asumiendo éste la presidencia del país y designe sus ministros y el otro como ya se explica en el contexto anterior.

Y el hecho de que el doctor Leopoldo Baptista sería el Jefe de Estado Mayor General, a los efectos técnicos y políticos de la campaña y para que la "dualidad de mando" pierda el aspecto que le inquieta, "porque no se establece que a ese cargo (el de Baptista) corresponde la dirección y responsabilidad de las operaciones militares o conducción de la guerra" lo considera –"dentro de las leyes en la materia"– un órgano circunscrito del Jefe Supremo. Aduce el ejemplo de La Libertadora. "La forma de ese Convenio impone, a mi juicio, la obligación ineludible de apoyar y cumplir todas las disposiciones militares y políticas emanadas del poder absoluto del Jefe de la Revolución primero y Presidente de la Revolución incontinenti. Todas estas razones me imponen el deber de no firmar el Convenio".

Y a nombre propio y de Leopoldo Baptista, veinte meses después –ante las agresiones y los escándalos del gomecismo omnímodo y auripotente

* Léase la serie de artículos en *La Reforma Social*, colección 1921-22, en los que Jacinto López formula el proceso inicial de la oposición exterior armada.

de la post-guerra con su rol dinástico descarado– el 14 de setiembre del 22, preséntase con unas "Bases" para constituir "la Entidad Revolucionaria" que designe "un Jefe Militar absolutamente subordinado a aquélla" hasta para suprimirlo "cuando lo creyere conveniente".

Este cuerpo se llamaría actuando en Venezuela bajo las bayonetas victoriosas del jefe militar "Junta de Defensa Popular", y originalmente se compondría de cinco principales y cinco suplentes y al estar ocupados uno o más Estados, iría a instalarse allí y una vez ya en Caracas nombraría al Presidente Interino y Ministros del Despacho, cesando en este acto. Antes o entonces ya habrá cesado en sus funciones "el jefe del ejército" y ni él ni el Presidente Interino "podrán ser designados bajo ningún respecto para el inmediato período "presidencial".

A los dos días, contesta Ortega Martínez y cree que "esa fórmula" (la de "Entidad Revolucionaria")... "lejos de asegurar la unión lleva en su seno el germen de la más completa anarquía, porque por ella se establece una norma de conducta general sin considerar si los hombres que están dentro del país, es decir, la inmensa mayoría que habrá de formar durante la campaña el grueso de las fuerzas revolucionarias militares y civiles, habrán de aceptar un convenio en cuya redacción no tuvieron la más pequeña intervención"...; "con el riesgo gravísimo" –añade– "de que se establezcan dos facciones antagónicas": "la de los sostenedores del Convenio y la de los opositores", y esto "frente al enemigo preparado con toda clase de armas".

Cree que la proposición "reposa totalmente sobre una mera suposición de buena fe por parte del Comandante en Jefe del Ejército", sobre "una simple promesa de éste"; y esboza los casos probables y humanos: el ejército en desacuerdo con el Convenio *presionando* a su comandante en jefe para que marche contra "la pobre Junta a la que no quedará otro recurso que entregarse o huir".

Y con perfecto pero deplorable realismo venezolano cierra su negativa: "Es muy difícil que un hombre auroleado por el prestigio de una campaña victoriosa, aclamado por sus soldados que reclaman su continuación en el escenario político como garantía de sus sacrificios (ya que la Junta no puede garantizarlos debido a falta manifiesta de nexos con el Ejército) es muy difícil, digo, propio de ángeles y no de hombres, que ese Jefe renuncie el porvenir que se le ofrece para desaparecer voluntariamente dejando tras de sí la gloria y la fortuna".

Tras razonar el origen del "manifiesto" que Olivares dícele no conocer en su respuesta del 21 del mismo mes, pues de otro modo "no le habría hecho la proposición que desde luego resultaba inútil" –Ortega Martínez no quiere "firmar ningún convenio" por su cuenta "sin consultar antes la opinión de los numerosos compatriotas" que le "honran con su confianza dentro y fuera del país". Declara que "ninguno de ellos es partidario de la fórmula plural" y lamenta "infinito que el general Olivares" no sea uno de ellos "para tener la satisfacción de compartir juntos la gloria de haber libertado a Venezuela". "Tal vez –agrega– "sea usted el elegido por el

destino para realizar tan noble obra"; y le asegura al fin que el contingente que representa "siempre estará dispuesto a colaborar en la liberación de la patria" mediante las condiciones que juzga indispensables "para asegurar y preservar los frutos de la Revolución".

Olivares, en su respuesta de fecha citada, atrapa con una graficidad desconcertante los hilos del tejido político realista de su corresponsal, situándose arbitrariamente con su personalismo plural ideológico frente al categórico y escamado realismo de Ortega Martínez. Su argumentación, su frase "un ejército de ciudadanos armados", la tristeza que dice causarle que él haya podido suponer que todos los que están dispuestos a empuñar las armas, subordinados a un Jefe militar constituirían "un Ejército de genízaros que aclamaríamos al César, desconociendo la Suprema Autoridad de la Junta" le lleva en su amargura a que si creyera la posibilidad de semejante hecho "renunciaría hasta la nacionalidad"

Y al cabo de consideraciones que básanse al fin en lo inestable de la existencia humana para cifrar en un hombre perecedero –y más en una guerra– todo el problema de la libertad de un pueblo concluye: "Las consideraciones que dejo expuestas arraigan la convicción que ha determinado mi actitud desde 1915 en resolución irrevocable de no cooperar en ningún esfuerzo que no establezca con clara precisión dos condiciones: primera, que el Jefe Militar que vaya à dirigir las operaciones de guerra no sea el Presidente Interino de la República que ha de instalarse el mismo día en que las armas revolucionarias ocupen la capital, y segundo, que ese Presidente Interino no lleve personalmente la facultad de organizar la (para entonces acéfala) Administración Pública Nacional y de los Estados, sino que para ejercer esta facultad dictatorial requerida por aquellas circunstancias, lo haga teniendo un control eficiente preestablecido, que atempere esa facultad para que no se repita el abuso que hemos visto efectuarse decenas de veces. Esa resolución irrevocable la he tomado en cumplimiento de lo que conceptúo mis deberes como ciudadano consciente, y para cumplir también el que particularmente tengo de darle una reparación a mi patria por haber contribuido imprevisivamente, una vez, en mala hora, al triunfo de un "Jefe de Revolución" y al sostenimiento de un Gobierno personal que agregó otro eslabón a la larga cadena de Gobiernos personales que han flagelado al país".

En estas dos cartas quedan analizados en su esencia:

(a) el "Convenio" con su "Junta de Defensa Popular" y su Jefe de ejército propuesto por Leopoldo Baptista, R. M. Carabaño, R. L. Olivares, Francisco H. Rivero y L. L. Biamon desde Nueva York en 6 de febrero de 1923 a J. M. Ortega Martínez y Arístides Tellería; antes fue carta de Carabaño y Biamon para los mismos apoyando esa gestión (enero 29) y luego la que acompañó el propio documento (febrero 6) firmada por Baptista, Carabaño, Olivares y Biamon. En 7 de febrero responde Ortega Martínez manteniendo sus posiciones anteriores y acompañando

(b) el "contra-proyecto" cuyo resumen es: un Presidente del Gobierno de la Revolución (pues implica que el régimen en el poder "no es un

Gobierno"), una Constituyente a convocar, nacional y federalmente a breve término del triunfo: la base 16ª es terminante: "el Presidente del Gobierno organizado por la Constituyente"; y

(c) la contra-réplica que dirigen a Ortega Martínez –pues ya Tellería no está con él– Baptista, Carabaño, Olivares y Biamon girando en la misma órbita del "convenio "; publicándose

(d) dos folletos: el "Plan de Organización" de Jacinto López, y el "análisis" del mismo, combatiéndolo, y calcando sobre las frases del primero el epígrafe. "Se publica –dice el de López– para formar la opinión de los venezolanos en el destierro y decirle al mundo cuáles son los propósitos e ideales de la Revolución de Venezuela. "Este Análisis se publica –reza el otro–para contribuir a formar la opinión de los venezolanos en el destierro y decirle al país y al mundo cuáles son los propósitos e ideales de la Revolución Venezolana."

Más tarde, en este dilema que no podríamos considerar ahora sin una sonrisa, otros factores, como Néstor Luis Pérez, situaríanse en el sector Olivares-Baptista al cual ingresó Tellería en 1924, firmando con Carabaño en el llamado Pacto del "Angelita" cuyos orígenes narra al por menor uno de los actores contemporáneos. [47]

Los otros compatriotas que eficazmente intervinieron antes íbanse ya borrando voluntaria o involuntariamente de la perspectiva de ese grupo de militares y un civil que constituían "La Entidad Revolucionaria de Venezuela". [48]

[47] "Memorias", de Pedro Elías Aristeigueta, México 1929. – Páginas 16-21.

[48] "Pacto del "Angelita": "Los suscritos, constituidos en Comité Revolucionario para acordar las bases políticas del movimiento armado contra la tiranía actualmente imperante en Venezuela, hacemos ante nosotros mismos y ante la Patria, las siguientes manifestaciones: Enemigos de la guerra por principio y por sistema, la conceptuamos como un mal necesario y sólo la justificamos como una medida de suprema defensa, como en el caso concreto en que urgentes e inaplazables necesidades patrias la hacen cada día más necesaria y perentoria. En la historia de las diversas revoluciones que registra el País contra las tiranías, se encuentra de manifiesto que cada revolución no ha hecho sino entronizar una nueva dictadura que ha continuado en grado más opresivo la tiranía anterior, porque hasta ahora nuestras revoluciones, aun aquellas que han halagado al pueblo con promesas de ideales y principios, han faltado a la lealtad de sus programas por el degradante personalismo a que se han entregado, resolviéndose a la postre, en la práctica, en una mera sustitución de hombres y no en cambio de sistema. Reconociendo, pues, como honradamente reconocemos, que es el inveterado sistema de Gobierno personal una de las principales causas del mal que de mucho tiempo atrás viene afligiendo a nuestra Patria hasta traerla al grado de postración moral en que hoy se encuentra, al ponernos al frente de este movimiento cumplimos con el deber de hacer formal declaración de que una de las características de esta Revolución es destruir y desarraigar inequívocamente aquel funesto SISTEMA, y que bajo este común acuerdo venimos a mancomunar todos nuestros esfuerzos y todos nuestros sacrificios a objeto de procurar de una vez y para siempre a nuestra Patria, el triunfo de un programa de Gobierno impersonal en el que el régimen de los intereses públicos sobre los particulares sea el que en lo sucesivo informe todos y cada uno de los actos de nuestra vida republicana. Como prenda anticipada al País de la sinceridad de nuestro propósito, nos comprometemos solemnemente desde ahora, *constituyéndonos de este compromiso en garantes los unos de los otros, a que* tanto el Director Supremo de la Guerra como los demás Jefes con mando de armas, no podrán por ningún respecto ni bajo ningún pretexto, ser elegidos para la Presidencia de la República en el Gobierno Interino que ha de establecerse inmediatamente de ocupada la Capital de la República o antes si las

circunstancias lo requiriesen. A este efecto, los suscritos y los demás compatriotas que posteriormente firmen este convenio, designarán un Ejecutivo Nacional Interino el cual desde este mismo momento ejercerá todas las atribuciones que le corresponden, bien entendido que para hacer las designaciones de los Presidentes Interinos de los Estados y aquellos otros nombramientos no atribuidos al Ejecutivo por la Constitución, se requerirá indefectiblemente, para cada caso, el voto de la mayoría del Ejecutivo. Al llevar a la práctica los propósitos e ideas que en síntesis quedan anotados y que se expresarán más explícitamente en el Manifiesto que ha de darse al País, dedicamos todas nuestras energías y buena voluntad, obligándonos en compromiso por nuestro honor de hombres y de ciudadanos. New York, noviembre 19 de 1924. (Firmados) Leopoldo Baptista, Rafael María Carabaño, Arístides Tellería, Régulo L. Olivares, Néstor Luis Pérez".

CAPITULO XXXIX

"Mit der Dummheit Kämpfen Götter selbst vergebens". (Ni los dioses mismos luchan contra la estupidez.)
Goethe

Unión, uniones, reuniones, desuniones – Discrepancias que no discrepan – A última hora los hombres de principios y los principios de algunos hombres – El programa del comunismo venezolano en el destierro (1928) – La incógnita del problema – Unos facciosos más y algunos candidatos menos – La rebelión estudiantil del 28 – El único discurso conocido del general Gómez – El asalto de Curazao – Gabaldón alzado y Norberto Borges preso – Génesis de la Junta Suprema de Liberación y su fin.

EL DOCTOR Pedro Jugo Delgado, que regresó de Europa, nos trajo la impresión exacta de lo que ocurría. Arvelo Larriva volvió de Venezuela en la comisión que se le confiara.

Ya en febrero de 1928 se había fundado en Nueva York la llamada "Unión Cívica", lanzando el respectivo "manifiesto". Concentraría "sus primeros esfuerzos a la consolidación de sus propios cimientos formando el tipo del verdadero ciudadano", y ofrecía "a base de propaganda netamente cívica, colaboración activa y solidaria a todas las asociaciones que persiguen el mismo fin". Fundó la sociedad su órgano propio –*Acción Cívica*– y celebró sesiones frecuentes. Las relaciones de esta "Unión" con la "Unión Obrera", que tenía también su periódico– el más constante a través de los años –eran tolerablemente buenas. Figuraban en ambas agrupaciones, oficial u oficiosamente unos y otros... Por un tiempo, hasta el año de 1928, el "jefe de redacción" había venido siendo R. A. Martínez, calificado como comunista militante. Pero presidía la "Unión" y dirigía el periódico en la etapa que reseñamos, Bernardo Suárez. Fue en el ejemplar correspondiente a enero de ese año que Gustavo Machado publicó las declaraciones en que bajo el título "La Revolución de Venezuela", se propone explicar la "necesidad de una doctrina revolucionaria". Halla que hasta ahora, unos no se han preparado "estudiando las condiciones del medio en que pretenden actuar", otros creen que a golpe de fraseolo-

gía política puede lograrse el objeto y echando mano de las palabras "patria" "libertad", "orden" tratan de justificar "medidas represivas contra los verdaderos revolucionarios"; y enderezando hacia nosotros considera que eso de "la vergüenza de América" es "una frase vacía" "que no sirve más que para satisfacción personal de su autor, engañándose a sí mismo y confundiendo a los hombres sinceros que buscan tareas revolucionarias concretas".

Y como no cree que Juan Vicente Gómez monopolice ese juicio, a pesar de su ferocidad, halla que esa vergüenza se encuentra "más que dentro del país, fuera de él, entre la mayoría de la emigración". Estudia luego "la mayoría de la emigración" y sus conclusiones son las nuestras: "la *mayoría* de ella es un reflejo de la dictadura gomecista". "La dictadura de Gómez es "el régimen lógico y natural de una pandilla de salteadores fronterizos, apoyada por los poseedores de la tierra, la Iglesia Católica y el imperialismo internacional. La complicidad indirecta de la mayoría de la oposición es también la consecuencia lógica de la actuación de una *pandilla semejante y de la misma extracción* que los actuales opresores de Venezuela la cual ha controlado hasta ahora las posibilidades de derrocar la dictadura y ha dividido a la mayoría en grupos personalistas alrededor de "Presidentes en el Destierro", grupos rivales que se han convertido en espías y delatores unos de otros, en tratos con los funcionarios venezolanos".

Tras un cargo tremendo a algunos "caudillos" que hasta se servían del enemigo común para dañar cualquier intentona de grupo rival [49] presenta la tesis del "feudalismo venezolano" dentro con Gómez y fuera con los "reaccionarios". Y cree llegado el momento de *deslindar* los campos. Su deslinde, como esos juicios que dice "impersonalizar", peca de la arbitrariedad del hombre que prejuzga con la idea fija.

Destaca la estupidez de la frase que "en Venezuela no existen problemas sociales" [50] y al recorrer el índice de las injusticias de nuestro medio que forman en verdad la base del estado humano en Venezuela, declara que "estas cuestiones han de ser estudiadas cuidadosamente para poder sacar conclusiones reales y, basadas en ellas, adoptar un programa de acción y una táctica que correspondan a las condiciones del medio" y precisa, hasta personalizando en símbolos nominales la reacción interna y la exterior; la primera es el feudalismo o el semi-feudalismo (Gómez, "los caudillos, los latifundistas, la iglesia católica, los intelectuales, la pequeña burguesía, los capitales extranjeros"). La segunda, el feudalismo y semi-feudalismo (los "caudillos" que aspiran a la Presidencia – Ortega Martínez, Baptista, Olivares, Delgado Chalbaud, etc., y los neocaudillos, los "desarraigados" que viven fuera de sus rentas devengadas en la explotación venezolana; los intelectuales que "se despreocupan de

[49] Colecciones de *Libertad*, *El Bonete*, *La Chispa*, etc. 1928–1930. México-Barranquilla.
[50] *Manifiesto* de la Unión Cívica de Nueva York ("...en Venezuela no existen problemas sociales").

las cuestiones sociales y representan al lado de los caudillos, al igual que sus equivalentes con Gómez, a los bufones del medio-evo". [51] Resta un "sector insignificante de la pequeña burguesía compuesto de liberales demócratas que exageran la fuerza verdadera de los caudillos y que por táctica consideran contra-producente combatirles. Estos elementos timoratos se colocarán en sus puestos tan pronto desaparezca la dictadura actual".

Y concluye así Machado: "Nuestro enemigo. La reacción es el enemigo que debemos combatir donde quiera que se encuentre, dentro o fuera de Venezuela. No es un hombre, ni un grupo de hombres. Es una mentalidad, un sistema de procedimientos, un régimen político y social, una organización económica. Por eso nuestra táctica habrá de ser diferente según los elementos –feudales o burgueses– a quienes tengamos que atacar. A los feudales es necesario destruirlos como fuerza social y económica; [52] a los burgueses y pequeños-burgueses tratar de separarlos del grupo de la reacción. La dictadura de Juan Vicente Gómez ha de ser destruida por el esfuerzo de los elementos revolucionarios, pero esto no es más que un paso, un obstáculo que apartamos del camino. Gómez en la vida de un pueblo, a pesar de los 19 años de tragedia dantesca, no representa sino una etapa insignificante. Son muchos los Gómez que aguardan su muerte para ejercer una dictadura semejante. Debemos contestarnos sin aplazamiento la siguiente interrogación: ¿Cuál es la fuerza verdadera de la Reacción? En la actualidad es indiscutiblemente mayor que la de la Revolución. Pero, en el futuro, ¿será capaz de aumentar? La respuesta tiene dos aspectos, uno negativo: dentro del país su fuerza disminuirá en proporción del aumento de las fuerzas revolucionarias. La intervención armada de los imperialistas y aún el desmembramiento del territorio nacional pueden, sin embargo, proporcionar a la Reacción fuerzas suficientes para lograr su predominio durante el tiempo necesario a la Revolución para constituir, orientar y disciplinar a todos los elementos con intereses opuestos a la reacción y al imperialismo. *De manera que nuestra lucha es esencialmente una lucha anti-imperialista y, por lo tanto, ha de ser coordinada continentalmente, vinculándola a la lucha mundial anti-imperialista"* [53].

"Los elementos que componen la Reacción como ya hemos visto son heterogéneos, tienen intereses encontrados, son incapaces políticamente para la organización y no lograrán constituir un organismo de lucha que, representando sus intereses opuestos, aumente la combatividad de sus fuerzas mediante una dirección democrática y disciplinada. La Reacción es incapaz de acción colectiva y a medida que la propaganda de la revolución llegue a las masas, a los trabajadores del campo y de la ciudad y se constituya en Venezuela una burguesía nacional, las fuerzas con que hoy

[51] José Vasconcelos, a propósito de Vallenilla Lanz, Chocano, etc.

[52] "Hay que acabar con los godos hasta como núcleo social". Guzmán Blanco.

[53] *The History of the Russian Revolution* – León Trotsky – Londres 1934.

cuenta serán destruidas y substituidas por otras con carácter distinto y los imperialismos tendrán que reconocer la inevitabilidad de ese cambio. Su apoyo será entonces prestado a la derecha de los nuevos elementos en lucha *. En cambio el porvenir es de la Revolución. Ya existen tres organizaciones que representan un esfuerzo, una voluntad decidida y una visión real de la situación verdadera en Venezuela: La "Unión Obrera Venezolana", la más antigua, constituida por trabajadores residentes en Nueva York y que ha dado pruebas numerosas de constancia y revolucionarismo; El "Partido Revolucionario Venezolano" que ha sido constituido como un verdadero órgano político, con un programa y una disciplina, para agrupar a todos los elementos revolucionarios en el extranjero, orientarlos y capacitarlos en la lucha política y tratar de penetrar secretamente al interior de Venezuela; y la última en constituirse, la "Unión Cívica Venezolana", esencialmente anti-caudillista, cuyos iniciadores han interpretado el sentimiento de un número considerable de desterrados que una larga y dolorosa experiencia les enseñó la necesidad de cambiar el individualismo militarista, si se aspira a la implantación en Venezuela de los principios de una república democrática. El examen y análisis de la organización y funcionamiento, de los errores y progresos de estas organizaciones, será objeto de un próximo artículo donde examinaré sucintamente la REVOLUCION, sus elementos, sus tareas y programa. Gustavo Machado. Nueva York, Diciembre de 1927".

La "Unión Obrera" protestó de tal cita como "afiliada".

En la "Unión Cívica" apareció como Presidente, Atilano Carnevali.

El "Partido Revolucionario Venezolano" abrió sus fuegos contra todo y contra todos. Y fue en esa época –ya para lograrse la constitución de "un organismo de lucha que representando sus intereses opuestos" aumentara "la combatividad de sus fuerzas, mediante una dirección democrática y disciplinada"– para ceñirnos a la propia concepción del problema con las mismas frases del líder Machado –que hicimos lo imposible– hasta sacrificando el más justo y humano amor propio maltratado con iracundia y sin escrúpulos por los miembros más oscuros e inciertos del Partido Revolucionario Venezolano, cuando aceptamos una invitación de la "Unión Cívica" de Nueva York. Allá fuimos a dictar una conferencia en el auditorium del Hotel Cadillac el 17 de diciembre del 28... Allí estuvieron los representantes de la célula comunista en Nueva York, allí tomaron nota de nuestras palabras. A los postres de un almuerzo que nos fue ofrecido por un grupo de compatriotas la tarde antes, tuve con ellos una larga conversación. Nuestro folleto aludido parecía haberles causado cierto efecto por su serenidad y por su buena fe. Con todo, ni ellos en su actitud sectaria –aunque definida y categórica– ni los otros con sus individualidades anárquicas pero llenos de un recelo o de un celo inexplica-

* Una revolución concebida desde el punto de vista "experimental" –realismo de Carlos Marx o "progresiva" tipo primario Lenin y permanente Trotsky– no puede aventurar respecto de masas heterogéneas condenándolas a derivar a la derecha. Lástima que aquí el psicólogo, el sociólogo y el sectario no esté a la altura de la propaganda.

bles ofrecían otra posibilidad de unión que la muy escueta de ciertos intereses creados; dentro del partido P. R. V. aquéllos, y al margen de aspiraciones disfrazadas de desinterés los otros... Así que nada creímos logrado, a no ser la propia declaración de algunos miembros de la "Unión Cívica":–"Esa conferencia suya ha venido ya cuando 'esto' estaba en vías de disolución". No se disolvió "eso"; aguardó el grupo dirigente que quedó allí que el éxito los llevara por el camino de la cooperación incondicional. Pero la catástrofe les proporcionó a los de la vanidad herida por agravios supuestos o a los de la solidaridad familiar por carencia de espíritu crítico, de ecuanimidad y de ponderación, la ventaja de cosechar en la glorìola del escándalo esas flores de un día de reputaciones ocasionales. "C'est pire qu'un crime, c'est une *betise*."

Bajo el título general de "La Incógnita del Problema", pasando en reseña el factor interno histórico; el factor externo actual; las conspiraciones de Caracas y de los Estados; lo de la república del Catatumbo que se agitaba entonces, y en lo que nunca creímos; la actitud imprudente de complicar el factor internacional con una propaganda que sin darse cuenta sirve a los mismos intereses extraños que combate y que calificamos de "boomerang" –esa arma australiana que vuelve a poder de quien la arroja– y citar documentos contemporáneos de la propia cancillería del gomecismo, suscritos por el ministro Itriago Chacín que en ellos estaba a la altura de sus deberes, y examinando hasta agotarlas la "cuestión de clases, y las cuestiones regionales" y la posición de "los intelectuales" en los procesos históricos autocráticos, oligárquicos o despóticos, afirmábamos que "la revolución constitucional de Venezuela... retrocedería en su empeño cuando desde las bocas de Dragos el Orinoco remonte hacia los raudales de Río Negro". Nuestras postreras palabras –porque desde entonces no tuvimos sino silencio y acción fueron éstas, a manera de un codicilo al testamento del Libertador:

> "Mañana yo regreso al Canadá, al silencio, a la nieve que es como un blanco sedativo para olvidar y ser olvidado. Yo no he venido aquí esta tarde a sustentar ningún derecho personal sobre ninguna posición dada en la oposición. Los primeros factores de la revolución que se encuentran aquí en este momento, saben cómo yo he renunciado de una manera categórica y consciente a cuanto cometido honroso se me ha querido dar en ella; y saben lo que han logrado nuestros esfuerzos. Se ha dicho, y yo lo deploro por quienes lo han dicho y lo han de sentir en este momento, que mis trabajos históricos se resienten de la autobiografía. Yo no quiero convencer a estos excelentes compatriotas de que para la patria lejana yo no deseo ser sino un cero en la cifra que integra el valor de la acción. Pero un cero allí. Nada quiero; los rectos y los leales, tendrán siempre en mí lo sólo que yo tengo, o que me han dejado: una pluma. Es muy poco para volar, pero es bastante para que en la tranquilidad de mi conciencia y en la paz de mi destierro, –que sólo yo sé cuánto va teniendo de

tumba– pueda consolarme y pueda recompensarme a mí mismo al ver a mis compatriotas unidos, queriéndose unos a otros, estrechándose con brazos fraternales, y saberlos extraños a toda pequeñez y a toda miseria, útiles, sencillos y resueltos como los quiso el hombre aquel que abandonamos en el silencio atlántico y a quien nuestra vehemencia, nuestra malicia excesiva de meridionales, nuestros juicios temerarios, amargaron las últimas horas y le pusieron a agonizar en el camastro de un español, bajo la asistencia de un médico francés. No quisiera terminar esta conferencia sin dejarles en el alma un recuerdo imborrable de esa pausa grave de la desmembración y de la catástrofe. No es la hora en que va a expirar el Libertador; es el momento en que Mariano Montilla oye de labios del doctor Reverend que el ilustre enfermo, que el pobre enfermo deberá morir. Montilla es un caraqueño. Montilla es un espíritu ligero como el más ligero e irónico de los mantuanos de entonces. Es el hermano de aquel Don Tomás en cuyos labios floreció esa ironía un poco cínica de todos los jugadores. Cuando el médico le dice que el Libertador morirá, Mariano Montilla sólo contesta con una interjección. Esa interjección que todos conocemos. La hemos leído en las páginas amarillentas de Blanco y Azpúrua, y una noche de 1919 yo la oí estallar como una flor de rebeldía suprema en los labios de un adolescente a quien Gómez condenó a muerte. Cuando la última contracción de la agonía desquijaró las mandíbulas del cadete Aranguren-Moreno, él la escupió en la sombra. Todos en este momento la tienen en la mente. En una modesta especia que condimenta ciertos manjares, elevada a la quinta esencia desde las antesalas de la muerte del Libertador hasta los calabozos de la Rotunda de Gómez. Yo no he leído jamás ni en la página misma donde Víctor Hugo consagra "les hommes du dernier carré de Waterloo"... nada más elocuente, nada más hondo, nada más desolado que esa expresión vulgar y áspera del corazón que se atormenta y se desahoga en un vocablo. Con él en los labios id ahora mismo al encuentro de aquel que es vuestro enemigo, ¿enemigo de qué? De rencillas, de diferencias de opinión, de diversidad de conceptos; y estrechadle contra vuestro corazón, porque debemos ser los mismos hombres y asumir las mismas actitudes en idénticos momentos. Y ya que hemos sabido morir a través de la historia, sepamos vivir a través de ella; y ya que somos pueblo seamos también grandes y magnánimos como el pueblo. Los caudillos, los intelectuales, los obreros, los proletarios, los comunistas, ¿y qué? ¿No toca vuestras fibras más profundas ese gran clamor que surge de la huesa de Santa Marta y que dice: ¡Uníos, colombianos, o la anarquía os devorará!? ¡Uníos, sí uníos de dignidad, uníos de valor, con lágrimas en los ojos que la batalla contra el mal es una sola y malditos sean los que aprovechan en esta hora la emoción sagrada para sorprendernos con sus propósitos personales! No, no hay caudillos, no hay intelectuales,

no hay obreros, no hay comunistas; hay solo venezolanos. Venezuela será y es una y única contra todas las fuerzas adversas. No hicimos la indepedencia con santos, ni la patria la fundaron bienaventurados. Con militares desmandados, con viciosos de todo jaez, con políticos de toda maña, con jugo de sudor de esclavos, con "patas en el suelo" y sangre apelmazada de indios y gorgueras de encaje, un solo ideal aleó y forjó ese metal sagrado de la libertad, en cuyo molde hemos fundido nuestros mártires, nuestros santos y nuestros héroes... Y Dios no ha roto el molde."

Nueva York, las Antillas, etc., fue lo de siempre... Nuestra actitud estaba fijada: que se alisten los que quieran; no cerrar las puertas a nadie; no supeditar tampoco a las audacias verbales ni escritas de ninguno un solo elemento moral o material disponible. Sea lo de París, sea lo de donde fuere, ya todos esos "doctrinarios" de las "juntas" y de las "uniones" –derechas, izquierdas, socialistas, comunistas, moderados o personalistas irán con sus ditirambos o sus improperios– de buena o mala fe –a alistarse en el impulso que pudiera poner en grave riesgo al régimen de Gómez... Antes vimos esas alianzas desconcertantes ¿por qué no iban a repetirse con esa cronicidad del venezolano a trillar las sendas que ha venido trillando aparte de todo el anhelo que podamos tener en sacarlo de ellas? Fascinado por el gesto –aunque el gesto tenga un origen turbio; esclavo del éxito, aun cuando lo marque un crimen– el político venezolano desde 1830 es un simple alambre trasmisor de una poderosa corriente psicológica pasional y personalista... Y los hombres que dicen combatirla, generan en sí, en sus actos, en sus exclusivismos y hasta en la forma de atacar y de defenderse esa misma fuerza avasalladora –"Por encima de mí mi sombrero"– dicen con ingenua altanería los demócratas verbales.

Sí; su sombrero, y su jefe único; su sombrero y su general; su sombrero y su doctor... El sinsombrerismo es acaso la reacción inconsciente de un estado de espíritu. Pero mejor sería el sinjefecismo. No tienen esa unánime disciplina cuando es la hora. Para ser gobernados, les sobra.

Nosotros no estábamos en París el 5 de julio, cuando se eligió la "Junta de Liberación de Venezuela" al obtener Delgado Chalbaud con la firma de banqueros hamburgueses Félix Prenzlau y Compañía un parque y un barco para transporte. Fue el coronel Samuel MacGil quien le puso en contacto con Félix Kramarstki, socio de la firma.

Ya desde 1927 habíase pensado en Santos Dominici para presidirla o en Alberto Smith. Con Gil Borges no se contó nunca, su carta a Dominici en julio de 1929 confirma cuanto respecto de su actitud en tal sentido

abstencionista pudiera decirse en razón a ser Sub-Secretario de la Unión Panamericana, para lo cual, retirado del régimen gomecista y todo, contó con el voto y los buenos oficios de Arcaya y estuvo en trato cordial y literario con el viejo embajador del despotismo.

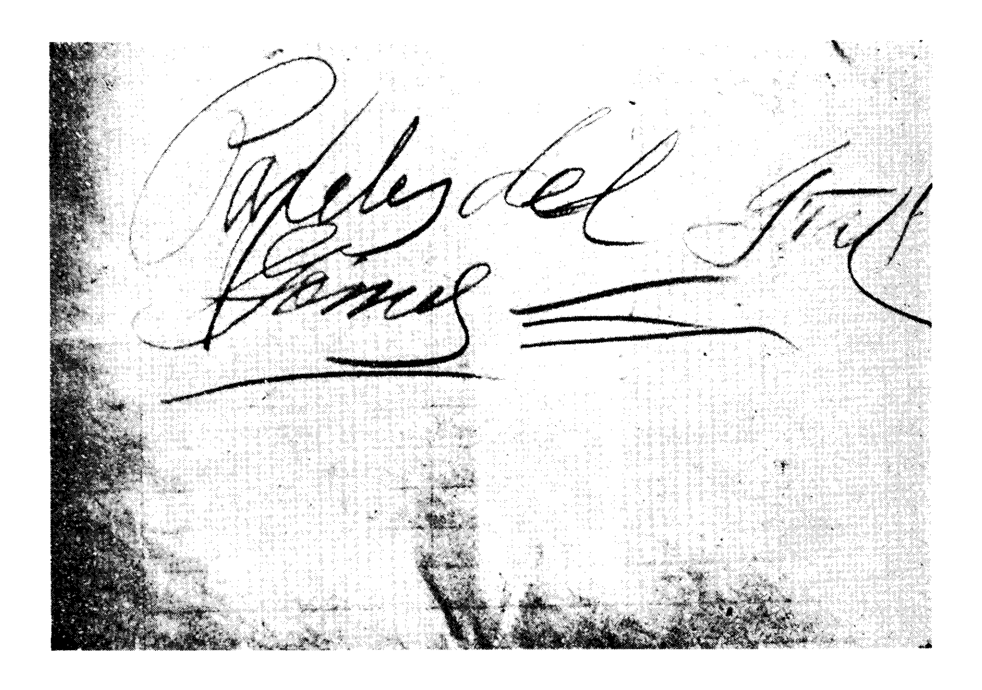
Juan José Mendoza había sido otro candidato que Atilano Carnevali y nosotros –en pacto formal firmado– presentamos... Delgado Chalbaud –según nos refirió más tarde en París– había tratado de acercársele, y Mendoza rehuyó manifiestamente el encuentro. Acaso ignoraba de lo que se trataba...

Jacinto López y nosotros examinamos la posibilidad de Juan José Abreu, pero ¿estaría dispuesto a salir del país? ¿Podríamos asumir la responsabilidad de llamarlo?

Los movimientos militares y estudiantiles sacudieron los ánimos. La opinión exterior ya soliviantada por los hermanos Carnevali –Gonzalo con brillantez literaria y profundo sentido crítico, Atilano con laborioso tesón– habían precedido las páginas en que los emigrados iban dando al mundo cuenta de la delirante satrapía que iba a llegar a esos pasos de comedia que fue el proceso Gómez-Pérez-Gómez.

La marea ascendente de la desvergüenza, aquel Congreso en Maracay... ¡"sí", "sí"!... Las frases truncas, espantosas en su realidad y en su desdén, con que un Gómez hastiado y despreciativo les dijo:

> "Pues vienen ustedes a sorprenderme, porque yo verdaderamente he creído que vendrían a complacerme, pero ha sido todo lo contrario de lo que yo pensaba, pues insisten ustedes en una cosa que yo no acepto. Es un asunto que yo he explicado mucho en mi Mensaje, y en mi telegrama de El Trompillo, en los que digo que yo no veo esa necesidad porque comprendo que la existencia de Venezuela hoy es para formar hombres. La formación de esos hombres debe ser sobre una base sólida como la situación de Venezuela. Lo dije en mi Mensaje, que yo había encontrado a este País, como una casa en escombros y formé una casa solida. ¿Y qué se necesita para mantener una casa? Un individuo que la cuide, que la conserve, pero no mi presencia para cuidarla. Las energías que yo tengo no son sino para hacer algo grande en favor de la Patria y por eso he escogido el trabajo, para cultivar la tierra. Yo soy un agricultor y criador, pues en esos trabajos me crié y me formé y he dado buenos resultados. (Creo que los he dado.) En los trabajos de agricultura y de cría tengo mucha práctica, y por eso, quiero que me complazcan en mis deseos, aunque siempre yo estaré atento al bien de la Patria. (Grandes aplausos.) La Patria ante todo, lo demás nada importa, ni la vida, y al necesitarme no me haré esperar, para eso se cuenta conmigo. (Grandes aplausos.) Pero por lo demás tengo que volverlo a repetir:



Anotaciones autógrafas hechas por el Gral. J.V. Gómez para responder a los comisionados del Congreso que le participaron su elección a la Presidencia en 1929.

Abril 25 a Mayo 3

Recibi la participacion dela eleccion que an echo en mi para la Presidencia de la Republica en el rresultado Constitucional = Que no puedo aceptar por que tengo necesidad de pararme al frente de mis intereses que reclaman mi presencia = Pueden nombrar a otro teniendo el cuidado de buscar el hombre que reuna las condisiones que se necesitan de garantias que se interese por la Patria de cuidarla i honrarla como lo merese para la tranquilidad [illegible] i seguridad de todos. [illegible] debo aprobechar la oportunidad de complaser a los que no quieren mi presencia en la Presidencia — [illegible] debo desirles que fuera de este puesto estaré a sus ordenes i que pueden contar conmigo para todo —

Recibí la participación
ese Soberano Cuerpo he-
a mi para Continuar desempe-
ño al frente de la Presidencia
la República — No creo
necesario hoi mi presencia com-
está la situación i como la
por mi mensaje —
Creo mas conveniente
resultados para la Patria po-
ner al frente del trabajo,
agricultura, la Cría, cul-
la tierra que es la Madre
todos i para todos la base prin-
cipal i que está mui decaida
necesitamos darle empuje, energía
la voluntad sin descanso — i
yo al frente de mis intereses,
con mis cosas mi práctica que
tengo en ~~el~~ trabajo será de
muchos resultados para el por-
venir
Para ~~el~~ Presidente de la Re-
pública como está hoi la Situa-
cion es mui facil escojer
el hombre — ~~[illegible]~~

que sea honrado, bueno i que
se interese por la Patria para
cuidarla i levantarla i [illegible]
En vista de lo expuesto dejo
el hombre, pues no acepto el nom-
bramiento que me hacen —
Fuera de este puesto estoi
a sus orden para todo —

Sor Juan Atilano [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible] el [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible] [illegible]
[illegible] [illegible] [illegible]
[illegible] [illegible] [illegible]
para [illegible] [illegible] el [illegible]
[illegible] [illegible] [illegible]
[illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] este quedo [illegible]
[illegible] [illegible] [illegible] [illegible]
[illegible] que no pueda saber [illegible]
[illegible] llamo [illegible]
para [illegible] [illegible] [illegible]
[illegible] pueblos [illegible]
[illegible] [illegible] [illegible]
[illegible] Comprendo que mi presencia en la residencia no es necesaria así al frente de mis intereses para el desarrollo de la agricultura la cría i el trabajo que se hace entre, y que hoy es la más que necesitamos para aprovechar la bendita paz i que la tierra [illegible] todo lo grande que tiene, agua, comida [illegible] para [illegible] [illegible] todos

Segun la situacion de
Venezuela [illegible] conviene
Necesitan buscar un hombre
para la Presidencia que sea
honrado bueno que no tenga
inconvenientes contra que
signifique un buen patriota
para que la cuide [illegible]
lo [illegible] mejor —
Tambien debo decirles que
[illegible] que
una de este puesto, es-
toy con Uds. para todo lo
que buenos sean —

en vista de lo que Udes. desean
para poderlos Complaser— Pues aseto
pto el nombramiento de Gral en
jefe del Ejercito de Venezuela
Todo queda resuelto

Con el nombramiento del
Gral en Jefe del Ejercito de
Venezuela, pues es la base prin
sipal para garantisar ga
nar la tranquilidad i el bi
en estar de Venezuela, siem
una pase tan poderosa como
es el Ejercito, i el de Venezu
ela siempre fue respetado por
[illegible]
pasar el [illegible] nombramiento del Pre
sidente tengo que darles el can
didato pues este tiene que ser
de toda mi confianza para
que marchemos siempre de acu
erdo en todo i que todo
el Presidente tiene toda en todos
los asuntos de importansia que se
an de acuerdo conmigo, esta
Clausula [illegible] tiene que pone
rsela i menos en el Ejercito
Mi tiene que ser exclusiva
mente mia lo que se aga
pues es la manera de poderles res
ponder de todo—

Lo que mas nesecita hoy
Venezuela es el desarrollo de la
agricultura i la Cria por ser
las mas importante la mas u-
til, i la mas nesesaria pues es
una riqueza muy grande que hai
en la tierra que nesecitamos sa-
carle i esplotarla para el bien
de la humanidad —
Siendo esa nesecidad yo me
quiero sumarme al frente como
agricultor i criador i trabaja-
dor para con mi Venezuela
i mis consejos, i empeño a dar la
fuerza valor, i esfuerzo para que
llegue el dia que nada nos
falte —

José Parkers González

que no acepto la Presidencia. Me siento con energías para trabajar porque creo que no he hecho nada. Busquen ustedes la forma para darle solución a este asunto. Y ahora permítanme que les diga lo que pueden hacer, ¿me lo permiten? (Voces: Sí, sí.) Pues bien, lo que han dicho muchos enemigos. Ese señor lo que quiere es que le vayan a rogar para que acepte la Presidencia. Yo no quiero que me vengan a rogar, pues no estoy acostumbrado ni a rogar ni a que me rueguen; debo decirles que debemos arreglar la situación. Yo no acepto la Presidencia, pero sí quiero que ustedes me nombren General en Jefe del Ejército. (Grandes aplausos.) Porque ese Ejército para mí es la vida; son dos cosas que yo quiero mucho: el Ejército y el Trabajo. Así es que ustedes tienen que escoger un hombre que de acuerdo conmigo en todo y para todo ejerza las funciones de Presidente. Respecto al Ejército manejado por mí, respondo de la tranquilidad y la paz de Venezuela; y cuando los enemigos lo sepan, bien se guardarán de ninguna acción contra la República. El individuo que ustedes escojan tiene que obrar en todo sentido de acuerdo conmigo y de esa manera tendrá que marchar todo perfectamente bien. Si les parece entonces, se encargarán de hacer la organización y el nombramiento que calculo yo que será el 23 de mayo. (Grandes aplausos.) Si a ustedes les parece, yo les doy un candidato, que tendría yo que escogerlo, buscarlo, para que ese candidato tenga que marchar de acuerdo conmigo. Si ustedes me autorizan, yo les buscaré uno. (¡Sí! ¡sí!) Esto que hemos resuelto aquí deben publicarlo esta noche, porque es una necesidad, para que todo el mundo sepa, dentro y fuera del país, el arreglo hecho y los motivos y razones que he tenido yo en no aceptar la Presidencia, pero que sí acepto ser el Jefe del Ejército." (Grandes y prolongados aplausos.) (Transcripción taquigráfica del doctor A. V. Medina.)

Presentábase, una vez más, en el muro cerrado del gomecismo único la grieta de su posibilidad anárquica...

Arévalo González volvió a pasar bajo la bóveda de piedra de las prisiones nacionales...

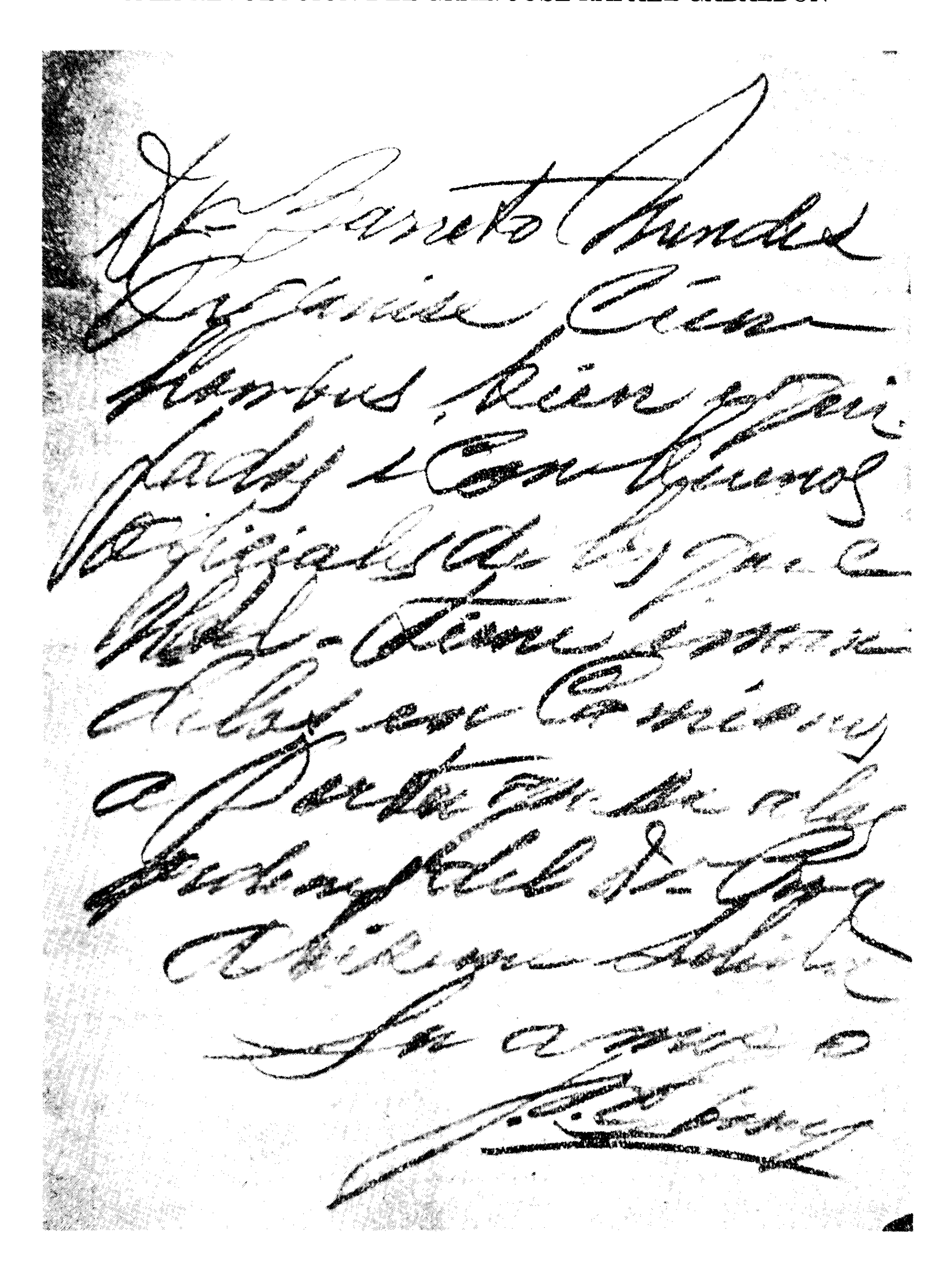
Y con él, otros, ¡muchos! Esta vez más que nunca.

Gustavo Machado –obligado a salir de México porque el callismo voltea faz y Morrow predomina– está en Curazao. Los peones venezolanos en las refinerías son numerosos, los asilados también. El gobierno colonial de esa Antilla, sucursal de la prefectura de Caracas, peor que nunca. Persigue, veja, auxilia, azuza. Asesinan a José Dolores Montenegro; se encarcela a los que se refugian en esa roca que no quiso comprar Guzmán Blanco y que hoy valorizan aceites venezolanos. Y allí, con ésos llama a Rafael Simón Urbina y una noche se apodera de la isla; obligan a un



El cadete Armando Chaves, detenido en la Rotunda de Caracas, portando grillos tipo 75 libras. (Foto tomada el año 1930.)

COPIA DE ALGUNOS DOCUMENTOS ORIGINALES REFERENTES A LA REVOLUCION DEL GRAL. JOSE RAFAEL GABALDON



[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]

barco mercante americano a llevarlos a la costa de Falcón. Llévanse en rehenes y devuelven con el mismo barco al gobernador holandés... Y las cancillerías del mundo leen aquello atónitas –algunas ríen. La prensa extranjera titula "Una aventura del siglo XVI"... No: es la desesperación venezolana y la audacia de un puñado de hombres. Frutos: ninguno. Cae muerto Laclé en uno de los encuentros. También de allá muertos; y de acá, muertos, prisioneros, fugitivos... Escapan unos cuantos– "Audaces Fortuna Juvat"... Sí, la fortuna es de los audaces. Y la merecen.

Pero esto contribuye –y en grado máximo– a templar el arco distendido de la voluntad exterior.

Y sean cuales fueran las intenciones o los errores de aquello, la hazaña es auténtica.

El comunismo venezolano de las propagandas papelucheras, un poco grotescas, un mucho injustificadas, pasa a los hechos. Y escribe su primera página de acción con buena tinta: sangre, sudor, hierro.

José Rafael Gabaldón, lánzase en abril a la lucha... Le han ofrecido villas y castillas. Queda solo o casi solo.

Un Gómez tremendo de saña destaca a Eustoquio, a Juan Fernández, a Galavís, a Pedro María Cárdenas y a León Jurado, sobre el inerme campeón que cae en manos de Eustoquio, en 23 de junio y va para las Tres Torres. La juventud estudiantil rinde con él su única espada.

Iníciase a principios de mayo en Guatire y en diversas jurisdicciones del Distrito Federal, el movimiento encabezado por Norberto Borges, que también cae preso antes de poder ponerse al frente de él.

Y esto casi contemporáneo cuando Delgado Chalbaud nos dirige en clave cables decisivos: *"Junio 6. – Tengan todo preparado para venirse. – Isla Orchila fin tener base.–Junio 11.–Prepárese salir necesítole aquí fin de mes. – Junio 12. – Avise por cable su salida dejando todo organizado porque probablemente usted no volverá* (firmado) *Rodelchal".*

Orchila; sí: la isleta del Caribe, echada como un alcatraz inmóvil entre los Roques y Tortuga...

La Junta ¡la junta! ¿quiénes son los de "la junta"? ¿son los cinco del plan Olivares, presentado por Pérez en otra forma pero el mismo conocidísimo en su esencia? ¿son los ministros y el presidente en campaña de Ortega Martínez? ¿son nueve, son quince?

París escribe a Nueva York; Nueva York a las Antillas, a México, a Costa Rica; Montreal a Santo Domingo, a Cuba, a Colombia... Parten hombres, de prisa, de incógnito: invitados, sin invitar; con viáticos pagos o de su bolsillo.... Aguardan otros, o se preparan.

Los comunistas–todavía Carlos León y de la Plaza que no asaltaron en Curazao, asaltan a fuerza de periodiquitos y de notas insidiosas: ¡"los caudillos"! ¡"la expedición que se prepara"!, "Delgado Chalbaud, el futuro Gómez", "el sinvergüenza de Jugo-Delgado", "Dominici, el hombre de

paja de Delgado", "Pocaterra, el intelectual corrompido", "los tránsfugas de Nueva York", "Aristeiguieta el del "Angelita", "Arévalo-Cedeño, el cuatrero"[54].

Ya Baptista está en París, con poder de sus compañeros del 20, del 23, del 26.... Dominici tiene una carta y poder de Néstor Luis Pérez desde junio 20, Peñalosa aguarda en Cúcuta. Pedro Elías Aristeiguieta sale de Europa a internarse en oriente, vía Trinidad, a esperar el parque ofrecido para sus guaiqueríes... Blanco Fombona es llamado de España; su hermano en Colombia. Simón y Rómulo Betancourt tienen de meses antes, su grupo de voluntarios y están listos en Santo Domingo; Bernabé Pérez, Pancho Gutiérrez en Port-of-Spain; Wendehake en Panamá; Asunción Rodríguez, hijo, metido en el propio Cumaná o cerca. Y aunque Arévalo Cedeño se marchó, mucho antes, por su cuenta a invadir y no pudimos nosotros evitarlo ni vencer su esceptismo de que "no se conseguirá nada y que a Delgado lo estaban engañando"[55] allá lo encontraremos en acción. Ignórase todavía qué ha sido de Gabaldón en Portuguesa. Hacía el 17 de la "rue Babylone" en París van por todo itinerario algunos hombres; buenas voluntades, ningún dinero ¡pero muchas cartas, muchísimas!

Una frase positiva, sigilosa, mágica en la vasta engañifa dilatoria de tantos años:

–Delgado tiene todo.

Delgado tiene todo porque lo ha dado y lo dará todo: le da a Baptista el más alto cargo militar de que dispone.

–¿Y a usted quién lo elige? –pregunta el político de las arduas combinaciones de programas desde 1913.

–¡Me elijo yo! – responde sin inmutarse – con tanto o igual derecho como ustedes se eligieron en el pacto del "Angelita".[56]

Pero como las frases son previas a las formas, el argumento aun así, no tiene ya peso.

Delgado lo da todo, porque don Antonio Aranguren no da casi nada. Un plutócrata-castrista –a quien Delgado va a pedirle una limosna, responde: –"Cuando la vanguardia de ustedes esté entrando a Miraflores y la retaguardia vaya por Antímano"...

Siquiera Aranguren promete.

Pero a pesar de esto y de muchas cosas más que huelgan, se reúne un grupo de venezolanos entre los cuales hay un Edmundo Urdaneta, joven, rico, que sin saber ni conocer nada de todo aquello, da cuanto puede y se enrola como sea, soldado u oficial; un Alcántara que sí sabe bastante de todo pero está resuelto a pelear; Aristeiguieta, que firmó en poder y partió a su destino signado por la muerte; Francisco Angarita Arvelo y

[54] Colección de *Libertad* 1928-29, periódico editado en México.
[55] Correspondencia con el autor.
[56] Véase párrafo "constituyéndonos... de este compromiso en garantes los unos de los otros...", Pacto de "Angelita", Capítulo XXXXVIII.

Carlos Mendoza que salen de la Cárcel con Delgado a cumplir lo que juraron; Samuel MacGil, el chileno que sirvió hasta el límite de su capacidad y además daría su hijo al holocausto; Augusto Pulido, decisión, desinterés –las fuerzas de la tradición que están en su apellido; Alejandro Ibarra sacará desde París hasta Danzig a su costo, la expedición; y por Carabaño que irá a la lucha y a la prisión y a la muerte, y por Régulo Olivares que luego declara no estar conforme "porque no le gusta la Junta" y advierte que irá por su cuenta; por Néstor Luis Pérez que enviará su renuncia cuando ya la expedición está en marcha y por sí propio, firmará Leopoldo Baptista.– También él más tarde, pero siempre honrando su firma, ya cuando la tragedia está consumada, muestra la carta que Carnevali, debió entregarle a Delgado en Blanquilla, advirtiéndole la imposibilidad material y geográfica de estar sobre la frontera en la fecha que se le fija. Blanco Fombona se vino a París y quiere volver cuanto antes a España a arreglar sus asuntos y alistarse para la segunda expedición de que ya habla y que comandará Samuel MacGil. Por Peñalosa firma el propio Delgado; Alberto Smith pone con sus años, con su energía y con la valiosa ayuda que ha prestado al proyecto en todas sus etapas el trazo diagonal de su firma; Atilano Carnevali el estudiantado y la generación penúltima de las cárceles y de las carreteras, firma por sí y por Flores Cabrera, que estaría allí por la "Unión Obrera" y gestión de Carnevali mismo. Su padre, ya agonizando en una celda de la Rotunda les había dicho a los Carnevali: –Contra este miserable vayan con el mismo diablo si el diablo viene a tumbar a Gómez–. Y allí estaba, firmando y listo a partir; Gonzalo, en Ocaña, pronto.

El "pacto de unión" se fecha en Ginebra para evitar, caso de captura de documentos por la policía francesa, todo pretexto de violación de neutralidad. Y, finalmente, Santos Dominici, el de la renuncia en Washington de 1922 que ahora en 24 de julio del año anterior, lanza otra admonición al déspota, saca garras en sus uñas pulidas de galán 1900. Es un hombre que hasta de siete años fue que vino a darse cuenta de que el régimen era funesto. "Par ma foi" –exclama el maese Jourdain Molière– "il y a plus de quarante ans que je dis de la prose sans que j'en susse rien..." Y como y porque lo escribimos en 1922, lo repetimos aquí.

Pero es el Presidente que hemos ya aceptado y que, si no marcha con nosotros ahora, vendrá "en la segunda" a presidir el Gobierno de la Revolución respetable y respetado. Es el presidente civil, con su junta de civiles; el hombre bueno, el médico eminente, el diplomático correcto de la incorrección gomecista: y el carácter dúctil, asequible y dispuesto a servir, con su reserva mental, entonces ignota y desvelada más tarde, de que un sector subalterno de la Revolución era para él la Revolución.

Cuando ocurrió el desastre, se empequeñeció, se disminuyó: "que no se publique nada, que no se diga nada". Cables a Jugo Delgado, a nosotros, a varios: acatamos la orden por disciplina. ¡Apenas si se logra que recabe de Olivares la absurda protesta de que *él no firmó el pacto,* cuando la firma de Leopoldo Baptista, debidamente respaldado, aparece allí! Calla

Baptista en profunda mortificación. "Por allí viene José Ignacio Cárdenas... y nos echará de París... a eso viene" –sigue atribulado Dominici– "que no se agite nada, que no se diga nada" –; y a esfuerzos de Jugo Delgado– y de otros –aparece la "Aclaratoria" [57] ¡único y último documento que firma en conjunto la Junta Suprema de Liberación!– antes de que él y Alberto Smith, en circular perentoria, la declaren disuelta. Blanco Fombona acepta pero consigna que una Junta "no la disuelven dos de sus miembros"; Jugo Delgado ¡forma una sucedánea! Nosotros callamos. De otros no sabemos su actitud. En París tratan de bordear el concepto "disuelta" con el de "dispersa". Es tarde.

No estuvimos allí cuando se eligió; firma Jugo-Delgado con poder nuestro. No intervinimos para nada en la escogencia de los factores que podían componerla y cuando llegamos a París, vía el Havre, el 9 de julio, fue que en sesión especial casa del Presidente Dominici se nos leyó el Pacto y el Acta en la que aparecíamos electos "por unanimidad", contra nuestra expresa voluntad en cartas personales al general Delgado-Chalbaud a las que contestara evadiendo la negativa nuestra. Se revisó el manuscrito del "Manifiesto" redactado por Blanco Fombona y Jugo Delgado al cual no objetamos sino en el sentido de suprimir cierta frase de un párrafo que era una especie de *nulla est redemptio* respecto a "los comunistas". No fue obra de Blanco Fombona. Jugo, lealmente, trató de sostener el punto. Ellos habían provocado esa retaliación por la especie de insensatez con que sin quererlo incurrían en una delación de cuanto sospechaban o sabían que se estaba haciendo... De modo que Gómez tuvo noticia de la expedición *aun mucho antes de que ésta asumiera forma definitiva.* [58]

Por todas estas circunstancias, en el pequeño debate al fin logramos que se retirara la breve frase condenatoria, a lo que el propio Presidente Dominici se adhirió, una vez que Carnevali y Blanco Fombona nos apoyaron; Jugo deja de insistir. Se ha hablado y publicado de que se postergó a éste o a aquél; y, naturalmente, los cucos de la derrota hallaron más cómodo escurrir el bulto y hacer creer que influencias "personalistas" determinaron ciertos nombres o la exclusión de otros. No; desgraciadamente, no. Nuestra opinión *personal,* cuando un año antes fue consultada, era la de que se designase al Presidente de la Junta en pacto escrito y que *ésta se formara luego en Venezuela, en terreno dominado y con los hombres representativos que allí estuvieran actuando o vinieran a aportar un contingente o moral o material.*

[57] Publicada en París y Nueva York, fecha diciembre 23 de 1929.

[58] Varios Presidentes de la costa oriental o de Estados limítrofes habían recibido instrucciones de que la expedición iba hacia allá, con más de un mes de anticipación; y el Gobierno Alemán, conforme a nota oficiosa de Berlín, noviembre 7, 1929, declara "haber advertido al de Venezuela la expedición del "Falke". "La noticia –añade la información– fue puesta en conocimiento de aquel gobierno poco después de haber salido el "Falke" del puerto polaco de Gdingen, siéndole comunicada por mediación de Eduardo Dagnino Penny, ministro de Venezuela".

¿Qué papel es el de una junta de médicos, de abogados, de ingenieros, de escritores y sus tipógrafos en el torrente vertiginoso de una guerra civil? ¿Estado Mayor, género Matos, con lazo azul al brazo? ¿ministros sin ministerios o generales magistrados como en los proyectos y contraproyectos del 23, del 24 y del 27? Ibamos a decirle al país que un doctor X sería el Presidente Provisional y que todo lo demás iba preparado en la decena de miembros que éramos... ¡Ya la realidad en la acción iría desfigurando la forma del molde de esa panacea tropical y hasta adulterando su contenido! No había mala fe; había ingenuidad. En este escollo tropezará siempre todo cuanto se proyecte para uso externo sin contar con el estado interno del enfermo.

Se hizo lo peor: Un "pacto" híbrido. Tres de los miembros salieron en la expedición o en comisiones militares: Aristeiguieta para ponerse al frente de sus gentes en la costa; Carnevali para sacar con Simón y Rómulo Betancourt el contingente de Santo Domingo, y nosotros para embarcar con carácter de Secretario del Ejército *... En nosotros por ser miembros de la junta "había incompatibilidad"; ¡en los otros dos colegas,no..!

Como un miembro, de los residentes en Nueva York, renunció, quedaron dos. En París, el Presidente y el Vice. El Secretario General partió para Tolosa, antes de salir nosotros de París. Tres íbamos en la expedición por diversas vías y el otro, Arévalo González... estaba en el Castillo de Puerto Cabello...

Ocurrió el fracaso –échese la culpa sobre quien se quiera, escurra todo el mundo el bulto, saque al pretorio de una opinión mal preparada su jofaina el que quiera lavarse las manos y enjugárselas en la bandera arriada de un barco sin artillería, ni guardia, ni... combustible... Siempre quedan estas dos interrogaciones tremendas:

¿Por qué no se enjuició a los culpables –si éramos nosotros o si eran los retardados y los ausentes o fue la fatalidad– –y se nos dejó justificar por unos y acusar por otros cuando la Junta, su Presidente, debió de fallar sin debilidad ni parcialidad, antes de disolverse ese Cuerpo Supremo al cual rendimos lealmente cuenta de cuanto hicimos y al que nos sometimos? Por toda respuesta una nota de conformidad con lo acaecido cuya segunda parte se basa en los papeles que acompaña, esto es, unas declaraciones del capitán Zipplitt– –que no concuerdan con la que luego hace ante los tribunales marítimos de Hamburgo ni con la "entrevista" que diz le hicieron en Trinidad– –y de la cual protesta en carta ya citada en esta obra (Documento N° 8) y dos hojas de papel de seda escritas a máquina

* "Liberación de Venezuela. Jefatura Suprema del Ejército. Circular Anexa a la Nota N° 1 A, expedida el 7 de julio, 1929. Dantzig: 17 de julio de 1929. Ciudadano... A todos nuestros agentes en el exterior se servirá usted informar de oficio que con la fecha citada he nombrado al ciudadano José Rafael Pocaterra –Primer Vocal de la Junta Suprema de Liberación de Venezuela– Secretario General de la Jefatura Suprema del Ejército, cargo cuyas funciones asumió prestando el juramento reglamentario, a nuestra partida para la expedición a bordo del vapor "Falke" la noche del 17 de julio de 1929 en aguas del puerto de Dantzig. Sírvase dar inmediato cumplimiento. Dios guarde a usted muchos años (firmado) Román Delgado Chalbaud".

Para el General Eustoquio Gómez

Mayo 13 de 1.929.

Ordenes para los Generales que van a acabar con los enemigos, por separado.

General Eustoquio Gómez.
General Pedro M. Cárdenas.
General León Jurado.
General Juan Fernández.
General Uzcátegui y oficiales que los acompañan:

El golpe debe ser certero y bien seguro para que no se les escape ninguno, pues hay que acabar de raíz con esa mala plaga como lo hice yo en la Sierra de Carabobó que no quedó ninguno ni han vuelto a aparecer. Tengan entendido que la oportunidad que se me presenta es única, mandada por Dios en estos momentos que yo la necesito para cumplirle al Congreso lo que le ofrecí, pues Ustedes saben muy bien que con uno de Ustedes bastaría para acabarlos, pues no tienen con qué pelear, pero debo aprovechar la oportunidad que Dios me ha preparado en estos momentos tan oportunos. Lo que deben de tener es mucho cuidado no vayan a hacerse daño unos con otros, pues es muy peligroso cuando hay mucha gente.- Convienen mucho los espionajes y señales de banderas que deben tener en los diferentes cuerpos. Les repito que no debe quedar un solo enemigo.

De Trujillo a Biscucuy gasta la infantería 3 días, pasando por Campo Elías, Municipio del Dttº Boconó, limítrofe con Biscucuy y el Municipio Humocaro-Alto, del Dttº Tocuyo del Estado Lara.-

De El Tocuyo a Guanare se moviliza la tropa en camiones, por Carretera, en 6 u 8 horas, hasta el paso del rio Acarigua, i si los rios no están crecidos pueden continuar la marcha en camiones y en este caso se emplearían otras 8 o 9 horas, saliendo de El Tocuyo por vía Quibor y Barquisimeto.-

De Barinas a Guanare hay 22 leguas que en camiones se hace el viaje en 9 horas, siempre que los rios La Yuca, Masparro, Boconó de Barinas, El Caipe, Santo Domingo y el Guanare (también hay el rio Tucupido) no estén crecidos.- La infantería gasta de viaje 3 días.

(Num 2)

De El Tocuyo a Guanare hay una vía, entrando por Guarico, Villanueva y Córdova; camino de recuas muy malo de Villanueva a Córdova, es lugar muy montañoso, gastandose con infantería de 2 días y medio a 3 días.-

Resúmen:

De Trujillo a Guanare, por Boconó, camino de recuas, 3 o 4 días.-

---

De Barquisimeto a Guanare, por Acarigua, en camion hasta el paso del rio Acarigua, 4 horas; tropas marchando a pié son 2 días.-

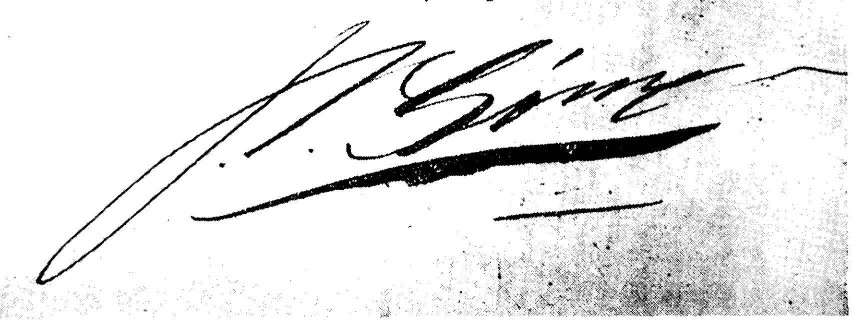
---

De Acarigua a Guanare, topas marchando a pié, tres días.- En este trayecto de Acarigua a Guanare, se encuentran los siguientes rios: El Acarigua, El Guache, El Morador, El María y la Portuguesa; todos estos rios son caudalosos.-

---

De Barinas a Guanare: tres dias de infantería y de caballería 2 días.

De San Carlos de Cojedes a El Baúl: se gastan de a caballo 2 días. En este sitio un pequeño piquete de caballería sería de gran importancia.(Hay que decirle al Dr Barreto Méndez que lo organice y así se lo puede decir el General Jurado, de paso.-



Cuatro
DS

ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA
TELÉGRAFOS FEDERALES

Operario

De Barcelona
El 1º de Julio de

Pag. 8 Hs. Ms.

Señor Gral Eustoquio Gómez

Rdos sus tele
gramas de ayer
Quedo en cuenta
de que puedo dispo
ner de las mercan
cias de Joel Suárez
y he dado orden al
Comandante Blanco

tituladas "Copia", firmada por "Un Amigo" relatando todas las visicitudes de uno de los expedicionarios –que no se nombra– más una cartica firmada "Julio" –sin duda MacGil Sarría– dirigida a sus padres desde la prisión en 5 de octubre del 29 y que no contiene una sola frase en conexión con el asunto concreto.

Si, como sinceramente deseamos creerlo entonces, –y palmariamente lo probamos hoy– culpa fue del destino y no de los hombres a quienes ese destino distribuyó los papeles de la tragedia– esa fue la mente de los dos citados miembros de la Junta, ¿por qué se nos impuso en el primer momento la disciplina del silencio sin compensar la avalancha de ataques que sobre nuestro honor se descargara con el fallo definitivo, oficial, preciso, comprobado? ¿Era menester cerrar el pliego de descargo para los oficiales que regresaban vencidos y dispersos, habiendo estado donde estuvieron, amargándoles aún más el duro papel que las circunstancias les impusieron con el epinicio de éxitos desgraciadamente efímeros y desconcertados por virtud misma del fracaso inicial de otros?

Estas páginas no las escribimos para quienes, ajenos a sacrificios y a dolores, a decepciones y a terribles instantes, sólo vean en ellas una queja que no tendría razón de ser cuando se lee, en pantuflas y bata en un salón de París, lo que llega de la refriega y del desastre. Se escriben para tantos venezolanos que, como nosotros, en otras categorías mayores o menores, han ido a sepultar en el olvido la inmensa cobardía moral de esta época...

Y son también escritas, desde el punto de vista objetivo, real, vivido, para demostrar que ningún acto en que deba tomar parte cierto número de hombres puede ni debe remitirse a la justicia ni a la solidaridad de otros con investiduras políticas sin carácter, ni apoyo ni medios de hacer valer la entidad representativa que asumen.

La responsabilidad humana desaparece y se borra en la niebla de estas abstracciones ideológicas que se llaman "Juntas"...

Y a ello le deberán la historia, nuestros compatriotas y nosotros la dura lección de estas páginas.

CAPITULO XL

*"It is easy for those who are wise after the event to see what ought to have been done when time had brought full knowledge of what was really taking place".**

¡De pie los muertos! – El itinerario de la tragedia – Desde el Báltico hasta el Caribe – Los esperados, los desesperados y los exasperados – A bordo del "General Anzoátegui" (antes "Falke") – Siluetas – Vidas al acaso, nombres al fracaso – No hay carbón... – Blanquilla, escala de tres días – La tripulación alemana – "Peñas Negras" – Rumbo a Cumaná – La arenga nocturna de Delgado Chalbaud – Un hombre solo en la sombra – La una y cuarenticinco del once de agosto – El autor cede la palabra a los protagonistas – Una sinopsis documentada.

HEMOS AGUARDADO que la última etapa de las jornadas de Cumaná finalizara con el juicio que intentaron en Hamburgo los tripulantes del "Falke" contra su capitán y los armadores para escribir este capítulo. No se basa en informes adulterados ni acomodaticios a veces tan de mala fe que resultan contradictorios o tan vehementes que llegan a la puerilidad. Nuestro silencio de años ha tenido un doble objetivo que hemos alcanzado plenamente: ratificar documentadamente –como en todo el transcurso de esta obra– cuanto contenía el extracto del parte oficial, único dato publicado por nosotros, prescindiendo de comentarios para no causar nuevos perjuicios a nuestros compatriotas dentro y fuera, que ya tenían bastante con las delaciones previas a la expedición y con las estúpidas indiscreciones ulteriores. Ciertos "oposicionistas" profesionales imaginan que la oposición es una suerte de plazuela para hacerse elogios o para denostarse mientras el enemigo común, ríe, observa y anota, otros tenemos como axioma considerar ésta como un bloque y defenderla aun de sí misma cuando ánimos locos o dislocados la deforman y la desprestigian.

* "Fácil es que esos que son sensatos después del acontecimiento observen lo que debió haberse hecho, cuando el tiempo trajo conocimiento completo de lo que realmente ocurrió". –Winston Churchill.

Nos damos perfecta cuenta de que este nuestro silencio de siete años debe haber parecido insólito a los habituados al escándalo o a los simuladores de una indignación patriótica a posteriori. Un Filósofo citado por el conde Kayserling dice que "el último refugio de los pícaros es el patriotismo". No; no es desdén a la opinión pública, es desprecio a ciertos sectores de ella. Desprecio al insolente que injuria a distancia; desprecio al que pretende redimir sin redimirse de su condición parasitaria; desprecio, aún mucho mayor, al compañero del día antes que acecha en las encrucijadas del destino y que valido de vuestra propia confianza y de la lealtad que le habéis supuesto os roba la capa y la espada y huye en la noche a amanecer con los de la banda enemiga, indicándoles la senda, la hora y el sitio... Pero nunca desprecio sino piedad –que es una caridad del entendimiento– para el colega fraternal que todo compungido, como si ofrendara un sacrificio en los altares de la amistad, deja que digan y maldigan asumiendo un aire de imparcialidad adolorida...

Esa vasta conspiración difamatoria no nos sorprendió, como tampoco la actitud de compunción en quienes nos deben más de una lanza rota con sus enemigos en la hora difícil para ellos. ¿Y cómo íbamos a sorprendernos de nada? Después que se ha tirado el balance a más de un cuarto de siglo de historia contemporánea y que ni una voz ha demostrado un solo hecho falso en su esencia, una sola aseveración de intento calumnioso, era lógico esperar en el curso de los días una tentativa de "revancha" contra el escritor que honradamente ha dicho la cantidad indispensable de verdad a unos y a otros.

Una existencia entera consagrada sin reservas de ningún género ni evasivas cobardes ni egoísmos a ninguna hora, yendo aun más allá del deber porque algunos no cumplieron el suyo, son la muda respuesta a la desvergüenza circundante. En cuanto al esclarecimiento imparcial de la parte activa que nos tocó representar en la expedición a las costas orientales de Venezuela, va a leerse, no narrada por el autor de esta obra, sino por los documentos concretos que están a disposición de todos en su original.

Réstanos dar las gracias a los compatriotas que atacándonos de un modo salvaje y sañudo nos han obligado a hacer somera aunque estricta justicia al puñado de hombres que desde un remoto rincón del Báltico vinieron hasta el litoral del extremo oriente de Venezuela.

Ni nosotros ni nadie escogió su puesto y su destino. En lo único que influyó nuestra voluntad fue en embarcarnos y en llegar adonde dijimos y como dijimos. Y es de lamentar que ciertas unanimidades de criterio para juzgar los actos de los hombres no tengan un mayor alcance hasta determinar emularlos o superarlos.

Debemos, pues, a recientes publicaciones y a versiones diversas que se han entredestruido al compararlas, al habernos ahorrado el trabajo de una inacabable serie de "aclaratorias" y poder sustanciar así el expediente de la retirada del "Falke".

Queda justificado nuestro largo y paciente silencio por la circunstancia de que no deseamos entonces servir para informar al común enemigo de los desastres internos de la oposición y la no menos poderosa de que estuvieran libres y expeditos –y no perseguidos, desterrados o prisioneros– cuantos no segó la muerte o cegó la tragedia.

Pocos, si bien sensatamente, han observado algo muy curioso: el paso precipitado a abrir la ofensiva contra nosotros de quienes debieron principiar –en el orden de la responsabilidad cronológica y determinatoria– por justificarse. Y todavía un espectáculo más extravagante: una especie de estupidización colectiva para que sin preguntar los "cómos" y los "por qués" y aún sin despejarse el humo de los últimos tiros en Oriente ya informaban desde Nueva York, desde México o desde las Antillas, por donde andaban "combatiendo a la tiranía", una cáfila de disparates y de intrigas que constituyeron la base de este escándalo. Dejando al criterio sereno de cuantos hayan actuado en una forma cualquiera en esta anarquía de la oposición sin oponentes la razón o la sinrazón para tales ataques, y entrando en el terreno absurdo de los "síes" –si el "Falke" no se va, si se desembarca el resto del parque, si Delgado Chalbaud "no se precipita" (!) etc. –aun asimismo surge evidente, que la excusa que acusa sirve a primera vista pero no se puede tener en pie un instante al discriminar las respectivas posiciones y deberes.

Como en nuestro país todavía gustan las metáforas sublimes y las comparaciones históricas de grande envergadura –los héroes greco-romanos, Bolívar en el Chimborazo, la madre de los Gracos, Hernán Cortés, el Trapiche de San Mateo, etc., etc.,– contra todo buen gusto literario y sentido de las proporciones, voy a hacerles a los exaltados una célebre demostración objetiva: la lluvia en la calzada de Namur, algunos otros inconvenientes retardan la marcha convergente de una división. Waterloo. ¿Y bien? Ni al mariscal Grouchy ni menos a sus deudos les ocurrió ponerse a insultar en las polémicas contemporáneas o posteriores a quienes quedaron destruidos o derrotados porque... ¡no les esperaron! Bastó demostrar la absoluta imposibilidad de llegar a la hora ordenada por el general en jefe, ya que tuvieron luego que batirse a la desesperada...

El ejemplo es excesivo –Pedro Elías Aristeiguieta tuvo la suerte de poder combatir al frente de una tropa suya y la desgracia de que le tocara una bala como a su jefe Delgado-Chalbaud, como a sus compañeros Zuloaga-Blanco, Frontado etc. Murió entre los suyos, en una región en donde se le quería... Si de su parte hubo errores de apreciación, si se hizo cargo de una misión superior a sus fuerzas, lo que fuese, como fuese, el hecho es que sacrificó su vida en los últimos fuegos del desastre. No descenderé a refutar frases crueles que pusieron en mis labios o en mi pluma los farsantes de la derrota o que provocara la justa reacción de los ánimos de cuantos nos rodeaban. Lo ocurrido en Cumaná es un episodio histórico de las luchas civiles de Venezuela y en la historia no caben pasquinadas imbéciles.

Sin amor ni temor ni odio va este relato seco y exacto para informar a la opinión equivocada o para rectificar posiciones falsas en el concepto de la nueva generación. El historiador futuro se atenderá a los hechos y juzgará de ellos... Ya, mucho después del sagrado texto y bastante remoto de nosotros, el poeta persa nos lo dice:

"La mano va escribiendo; y queda escrito,
y escribe aún más... Ni toda tu malicia,
ni tu pena más agria
logran que se cancele media línea,
ni con todo tu llanto borrar puedes
una sola palabra".

Los impugnadores oficiosos a falta de otros méritos –conocimiento, documentación, experiencia, equidad en la distribución de responsabilidades– tendrían, con todo, una excusa: el haber ido ellos a cumplir con ese deber del que se hacían celosos fiscales... ¿Que esta o aquella "organización" no les agradece o que en este o aquel movimiento no se les llamó o no se les tomó en cuenta? Había donde escoger en veintisiete años de "rebeldía": desde las organizaciones que no llegaron a embarcarse hasta las que desembarcaron a tres o cuatro horas de viaje; las que se disolvieron por delaciones o disidencias entre los "directivos"; las que se extinguieron a fuego y sangre en las fronteras de Casanare, en las calles de San Fernando de Apure o sobre las palizadas del Atabapo; las que fracasaron a plomo y pecho en las sierras corianas o en los arenales de Oriente. Las hubo "personalistas", "civilistas" hasta "comunistas" ¿En cuál de ellas se alistaron? Sabemos quiénes acompañaban a Arévalo Cedeño, a Roberto Vargas, a Waldino Arriaga, a Peñalosa, a Urbina, a Gabaldón, a Delgado - Chalbaud, por no mencionar a los que sucumbieron con Horacio Ducharme. Hemos buscado infructuosamente en las listas de venezolanos que fueron a la acción ciertos nombres y no los hallamos. Ni siquiera se estaban formalmente preparando para incorporarse en el movimiento que fuera de su agrado ¡Oh! ¡no! Unos pecaban de esto, otros de aquello. Además, ¿sin elementos? ¿sin barco? Presentóse de súbito, surgido del antro número 1 de la Rotunda, el hombre que consiguió un navío navegable y un parque bueno para empezar. Rogó, suplicó, invitó. Conferenció con graves doctores, con escrupulosos generales, con celosos "civiles"; se sometió a un "programa" formado con los retazos de los especialistas en programas y que estaban colgados a secar en un alambre de inercia tendido entre París y Nueva York... Y sólo vio en el puente del "Falke" en Gydinia diecinueve venezolanos de toda edad, profesión y procedencia que iban a correr junto con él la aventura de la patria irredenta... Diecinueve hombres que desde Colombia al Canadá, desde la America Central hasta París, desde Nueva York hasta las Antillas fue-

ron –¡y no como invitados a un sarao con don Emilio Fernández!– a ofrecer lo que tenían: una mano para el fusil y una vida para el acaso. Y al acercarse a las costas –de todo lo ofrecido, de todo lo prometido: caudillos en marcha victoriosa desde el Táchira; contingentes copiosos de las Antillas; segunda y formidable expedición financiada y a cuya cabeza vendría el Presidente de la Junta Suprema trayendo de Comandante un oficial capaz que había reorganizado el ejército de Venezuela; de cuanto esperó con razón –ya que abonaba a cuenta su vida y la de sus compañeros, su fortuna y la de su familia– sólo halló en los riscos de la Blanquilla una goleta remisa que trajo siete hombres y se llevó tres, y al otro día, en una ensenada de la Península de Araya Pedro Elías Aristeiguieta lleno de entusiasmo y de inexperiencia y sus 300 guaiqueríes tan entusiastas como su jefe y tan bisoños en guerras y en armas de repetición como veteranos para "el lance" de pesca y para tirar largos "bordos" sobre las aguas reverberantes y metálicas del Golfo...

Julio-Agosto

Los días corren a bordo monótonos y duros. En mares de Europa la ansiedad nos devora. Cuando tras la mar gruesa del Golfo de Vizcaya el panorama de las aguas atlánticas nos abre la amplitud de sus derroteros, sosiégase el espíritu. Como simples turistas navégase los primeros días: unas cuantas sillas de extensión, libros, kodaks. Abajo, en la bodega, por donde el árbol de la hélice va vibrando sus doce o trece nudos de marcha, están esas largas cajas de mausers, esas otras estrechas de cartuchos, con su aire inofensivo de paquetes de cigarrillos... El buque está bien "amarrado" : es un cargo en buen uso; su máquina puede desarrollar en caso extremo hasta 15 nudos. Tres camarotes del capitán y dos oficiales. Uno coge Delgado-Chalbaud, el otro Alcántara, a quien el practicante Vegas pone inyecciones durante el viaje y duerme en el sofá de la cabina. En el restante se instala la Secretaría. Allí traigo a Egea que viene enfermo desde Dantzig. Abajo, en una gran cámara que se abre a proa bajo el estrecho comedor en donde es menester organizar dos servicios sucesivos, el resto del personal expedicionario en literas arregladas lo mejor posible. En un tablero del comedor, cada día el oficial de cuarto va marcando el rumbo siempre al sur, siempre al sur. Africa envía ya sus soplos tibios. La Azores se perdieron en las brumas del horizonte hace tres tardes.

Siempre la banderita, cuya asta es un alfiler, va clavándose más abajo en el azul desteñido del mapa que es ese otro cada noche más fosforecente y cada día de una espuma más suelta... Y luego, cuando ya surgieron las armas de las bodegas y se pasa el día de sol a sol limpiándolas y encorreándolas –pesados fusiles con cifras de regimientos alemanes, con culatas señaladas por marcas de quizás qué tragedias en el fondo de las toperas del 14 al 18–, bajo un gran toldo tendido a proa, canta la gente joven

canciones venezolanas, el "himno de los estudiantes" –evocación de las jornadas de enero del 28. Contagiados por aquella música, a popa, unos cuantos marineros alemanes entonan en perfecto acorde coros aldeanos o marchas guerreras. Armando Zuloaga, Mac-Gil, Juan Colmenares, Carlos Delgado, Rafael Vegas, Edmundo Urdaneta, de kaki militar, tócanse con la boína universitaria o se defienden del sol con fieltros de boy-scout. Pimentel se pasea, entre un estrépito del sable más resonante que hay a bordo, ceñido su revólver y con una gravedad de patio de Escuela Militar; Mendoza anda de lo más atareado siempre: "que el general me dijo", "que el general no me dijo". Pero Mendoza, a veces locuaz y desagradable, es devoto, fiel, adicto a su jefe, de quien ha venido siendo secretario todo este tiempo hasta nuestra llegada a Europa. Ahora, Carlos Julio Rojas tiene a su cargo la Secretaría como Oficial Mayor. Es hombre de comprensión rápida, de tacto y de un escepticismo positivista..¡Angarita! Pancho Angarita. Ancho de espaldas, sanguíneo, inteligentísimo. Tipo del oficial de resistencia, de carga dura y de mando vivo. Entre el grupo de jóvenes, Julio Mac-Gil parece el más bondadoso. Es servicial, de educación perfecta, callado. Vegas frío, reservado, y de súbito tiene ímpetus de opinión y de palabra. Armando Zuloaga... Los ojos fulgen en una palidez mate, la negrura del cabello le hace una testa destacada sobre los anchos hombros... Raúl Castro lleva el más hermoso fieltro "cow-boy". Muy inteligente, muy leído, de una indolencia socarrona. Juan Colmenares Pacheco, algo enfermizo, es disciplinado, serio, silencioso. No más que Edmundo Urdaneta que viene a hacerme compañía en las largas guardias que montamos, porque Egea Mier está grave, tras los vómitos de sangre de la otra tarde. Con todo, sea con López-Méndez, sea con Doroteo Flores o conmigo, su charla vivaz de hombre que ha vivido una vida intensa y activa, la inquietud de sus retinas en la cara desencajada ¡pobre Egea que fue a bordo del "Falke" hasta Blanquilla casi moribundo, luego hasta Güiria a llevar un parque, herido de muerte, no por una bala sino por el cáncer que tenía en las entrañas y con el cual fue a buscar esa bala piadosa! Vínose a emplear en un banco de México y a arrastrar los últimos años de su vida bajo los insultos y las estupideces de cuanto quídam le plugo... Murió días antes de morir Gómez. Con la ansiedad de que le llevasen "como fuera" para Caracas si Gómez le precedía en el viaje sin regreso. Humberto Tejera me escribe sus últimas palabras: –"¡Qué gran crimen se ha cometido con nosotros!". Cuando llegamos frente a Blanquilla, lo sacamos a cubierta en una silla; y sin poderse ni incorporar, pidió que le dejaran una pistola y un puñado de cápsulas al alcance de la mano descarnada y temblona...

Y Alcántara es otro, también enfermo... Con todo, parece de una constitución sólida, hecha a la medida de las duras pruebas por que ha atravesado. Profundamente venezolano, une una gracia un poco cínica a cierta convicción profunda de las cosas... Al ser nombrado Jefe del Estado Mayor de la Expedición, dijo emocionado jurando el cargo ante el general Delgado:

–Este es uno de los días más felices de mi vida.

Con todo, al ir verificando las circunstancias, me repite como un estribillo:

–Compañero ¡qué malo estoy viendo esto!

Y la otra noche en la comida, como quien no quiere la cosa, nos echó con su genuina chispa aragueña una anécdota de cuando Castro reemplazó al doctor Juan Pietri del mando del Ejército que iba a combatir al "mocho" Hernández... La situación desairada de Pietri movió a sus subalternos, el general Carlos Silverio, el conocido "mocho" Carlos, que figura en el tomo primero de esta obra, y a Alcántara a hacerle una visita de cortesía. Les recibió muy bien; y agriado por su reemplazo inesperado, explicábales con tono enfático el plan de "táctica prusiana" que hubiera desplegado... A cada instante volvíase hacia el negro viejo:

–¡Y usted, general Silverio, usted iba a ser *el eje* (arrastrando la jota fuertemente) *el eje* de la combinación!

Así dos o tres veces. A lo que el viejo soldado, sobándose las barbas chivas, respondía:

¡Sí señor, mi general!

Alcántara que notó que Silverio no entendía bien las explicaciones de Pietri, se hizo el extrañado y le preguntó al salir: –¿Y qué querría decir el doctor Pietri con eso de que usted y que iba a ser *el eje?*

Bajó el negro viejo la cabeza, se alisó las barbas, y contestó con una convicción profunda:

–Chico, yo no sé... ¡Lo único que puedo decirte es que el *fuñido* iba a ser yo!

Nos reímos de todo corazón. Pero Delgado me miró a los ojos.

Carlos Delgado es casi un niño; pero supera su edad con una especie de experiencia precoz de los hombres. –"Tengo por mi padre –nos dijo en cierta ocasión– no tanto el amor del hijo como la admiración al hombre". Duerme abajo, en la cámara, con los otros, sometido al régimen general aunque en el camarote de su padre tiene un sofá. Y con tacto exquisito sitúase siempre el último en todo. Está aquí –según nos refirió Delgado-Chalbaud en Fontainebleau– porque en una carta enérgica le dijo a su padre que "tendría todos los derechos menos el de impedirle correr a su lado todos los peligros". Luis López-Méndez el viejo, discreto, sencillo, ecuánime. Es uno de los hombres con quien nos agrada más charlar. Oye, calla; soporta con resignada sonrisa las majaderías de Egea Mier, exasperado, en las largas guardias que todos hacemos al enfermo. No era López-Méndez amigo político ni personal de Delgado-Chalbaud. Supo que Egea Mier partía, y se le incorporó resueltamente presentándose en París. Sólo así un López-Méndez sabe faltar a la cortesía. Se cansa de repetirnos:

–¡La campaña de Occidente con Baptista, Olivares y Peñalosa va a ser un éxito!

¡Pobre López-Méndez, pobre nosotros todos!

Egea hace una mueca; escupe un poco de sangre:
–¡Que Dios te bendiga esa boca, hermanito!
Llega a relevar la guardia nuestra Doroteo Flores. Alegre, comunicativo, pronto a todo servicio y a toda misión ese Doroteo que encuentro en la cala del "Zumbador" en viaje de presos para el Castillo de San Carlos en 1907 y cuya biografía viene entretejida a lo largo de estas "Memorias". Ni el destierro que fue para él dura prueba de trabajo, de privaciones, hasta de hambres, que mordía la dignidad de su ancha mandíbula, ni los azares y las decepciones de tan largos años –¡él, tan generoso cuando tuvo algo que dar!–: Campañas de la Libertadora en ese vuelo de gerifaltes de la costa oriental...; calabozos de la Rotunda donde le comió un quesillo de piña a Eustoquio Gómez– preso allí de delito común que recibía exquisiteces y las dejaba en su calabozo provocativamente mientras los "políticos" arrastraban sus grillos y sus hambres...; fosos del Castillo de San Carlos cuando con todos compartía su pequeña pensión...; exilios antillanos y neoyorquinos... Trabaja como fogonero en las cavas del Hospital Latino de Nueva York. Un día sube, encarbonado, al piso superior a buscar una herramienta. Un médico venezolano le halla al paso; se lo queda mirando:
–"Su cara me dice algo..."– "Y la suya no me dice nada" –responde Doroteo esquivándose bruscamente– ¡Nada ha borrado del espíritu de este noble indio en cuya testa comienzan a caer cenizas de pena material y de pena moral, esa alegría marina y guerrera que fue el diapasón de su vida! A cada grado de latitud sur dijérase que rejuvenece.
Un duro medio-día, arrollada hasta los codos la blusa, pringado de grasa, bajo el toldo donde todos trabajamos de seis a seis acondicionando fusiles...
–¿Cómo se siente, general Flores? –le pregunta Carlos Julio Rojas.
–¡Como burro cuando va para su casa!
Y un lóbrego año-nuevo, cinco años más tarde, tratando de asaltar un barco del Gobierno para apoderarse de recursos de combate e invadir la costa, junto con el general Bartolomé Ferrer, perecen ambos ahogados en las bocas del Orinoco al incendiárseles la gasolina del asalto. No hay para ellos coronas patéticas de ditirambos... Ni prosas, ni versos ¡dos auténticos Juan Bimbes que llevaban los humildes hombros estrellados con charreteras de veterano!..
Oh, no. No habrá sino estas líneas que digan al hijo de las playas –cuando el hijo de las playas sepa leer– y a la hora en que llega la sombra al Golfo Abrochada de constelaciones, que a "Doroteo" y a "Bartolomé" se los llevó el mar de sus antepasados, ejemplares caciques de una generación desaparecida que luchó, sufrió y murió para dejar orgullo local y para que los citen en propagandas políticas.
Flores fue Vicepresidente del Estado Monagas. Gómez le regaló una espada en los días de "luna de miel" del régimen con los oficiales de Nicolás Rolando. Devolvió desde la Habana en febrero de 1920 los tres o cuatro giros que de sus sueldos le hizo el Gobierno "porque ese dinero

pertenecía al Tesoro del Estado" ante cuya Legislatura presentó su renuncia. Cuando la farsa de la invasión de Castro en 1913, él –enemigo de Castro– iba como jefe de un regimiento en la primera brigada del ejército, al mando de Emilio Fernández... Dio la espalda a fáciles ascensos, a prebendas suculentas, a todo cuanto un valiente sumiso podía obtener en un estado pletórico de dones. Recogió la amargura de la derrota, el ultraje, la negación. Todo eso que se le atragantó con el último sorbo salobre. Su mar Caribe le ofreció en la hora suprema ese brebajė amargo con que la piedad antigua acortaba la agonía de los crucificados.

Una tarde a las tres, después que las Azores semanas antes habíanse borrado a popa, nos llaman arriba. Delgado-Chalbaud está lívido; la mirada de ave de presa. En ciertos momentos recuerda la frase inquietante de Carlyle acerca de esos hombres que tienen los ojos muy juntos. Alcántara sube también a la toldilla. El capitán Zipplitt parece abatido. Llámase al jefe ingeniero –un alemán de anteojos, cráneo esférico, tipo de laboratorio más que de sala de máquinas. La discusión es agria. El lápiz nervioso de Delgado traza cifras deformes. Se embarcaron en Gydinia 700 toneladas de carbón... El mismo declaró que no había donde poner una libra más... Y he aquí que sea por rapiña de los comisionistas o por lo que fuese ¡sólo quedaba combustible para tres o cuatro días! ¿Por qué no se dijo eso todavía a la altura de San Miguel, en las Azores, o al menos cerca de Martinica, antes de que atravesáramos entre dos costas a tiro de fusil el canal de la Dominica con las luces apagadas? Se hubieran embarcado mar afuera, con relativa seguridad, unas toneladas de carbón. No; era ya surcando el Caribe, cuando numerosos navíos cruzaban nuestro rumbo y la proa del "Falke" iba señalando la roca de la cita... que aquello se declara. El jefe-ingeniero no se explica eso... Delgado-Chalbaud, que ha cubicado en persona el resto que nos queda, a duras penas logra dominarse.

En silencio, sin que se trasluzca en nuestro semblante la gravedad del conflicto, descendemos la escala.

Los jóvenes expedicionarios que han pasado el mediodía limpiando fusiles toman en el comedor alegremente su té y sus rancias galletas.

Acaso Blanquilla nos resuelva el problema...

El destino en marcha.

¿Es que la buena estrella del bárbaro que a esta hora sestea en su hamaca de Las Delicias va a ser siempre superior a nuestra voluntad?

Agosto 7.

Esta mañana, desde el punto de observación tratamos de ver si la masa oscura y lejana que se perfila en la bruma es un barco fondeado... un barco de guerra enemigo.¿Por qué no? Ya nuestros compatriotas nos han hecho el flaco servicio de decir para dónde vamos. Y el "Falke", con treinta millas de desviación, al tomarse la altura, avanza lentamente. El agua rompe en orlas el flanco de la masa. Es un arrecife.

Blanquilla. Allí estarán ya Simón, Betancourt, Atilano Carnevali, sus ciento cincuenta o sus cien ¡o sus cincuenta! voluntarios comprometidos.

Pero al reconocerla, a escasas brazas, la isla se ve desierta. Bajamos un bote. Seis fuimos a tierra. Una caseta; un celador de apellido Rodríguez que traemos para abordo. Más allá, entre matojos por donde pastan chivos, la casa de un señor Solórzano. No se ha visto sino una goleta que estuvo corriendo bordadas tres días antes y se internó en el mar. Cada dos semanas venía el guardacostas del Gobierno con provisiones para el guardián de la salina.

Flores, Mendoza y Colmenares que se pusieron a recorrer la isla hallan al fin, en la tarde, oscureciendo, el bote con los comisionados de Aristeiguieta, y su correspondencia citándonos en Peñas Negras, al abrigo de la península de Araya...

Se ocultaban en observación esperando identificar el barco.

Y ¡al fin! el 8 a las 5 de la tarde anuncióse una vela. Avanzaba una goleta. Pocos se distinguieron.

–¡Son los de Santo Domingo!

–Son dos, tres...

–Es que los demás desconfían y vienen ocultos. Lo menos son cincuenta.

Pero son sólo: Rafael María Carabaño, su sobrino Morales-Carabaño, Frontado, David López, Pellicer, Gutiérrez (un joven médico hijo del general Francisco) y Roseliano Pérez. Por ellos sabemos que los de Santo Domingo quizás no lleguen ya de acuerdo con las informaciones que traen ellos de Puerto Rico y de Trinidad, de donde salieran a encontrarnos. Y esperamos hasta el 9 en la tarde, quemando el menos carbón posible.

Ya en su bote precario habían partido los comisionados de Aristeiguieta con razón exacta de que amaneceríamos en "Peñas Negras".

Toda esta noche se ha pasado persuadiendo el general Delgado al capitán de la "Ponemah" –goleta de la propiedad de Pancho Gutiérrez– para que lleve a éste al parque, tal cual se convino. Su hijo no está menos reacio que el tozudo patrón... Trata de telegrafiar subrepticiamente. Delgado se lo impide y reprende al oficial alemán que iba a pasar o pasó el mensaje. A las tres o cuatro de la madrugada Delgado-Chalbaud se arroja, vestido, en la cama.

Permanecemos, con toda buena fe, tratando de convencer a los reacios... Y al fin Carabaño es quien le dice al hijo de Gutiérrez: "Dadas poderosas circunstancias que ahora conozco es indispensable que haga lo que se exige". El acento de Carabaño es tan grave que Gutiérrez parece convenir.

¡Por fin! Vuelo al camarote de Delgado-Chalbaud y, por un instante, contra la almohada, la cara demacradísima, los ojos a medio cerrar con esa fatiga profunda de un sueño que da a la expresión una facies hipocrática, veo en él un cadáver... Lo despierto con pena:

–¡La goleta va!

Es el destino en marcha.

Parte en la tarde del 9 a las 4 la "Ponemah", con sus 200 maussers, aceitados, con corretaje y cartucheras y 50.000 cartuchos en peines de a cinco tiros. Regresan en ella David López, Pellicer, Egea Mier esquelético, abrigado precariamente... Van a echar ese parque en Güiria, donde debe abrir operaciones Gutiérrez o su gente... Con ellos se despacha para Bernabé Pérez y Brito Salazar la última correspondencia destinada a éstos en Port-of-Spain, a los Agentes en Nueva York, y a la Junta en Europa.

Y la "Ponemah", cuya resistencia a esta misión era la de "evitar comprometerse" porque hacía el comercio de cabotaje con puertos venezolanos, larga todo el trapo y se pierde en la sombra.*

Carabaño toma el puesto en mi camarote que Egea Mier dejó libre.

El general Delgado-Chalbaud nos informa, privadamente, que el general Carabaño será el 2º Jefe de Estado Mayor General, por haberlo así ofrecido en París al Doctor Leopoldo Baptista, quien es el Jefe de Estado Mayor General.

A las 9 zarpamos de la isla sin que otra vela asome por el ya oscuro hemiciclo marino. Los mensajes de T.S.F. a Port-of-Spain quedan sin respuesta. Schneider, el 2º oficial a cargo de este servicio, difícilmente capta fragmentos que Carabaño y yo tratamos en vano de descifrar. Igual cosa ocurre al siguiente día frente a Peñas Negras. Apenas una frase tiene sentido –"nuestro jefe único... todo bien acá" y firma "Noguera" (¿el cónsul en Port-of-Spain?)

Dormimos unas horas, tendidos como Dios quiere, hasta la de montar guardia – de 2 a 5 a.m.

Si Aristeiguieta no tiene allí su gente, esta tripulación que días antes inició una especie de motín va a dar al traste con todo... Zipplitt nada

* Desde un año antes, esta goleta estaba más que señalada por las autoridades marítimas: "Maracay a la Guaira – 30 de agosto, 1928, –"Operario: González – Doctor Luis Godoy – A la goleta "Ponemah", propiedad del general Francisco Gutiérrez que hace viajes entre Trinidad y la costa de Paria y llega a veces hasta ese puerto, hay que tenerle vigilancia, pues se sospecha que trae y lleva correspondencia subversiva. Su amigo, J.V. Gómez".
(Archivo de la Prefectura del Departamente Vargas, 1936).

puede: grita, regaña. Y los mercenarios azuzados por Koelling, su segundo, vuelven a empezar:

–¡*Der Gueneral* ofreció que nos pagarían ahora doble...! ...*der Gueneral* ofreció que atracaríamos a puerto habilitado donde hubiera banco ¡y es a esta isla desierta que nos traen!..

Con todo, la goleta llegada, el falucho despachado, tres o cuatro venezolanos más a bordo y la idea de que el otro día hallaríamos las tropas, mantienen cierta expectativa confiada.

Los que ignoraban todos estos detalles – o los que sabiéndolos afectan haberlos ignorado después del desastre – no contaban con las declaraciones de toda esta gente ante los tribunales marítimos de Hamburgo acusando al capitán Zipplitt y a los armadores por "secuestro" y por la pérdida de uno de sus hombres, el 3er. Oficial Martín Esser que desembarcó y se quedó perdido en tierra y que luego nos dirigió en febrero de 1930, desde Hamburgo, en un francés, aún más deplorable que la amenaza, una carta que decía firmada en compañía de otros dos de los alemanes, amenazándonos: "... Par *circumstances* nous sommes venu dans la possession d'une liste de tout les *revolutionaires* qui *meurent* à Vénézuéla. Beaucoup de ces *gents* sont des millionaires. Je sais ça parce que j'ai été a Caracas. Nous n'avons pas *l'interesse* de faire tout les familles malheureux, mais en fin, nous voulons avoir notre argent... C'est pour moi 25000 Dollars *Gratifikation* et 1000 Dollars par mois... Si vous voulez faire quelque *chause* por nous, nous voulons envoyez vous cette liste et vous pouvez envoyez un homme de chercher pour nous notre argent. Aussi nous voulons que vous envoyez directament 1000 Dollars que nous pouvons vivre, pourquoi il est impossible de recevoir une Position pour nous parce que nous avons été a terre en Vénézuéla. On o déjà *offeré* a nous de Gouvernement Vénézuéla mais nous voulons attendre sur votre reponse jusq'a le 1. Avril. Apres ce jour nous donnerons la liste a Gómez ou a monsieur Berthelot..." (firmada) M. Esser [59].

Pero había aún algo más. El fracaso de esta revolución sería, pues, definitivo si fallábamos. La tan anhelada segunda expedición no saldrá... al menos en mucho tiempo. Un cablegrama trajo la goleta de Puerto Rico a Delgado-Chalbaud: "Antonio Colapso – Domipubli" *(Antonio Aranguren no puede financiar la segunda Expedición – Dominici).* [60]

En el secreto estamos pocos. ¿A qué atormentar al grupo de hombres que abajo duermen?

–Adelante –dícenos Delgado Chalbaud– ¡Dios verá! La noche tropical es de una suavidad infinita. El viejo "Falke" –ya de antes bautizado "General Anzoátegui",– corta un mar tranquilo hacia Peñas Negras. Un práctico margariteño empuña el gobernalle.

[59] Nuestro Archivo – Expediente del juicio de Hamburgo – Correspondencia de Zipplitt (Enero 22 y febrero 8 de 1930) Schneider y Martín Esser – Publicaciones de la prensa alemana, francesa, inglesa y americana.

[60] Archivo del general Román Delgado-Chalbaud. Duplicados autenticados de Secretaría.

¿De qué perversión absurda o de qué recodo de insensatez surgió la leyenda de anarquías a bordo, de "personalismo" y de todo ese tejido burdísimo de leyendas que un día iban a quedar destruidas para bochorno y confusión de los estúpidos, de los débiles o de los malvados que las acogieron, las toleraron o las inventaron?*

Si había entre los hombres que allí se jugaban la vida insidias, rencores inexplicables, vanidades malferidas por tendencia morbosa de esta época a considerarnos superiores al papel que destiñen las circunstancias, buen cuidado tuvieron entonces de replegarse en lo más hondo de sus cavernas espirituales. La estructura iba de pie y armada. Al venirse a tierra, es natural que por las grietas y por entre la polvareda surjan las alimañas que pretendieron abrigarse en su base y medrar en ella o provecho o reputación.

Respecto de los que fueron extraños al esfuerzo o quedaron fuera de la zona del peligro... declinamos controversia.

Agosto 10-11.

La península amarillenta, a trechos rojiza, corre paralela a estribor... Araya en un amanecer incomparable. Araya de los holandeses y de los ingleses; de los castillos de madera y de los indios de bronce, cuando "bajo cada pliegue de ola traía un navío filibustero"... Luego los patriotas de la independencia correrían sobre las salinas acosados por los realistas, con los pies despalmados en carne viva. Detrás perfílanse vagas montañas, acaso sombras ilusorias que van por las vértebras de la costa, con una crin de nubes a asomarse desde la Silla. Podría ser ella la ambición mañana. Hoy es tan sólo la montaña-abuela que vigila los valles de Aragua del despotismo y las vertientes orientales de la libertad, a cuyo abrigo, un viejo casco alemán con bandera venezolana viene, con muchos fusiles y pocos hombres, a la empresa de sacudir el marasmo de veinte años...

Allá está la bandera roja de señal en la bahía de "Peñas Negras", agua quieta en un anfiteatro de océano y de montaña... Por la línea baja de la playa, surgen una, dos, tres chalupas... Hormiguean los sombreros de cogollo en la duneta, uno o dos panamás, varios pelos de guama, un fieltro gris; ¡es Pedro Elías! Pequeñín, enérgico, profundamente nervioso y fatigado. Ha estado oculto todo el tiempo en la ansiedad terrible.A la escala corremos; desde la duneta de la primera embarcación, al flanco del barco, vivas, abrazos, gritos. La locuacidad cantarina de los orientales es formidable... Ese ha cumplido; ése está allí... Y ése regresará en la

* En setiembre 18 de 1929 aparece en la prensa un cable procedente de Colón, Panamá, en el cual se fragua una serie de noticias absurdas y disparatadas, pero bastante verosímiles para los no enterados, travesura frecuente entre algunos disidentes de la oposición. Allí se documentan muchos y añaden un poco de imaginación.

tarde a tierra para ir a la cabeza de sus hombres en la madrugada y con ímpetu a caer sobre una plaza donde acaso ya estén sobre aviso. Nuestros oficiales bajan a organizar e instruir a esos guaiqueríes a quienes Aristeiguieta quita la red y ellos entregan un fusil de repetición... Son 250, 300. Con los ofrecidos de otros puntos, serán más. Los oficiales que desfilan entre la viril cordialidad de los de abordo, se atarean y se agotan... Setenticinco reclutas escogidos por sus jefes naturales mismos, llegan a bordo: no son en conjunto de lo mejor... Los militares de escuela, se quejan un poco. Con esos y los 24 oficiales que vienen hay que tomar la ofensiva por el muelle. Y tendidos a las bordas, o durmiendo bajo las toldas, el "Falke" leva anclas con ellos en la noche hacia la encerrona de Cumaná...

Los documentos que siguen –y otros no menos valiosos y verídicos que no se han publicado aún– darán cuenta oficial e histórica del episodio. Escribiremos lo que vimos y lo que supimos, comprobándolo.

Se da orden de reunir en el comedor a todos los oficiales, no son tantos, a la larga mesa nos alineamos... Delgado Chalbaud preside la cabecera, en su puesto familiar de los días del viaje... Todos están graves, serenos... Y la voz sonora, de inflexiones que tañen un lejano acento merideño, dice:

–Mañana atacaremos a Cumaná entrando por el puerto... Aristeiguieta copará desde la madrugada la retaguardia y nos encontraremos, él viniendo y nosotros yendo, para coger a Don Emilio Fernández entre dos fuegos... –Su voz es la de La Rotunda.

Sonríe, muy levemente; es casi una mueca agria su sonrisa. La voz ahora es ronca de cólera y suena al comandante del "Restaurador", al jefe del Dique Astillero:

–Don Emilio es gritón. Es bravo; es guapo. ¡Pero ustedes son tan bravos y tan guapos como él; y si él grita, griten ustedes más duro!

Algunas breves explicaciones complementarias. Conclúyese la conferencia. Van saliendo los hombres, tras del que así les habla, a dormir o a velar para el combate... Y aquella veintena de soldados dispérsase por el puente, se los traga la boca de las escotillas, como después de un rito funeral sepáranse los fieles...

La una y cuarenticinco de la noche del once de agosto de mil novecientos veintinueve... La hélice gira a quince nudos. Vibra el parapeto de hierro.

Casi todos duermen. Pocos velamos.

Contra la barandilla del puente de mando, sólo un hombre. Clava los ojos en el cielo oscuro, nubarroso, de su último día sobre la tierra. Y tiene las manos fuertemente enlazadas hacia la proa como quien formula un voto solemne.

No nos ha apercibido en su abstracción. Descendemos a cubierta y ese gesto, y el recuerdo del rostro durmiente en Blanquilla compendian la tragedia de nuestros destinos sobre la que se está levantando la tenue cortina del alba de un domingo.

No se juzgan los casos en globo sino cada uno por sus méritos. Estos iracundos y lejanos jueces de la decadencia no son sino gomecistas invertidos. El absolutismo del gomezalato –fuerte y autoritario– anulaba sus absolutismos minúsculos: de ahí la incompatibilidad de esos mismos hombres con un régimen que decían detestar y vinieron a cultivar a la inversa en el exterior: chismes, falsedades que se le hacen firmar a cualquier desgraciado para elevarlo a la categoría documental, suplantación de expresiones... El "personalismo" de esa "adoración perpetua" de la propia persona.

Cuando alcanzando ya la cima de una existencia se mira hacia las laderas del ocaso y del naciente, cómo se comprende que todo es armonía en la naturaleza de los seres: la pata espesa del paquidermo, el brinco ingenuo del sapo que fracasa contra la piedra, la artimaña con que el escarabajo industrioso viene arrastrando su bola estercolaria hasta soterrarse en un huequillo protector y alimenticio donde procrear...

Sólo que el destrozo, la baba y el rastro van por desgracia marcando sus itinerarios.

¿Juzgar? ¿Quiénes y a quién? Hasta en las causas más humildes y oscuras es de justicia elemental ser juzgado por sus pares, por sus iguales. Un consejo de guerra lo forman militares con autoridad militar –no mequetrefes que viven hasta de falsas representaciones y grados de zarzuela. Un tribunal de honor, hombres de honor–,no pelafustantes cuya existencia es un doble fracaso fisiológico y social.

Muchas personas ¡y hasta de buena fe! querrían que al primer mamarracho que nos salga al paso desbarrando o imprecando, se le convenciese o se le confundiese. ¿Pero cómo se convence al tozudo? ¿Cómo confundir a los que nacieron confundidos?

Estas "sanciones" las toman a pecho –por desgracia para ellos y ventaja para sus presuntas víctimas– los menos autorizados... Ya porque una incurable invalidez mental les sitúa al margen de todo juicio, bien porque en el curso de una vida desatentada han perdido la noción del propio sendero y maldicen del camino real cuando se atascan en un atajo, culpa de ese hábito de vivir a salto de honra como a salto de mata.

Y si del conjunto destacáse el estentor desafiante, téngase por cierto que esas cóleras "patrióticas" son las de aquel alcalde de Maupassant que para demostrar la virilidad de su republicanismo, cuando cayó el segundo imperio en la encerrona de Sedán, abatió a certeros balazos un busto de Napoleón III que estaba en aquella oficina y bajo el cual pasó veinte años de "tiranía" firmando y cobrando, con el corazón pletórico de ideales democráticos.

Si se releen los ataques que en parecidas circunstancias se han hecho los venezolanos unos a otros, llegamos a la conclusión a que el autor llegó desde que esta obra formóse como concepto vivo dentro de la realidad

ambiente, en los fosos de la fortaleza de San Carlos, bajo Cipriano Castro en 1907, a través del despotismo que se está muriendo, en el destierro, en la lucha, en el fracaso sangriento... Esto es, que los venezolanos están surgiendo del largo crepúsculo de una reciente noche de barbarie, encandilados y dando tumbos, y que el fenómeno no es ni andino ni central: es biológico.

No se nos culpe. Era deber nuestro dejar fijada esta cuestión una vez por todas. Siete años de silencio esperando de la cordura, de la mera decencia de algunos de los mismos actores una actitud ecuánime –bajo un vendaval de hojas sueltas, de cartas abiertas o mutiladas o falseadas, hasta de libros cuya mejor propaganda editorial lo constituía el episodio del "Falke" a manera de folletón–, siete años sordos a la vasta murmuración de degenerados o de buscones que no oyeron reventar ni un triquitraqui en su larga vida a salvo ni conocieron la celda de una cárcel "política" –son harta prueba de la serenidad de nuestro espíritu. Esta especie de campaña difamatoria al invertir los términos de lo ocurrido crea una responsabilidad que se hace derivar hacia nosotros, pero a ésta no se le exige simplemente que esté a su hora en donde debe estar sino que aguarde indefinidamente en las aguas traidoras de una rada el aniquilamiento inútil o la captura ridícula o que se deje asesinar moralmente en la encrucijada de una anécdota histórica a fin de que los eternos vivos de nuéstras luchas a muerte saquen su mentira o cuando menos su exageración, tropicalmente empenachada con los heroísmos grotescos de la decadencia.

El "cargo" final de personalismo que se formula contra nosotros –pues el origen de los desmanes y de las necedades de otro género quedan al desnudo en estas páginas– es un recurso efectista.

No imagine nadie –y menos quienes nos lo hayan hecho– que nos enoja ni nos inquieta. Nos enorgullece. Si en el actual estado de cosas ser esclavo de la palabra empeñada, dejarlo todo, todo olvidado, consumirlo y consumarlo –intereses, familia, vida– para ir a correr una aventura de la cual teníamos plena consciencia y conocimiento pleno, antes y en ella; si es personalismo cumplir con el amigo y obedecer al jefe jurado aún después de muerto y cuando ya no puede darnos otra cosa que el agobio de la magna carga en la catástrofe y la herencia de la sangrienta responsabilidad pro-indivisa; si es personalismo ayudarlo en la temeridad, defenderlo en la desgracia, ayer en la cárcel sin esperanza, hoy en la tumba sin justicia; si erguirse contra esa marejada indigna de los irresponsables que trató de manchar un sacrificio desinteresado y altísimo con la baba de míseras vanidades y de reputaciones en agraz; si quedar del lado del caído que fue el alma, el nervio, el fusil, el centavo y finalmente el holocausto de la revolución fundamental única que se hizo al déspota de los veintisiete años y que estuvo investido y reconocido por casi la totali-

dad de las fuerzas opositoras militantes hasta el 11 de agosto; negado, criticado y aun ultrajado cuando iba para la abnegación y para la muerte–, motejándosele de “loco”, de “temerario” y de “ambicioso vulgar” desde el instante en que fracasó el empeño y cayó muerto frente a los fusiles de Gómez con una bandera nacional en la mano, a los dos años de estar libre tras catorce de cautiverio que no se aplican como expiación para ningún género de delito –y el suyo fue el de querer eliminar a un tirano– y si eso, ese asco y ese cieno que apesta a envidia de descastados y de canallas, se condensa, se hace una bola y toma la mano de quien sea para arrojárnoslo como una lápida, nosotros solos, sin pedirle a nadie un ápice de ayuda moral ni intelectual ni física –inclusive a quienes por su inercia de esa época están más obligados que nosotros– nos declaramos frente a los venezolanos de la decadencia, revolviéndose en plena crisis de acefalia. Y cueste lo que cueste y valga lo que valga, personalistas, sí, de ese muerto que no puede dar ya sobre la tierra sino una hora de honra, de valentía y de desprendimiento a la historia de treinta años de ignominia y de bochorno.

SINOPSIS DOCUMENTAL

La Junta Suprema de la Liberación Venezolana se constituyó en Europa el 5 de julio de 1929 a raíz del Pacto firmado por un grupo de venezolanos representativos concurrentes por sí y con poderes plenos de los otros firmantes ausentes. Formuló el Acta en la que constan las actuaciones todas y que fue igualmente firmada.[61]

La parte económica, excepto contribuciones modestas de otros compatriotas que allí constan, fue financiada con los bienes personales del general Román Delgado Chalbaud[62].

Por unanimidad de votos –ya que los ausentes estuvieron debidamente representados– eligióse la Junta Suprema, designándose Presidente al doctor Santos Dominici, Vicepresidente al doctor Alberto Smith, Tesorero al doctor Pedro Jugo Delgado, Secretario General a Rufino Blanco Fombona y Vocales José Rafael Pocaterra, doctor Néstor Luis Pérez, Manuel Flores Cabrera, Pedro Elías Aristeiguieta Rojas y doctor Atilano Carnevali. Esta Junta redactó y firmó un Manifiesto que toda Venezuela conoce publicado por la prensa oficial del Gobierno de Gómez y nombró igualmente, por unanimidad de votos, al general Román Delgado Chalbaud Director de la Guerra, quien de acuerdo con lo estatuido quedaba autorizado para designar los mandos militares respectivos. Al efecto nombró al doctor Leopoldo Baptista Jefe de Estado Mayor General, para que de acuerdo con los generales Régulo L. Olivares, Juan Pablo Peñalosa y otros subalternos procediera oportunamente a abrir la campaña de

[61] Documentos Nos. 1 y 2.
[62] Documento N° 2.

Occidente[63]. Asimismo otros jefes y oficiales procederían en Oriente y el Centro y tenían ya o debían de recibir instrucciones de conformidad con distancias, fechas y posibilidades de comunicación. El general Arévalo Cedeño, dudando pudiera obtenerse en Europa los elementos de guerra, había partido a invadir, pero su eficaz cooperación se contaba razonablemente[64].

Dos semanas después zarpó, al mando inmediato del Director General de la Guerra desde el puerto de Gydinia en Polonia, la Primera Expedición, que debió ser la única pues la segunda no llegó a salir ni aun a prepararse. Debía comandarla el coronel Samuel Mac-Gil.

Del libro de "Ordenes Generales" cópiase a la letra la del ataque por el muelle de Puerto Sucre (Cumaná) en Consejo de Estado Mayor a bordo del "Falke" la noche del 10 de agosto, ya navegando: "Primera Columna General Doroteo Flores; Segundo, Teniente-Coronel Francisco Angarita Arvelo; Tercero, Teniente Raúl Castro y 20 soldados. Segunda Columna, General F. L. Alcántara; Segundo, Teniente-Coronel Luis López Méndez; Tercero, Capitán Rafael Vegas; Ayudante, Teniente Juan Colmenares y 20 soldados. Tercera Columna, General Rafael María Carabaño; Segundo, Capitán, A. Morales-Carabaño; Tercero, Capitán Juan Ramón Frontado; Ayudante, Teniente Julio Mac-Gil Sarría y 20 soldados. Jefe de las Ametralladoras (dos piezas, las otras dos no pudieron montarse), Capitán Franz Zucal; Segundo, Martín Esser; Tercero, Schneider y cuatro sirvientes de pieza. Cuerpo de reserva: General Román Delgado Chalbaud; Jefe de la Guardia, Teniente-Coronel Carlos D. Mendoza; Capitanes Edmundo Urdaneta Auvert, Roseliano Pérez, Carlos Julio Rojas; Ayudante, Teniente Armando Zuloaga Blanco y 15 soldados. Total, inclusive jefes: (99) noventinueve hombres. El enemigo contaba con 100 ó 150 soldados de línea al mando del general Emilio Fernández, Presidente del Estado Sucre, y del general Tovar Díaz, comandante militar.[65]

El ataque a la plaza fuerte de Cumaná, en la costa oriental de Venezuela el día 11 de agosto en la madrugada a las 5 fracasó por la muerte del Jefe del Ejército de la Revolución Venezolana (Director General de la Guerra) General Román Delgado Chalbaud, y la circunstancia de que casi todos sus oficiales de Estado Mayor –veinte en conjunto– salidos desde un puerto del norte de Europa, con excepción de cuatro o cinco incorporados en el Caribe, quedaron muertos, heridos y prisioneros o en fuga al verse obligados, antes y después que aquel general sucumbiera de las dos heridas mortales que recibió, a combatir solos, ya que los 75 reclutas que constituían la única tropa dispersáronse a las primeras descargas. Causa de ello inmediata y visible fue que un ataque simultáneo por la retaguardia del enemigo y que debió romper los fuegos, aún antes de que tocaran tierra los expedicionarios por la vía del muelle de

[63] Documento N° 3.
[64] Correspondencia 1928-29.
[65] Documento N° 5.

Puerto Sucre, no tuvo lugar. Eran 305 hombres dotados con 305 maussers modernos y 66.000 tiros al mando de Pedro Elías Aristeiguieta Rojas, Vocal de la Junta Suprema, cuya fuerza fue armada, organizada y despachada a las siete de la noche del día antes 10 de agosto en el desembarcadero de "Peñas Negras", al abrigo de la Península de Araya, donde recaló el "Falke", procedente de "La Blanquilla" en la misma mañana del 10.[66]

De ahí al punto de ataque por retaguardia a la plaza de Cumaná hay una escasa jornada de cinco a seis horas, inclusive la breve travesía del brazo del Golfete. Los jefes, y sobre todo la tropa, (pescadores nativos familiarizados con ese litoral) conocían ese terreno palmo a palmo. Dentro del más rígido cálculo de posibilidades tenía esa tropa tiempo más que suficiente y hasta descanso para romper los fuegos a espaldas del enemigo, que fue lo convenido abordo del "Falke", *a las mismas cuatro de la madrugada* y estar sobre el puente "Guzmán Blanco" de Cumaná a las 5 a.m.[67]. Que la causa del retardo se justifique o no y que del fracaso haya surgido la lucha desesperada y la tragedia, el hecho preciso, positivo, inmodificable es éste: una mano de hombres atacando de frente una plaza defendida y prevenida a cuya cabeza estaban jefes de nada común valentía, pero que cuenta con la acción simultánea de fuerzas mayores por la retaguardia del adversario, no puede esperar sino la muerte, la dispersión y la derrota concurrente no llega ni a la hora, ni una hora después, ni dos, ni tres, ni cuatro, ni siete horas más tarde... ¿Qué esperaban encontrar los que llegan a Caigüire *a las doce del día,* dicen ellos mismos, si no es la catástrofe consumada y hasta dicen ver "seis aviones del Gobierno que venían volando sobre Cumaná"? ¿El "Falke" fondeado esperando ser echado a pique y sin gente ni artillería para responder al ataque? Oh, no: más riesgo corría el último guaiquerí agazapado bajo el último matorral que un barco de 1.200 toneladas con un parque en sus calas fondeado en Puerto Sucre o ya en manos del enemigo que entonces, con superioridad aún más aplastante, hubiera aniquilado, perseguido y reducido a polvo la retardada fuerza, a la que ni siquiera se ocupó de bombardear la escuadrilla al mando del Aviador Robert Guérin[68].

Dominando, pues, el Gobierno la situación, los atacantes –al hallarse solos frente a un enemigo fuertemente atrincherado, con un castillo que dominaba la plaza y el puerto, unos buscaron refugio donde pudieron, otros lograron abrirse paso hasta el barco. Tres pudieron llegar tan sólo cerca del muelle donde se mantuvo fondeado el vapor mientras duró el ataque y hasta *tres horas y media después;* el capitán Franz Zucal, que abandonó sus ametralladoras, atravesado el pecho de un tiro y fue traído por dos bogas; el teniente-coronel Carlos D. Mendoza, levemente herido en ambas piernas y el teniente Raúl Castro. Estos dos oficiales que vieron caer muerto al general Delgado Chalbaud y que se mantuvieron al

[66] Documento Nº 8.
[67] Documentos Nos. 5, 8, 10, 11 y 12.
[68] Documentos Nos. 10 y 13 y Carta del aviador Robert Guérin a la prensa de Caracas, 1936.

lado del cadáver hasta agotar sus cartuchos confirmaron verbalmente y luego por escrito firmado, la noticia del desastre traída una hora antes a bordo por el capitán Zucal y sus conductores.[69]

En el "Falke" quedaron: dos heridos, tres hombres útiles, un práctico (el otro huyó con un bote de parque que se le ordenó llevar al muelle al ver venir las fuerzas del Gobierno hacia el litoral) y 35 tripulantes mercenarios alemanes, amotinados por su primer Oficial Heinrich Koelling que hablaba de entregar el barco con el resto del parque sin que el capitán Ernesto Zipplitt recabara su autoridad. Así las cosas, a las 8 y treinta minutos, ya en riesgo positivo de ser entregados o hundidos sin gloria ni lucha posible y para ridículo de la Revolución, se dio orden de salir del puerto. No había carbón suficiente para llegar ni a Trinidad y derribóse a Granada, haciendo 5 millas escasas por hora. Con carbón para sólo tres días emprendióse la campaña de Costa Firme. Al fondear en Cumaná la madrugada del 11 de agosto apenas disponíase de carbón para 24 horas escasas.[70]

El "Comunicado Oficial" a la Junta Suprema de París formulado en Granada el 12 de agosto y dirigido en esa fecha por el Secretario de la Jefatura Suprema del Ejército, José Rafael Pocaterra, afirma que "Cumaná no estuvo el 11 ni después de esa fecha, ni hasta ahora ha estado en poder de la Revolución". Es exacto: fue el general Agustín Rodríguez quién entró por breve tiempo a esta plaza el día 13 de agosto, o sea *–dos días después*[71]. De ese comunicado oficial–, todos y cada uno de cuyos puntos principales van con debido respaldo documental en esta obra y cuyos originales firmados auténticos reposan en poder del autor, así como del "Memorándum" detallado dirigido a la Junta Suprema en París, despréndense tres hechos capitales comprobados:

1°–La falta de concurrir a la isla Blanquilla en fecha indicada el contingente que debió estar allí y que hizo retardar tres largos días al "Falke" fondeado a la espera cuando el enemigo ya tenía noticia de que la expedición iba sobre Oriente[72]. El coronel Simón Betancourt y el Dr. Atilano Carnevali han explicado prolijamente la causa de tal grave inconveniente[73].

2°–El retardo de las fuerzas concurrentes a la acción del 11 de agosto ya expuesto.

3°–La retirada del "Falke" a las ocho y treinta minutos de ese mismo día llevando a su bordo oficiales que combatieron al lado del Jefe de la Revolución caído frente al "Puente Guzmán Blanco" en la plaza de Cumaná y la imposibilidad absoluta de permanecer un minuto más en aquellas aguas, ni de tomar otro rumbo que el que tomó forzosamente por falta de

[69] Documento N° 5.
[70] Documento N° 6
[71] Documento N° 12.
[72] Documento N° 3.
[73] Informe del Coronel Simón Betancourt y sus compañeros –Correspondencia del doctor Atilano Carnevali (agosto - setiembre 1929).

combustible ni de desembarcar en paraje alguno con una tripulación rebelada [74] dos heridos y tres o cuatro venezolanos que inútilmente aguardaron –ya que toda lucha había cesado– una chalupa de tierra con siquiera un aviso, un penacho de humo. Nada. La perspectiva desolada. Figurillas fugitivas. Rostros de mercenarios en pánico dispuestos a entregar el barco. Y las cornetas del enemigo saludando la victoria. Eso fue lo de Cumaná.

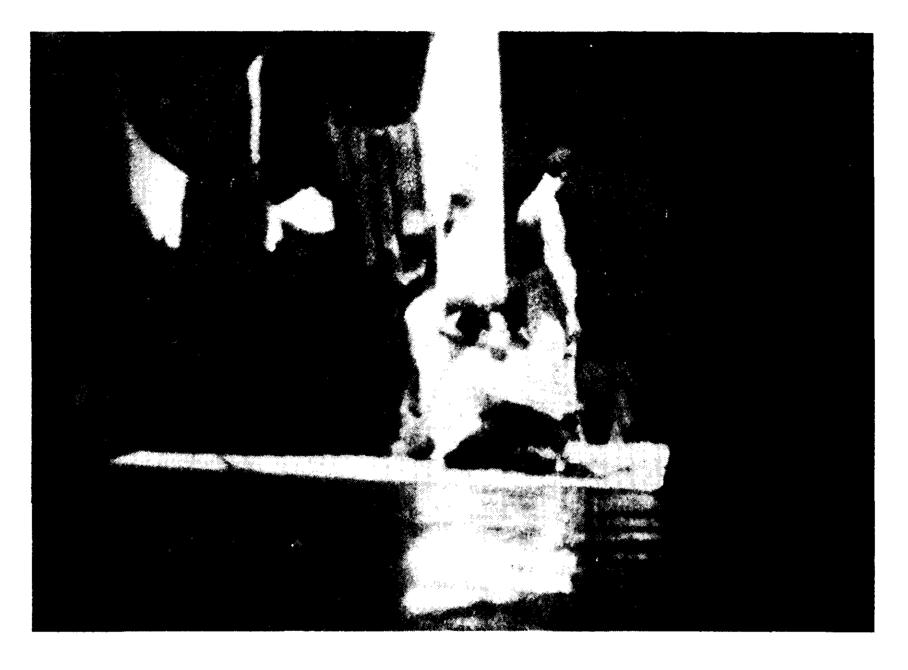
[74] Documento Nº 14.



Sentado: Cipriano Castro.
De pie: Juan Vicente Gómez.



Piernas del estudiante de Ingeniería Francisco Rivas Lázaro con grillos de 75 libras.– Vista posterior tomada el año 1930.



Cerca de la puerta de su calabozo, tomando un rayo de sol, aparece sentado Nerio Valarino, el audaz fotógrafo autor de este reportaje, en compañía de Francisco Rivas Lázaro.

COMO SE OBTUVIERON ESTAS FOTOGRAFIAS

ESTAS FOTOGRAFÍAS, posiblemente únicas en Venezuela, fueron obtenidas por la perseverancia, la astucia y la resolución de un preso político en La Rotunda (Nueva) en el año de 1930: Nerio Valarino. Resultan estos documentos un prodigio, porque sabemos qué enormes dificultades tuvo que vencer Valarino para obtenerlos. Para quienes se enteran del régimen interno de La Rotunda por las descripciones en este libro contenidas, resultará todavía más incomprensible que se haya podido obtener fotografías de presos políticos de Gómez, engrillados y precisamente en La Rotunda, donde un papel de cigarrillo escrito constituía una comunicación con el mundo no muy fácil de obtener. Valarino nos ha explicado el curioso proceso que siguió para lograr su empeño:

Cuando Valarino entró en La Rotunda, pasó tres meses sin ninguna comunicación con su familia, hasta que gracias a la intervención del general Mibelli pudo enviar un papel de un cigarrillo escrito con un trocito de creyón. Allí le avisó a su familia que estaba con salud, y al final les recomendaba echar agua de yodo en la tapa de una viandera en que le enviaban alimentos. Pero pasaron tres meses sin lograr ninguna comunicación, porque en su casa no conocían que escribiendo con agua de fécula, y luego echando agua yodada se formaba un precipitado negro-azul destacándose lo que se hubiese escrito. Y en la casa echaban el agua yodada a la tapa, ¡antes de enviarla a la cárcel! Afortunadamente un día se les ocurrió hacerlo al recibir la viandera, y como Valarino no había dejado de escribir en aquella tapa ni en una sola ocasión, pudo establecerse una comunicación de La Rotunda hacia la calle, pero no a la inversa porque adentro no se podía obtener yodo en ninguna forma. Los alcaides habían oído decir que los presos se comunicaban para la calle "con yodo". Naturalmente, sin la menor idea de que existiese tal precipitado.

Poco a poco la comunicación se fue perfeccionando, cuando Valarino logró que le remitieran un remedio que contenía yoduros y yodo en pequeñas dosis. Así las cosas, resolvió Valarino introducir una fotografía, para obtener estos retratos que hoy por primera vez se dan a la publicidad. Un año duró el procedimiento. Un año de paciencia, de tenacidad. He aquí cómo lo logró:



De izquierda a derecha: Cadete Armando Chaves, capitán Rafael Alvarado, cadete Benjamín Leffman y teniente Leonardo Leffman.



Alejandro Loynaz, abogado y el estudiante Francisco Rivas Lázaro.



Las piernas engrilladas de Rivas Lázaro vistas de frente.



De izquierda a derecha, Francisco Rendiles, el teniente Rafael A. Barrios, y los cadetes Eleazar López Wollmer y Antonio José Ovalles.

Primeramente, preparó un escondite en un calabozo del alto, debajo de un ladrillo, hábilmente disimulado. Luego hizo que en su casa le compraran una maquinita de fotografía pequeña y barata, de esas llamadas "de cajón", y en un papelito de seda pequeñito escondido en una tapa de cerveza, entre el corchito y el metal, recibió las dimensiones exactas de la pequeña cámara. La tapita de cerveza venía puesta en una botellita conteniendo café tinto. Durante un mes se perdía sistemáticamente la botellita de café: los de la requisa se lo tomaban. Entonces idearon hacer el café muy malo, y con sal. Así lo mandaron, y al cuarto día, la afición de los chácharos por el café de Valarino decreció tanto, que pasó una botellita. Recibidas las medidas pidió luego que le enviaran con las vianderas, etiquetas con su nombre, hechas en delgadas tablitas de cajas de tabaco. De vez en cuando dejaba dentro de La Rotunda una tablita de éstas, hasta que reunió cuatro. Con ellas y un pedacito de hojalata amolada, a manera de navaja, y usando como lija los ladrillos del piso hizo un cajoncito con las mismas medidas que en la calle tenía la cámara fotográfica, cuidando especialmente que fuera exacta la distancia entre el lente y el fondo o sea la distancia focal del lente. Para verificar estas medidas recibió un botón en el cual se habían grabado dos rayitas que correspondían a un centímetro. Con esta medida exacta le fue fácil confeccionar una reglita para medir. Ahora faltaba nada menos que el lente, que tardó tres meses en entrar. Primero, tuvieron que desacreditar la sopa que le enviaban durante muchos días, poniéndola sumamente salada y con gotas de ipecacuana, y enviarla siempre igual, incluyendo pequeñas bolitas de masa, a las cuales precisamente se les ponía más sal. Evidentemente estas sopas se desacreditaron mucho entre la gente de la requisa, porque el cabo de cierto tiempo llegaban intactas, sin siquiera registrar. Entonces ordenó que le enviaran uno de los vidrios del lente, el cual pasó muy bien en una de éstas "saladísimas" bolitas de masa. Así fueron pasando, poco a poco, los lentes y el obturador, y algunos alfileres para reconstruir todo adentro. El obturador, y el lentecito fueron adaptados al cajoncito. Ya estaba lista la máquina. Pero había que introducir los negativos y esto fue lo más difícil. Primero intentaron ensayar con un termo, pero se observaba que era minuciosamente escudriñado por dentro. Luego se logró introducir el café en una perolita de hojalata, muy humilde, de muy despreciable aspecto. Cuando la perolita se hizo conocida y pasaba cada día –con su café salado y con ipecacuana– le adaptaron un doble fondo que permitía una capacidad de unos tres milímetros.

Entonces la comunicación con la calle era más amplia porque se podía escribir mucho más en el doble fondo. Allí fueron llegando los negativos, de tamaño 3X4 centímetros, uno a uno, y muy bien cubiertos con papel negro. Entonces cada noche se fijaba un negativo dentro del cajoncito, en la absoluta oscuridad del calabozo; por la mañana sacábase una fotografía, y a la otra noche se envolvía de nuevo el negativo, ya expuesto, en sus papeles negros; y así, uno a uno, fueron siendo obtenidos estos retratos y enviados a la calle. Dentro de La Rotunda colaboró eficazmente con Vala-

rino, Alejandro Loynaz Sucre, y en la calle la labor fue realizada por la señorita novia de Valarino –hoy su esposa– junto con la señora madre de Valarino. Las primeras fotografías obtenidas fueron reveladas por el Dr. Alberto Núñez Tovar, a la sazón cuñado de Valarino, a quien le remitieron a La Rotunda una, ya sacada en positivo. La labor estaba terminada y no era prudente seguir corriendo aquel tremendo riesgo. La maquinita fue destrozada y botada por la cañería de la prisión. Cuando Valarino fue puesto en libertad, vio toda la colección, que ha conservado, y es ahora cuando ha tenido la amabilidad de permitir que se publiquen, en la segunda edición de estas "Memorias".

No todas las dificultades fueron las arriba narradas. Para poder sacar las fotografías sin que nadie lo sospechara, dentro de La Rotunda, Valarino tuvo que hacerse el atolondrado durante muchísimos días, jugando como un maniático delante de todos los presos, a tirarles una foto con un perolito de leche condensada. Cuando se cercioró de que lo creían así con aquel perolito, y que no despertaba sospecha alguna, introdujo la maquinita en él y pudo lograr sus propósitos. Cuenta Valarino que tuvo que hacerlo en esta forma, para evitar que los centinelas vieran lo que tenía en las manos, y por evitarle algún síncope cardiaco a algunos compañeros que había allí excesivamente "nerviosos", y que de no morir de un ataque al saber que se estaban sacando retratos, quizás hubieran cometido la imprudencia de decirlo a la calle a sus familiares, y de una manera u otra el caso hubiera llegado al fin a oídos policíacos, y entonces quedaban liquidados Valarino, su fotografía y todos los que hubiesen intervenido en el asunto– Nota comunicada al autor.

Véase Apéndice IX, tomo 1 página 318.

CAPITULO XLI

*"... Y pondré a esta ciudad por espanto y silbo: todo aquel que pasare por ella se maravillará, y silbará sobre todas sus plagas.
Y haréles comer la carne de sus hijos y la carne de sus hijas; y cada uno comerá la carne de su amigo, en el cerco y en el apuro con que lo estrecharán sus enemigos y los que buscan sus almas".*
(Jeremías, 19.-8-9.)

Historia sintética de una dictadura contada por su propio esqueleto – Balance final del régimen a sus veintisiete años (1935) – Prontuario de la Venezuela política, social y económica en los postreros días de su "rehabilitación" –"Hubo un hombre, enviado de Dios, que se llamó Juan" – Infancia, adolescencia – De mayo 23 del 99 a diciembre 19 del 908 – El Gómez subalterno y sus compañeros – El que tuvo que ser y el que era – Bajo el signo de la Dictadura Vitalicia – Los muertos mandan – Una interrogación tremenda...

DIVERSOS PROYECTOS fueron formulados sin que alcanzaran a una acción consistente. La organización que se dio al movimiento de 1929 no permitía preparar éstos con base debido al fracaso de aquel movimiento: pacto tácito o formal de casi todos los sectores de la Oposición y compromiso privado de la Junta Suprema y de un grupo de militares y de políticos fuera y dentro del país. Este compromiso se había desintegrado virtualmente aún antes de la acción o estando ya ésta en marcha; disolviéndose posteriormente con el fracaso de la expedición en Cumaná el 11 de agosto ese pacto tácito que había venido desgajándose al compás de los intereses morales y materiales del desastre parcial que la vocinglería de unos y la falta de firmeza de otros hizo definitivo. Poco después disolvióse la Junta Suprema de Liberación y aun cuando pequeños grupos trataron de unirse a los dispersos miembros de la extinguida Junta para reconstruir "el centro directivo", continuó el proceso de desintegración degenerando en acusaciones arbitrarias, en luchas de orden personal por una supremacía que nadie disputaba abiertamente y muchos alimentaban sin darse cuenta que hacían precisamente el juego que al régimen imperante y victorioso convenía: exhibir como desorbitados, ineptos, ambiciosos, inconsecuentes y nulos a los hombres todos –no sólo

a los que tenían nexos con aquella organización sino a los que posteriormente, hasta la invasión de Peñalosa y la también fracasada expedición de Urbina con el "Superior" en 1931– trataban con un esfuerzo mayor que la realidad de darle un cauce a la lucha entablada en condiciones desventajosas o de aplastante inferioridad de recursos, a fin de equilibrar a fuerza de hazañas individuales lo que la inercia colectiva interna y externa –que, sea resultado de la serie de desastres originados en esta misma inercia, sea por un conformismo absurdo– mantuvo como un peso muerto sobre las espaldas de los venezolanos en Venezuela y sobre las actividades aisladas de los que estaban fuera.

Al bosquejar así el proceso y sin remontar más lejos de los últimos seis años, esta exposición final no tiene otro objeto que el de definir el momento histórico que preceda al declinar –con la salud de su jefe– ese "gomecismo" nominal y cuasi doméstico de los postreros días. No es nuestra intención tratar de imponer dogmas de condenación ni de absolución históricos: es sencillamente cerrar como es debido los anales de las dos sucesivas dictaduras en el momento lógico, aunque extrañamente tardío, en esa pirámide invertida, perdiendo su centro de gravedad física a medida que se precipitaba la gravedad patológica del hombre enfermo de Maracay, caiga, apachurrándolo todo bajo sus flancos y quede tendida, absurda y enorme, monumento fúnebre que no obelisco de victoria ni arco triunfal de progreso. Concreción de piedra que significa –fuera de los imponderables– cincuenta años de retroceso en la evolución normal de un pueblo.

A vista de lo inorgánico y artificial de ese régimen –que lo único orgánico y positivo fue su elemento céntrico: "el jefe"– debieran los venezolanos –sean cuales fuesen sus antecedentes y orígenes militares– inspirarse todos esta vez en la voluntad de acertar, de un modo sereno, sensato, patriótico; olvidándose un poco de sí en beneficio de los otros; deponiendo reservas mentales y prejuicios a fin de que esa voluntad de acierto sea el eje de la rotación política y para que un país desorientado, y lo que es más grave, un país que comienza a pretender convencerse de *que el régimen dictatorial es el que le conviene* –ya con las derechas extremas en su forma conservadora y policial del "orden público", bien con las extremas izquierdas y su proletariado dictatorial por "la salud del pueblo"– forme un frente único, una unión sagrada: la de los venezolanos totalitarios frente al bloque armado, fuerte en su exclusivismo y exclusivo en su fortaleza con que este anciano agonizante les tiene a raya. Se ha tratado de convencer en tal virtud a dos generaciones de que la obra de avance material relativo, la riqueza incidental del sub-suelo, el orden pretoriano y la actitud estática de los ciudadanos ante una docena de regimientos dispuestos a ametrallarlos al más breve signo de la mano enguantada de "el viejo", era la forma lícita del "orden" –violencia organizada–, de "la paz" –sumisión civil –y del "trabajo"–suerte de parasitismo oficial pegado a las ingles de la riqueza pública. La industria languidece en simulaciones; el agricultor labra la tierra y el criador

engrasa sus ganados esperando el fusil del recluta para abarrotar los cuarteles con doce o catorce mil hombres útiles pero que pasan a ser garantía de ese "orden", de esa "paz" y de ese "trabajo" en un magro coeficiente ni de tres millones de habitantes.

¿La administración? Por el canal de relaciones interiores corre hacia "la política de la paz y del trabajo" –congreso, situado, poder judicial, clero, etc. un caño de 30.000.000 de bolívares anualmente. Para cuarteles, fortalezas, naves aéreas o acuáticas, prebendas militares otros 30 ó 31 millones. Relaciones exteriores cuesta poco –unos 6 millones– porque es sólo un servicio decorativo y no es carrera sino viáticos, temporada de estudios o de placer en el extranjero, retiro de políticos en desuetud. Las "cuestiones internacionales" que explotan tanto nuestros cancilleres ante los presidentes ignorantes que hemos tenido, son cosa bien simple, y la tradición, el manejo y sus fines son cosa rutinaria a los "habitués" de la Casa Amarilla. Allí se hacen fuertes los pedantes y pedantes los débiles. Nuestra hacienda recauda 150.000.000 netos anualmente; tal recaudación importa –por cargos fiscales de ese Departamento solamente– 17.000.000. Obras públicas –mano de obra forzada, sisa de salarios donde medran del jefe de sección al capataz hasta dar en el salcocho del peón– pero al fin y al cabo labor e inversión de fondos, ha hecho la fortuna de varios ministros y de unos cuantos presidentes seccionales. Su objetivo es tender en la zona que abarca la costa irradiando de Maracay hacia el Tuy, Carabobo, Barlovento y Aragua y hacia los importantes puntos estratégicos del sub-occidente, una vasta tela de araña –casi nula para atacantes o defensores en la estación de lluvias– pero en cuyo centro están las casernas y bajo cuyas bayonetas duerme sosegadamente "el general"...

La llamada "gran carretera del Táchira" –que costó diez veces más que cualquiera otra vía ordinaria de la misma extensión e importancia– para poder valorizar de paso tierras de propiedad personal– es a manera de ese hilo mayor central que evacuan los arácnidos y por el cual pueden correrse a la extremidad requerida en caso de urgencia. Esa carretera une al Táchira con Gómez y no con el centro de Venezuela. ¿Fomento? Aprobación de expedientes. El telégrafo es autóctono: a su frente está uno de la familia: es de Maracay, y de allí parte también la censura postal. Marcas de fábrica; información deficiente; oficinas a las que llegan los planos y las acusaciones de minas o de explotaciones diversas cuando tienen el "pase" del general Gómez y el "traspase" del ministerio a la Gaceta.

Hay un nuevo ministerio: "Salubridad y de Agricultura y Cría" –simples direcciones o jefaturas de servicio de la antigua organización–. Allí está el número de cabezas de ganado caballar y vacuno con cifras de una inferioridad ridícula en un país de pastos y de llanuras inmensas; producción de frutos ¡y hasta se compran cereales en el exterior!.. El café, base agrícola: los latifundios de Aragua, de la Cordillera, de Carabobo y algunos otros menores... Caña para azúcares negros; cacao; cueros; ex-

portación rudimentaria; tenerías incipientes. Y alguna que otra industria fabril que prospera a pulso o especula a impulso.

Pero eso sí, tenemos "el hipódromo" ...Tenemos un "hotel jardín" y un "hotel miramar" –oro de la nación compra a precio de origen lo que el general empresario construye, si el negocio no marcha. El hospital "Vargas" –lo único que existe como hospital moderno– está allí con sus "salones" y sus "clínicas" a base de clisé de periódico y de estudiantuelos adulones... El paludismo arrasa los llanos y las Guayanas; la sífilis y el alcoholismo (del aguardiente de caña sin clarificar) dan cuenta del saldo en los centros urbanos... ¿Optimismos a base de aceites? El movimiento que se notaba ahora años y aún se observa en las hoyas hidrocarbúricas del Zulia, de Monagas y de otras regiones fue sólo el "rush" de una explotación apresurada que lleva a refinar fuera sus aceites y paga los salarios que le place, sin que nadie atine a saber por qué... El mercado internacional regula el que sus pozos abran o cierren la boca. Un día el ministro de Fomento Gumersindo Torres prepara un memorándum moderado pero voraz y sólido a las compañías. Y fue a meditar en un cargo subalterno los inconvenientes de incurrir como venezolano en el desagrado de los intereses oficiales petroleros en Venezuela...

Aquí, allá –con rigor, con injusticia, contra la ley o por buena índole– uno que otro Presidente de Estado o alto funcionario judicial trata de hacer lo mejor posible dentro de lo inicuo del sistema: lo reemplazan con un infeliz sumiso o con un agresivo manumiso...

La cuestión salubridad se sintetiza con el célebre informe de Luis Razetti: "en 25 años la población normal de Venezuela *disminuyó en 25%*". ¿Quiénes fueron gobierno en estos años?

De un presupuesto declarado de 150.000.000 de ingreso, la instrucción pública, con un 80 u 85% de analfabetos dispone –en los años en que más se la atendió– de 9.000.000. Pero tenemos academias, ateneos, liceos y gineceos, sabios de cotarro, celebridades literarias, genios domésticos, genios para la exportación y geniecillos "graciosos" en la 8ª página de los diarios. ¿De quién es esta obra de desintegración y de catástrofe? ¿De un dios, de un demonio, del "übermenchen" de Federico Nietzsche?

En una choza de paraje fronterizo en el fondo del Táchira y hacia 1859, de padres rústicos, nace un chico, rollizo y adormecido, los ojillos tardos a la luz, los movimientos zurdos, la ingenua tosquedad de las razas ordinarias, deformadas por labores duras. En la escuela –cuando va– que es rural y mala, nada aprende. Pero mañana él enseñará a las sociedades que no alimentan, ni educan, ni enseñan, lo que vale una voluntad. ¡Pobre niño hijo del bueno de Pedro Cornelio Gómez y de Hermenegilda Chacón, cuya infancia fue cinchar los mulos del arria, dormir al raso y jugar a guerra!

Toda cosa engendra su semejante y la aventura de la frontera y esa vida del cambalache, esos ímpetus reconcentrados... Ya el niño torpe en la escuela y vivo en el negocio, es hombre. Y un día "sobre una piedra colombiana" –porque ya está "asilado" por política– habla con Cipriano Castro... Hablan... o mejor, Castro le habla, y él, escucha: *"Busté* es el jefe, *busté* resuelve. Tengo unos cobres; son suyos; y yo voy con *busté".*

18 de Diciembre, 1936.

Vino deslizándose por la canal de la techumbre castrista agrietada, con una simplicidad bonachona: la garra en vellón suave, los colmillos bajo el bigote aldeano. Acaso no se conocía él mismo. Las reservas profundas de un carácter y los repliegues de esa suerte de voluntades son inaccesibles. Bruto se le calificó por adjetivo; pero en verdad era el instinto –los instintos todos– encarnados en un hombre. Y el instinto llega, en su máxima potencia, a lo genial. Cruel se le llamó en sustantivo porque sustancialmente lo era: el gato que devora al pájaro y si se le amenaza nos contempla atónito y con un lampo de desconfianza en sus pupilas amarillentas–, que a ratos así fulgían las suyas, –porque supone que pretendemos comerle una parte de su pájaro. De ahí la ferocidad. Luego el maullido: a los presos que morían en sus torturas: –"Pobrecito, ya descansó"; al hermano que dijo amar más y fue por eso asesinado: "la muerte del pobre Juancho era una necesidad para la Causa". Refiere compasivo que alguien, colgado por las partes, se baño el rostro de orines; y explica: –"Porque como el amigo estaba con las patas de a para arriba"... "El amigo doctor Arcaya y el amigo Arévalo González"... "los amigos *ñervosos* (nerviosos), el Román... "que allí en la Rotunda está mejor porque no le pasa nada y si lo suelto al salir se me alza". Es el "padre severo" de los estudiantes que cargan en la boina, como una plumita, "el brote comunista".

Política interior: hierro, piedra, plomo. O puesto público y fondillos lustrando las silletas de sus casas de campo. Política exterior: "un *dotor* que me *arrempuje* a los ingleses cuando se *encimen mucho* o a los americanos si se meten más *"pa entro";* y que somos amigos de los "reinosos" (Colombia y la cuestión fronteriza) y del Papa y de todo el mundo porque no nos metemos con nadie y le pagamos a todo el mundo su plata y hasta les regalamos su buena plata. "Y al que paga" –le decía a un ministro suyo– "nadie lo *jurga".*

Como comenzó despreciado y terminó despreciando, se hizo socarrón una época, y desdeñosamente paternal en sus últimos tiempos.– "General, el gran escritor X de Tal Parte quiere conocerlo personalmente".– "Anjá... ¿y qué busca él?" –¡No, oh, no! es un gran periodista (financiero, hombre de ciencia, poeta, lo que fuere) y está preparando un libro en el que...

–Güeno; decímele como cosa tuya que sí, que lo recibiremos, pero que qué quiere él.– "Pero general..." Y el general campechanamente:– "Vos verés que ese quiere algo".– Así, íntimo.

Al recibir, habla poco, y naturalmente, mejor... Le asiste alguien listo en ciertas conversaciones. En otras se confía al tema, tanteando en su forma interrogativa de "cómo le parece al amigo"...

Su sed de posesión es formidable. Los millones de bolívares son gotas de lluvia en una arenal goajiro. La geofagia encarnada. Terrenos, fincas y animales primera etapa. En él denota toda la psicología laboriosa, tenaz y de "honradez comercial" –porque hay una honradez comercial que no es honrada– que forma ese tipo mixto de criador y detallador de víveres: una mezcolanza de lo agro-pecuario con la gaveta de la pulpería. Si obliga a que le vendan paga un precio, pero el suyo. Así –con brío, riñones y sus cobres bien colocados en la gratitud de un Castro poderoso– llega al centro. Sus talones se cansan taloneando las mulas de marchas y contramarchas en campañas que mandan unos generales y ganan otros. El es "el amigo fiel"... Ha ido coleccionando los más burlescos y graciosos telegramas de don Cipriano –que escupe su burla a través de trompetas bélicas como la saliva por un cornetín– y con ellos más tarde hará la adulación su biografía... Paso a paso, ésta al parecer extraordinaria vida es de una simplicidad magnífica: piedra que rueda, sin fracturarse, amasando cuanto aplasta al paso y adhiriéndoselo para aumentar volumen, impenetrable, gravitando mediante una ley de la naturaleza, por la curva descendente que le toca recorrer en un ángulo de 36 grados que son 36 años.

En marzo de 1901 Castro le hace Primer Vice-presidente y nueve meses después (diciembre 20) Comandante general del ejército, saliendo al otro día a perseguir a Luciano Mendoza... Y allí en "La Puerta" –escaramuza que el Gobierno llama batalla– derrota a un Mendoza casi solo; tiroteo con francotiradores en Tiznados y el Paso de Esteves, regresando el 22 de Diciembre; y otra vez en "La Puerta" derrota a Antonio Fernández. El 8 de enero dice que bate otra vez a Mendoza en El Barro; y a fines de febrero le nombran Segundo Vice-presidente al llegar a Caracas. Parte en marzo como Delegado Nacional a los Estados del sur de occidente. En Uricure se tropieza con Riera y Peñalosa y vuélvese para Caracas de donde Castro lo despacha en abril para oriente, a atacar a Zoilo Vidal que evacua a Cumaná mientras las fuerzas de la Libertadora van concentrándose en Carúpano en donde embiste y atrapa una herida y escapa maltrecho con las guerrillas de Doroteo Flores a la espalda... Castro lo recibe furioso... Le deja encargado de la presidencia, ya que falta el Primer Vice, y parte a ponerse al frente de la campaña... El cielo se oscurece. Por todas partes flamean las banderas de la revolución; el hombrecillo terrible se encierra en La Victoria con sólo la vía férrea a su retaguardia

que le une a la capital. Gómez instálase con el ejecutivo nominal en Los Teques, lo más cerca posible del jefe que combate, a fuego y sangre, por la salvación de ambos durante 22 días. La llegada de la división de Trujillo con Baptista y Gómez –por no haber volado Hernández Ron los viaductos entre Los Teques y la capital de Aragua–, y la anarquía del campo enemigo, dan a Castro la victoria en la ciudad de este nombre. Tras Nicolás Rolando que se retira vía Barlovento sale Gómez cuatro largos meses después en persecución, dirigido por los jefes que Castro pone a su lado con la experiencia de lo ocurrido en Carúpano; y en El Guapo, paraje fronterizo de Miranda con el gran Estado Bermúdez, hoy región del Anzoátegui, pelea con brío para reconquistar el favor de un Castro victorioso y malhumorado. Regresa cargado de laureles oficiales por haber empujado a Rolando hacia sus correderes de Barcelona y vuelve a mandarlo Castro, como jefe del ejército expedicionario, a occidente, siempre asesorado por jefes como Diego Bautista Ferrer o González Pacheco. Toman a Barquisimeto la mañana del 23 de mayo –telegramas hinchados por la fecha efemérides, cohetes, repiques– asaltan en Matapalo, lucha desesperada que sostienen el propio jefe de la revolución, Matos, y los generales Riera y Jacinto Lara ya en franca retirada hacia la costa– y queda el campo por el gobierno. Se llevan por delante en Campo Claro las escasas fuerzas de Antonio Paredes y Manuel Morales cuando en junio lo envía Castro otra vez a Oriente... Ya Rolando, separado del resto de la revolución, declara "la revolución soy yo" y se hace fuerte en Ciudad Bolívar... Emilio Rivas y otros jefes toman la plaza y van a darle cuenta del triunfo a Gómez*. Ya, a través de "sus campañas", ha intrigado bastante entre las tropas y los jefes. Se indigna "sotto-voce" con "las cosas de don Cipriano que ya son insoportables" cuando Baptista y González Pacheco descubren en Puerto Cabello, al encontrarse y hablar, que Castro quería hacerlos rivales –*divide et impera*– y vuelve el 904 a ser elegido Primer Vicepresidente de la Provisional y de la Constitucional (1905). Castro le encarga del Poder el 9 de abril y empieza aquella comedia del amigo fiel y el amado ingrato que es la parte bufa con que finaliza la inmensa tragedia de la última guerra civil en forma que hubo en Venezuela y que se leyó en páginas del Capítulo III, Tomo I, de esta obra, encargándose Castro del poder el 5 de julio cuando "la aclamación", también anteriormente analizada. Desde entonces, su pugilato en las antesalas de Castro enfermo es reconquistar la confianza del protector para traicionarlo en 1908, cuando se marchó a Europa a curarse. Aquí cesa su vida subalterna y el poder absoluto es el punto de contacto de que hablan los psicólogos. Entonces surge, de entre la cáscara de rusticidad aparente y bonachona, algo tacaña y muy circunspecta, *el Gómez que "es" vengando al Gómez que tuvo que representar.*

* Véase reportaje del coronel Gregorio Olivo. Tomo I. Apéndice III.

Invulnerable para la piedad en una tierra de sentimentales; silencioso en un país de hablistanes; reservado entre una marejada de "chismosos" –que los andinos califican bien de "soplones"– suave al principio y recio al fin con caracteres que evolucionan al contrario; del instinto defensivo pasó a la agresividad preventiva y dejó hacer a los malos perversidades y a los buenos les castigó por pequeñas maldades. El uso y el abuso le crearon un sistema; la adulación talló en prosa y verso la tosca peana: la superstición, arraigada en lo más recóndito de su espíritu rural –esa tendencia a considerarse investido de una misión providencial– que le imponía "salvar al país" de peligros que, por tanto forjarlos con mentiras de sus amigos y con su propia imaginación para amparar cuantiosos intereses creados, terminó creyendo... Fue el hombre que talló una serpiente de palo y luego mató a su madre, a su mujer y a sus hijos para que no se los comiera la serpiente.

Tuvo la virtud de no tener sino muy pocas y éstas subordinadas a la conveniencia del momento. Ante los hombres de fines del pasado siglo y hasta un tercio del actual, a los venezolanos muy "sinvergüenzas" pero con muy buen corazón, que siguieron ya fascinados el curso del bólido de La Mulera hasta Maracay; a los mismos que, heroicos, trataron de atajarle y no les quedó otro recurso que perecer aplastados o colgarse a las ramas del camino para saludarlo, asombrados, o echar a correr para afuera de sus carreteras, a monte traviesa, perseguidos por las aristas agudas y por las chispas que el pedernal arrancaba a las pedrezuelas apachurradas, la rechifla de los que estaban momentos, colgados de los árboles por el rabo de sus instintos. Pasa la sorda tempestad de piedra:

–Allá va, ¡allá va! ¡Corre, que te coge!

Y si algunos le colocan bajo el pórtico sombrío de un Francia digno de Freud, de un Rosas bello y horrible en el halo del boleo gaucho, de un don Porfirio arrancado a las páginas de Valle Inclán para situarlo en las lindes en que Benito Juárez y Solano López se dan la mano, nosotros, que vivo y fuerte y bajo su férula, o lejos de ella pudimos contemplarle, hoy, en la perspectiva de la historia contemporánea, hallamos que no fue Juan Vicente Gómez quien emasculó a Venezuela durante veintisiete años, sino una Venezuela emasculada la que se tendió a dormir bajo un manzanillo de bienestar soporífero con el más alto representante de todos los vicios de deformación que la venían caracterizando. Fue la afinidad electiva de la doña Barbarita del general Páez por el gañán robusto que no enredaron los doctores ni amilanaron los generales... Si ellos eran falsos, él lo fue más; si leales, él no creía en eso sino en el tramojo que amansa y en el oro que compra... Pagó en buena moneda a quien le sirvió; destruyó a quien le fue remiso u hostil. Y cuando fomentaba su vasta hacienda, creía de buena fe que estaba fomentando el país... Si otros se culipandean en posiciones que él concedía con una sílaba ¿no era algo enorme e inquietante en ese hombre callado y tenaz la simplicidad de su existencia y una como austera dignidad bárbara para desdeñar la sociedad mendaz, el clero pedigüeño y la codicia de los *musiúes...?*

¿Pero a qué recontar esta historia tenebrosa que todos hemos oído? ¿Por qué esta mañana, al recoger las cartas del día, bajo un sobre amarillo de cablegrama, las letras moradas, dicen: "Gómez murió anoche"? ¿Este 17 de diciembre de 1935 no marca el final lógico de un anciano de setentiséis años, víctima de la uremia que le amenazaba de cerca desde hacía veinte?

Le han enterrado con honores, con todos los honores de su rango oficial e histórico. La piedra al fin, la piedra enorme, se detuvo en la hondonada de donde todavía ha de alzarse la noción espectral de que la más grande concreción de barbarie activa volvió a la inercia.

Siguiendo el curso fatal de esa roca, este libro pareció a los superficiales una obra demoledora: era la simple crónica de esa demolición vertiginosa.

A Cipriano Castro lo sepultaron en un cementerio del destierro; a Juan Vicente Gómez, en la tierra pastoril y cálida por cuyos alrededores sembró algunas bondades y le vieron sonreír los niños y le oyeron hablar con voz afectuosa y de recóndita ternura sus animales favoritos, que eran siempre los más feos.

No le temimos vivo; no iremos a deshonrarnos ahora sobre la tumba del hombre más temido y más odiado que cruzó por las páginas de la historia de Venezuela –y acaso de América– cuya vergüenza constituyó, sin que santo ni sociólogo ni poeta pueda decir hasta dónde la proyección del hecho real que fue su perdurabilidad hereditaria del poder habrá de prolongarse en los futuros destinos de Venezuela.

5 de julio de 1936
Pointe-Claire, Quebec, Canadá.



Juan Vicente Gómez en su ataúd.
(Foto tomada el 19 de diciembre de 1935 en la Iglesia Parroquial de Maracay).
(Foto Avilán).

EN LA TUMBA DEL GENERAL GOMEZ

Maracay, Agosto de 1936.

La entrada como todas las de cementerio: dos laterales angostas para los vivos que allí van de paso: la del centro, amplia, acogedora para la paz de lo definitivo. La de la derecha está abierta. Y al fondo de la avenida aquel monumento de ladrillo rojo, con un algo de musulmán y un poco de casino, agobiado con alegorías de bronce y sus dos galerías que miran a la paz humilde, arringlerada, a la muerte insignificante: túmulos, cruces, simples señales de tránsito en la velocidad de la existencia. Comunismo integral y totalitario de la muerte.

Se penetra a la capilla del mausoleo, que es trivial y barroca. A los muros, recostadas, grandes coronas de metal –que las naturales ya volvieron a despojos, a escoba luego desaparecerían. Porque así es lo natural. Esas otras, con tarjetones de familia: "Amelia", "Indalecia", "Regina", "sus hijos"..., quedan allí esperando el óxido que ya toca la punta lanceolada de sus acantos.

Y ante nuestras plantas, en el centro, una losa blanca; es él. Allí, bajo aquella piedra sobre la cual nos inclinamos están enterrados veintisiete años de la historia de Venezuela y una de las vidas extraordinarias que haya parido con más penas la desarticulación conceptual de una época.

Le veo erguirse sobre sus botas, bajo el panamá de la etapa pastoril o tocado con la gorra de la era militar: es el mismo: cuadrangular, estabilizado, fijo como la piedra que lo arropa y lo defiende de la impiedad vil del enemigo de última hora o de la cuchufleta cobarde de quienes hasta ayer, o le huyeron pávidos o vinieron, sumisos, a la genuflexión de sus antesalas... Sí, es él. A su lado Alí, el hijo amado. ¿Recordáis su voto en los días de la epidemia? "El durmió muchas noches conmigo; quiero ir a dormir yo también a su lado". Y más allá, Pedro, el idiota, patético. De entre el grupo que forman esos tres: el déspota, su cachorro y el idiota, separado por una columna a manera de urna griega, alejado del contacto suyo en la propia pudrición de la tumba pero enterrado allí cerca, en la solidaridad de la casta, José Vicente, el hijo que echó de su corazón y de su ejército,

está bajo otra losa igual a la suya pero separado hasta la eternidad por el abismo moral de 1923 y de 1928.

El abismo moral... Dos veces, tres, cuatro, trato de hallar en el fondo de mi corazón esa ola de odio sagrado que golpeteó, impotente, contra la piedra de su voluntad, que fue la voluntad mayoritaria de mis compatriotas. Y otras tantas entre un vapor de sangre, de lágrimas, del humo de los campamentos apagados que marcaron una fuga, una inepcia o una deslealtad, vuelve a surgir la figura dominante del bellaco admirable...

A ratos es el anciano terco; en veces fue un poseído del trascendentalismo rural de su psicología fronteriza, hecho ambiente oficial en esferas de más altos intelectos que el suyo bajo el signo de la superstición colectiva y del miedo civil. Y va y apunta en un papelito, con su letra tendida y voluntariosa y con su ortografía que apoya la preposición en el pronombre o en el verbo o en el artículo: "Vida que Dios cuida nadie la quita. *A mí mecuida* Dios *ila* Patria.–Julio 24 de 1911."

Y va, y mete el papelito doblado bajo una victrola. Se olvida de eso, hasta que alguien lo halla donde lo dejara hace veinticinco años.

Es menester que comprenda y me compenetre de que detrás de mí, más allá de la ancha avenida enarenada que comienza en el portal de un cementerio aldeano, hacia donde los cerros se cimbran y vienen como lamiendo las altiplanices de Miraflores, por la izquierda donde el llano se tiende a morir o por la derecha cuando desde la cadena de la costa el Ande se encresta hasta el páramo para hacerse nudo en Pamplona, en el rancho del topo y en la troje del valle hay hambre, enfermedad, rencor; en la quinta rica recelo agresivo de lo mal o de lo bien habido, pero siempre mal repartido; tras del Caribe turbio con sus cóleras de verano hombres que se llevaron millones, y millones que se llevaron hombres...

¿Lo demás?... Ese que está allá, en el viejo Palacio de Crespo, recogido en su buena voluntad maltratada, resistiendo todavía a la ola de los que quieren manchar de fuerza el consentimiento, a los que llaman orden la violencia organizada o debilidad la cautela. Y del panorama geográfico que desde esta tumba se advierte, surge el panorama mental.

Son estos colmillos de mármol blanco, hincados en el pavimento de una capilla católica, como enormes incisivos prehistóricos en la tierra de carne de mi Venezuela adorada. Comprime ella en una delirante impaciencia, decentrada y locuaz, toda el hambre y la sed de justicia que se quedó en las bienaventuranzas del Catecismo y que sólo supimos invocarlas en la propaganda para ir a la sopa boba de la prebenda pública o al reclamo absurdo de la aventura militar con urgencias de un día y confundidos y desfigurados entre la ralea de los oportunistas.

Es esta piedra cuadrada, blanca y simple –de una ejecución tosca como la vida física que interceptó, pero de una solidez implacable como lo fue aquélla–, lo que está marcando, a la orilla de esta carretera de brutalidad y de llanto, concreción del programa histórico, del progreso de cemento armado que se torna materia ponderable –pues que de aquí debe empe-

zar una nueva época si es que los paralíticos quieren echar a andar, y los ciegos ver y los sordos oír...

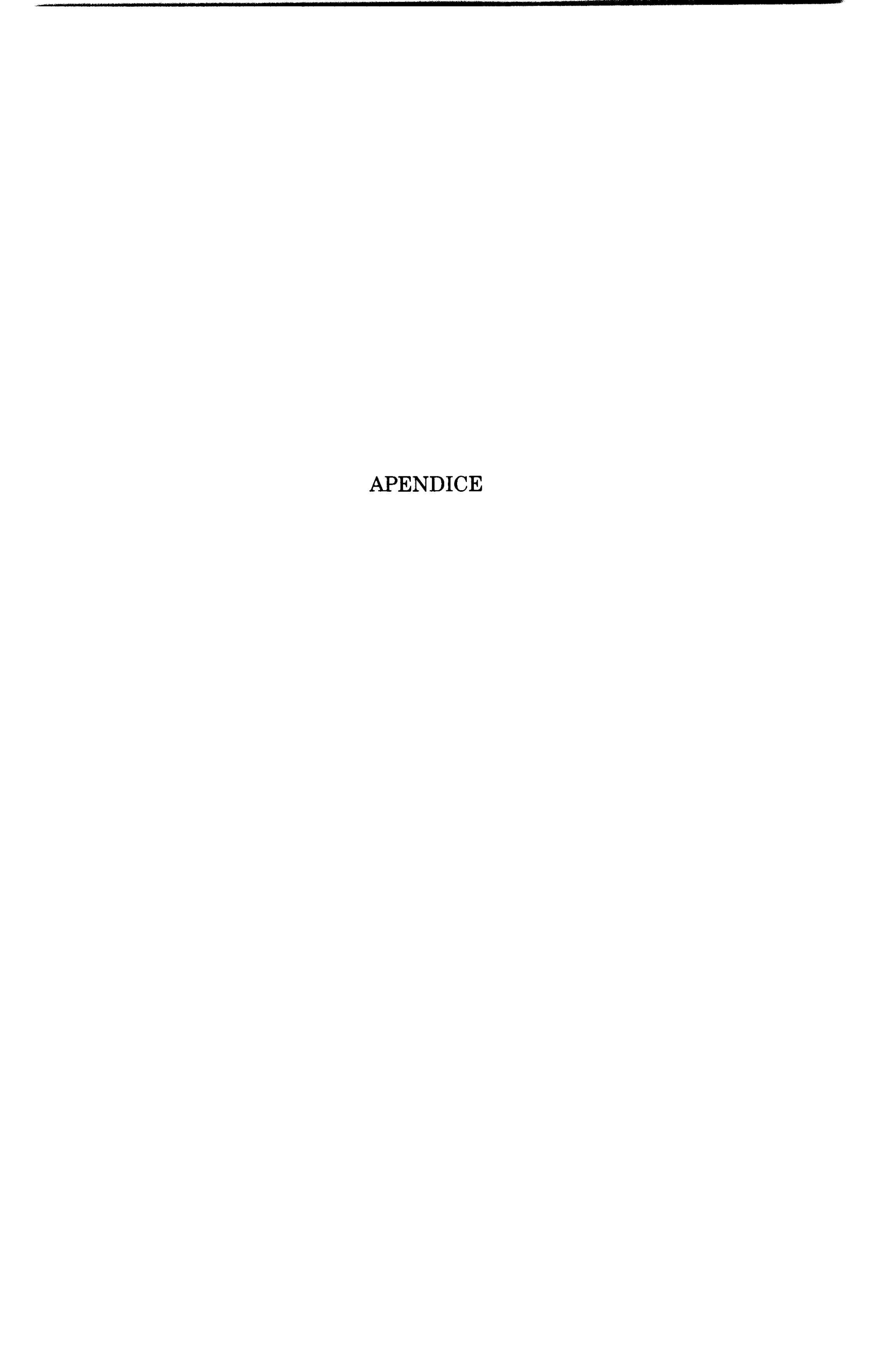
¿A qué dejar sobre este formidable organismo de acción tenaz, taladro infatigable que se comió a golpe de años las bases de una sociedad entera, frase ruin, vocablo soez o desdén falso?

Eso fue; y basta ya. No lo vencimos. Y lo que es aun más grave: no le convencimos.

Si el ideal del mando en Venezuela es esta siniestra prolongación del desmán disciplinado, si la meta de nuestras luchas, con Gómez, es este culipandeo de "mártires" o estas hinchazones de "importancias" que suelen desinflarse como pellejos lamentables en el cuarto de hora rabelesiano o en la intimidad de los bufetes, si la noción de la libertad es la insolencia sin objetivo en la calle y el atropello sin correctivo en la casa, la losa que aquí certifica en letras de piedra, "el Benemérito General J.V. Gómez" está aquí enterrado, es cosa apócrifa: que salió de nuevo al mundo, y entre las filas que propugnan por la catástrofe civil, pasa envuelto en el infame prestigio de la dictadura cuyo crimen no radica tanto en serlo como en dejar de serlo después que invirtió todos los valores y consumó y consumió tres generaciones en su complicidad o en su duplicidad.

Y otras losas, en otras capillas, a la hora en que sólo el tarjetón de la colonia china de Venezuela es el único que subsiste entre el montón de la ofrenda que arrancó de prisa la identificación de su gratitud, otras losas en otras capillas irán señalando a otros desterrados silenciosos que regresan un día, cómo la historia contemporánea de Venezuela ha de marcarse, jalón a jalón, liminar a liminar, con inscripciones fúnebres y coronas anónimas.

Porque si nosotros no hablamos, hablarán las piedras.



APENDICE

DOCUMENTO N° 1

PACTO DE UNION

Los suscritos, en uso de nuestro derecho ciudadano, convencidos del deber ineludible que la Patria nos reclama en los presentes días, para salvar su libertad y su decoro gravemente comprometidos por la tiranía reinante; en atención al llamamiento que nos hacen los pueblos de Venezuela, e inspirados en los altos ideales del verdadero republicanismo, hemos acordado congregarnos en Comité Preparatorio, para promover la constitución de una Junta Suprema de Liberación Nacional, sobre las siguientes bases:

PRIMERA: La representación, la dirección, la conducción y la responsabilidad del esfuerzo para la redención de la República, residirán en una Junta que se denominará JUNTA SUPREMA DE LA LIBERACION VENEZOLANA:

SEGUNDA: La Junta se compondrá de diez Miembros, elegidos por mayoría de votos por los firmantes de este Pacto.

TERCERA: Las funciones fundamentales de la Junta serán:

a) Confrontar y estudiar los problemas que presenta la situación actual de Venezuela, y poner en práctica los medios más adecuados, no sólo para hacer desaparecer el despotismo y la barbarie, sino que también y muy especialmente, para sustituir el odioso sistema imperante con un régimen de Libertad y de Justicia.

b) Organizar la labor de lucha contra el sistema actual de opresión y de crueldades, depurándola de toda tendencia o resabio personalista, en la consideración de que el personalismo ha sido siempre el mal que ha inficionado en sus bases, y bastardeado en sus fines, los propósitos de todas las contiendas políticas que se han sucedido en la historia de nuestro país.

c) Arbitrar los recursos económicos que la Junta hubiere menester para la realización de sus designios, cuando este sea el caso, a juicio de la misma Junta.
Las gestiones financieras las llevará a cabo la Junta, apelando a los medios lícitos de uso apropiados para estos casos, y poniendo especial empeño en que esto sea en la forma menos onerosa para los intereses del país, sin que en ningún caso pueda envolver peligro para su Soberanía e Independencia.

d) Redactar el Manifiesto en que la Junta hará saber al país de este patriótico propósito, a cuya realización empeña solamente el prestigio de su honra, inspirado en las bases de este convento.
Puntos culminantes de este Manifiesto serán: la efectividad de las elecciones libres en toda la República; la exposición clara y precisa del compromiso que contraen con la Nación el Comité en general y en especial la Junta Suprema, de implantar en Venezuela un Gobierno de Justicia, de Moral y de Libertad; y que su objeto es, no solamente redimir

a la Patria del actual sistema, sino devolver al ciudadano y al pueblo en general, los derechos de que ha sido ilegalmente despojado; restableciendo la verdadera República Democrática, basada en el Gobierno Representativo.

CUARTA: La Junta Suprema constituirá su mesa eligiendo de su seno el Presidente, el Vice-Presidente, el Secretario General, el Tesorero y seis Vocales.

QUINTA: La Junta proveerá a las vacantes absolutas o temporales que ocurran en su seno; y en la medida en que sus necesidades lo vayan requiriendo elegirá otros Miembros, si esto fuere necesario para su cabal y perfecto funcionamiento. Los Miembros de la Junta ausentes en comisión, o por cualquiera otra causa justificada, podrán hacer valer su voto en las deliberaciones o resoluciones de la Junta, designando por medio de una carta-poder el Miembro que ha de representarlos.

SEXTA: La Junta Suprema hará el nombramiento de Director General de la Guerra, quien queda debidamente facultado para hacer el nombramiento de los demás Jefes Militares que deben actuar en el territorio de la República, participando estos nombramientos a la Junta.

SEPTIMA: El Director de la Guerra, al aceptar su cargo, prestará ante la Junta Suprema juramento de adhesión y fidelidad a los fines patrióticos que inspiran el programa de la causa de la LIBERACION VENEZOLANA, ajenos a toda ambición personalista. El tendrá a su cargo la dirección de la guerra, con completa libertad de acción, y bajo su absoluta responsabilidad, pero, deberá rendir periódicamente cuenta a la Junta Suprema, o cuantas veces ella se lo exija, de su actuación y del estado de la campaña. Sus funciones cesarán automáticamente al ser ocupada la Capital de la República.

OCTAVA: El cargo de Director de la Guerra no puede recaer en la misma persona que sea elegida para Presidente de la Junta Suprema. Además, queda establecido que el ciudadano nombrado para Director de la Guerra queda, por ese solo hecho, imposibilitado para ser designado Presidente Interino de la República.

NOVENA: La Junta Suprema proveerá también al nombramiento de Representantes y de Agentes confidenciales ante los Gobiernos extranjeros, para trabajar por el reconocimiento de la beligerancia, y por la realización de todos los patrióticos ideales que la inspiran.

DECIMA: Tan pronto como estén ocupados por las fuerzas de la LIBERACION VENEZOLANA, uno o más Estados del territorio de la Patria, o antes si lo juzgare conveniente, se trasladará al país la Junta Suprema, en donde se constituirá en Gobierno Interino y ejercerá con tal caracter todas sus funciones como Autoridad Suprema. Este Gobierno será presidido por el Presidente de la Junta Suprema.

UNDECIMA: Triunfante la causa de la LIBERACION VENEZOLANA, e instalado en Caracas el Gobierno Interino, la Junta Suprema eligirá entre los ciudadanos más idóneos y que mejor respondan a los reclamos de la opinión pública, los Miembros que falten para completar el Ejecutivo Nacional.

DUODECIMA: La Junta Suprema en ejercicio del Poder Ejecutivo procederá a la organización civil y militar de la República, y convocará en el más breve término posible, al restablecerse la paz, una Asamblea Constituyente, sin que a ninguno de los Miembros de la Junta Suprema le sea permitido influir en las deliberaciones de esa Asamblea, directa ni indirectamente.

DECIMATERCERA: Las resoluciones de la Junta Suprema, ya obre como tal o como Poder Ejecutivo, se dictarán por mayoría de votos.

Al cumplimiento fiel de este Pacto empeñamos los suscritos el sagrado de nuestra palabra y nos hacemos garantes solidarios los unos de los otros.

Ginebra: 5 de Julio de 1929.

(Firmados)

F. Linares Alcántara; F. Angarita Arvelo; P.E. Aristeiguieta Rojas; Leopoldo Baptista, por sí y en representación de los generales Régulo L. Olivares, Rafael María Carabaño y el doctor Néstor Luis Pérez; Rufino Blanco Fombona; Atilano Carnevali, por sí y en representación del señor Manuel Flores Cabrera; R. Delgado Chalbaud, por sí y en representación del general Juan Pablo Peñalosa; Santos Dominici; Doroteo Flores; Alejandro Ibarra; Pedro J. Jugo Delgado, por sí en representación del señor José Rafael Pocaterra; S. MacGil; Carlos D. Mendoza; Augusto Pulido; Alberto Smith; Edmundo Urdaneta A.

DOCUMENTO Nº 2

ACTA DE LA ASAMBLEA GENERAL DEL COMITE DE LIBERACION VENEZOLANA

En la ciudad de París, reunidos el día 7 de julio de 1929 los siguientes ciudadanos venezolanos: doctor Leopoldo Baptista, por sí y en representación de los generales Régulo L. Olivares, Rafael María Carabaño y del doctor Néstor Luis Pérez; doctor Santos A. Dominici, doctor Alberto Smith, señor Rufino Blanco Fombona, general Francisco Linares Alcántara, doctor Pedro José Jugo Delgado, por sí y en representación del señor José Rafael Pocaterra, señor Pedro Elias Aristeiguieta, doctor Atilano Carnevali, por sí y en representación del señor Manuel Flores Cabrera, ambos en representación de la Federación de Estudiantes y de la Asociación Obrera; coronel Samuel MacGil, señor Augusto Pulido, general Doroteo Flores, señor Andrés Rodríguez Aspúrua, señor Alejandro Ibarra, señor capitán F. Angarita, señor capitán Carlos D. Mendoza, general Román Delgado Chalbaud, por sí y en representación del general Juan Pablo Peñalosa, señor Edmundo Urdaneta, con el propósito de encaminar todos sus esfuerzos a poner fin a la oprobiosa tiranía que esclaviza veinte años ha al pueblo de Venezuela y con la idealidad de establecer la Libertad, la Justicia y la Moral, bajo la dirección de un gobierno eminentemente constitucional, acordaron constituirse en Comité Preparatorio para elegir una Junta que asuma la dirección y representación de la causa de la Liberación, conforme al Pacto de Unión elaborado previamente de acuerdo entre los principales asistentes a esta Asamblea, para ser sometido a la consideración de todos los presentes como el estatuto por el cual habrá de regirse la Junta Suprema que se trata de elegir.

Fue designado para presidir la Asamblea el señor general Román Delgado Chalbaud, y para Secretario ad hoc el doctor Atilano Carnevali.

El general Delgado Chalbaud expuso el feliz éxito de la labor en que ha venido empeñado en el extranjero desde que recobró su libertad, manifestando que estaban ya asegurados los elementos para la lucha, estando como está en posesión del vapor y armamento necesario, según contrato celebrado con un Sindicato extranjero, manifestando al mismo tiempo que dicho contrato no envuelve compromiso alguno contra la dignidad ni la Soberanía de la República, ni ha sido menester ofrecer concesiones, puesto que la única garantía otorgada al Sindicato para el pago del material es la de los bienes particulares del general Delgado Chalbaud, su señora y sus hijos.

Fue sometido a la consideración de la Asamblea el Pacto de Unión que encarna los principios por los cuales se va a combatir, y fue aprobado por unanimidad de votos de la Asamblea.

Fueron designados los señores doctor Santos Dominici, Alberto Smith y Rufino Blanco Fombona para estudiar y emitir concepto sobre el contrato firmado entre el general Delgado Chalbaud y el Sindicato de la firma Félix Prenslau & Co. de Hamburgo.

En vista del favorable informe dado por los señores Dominici, Smith y Blanco Fombona, la Asamblea aprobó por unanimidad dicho contrato, manifestando hacerse solidaria de las obligaciones contraídas en las cláusulas 5, 14 y 16 del referido contrato.

En seguida el general Delgado Chalbaud excitó a la Asamblea para proceder a hacer la elección de los diez Miembros que deben componer la Junta Suprema de la Liberación de Venezuela, manifestando a la Asamblea, en su propio nombre y a nombre de los señores militares presentes y de los que ausentes están representados aquí, que vería con suma complacencia que la elección de los Miembros de la Junta recayera únicamente en el elemento civil, ya que es un propósito firme, y están perfectamente de acuerdo entre sí los que portan espada, la fundación y establecimiento de un Gobierno Civil en Venezuela.

Hecho el escrutinio la Asamblea eligió por unanimidad a los señores Santos Dominici, Alberto Smith, R. Arévalo González, Rufino Blanco Fombona, Pedro José Jugo Delgado, Néstor Luis Pérez, José Rafael Pocaterra, Pedro Elías Aristeiguieta, Manuel Flores Cabrera y Atilano Carnevali, para construir la JUNTA SUPREMA DE LA LIBERACION DE VENEZUELA.

A continuación, estando presentes la mayoría de los Miembros de la Junta Suprema, se procedió a su instalación, y la Asamblea acordó dar por terminada su labor levantando un acta de la presente sesión que se mantendrá en secreto, conforme al juramento prestado por todos los que la integran, hasta que su publicidad sea conveniente a los intereses del patriotismo.

En fe de todo lo anterior firman la presente acta todos los concurrentes, quienes lo hacen en su propio nombre y en el de los ausentes que les otorgan poder.

(Firmados)

F. L. Alcántara; F. Angarita Arvelo; P. E. Aristeiguieta Rojas; Leopoldo Baptista, por sí y en representación de los generales Régulo L. Olivares, Rafael María Carabaño y del doctor Néstor Luis Pérez; Rufino Blanco Fombona; Atilano Carnevali, por sí y en representación del general Juan Pablo Peñalosa; Santos Dominici; Doroteo Flores; Alejandro Ibarra; Pedro J. Jugo Delgado, por sí y en representación del señor José Rafael Pocaterra; S. MacGil; Carlos D. Mendoza; Augusto Pulido; Alberto Smith; Edmundo Urdaneta A.; Rafael Vegas; Armando Zuloaga Blanco.

DOCUMENTO N° 3

A bordo del Crucero "General Anzoátegui"
Julio-Agosto de 1929

Señor Doctor
Pedro José Jugo Delgado
Nueva York

Mi querido Pedro José:

Tal cual lo tenía dispuesto despaché personalmente la Expedición desde Fontainebleau el 14 de julio, acompañándola hasta la Estación del Norte y dejándola en el expreso París-Berlín para que de allí continuasen atravesando parte de la Polonia rusa hasta la ciudad anseática de Dantzig en donde vinimos a reunírnosles el Sr. Kramarsky, a quien encontré en Berlín, el Sr. Bunomovich, quien partió con Pocaterra y conmigo desde París el día 15 y el

jefe instructor alemán Teniente Franz Zukal. Nos hospedamos todos en el principal hotel de la ciudad de Dantzig y ultimando preparativos y detalles transcurrieron los días 17 y 18 que utilizamos debidamente embarcándonos el 19 a las 6 de la mañana en un remolcador que pasando la frontera alemana de nuevo y la de Polonia una vez más, nos condujo al puerto en construcción de Gydinia, el único puerto polaco que existe, aunque la generalidad de la gente ignora que Polonia tiene puerto. Atravesamos, pues el norte de Francia, Bélgica, Alemania dos veces, Polonia otras dos y residimos dos días en el sitio más concurrido de la ciudad de Dantzig con la coincidencia de que era fiesta nacional la víspera de nuestra partida y mientras charlábamos durante la velada en el "loby" del hotel, tenía lugar a pocas varas de nosotros un baile oficial en donde se encontraban el Burgomaestre de la ciudad y algunos altos funcionarios, sin sospechar que aquellas personas al parecer insignificantes estaban llevando a cabo, mi querido Pedro José, una de esas poquísimas cosas significativas que tiene la historia contemporánea. Ya puedes imaginarte la serie de detalles, de ansiedades y de pequeños trastornos que pueden constituir una enormidad durante este vasto recorrido a través de Europa, cuando tantas y tantas complicaciones han solido encontrar nuestros compatriotas por el hecho de estar en una antilla a una o dos noches de la costa de Venezuela preparando una invasión sobre la cual las potencias de Europa han tenido sus ojos clavados y han movilizado las más poderosas vigilancias y concitado los más terribles peligros. Debo hacer justicia a mis compañeros que han dado pruebas, ya no de sangre fría sino de una pachorra que sin duda alguna constituye de por sí con su modesto silencio heroico la burla más cruel que haya sufrido el minotauro. El Gral. Alcántara, que como sabes estaba bastante delicado, a última hora dio muestras de una energía y de una resolución dignas de su nombre y nos acompaña, como lo verías por mi cable puesto al embarcar, y su salud es actualmente muy satisfactoria.

Llegamos, pues, a bordo el 19 a las 9 de la mañana, zarpando cosa de media hora después y acompañados por el Capitán Ybarra, quien se quedó para irse con el vasto grupo que se propone hacer lo mismo en la segunda expedición. Desde la borda se tomaron fotografías que Bonomovich llevóse consigo para enseñarlas a don Antonio y para hacer de ellas el mejor uso. Kramarsky y Prenslau también nos despidieron y la noche antes de partir de Dantzig estos dos señores y un representante del Gobierno Polaco nos ofrecieron a mí, al Gral. Alcántara y a Pocaterra una comida en el Kasino Hotel de Zopott, uno de los más célebres de Europa, y balneario de una belleza incomparable. Había también muy bellas damas en la comida pero no estábamos para eso y a las doce cada mochuelo volvió a su olivo.

Apenas el "Falke" levó anclas, reuní en la cámara a los compañeros de la Expedición que sumaban en total veinte, incluso yo: Gral. F. L. Alcántara, Jefe de Estado Mayor de la Primera Expedición; Gral, Doroteo Flores; Comandante de Marina Guillermo Egea Mier; Teniente Coronel Luis López Méndez, Proveedor General del Ejército; Jorge Parisot, Comisario de Guerra y Jefe Interino del Parque; Dr. Carlos Julio Rojas, Capitán Ayudante de Ordenes de la Jefatura Suprema; Tenientes Coroneles, de Artillería Luis Rafael Pimentel, de Caballería, Carlos Mendoza y de Infantería, Francisco Angarita; Capitán Primer Practicante, Rafael Vegas; Ayudantes de Campo, Teniente Carlos Delgado y Armando Zuloaga; Ayudantes del Estado Mayor de la Primera Expedición, Teniente Juan Colmenares y Julio McGil Sarría; Capitán Ayudante Habilitado de la Comisaría General del Ejército, Edmundo Urdaneta Auvert; Capitán F. Zucal, instructor –Jefe de la Sección Ametralladoras; Subteniente Julián Grafttieaux y el Secretario General de la Jefatura Suprema del Ejército, Primer Vocal de la Junta Suprema de la Liberación Venezolana Sr. José Rafael Pocaterra. Una vez reunidos mientras el vapor surcaba a toda máquina las aguas del Báltico, les expuse en breves frases nuestra lucha hasta aquel momento, nuestra situación a bordo, la necesidad de una disciplina y de una diplomacia rigurosísimas, preconizando aquel milagro de la fe que constituía el simple hecho de encontrarnos rumbo al destino con la mente

puesta en Dios y el corazón en la Patria. No eran las cajas de cartuchos ni los haces de fusiles lo que constituía nuestra fuerza, era la pureza del ideal, era lo sagrado de la causa que nos guiaba, "recordad que somos –les dije al finalizar– y que hemos sido y seremos siempre los mismos veinte hombres que partimos de Fontainebleau el 14 de julio de 1929". No hubo un grito ni un aplauso. Una energía silenciosa. Una conformidad resuelta. Un voto de superación.

Con el más inofensivo aspecto de turistas atravesamos el Báltico rozando las costas danesas, pasamos frente a Copenhague contemplando con envidia las baterías del fuerte de Kronborg y a las 8 de la mañana del 21, penetramos en el Mar del Norte por el estrecho de Kattegath entre Suecia y Dinamarca. El día 22 hacia las diez de la mañana, el faro pontón Hagues nos anunció que estábamoos a la altura de las costas de Holanda y del litoral septentrional de Bélgica; hubo una ligera avería a bordo remediada en breves instantes y continuamos navegando sobre esa mar colérica que el bajo fondo constituye una perpetua amenaza en el mar del Norte. Hacia el 23 la presencia de barcos mercantes, el vuelo de las gaviotas que anidan en los acantilados británicos, el agua de un verde amarillento donde la espuma es más frecüente y la ola se empanacha en largas series sucesivas nos anunciaron que navegábamos la vuelta del estrecho de Dover en el mar de la Mancha. Dejábamos atrás las aguas leyendarias de la antigua Tulé que cortaron con sus corvas proas los piratas normandos y fue en estas mismas aguas del canal de la Mancha, de un lado la costa de Francia, del otro el litoral inglés que marcaba un faro pontón en mar gruesa, en donde se expidió como orden del día para el 24, la celebración de la fecha onomástica del Padre de la Patria. Formada a popa la expedición y el Comandante y los Oficiales del navío, izóse al tope del mástil a las doce del día la bandera nacional, disponiéndose en la misma orden bautizar el barco con el glorioso nombre del "General Anzoátegui". Al toque del clarín, ascendió plegada y tímida, esa enseña de nuestros anhelos, y nuestras esperanzas, es enseña que tiene oro de promesa, azul de ideales, rojo de energía y que luego, por primera vez quizá, batía su ala insigne a la brisa de mares ignotos. Esa misma tarde del día 24 a las tres, tuvo lugar la Jura de la Bandera; pronuncié una arenga como lo demandaban las circunstancias y en medio de una honda emoción tomé el siguiente juramento: "En el nombre de Dios Todopoderoso y de la Causa de la Liberación de Venezuela, juro y pido a vosotros juréis ante esta y por esta bandera, símbolo de nuestra Patria, de sus glorias y del honor del Pueblo venezolano, luchar hasta vencer o morir contra todo aquel, pueblo u hombre, que pretendiese ultrajar o menoscabar la dignidad, el decoro o la integridad de Venezuela. Este juramento nos liga de hoy para siempre al sagrado deber de velar como soldados por la grandeza y por la gloria de nuestra Patria y a permanecer prestos a derramar hasta nuestra última gota de sangre, si para ello fuere menester. Tomemos como testigo de nuestra palabra de Honor y Fidelidad y de la sinceridad de nuestro juramento al Dios Grande y Justo, al Pueblo venezolano y a la memoria de nuestros antepasados que sufrieron martirio o muerte por esta Bandera que es Venezuela misma".

La tarde del 25 dejamos a nuestras espaldas el continente europeo y navegamos con un mar bonancible hasta el día 28 frente a las Azores, tan sólo sufrimos durante la travesía por aguas del golfo de Vizcaya. Otro incidente ingrato fue la repentina indisposición del Comandante Egea Mier que tuvo un vómito de sangre y quien fue asistido inmediatamente y lo mejor que se pudo por el practicante Capitán Vegas y por todos nosotros lográndose atajar el mal. En esta misma me ocuparé más adelante respecto de ese buen amigo y lo que pienso debe hacerse. Con el crepúsculo del 28 se hundió en el mar la última cumbre del grupo de las Azores y navegamos rumbo franco hacia nuestro destino. Desde el día 29, a excepción de ligeras indisposiciones del Comisario de Guerra y del Ayudante Colmenares, no hemos tenido otro trastorno, tanto nosotros como la tripulación hemos procedido a dividir nuestras jornadas entre la limpia y arreglo de las armas, instrucción técnica, etc. El

día 3 de Agosto en la Orden General nombróse Consejero Naval del Director de la Guerra al Capitán del barco Ernesto Zipplitt, quien con tal carácter, previo juramento solemne, ante el Estado Mayor y la Oficialidad, asumió el mando como Comandante del Crucero "General Anzoátegui". De resto, la vida de a bordo se ha desarrollado dentro de la más estricta disciplina.

Al recibo de mi cable habrás procedido a publicar el Manifiesto y el Pacto tal cual estaba convenido. Ahora te incluyo mi proclama para que la hagas publicar por lo menos en dos diarios. Debes hacer circular las proclamas que te envío profusamente, bien impresas y presentadas y muy bien traducidas. Pocaterra te incluye dos sobres dirigidos a dos funcionarios del Departamento de Estado, a fin de que envíes con esa dirección los documentos convenientes por razones que no se te escaparán. Tú sabes que es en esa Oficina donde los reporteros suelen tomar sus notas para la información de la prensa. Te estoy escribiendo frente al faro de Martinica, ya para embarcar el canal de la Dominica. Espero mañana reunirme con la expedición de Santo Domingo para seguir volando a la costa y dar el primer zarpazo que lo sabrás tú por los cables. Supongo que Atilano me traiga correspondencia tuya informándome minuciosamente de todos los particulares ocurridos desde tu llegada. Asimismo espero que tan pronto como recibas ésta me informes lo mejor posible acerca de la actuación de... y cuál es el criterio que te has formado en cuanto a la posición que adoptará el Gobierno Americano después que ocurra nuestra aparición en la costa de Venezuela.

Como esta extensa carta no te ha de llegar sino después de iniciadas nuestras operaciones en tierra firme, la dejo abierta con esta fecha 6 de agosto para comunicarte las últimas noticias.

Como no tenemos tiempo, materialmente, te suplico copies los párrafos que creas convenientes de la parte narrativa de esta carta y se los remitas al señor Avilés Ramírez, 26 rue de l'Arrivée, París.

Agosto 9.–Frente a la Blanquilla.–Tengo ya tres días fondeado frente a esta isla aguardando a Atilano, Betancourt, etc., etc., que aún no aparecen; me contenta mucho que con ellos vengan los Dávila. En cambio de la tardanza de la expedición de Santo Domingo, ayer tarde se me incorporaron el Gral. Carabaño, Pellicer, Dr. Gutiérrez, David López, etc., etc. De todas maneras levo anclas esta noche para empezar mis operaciones en Costa firme y el cable te dirá resultados.

Te abraza, ROMAN.

Va una carta para mamá. Consuélamela y atiéndemela. Por los informes recibidos aquí Gabaldón no existe ni los demás. Estamos, pues, solos. Vamos a ver si somos o no.

¡Confianza! ROMAN.

DOCUMENTO Nº 4

A LOS PUEBLOS DE VENEZUELA:

En 1912, al despertar de mi conciencia ciudadana me dije: cien años de indolencia culpable, de suprema ignorancia y de ciego obedecer, nos han sumido en la más ignominiosa esclavitud;

Indignos magistrados, gamonales corrompidos, soldados rapaces, siervos traidores, déspotas todos, nuestros mandatarios sólo han trabajado por el engrandecimiento de sus bienes personales destruyendo la libertad, la independencia y el imperio de la justicia en esta hermosa porción del género humano;

Venezuela presenta al mundo el triste espectáculo de tres millones de habitantes despojados de los augustos derechos del hombre y, lo que es peor, pacientemente resignados a su infortunio... Doloroso es decirlo: la clase dirigente es la más dura a sacudir el yugo que la agobia. Tímida, sumisa, acobardada, no ha sabido más que murmurar a media voz y apoyar la tiranía a pecho entero;

El amor a la Patria me inspiró la empresa de acabar con sus verdugos. La traición me entregó a ellos... En medio de toda suerte de vejaciones durante catorce años de secuestro, presencié la muerte de centenares de mis conciudadanos sacrificados cruelmente con los horribles suplicios del hambre, la sed y las torturas. Nada pudo quebrantarme. El incentivo del dolor templó mi espíritu. La justicia de la causa alimentó mis esperanzas y el Ser Omnipotente me dio la libertad. ¡Pero, cómo encontré a mi país! Amordazada la prensa; impunemente ultrajada la sociedad; el comercio atropellado; muertas las industrias; monopolizado el trabajo; el dinero estancado... más parecía Venezuela campo de ruina y de exterminio que un pueblo rico, vigoroso y entero que hace más de treinta años falta a la cita de la civilización.

COMPATRIOTAS:

La experiencia ha demostrado que la protesta pasiva en los pueblos oprimidos por gobiernos bárbaros, excita el furor de los tiranos, sostiene su crueldad y conduce al fracaso.

Privado de acción cívica para colmar los votos de mi corazón, hube de volar a tierras extranjeras en solicitud de los elementos necesarios a la guerra, único medio para alcanzar el buen éxito.

Vuestros sufrimientos me llevaron a sacrificar mis intereses a los de la Patria. El grato deber quedó cumplido. A los dos años apenas de libertad aquí estoy. Sólo me resta la vida y vengo a exponerla con mis generosos compañeros de armas. Mi mayor orgullo es participar de los peligros que vamos a arrostrar; mi ambición, redimiros de la esclavitud en que yacéis. Sí, mi única ambición es la libertad de la Patria. Mi única aspiración, que seamos todos los venezolanos quienes contribuyamos a ello. Nuestros compatriotas en servicio activo bajo las armas de la tiranía que quieran hacer causa común, encontrarán en nuestras banderas un manto para cubrirse de gloria... mas, si dirigieren sus tiros contra los soldados de la libertad, les espera la más cruel de las decepciones: presenciar el triunfo del ejército libertador a pesar de cuantos sacrificios hicieren. Ha llegado el día de la justicia para los verdugos de nuestros hermanos.

ORIENTALES:

Al pisar el suelo de Sucre, Bermúdez y Anzoátegui, uno de vuestros hermanos cuyo corazón latiera siempre al unísono de vuestros sentimientos, se pone hoy a vuestro frente para conduciros a la liberación de Venezuela si Dios lo quiere así, o para perecer juntos si necesario fuere. Añorad la sublime Epopeya y preparaos a llevar en triunfo, hasta la cuna del Libertador, su glorioso emblema.

COMPAÑEROS DE ARMAS:

Está en pie la tiranía que nos esclavizó treinta años. Vamos a derrocarla. Nuestra bandera es: LIBERTAD, JUSTICIA, SANCION. Vuestro deber es afiliarse a ella hasta demostrar al mundo que queremos, que debemos y que podemos ser libres.

SOLDADOS:

El genio tutelar de Venezuela ha guiado nuestros pasos. Acordaos que su grito de guerra fue siempre "libertad o muerte". Esta es nuestra consigna.

La victoria marchará delante de nuestros estandartes hasta clavarlos en las cumbres del Avila. Toca a vuestra pujanza cubrir de gloria nuestras armas.

¡VIVA VENEZUELA! ¡VIVA LA JUNTA SUPREMA DE LA LIBERACION DE VENEZUELA!

Cuartel General a bordo del Crucero "General Anzoátegui" a 7 de agosto de 1929.

R. DELGADO CHALBAUD

DOCUMENTO Nº 5

Los suscritos, concurrentes a la acción de Cumaná, tenemos el honor de informar a usted.

Embarcadas las columnas en sus respectivas chalupas y botes, remolcadas por el vapor hasta cien metros de distancia del muelle de Cumaná, donde fondeó el barco, como a usted le consta, de orden del Director General de la Guerra, siguieron a remo a cumplir sus misiones. El Director General de la Guerra con la columna de reserva y dos ametralladoras desembarcó, a las 5 a.m. en la punta del muelle. Dio orden de avanzar sin disparar un tiro. La 1ª Columna que constituía la vanguardia, bajo las órdenes del General Doroteo Flores, viose precisada a lanzarse con el agua al pecho para avanzar con mayor rapidez, lográndolo así.–En ese momento rompieron los fuegos las fuerzas enemigas apostadas en el edificio del Resguardo. La columna Flores por el flanco izquierdo y la del Director General de la Guerra que iba por la mitad del muelle respondieron. A poco, el Resguardo quedó silenciado huyendo los supervivientes. Concentradas las columnas, el General Delgado Chalbaud ordenó internarnos en la ciudad. Al empezar a practicar la operación, descendieron por la calle real varios automóviles cargados de tropa enemiga que a distancia de una cuadra rompieron los fuegos. Emplazadas las ametralladoras al mando del capitán Franz Zukal, eficazmente barrieron al enemigo. El general Delgado Chalbaud a la cabeza de su columna, incorporando la columna Flores y asumiendo la vanguardia inició el avance por la calle real hacia el puente que está sobre el río Manzanares, punto fijado para reunirse con las fuerzas que del lado opuesto debían concurrir al mando del General Pedro Elías Aristeiguieta R. y del Teniente Coronel Luis Rafael Pimentel para coger el enemigo a dos fuegos. La 2ª columna comandada por el General Jefe del Estado Mayor de la 1ª expedición, F. L. Alcántara tomó dirección del cocotal situado a nuestra derecha, flanqueando la 3ª columna al mando del general Carabaño continuó también algo dispersa, a la derecha. La acción principal fue fijada por el General Delgado Chalbaud contra el enemigo comandado personalmente por el General Emilio Fernández, fuertemente atrincherado del otro lado del citado puente, y protegido por los fuegos del castillo. Fueron tan nutridas y certeras las descargas enemigas que, causándonos numerosas bajas, determinaron en las tropas un desconcierto a tal punto que la oficialidad se vio forzada a combatir por sí sola.

El General Delgado Chalbaud, acompañado por el Teniente Coronel Carlos Mendoza y exasperado por la vacilación de los soldados arrebató la bandera de su columna (reducida en esos momentos a parte de su oficialidad y cuatro soldados) y temerariamente erguido en medio de la calle, a la entrada del puente para galvanizar la voluntad vacilante de la tropa, despegló el estandarte y al dar el primer paso recibió un balazo en el bajo vientre que lo hizo caer sobre la bandera. El General Doroteo Flores, quien lo seguía a la cabeza de la vanguardia (reducida al Teniente Raúl Castro, y tres números, porque en el avance inicial quedó gravemente herido, su segundo jefe Teniente Coronel F. Angarita Arvelo) solicitó del Gene-

ral Delgado Chalbaud la orden para ir a buscar las ametralladoras, mas, en ese instante, recibió el General Flores una herida.

El fuego enemigo arreciaba de más en más; sólo quedaban de nuestra parte el General Delgado Chalbaud, el Teniente Coronel C. D. Mendoza y el Teniente Raúl Castro y mientras los dos últimos sostenían el fuego se inició detrás de ellos la desbandada. Pocos minutos después el General Delgado Chalbaud ya gravemente herido, en momentos en que daba órdenes al Teniente Coronel C. Mendoza, recibió un balazo mortal en el pecho. "Ya está" dijo cayendo sobre el estandarte que empuñaba.

El Teniente Coronel Carlos Mendoza, que había recibido varias heridas leves en la pierna, y el Teniente Raúl Castro ileso, sostuvieron el fuego por espacio de una hora hasta agotar sus cartuchos, y, pistola en mano se abrieron paso a través de quienes trataban de coparlos, hasta ganar un bote en la playa y regresar a bordo bajo los fuegos que el castillo abrió sobre el barco.

Desde el punto de vista militar, ciudadano Secretario, es nuestra opinión y así estamos dispuestos a sustentarla ante el consejo de guerra que se nombre por quienes competa, que la no concurrencia de las fuerzas mayores de más de 300 hombres, al mando inmediato del General P. E. Aristeiguieta R. y el Teniente Coronel Luis R. Pimentel organizados previamente el día antes en "Peñas Negras", primera escala que hizo el barco antes del ataque a Cumaná, por la ausencia inexplicable de ellas en el sitio de la acción determinaron el sacrificio del Director General de la Guerra y de la mayor parte de sus oficiales, muertos, heridos o prisioneros, el colapso de la revolución apenas comenzada y de todo cuanto se deriva de tan gravísima falta. Estamos dispuestos a responder a cuantos detalles técnicos sean menester para ratificar nuestra afirmación. Al elevar a esa superioridad este informe, aún todavía bajo los fuegos del enemigo a bordo de este barco, suplicamos respectivamente tener en consideración, cuanto aquí exponemos y una determinación ulterior que dando a cada quien lo suyo, ponga a salvo el honor militar del ejército y recoja la bandera salpicada con la sangre de nuestros jefes y de nuestros compañeros que supieron cumplir con su deber.

Es justicia que esperamos de esa Superioridad en aguas de Cumaná, a bordo del crucero "General Anzoátegui" a las 8 y media de la mañana del día 11 de agosto de 1929.

Patria y Libertad.

(firmado) Teniente Coronel C. Mendoza, Jefe de la Guardia de Honor

(firmado) Teniente R. Castro, 3er. Jefe de la Vanguardia
(A cargo de ella por baja de los dos Jefes Superiores inmediatos).

Ciudadano José Rafael Pocaterra, 1er. Vocal de la Junta Suprema de la Liberación Nacional y Secretario General de la Jefatura del Ejército. Encargado de la Comandancia del crucero "General Anzoátegui".

Presente

Recibido.–Leído y Registrado.

Pásese a la Junta Suprema residente en París para su inteligencia y fines.–Agosto 11 de 1929.

Pocaterra.

DOCUMENTO N° 6

DECLARATORIA

Los suscritos, José Rafael Pocaterra, Secretario General de la Jefatura Suprema del Ejército, Jorge Parisot, Comisario de Guerra y Jefe Interino del Parque, Doctor Andrés Gutiérrez, Médico Cirujano Mayor del Ejército, Teniente-Coronel Carlos Mendoza, Jefe de la Guardia de Honor, Teniente Raúl Castro, Primer Oficial de Línea de la Vanguardia a las órdenes del General Doroteo Flores y Teniente Carlos Delgado Chalbaud, Ayudante de Campo, testigos presenciales y concurrentes del ataque a Cumaná, declaramos que dadas las circunstancias en que nos encontrábamos después de la suerte desastrosa de nuestros compañeros descendidos a tierra firme, de la hostilidad de los tripulantes del vapor Falke, con amenazas de entrega del parque y de nuestras personas al Gobierno Venezolano; de la impracticabilidad de operación militar alguna, pues sólo los firmantes eran los únicos adictos a los ideales de Liberación Patria, responsables encargados de la custodia del Vapor, del ataque a cañonazos del Castillo de Cumaná al Vapor; después del regreso de los compañeros Teniente-Coronel Carlos Mendoza, herido; del Teniente Raúl Castro y del Sr. Zukal, Jefe de las ametralladoras, herido; del conocimiento exacto de la muerté del General R. Delgado Chalbaud, de la mayor parte de los oficiales muertos o heridos, de la fuga de los soldados y habiendo anclado una hora más después de haber cesado los tiros, de la falta de carbón necesario para acometer un viaje de más de 24 horas, decidimos, en consecuencia, por unanimidad, dirigir proa hacia la isla de Trinidad, luego cambiada, y a duras penas arribar en el Puerto de Granada.

En el curso del viaje decidimos y dispusimos botar al mar todo el parque que restaba a bordo, para evitar complicaciones en el Puerto extranjero, evitar su captura por el Gobierno Venezolano en caso de ser interceptados, etc., esto acompañado del gravamen de no poseer el Capitán del Vapor los papeles necesarios, como papeles de sanidad, rol de barco, despacho, etc., indispensables para darle entrada al Puerto de Granada.

Ya fondeados en el Puerto de Granada, los tripulantes del Vapor se entregaron al pillaje, vejámenes, traicionarnos al Capitán del Puerto y aun recurriendo a actos de violencias, afortunadamente que acogidos a las autoridades inglesas y a la benevolencia del Cónsul Francés, Mr. J. Barclay, pudimos defendernos y desatarnos de la cólera y brutalidad de la tripulación del Vapor.

St. George, Granada, 12 de Agosto de 1929.

(firmado) José Rafael Pocaterra.
(firmado) Carlos D. Mendoza.
(firmado) Raúl Castro.

(firmado) G. Parisot.
(firmado) Andrés F. Gutiérrez.
(firmado) C. Delgado Chabaud.

DOCUMENTO Nº 7

Granada, 12 de agosto de 1929.

Ciudadano Doctor Santos Dominici
Presidente de la Junta Suprema de
la Liberación de Venezuela

Acompaño con mi doble carácter de Primer Vocal de la Junta Suprema de la Liberación de Venezuela y de Secretario General de la Jefatura del Ejército, el parte oficial del ataque a la plaza de Cumaná que tuvo lugar el 11 de agosto a las 5 a.m.

Son portadores de esta correspondencia:

El Teniente Coronel Carlos Mendoza, Jefe de la Guardia de Honor.

El Teniente Raúl Castro, Oficial de Línea en la columna del General Flores.

El Teniente Carlos Delgado Chalbaud, Ayudante de Campo del General en Jefe.

En fuerza de las circunstancias y mientras recojo datos complementarios, ellos ampliarán detalladamente ante usted y ante los ciudadanos miembros de la Junta Suprema residente en Europa, conjuntamente, el parte militar de la acción y darán cuenta de los acontecimientos que vayan sucediéndose hasta llegar a su destino.

Yo seguiré otro rumbo para despistar la persecución, conferenciar con nuestro representante en Nueva York, Doctor Jugo Delgado, y pasarle luego a la Junta Suprema un memorandum oficial sobre hechos consumados.

No he dado, ni he autorizado para que se dé ninguna información después de los acontecimientos pues considero que debe hacerse esto a base de una gran seguridad de datos y de la mayor eficiencia de medios.

Dios guarde a usted,

(firmado), José Rafael Pocaterra.
Primer Vocal de la Junta Suprema de la
Liberación de Venezuela y Secretario
General de la Jefatura del Ejército.

St. Lucie, 16 de agosto de 1929.

Ciudadanos
Teniente Coronel Carlos Mendoza;
Teniente Raúl Castro.
Teniente Carlos Delgado Chalbaud

Por la presente autorizo a ustedes para que, en conocimiento como están de los hechos ocurridos y de las circunstancias actuales, lleven a la Junta Suprema de la Liberación de Venezuela el parte que se ha dado de la acción de Cumaná, y verbalmente den cuenta de todo lo acaecido hasta la fecha.

Dios guarde a ustedes,

(firmado) José Rafael Pocaterra.
Primer Vocal de la Junta Suprema de la
Liberación de Venezuela y Secretario
General de la Jefatura del Ejército

DOCUMENTO Nº 8

LIBERACION DE VENEZUELA
DIRECCION GENERAL DE LA GUERRA
SECRETARIA GENERAL

Ciudadano Presidente y demás Miembros de la Junta
Suprema de la Liberación de Venezuela

Con esta fecha remito a ustedes por correo, certificado, mi MEMORANDUM de fecha 24 de agosto formulado desde Bermuda (B. W. I.) tal cual lo anuncié en correspondencia despachada a mano desde St. Lucie con los Oficiales Mendoza, Castro y Delgado Chabaud, hijo.

El ciudadano Doctor Leopoldo Baptista llegó a Nueva York el día 7 del corriente mes, procedente de Trinidad. No ha habido ningún movimiento en el frente occidental, ni en el Centro. En Oriente nada serio quedó en pie con posterioridad al ataque a Cumaná y el parque que se despachó al general Francisco Gutiérrez lo echó, o lo mandó echar al agua tan pronto supo el desastre del ataque a Cumaná. A duras penas logramos a bordo del "General Anzoátegui" que el hijo de Gutiérrez, Andrés conviniera en que la goleta que había traído a Carabaño y a los otros regresara con esa comisión. Al mismo llegar a Granada procedió a avisarle a su padre que no recibiera el parque. En virtud de estas circunstancias y sin duda para evitar toda solidaridad, el mencionado joven Gutiérrez ahora me telegrafía y me escribe de Trinidad, donde le puse sano y salvo, que no quiere que su nombre figure en nada de lo hecho y que niega el contenido del acta que él mismo redactó y firmó junto con todos en Granada. Copia de esta correspondencia la envié a los otros interesados para que se la entreguen tan pronto lleguen a París y se den cuenta de la actitud de Gutiérrez.

Circula en Nueva York y seguramente en Trinidad, de donde procede firmada como comunicación del centro o célula comunista de allá, una "interviú" del capitán del "Falke" *con el deliberado objeto de insultarme y calumniarme**. A costa de los muertos, de los prisioneros y de los que nos vemos obligados a guardar silencio después de haber cumplido nuestro deber, se pretende sacar partido. Todo ello se debe a la falta de publicidad y es en virtud de esto que ahora en Nueva York y otras partes algunos de los que firmaron el pacto niegan su firma. Yo no creo que la publicación de nuestros documentos traiga más complicaciones que las que ya ha podido traer y opino que tan pronto salga el "Falke" de Trinidad procedamos a dar a conocer al mundo que no hemos formado parte de una aventura de filibusteros y de piratas sino que representamos aún un movimiento legítimo con bandera, programa y finalidad previamente dispuestos, al cual prestaron aceptación los hombres representativos de la Oposición, firmando por sí y por sus comitentes. Lo contrario es suicidarnos y demostrar ante las intrigas de Nueva York, de México y de Trinidad que la Junta no era más que una sombra de la personalidad militar del Jefe muerto. Y me consta que hasta el último instante puso a la Junta Suprema el General Delgado Chalbaud en el sitio que le correspondía.

Réstame, ciudadano Presidente, al remitir esta larga y penosa exposición de hechos, suplicar encarecidamente se verifiquen todos sus particulares con los testimonios que

* ..."I, as truly as there a just God is living. I have giving no interview to reporters or any newspapermen". –Capitán Ernest Zipplitt a José Rafael Pocaterra, desde Altona Rissen (Alemania) fecha 22 de enero de 1930... (Traducción:)... "tan cierto como Dios existe, yo no he dado ninguna interviú a reporteros ni a ningún periodista."

haya menester y juzgue adecuado esa Superioridad, sancionando debidamente acerca de los servicios prestados y, al propio tiempo, rogar a usted y a la Junta se sirva admitir la dimisión formal que hago del cargo de Secretario General del Ejército para el cual fui nombrado por el Director General de la Guerra, ya que es la Junta la única autoridad superior y competente para conocer de ella.

Es justicia que espero en Montreal a 15 de setiembre de 1929.

(firmado) José Rafael Pocaterra.
Primer Vocal de la Junta Suprema de la
Liberación de Venezuela y Secretario
General de la Jefatura del Ejército

LIBERACION DE VENEZUELA
DIRECCION GENERAL DE LA GUERRA
SECRETARIA GENERAL

MEMORANDUM

Bermuda (B. W. I.), agosto de 1929.

EXPOSICION

De conformidad con mi comunicación de fecha 12 de agosto expedida desde la Antilla Británica de Granada, Puerto de Saint George y que llevan personalmente al ciudadano Dr. Santos Dominici el teniente coronel Carlos Mendoza, Jefe de la Guardia de Honor, el Teniente Raúl Castro. Oficial de Línea en la Columna de Vanguardia al mando del Gral. Doroteo Flores y el Teniente Carlos Delgado Chalbaud, ayudante de Campo del Jefe Supremo, paso a dar cuenta pormenorizada de las circunstancias anteriores y posteriores al ataque de Cumaná que tuvo efecto el domingo 11 de agosto a las 5 a.m. y que dispuso y dirigió personalmente el Director General de la Guerra General Ramán Delgado Chalbaud.

Como quiera que es menester la mayor exactitud posible en fechas, nombres y localidades, véome en la necesidad, como testigo superviviente de mayor excepción, a formular el relato minucioso de todo lo que me consta, elevándolo a conocimiento de esa Honorable Junta, único Centro reconocido y capacitado para ello, ya que presento este Informe en mi doble carácter de Primer Vocal de la referida Junta, y de Secretario General de la Jefatura Suprema del Ejército.

No dirijo esta nota a los otros vocales, miembros de la Junta porque uno de ellos (el ciudadano Rafael Arévalo González) está en Venezuela y otros dos, ciudadanos Pedro Elías Aristiguieta Rojas y Dr. Atilano Carnevali, desempeñaban misiones militares a las cuales se refiere el presente informe.

PRELIMINARES

Llamado por un cablegrama del general Delgado Chalbaud a París en la última semana de junio, tomé el vapor "Ausonia" que salió de Montreal el 28 a las 11 a.m., arribando a Le Havre el 6 de julio en la noche y llegando a París en la madrugada del 7. Esa misma mañana (17 rue Babylone) el General Delgado Chalbaud mostróme toda la documentación que esa Junta conoce y que firmó por poder mío el ciudadano Doctor Pedro José Jugo Delgado, al

propio tiempo que me extendió el nombramiento de Secretario General de la Jefatura Suprema del Ejército, presentándome seguidamente la carta-aceptación del Doctor Leopoldo Baptista –quien había partido la noche anterior a mi llegada– del nombramiento que en su carácter de Director General de la Guerra le hiciera a éste como Jefe de Estado Mayor General del Ejército. Igualmente llevaba para Nueva York el Dr. Baptista la designación del General Régulo L. Olivares como Jefe de Operaciones de Occidente y debía de proceder a invadir, acordándose antes en Cúcuta con el General Juan Pablo Peñalosa, quien ya tenía instrucciones para el caso comunicadas y ratificadas por cable. La invasión de occidente, de conformidad con las instrucciones dadas al Dr. Baptista, debía tener lugar del 9 al 10 de agosto con toda precisión y calculando todo retardo. Me informó el Director General de la Guerra que debido a circunstancias de tiempo y de distancia, ya el Manifiesto estaba escrito y aprobado y resueltas las líneas generales de organización, dando incontinenti órdenes para que sus oficiales de Secretaría me entregaran el archivo de lo actuado hasta entonces durante mi ausencia, procediendo una hora después a instalar la Secretaría en un departamento del Hotel Lutetia, Boulevard Raspail, donde encontrábase alojado también el Dr. Jugo Delgado.

Esta noche reunimos los miembros que estábamos para la fecha en París en casa del Dr. Dominici, 30, Rue Miromesnil o sean este caballero, Presidente, Don Rufino Blanco Fombona, Secretario General de la Junta, el Dr. Jugo Delgado, Tesorero, el Dr. Atilano Carnevali, Vocal y el suscrito. Estuvo presente el Gral. Delgado Chalbaud, Director general de la Guerra, retirándose apenas comenzó nuestra conferencia a la que no asistía el Dr. Alberto Smith, Vice-Presidente, por hallarse fuera de la ciudad de París.

Los fondos necesarios para la primera expedición que iría al mando inmediato del Director General de la Guerra, Gral. Román Delgado Chalbaud, los había suplido este mismo, hipotecando con la firma Félix Prenslau & C° de Hamburgo, sus propiedades particulares y las de su familia, más otras cantidades menores cuya cifra conoce la Junta y que aportaron patrióticamente otros ciudadanos a quienes también debe de hacérseles justicia, pues no eran grandes sus medios de fortuna, pero cuyos nombres unos por razones obvias y otro por hallarse prisionero, me abstengo de dar a conocer hasta tanto no lo autoricen así las circunstancias. Con esta suma –escasa relativamente para la empresa– habíase comprado *un parque de 2.000 fusiles máuseres, 25 carabinas de caballería, 25 pistolas "Parabellum", 25 sables, 1.000 cartucheras, 20.000 cápsulas para las pistolas y 2.000.000 de cartuchos de máuseres en peines de cinco tiros.*

Por toda artillería se contaba con cuatro ametralladoras. Todo ello debería estar puesto a bordo de un vapor mercante de 1.200 toneladas que encontraríamos en un puerto del noreste de Europa en la fecha oportuna cuyo vapor iría a conducir el parque y la Primera Expedición a la Costa de Venezuela, dónde y cuándo se le indicase, si bien, tratándose de un barco arrendado para la operación, esta debería de terminar con el desembarque de la expedición más los días necesarios para recalar el vapor a Port-of-Spain, con opción de adquirir el barco por compra ulterior, en cuyo caso pasaría a ser propiedad del Gral. Delgado Chalbaud, tan pronto se girase a Hamburgo su valor. Estaba dispuesto asimismo que saliera la segunda expedición tres semanas más tarde y que en ella vinieran junto con el Presidente de la Junta Suprema y los Miembros de la Junta que quisieran acompañarlo, los Jefes y oficiales ya comprometidos o que se incorporaran. Esta segunda Expedición – cuyos detalles estaban arreglados y contaba con recursos y armamentos muy superiores incluso artillería, aviones, etc.– debería ser conducida hasta Venezuela por el Jefe que se le designó desde París, Coronel Samuel MacGil y sólo requería o que pagase en París por las personas que podían hacerlo, o, en último extremo, logrando nosotros en nuestra invasión reunir en Venezuela la suma que cubriría ambas operaciones. Excepto de la parte económica ya mencionada, sabe esa Honorable Junta y lo sabemos todos que nadie dio un céntimo y

que si a última hora no teníamos ni un par de cañoncitos de qué disponer fue porque la caja del ejército, llevada personalmente por el Gral. Delgado Chalbaud y su hijo Carlos, no contaba ni con $ 5.000 pesos, después de pagar movilización, etc., etc.

MOVILIZACION

El 13 de julio a las 7 de la mañana despachamos de París, desde mi oficina, el Director General de la Guerra y yo, al Dr. Pedro José Jugo Delgado, Tesorero de la Junta Suprema de Liberación y Representante Especial en la ciudad de Nueva York para que sirviese allí de centro a la organización y prepararse las publicaciones, el transporte de los oficiales que se incorporasen a la Segunda Expedición y enviase a su destino en fecha ulterior a nuestra salida la correspondencia y los nombramientos de algunos Agentes en el Exterior, así como otras misiones de carácter político y diplomático. Despachóse igualmente al Dr. Atilano Carnevali, Vocal de la Junta Suprema, con orden de que siguiese a Santo Domingo, vía Puerto Rico, y llevase al Coronel Simón Betancourt las instrucciones de salir en la goleta que tenía lista con unos 100 o 150 hombres que ofrecía y para cuyo efecto se le giró suma adecuada desde París por cables respondiendo al suyo en que exigía recursos de movilización; el primer cable mío decíale que aguardase orden porque el Gral. Delgado Chalbaud no estaba allí ese día; el segundo era el giro que éste hízole al llegar inmediatamente. Carnevali llevaba bajo pliego sellado las ordenes del Director General de la Guerra para que fuese abierto en el mar, al salir de aguas de Santo Domingo. Estas instrucciones eran la de hacer rumbo a la Blanquilla en donde estaríamos con el vapor y el parque del 1º al 8 de agosto. Los doctores Jugo Delgado y Carnevali partieron para sus destinos en el "Mauretania" que zarpaba de Cherbourg ese mismo día.

Mientras se arreglaban los detalles de pasaportes, etc. y queriendo evitarse la acumulación de venezolanos en algunos hoteles de París, dispúsose la concentración en Fontainebleau de los expedicionarios que estaban en la ciudad o habían llegado ya. El 13 de julio en la tarde salimos para Fontainebleau el Gral. Delgado Chalbaud, el Coronel Samuel MacGil y yo. Allí nos aguardaban los generales F.L. Alcántara, Doroteo Flores, el Comandante de Marina Guillermo Egea Mier, los comandantes de Artillería Luis R. Pimentel, de Caballería Carlos Mendoza, de Infantería Francisco Angarita Arvelo, el Teniente Coronel Luis López Méndez y los oficiales Edmundo Urdaneta Auvert, Dr. Carlos Julio Rojas, Rafael Vegas, Carlos Delgado Chalbaud, Armando Zuloaga Blanco, Juan Colmenares, Julio MacGil Sarría y Julián Grafttieaux. El ciudadano Alejandro Ybarra, al otro día, 14 de julio, a las 9 a.m. condujo a este grupo, junto con nosotros en un autobús de turismo desde Fontainebleau hasta la Estación del Norte en París, de donde les despachamos a las 12 m. para Dantzig, vía Berlín. El Gral. Delgado Chalbaud, el Coronel Samuel MacGil y yo permanecimos en París ultimando los otros preparativos. Este mismo día 14 fuimos el Gral. Delgado Chalbaud y yo casa del Dr. Dominici y allí nos despedimos del Presidente de la Junta Suprema. Tomamos el "expreso" París-Berlín el 15 a las 3 p.m.

Durante el viaje redactamos en clave los telegramas ratificando la orden al Dr. Leopoldo Baptista para que estuviese oportunamente en Cúcuta y de acuerdo con el Gral. Juan Pablo Peñalosa procediera a invadir a más tardar el 11 de agosto. Como el Gral. Régulo L. Olivares, después de firmado el Pacto en virtud del poder que para tal objeto le confiriera al Dr. Baptista, por cable de éste no parecía dispuesto a asumir la Jefatura de Operaciones de Occidente porque "no le gustaba la Junta" se le exigió, por lo menos, para honrar su firma ya estampada debidamente, saliera a situarse en Cúcuta para llamar la atención del Gobierno. Las esperanzas del Director de la Guerra y las de los que íbamos a atacar a Oriente reposaban sobre lo que los Generales Baptista y Peñalosa efectuaran en las fronteras de Occidente. Estos cables, cuyo duplicado tiene fecha 16 a las 8 a.m., fueron puestos al

mismo llegar a Berlín, desde la estación "Garten-Plantz", en donde trasbordamos para tomar la vía de Merimburg-Polonia hasta la Ciudad Libre de Dantzig donde nos aguardaban los expedicionarios y a la que llegamos esa misma tarde, acompañándonos desde Berlín el Sr. Félix Kramarsky, socio representante de la firma Félix Prenslau & C°, de Hamburgo, y el Teniente Instructor alemán Franz Zukal. Venía con nosotros asimismo, desde París el señor Bunomovitch para allanar cualquier dificultad en el tránsito por su conocimiento del itinerario, etc. Los expedicionarios, conducidos por el ciudadano Alejandro Ybarra, iban en calidad de "turistas" a visitar la Exposición de Polonia que se celebraba en Varsovia para aquella.fecha. Atrevesamos, pues, el norte de Francia, el sureste de Bélgica, toda la Alemania Septentrional, la parte noroeste de Polonia y el 16 a las 7 p.m. estábamos reunidos en el Hotel Dantziger Hoffe de la ciudad de Dantzig, en donde permanecimos los días 17 y 18, que fueron necesarios para revisar el barco ya fondeado en el puerto polaco Gidymia, a unas cuantas millas de Dantzig, hacer alguna reparación y despachar nuestra última correspondencia cablegrafica y postal desde Europa, ratificando las órdenes ya dadas, haciendo algunas designaciones de agentes y representantes nuestros en Panamá, Colombia, México e Inglaterra. El 18 en la noche diose orden de marcha para el otro día a las 6 a.m. A la hora indicada salimos por grupos del hotel, tomamos en la dársena un remolcador y después de tres horas –pues hubimos de detenerlos en la frontera alemana una vez, y otra en la de Polonia para las formalidades de ley– arribamos a la borda del "Falke" a las 9 de la mañana, zarpando media hora después. A bordo nos despedimos de Ybarra, que regresaba a París, y de los señores Félix Prenslau, F. Kramarsky y Bruno Bunomovitch, que nos acompañaron hasta el momento de embarcar.

El señor Jorge Parisot –quien estaba ya a bordo desde Hamburgo para recibir la carga y las provisiones– informó que todo estaba en orden. La tarde antes, el Gral. Delgado Chalbaud había venido al puerto, había revisado el barco y arreglado personalmente el asunto salarios de la tripulación y del capitán, informándome al regresar al hotel que había hecho embarcar más de 700 toneladas de carbón, que exigió más –a pesar de que aquella cantidad garantizaba el viaje entero y unos 30 días extra en concepto del Jefe Ingeniero– y se le dijo que no era posible pues no había donde depositarlo.

Atravesamos el Báltico dejando a nuestra derecha a Könisberg; el 20 pasamos frente a Copenhague a lo largo de las baterías del fuerte Kronberg y a las ocho de la manana del 21 penetramos en el Mar del Norte por el estrecho de Kattegath entre Suecia y Dinamarca. El día 22 hacia las diez de la mañana el faro-pontón "Hagues" nos indicó que estábamos a la altura de las costas de Holanda y del litoral septentrional de Bélgica. Hubo una ligera avería en las máquinas remediada en breves instantes y continuamos navegando por el Mar del Norte y a pesar del mal tiempo expidióse la orden general para celebrar el 24 de julio fecha onomástica del Padre de la Patria.

La tarde del 25 dejamos a nuestras espaldas el continente europeo y navegamos con una mar bonancible hasta el día 28 frente a las Azores, si bien fue dura la noche que cruzábamos a alturas del Golfo de Vizcaya.

Hasta allí sólo como incidente de gravedad: la súbita enfermedad del Comandante Guillermo Egea Mier, a quien alojé en mi camarote, que tuvo una serie de vómitos de sangre y fue atendido lo mejor que se pudo por el practicante Vega y todos nosotros, e indisposiciones menos agudas del señor Parisot y del teniente Colmenares, dados de alta a los pocos días. Egea Mier fue obligado a guardar cama en todo el viaje, a pesar de sus raptos de desesperación al creerse inutilizado de ayudarnos en la acción que se aproximaba.

Ya en aguas del Atlántico, en virtud de la orden general respectiva, habíanse hecho de orden del Director General de la Guerra, los siguientes nombramientos refrendados por el suscrito:

Jefe de Estado Mayor de la Primera Expedición, Gral. F.L. Alcántara.

Comisario de Guerra y Jefe Interino del Parque, ciudadano Jorge Parisot.

Oficial Ayudante de la Secretaría del Ejército, Capitán Carlos Julio Rojas.

Sucesivamente, ya constituidas las Oficinas del Estado Mayor, designáronse: Teniente Coronel Luis López Méndez, Proveedor General del Ejército; Primer Practicante, Capitán Rafael Vegas; Ayudante Habilitado de la Comisaría General, Capitán Edmundo Urdaneta Auvert; Ayudantes de Campo del General en Jefe, Teniente Armando Zuloaga Blanco y Carlos Delgado Chalbaud; Ayudantes del Estado Mayor de la Primera Expedición Tenientes Julio MacGil Sarría y Juan Colmenares Pacheco; Instructor, Jefe de la Sección de Ametralladoras, Capitán Franz Zukal. Como obra de reparación y de justicia de una Orden General expedida por órgano del Jefe del Estado Mayor de la Primera Expedición, el General en Jefe dispuso se ascendieran a Tenientes Coroneles los Capitanes de Infantería Francisco Angarita Arvelo, de Caballería Carlos Mendoza y de Artillería Luis Rafael Pimentel. El día 3 de agosto en la Orden general nombróse Consejo Naval del Director de la Guerra al Capitán del vapor "Falke" Ciudadano Ernesto Zipplitt, quien con tal carácter, previo juramento solemne ante el General en Jefe, el Secretario General, el Jefe de Estado Mayor y la Oficialidad, asumió el mando como Comandante del Crucero oficialmente bautizado desde el día 24 "General Anzoátegui". Poseo en mi archivo la nota de acuse de recibo de tal nombramiento suscrito por el Comandante Ernesto Zipplitt.

Los largos días de navegación después de perder de vista las Azores habíanse empleado en limpiar el armamento, reparar algunas deficiencias de éste, fabricar trípodes para dos ametralladoras, que fue las que se logró montar y faltábanles estas piezas, e instruir y disciplinar a los oficiales con poca experiencia. A bordo se trabajó de 6 a 6 y a veces por las noches desde el general en jefe hasta el último marinero para que todo marchase en orden y eficazmente.

Desde aguas de Martinica, al pasar el canal de la Dominica, se organizó a bordo el servicio de Marina de guerra y la instrucción técnica de armamento para darles disciplina a las fuerzas que en número de 100 a 150 hombres deberían conducir a Blanquilla los ciudadanos Simón Betancourt y Dr. Atilano Carnevali, más los que tuviesen ya reunidos en la costa los hermanos Pedro Elías y Francisco de Paula Aristeiguieta. Un comisionado de Aristeiguieta debería venir a encontranos asimismo en Blanquilla adonde ofrecimos estar del 7 al 8 de agosto.

No obstante las 30 millas de desviación que debido a fuertes corrientes sufrimos durante la noche, a primera luz, la madrugada del 7 de agosto surgió a nuestra proa la isla Blanquilla. Allí deberíamos reunirnos con los compañeros que vendrían de Santo Domingo para seguir a Costa Firme a abrir la campaña.

EL PROBLEMA DEL CARBON

Tres días antes presentóse a bordo el más grave de los problemas afrontados hasta entonces. El Jefe Ingeniero, al exigírsele verificar las carboneras declaró que no había combustible sino para apenas cuatro o cinco días más de viaje. De lo averiguado parece ser que con o sin conocimiento de causa, en el embarque del carbón hubo fraude, bien fuese de los comisionistas o bien de los receptores, o acaso de ambos, ya que se hizo una marcha promedia de 12 a 13 nudos, consumiéndose 20 toneladas por cada 24 horas, del 19 de julio al 19 de agosto, o sean 22 días: debieron quemarse unas 440 ó 450 toneladas y ya al fin del viaje, apenas se cubicaban en la bodega de popa y en las carboneras unas 70 toneladas escasas: es decir que deteniéndonos horas más o menos o viéndonos obligados a escapar a toda máquina de la probable persecución de los barcos de guerra del Gobierno, el consumo extraordinario de combustible poníanos a merced de la suerte. La contrariedad del Gral.

Delgado Chalbaud fue enorme toda vez que no economizó medio alguno para tener a bordo el carbón necesario y aún más.

El General en Jefe nos reunió al Jefe del Estado Mayor y a mí, nos expuso la situación; en la propia costa de Venezuela, pensando atacar a Guanta, pues era lo inmediato indispensable, ya que ni de Martinica, ni de Trinidad podía contarse ni con el plazo ni con el servicio eficaz de despacharnos goletas a proveernos de combustible. Debíamos y teníamos que afrontarlo todo. No contando con el personal de máquinas, pues éste era cómplice o encubridor del fraude del carbón, era ocioso y contraproducente en aquellos momentos insistir sobre el asunto.

En estas condiciones arribábamos a la Blanquilla, como ya dije, la mañana del 7 de agosto. Los radiogramas expedidos a nuestros agentes de Trinidad no obtuvieron respuesta.

PRIMERA ESCALA

LA BLANQUILLA.–La Blanquilla –o Isla Blanca como se la denomina en otras cartas marinas– es una isleta venezolana del grupo oriental, la más avanzada en el Caribe, de unos 20 kilómetros en su mayor anchura y casi cuadrangular hacia el sureste. Nos detuvimos a unos cien metros de ella y la examinamos detenidamente. No había la menor apariencia de que hubiese llegado allí la expedición de Santo Domingo ni el comisionado de los Aristeiguieta.

Volvimos al punto de partida que ofrecía mayor abrigo y se acusaron 8 brazadas de agua en la ensenada noroeste.

Dimos fondo a las 10 a.m. y a las 11 descendí en un bote junto con el general Doroteo Flores, el Teniente Mendoza, el Capitán Carlos Julio Rojas, el Teniente Raúl Castro y cuatro bogas alemanes. Tres hombres teníanse a distancia; un cuarto salió a nuestro encuentro:

–Yo soy el Celador de la Salina.

–Perfectamente. Venga conmigo. Vamos a ver esa casa grande allí.

Echamos a andar. En la casa estaba un viejo de apellido Marcano, los hombres que vimos en la playa eran peones de un pequeño hato de cabras y algunas bestias. Marcano era un simple mayordomo. El propietario de aquello residía en Margarita.

El celador Fernando Rodríguez continuó solo conmigo hasta la caseta en donde vivía, mientras el general Flores quedábase en la casa con Marcano y los otros oficiales negociando unos chivos y algunas provisiones frescas. Después de recorrer el litoral, ordené la vuelta a bordo trayendo preso al celador de Salinas a quien presenté al General en Jefe. Este y el general Alcántara le interrogaron y ratificó cuanto me dijera. El último guardacosta del Gobierno le llevó provisiones hacía más de un mes. Se hablaba de una goleta que estuvo dando bordadas a la vista tres días antes y luego se internó en el mar.

Despachóse inmediatamente a tierra la chalupa para que una vez adquiridas las provisiones trajeran a bordo a cuantos estuviesen en la isla, inutilizar cualquiera embarcación que allí estuviese para que nadie pudiera escapar y dar aviso a las guarniciones de Margarita, etc. Esta comisión cumplióse a medias, pues los isleños habíanse ocultado creyendo que era barco del Gobierno el nuestro y temiendo los conocidos atropellos de las autoridades gomecistas. Con todo, el general Flores trajo uno, voluntario que no pudo o no quiso escapar. Así las cosas, y manteniendo la máquina a baja presión para consumir poco combustible, estuvimos hasta la tarde, celebrándose otra conferencia en la que vistas las circunstancias y caso de que no concurriera a la cita de honor ninguno de los comprometidos, pondríamos proa a Guanta y nos proveeríamos de carbón a toda costa los mismos

veinte hombres que habíamos logrado atravesar medio mundo para llegar hasta allí a traves de tantas penas y fatigas.

A poco, alguien anunció una vela por detrás de la isleta. El general Flores, el capitán Mendoza y el teniente Colmenares habían recibido orden de recorrer por tierra todo el litoral y hallaron, en efecto, oculto un bote que no se atrevía a acercarse al vapor por no haberse cerciorado de que era el esperado. Lo condujeron hasta nuestra borda. Eran los comisionados de Aristeiguieta con la correspondencia.

Como lo sabe esa Honorable Junta, Aristeiguieta salió de París despachado para ir a situarse en un sitio de la costa y allí, reuniendo a los trenes de pesca y entre sus amigos unos 200 a 300 hombres, aguardar el parque que deberíamos llevar para armarlos. Faltando pues, los 100 o 150 hombres ofrecidos por Simón Betancourt desde Santo Domingo, no quedaba más solución, en las circunstancias en que estábamos, que hacer rumbo a Peñas Negras, donde nos citaba Aristeiguieta y con esa gente y nuestros oficiales resolver lo más oportuno: o atacar a Guanta o asaltar a Cumaná. En su correspondencia Aristeiguieta indicaba que esta plaza era la más propicia de tomar, pues aunque había un jefe como el general Emilio Fernández y un Comandante de Armas como Tovar Díaz él podía caerle por retaguardía con sus 300 hombres mientras nosotros la atacábamos por el frente, contando además con conexiones dentro de la misma plaza de Cumaná, que una vez dominada proporcionaba recursos morales y materiales para ocupar a Barcelona y proceder a la toma de Carúpano. De modo que la llegada del comisionado de Aristeiguieta presentaba, frente al conflicto, la única solución razonable.

Todo el día 8 transcurrió en reponer provisiones que se pagaron al doble de su valor al señor Marcano, oculto, enviándosele con el margariteño que trajo a bordo el general Flores. Tal pago se hizo por ante el Celador de Salinas Fernando Rodríguez, quien firmó por él el recibo quedando Rodríguez en calidad de detenido.

El 8 a las 5 de la tarde anuncióse una vela. Despachamos una falúa a reconocerla y resultó ser una goleta que conducía desde Puerto Rico al general Rafael María Carabaño, al comandante Pellicer, al coronel David López, al Dr. Andrés Gutiérrez y a los oficiales Morales-Carabaño, Frontado y Roseliano Pérez.

El general Carabaño y sus compañeros nos informaron tener entendido que la goleta de Santo Domingo debió de haber zarpado el 30 y no antes como estaba indicado, por lo que calculando hasta el tiempo de un posible retardo y no obstante estar quemando carbón y estar expuestos a un contratiempo, resolvimos aguardar aún hasta el 9 en la noche: esto es, tres días fondeados en Blanquilla, enfrente del litoral de Venezuela y sin un mal cañon con qué defendernos caso de ser descubiertos y atacados por barcos o aviones de guerra venezolanos. El 8 a media noche, en el falucho mismo en que vinieron, despachamos a los comisionados de Aristeiguieta citándolos para el 10 al amanecer en Peñas Negras, al abrigo de la Península de Araya. A bordo quedó un práctico margariteño para el caso. El 9 a las 4 p.m. se despachó la goleta que había traído al Gral. Carabaño y a sus compañeros con un parque destinado al Gral. Francisco Gutiérrez que constaba de 200 fusiles maussers y 50.000 cartuchos en peines de 5 tiros, debidamente arreglados los fusiles con su correaje, cartucheras, etc., como para ponerse en mano. Este parque lo conducían el Comandante Egea Mier todavía muy delicado pero que debería recalar en Trinidad para seguir a Nueva York a operarse de urgencia, el comandante Pellicer y el Coronel David López, la tripulación la misma que trajo a los que se incorporaron. Llevaban también Egea Mier y Pellicer la correspondencia para el Presidente de la Junta Suprema, comunicaciones para los Representantes en el Exterior, un Memorándum para el Dr. Jugo Delgado y las instrucciones del caso. Armada la gente de Gutiérrez en Güiria, llevada a cabo nuestra operación sobre Cumaná, Barcelona y Carúpano tomando en Guanta el carbón necesario, dejaría el General en Jefe las plazas ocupadas al mando de los generales Carabaño, Alcántara, etc., volaría

a Güiria y de allí vendría incorporando todos los sectores de la extrema costa oriental para formar el pie de ejército con qué marchar al centro por los valles del Tuy, tomando como base para el desembarque de la segunda expedición los puertos ocupados. Contábase asimismo con que los generales de Occidente, Baptista y Peñalosa, llamarían poderosamente la atención del enemigo facilitando la organización del primer ejército invasor. Fernández era el enemigo más aguerrido y el mejor armado en la costa; el golpe debía ir a la cabeza y a ella fue.

Desembarcamos al detenido de la isla al levar anclas ya que el Celador Fernando Rodríguez –a quien había hecho preso por ser un empleado del Gobierno– quiso continuar voluntario como nuestro compañero, ganado por el trato que se le dio y por la noble causa que nos guiaba.

A las 9 salimos de Blanquilla rumbo a Peñas Negras en Costa Firme. Redoblóse la vigilancia a bordo y aunque eran tan críticas las circunstancias, reinaba el mayor afecto y cordialidad entre todos, Jefes y Oficiales. Pude observar entre los tripulantes alemanes, algunos presuntos militares de la Guerra Europea cómo pareciales curiosa aquella fácil disposición de espíritu para el sacrificio; y el tercer oficial de abordo, Martín Esser y otros dos más, ofreciéronse voluntarios sin condiciones, para tomar parte en la lucha. Antes de pasar adelante y por cuanto importa a la verdad y a la dignidad de la empresa debo reseñar, de paso, el estado de ánimo de la tripulación.

LOS MERCENARIOS ALEMANES

La tripulación, enganchada en Hamburgo en su mayor parte por el propio capitán Ernesto Zipplitt, constaba de 3 oficionales –Koelling, Schneider quien era el operador del radio también y Esser– un jefe ingeniero Rothe, un segundo jefe de máquinas hijo de éste, el contramaestre, fogoneros, marineros y tres sirvientes. En todo, excepto los oficiales, 35 hombres. Se les pagaron sueldos dobles antes de salir, cuya orden dejaron a la casa de Hamburgo en favor de sus familiares. El señor Kramarsky, socio de la firma Prenslau & Co. nos presentó asimismo en Dantzig antes de partir, una carta que firmó el General Delgado Chalbaud y que luego me ordenó firmara e hiciera firmar, leyéndosela a todos los de la expedición. Era una especie de testamento en el cual conveníamos en asumir en cuanto a nuestras personas los riesgos de todo orden que se presentaren concernientes a nuestras vidas, etc. Y había razón, no tanto por lo inherente a la guerra, sino por la taifa de bandoleros que constituían el cuerpo de fogoneros especialmente, y unos cuantos marineros bajo el control del primer oficial Koelling, hombre que se presentaba sumiso y devoto en la Cámara para irse luego abajo a fomentar una reacción contra el capitán. Ni el segundo oficial y operador del radio Schneider, ni el tercero Esser secundábanle en sus planes; al parecer, tampoco el contramaestre. El Jefe Ingeniero Rothe manteníase hosco y aparte, allanándose un poco al resultar el fraude del carbón del cual era responsable. Parecía ser un hombre ávido de dinero y ello explicaba todo. En cuanto al capitán, antiguo marino en la "Hamburg Amerika Linie" observamos desde el primer momento que carecía de autoridad a bordo –intrigado siempre por el primer oficial Koelling, aspirando a quitarle el mando del barco y desacreditándole ante la tripulación– ni quiso recibir un céntimo del Gral. Delgado Chalbaud hasta no llevar a buen término la empresa a la cual fue voluntariamente impuesto de lo que se trataba.

Mientras estuvimos en minoría a bordo y con las armas ocultas abusaron de la situación y les dejamos hacer. Bebíanse el poco vino y la cerveza; devoraban las provisiones aprovechando la enfermedad del Comisario Parisot y si ayudaban en el trabajo como limpia de fusiles, etc., era porque se les pagaba bien el extra. La inesperada y grave dolencia de Egea nos privó de una cooperación técnica y fiscalizadora importante. Ya en el puente mismo

habían venido fogoneros insolentados a reclamar que se les diese más dinero; otras veces presentábase Koelling, el primer oficial, diciéndose presionado por la "crew" para que se les diera una gratificación. Subieron a tal punto las exigencias, que perdida toda la disciplina respecto del Capitán Zipplitt, viose obligado el General en Jefe a citar a los Oficiales del Barco y a los líderes del motín en la cámara, y allí teniendo a vuestra vista el "Pay Roll" al tipo de pago legal en Alemania, ofrecerles que "caso de llevarse a buen término la operación" se les pagaría una recompensa proporcional a los servicios que prestaren y al primer oficial Koelling el mando del "General Anzoátegui" pues el capitán Zipplitt asumiría el mando general de la escuadrilla que se organizara una vez en Costa Firme. Koelling mostróse reconocidísimo, y todos marcháronse satisfechos. Pero al llegar a Blanquilla, cuando vieron pasarse tres días y sólo llegar los comisionados de Aristeiguieta y una goleta con media docena de oficiales, después que observaron que despachábamos otra vez a los del falucho y que si entraban a bordo Carabaño y sus amigos, reembarcábamos a Egea, Pellicer y López quedándonos reducidos al número de unos veinte otra vez, la insolencia llegó al máximo y prescindiendo de Koelling, o intrigados por este miserable, una delegación de fogoneros encabezada por uno de esos desperdicios humanos que flotan en las dársenas podridas de los puertos, se encaró con el General en Jefe pidiéndole dinero en forma perentoria e irrespetuosa.

Lívido de ira pero dominándose en vista de la gravedad de la situación ya que aquellos estúpidos podían utilizar las máquinas o provocar un conflicto terrible, procurando que los otros oficiales del Estado Mayor no se apercibieran de lo que pasaba y fuera imposible contenerlos, cuando Alcántara y yo, testigos de la escena, dimos un paso hacia el sinvergüenza, nos detuvo el General en Jefe con una mirada. Sonrió y me ordenó:

–Explíqueles que lo ofrecido, ofrecido; que dentro de tres días estaremos en un puerto habilitado, que se les dará la recompensa prometida voluntariamente, más el valor del pasaje para que regresen a Alemania los que quieren regresar, o se enganchen en mejores condiciones aún los que deseen acompañarnos de buen grado.

En cuanto al capitán Zipplitt, éramos nosotros a fuerza de diplomacia y de energía quienes mantuvimos su relativa autoridad para la disciplina rutinaria.

Con tales hombres, sin carbón ni para escapar eficazmente de una embestida de barco artillado, pero con una fe inquebrantable y una noción consciente y fría de la situación, navegamos esa noche del 9 hacia la península de Araya que reconocimos a las 5 de la mañana del 10.

SEGUNDA ESCALA

"PEÑAS NEGRAS"–Izóse la señal, correspondieron de tierra, y media hora después tres chalupas llenas de gente abordaron el vapor. En la proa de la primera venía Pedro Elías Aristeiguieta con su hermano Francisco de Paula y erguido allí, mientras le aguardábamos en la escala, dio vivas sucesivos a la Junta Suprema de la Liberación y al Director General de la Guerra que éste correspondió desde la borda con un "¡viva el general Pedro Elías Aristeiguieta!"

Incontinente, por guerrillas, comenzóse a armar y a despachar la gente, yendo a tierra nuestros oficiales instructores con ella para prepararla y tomar posiciones, mientras se acordaba con Aristeiguieta el plan general de operaciones. Fue luego éste a tierra y volvió a bordo a las 3 p.m. Detuviéronse las embarcaciones todas que cruzaban a la vista. La gente reunida era de 250 a 300 hombres, poco o nada avezados al servicio. Como la carga del mausser moderno por peines de 5 tiros parecía complicarles el manejo, resolvióse desgranarles el parque y que usasen el arma, por el momento, en la vieja forma habitual, a tiro por movimiento. De conformidad con la lista de parque en poder del guarda-parque se entrega-

ron a las fuerzas de Aristeiguieta en cuatro lotes –100, 100, 30 y 75– 305 maussers modelo alemán último y 40.000 cartuchos contenidos en 305 cartucheras. De tierra nos remitió 75 hombres para que quedasen en el barco, a los que comenzóse a armar y a disciplinar, si bien, sea porque no los escogiese bien Aristeiguieta o porque hubiera pocos "voluntarios" para ello, en su mayoría eran muy inferiores a los otros reclutas en apariencia física, etc. Hasta las diez de la noche se hizo lo que se pudo por convertir en soldaditos a los 75 pescadores del golfo.

A las 7 p.m. despachamos a Aristeiguieta a bordo en la Cámara del General en Jefe, presentes el General Alcántara, Jefe de Estado Mayor de la primera expedición, el General Carabaño y el suscrito. Convenido que llevaría como segundo jefe al teniente coronel Luis R. Pimentel –pedido por el mismo Aristeiguieta– y que atacarían la plaza por retaguardia esa madrugada, fogueando el Castillo desde los cerros que lo dominan para estar en el Manzanares a las 5 en punto de la mañana. El general Delgado Chalbaud al entregarle el sable que le traía desde Europa, poniéndose de pie le dijo:

–General Aristeiguieta: trate de estar a las mismas 5 del lado allá del puente, porque si tarda unos minutos más, me le adelanto y yo quiero que sea un cumanés quien tenga toda la gloria de tomar a Cumaná.

–A las cinco en punto, mi General– respondió Aristeiguieta estrechándole la mano.

Luego entró el Teniente Coronel Pimentel a recibir últimas instrucciones que fueron las mismas.

–¡Lleva su ascenso en el bolsillo! –le dijo el General Delgado Chalbaud.

Se palpó el pecho, y contestó:

–Aquí lo llevo, mi General– Saludónos con su ceremonia habitual y salió.

Apenas destacóse el bote que los llevaba a tierra, partimos rumbo a Cumaná.

LA VISPERA DEL ATAQUE

Me anunció el oficial de guardia que una lancha de gasolina iba costeando rumbo a Barlovento. Impuse al General en Jefe del informe para que procediéramos a darle caza.

–No; ya por ese lado es inútil cuanto se haga. Nosotros estaremos a las 5 en el puerto de Cumaná.

A remolque llevábamos las tres piraguas para tomar tierra en Cumaná. La noche era oscura pero nuestros prácticos conocían perfectamente el litoral. La insolencia de la tripulación habíase convertido en una melosidad repugnante.

A las 9 citóse a Consejo de Estado Mayor en la Cámara que presidió el General en Jefe y al que asistieron los Generales Jefes de Columna y el suscrito. Expidióse la Orden General de Ataque –cuya copia incluyo por separado, extractándola del Libro de Ordenes del Ejército donde se reprodujo y en la que anoto las bajas que pude recoger después del ataque– y procedí a participarla por órgano de los respectivos ayudantes.

Esa noche montaba yo la Ronda Mayor en el puente de 11 p.m. a 3 a.m. y se me dio parte de que dos de las piraguas a remolque habían reventado la amarra y perdídose de vista. El General en Jefe, llamado por mí, voló al puente. Detuvimos la marcha y aunque las horas estaban exactamente contadas para llegar a nuestro destino, hicimos lo humanamente posible con reflectores y bocinas para descubrirlas. Un instante oímos a los dos marineros que gritaban, recogimos una; luego perdimos de vista la otra. Continuamos nuestra pesquisa y volvimos a verla pasar por la banda sin que pudiera acercarse. El tiempo no permitía un segundo más a riesgo de perder la combinación del ataque, y como teníamos a bordo los botes del barco, continuamos a toda máquina hacia nuestra meta. Pero entonces Koelling declaró "no saber" donde estábamos debido a las vueltas que dimos para recoger las piraguas y los dos prácticos en vano trataban de orientarse. Fueron horas de angustia y

de terrible inquietud cuyos detalles sólo podemos apreciar quienes los sufrimos. A las 3 a.m. bajé a la cubierta y el Capitán Roseliano Pérez* vino a mi encuentro:

–¡No se ve a Cumaná, ni el faro siquiera! –le dije.

–Si quiere yo subo al mástil a ver si distingo.

El barco trepidaba con toda la máquina al máximo; un ventarrón de la marcha a duras penas permitía estar de pie en el puente.

–¿Usted puede intentarlo?

–Sí –me dijo resueltamente.

–Venga.

Lo tomé del brazo y al subir al puente, el general Delgado Chalbaud me abrazó, radiante:

–Allí está Cumaná.

EL ASALTO A CUMANA

En efecto, una corona de luces rayaba el fondo negro.

El Capitán Pérez descendió a ocupar su puesto.

Desde ese instante procedióse a traer a la borda la chalupa que restaba y se bajó un bote de a bordo. Por la escala, a babor, descendió la columna Flores con sus Jefes, luego la columna Alcántara y en otra embarcación la columna Carabaño. Al bote descendieron los 15 hombres de la Guardia de Honor al mando de Mendoza, las dos ametralladoras con sus oficiales, y por último, el General Delgado Chalbaud, quien mostrándome su reloj pulsera me dijo:

–Van a dar las cinco; qué le parece, y Pedro Elías (referíase a Aristeiguieta) no ha roto los fuegos por tierra.

Me pidió agua con unas gotas de brandy de mi frasco de campaña y pasó a darme instrucciones finales:

–Aquí le dejo cuatro hombres. Fórmelos en el puente. Sabe que no contamos con la tripulación, que el barco es arrendado. Suceda lo que suceda, sálveme el barco y que ni éste ni el resto del parque sean precio de una infamia. Húndalo, si no puede salvarlo, antes de que caiga en poder de Gómez y sea además del ridículo, la ruina total de mi familia, pues sabe todo lo que tenemos está garantizado solamente por la hipoteca de los intereses de mi esposa e hijos. Le queda también mi hijo Carlos a bordo. Es un hombre más. Pero usted soy yo.

–¿Qué señal me deja del resultado del ataque caso de no despacharme un ayudante a bordo?

–Si oye las campanas de la iglesia al vuelo dentro de dos horas.

–¿Y en caso de un desastre?

–Que ni el barco ni el parque que queda caiga en manos de ellos.

Al despedirlo en la escala me ordenó personalmente dar la orden de salida a las piraguas picando la amarra para que no se retardara un segundo la operación. El capitán Zipplitt permanecía en el puente nerviosísimo, disputando con el práctico porque éste iba metiendo el barco ya a cien metros escasos del muelle, según órdenes directas. A un cuarto de máquina remolcamos las tres embarcaciones hasta allí y entonces el General en Jefe me hizo la seña convenida.

Me incliné sobre la borda y piqué amarras:

–¡General Flores!

–¡General Alcántara! ¡con todos los canaletes a tierra!

* No estoy cierto si fue éste o si fue el Capitán Juan Ramón Frontado.

El bote con el Gral en Jefe partió a su vez. Las embarcaciones se dividieron. El bote del General en Jefe tocó primero el muelle mientras el Gral. Flores, a la cabeza de su columna, echóse con el agua al pecho para tomar tierra de flanco, sobre el resguardo. Siguiéronle Alcántara y Carabaño con sus efectivos. Hubo una descarga desde el Resguardo sobre las embarcaciones a la que no respondieron los nuestros, tomando tierra sin disparar un tiro. Los del Resguardo huyeron. Era casi una compañía.

A todas estas nuestras fuerzas se internaron en la ciudad y comenzó la pelea. El capitán pretendió retirarse del muelle y fue entonces que obligué a dar fondo al oficial de proa Koelling, que no osó oponerse.

Permanecí en el puente con mis cuatro compañeros. La ciudad tenía todas las luces encendidas. Oíanse descargas cerradas del enemigo y las nuestras cada vez más espaciadas. El vigía empezó a funcionar su artillería, pero sus primeros tiros debían de pasar muy altos sobre nosotros.

La tripulación habíase refugiado en la cala. A ratos surgía por un traga-luz la cabeza de alguno. El muelle y los alrededores estaban desiertos. Una goleta que estaba fondeada cerca habíase escapado. A la fuerza tuve que obligar a que echasen un bote al agua para que uno de los prácticos llevase al muelle parque, previendo el caso. Cuando se acercaba le empezaron a tirar y se quedó vagando entre el barco y el muelle hasta que le ordené perentoriamente aproximarse. Al fin escapóse con el bote desde la escala. El castillo abrió fuego nutrido. Vi a nuestros soldaditos que escapaban por los cocotales de la derecha.

El bote de desembarco volvió a bordo con Schneider y los cuatro sirvientes alemanes de la ametralladora trayendo al Capitán Franz Zukal con el pecho atravesado. Ordené que le llevasen a un camarote y mandé al Dr. Gutiérrez a curarlo. Los que venían con él trajeron a bordo la primera noticia del desastre: el General Chalbaud muerto, otros muchos fuera de combate.

La tripulación comenzó a agitarse y entonces monté guardia firme en el puente. Aunque le instruí a Zukal –a quien ya Gutiérrez había hecho la primera cura– no decir nada, los otros ya empezaron a alarmar a los marineros, conteniendo Parisot a duras penas a la gente con explicaciones tranquilizadoras mientras yo le daba frente a la situación en el puente... El capitán Zipplitt perdió la cabeza, Koelling hablaba de entregarse o de escapar. Los fogoneros, los marineros y los sirvientes agolpados a la puerta del camarote en donde curaban a Zukal daban signos de pánico y de desmoralización. El hijo del General Delgado Chalbaud, no obstante de haberse apercibido de que algo terrible había ocurrido a su padre, fue a ocupar su puesto en cubierta, apenas se lo ordené. El desembarco fue a las 5 a.m. A las 8 ví que un botecito trataba de ganar el vapor; eran el Teniente Coronel Mendoza, el Teniente Castro y dos bogas. Ya se advertía movimiento de guerrillas del enemigo hacia el muelle preparándose a asaltar el barco en vista de que no respondíamos a los fuegos. Salazar y Rusián quisieron hacer algunos tiros hacia tierra, pero como el capitán Zipplitt y los oficiales alemanes pusieron el grito en el cielo, les dije que no valía la pena y que sería contraproducente, pues los compañeros dispersos que trataran de ganar el barco, al ver que disparaban hacia allá iban a imaginarse que también el buque estaba en poder del enemigo, quitándoles toda esperanza de salvación. De todos modos era cogerlos entre dos fuegos. El único cañón que poseíamos y que sin duda hasta aquel instante había tenido a distancia a los soldados de Gómez era... un reflector cubierto con una funda de encerado que parecía una pieza de artillería a proa.

Al llegar a bordo los del bote confirmaron las noticias traídas por los otros una hora antes y vi que Mendoza estaba herido, aunque levemente, en ambas piernas.

Estos dos oficiales que venían del fuego –uno Jefe de la Guardia de Delgado Chalbaud, el otro oficial Tercero en la columna de Vanguardia al mando de Flores, ambos allegados al General en Jefe por lazos de amistad y de familia, pues Castro era sobrino del General

Delgado Chalbaud y el otro su oficial de mayor confianza, me informaron lo que a la letra copio, conservando esta declaración ratificada y firmada por ellos tal cual va a leerse y que no es otra, en sustancia, que la que oficialmente firmaron ambos y transmití, original, a esa Junta con nota de remisión de la cual son portadores y cuyos duplicados adjunto. (Véase DOCUMENTO N° 5.)

LA RETIRADA

La situación hacíase crítica. Era evidente el desastre. El Capitán Zipplitt me declaró con muestra de abatimiento:

–No respondo de la tripulación ni de que me obedezcan más. Resuelva usted. Este barco debe seguir a Trinidad, pues es la orden que tengo de los armadores. Koelling es un hombre que por dinero es capaz de todo. Y al fin, nosotros somos extranjeros y Gómez no nos puede hacer nada.

Los reuní en la Cámara, al Capitán, a los 2 oficiales –pues el tercero, Esser, no regresó a bordo, dándosele por muerto o extraviado– y con ellos al Jefe Ingeniero Rothe:

–Si este barco se entrega al Gobierno yo les advierto que quedará lleno de muertos, con la circunstancia de que primero serán ustedes. Lo único práctico, ya que todo está perdido al parecer, es hacer rumbo a Trinidad y allí, donde contamos con amigos y el derecho de asilo, podremos resolver, porque no hay paraje de la costa venezolana donde recalar y ya los barcos del Gobierno deben estar siguiéndonos. El gobierno tiene aviones y nosotros no tenemos ni un mal cañón... Por lo demás, estoy resuelto a todo junto con mis compañeros antes que caer en manos del enemigo con el barco y el parque.

Obedecieron en silencio, si bien noté que Koelling cambiaba una mirada significativa con el Jefe Ingeniero.

Llamé incontinenti al capitán y le ordené:

–Rumbo a Port-of-Spain. Salga a media máquina y ábrase lo más posible de la costa de Margarita. El práctico quedará con su piloto. Si se atraviesa un guardacosta enemigo páselo por ojo.

Ordené a Salazar ocupar su puesto en el banco de cuarto, y levamos anclas mientras ya en el puerto oíanse las cornetas del enemigo, y el Vigía seguía disparando hacia el vapor.

–Arriamos la bandera venezolana.

–No señor, con ella saldremos hasta llegar a aguas inglesas.

A las 2 p.m. Salazar me advirtió que ibamos rozando casi la costa de Margarita.

Corrí al puente.

Koelling estaba de guardia.

–Le dije a usted que perdiera de vista el litoral de Margarita y ya se ven los rompientes.

Apeló a la carta marina y al compás con vagas demostraciones. Llamó a las máquinas.

Comprendí que continuaba acariciando la idea de dar lugar a que se nos diera caza por los guardacostas del enemigo o por algún navío de guerra, creyendo lograr dinero por el parque a bordo y nuestras personas.

Pero como vio mi actitud, abandonó el puente. Llaméle, imperiosamente ya; y sin decir nada a los otros les ordené reunirse en el puente. Hice que despertaran al Capitán, que estaba encerrado en su camarote.

A poco apareció Koelling con el Jefe Ingeniero:

–No tenemos carbón suficiente para llegar a Trinidad ni aun haciendo 5 millas por hora.

Mientras tanto yo había verificado el millaje en la posición en que estábamos. Y le ordené al capitán:

–De aquí ponga proa a Saint Georges en Granada, que allí les daré carbón y provisiones para seguir a Trinidad. Son 40 y pico de millas menos.

El capitán dio las órdenes a regañadientes. Al quedar solo con Koelling le dije:

–Mañana, al amanecer, debemos divisar la costa de Granada o ni ustedes ni nosotros saldremos vivos de este barco. Estamos resueltos a todo.

Entonces se ablandó y hablóme de dinero. Le repuse:

–Pónganos en Granada mañana temprano y no le pesará.

Incontinenti, ya dispuesto el rumbo que debíamos seguir, si bien vigilando a cada instante, reuní en el salón a los seis que allí estábamos, les expuse la situación, y antes de que yo emitiese mi opinión todos convinieron unánimemente por deshacernos del parque, ya que si entrábamos a puerto extranjero con armas seríamos "buena presa" del gobierno atacado en barco, tripulación, parque etc. y al efecto, ratificando la opinión conjunta, se dio la orden dé echar al agua las cajas de proyectiles, los fusiles y las dos ametralladoras que quedaban sin montar a bordo, así como todo arreo militar, etc. De esta resolución conjunta levantóse acta declaratoria en Granada, el día 12, y la cual acompaño en duplicado, conservando el original en mi poder a la orden.

Antes de que yo sancionase con la mía, la opinión de los otros cinco, el Teniente Carlos Delgado Chalbaud, Ayudante de Campo del Gral. en Jefe, declaró dirigiéndose a mí:

–Usted sabe que esto era propiedad de mi padre, garantizada con los bienes de mi familia y míos y yo le autorizo a que proceda a hacerlo así sin escrúpulos de ninguna clase.

Di orden a Parisot, Jefe del Parque y los mismos oficiales nuestros junto con algunos de la tripulación llevaron a cabo ya al entrar en aguas inglesas la dura tarea de echar al agua aquellos fusiles y aquellas cápsulas fruto de tantas penas y de tantas luchas. Recogí los archivos, eliminé lo que podía comprometer al barco para que no le aprehendieran las autoridades británicas, y mientras reposaban mis compañeros rendidos de fatiga permanecí en el puente toda la noche dispuesto a volarle la tapa de los sesos de Koelling o a quien tratase de cometer una infamia más con nosotros. No quedábamos ya sino seis hombres sin armas entre 35 facinerosos y un capitán pavorizado que se encerró en su camarote y salió de él cuando estuvimos a vista del puerto de Saint Georges para quejarse amargamente:

–Ya usted ve, ¡qué vamos a hacer aquí! No hay carbón.

–Sí hay; y si no hay, se trae en una goleta de Trinidad.

Koelling –viéndonos desarmados, pues se indicó que era menester hasta arrojar al agua las pistolas para evitar complicaciones– quiso pagarse en insolencia su vileza.

–Yo voy a ver lo que el código indique y los entregaré a las autoridades. Yo soy un oficial de marina alemán.

No pude ya contenerme:

–Usted no es oficial de ninguna marina honrada del mundo. Usted es un miserable que deshonra la bandera de su país y si usted procede así yo informaré al Secretario Colonial de todo y me acogeré a las leyes internacionales de asilo.

Marchóse. El capitán, informado de esto, no sé lo que hizo o dijo. Lo cierto es que momentos después Koelling vino al comedor en compañía del lider de los fogoneros donde yo tomaba café y me dijo en su inglés germánico textualmente:

–I apologize you. Forget me. I realize the conditions... You will get some money for the poor people of the crew...

–All right.

Vino el práctico a bordo. Vino la aduana. Se nos permitió desembarcar declarando que sólo íbamos a tomar carbón para seguir a Trinidad sin carga.

Llamé a mis compañeros y les di estas instrucciones: si dentro de una hora yo no he vuelto a bordo, desembarquen. Conmigo vendrá el Dr. Gutiérrez y Parisot para las diligencias del caso.

Fuimos a tierra con el capitán y allí, en la agencia Geo. F. Higgins Co. Ltd. el capitán consiguió que le proveyeran con unas 16 toneladas de carbón y provisiones, ascendiendo

todo a dólares 223.22 inclusive gastos de pilotaje, bill of Health, telegramas etc. que pagué así: $ 20 en efectivo al capitán a bordo y $ 203.22 a dicha agencia, conforme recibo que conservo y cuya copia incluyo en duplicado reservándome el original. También obtuvo una carga que le permitía seguir a Port-of-Spain sin complicaciones y regresar de allí a Hamburgo o adonde dispusiesen sus armadores los señores Félix Prenslau & C°.

Los equipajes nuestros quedaron a bordo. Una hora después encontré en tierra a mis compañeros. En cuanto a Salazar, Rodríguez y el par de bogas que quedaron en el "Falke", hice que Mendoza y Delgado Chalbaud regresaran al barco, les diesen recursos y la orden de tomar tierra como pudiesen, pues la idea de los tripulantes sublevados era la de seguir con nosotros a Trinidad, coger carbón y una vez en el mar obligarnos a que les diésemos dinero –pues suponían que teníamos "cheques" del Gral. Delgado Chalbaud. No es ésta una mera suposición, ya que Mendoza y Delgado Chalbaud hallaron que tenían encerrados en una bodega a los cuatro compañeros, y a fuerza de diplomacia, les abrieron y lograron escaparse a tierra con Parisot que había regresado a bordo y a quien al tratar de recuperar su equipaje un marino de los de Koelling le hizo un disparo que por suerte no tuvo consecuencias. El capitán del puerto y las autoridades de policía tuvieron noticia de ello luego.

Ya a la hora de almuerzo, este mismo hombre, enviado por Koelling, había estado en el hotel Gordon donde nos alojamos, a reclamar a gritos una indemnización que diz le habían prometido y me vi obligado a responderle ásperamente.

Así las cosas, la noche del 12 al regresar al hotel, me hallé en la habitación al mismo oficial Koelling, al líder de los fogoneros y a Parisot quien precisamente acababa de sufrir el atropello aludido. Mendoza y los otros, les habían ya increpado su conducta.

Koelling trataba de explicar que él no tenía culpa, y con una evidente hipocresía nos rogaba que volviéramos a bordo, pues ellos seguían para Trinidad en la mañana; que debido al incidente, la casa comisionista les había retirado la carga. Le dije que ni yo, ni nunguno de mis amigos volvería a un barco que no tenía disciplina, donde el capitán era nulo, sus oficiales desmoralizaban la tripulación, y que si no daba parte inmediata de lo de Parisot a las autoridades británicas era por consideraciones al capitán Zipplit y a sus armadores de Hamburgo a fin de que no los arrestaran a todos y embargaran el "Falke", complicando la situación de que en su estúpida codicia no se daban cuenta.

–Yo vendré mañana para que me dé carta para sus amigos de Trinidad y si resuelve reembarcarse. Los equipajes de Parisot le serán entregados.

Se marcharon. Entonces resolví que nos fuéramos al interior de la isla, a Grandville, por unos dos días, a fin de que el "Falke" siguiese viaje a Trinidad y deshacernos de semejantes bandoleros.

Así lo hicimos dejándole instrucciones a Parisot para decirle al día siguiente, cuando viniese, que nos veríamos en Trinidad.

Pero ya él, como ciudadano francés, había solicitado el auxilio del cónsul allí señor J. Barclay, éste se entrevistó con el Capitán del Puerto y las autoridades, y desde esa noche enviaron a bordo la policía con orden de no permitir que saltase nadie a tierra y siguieran viaje los alemanes dejando en paz a los pasajeros asilados en Granada. Desde luego, pillaron nuestros equipajes y ruego a esa Junta hacerlo saber así a la casa F. Pranslau & C° por la responsabilidad que pueda caberle por un acto de vandalaje cometido a bordo de uno de sus barcos en aguas inglesas, ya que valorizando lo pillado es de mucho más valor que la gratificación que les hubiera podido ofrecer el infortunado Gral. Delgado Chalbaud y que a nadie le consta. El único que salvó sus efectos fue el francés Monsieur Parisot.

El 14 en la mañana volvimos a Saint Georges, a reunirnos con Parisot. Esa tarde llegó el "Mérida" con gente armada, a pretexto de vender boñiga, y el Capitán del Puerto nos los advirtió. Lo comandaba un tal Paván y traía una "sagrada".

El 15 en la mañana el "Lady Hawkins" de la Canadian National Steamships tocaba en el puerto.

Resolví que el Dr. Gutiérrez, Russian y Rodríguez siguieran a Trinidad en un barco inglés que salía al día siguiente, y tomamos pasaje en el "Lady Hawkins" los otros, Me vine solo abordo del "Lady Hawkins" y pasé a unas varas del "Mérida" fondeado allí. En la borda había unos cuantos observándome. Mis compañeros llegaron minutos después a bordo. Parisot, Mendoza, Castro y Delgado Chalbaud, hijo desembarcarían en Saint Lucy el 17 para pasar a Martinica y de allí a Francia, yo continuaría hasta St. John, Nueva Brunswick y de allí por tren a Montreal. Durante el viaje no he dado ni permitido que se dé ninguna información a los "reporters" que nos han asediado por razones que huelgan. De ahí que la llegada del "Falke" a Trinidad y la desmoralización de sus tripulantes les haya creado dificultades y surjan leyendas de todas partes y comentarios estrambóticos o malvados.

Por todo capital, Delgado Chalbaud, hijo, apenas tenía a bordo unos 1.800 y pico dólares con los cuales pagáronse 5 pasajes hasta su destino, hoteles a todos, etc., y el carbón y las provisiones del barco hasta Trinidad, sufragando yo de mi bolsillo otros gastos que no son del caso mencionar.

Una vez informada y comprobados mis informes por esa Honorable Junta exijo –ya que la disciplina y la dignidad me obligan a guardar silencio respecto de la publicidad, silencio que aprovecharán nuestros enemigos para esgrimir toda suerte de infamias– que el Sr. Presidente y mis colegas se sirvan avisarme recibo de este Memorándum, sancionando lo que haya menester respecto al cumplimiento de mis deberes civiles y militares.

Soy de usted, Ciudadano Presidente, y de la Honorable Junta, respetuosamente.

(firmado) José Rafael Pocaterra.
Primer Vocal de la Junta Suprema de la
Liberación de Venezuela y Secretario
General del Ejército

DOCUMENTO N° 9

París: 9 de octubre de 1929.

Señor José Rafael Pocaterra, etc., etc.
Montreal.
Señor:

Tenemos el honor de acusar el recibo del Memorándum y Documentación Comprobante por Ud. dirigidos a la Junta Suprema de la Liberación de Venezuela como Primer Vocal de ella y Secretario General del Ejército el 15 de setiembre, con fecha de 24 de agosto próximo pasado en Bermuda (B. W. I.)

El extenso relato documentado que Ud. presenta a la Junta nos entera circunstanciadamente de lo acaecido a bordo del "FALKE" desde su partida de Polonia hasta la retirada a la Antilla de Granada. Por dicho relato venimos en conocimiento de que, convencido del fracaso de la expedición y juzgando en peligro el buque y el parque confiados a su custodia, asumió Ud. la responsabilidad de mandar levar anclas para ponerlos a salvo, en obediencia, según lo especifica Ud., a las instrucciones que le dio el General Delgado Chalbaud en el momento mismo en que desembarcaba para acometer sin el concurso de las fuerzas de tierra la temeraria empresa de rendir a Cumaná. La preocupación de lograr refugio seguro para el barco en la Isla inglesa de Granada determinó luego la resolución, cuya copia autentica Ud., de botar al mar el parque restante a bordo.

La falta de la Expedición de Santo - Domingo, primero y luego el retardo de las fuerzas del General Aristeiguieta fueron sin duda fatales a las primeras operaciones militares. Ya habrá sido Ud. informado por el Dr. Atilano Carnevali de las dificultades, invencibles según parece, que se opusieron al concurso de la Expedición de Santo-Domingo. El informe que ahora comunicamos a Ud., enviado subrepticiamente de Carúpano por uno de los oficiales expedicionarios, herido y preso en El Pilar, explica la causa de fuerza mayor que ocasionó el retardo de las tropas que debían concurrir al asalto de Cumaná bajo el mando de Pedro Elías Aristeiguieta, describe su esforzado ataque a la plaza atrincherada, la toma de ésta después de dos días de combate, la subsiguiente campaña por la Costa en busca del parque, el entusiasmo con que centenares de voluntarios solicitaban armas, las derrotas infligidas al ejército de Gómez, y la gloriosa muerte de aquel eximio ciudadano.

Dispersa la Junta Suprema y sin más testimonio que el que presentan los seis oficiales reunidos a bordo del "FALKE" inmediatamente después del desgraciado asalto a Cumaná, es imposible dictaminar ahora sobre los diversos episodios de la Expedición Liberadora. Como lo encarece Ud. en el oficio que acompaña el Memorándum Documentado, sería necesario verificar todos los particulares de la acción. Para la sanción definitiva es, pues, indispensable aguardar el esclarecimiento de los hechos que forzosamente quedaron fuera de la observación de Uds.

Somos de Ud. muy atentos servidores.

(firmado) Santo A. Dominici.
(firmado) A. Smith.

Toulouse, 20 agosto de 1930.

Sr. Don José Rafael Pocaterra.

Querido amigo: Correspondo a su carta del 12 de julio. Esta carta ha viajado por España y Francia, expuesta a perderse, por habérmela usted dirigido a mi nombre, y no a la persona que le he indicado.

No conocía, como anteriormente le dije, los documentos que ahora me envía y que me parecen interesantísimos. Van a servir para una página de los anales luctuosos de Venezuela, cuando se mencionen los esfuerzos de la dignidad y del patriotismo contra la barbarie de un cavernícola.

En vista de ellos le repito lo que ya le dije antes de conocerlo y lo que pensé desde el primer momento: cuando un hombre tan probado como Pocaterra obró como obró, circunstancias muy imperiosas debieron rodearlo. Estos documentos lo explican todo. Hasta ahora repito una vez más no los conocía. Los amigos de París y yo no nos hemos visto desde aquellos días en que estuvo usted con nosotros. Algo vago, no de esos documentos, sino de los propósitos de sinceración de usted, recuerdo que me escribió el Doctor Smith; pero nada preciso, que mereciera fijar la atención.

Uno de esos documentos me hace ver claro que a Delgado Chalbaud no lo ha derrotado nadie, sino que su temeridad –es decir, su corazón heroico– lo condujo a la conyuntura en que un asesino de Gómez, desde un árbol y a mansalva pudo darle la muerte que merece su patrón. Otra cosa se advierte en esos documentos y llama la atención: ¿qué se hicieron las tropas de los jefes heridos, Doroteo Flores, Rafael Carabaño, Angarita, Mendoza, el capitán Zucal? ¿Y qué se hizo el único jefe que no resultó herido, el general Alcántara? ¿Cómo fue que el pobre Delgado quedó solo con un grupo escasísimo de valientes, entre ellos mi primo

Armando Zuloaga Blanco, que también murió? Comprendo que el trastorno más serio fue, por lamentable extravío en el campo, la falta de cooperación de los de Peñas Negras y comprendo también que después de tantos años de ausencia de un país se pierden ciertas nociones y ciertos contactos con la realidad; pero así y todo, y dándole una margen muy ancha a la inexperiencia, ¿cómo suponer ni siquiera explicarse que tantos esfuerzos iban a culminar en sacrificio tan estéril? Pero no es hora de lamentos sino de seguir adelante; y seguiremos y no descansaremos hasta ahogar en su sangre al monstruo

En mi concepto usted sale de esos documentos, mi querido Pocaterra, como de un baño en el Jordán. Los que lo hayan censurado a usted no pueden olvidar que usted ha cumplido sus deberes de ciudadano y ha pagado su dignidad ciudadana con las cárceles y con el destierro. Es decir, con sufrimiento. Los censores de usted –ignoro cuántos sean y quiénes sean– resultarán también de seguro, no infames calumniadores, sino patriotas desesperados que ven fallidas las esperanzas en el esfuerzo de usted y de otros buenos patriotas. Tenemos mucho que perdonarnos unos a otros. A quien no debemos perdonar es al asesino y expoliador de Venezuela sus cómplices y sus inspiradores.

Escríbame pronto y reciba un cordial abrazo.

(firmado) R. Blanco Fombona.

P. S.–Yo estoy un poco enfermo. Por la letra verá usted que le escribo de la cama. Mi espíritu también está mal. Al llegar a Madrid le mandaré las memorias. Como actos anteriores a la llegada de usted a París no recuerdo sino que Delgado-Chalbaud me mandó un comisionado a Madrid, el Dr. Carlos Julio Rojas, para que estuviera yo en París el 1° de julio. Me dijera que iría Baptista. La junta se constituyó elegida por la Asamblea en casa del amigo que usted sabe. Delgado Ch. me había encargado la redacción del documento que se daría al país. A este documento quiso Jugo Delgado que se le agregaran algunos conceptos y se le agregaron. Después se discutieron algunos de estos conceptos de Jugo Delgado en la reunión en casa del Dr. Dominici a que usted asistió. Así quedaron suavizadas ciertas alusiones de Jugo a revolucionarios disidentes. Es cuanto recuerdo ahora. En cuanto a la nulificación como usted dice de cuanto quedó organizado en París, ya sabe usted que me ausenté para el Sur de Francia, antes de que ustedes partieran. Mi compromiso era partir con la segunda expedición. Mantuve correspondencia constante con el coronel Mac-Gil en este sentido. Estaba listo para partir, de acuerdo con el coronel, cuando se recibió la noticia del desastre. Debo añadirle que mis primeras cartas a Dominici y a Smith llevaban esta angustiada pregunta: ¿pueden informarme qué ha sido de Pocaterra?

Dr. P. J. Jugo Delgado.–217 Hamilton Ave.–Apt.–A-3.–Unit I.
New Brighton.–Staten Island.–New York.

Montreal, Canadá. Septiembre 11 de 1930.

Señor don José Rafael Pocaterra
Montreal, Canadá.

Mi apreciado compatriota y amigo:

En contestación a su atenta nota del 8 del presente mes, en la cual solicita usted mi opinión, como miembro que fui de la Junta Suprema de la Liberación de Venezuela, acerca del Memorándum y demás documentos que dirigió usted a dicha Junta con motivo de la

batalla de Cumaná perdida para el Ideal de la Revolución por la muerte del General Delgado Chalbaud, cumplo con el deber de significarle que habiendo comprobado los hechos que usted relata con la correspondencia que he recibido y las declaraciones de testigos presenciales de aquellos acontecimientos, la actuación de usted está justificada por la razón y el patriotismo.

Soy de usted muy atento compatriota,

(firmado) P. J. Jugo Delgado.

DOCUMENTO Nº 10

JUICIOS SOBRE LOS SUCESOS DE CUMANA

Montreal, septiembre 20 de 1929.

Señores Teniente-Coronel Carlos D. Mendoza, Teniente Raúl Castro
y Teniente Carlos Delgado Chalbaud.

Muy señores míos y amigos:

Como militares, como deudos y amigos del finado Jefe Militar de la Revolución y como compañeros míos en la Jornada de julio-agosto, anteriores y posteriores al asalto a Cumaná el día 11 de agosto de este año, y en vista de que se explota con vileza y cobardía el silencio que estoy obligado a guardar por disciplina elemental, política y militar, exijo a ustedes responderme al pie de esta misma carta y en forma categórica y completa si es cierto o les consta que un solo instante he obrado o aconsejado obrar fuera de cuanto se exigió de mí, como segunda persona en jerarquía a bordo del crucero "General Anzoátegui", y si luego del desastre en que sucumbiera nuestro nunca bien sentido Jefe el General Delgado Chalbaud, estuve o no a la altura de la grave responsabilidad que quedó sobre mis hombros y de cuyo desempeño son ustedes dignos testimonios vivientes.

Suplico responderme a la mayor brevedad posible en nombre de mi honor comprometido.

Atentamente de ustedes,

(firmado) José Rafael Pocaterra.

París, de octubre de 1929.

Señor José Rafael Pocaterra
Montreal.

Muy señor nuestro y amigo.

El mismo silencio que por instinto político Ud. guarda todavía, lo guardábamos nosotros hasta que ya, obligados por el demasiado fácil trabajo que se estaba haciendo en contra de su honor manifestamos, si no en documento público, por lo menos en conversaciones y en correspondencia privada, toda la indignación que nos causaban esos ataques hechos a la ligera cuya fuente muy bien conocemos.

De acuerdo con las instrucciones que Ud. recibió del Director General de la Guerra, quien le significó que al parque, caso de desgracia en tierra, podría sucederle todo menos caer en manos del Gobierno, a Ud. le era imposible tomar otra iniciativa de la que tomó.

Primero: por el violento desastre sufrido en Cumaná después de dos horas y media de combate, quedando la plaza dominada por el Gobierno.

Segundo: porque después de esperar angustiosamente la llegada del General Pedro Elías Aristeiguieta (desde las 4 y 1/2 a.m., hora en que él debía haber atacado, según lo convenido el día anterior con el Director General de la Guerra y el Estado Mayor, hasta las 8 de la mañana hora en que Ud. ordenó la salida del buque), sólo era posible pensar que Aristeiguieta había sido destrozado, más cuando era conocido de Ud. que el plan de ataque fue expuesto por el mismo General Aristeiguieta y adoptado por todos en vista de las seguras medidas que él afirmó haber tomado.

Tercero: porque sabiendo Ud. que el Gobierno estaba en cuenta de la llegada del vapor a las costas de Venezuela desde hacía varios días, y a las de Cumaná desde las 5 de la mañana, fondeado por más tiempo el barco en la rada, arriesgaba Ud. que un buque de guerra se presentara a esas aguas de las cuales el "FALKE" no hubiera podido salir sin artillería para defenderse y sin carbón para maniobrar.

Cuarto: porque Ud. no ignoraba que el Gobierno, además de barcos poseía aeroplanos que en dos horas y media podrían volar sobre Cumaná, y eran ya las ocho.

Quinto: porque la tripulación de tres días atrás estaba amotinada y sólo trabajaba con la esperanza de una gratificación inmediata que no se le podía dar por carencia de dinero, y porque buscando una solución a este estado de cosas, el primer Oficial del "FALKE" Heinrich Koelling propuso a Ud. la entrega del barco al Gobierno.

Haciéndose imposible la permanencia del "FALKE" frente a Cumaná, Ud. ordenó la salida con el propósito de deliberar en marcha.

Ya navegando, cuando Ud. pidió al Doctor Andrés F. Gutiérrez consejos y su opinión sobre la manera de desembarcar los elementos de guerra que quedaban a bordo, Gutiérrez propuso hacer rumbo hacia Trinidad para tratar de comunicarnos con persona afiliada a la Revolución. Así lo ordenó Ud., pero una vez comenzada a ejecutarse la marcha, el Ingeniero anunció la imposibilidad absoluta de llegar con el carbón que había a la mencionada isla de Trinidad y Ud. se vio forzado a enderezar rumbo a Granada.

Quedaba a Ud., señor Pocaterra, una posibilidad, la última, de salvar los restos del parque: depositarlo en un sitio cualquiera de nuestra costa oriental. Nosotros seríamos los primeros en hacer a Ud. los más graves cargos si no hubiésemos presenciado cómo las circunstancias lo obligaron a perder los *mil fusiles y cartuchos correspondientes*. No es con una tripulación mercenaria y amotinada que nadie podrá nunca ejecutar esta larga y fatigante operación, ni eran los brazos de cinco venezolanos, hostilizados, los que la hubieran podido lograr. A nosotros nos consta como a Ud. que los marineros alemanes no hubieran movido un solo fusil porque, cuando comprendieron que con Gómez no tratarían, su única preocupación fue que el barco tuviese armas en las bodegas. Influenciados por los discursos tendenciosos del carpintero de a bordo que los atemorizaba contándoles cómo él había pasado seis meses de presidio en los Estados Unidos por haberse encontrado en condiciones similares, los marineros comenzaron a botar al agua toda clase de armas que hallaban fuera de la bodega. Así pues, cuando Ud. les dio la única orden posible, la cumplieron gustosos ya que estaban dispuestos a llevarla a cabo por su propia cuenta. Esa orden, en honor de la verdad, fue dada por Ud. después de haber consultado con todos sus compañeros. Todos entuvieron de acuerdo, y así se hizo constar en documento que Ud. posee. Los firmantes de ese documento asumieron con Ud. la responsabilidad. Los suscritos continúan asumiéndola: si alguien reniega de su opinion en los momentos conflictivos, ello no implica que esa opinión no haya contribuido a la ejecución del acto que se le quiere achacar a Ud. solo.

A nosotros, que no teníamos con Ud. ninguna relación de amistad fuera de la que debería unir a todos los venezolanos sinceramente revolucionarias, nos sería fácil abandonarle

todo el peso de la responsabilidad con que se le quiera aplastar. Pero, considerando que a su energía, a su serenidad, se le debe que Gómez no se haya apoderado de los restos de la expedición revolucionaria y que la tripulación no se apoderase de nosotros para entregarnos al Gobierno en espera de una recompensa monetaria, decidimos compartir las responsabilidades con el noble compañero a quien ahora, más que antes, va todo nuestro aprecio.

(firmado) Carlos D. Mendoza, Carlos Delgado Chalbaud, Raúl Castro.

DOCUMENTO Nº 11

Port-of-Spain, 12 de Dic. de 1929.

Sr. Don José Rafael Pocaterra
Montreal, Canadá.

Mi estimado amigo:

Ayer, a mi llegada a ésta, me informó mi hermana Trina que Ud desea comunicarse conmigo.

Por cuatro largos meses estuve vagando por las selvas de Araya y costa del Golfo de Paria y del Cariaco en espera de los movimientos de los compañeros de Occidente, pero como éstos juzgaron prudente no arriesgarse, tuve, al fin, muy a mi pesar, que abandonar la Patria y después de naufragios etc. llegué de *contrabando* a esta isla donde tengo que permanecer oculto porque el año 26 fui expulsado de las colonias inglesas.

Estoy en la mayor miseria y casi desnudo: todo cuanto poseía quedó a bordo del "Falke". La persecución que se me hizo en Venezuela fue muy activa, pero gracias al prestigio de la Revolución logré burlarla a pesar de haber sufrido un fuerte ataque de paludismo y habérseme ulcerado ambos pies debido a las prolongadas marchas por los montes casi descalzo. Actualmente estoy en buena salud, gracias a Dios, y dispuesto para entrar de nuevo en acción. De New York me llama un amigo que me ha ofrecido algunos elementos, pero por lo pronto no puedo moverme de aquí por falta de *carbón*.

Su apreciable correspondencia llegará segura a mis manos dirigida así: Mrs. Calixta Chávez, 18 Picton Street, Port-of-Spain, Trinidad B. W. I., teniendo cuidado de que el número de la casa y el nombre de la calle queden muy claros.

De lo ocurrido, sólo le repetiré a usted las palabras de Napoleón en Marengo: "Hemos perdido una batalla, pero aún hay tiempo para ganar otra"

Reciba Ud. un cordial saludo de su afmo. amigo y compañero,

(firmado) F.L.Alcántara.

P.S. – Por la fotografía que le acompaño verá Ud. mi estampa al salir de Venezuela y comprenderá que fui "el eje de la táctica prusiana".

Port-of-Spain, 14 de enero de 1930.

Sr. Don José Rafael Pocaterra
Montreal, Canadá.

Mi estimado amigo:

Me refiero a su apreciable carta del 26 de diciembre próximo pasado. Ante todo presento a Ud. mi muy sentido pésame por la muerte de la señora madre de Ud. Dios ha querido

someternos a terribles pruebas: al llegar aquí tuve conocimiento de que mi hermana, Luisa de Andueza Palacio, había muerto en Caracas el 28 de setiembre último.

Aún me encuentro varado en esta isla, con la incomodidad de tener que permanecer oculto por temor a las autoridades coloniales.

Al llegar aquí redacté, en mi carácter de Jefe de Estado Mayor de la Primera Expedición, el parte oficial de la desgraciada escaramuza de Cumaná para presentárselo a la Junta de París, pero luego supe que dicha Junta se había disuelto automáticamente, quedando así relevado yo de cumplir esta desagradable formalidad. Este parte o informe está a la orden si es que Ud. juzga conveniente incorporarlo al trabajo que Ud. está preparando, pero es mi opinión que la mejor forma de desmentir a los "P.R.", y demás guapos "a larga distancia", es buscar activamente la manera de dar un nuevo *arrempujón* y a este efecto dejé en el país muy buenas conexiones y actualmente estoy en comunicación con buenos amigos del Centro. Estoy en muy buena salud, gracias a Dios. El estrago que Ud. notó en la fotografía que le envié era efecto del hambre.

Tengo en el Norte un grupo de amigos pudientes que, a juzgar por las noticias que de ellos tengo, están dispuestos a financiar la empresa, pero debo ponerme en contacto con ellos y por lo pronto me es imposible viajar por falta de *carbón*.

Le di la dirección de Ud. a Doroteo; él le escribió por el correo anterior. Hágame el favor de avisarle al llegar a New York a Carlos Delgado; no le he podido escribir porque mi libro de direcciones, claves, etc., quedó a bordo del "Falke".

Por nuestra tierra dejé mucho entusiasmo revolucionario; para acabar con la tiranía sólo se necesitan algunas armas y un poco de sentido común.

Si logro realizar algunos animales que me quedan en Santo Domingo me moveré hacia el Norte, prolongando mi viaje hasta ésa para darme el gusto de verme con Ud., por lo pronto reciba un cordial abrazo de

Su afmo. amigo y compañero,

(firmado) F. L. Alcántara.

DOCUMENTO N° 12

Puerto de España, Trinidad, febrero 14 de 1930.

Señor José Rafael Pocaterra
Montreal, Canadá.

Estimado amigo:

Escribiendo al dictado de Doroteo he hecho lo posible para que su relación sea clara y precisa siguiendo el hilo de los sucesos. Ud., pues verá y deducirá lo que es natural. No quiero ni me toca hacer juicios definitivos, pero no puedo menos que lamentar la falta de experiencia, que se ve en esa relación de nuestro muy querido y heroico amigo Delgado. Una fatalidad ciega lo llevó a rendir su vida, en aquel hecho de armas en el cual sobró valor, pero repito, faltó experiencia. Su muerte nos ha acarreado una enorme ruina.

Por si Ud. no estuviere informado de la suerte que corrió el parque que traía "La Ponema" le hago en seguida una ligera relación: Ud. sabe del aerograma que le dirigió Delgado a Pancho Gutiérrez, dándole orden para que se alzara en la costa de Güiria. El martes 13 supo Gutiérrez el desastre de Cumaná por cables que le puso su hijo el doctor desde Granada, y resolvió abandonarnos a nuestra suerte, de modo que cuando yo llegué a Güiria, el 16 en la mañana, encontré aquel puerto ocupado por el Gobierno. No sabiendo yo, como era natural, lo que pasaba me metí esa misma noche a esta isla, con el parque en la

goleta, para ponerme en contacto con él y conocer las causas de su incumplimiento a las órdenes que yo sabía le habían sido trasmitidas. Entonces fue que me impuso de lo ocurrido.

Días después supe que ellos propagan la especie de que yo había botado el parque al agua y entonces protesté en la forma que me era posible, por medio de una carta que no puedo hacer pública, pero que he hecho circular entre mis amigos haciendo una clara y larga relación de lo ocurrido. En el fondo de todo esto lo que hay es que Gutiérrez, después de haber faltado a sus deberes, pretende salvar su concepto (?) ante los que él mismo tenía comprometidos en la costa del Golfo. Naturalmente era necesario descargar la responsabilidad sobre alguien y ese alguien soy yo.

Hasta ahora, por encontrame en la situación en que estoy no he podido hacer pública mi carta, pero confío en que podré hacerlo más tarde y entonces, como dice Ud. en su carta, pondré los puntos sobre las íes.

Yo estoy muy descreído acerca de que Gómez pueda ser derribado por una revolución. He aprendido tanto acerca de nuestros hombres, he visto tanto interés personal jugando en estos asuntos, que no creo en casi ninguno y de ahí mi escepticismo.

Ciertamente que existen unos hombres que se llaman revolucionarios, pero su actuación se reduce a criticar lo malo o bueno que hacen otros, a destrozar reputaciones y a juzgar a los que de una manera u otra demostraron su decisión y desinterés. En cuanto a ellos, se reservan para cuando la papa esté pelada. Y son muchos, pero muchisímos!

Quise aprovechar la ocasión de la contestación de Doroteo para decirle al amigo a quien siempre he apreciado en cuanto valen estas expresiones de íntima amistad y desahogo. Antes he dicho *íntima* en el sentido de simpatía espiritual, porque siempre he creído que la labor de Ud., ayer y antes, es muy superior a cuantas necedades digan unos cuantos inconscientes que no han ido ni irán nunca a ninguna parte.

Créame como siempre su amigo que lo aprecia muy de veras y que en ésta le envia su estrecho abrazo.

(firmado) Leop. Vte. Pellicer.

Puerto España, Trinidad, Feb. 14 de 1930.

Señor José Rafael Pocaterra
Montreal.

Mi querido Pocaterra: con verdadero placer recibí, hace dos días, tu carta del 28 del mes pasado. No sabía que tu señora madre había muerto y esto me sorprendió: te considero en tu justa pena y te acompaño en tu dolor.

Como tú me pides una relación de lo que vi y presencié, paso a hacértela en seguida.

Como tú sabes, el Gral. Alcántara y yo desembarcamos en un bote, pero antes de tomar tierra sentíamos los tiros que nos hacían del muelle y de la Aduana, circunstancia que me obligó a echarme al agua y ser el primero que llegara a tierra. Detrás de mí la tomaron también el Teniente Coronel Angarita y el Teniente Castro, que asimismo se arrojaron al agua para seguirme. Unidos los tres entramos a luchar con los veinte hombres que nos acompañaban en el desembarque, obligándolos a empujones, a culatazos, para organizarlos, pero fue del todo imposible hacerlo. Mientras tanto no cesaba el tiroteo con que éramos recibidos, a cuyos fuegos respondimos mis compañeros indicados y yo. Habiéndose dispersado los veinte hombres, algunos de los cuales botaban los fusiles, avanzamos los tres hacia la Aduana. El enemigo que ocupaba el muelle lo abandonó debido al desembarque del Gral.

Delgado, que lo hizo bajo un tiroteo nutrido. Delgado continuó hacia la Aduana y fue allí donde nos reunimos. Mientras tanto el Gral., Alcántara avanzaba en la misma dirección seguido de algunos de su tropa. Ya en la Aduana organizamos algunas de las nuestras. A la cuadra de la Aduana aparecieron dos automóviles haciéndonos fuego; salimos a su encuentro y el Gral. Delgado me decía: "No tire, Flores, que son nuestros". En esto chocaron los dos vehículos y los que los ocupaban corrieron hacia mi izquierda a toda carrera persiguiéndolos yo durante un momento. Tengo la creencia que uno de los ocupantes de los carros era el Gral. Fernández, pues oí una voz muy parecida a la suya. Cuando ellos se alejaron retrocedimos y encontré a Delgado que sacaba un machete de uno de los automóviles. En aquel sitio nos reorganizamos y avanzamos hacia el pueblo. En el trayecto de la Aduana al pueblo hay unas ruinas donde yo coloqué algunos hombres. Detrás de mí llegaba Alcántara y le dije: "Vamos a hacernos fuertes aquí". Cuando le decía esas palabras oí la voz de Delgado que venía en esa misma dirección, y me decía: "Flores, no hay que cambiar tiros". A lo cual contesté invitándolo a quedarnos allí, pues no hacía diez minutos que nos estábamos batiendo, y que yo creía discreto esperar en aquella posición, a que Aristeiguieta rompiera sus fuegos de acuerdo con lo convenido. Delgado no tomó en cuenta mi indicación sino que dirigiéndose a Alcántara le dijo: "Tome esta bandera" a lo cual respondió Alcántara: "Yo no cojo bandera" y entonces Delgado, quien llevaba otra bandera, me mandó otra con un abanderado diciéndome de nuevo: "No hay que cambiar tiros: vámonos al puente". Avanzamos, pues, en el orden siguiente: Delgado en el centro; Mendoza a su izquierda acompañado del Capitán Urdaneta, Rojas, Zuloaga y otros más. A la derecha marchaba yo seguido de Castro quien estaba un poco a mi izquierda y muy cerca de Delgado. Ya Angarita había sido herido en el trayecto de las ruinas al pueblo. El fuego del enemigo no cesaba haciéndonos bastantes bajas en los que marchaban, siguiéndonos, como a una cuadra. Ya en el puente me gritaba Delgado: "Es Pedro Elías" y yo le contesté: "No Gral., es el enemigo atrincherado en el otro lado del Puente el que nos hace fuego". A poco me tumbaron diciéndome Delgado: "Lo han tumbado, Gral." Y parándome yo como pude le contesté: "Lo que siento es que mis heridas son por las ametralladoras nuestras". Entonces Delgado ordenó al Capitán Urdaneta que fuera a buscar las ametralladoras. Este salió en seguida a cumplir la orden. Instantes después caía Delgado y oí la voz de Mendoza que decía: "Lo han matado, mi general". Herido como estaba me retiré hacia la esquina próxima y en la otra cuadra encontré a Carabaño y Alcántara a quienes les dije: "Vamos con las ametralladoras a sacar al Gral. Delgado". A lo que contestó Carabaño: "Las ametralladoras no sirven". Las vi entonces, con las fajas cortadas, sobre las aceras. Pregunté por el Jefe de ellas, a lo que contestó Alcántara: "Está herido, pero éste va", señalando con el revólver al tercer oficial de a bordo. Me interpuse entre ambos para impedir una violencia inútil. En ese momento venía Zuloaga por la acera opuesta y al tratar de atravesar la calle cayó en la misma acera, muerto de un tiro en la parte posterior de la cabeza. Entonces grité: "Vamos a coger el cementerio". Tratamos de organizar un grupo con que hacerlo entre los hombres que estaban con nosotros, pero vista la imposibilidad, fuimos desarmándolos y dando los fusiles a los hombres del pueblo que voluntariamente estaban con nosotros. Al fin salieron organizados Alcántara, Vegas, el tercer oficial de a bordo, Colmenares y Urdaneta, quien ya estaba herido desde la toma del puente y quedó en una de las casitas del trayecto. Se prescindió de la ocupación del cementerio y emprendimos la marcha hacia donde creíamos que venía Aristeiguieta, a quien ya habíamos despachado dos comisionados para que nos dijera qué vía traía.

En esta marcha nos salió al encuentro un Jefe Civil con quien nos hicimos unos tiros; allí se dispersó el tercer oficial de a bordo y se quedaron las ametralladoras. Atravesamos el Manzanares y seguimos la marcha por la otra parte del pueblo, viendo las tropas del Gobierno que no nos persiguieron. Ya en las afueras de la Ciudad, mandó Alcántara un

propio a Pedro Elías, diciéndole que yo estaba herido y que necesitábamos bestias. Serían más o menos, las once del domingo. Allí nos quedamos; me pusieron un poco de yodo en mis heridas y como a las doce oímos unos tiros salteados. Hacia las seis de la tarde salimos con rumbo a Caigüire, pero no llegamos sino al Peñón por ser más inmediato, donde estuvimos hasta las 10 p.m., embarcándonos entonces para el lugar, no recuerdo el nombre, donde se embarcó Pedro Elías cuando venía hacia Cumaná. En dicho punto dormimos dispuestos para seguir el día siguiente para Peñas Negras, porque suponíamos que el vapor estaría allí. (Ahora recuerdo el nombre del lugar donde se embarcó P. Elías: La Angoleta.) De este sitio, La Angoleta, seguimos hacia Taguapire. Ya no éramos sino cuatro: Alcántara, Vegas, Colmenares y yo. No habíamos recibido ninguna contestación de Pedro Elías y ninguna información del vapor. En la noche tomamos un bote de remos y desembarcamos en Puerto Nuevo, donde permanecimos 4 días, informándonos con los amigos de diferentes puntos. De este lugar salimos buscando la vía de Cariaco. En ese trayecto encontramos la casa del Gral. Ricardo Fuentes, quien ha muerto en la cárcel por darnos hospedaje, y allí se nos incorporó Francisco de Paula Aristeiguieta, quien nos fue, en lo sucesivo, muy útil, pues debido a sus amistades encontró baquianos, comida y dinero hasta el punto de ponernos en capacidad de abandonar aquellas regiones, donde se nos perseguía con actividad. En aquellas regiones vivimos, si esto puede decirse vivir, cuatro largos meses.

Estando en Puerto-Nuevo *supimos que el Martes 13 de agosto fue tomada la plaza de Cumaná por fuerzas del Gral. Agustín Rodríguez* y que más tarde llegó Pedro Elías a dicha plaza. Entonces resolvimos regresar a Taguapire con el fin de incorporarnos a la Revolución, pero en Taguapire tuvimos la noticia de que ya la plaza estaba ocupada de nuevo por el Gobierno. Nos decidimos entonces a hacer lo que te digo en el párrafo anterior.

Respecto a muertes sé de Delgado y Zuloaga, a quienes vi. Por referencias, de Frontado.

Heridos: Angarita, Rojas Urdaneta, Carabaño, Pérez (Roseliano) y yo con cinco tiros de ametralladora.

Heridos que no vi. López Méndez y Pimentel.

Supongo que sabes la muerte de Pedro Elías y de otros a quienes yo no conozco. En la radiografía que me hice en la pierna se ven cuatro plomos, pero no me molestan para nada.

Quedo en espera de tu carta y ya sabes que deseo que sea directamente a mí a quien informes de lo que sea necesario.

Siempre sobrecarta para mí en la forma que lo hiciste.

Mucha felicidad y abrazo muy apretado de tu amigo.

(firmado) Doroteo Flores.

DOCUMENTO N° 13

515 West 139th St. New York, Enero 25 de 1930.

Señor Don José Rafael Pocaterra
Montreal, Canadá.

Mi apreciado amigo: Nunca supe si Ud. recibió mis cartas del 6 y 13 de octubre pasado, después que leí el legajo de su relación pormenorizada sobre la expedición del "Falke". Y me ocurre inquirir ahora sobre el particular, porque sé de un amigo que recibió devuelta, por el Sur del Canadá, una correspondencia de él para Ud; siendo así sólo natural que yo me preocupe ahora, por la suerte que hayan podido correr las mías a que me contraigo arriba.

Decíale justamente hoy a nuestro amigo Jugo Delgado lo mucho que me satisfacía haber podido ver ratificados y comprobados mis juicios sobre su actuación de Ud. y otras fases de

la pasada catástrofe: ahora que he tenido la oportunidad de oír de boca de mi amigo el Coronel David López, llegado aquí recientemente (y a quien he examinado con la acuciosidad de un Juez-Fiscal) una extensa relación con acopio de detalles relacionados con la *debacle*. Y lo cual le he encargado repetir a cuantos vea, para que con ello vaya haciéndose la luz que este asunto amerita.

He querido apresurarme a comunicarle lo expuesto, seguro de la satisfacción que estas líneas puedan llevar a su ánimo. Especialmente le he encargado a David López repetir mucha parte de esta información,

Suyo afectísimo amigo,

(firmado) Manuel Jove.

P.S. He recibido varias cartas de Alcántara; él está bien y yo muy contento de que haya podido salvarse, y esté hábil para emprender en oportunidad más propicia. Mis cartas de octubre fueron dirigidas a su Box.

San José, Costa Rica, 26 de enero de 1934.

Querido compañero:

....

a pesar de su reserva de Ud. me apresuro a escribirle para decirle: Presente.

Aquí está Alcántara, todavía. Vive en Alajuela. Hemos cambiado impresiones varias veces acerca de ese asunto, y, él, como yo, les atribuimos más responsabilidad a los que lo acusan a Ud. que a más nadie en la fracasada expedición.

La carta de Aristeiguieta confiesa que ellos no atacaron por Caigüire sino a las doce del día. Agrega que en el momento de atacar volaban los aviones sobre ellos sin dar en blanco... Yo le preguntaría a cualquier ¿qué hubiera pasado con el "Falke" si está en ese puerto de Cumaná a la llegada de los aviones?... Dar en blanco una bomba sobre un guaiquerí móvil no es cosa fácil, pero sobre un buque cargado de pertrechos de guerra es bien claro que sí lo es. Si el buque está en el puerto o en toda extensión de la ensenada, o donde fuera, compañero, no queda del buque, como creo habérselo escrito en otra oportunidad, ni el remedo... Pero lo que no sabía yo es que el propio Aristeiguieta confirma la verdad de mis previsiones... La carta de ese Aristeiguieta es lo mejor que se ha escrito en defensa de Ud. a mi humilde parecer. De eso me ocuparé a la mayor brevedad posible. Acaso haga un artículo para "Repertorio Americano" si es que le interesa a Ud. Le ruego hacérmelo saber. Lo hago así porque proyecto producir un volumen de mis actividades en este sector y vincularé a eso, naturalmente, la "incursión" del "Falke",

Ni siquiera me hizo el honor de acusarme usted recibo de mis últimas correspondencias, lo que le ruego hacer esta vez.

Lo abraza su amigo y compañero.

(firmado) J. C. Sotillo Picornell.

Señor don José Rafael Pocaterra
Montreal, Canadá.

DOCUMENTO N° 14

Extracto de las actuaciones del proceso seguido en los Tribunales de Hamburgo a los propietarios y al capitán del vapor "FALKE"

Declaración del Capitán (audiencia del 9 de abril, 1930). – La Corte Criminal comenzó hoy el juicio del Capitán Ernst Zipplitt y de los propietarios del vapor "FALKE", señores Félix Prenslau y Félix Kramarsky. El vapor "FALKE", ocupado por revolucionarios venezolanos, intentó el año anterior un golpe sorpresivo sobre Cumaná, en vista de cuyo fracaso se dirigió a Trinidad.

Declaración de los Armadores (audiencia del mismo día). – Prenslau declaró que en julio de 1929 había contratado en París con el venezolano Delgado Chalbaud dos expediciones, conviniendo en el precio de un millón y medio de dólares. Prenslau dice que concluyó el contrato apresuradamente debido a que otros trataban de obtenerlo, inclusive el grupo encabezado por Sir Basil Zaharoff. Prenslau declaró que el precio convenido se pagaría así: medio millón después de la llegada al lugar del destino de la primera expedición y un cuarto de millón después de la llegada de la segunda. La suma restante se pagaría un mes después del establecimiento del nuevo Gobierno de Venezuela, al cual Delgado representaba. Añadió Prenslau que Delgado murió al intentar el golpe de Cumaná.

Segunda Audiencia (10 de abril, 1930): Hoy se efectuó la segunda audiencia en el juicio contra los propietarios y el capitán del vapor "FALKE".

Kramarsky, uno de los propietarios, rindió su declaración, que es interesante, por cuanto revela algunos datos desconocidos acerca de la manera cómo se originó la expedición del revolucionario Delgado Chalbaud contra las costas de Venezuela.

Dos mil fue el número exacto de rifles que se pusieron a bordo en el puente polaco de Gdingen, según declaraciones de Kramarsky, y este cargamento fue comprado al gobierno polaco. Soldados polacos lo escoltaron hasta Gdingen. Además, se embarcaron *dos millones de paquetes de municiones.*

A continuación se tomó la declaración al capitán Zipplitt, que era quien comandaba el buque en la expedición revolucionaria a las costas de Venezuela en el año pasado.

El capitán Zipplitt admitió que se habían montado algunas ametralladoras en la cubierta, pero se disculpó agregando que esto se había hecho únicamente con el objeto de enseñar su manejo a los venezolanos que iban a bordo.

También declaró Zipplitt que a bordo se observaban las reglas militares que le daban apariencia de guerra y lo hacían semejante al vapor "Farc".

Relató además que con el objeto de agradar a los venezolanos *se montó un cañón que consistía en un tubo de chimenea y otras partes semejantes.* Las personas que deberían hacer la guerra fueron reclutadas entre los mismos venezolanos.

Declaraciones de la tripulación: (audiencias sucesivas del 11 al 22 de abril, 1930) Hamburgo, abril 11– Hoy continuaron las declaraciones en el proceso seguido contra los propietarios y el Capitán del vapor "Falke".

Dos miembros de la tripulación del "FALKE" fueron llamados por las autoridades a declarar bajo la gravedad del juramento, y en su calidad de testigos presenciales de los hechos, dijeron que no es verdad lo que asegura el Capitán Zipplitt y agregan que los preparativos militares que se hacían a bordo del "FALKE" no eran únicamente una farsa y mucho menos al aproximarse a las costas venezolanas.

El fogonero Jaeger declaró que en la primera parte de la jornada, es un hecho que los venezolanos iban todos bien armados, vistiendo uniforme y calzando espolines.

Declaró además el mismo fogonero que al aproximarse a la costa venezolana el vapor "FALKE" izó en el palo mayor los colores venezolanos junto con el pabellón alemán.

Cuando por primera vez se tocó tierra, subieron a bordo quinientos revolucionarios, cuya mayoría no conocía el manejo de los fusiles. El miembro de la tripulación Zukal les dio instrucción sobre manejo de armas. Zukal también fue llamado a juicio como testigo.

Después de esto el vapor "FALKE" continuó su ruta sin luces de noche, contra las protestas de la tripulación.

Cuando llegaron a Cumaná entraron al puerto de noche lo más cerca de la orilla que fue posible, efectuando inmediatamente el desembarco de los rebeldes, trabajando los miembros de la tripulación del "FALKE" en calidad de remeros.

Antes de llegar los botes a la orilla, los venezolanos fueron recibidos con algunos disparos. Entonces los venezolanos se fueron a nado hacia la costa...

Hamburgo, 12– Nuevas declaraciones tomadas hoy en el proceso por los asuntos del "FALKE"...

El contramaestre Dietz declaró que cuando el vapor "FALKE" *bajo el fuego que le hacían desde Cumaná, se vio por un momento en situación comprometida, el Capitán Zipplitt contempló la posibilidad de vender el resto de la carga al Gobierno venezolano.*

Sin embargo, la marinería asustada lanzó al mar las armas.

El tercer ingeniero Riesbek, dijo que cuando se le contrató se le dijo que se trataba de una expedición de cinematógrafo...

Hamburgo, 19– Hoy compareció ante el tribunal el primer ingeniero Rothe, a quien se le sometió a un interrogatorio especial.

Rothe declaró que desde el principio los venezolanos dominaban el barco, añadiendo que estaban muy bien armados. Además, aseguró que con el objeto de obtener el apoyo de la tripulación le habían ofrecido un pago extra de seiscientos dólares mensuales si entraban al servicio de Delgado-Chalbaud. *Una parte de la tripulación formó un "soviet militar" bajo el mando del primero oficial Koelling, quien eclipsó al capitán Zipplitt.*

Después de esta declaración se tomó la del marinero Baumgaertel, quien informó que la tripulación estaba indefensa y que estaba convencida de que los revolucionarios dispararían sobre el que desobedeciera sus órdenes.

A la pregunta del abogado defensor acerca de cómo unos pocos revolucionarios habían podido controlar a la tripulación, el testigo contestó: "Es evidente que usted no ha servido en el ejército en tiempo de guerra, en el cual sólo dos soldados podían tomar cientos de prisioneros desarmados y dominarlos completamente".

Hamburgo, 22– Ha continuado hoy con igual interés para el público la audiencia en el juicio seguido por el tribunal especial en contra del Capitán Zipplitt y de los propietarios del vapor "FALKE", que llevó a cabo un golpe sorpresivo sobre Cumaná en el año pasado.

Los testimonios obtenidos hoy han sido completamente desfavorables tanto al Capitán Zipplitt como a sus cómplices.

Declararon los miembros de la tripulación que se vieron obligados a participar en el desembarco de los revolucionarios en Cumaná, debido a que el Capitán, cuando dio las órdenes "estaba armado hasta los dientes", intimándolos a obedecer sus órdenes.

El testigo Dietz corroboró estas declaraciones a pesar de lo que declaró Zipplitt sobre que él no había estado armado en ninguna ocasión en dicho viaje.

Sentencia (mayo 3 de 1930): Los propietarios del buque de carga alemán "FALKE", señores Kramarsky y Prenslau, el capitán del mismo, señor Zipplitt, quienes habían sido acusados de obligar por la fuerza a los tripulantes a tomar parte en la expedición revolucionaria contra el puerto de Cumaná, el año pasado, han sido absueltos por el jurado que conocía su caso.

El defensor, en su alegato, declaró que el hecho de transportar armas para beligerantes no puede en ningún caso considerarse como una acción ilícita, y recordó las distintas ocasiones en que firmas serias de transportes han transportado armas. Otro de los puntos

del defensor fue el de que tampoco puede considerarse culpables a los propietarios y al capitán del buque de haber obligado a la fuerza a los tripulantes a participar en la expedición, pues ninguna de las estipulaciones del código penal puede aplicarse al caso del "FALKE".

Los gastos incurridos en proceso quedan a cargo del Estado.

DOCUMENTO Nº 15

Memoria del Ministerio de Guerra y Marina, Abril de 1930.

"...Se reponía, confiada y segura de la paz, en animado afán de reconstrucción, la procera ciudad de Cumaná, tras la dura catástrofe del terremoto que la destruyera totalmente, cuando fueron sorprendidas sus autoridades en su faena patriótica al amanecer del 11 de agosto por un grupo de revolucionarios que venía de Europa en el vapor armado con artillería, denominado "FALKE", con un cuantioso parque y capitaneados por el general Román Delgado Chalbaud y a quienes apoyaba desde el vecino Puerto Sucre al referido barco "FALKE" en colaboración con un grueso contingente de hombres reclutados por Pedro Elías Aristeiguieta, y que éste le entregó y puso a sus órdenes a bordo del "FALKE" en Peñas Negras. No obstante lo imprevisto y recio del asalto, las fuerzas del Gobierno en dicha plaza hicieron prodigios de valor, luchando cuerpo a cuerpo con los asaltantes hasta lograr rechazarlos, quedando muertos y heridos en la acción el jefe rebelde Delgado Chalbaud y varios de sus principales oficiales y prisioneros otros tantos de éstos y muchos números de tropa. Venezuela tuvo que lamentar la muerte del general Emilio Fernández, a la sazón Presidente del Estado Sucre, quien cayó heroicamente defendiendo las instituciones, la paz y el honor de la República. Los esfuerzos del general Fernández y su consagración a la Patria honran su memoria. El resto de la montonera huyó a la desbandada, pero perseguidos activamente por las fuerzas expedicionarias que al efecto ya había enviado rápidamente el Benemérito General Comandante en Jefe del Ejército, quien desde su residencia habitual de Maracay dirigía con su pericia y precisión de siempre las operaciones militares, tuvieron los fugitivos que dar frente a los perseguidores. Consecuencia de ello fue el combate de Santa Ana, librado el día 23 de agosto y en el cual quedaron completamente destrozados los enemigos de la paz y, con la captura de toda su oficialidad, extinguida definitivamente esa tea de discordia que encendiera la ambición desmedida y torpe de unos cuantos malos hijos de Venezuela.

El barco pirata "FALKE", denunciado por las autoridades venezolanas al Gobierno inglés al saberse su arribo a la vecina antilla de Trinidad fue detenido allí y sometido al juicio correspondiente".

NOTA

Al dar término a esta labor en el verano de 1936, debemos expresar, siquiera en la brevedad de una nota, las más cumplidas gracias a cuantas personas nos han prestado el auxilio de su colaboración, facilitándonos el acceso a archivos privados, sirviéndonos copia de documentos oficiales que no estaban a nuestro alcance por razones que huelgan, o enviándonos aclaratorias y precisiones una vez aparecidas las primeras partes de ella. En la interpretación de documentos y correspondencia diversa, no nos ha guiado –hasta donde es humanamente posible– sino el sincero anhelo, que ojalá hayamos logrado, de aportar nuestro modesto contingente a la obra inaplazable de la reconstrucción futura. Y aun en medio de luchas y de hostilidades muy explicables que nos rodeaban casi siempre, hemos tratado de mantener aquella serenidad de criterio con que sólo puede intentarse esta clase de trabajos.

Pero debemos especializar esta justa gratitud a nuestro viejo compañero del destierro, en el curso de más de diez años, señor Jorge Humberto Piquell, cuya cooperación desinteresada nos ha sido valiosísima en la organización del vasto material que supone nuestra labor, luchando para poner en claro la cuartilla a veces casi ilegible de tachaduras, de adiciones y de enmiendas de un manuscrito no siempre claro. Ayuda ésta tanto más meritoria cuanto que el solo aliento en esa fatigosa tarea era una noción de la patriótica misión de este libro.

Hemos suprimido la lista de obras consultadas y la bibliografía que llegarían a ocupar muchas páginas, en gracia de la urgencia editorial. Pero las fuentes indispensables de comprobación en nuestros archivos están siempre a la orden de quienes deseen consultarlas.

COMO SE DEFENDIA EL REGIMEN

Hace ya más de diez años que fue reproducida por la prensa hispanoamericana la siguiente respuesta del autor a un ataque absurdo circulado luego en forma de libelo en Colombia, y firmado "José Rafael Valencia" "defensor del Benemérito General, etc., etc.".

Teníamos en cartera junto con los originales de la primera edición esta nota de apéndice que quisimos a última hora retirar, por tratarse de un asunto cancelado y hasta de persona en desgracia política y ya hoy fallecida, pero la falta de escrúpulos morales en ciertos sectores hace dolorosamente necesaria esta inserción. – J.R.P.

I – FALSIFICACION DEL MANUSCRITO

En julio de 1926 se publicó en Caracas el primer volumen de otro nuevo libro de Vallenilla Lanz titulado "Campañas Políticas de *El Nuevo Diario*". Hasta hoy, casi al año de publicado, es que puedo obtenerlo. Y al hojearlo me explico por qué. En las páginas 183 a 197 se reproduce "un artículo" mío sin firma ni fecha y que diz escribiera yo en 15 de diciembre de 1918 cuando me "decía amigo del Gobierno y entusiasta admirador de la obra del general Gómez". Añádase luego insidiosamente en la nota que trae al pie que "en esos días" publiqué "no solamente éste sino otros muchos artículos que aparecieron en "El Universal" y "El Nuevo Diario". Pero ni los reproduce ni los cita siquiera. La pieza probatoria en cuestión viene reproducida "tipográfica y facsimilarmente" – o sean impresas y en fotograbado las ocho cuartillas de que consta. El contexto de lo que yo escribí se ajusta absolutamente a lo que siempre he sostenido en mi vida y en mi obra. La extravagante reproducción del facsímile, pues, sería inexplicable si no tuviese por objeto la más burda falsificación de cuantas hasta el presente haya cometido el torcido bufón de Juan Vicente: el párrafo final de la cuartilla 8ª, cuya reproducción "tipográfica y facsimilarmente" acompaño, tomada del propio libro de Vallenilla, dice de mi puño y letra –aludiendo a las luchas "caudillescas" de los días de la reacción cuando Castro amagaba en Trinidad, inclusive la pretensión del mismo Gómez:– "En Venezuela se puede triunfar contra todo, menos contra Venezuela y los hombres que hoy empuñan la bandera de la Patria, la han tremolado ayer en la lucha contra la hidra de la Anarquía y hoy la posan como paladium de confraternidad en lo más alto de la conciencia nacional".

Laureano Vallenilla Lanz publicó el fragmento falsificándolo así: "En Venezuela se puede triunfar contra todo, menos contra Venezuela; y el hombre que hoy empuña la bandera de la Patria, SI LA TREMOLO VICTORIOSA ayer en la lucha contra la hidra de la

En Venezuela se puede triunfar contra todo, menos contra Venezuela; y el hombre que hoy empuña la bandera de la Patria, si la tremoló victoriosa ayer en la lucha contra la hidra de la Anarquía, hoy la afirma como símbolo de confraternidad en lo más alto de la conciencia nacional.

8

todo, hasta la Nacionalidad, para alcanzar lo que no han logrado ni lograrán nunca con el esfuerzo personal, inteligente y noble....

En Venezuela se puede triunfar contra todo, menos contra Venezuela y ~~los hombres~~ el hombre que hoy empuña la bandera de la Patria, la hace tremolado ayer en la lucha contra la hidra de la Anarquía hoy la ~~pasa~~ afirma como ~~paladin~~ símbolo de confraternidad en lo más alto de la conciencia nacional.

9

anarquía, hoy la afirma como símbolo de confraternidad en lo más alto de la conciencia nacional".

Subrayo las palabras que Vallenilla ha tenido que hacer tachar tratando de conformar sus alteraciones con el original fotográfico de mi cuartilla imitando enmiendas para suplantar "los hombres" por "el hombre", "empuñan" por "empuña" y no contento con tachar el otro plural han en la adulterada cuartilla, imprime con un cinismo desconcertante "SI LA TREMOLO VICTORIOSA AYER", donde yo escribía sencillamente (cotéjese la reproducción fotográfica y la tipográfica); "la han tremolado, etc."

II–POR QUE ESTABA EN PODER DEL FALSIFICADOR ESTE MANUSCRITO

Los originales de ese fragmento, así como otros escritos o apuntaciones de índole histórica y sociológica los tenía Vallenilla de tiempo atrás para leerlos, al igual que me facilitaba o me leía entonces algunos de sus trabajos, gérmenes de lo que convirtiera en "Cesarismo Democrático" y cuya tesis era diametralmente opuesta a la que luego presentó. El origen del cambio de ideología en Vallenilla debióse al fracaso del golpe que intentamos precisamente en "esos días", fines de diciembre de 1918. A principios de enero, 1919, se me redujo a prisión, se me incomunicó, se ocuparon mis papeles en la habitación del Gran Hotel donde residía –unos los quemaron, otros los mutilaron– todo ello no seguramente porque me decía "amigo del Gobierno y admirador de la obra del geneal Gómez". Vallenilla, arropado con nuestro silencio, quedóse haciendo cabriolas en la cuerda floja, uno de cuyos extremos estaba en Maracay y el otro en Los Dos Caminos.

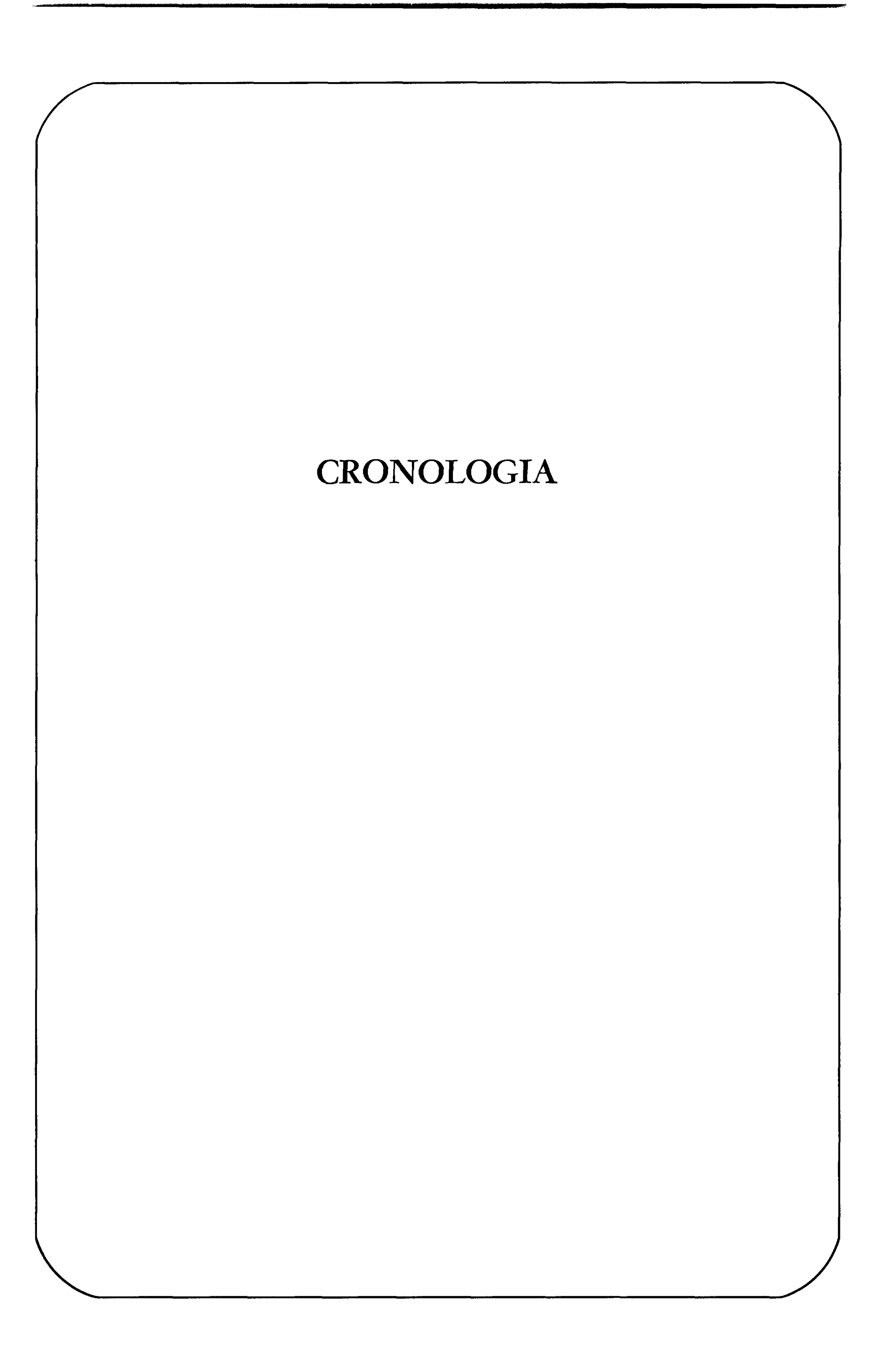
Cuando vi publicadas una mañana, días antes de mi prisión, las cuartillas así adulteradas, estuve a buscarle a la redacción de "El Nuevo Diario". Me dijeron que estaba en su casa, enfermo. Allá me fui. Tenía media cara vendada, expuesto a perder un ojo.

–¡Pero chico!, eso no tiene importancia! Me pareció estupenda tu requisitoria contra el caudillismo y de oportunidad ahora... Además, eso lo copió en casa a máquina Luis Nieves, y así fue el periódico. No puedo devolverte tus cuartillas, porque yo mismo las rompí... Ni tenían tu firma ni ya con los cambios que se hicieron al publicarlas como un editorial mío, te pertenecen. Tú sabes que cualquier aclaratoria que se haga en eso... podría traerte disgustos y mi intención no ha sido hacerte daño ni moral ni materialmente.

Salí. No me ocupé más del incidente. Vino el fracaso, la persecución, la cárcel, y el exilio hasta hoy.

Y he aquí que el antiguo servidor y ex-Cónsul de Cipriano Castro en Santander hasta 1908, el sociólogo enemigo del "caudillismo" a fines de 1918, el tiranófilo otra vez en 1920, ya no se limita a forjar proclamas como las de Peñalosa y Prato en 1921 ni pactos como el que fabricó en su periódico en 1923 al que puso las firmas de Castro, Ortega Martínez, Leopoldo Baptista, Jacinto López, Blanco Fombona, etc.; ya ha descendido a la suplantación de letra, al raspado y a la falsificación de manuscritos.

Así lo denuncio y lo pruebo, reservándome la acción penal del caso, al serme posible, en Montreal, Canadá, a veintisiete de abril de mil novecientos veintisiete.



CRONOLOGIA

1888 Nace en Valencia, 18 de diciembre, hijo legítimo de Jaime Pocaterra y Mercedes Mac Pherson. "Su familia materna está emparentada con Don Miguel de Unamuno, por los Jugo. Los Mac Pherson y los Pocaterra eran oriundos de Maracaibo, pero don Jaime de había trasladado a Valencia en busca de fortuna" (María Josefina Tejera).

1890 Es bautizado en la Iglesia Catedral de Valencia, 30 de junio, siendo sus padrinos Miguel A. Pocaterra y Ana Julia Mac Pherson.

1891-1900 "Su niñez fue muy restringida en lo económico, pues su padre murió cuando mi esposo no cumplía un año. Su madre, descendiente de colonizadores irlandeses, debió asumir la tarea durísima de mantener y educar a sus tres hijos. Contó, afortunadamente, con la ayuda valiosísima de la abuela materna, Julia Mac Pherson, de tías y, en general, de familiares cercanos y acomodados" (Marthe Arcand, viuda de Pocaterra). "Detalles trivialidades de mi niñez (...) la bondad de mi aya negra, que murió siendo cocinera en mi casa: la vieja Lina, esclava manumisa de los Espinosa de Bárbula (...) Después hubo en casa una anciana solterona, que mamá buscó para hacer compañía a mi abuelita. Llamábase Lorenzana de Gavidia. Gente española, empobrecida, oscurecida". *(Memorias).* "Su educación se inició con el *Mandevil*, en la escuela de la señorita Rosita Hernández, pálida y delgada a quien rinde un delicado homenaje en su cuento *La I latina.* Uno de sus condiscípulos, el doctor Enrique Tejera, lo recuerda de seis o siete años, cuando ya se perfilaba en él un carácter orgulloso (...) Le gustaba que lo llamasen Dantón (...) Las condiciones económicas de su familia apenas le permitieron completar el sexto grado en el Colegio Don Bosco de Valencia, que regentaban los salesianos" (Tejera). "Cuando era un niño de doce años se colocó en una zapatería ganando un mísero jornal" (Jorge Luciani) "Luego ascendí a mandadero de camisería; ganaba ocho pesos, cinco más que en la zapatería, pero sin zapatos" *(Memorias).*

1905-1906 Aprendiz en una imprenta. "Clavó los ojos en las luces del puerto (de Maracaibo)... Sólo estuve allí muy niño, luego de paso, en 1906, y no reconozco ni los lugares ni los aspectos de las casas" *(Memorias).*

1907 "Desde 1907 yo no me he negado a nada en el sentido de que la barbarie salga del poder o decapitada. A nada *(Memorias).* "Quedé al frente de un periódico reaccionario llamado *Caín.* Data de

allí mi incursión a la *república de las letras* (Revista *Venezuela Contemporánea*, abril de 1917). En ese periódico *reaccionario*, es decir, que expresaba *la reacción* contra Castro, realiza intensa oposición, al lado de Tovar García y Salvador Carvallo Arvelo, agudizada a raíz del fusilamiento de Paredes. Preso en los castillos de Puerto Cabello y San Carlos (Barra de Maracaibo), en donde estudia latín y griego y aprende inglés.

1908 En libertad, por intercesión ante Castro de una hija del historiador y político González Guinán. "Vino la bendita reacción y de la oficina mercantil donde ganaba cien bolívares como corresponsal trabajando hasta media noche (...) salté a la plaza y eché un discurso de tres galeras y media, preñado de frases terribles contra el 'pasado régimen', haciendo rugir de entusiasmo a cinco mil personas" (*Venezuela Contemporánea*).

1909 "Venía él de la cárcel, nosotros de la cárcel y del destierro (...) ¿Qué haría?, nos preguntó, en la ansiedad de la hora (...) Siguió nuestro consejo. Hombre valeroso y generoso, permaneció en la patria" (Jacinto López). Secretario de Roberto Vargas, personaje novelesco y Ministro de Obras Públicas, participa en gira de Gómez por Carabobo. Vive en una vieja casa de pensión de La Pelota, donde se reúnen jóvenes como *Leo,* Ricardo José Castillo y Rotundo Mendoza. Escribe el poema "El capítulo segundo" y conoce al célebre *Mocho* Hernández en "la casita de La Misericordia", y de él oye la profecía" "Ya nosotros, los viejos, nos vamos. Les toca ahora a ustedes, a los jóvenes" (*Memorias*).

1910-1912 "En estas *Memorias* hay una gran laguna: la etapa larga que comprende los festejos del Centenario de la Independencia (...) Hubo para esos días una explosión sociológica, libresca, histórica, en copiosas ediciones a costa del gobierno" *(Memorias).* La *larga etapa* cubre desde el 19 de abril de 1910 hasta el 5 de julio de 1911, año en que es Tesorero General del Estado Guárico. En 1912 termina su primera novela, *Política feminista,* con el estímulo de Antonio José Sotillo, padre de Pedro Sotillo, y Rafael Jiménez Valero, a quien se la dedica. "Viene a Caracas en 1912. Es en esta etapa cuando escribe *Vidas oscuras.* Quizás hacia finales de 1912 ya es secretario privado del general Gimón" (Tejera).

1913 "Subalterno (del general Gimón) en una expedición militar (...) contra un levantamiento. Entonces vistió uniforme y vivió por poco tiempo vida militar" (Tejera), breve período que él mismo

califica de "días gratos en el Cuartel General, bien racionados, bien equipados y algunos, bien desocupados" (*"Leo* juzgado por Pocaterra, *Actualidades,* 9 de diciembre de 1917). En abril (no en mayo, como en las *Memorias* se apunta) debía estallar el complot de Delgado Chalbaud en el que figuraban personalidades prominentes, entre ellas el joven escritor. En julio Félix Montes lanza la candidatura de Arévalo González, episodio al que el autor le dedica muchas páginas y preámbulo del "segundo golpe de Estado", Circula *Política feminista,* en la que retrata a Valencia y su descomposición político-social.

1914 Desde enero, colaboraciones en *El Fonógrafo,* de Maracaibo, periódico fundado por López Rivas y del que pasa a ser redactor. Desde entonces se produce un cambio en el diario: "Se ataca al imperialismo y a la intervención norteamericana, se comenta la Revolución Mexicana y se combate el régimen de fuerza" (Tejera). Desde febrero, en primera plana, publica "Lecturas del Sábado", muy viva y actualizada. Entre las obras que reproduce *El Fonógrafo* está *El demonio del mediodía,* de Bourget. Justamente *Demon, Le Demon de Midi, Demonio , Teufel, Diablo,* serán sus seudónimos de cárcel y periodismo y apodos en el trato amistoso. A su llegada al Zulia, es nombrado Intendente de Tierras Baldías por el ministro de Fomento Pedro-Emilio Coll, destacado escritor.

1915 Publica varios "cuentos grotescos": "Ecce Homo", "Pérez Ospino & CO", "Noche de primavera", "Nochebuena", y prologa un libro de Medina Chirinos; *Puntos de mira,* que es reproducido en otro de este autor, 1921 (Angel Raúl Villasana).

1916 Otros cuentos: "El último disfraz", "La parábola crepuscular". "La cigüeña", "Claustrofobia", "Oropéndola". El 1°. de junio renuncia a la dirección de *El Fonógrafo* para asumir la Secretaría de Gobernación, luego de haber viajado a Caracas para gestionar la edición capitalina de aquél. Registrador Principal de Propiedad del Estado y luego dedicado "a empresas particulares de espectaculos públicos, en cuyos negocios estuve hasta mediados de 1918" *(Memorias).* Participa en una conspiración, cuyos datos secretos aporta en la edición de las *Memorias* de 1936. Da a conocer *Vidas oscuras.*

1917 Director de la Sección de Hacienda y de Fomento así como de la Secretaría General del Estado Zulia. Desde julio circula en Caracas *El Fonógrafo,* "con un formato más pequeño" que el de Maracaibo, pero "con la misma orientación" (Tejera). En agosto, el

cuento "La ciudad muerta". Hasta 1917 estuve en aquella redacción, y nuestra campaña de prensa fue formidable" *(Memorias),* pero la reproducción de un artículo de Domínguez Acosta trajo la represión". En septiembre Blanco-Fombona le pide un ejemplar de *Política feminista* para reeditarlo en Madrid. Dirige la revista *Caracteres,* de circulación mensual (Jorge Luciani) y también, "de la imprenta de López Rivas y Cía. salió una revista desconocida hasta ahora: *Mercurio"* (Tejera).

1918 "A mediados de 1918, mientras preparaba la edición de mis novelas, me trasladé definitivamente a Caracas. Mi seguridad corría peligro entre los bárbaros que había traído Matute Gómez" *(Memorias).* Relaciones literarias y políticas con *Pitorreos,* publicación mal vista por el gobierno y cuyos redactores, entre ellos Pocaterra, entran en el complot cívico-militar abortado en enero del 19, causa de la prisión del autor. Cuentos y artículos en *Actualidades, El Universal y El Nuevo Diario.* Editorial América reedita *Política feminista* con el título de *El doctor Bebé,* tal vez expresivo del rencor que Blanco-Fombona, como el autor, le profesaban al Dr. Niño (Samuel), factor importante en los ataques lanzados desde *Caín* en 1907. Aparece en Maracaibo *Tierra del sol amada.*

1919 Hasta diciembre de 1921, el período más terrible y vivencial, plenamente transcrito en las *Memorias:* torturas, engrillamientos, muertes, soledad. Dos días antes de la primera nota de prisión, *Actualidades* inserta un fragmento de "la novela de la conquista" *Don Lope de Aguirre.* En abril y junio comienza el acopio de datos. Poemas "Navegación de altura", "Noviembre"; "Ipsque mors", tal vez escritos con "el lápiz nuevo" que desde otra celda le envía Delgado Chalbaud. Termina la primera parte de la novela *Juan de Abila.*

1920 En abril, nuevo cabo de presos, "gigantesco, como una ave zancuda", Macedonio Guerrero, quien se ofrece como "correo" de la obra que entonces escribe: es la salvación del memorialista. Comienza la traducción de la novela de Dolf Willard *The pathway of the pioneers* y del drama *L'Aiglon,* de Rostand: "Más de tres meses me llevó la traducción de los seis actos. He hecho este trabajo, como la versión al alemán de pequeños trozos de Tácito, más como ejercicio que como labor artística" *(Memorias).* Ruptura de la incomunicación absoluta: entran libros a la cárcel.

1921 Prisión de los estudiantes con motivo de la huelga tranviaria: "Trabajo día y noche. Las cuartillas son ínfimas. Deben salir en

forma de cigarrillos (...) Los estudiantes Zúñiga Cisneros y Pulido Méndez salen para Nueva York llevando el paquete de originales. Dos títulos había presentado ante los compañeros: 'Entre las patas del paquidermo' y 'La vergüenza de América'. Este último lo elegimos como el mejor" *(Memorias)* "Avalado por sendos prefacios de Pulido Méndez y yo, se publicó antes de que finalizara ese año 1921 en Ciudad de México, gracias a la generosidad de los exiliados venezolanos Humberto Tejera y señor Horacio Blanco-Fombona", el folleto de Pocaterra, "anónimo", que "hicimos circular ampliamente en las Américas y Europa, tarea que nos fue facilitada por las relaciones que adquirimos en el Congreso Internacional de Estudiantes" y por la ayuda del rector Vasconcelos, Carlos Pellicer, la prensa universitaria y los grandes periódicos y revistas (Zúñiga Cisneros).

1922 Libre, descansa los primeros días en Los Teques y luego concreta en proyecto editorial, en marzo, con *La Lectura Semanal: "Vendo 5 y 6.000 copias a cincuenta céntimos cada semana". Logra imprimir quince entregas, entre ellas una con fragmentos de la novela de Ana Teresa Parra y otras con dos cuentos suyos, "Pascua de Resurrección" y "Patria, la mestiza". Publica el tomo I de Cuentos grotescos:* "De los Estados, del interior, me vienen más pedidos (...) Arvelo Larriva fue mi compañero inseparable en aquellos primeros pasos". En *Actualidades* usa el seudónimo de *Max Mijares*. En junio Atilano Carnevali le advierte que el gobierno sospecha que sea él el autor del folleto *La vergüenza de América*. Embarca, vía Curazao, el 4 de julio, y su paso por Puerto Rico y Nueva York es seguido por los servicios diplomáticos y consulares. Conoce, a bordo, a una mujer: Mercedes Conde Flores, viuda de Guía, con quien se casará en agosto. En el poema "Diario de abordo" recuerda la fecha del encuentro. Poemas de fin de año: "122nd West", casa donde vive en Nueva York, y "Las noches del puerto". Inicia sus *Cartas hiperbóreas* para *Heraldo de Cuba* y otras publicaciones latinoamericanas.

1923 A causa de un escrito en *La Reforma Social,* la Legación de Venezuela le crea problemas en EE.UU. y decide partir a Canadá con la ayuda y consejos de Armando Mercado (Marthe Arcand). Desde Montreal, respuesta a Luciano Suárez acerca de inquietudes de éste, como el caudillismo y el papel de los intelectuales, y ataques a Santos Chocano, "este Rockefeller de las imágenes", que coquetea con los dictadores como Gómez (Archivo, I). Solicita de Blanco-Fombona que le abra las puertas de los periódicos de Madrid para

continuar "la campaña feroz contra Gómez". Nace su primer hijo, José Rafael.

1924 Desde 1923 hasta 1926 abandona la política activa. Años de periodismo intenso, de meditación y de choque íntimo por los desencuentros del destierro. Correspondencia con Nicolás Hernández, Teresa de la Parra, Leopoldo y Trino Baptista. Decisión de refundir *La vergüenza de América* en las *Memorias*, que ya avanzan (*Archivo, I*). Nace su segundo hijo, Héctor.

1925 El 18 de abril muere su esposa y dos días después escribe su poema "20 de abril, 1925": "En Còte des Nieges tanto frío / que ya mi alma se va a helar". Còte des Nieges es el cementerio de Montreal. *La Reforma Social* inserta capítulos de sus *Memorias*, a las que Blanco-Fombona llama "el libro maestro de nuestra generación".

1926 Disminuye sensiblemente la correspondencia con los hombres del destierro. Muere Nicolás Hernández: "No fue un hijo de papá (...) Me enviaba --- y le enviaba a todo el que creía dispuesto a la batalla --- montañas de papel: folletos nuevos y viejos, datos, cartas, noticias" *(Cartas hiperbóreas)*

1927 Amnistía, cierre de La Rotunda, Delgado Chalbaud en París, reanimación política en el exilio y también en Pocaterra: "Acabo de regresar de Nueva York --- escribe al general Carabaño --- y enterado de las respectivas actitudes aguardo que para todos llegue la hora de la cordura" (*Archivo, I*). Suceso editorial: las *Memorias*, Bogotá, con prólogo de Eduardo Santos.

1928 "Apartado por cinco años de todo movimiento revolucionario, permanece dedicado al trabajo en una compañía de seguros como Director del Departamente Hispano de la 'Sun Life Insurance and Co.'. También ejerce la docencia en la Universidad de Montreal, donde enseña español en la Escuela de Altos Estudios Comerciales" y envía correspondencia, no sólo al *Heraldo de Cuba*, sino a *El Nacional*, de México, *Repertorio Americano*, de Costa Rica, y *El Comercio*, de Ecuador (Tejera). Nutrido epistolario conspirativo con un objetivo fijo: una expedición a Venezuela. Polémica con el Partido Revolucionario Venezolano (Gustavo Machado, Salvador de la Plaza y Carlos León). Edición francesa de fragmentos de las *Memorias* con el título de *La tyrannie au Vénézuéla. Gómez, la honte de l'Amerique*, con inclusión de manifiestos del estudiantado.

1929 *The shame of America,* versión inglesa del tercer tomo de las *Memorias.* Prólogo al folleto de Rómulo Betancourt y Miguel Otero Silva: *En las huellas de la pezuña,* con cálidos elogios a la generación del 28: "Yo la esperaba desde la cárcel y desde el destierro. Héla aquí, que ha llegado". Invasión del Falke, calificada como "de los caudillos" por el periódico *Libertad,* del PRV, siendo él vocal de la Junta Suprema de la Liberación de Venezuela y Secretario General de la misma. Muerte de Delgado Chalbaud, fracaso de la expedición e incidente ("las armas al mar") que originará extensa controversia con algunos de los invasores y con adversarios ideológicos. Regreso a Montreal. La madre fallece cuando viaja en el "Lady Hawkins" desde las Antillas a Canadá.

1930 Continúa la correspondencia con Carlos Delgado Chalbaud. Período de decepción que se prolonga hasta 1935. Santos Dominici le notifica que la Junta de París está prácticamente dusuelta. Artículo "El último payaso" en *Unión Nacionalista,* de La Habana,lo que provoca la suspensión del periódico por el dictador Machado. Alegato por la desaparición y muerte del desterrado venezolano Laguado Jayme en Cuba.

1931 Decae el cruce epistolar. A Blanco-Fombona: "Queda una solución. Es lo único que afirmé en el prólogo de mis *Memorias* y que fue suprimido pero queda impreso en el número de *La Reforma Social* en que salió: matar a Gómez".

1932 Aumenta la descreencia en los hombres del destierro. A Delgado Chalbaud: "*Personalmente,* yo, José Rafael Pocaterra, no tengo en absoluto deseo ni necesidad de inmiscuirme en nada". Sergio Ignatof, desde Moscú, le comunica que las *Memorias* han sido traducidas al ruso. En Quebec escribe el poema "Je me souviens...", fiera divisa de la raza.

1933 Concentración en sus labores en Montreal, poco flujo epistolar.

1934 Encuentra a una joven de 17 años –él tiene veinte más– a quien llama, emparentándola poéticamente, Mademoiselle Artaud, no obstante que su apellido es Arcand, y la hace su esposa: "Nos convertimos en excelentes amigos y nos casamos en 1934 (...) Hubo una época en que José Rafael sólo habló conmigo. Fueron cinco años y creo que fueron los más felices de su vida, porque se dedicó a lo que más amaba, la literatura, el estudio, la tranquilidad" (Marthe Arcand).

1935-1936 Especulaciones acerca del destino del país al desaparecer Gómez. Muerto éste, el país bulle. En agosto del 36 retorna a Venezuela por algunas semanas, visita la tumba del dictador y, aunque es electo senador suplente por Carabobo, vuelve a Canadá como Agente Comercial de Venezuela. Primera edición venezolana de las *Memorias,* en dos volúmenes, con reproducción del prólogo de Santos y de la nota bibliográfica de Jacinto López. Nace su hija Soledad.

1937 Segunda edición venezolana, también en Elite, con una explicación del autor, que corrige "algunas erratas sin importancia (...) algunas notas gráficas y otras marginales de texto o apéndice, indispensables. Uslar Pietri: "¿Cuándo llegas, José Rafael, que estás tardando. El momento político es del mayor interés". *Política feminista; o el Doctor Bebé.*

1938 Prologa *Trayectoria,* de Elías Pérez Sosa, una vez que se asienta en el país. Discursos en el Teatro Juárez de Barquisimeto, Universidad de Los Andes y Salón de Lectura de San Cristóbal que, junto con otros materiales, incluidos parlamentarios, son recogidos en el primer tomo de *Integración Venezolana* , un año después.

1939 Presidente del Senado entre el 19 de junio y el 26 de julio. "El 23 de julio se encarga del Ministerio de Trabajo y Comunicaciones" y allí realiza amplia labor: "se promulga la Ley Orgánica de Seguro Social, y comenzó a regir la Ley Orgánica de Tribunales y de Procedimiento de Trabajo" (Tejera).

1940 Sigue en el ministerio: "Es difícil tratar de encasillar a Pocaterra como miembro de un grupo político pues, como ya hemos dicho, fue básicamente individualista" (Tejera).

1941 Presidente del Estado Carabobo hasta el 28 de enero de 1943 Escribe un poema a la madre muerta: "28 de agosto, 1929", y el prólogo a *Anzoátegui, general de infantería,* de Esteban Chalbaud Cardona.

1942 Nueva edición de *Vidas oscuras.* Prólogo a *Guayana y sus problemas,* de Eduardo Oxford López.

1943 Deja la Presidencia de Carabobo y entra en la diplomacia, al ser nombrado en noviembre Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Gran Bretaña y poco después Embajador. Prologa *El libro olvidado,* poemario de Eduardo Herrera.

1944 Continúa en Londres. En diciembre presenta credenciales como Ministro Plenipotenciario ante los gobiernos de Noruega, Checoslovaquia y Holanda, exiliados en Inglaterra (Tejera). Emprende traducción de un místico inglés desconocido (Paz Castillo).

1945 Por julio en Bogotá, con motivo de la fundación del Instituto Colombo-Venezolano. A Osorio Lizarazo en la revista *Sábado:* "Ni mis ideas ni mis ambiciones pesan ni valen. Me han llamado para determinados puestos públicos, altamente honoríficos. Ahora voy a Moscú para instalar las relaciones diplomáticas (...) Pero acaso eso, ¿no llega un poco tarde?". El 8 de octubre presenta credenciales, pero días después renuncia debido al golpe del 18 de octubre. A Juan Liscano: "Yo presentaba credenciales de un gobierno que dejaba de ser". *(El Nacional,* 17 de marzo de 1946)

1946 Otra vez Canadá: Quebec y Montreal. En la *Revista Nacional de Cultura,* "La conquista de la ciudad", capítulo de la novela inédita *Gloria al Bravo Pueblo.* Anuncia el tomo III de las *Memorias (La democracia venezolana y el gobierno de López Contreras: 1935-1941)* y el IV *(La democracia en crisis y el gobierno de Medina Angarita: 1941-1945).* Con retardo de un cuarto de siglo se imprime *La casa de los Abila,* fechada en La Rotunda, Celda 41,-1920-1921.

1947-1948 Interrumpe su autodestierro en febrero del 48, cuando regresa con motivo de la toma de posesión de Gallegos y por influencia de Delgado Chalbaud. Miembro de la delegación, presidida por Betancourt, que asiste a la IX Conferencia Interamericana, temporalmente suspendida por "el bogotazo" (9 de abril). Embajador en Brasil (22 de julio), luego de rechazar el mismo cargo en Colombia. El 25 de noviembre, a raíz del golpe de Estado, se abre un paréntesis en su vida diplomática.

1949 Embajador en EE.UU. El 5 de abril: "Obra nueva no he publicado ninguna. El Ministerio de Educación del Gobierno que acaba de caer me había exigido para editar *Cuentos grotescos* (...) Agregué unos cuentos más, corregí el original, hice todo lo posible. Tumbaron al Gobierno y se perdieron los originales" (Carta a Luis Velazco Aragón, *Cartas Literarias).*

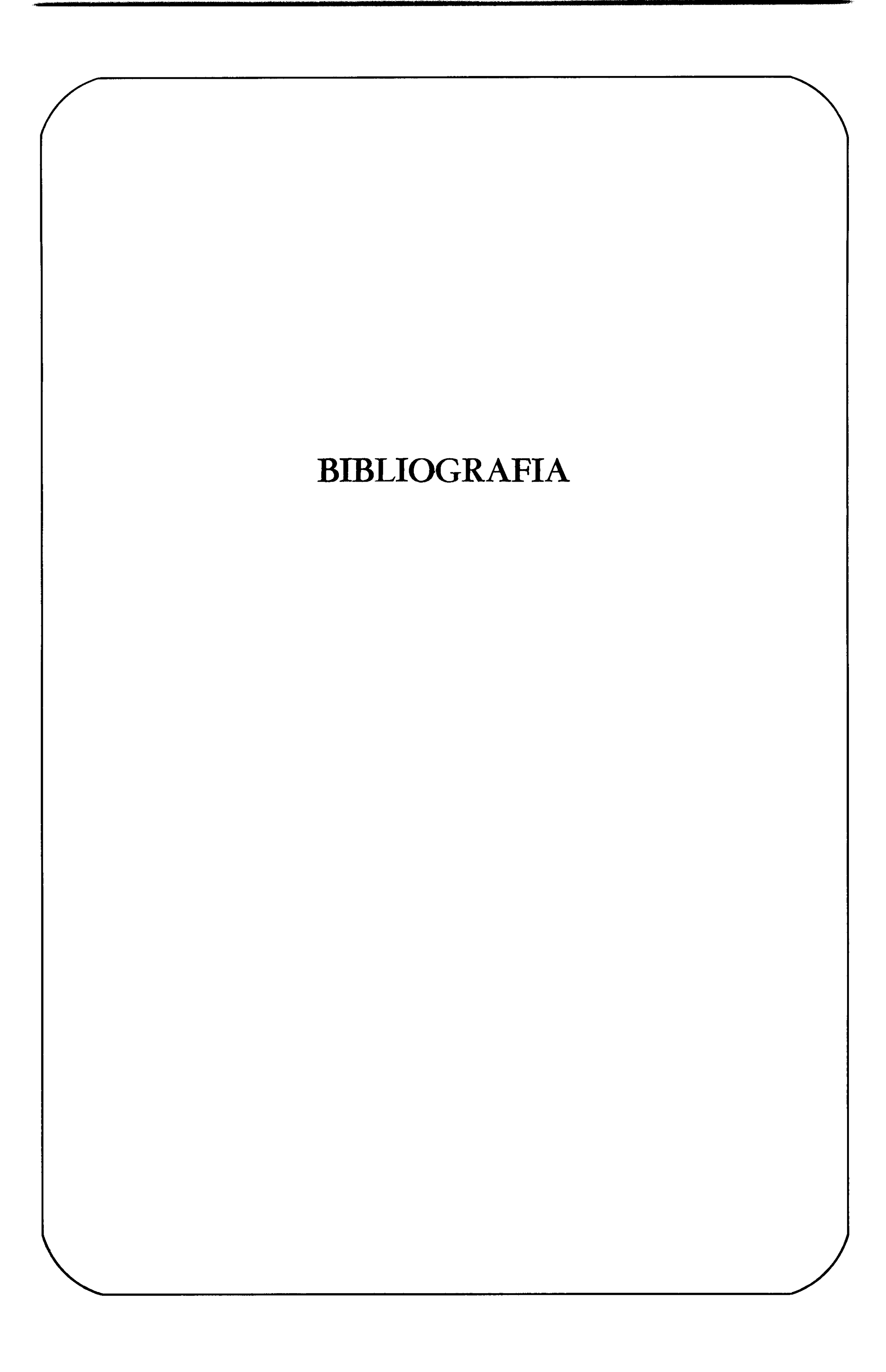
1950 Asesinado Delgado Chalbaud, Presidente de la Junta Militar, en noviembre, renuncia y se marcha a Canadá para ejercer la Cátedra de Literatura Hispánica en la Universidad de Montreal.

1951 *Voces del viento,* poemas, Maracaibo, Universidad del Zulia. Vive en 11 Salisbury Road, Pointe-Claire, Montreal.

1952 "Elegía de otoño", poema que refleja su estado espiritual: "Cenizas del tiempo, polvillo disperso".

1953-1954 Ultima interrupción de su retiro del país y de la política el 24 de noviembre de 1954 para cumplir invitación del comité organizador del Cuatricentenario de Valencia.

1955 Revela a Díaz Sosa (2 de abril) que publicará sus "memorias diplomáticas" (Londres en plena guerra y Moscú al finalizar, "el bogotazo", el paso por Washington). Ya el 25 de marzo había leído su discurso en verso *Valencia, la de Venezuela* "que conmovió profundamente al auditorio, no sólo por su contenido, sino por lo que significaba para ese pueblo la presencia de Pocaterra, que había rechazado la participación en el Gobierno del General Pérez Jiménez" (Tejera), el cual no le rinde homenaje a raíz de su muerte en Montreal, 18 de abril, pero sí un nutrido grupo de intelectuales. Enrique Tejera pronuncia el discurso de despedida en el Ayuntamiento valenciano (24 de abril). Nueva edición de *Cuentos grotescos,* revisada y corregida, en dos volúmenes, y preparación de sus *Obras selectas,* con prólogo de Otero Silva (1956). Habría dejado inéditas, además de las mencionadas atrás, las traducciones del *Rubaiyat* de Omar Kayyam y de *La nube de lo desconocido* (de un místico inglés del siglo XIV), así como el tomo II de *Integración venezolana,* el ensayo *Historia del pueblo venezolano* y las novelas *Los muertos no vuelven* y *Las furias.*



BIBLIOGRAFIA

I. OBRAS DE POCATERRA

Archivo de José Rafael Pocaterra: La oposición a Gómez (1922-1935). Estudio preliminar: Ramón J. Velásquez. Caracas: Ed. del Banco Industrial de Venezuela, 1973. 2 vols.

"El Bulevar Baralt" en: Fernando Criollo: *Maracaibo Gráfico, progreso de esta ciudad durante el período constitucional del General José María García. MCMXV-MCMXVIII.* Maracaibo: Tip. Panorama, 1917, p. 13-18.

"Carta a los señores Coronel Simón Betancourt y Rómulo Betancourt en donde estén (Montreal: Octubre 17, en 1929)" en: *El comienzo del debate socialista.* Caracas: Congreso de la República, 1983, t. VI, vol. I, p. 353-355 (Col. El Pensamiento Político venezolano del siglo XX,12).

"Carta dirigida a Rómulo Betancourt", en: *La oposición a la Dictadura gomecista: Liberales y Nacionalistas.* Caracas, Congreso de la República, 1983, t. II, vol. II, p. 461-463 (Col. El Pensamiento Político Venezolano del siglo XX, 12).

"Carta al General Juan Pablo Peñalosa" en: *La oposición a la Dictadura gomecista: Liberales y Nacionalistas.* Caracas: Congreso de la República, 1983, t. II, vol. II, p. 461-463 (Col. El Pensamiento Político Venezolano del siglo XX, 4).

"Carta a Carlos Delgado Chalbaud" en: *La oposición a la dictadura gomecista.* Caracas: Congreso de la República, 1983, t. II, vol. III, p. 199-201 (Col. El pensamiento Político Venezolano del siglo XX, 5).

"Carta a Carlos Delgado Chalbaud" en: *La oposición a la dictadura gomecista.* Caracas: Congreso de la República, 1983, t. II, vol. III, p. 241-246 (Col. El Pensamiento Político Venezolano del siglo XX, 5).

Cartas a José Rafael Pocaterra (1889-1955) Cartas literarias Carta-mensaje: Atilano Carnevali.Prólogo: Pedro Berroeta.Caracas: Ed. del Banco Industrial de Venezuela,1972. XVIII, 215 p.

Este volumen recoge algunos textos del propio Pocaterra junto con un conjunto de las misivas que algunos escritores le remitieron.

"Cartas a Rufino Blanco Fombona" en: Rafael Ramón Castellanos: *Rufino Blanco Fombona y sus coterráneos.* Bogotá: Canal Ramírez Antares, 1970, p. 237-261.

Recoge trece cartas de Pocaterra dirigidas a Blanco Fombona.

Cartas Hiperbóreas. Selección y ensayo preliminar: Manuel Caballero Caracas: Ed. del Congreso de la República, 1975. 686 p.

La Casa de los Abila. Caracas: Ed. Elite, 1946. 369 p.

La Casa de los Abila. Prólogo: Osvaldo Larrazábal Henríquez. Caracas: Monte Avila, Editores, 1973. 2 vols. (Biblioteca popular Eldorado, 66-67).

"La Condición del Obrero en Venezuela y los nuevos ideales reconstructivos" en: *La oposición a la dictadura gomecista: Liberales y nacionalistas*. Caracas: Congreso de la República, 1983, t. II, vol. II, p. 155-158 (Col. El Pensamiento político venezolano del siglo XX, 4).

Cuentos grotescos. Caracas: Imp. Bolívar, 1922. 299 p.

Cuentos grotescos. Prólogo del autor para esta edición. Caracas-Madrid: Ed. Edime, 1955. 322 p.

Cuentos grotescos. Prólogo del autor. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación, 1965. 2 vols. (Biblioteca Popular Venezolana, 102-103).

Cuentos grotescos. Prólogo del autor. Caracas: Monte Avila Editores, 1972. 2 vols. (Biblioteca Popular Eldorado, 14-15).

Cuentos grotescos. Caracas: Monte Avila Editores, 1976. 2 vols. (Col. El Dorado).

Cuentos grotescos. Prólogo: María Josefina Tejera Caracas: Monte Avila Editores, 1981. 422 p. (Col. El Dorado) "El Chubasco", en: Valentín de Pedro: *Los mejores cuentos venezolanos*. Barcelona: Ed. Cervantes, 1923, p. 203-210; 2ª ed. Caracas: Publicaciones Españolas, 1979, p. 137-141.

De cómo Panchito Mandefuá cenó con el Niño Jesús Prólogo: Velia Bosch. Caracas: Ed. Alfadil, 1985. 44 p.

"De cómo Panchito Mandefuá cenó con el Niño Jesús" en: Juan B. Sosa Michelena: *Diez cuentos venezolanos*. Bogotá: Publicaciones de la Embajada de Venezuela en Colombia, 1951, p. 43-49; en Aquiles Nazoa: *Cuentos contemporáneos hispanoamericanos*. La Paz: Ed. Buribal, 1957; Carlos Dorante: *Los mejores cuentos venezolanos*. Caracas: Primer Festival del Libro Popular Venezolano, 1958, p. 57-62; en Angel G. Flores: *Historia y antología del cuento y la novela en Hispanoamérica*. New York: Las Americas Publishing Company, 1959; I. Vinnichenko: *Cuentos venezolanos*. Moscú: Editorial Estatal de Literatura Artística, 1962; Enrique Congreins Martín: *Antología del cuento venezolano clásico y moderno*. Caracas: Instituto Latinoamericano de Vinculación Cultural, 1967.

Después de mí. Prólogo: Beatriz Mendoza Sagarzazu. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Dirección de Cultura, 1965. 203 p. (Col. Letras de Venezuela, 1).

Discurso pronunciado por el senador José Rafael Pocaterra, al clausurar las sesiones ordinarias de la Cámara del Senado en el presente año. Caracas: Lit. y Tip. Vargas, 1939. 8 p.

"Discurso pronunciado en el Congreso Nacional el 24 de Junio de 1939", en: *Don Simón. Obra artística caligráfica bolivariana, totalmente ejecutada a mano.* Caracas: Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1940. Páginas sin enumerar.

Discurso que el ciudadano José Rafael Pocaterra, presidente de la Asamblea Legislativa, dirige al ciudadano presidente del Estado Zulia, general José María García, en el acto de presentar éste a la Cámara el Mensaje de ley, el día 24 de Febrero de 1917. Maracaibo, spi, 1917. 4 p.

El doctor Bebé (Novela). Madrid: Ed. América, 1918. 203 p. (Bibliotecas Andrés Bello, XLV).

Este libro fue publicado también bajo el título de *Política feminista.*

Gómez, the shame of América. Fragments from the "Memoirs of a citizen of the Republic of Venezuela in the days of her decadence". París: A. Delpeuch, 1929. 255 p.

Gómez y los venezolanos. La vergüenza de América. Cartas y documentos a los comités latino-americanos de Nueva York por un ex secuestrado de la cárcel de La Rotunda. Caracas. Nueva York: 1921.

Tomamos este dato de Angel Raúl Villansana: *Ensayo de un repertorio bibliográfico venezolano.* Caracas: Banco Central de Venezuela, 1976, t. V, p. 585. Esta debió ser la primera edición parcial de las famosas *Memorias...* las cuales se imprimirían por vez primera en Bogotá en 1927.

"Los Héroes sin nombre" en: Mario Briceño Iragorry: *Lecturas venezolanas.* 3ª Ed. Caracas: Tip. Garrido, 1941, p. 84-85.

Este texto no figura en las dos primeras ediciones de las *Lecturas...* en cambio se insertó en las impresas a partir de 1941.

"Historia sintética de una Dictadura contada por su propio esqueleto", en: *La oposición a la dictadura gomecista.* Caracas: Congreso de la República, 1983, t. II, vol. III, p. 329-340 (Col. El pensamiento político venezolano del siglo XX, 5).

Los hombres de principios y los principios de algunos hombres. Nueva York: 1928.

Folleto político sobre las rencillas de los exiliados anti-gomecistas. No lo hemos podido consultar. Tomamos el dato de Villansana: *Ensayo... t. v. p. 585.*

"La I Latina" en: Juan B. Sosa Michelena: *Cuentistas venezolanos.* Ciudad Trujillo: Embajada de Venezuela, 1953; Guillermo Meneses: *Antología del cuento venezolano.* Caracas: Ministerio de Educación, 1955, p. 59-66; 2a.ed. Caracas: Monte Avila Editores, 1984, p. 59-66; en Guillermo Meneses: *El cuento venezolano.* Buenos Aires: Ed. Universitaria, 1966; en: Rafael Ramón Castellanos: *Cuentos Venezolanos.* Bogotá: Biblioteca Colombiana de Cultura, 1971, y en José Balza: *El cuento venezolano.* Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1985, p. 55-63.

"La I maiuscola" en: Marisa Vanini de Gerulewicz: *Racconti del Venezuela.* Siena: Casa Editrice Maia, 1971, p. 57-66.

Informe con el carácter de comisionados especiales, electos en la sesión del 24 de Febrero último, sometemos al procedente criterio y al deci-

sivo dictamen de la Legislatura los conceptos que nos sugiere el cuidadoso estudio del mensaje suscrito por el General José María García, Presidente del Estado, y de la Memoria. Maracaibo: spi, 1917. 4 p.

Integración venezolana. Caracas: Ed. Elite, 1939. 90 p.

"El itinerario de El Falke", en: *La oposición a la dictadura gomecista: Liberales y Nacionalistas.* Caracas: Congreso de la República, 1983, t. II, vol. II, p. 355-384 (Col. El pensamiento político venezolano del siglo XX, 4).

Luis Manuel Urbaneja Achelpohl (1937-1938). Caracas: Ed. Elite, 1938. 23 p.

"La llave", en: Valentín de Pedro: *Los mejores cuentos venezolanos.* Barcelona: Ed. Cervantes, 1923, p. 191-202; 2ª ed. Caracas: Publicaciones Españolas, 1979, p. 129-135.

Memoria del Ministerio del Trabajo y Comunicaciones, presentada al Congreso de los Estados Unidos de Venezuela, 1940. Introducción firmada: José Rafael Pocaterra. Caracas: Lit. y Tip. Vargas, 1940. XXIII, 696 p.

Memoria del Ministerio de Trabajo y Comunicaciones presentada al Congreso de los Estados Unidos de Venezuela, 1941. Introducción firmada: José Rafael Pocaterra. Caracas: Lit. y Tip. Vargas, 1941. XX, 582 p.

Memorias de un venezolano de la decadencia. Prólogo: Eduardo Santos. Bogotá: Ediciones Colombia, 1927. 2 vols.

Memorias de un venezolano de la decadencia. Prólogos: Eduardo Santos y Jacinto López. Primera edición venezolana. Caracas: Ed. Elite 1936. 2 vols.

Memorias de un venezolano de la decadencia. Prólogos: Eduardo Santos y Jacinto López. Segunda edición venezolana. Caracas: Ed. Elite 1937. 2 vols.

Memorias de un venezolano de la decadencia. Tercera edición venezolana. Prólogos: Eduardo Santos y Jacinto López. Caracas: Ed. Elite, 1937. 2 vols.

Memorias de un venezolano de la decadencia. Caracas: Ed. Elite, 1937. 2 vols.

Memorias de un venezolano de la decadencia. Prólogos: Eduardo Santos y Jacinto López. Caracas: Ediciones Edime, 1966. 4 vols.

Memorias de un venezolano de la decadencia. Prólogos: Eduardo Santos, Jacinto López y Miguel Zúñiga Cisneros. Caracas: Monte Avila Editores, 1979. 2 vols. (Col. Letra Viva).

"La muerte de Cipriano Castro", en: *La oposición a la dictadura gomecista: Liberales y nacionalistas.* Caracas: Congreso de la República, 1983, t. II, vol II, p. 143-148 (Col. El pensamiento político venezolano del siglo XX, 4).

Obras selectas. Prólogo: Miguel Otero Silva. Madrid-Caracas: Ed. Edime, 1956. XIX, 1.549 p.

Obras selectas. 2ª ed. Prólogo: Miguel Otero Silva. Madrid-Caracas: Ed. Edime, 1956. 1.549 p.

Panchito Mandefuá. Prólogo: Alicia Segal. Caracas: Churumerú, 1967, cubierta, 36 p.

Pachito Mandefuá. Nota sobre el autor. Caracas: INCIBA, 1968. 4 p. (Col. Cuadernos para estudiantes, Los cuentistas, 3).

Pascua de Resurrección. Caracas: Imp. Bolívar, 1922. 22 p. (*La Lectura Semanal*, 1):

"Pascua de Resurrección", en: Mariano Picón Salas: *Dos siglos de prosa venezolana*. Madrid-Caracas: Ed. Edime, 1965, p. 461-475.

Patria, la mestiza. Caracas: Imp. Bolívar, 1922, cubierta, 22 p. (*La Lectura Semanal*, 15).

Patria, la mestiza. Caracas: Publicaciones Populares de El Ateneo de Caracas, 1962. 29 p.

"Patria, la mestiza", en: *Lecturas populares*. Caracas: Imp. Bolívar, 1937; en Arturo Uslar Pietri/Julian Padrón: *Antología del cuento moderno venezolano*. Caracas: Ministerio de Educación Nacional, 1940, t. I. 151-175; en Luz Machado: *8 cuentos venezolanos*. Santiago de Chile: Publicaciones de la Embajada de Venezuela, 1953; en José Ramón Medina: *Antología venezolana: prosa*. Madrid: Ed. Gredos, 1962, p. 69-07; en: José Ramón Medinà: *Narrativa venezolana*. Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1984, p. 81-99.

Política feminista. Caracas: Tip. Cultura, 1913, cubierta, 184 p.

Política feminista. Caracas: Manrique & Ramírez Angel, 1920.

Política feminista; o el doctor Bebé. Caracas. Ed. Bolívar, 1937. 166 p.
Esta novela fue publicada también bajo el título de *El doctor Bebé*.

"El precio de la sangre", en: *La oposición a la dictadura gomecista*. Caracas: Congreso de la República, 1983, t. II, vol. II, p. 23-30 (Col. El pensamiento político venezolano del siglo XX, 4).

Sus mejores cuentos.Prólogo: Miguel Otero Silva. Lima: Segundo Festival del Libro Popular Venezolano. 1959. 195 p.

Tierra del sol amada. (Novela). Caracas: Ed. Atena, 1918. 303 p.

Tierra del sol amada. (Novela). Caracas: Ed. Victoria, 1918. 303 p.

La tyrannie au Vénézuéla. Gómez, la honte de l'Amérique. Fragments des "Mémoires d'un vénézuélien de la decadence". París: André Delpeuch, 1928. XX, 234 p.

Valencia, la de Venezuela. (Glorificata la cittâ feconda). Poema. Prólogo: Teodoro Gubairi. Valencia:Tip. Carblan, 1955. II, 43 p.

Valencia, la de Venezuela. (Glorificate la cittá feconda). Prólogo: Felipe Herrera Vial y Enrique Tejera. Valencia: Concejo Municipal del Distrito Valencia, 1963. LIII p.

Valencia, la de Venezuela. Valencia: Universidad de Carabobo, 1975. 39 páginas.

"Venezuela: 1923". en: *La oposición a la dictadura gomecista.* Caracas: Congreso de la República, 1983, t. II. vol. II, p. 31-44 (Col. El pensamiento político venezolano del siglo XX, 4).

Vidas oscuras. Maracaibo: Imprenta Americana, 1916. 227 p.

Vidas oscuras. Novela. Caracas: Ed. Victoria, Manrique & Ramírez Angel, s/f. 227 p. (Col. Popular).

Vidas oscuras. Madrid: Ed. América 1917. 331 p. (Biblioteca Andrés Bello, XIX).

Vidas oscuras. (Novela venezolana). Caracas: Folletines de la Esfera, 1942. 272 p.

II. PROLOGOS

Betancourt, Rómulo. *En las huellas de la pezuña.* Por Rómulo Betancourt y Miguel Otero Silva. Prólogo: José Rafael Pocaterra. Colofón Magda Portal. Santo Domingo: spi, 1929. 166 p.

Este libro está reproducido en Arturo Sosa/Elías Lengrand: *Del garibaldismo estudiantil a la izquierda criolla.* Caracas: Ed. Centauro, 1981, p. 309-454 y en *La oposición a la dictadura gomecista: El movimiento estudiantil de 1928. Antología documental.* Caracas: Congreso de la República, 1983, t. V, vol. I, 440-572 (Col. El pensamiento político venezolano del siglo XX, 10).

Chalbaud Cardona, Esteban. *Anzoátegui.* (General de Infantería). Prólogo: José Rafael Pocaterra. Caracas: Tip. Garrido, 1941. VIII, 166 p.

Domínguez, Pablo. *Visión de los Andes.* (Tres discursos). Prólogo: José Rafael Pocaterra. Caracas: C.A. Artes Gráficas, 1944. 33 p.

Herrera, Eduardo. *El libro olvidado.* Poesías. Prólogo: José Rafael Pocaterra. Valencia: Imp. Aborigen, 1943. XIV, 143 p.

Medina Chirinos, Carlos. *Mosaicos verbales.* Prólogos: José Rafael Pocaterra y Amenodoro Rangel Lamus. Maracaibo, Imp. El Siglo. 1921. 64 p.

Mujica, Héctor. *Las tres ventanas.* Cuentos escogidos. Carta de José Rafael Pocaterra. Caracas: Monte Avila Editores, 1970. 172 p.

Oxford López, Eduardo. *Guayana y sus problemas.* Prólogo: José Rafael Pocaterra. Caracas: Cooperativa de Artes Gráficas, 1942. 201 p.

Pérez Sosa, Elías. *Trayectoria.* 2ª ed. Prólogos: Jorge Luciani y José Rafael Pocaterra. Caracas: Cooperativa de Artes Gráficas, 1938.315 p.

Toussaint, Franz. *El Jardín de las caricias*. Traducción: Udón Pérez. Comentario: José Rafael Pocaterra. Maracaibo: Imp. del Estado, 1952. 59 p.

Velásquez, Ramón J. *La caída del liberalismo amarillo*. Tiempo y drama de Antonio Paredes. Carta de José Rafael Pocaterra. Caracas: Ed. de la Contraloría, 1972. XXVII, 380 p.

III. SOBRE JOSE RAFAEL POCATERRA

Agudo Freites, Raúl. *Del realismo romántico al realismo onírico*. Caracas-San José de Costa Rica: Ed. Síntesis Dosmil. Ed. Texto, 1975. 134 p.
Ver: "El realismo político: Morantes, Pocaterra y Blanco Fombona" (p. 93-98)

Altuve Carrillo, Leonardo. *Yo fui embajador de Pérez Jiménez*. Caracas: Lit. y Tip. Ortiz, 1973. 494 p.
Varias referencias a Pocaterra.

Angarita Arvelo, Rafael. *Historia y crítica de la novela en Venezuela*. Berlín: Imprenta de August Pries. Leipzig, 1938. 172 p.
Ver: "Tres novelas urbanas de Pocaterra" (p. 99-102).

Angulo Arvelo, Luis Alejandro. *El fauno cautivo*. Biografía de Alfredo Arvelo Larriva. Caracas: Monte Avila Editores. 1986. 492 p. 1 (Col. Grandes biografías).
Numerosas referencias a Pocaterra.

Araujo, Orlando. *En letra roja*. La violencia venezolana. Literaria y social. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1974. 42 p.
Varias referencias a los escritos de Pocaterra.

Araujo, Orlando. *Narrativa venezolana contemporánea*. Caracas: Ed. Tiempo Nuevo, 1972. 355 p. (Col. Temas contemporáneos).
Ver: "Contado con ira" (p. 243-251)

Araujo, Orlando. *Venezuela violenta*. Caracas: Ediciones Hesperidew, 1968. 186 p.
Ver: "Contextos políticos de la violencia" (p. 145-166)

Aray, Edmundo. "La actual literatura de Venezuela". en: *Panorama de la actual literatura latinoamericana*. Madrid: Ed. Fundamentos, 1971, p. 113-136. Arcay, Luis Augusto. *Evocación de Pocaterra en una lírica estampa de Valencia*. Valencia: Concejo Municipal, 1970. 23 p.

Arcaya, Pedro Manuel. *Memorias del doctor Pedro Manuel Arcaya*. 2ª ed. Prólogos: Carlos I. Arcaya y Ramón J. Velásquez. Caracas: Ed. de la Librería Historia, 1983. XXIII, 177 p.
Hace referencia a la actividad de Pocaterra en contra de la dictadura gomecista.

Archivo de José Rafael Pocaterra. La oposición a Gómez (1922-1935). Estudio preliminar: Ramón J. Velásquez. Caracas: Ed. del Banco Industrial de Venezuela, 1973. 2 vols.
Además de los propios escritos de Pocaterra este *Archivo*... incluye también numerosas cartas que le fueron remitidas y textos sobre su actividad política.

Barnola, Pedro Pablo. *Altorrelieve de la literatura venezolana.* Caracas: Ministerio de Educación, Dirección General, Departamento de Publicaciones, 1970. 82 p. (Universidad Católica Andrés Bello, Cuadernos de prosa, 3).
Se refiere a Pocaterra en las p. 28 y 69.

Barnola, Pedro Pablo. *Estudios crítico-literarios.* Tercera Serie. Caracas: Monte Avila Editores, 1971. 185 p. (Col. Temas Venezolanos).
Ver: "Pocaterra sabía contar" (p. 123-131).

Barrios Mora, J.R. *Compendio histórico de la literatura Venezolana.* Prólogo: José Humberto Quintero. Caracas: Tip. La Nación, 1948. 320 páginas.

Belrose, Maurice. *La sociedad Venezolana en su novela* (1890-1935).Maracaibo: Universidad del Zulia, Centro de Estudios Literarios, 1979. 339 p.
Estudia la obra de Pocaterra.

Betancourt, Rómulo. *Pensamiento y acción.* Recopilación y edición por miembros de Acción Democrática en el exilio. México: Impresiones Beatriz de Silva, 1951.

Blanco Fombona, Rufino. *Dos años y medio de inquietud.* Prólogo: Pedro Emilio Coll. Caracas: Impresores Unidos, 1942. XXI, 302 p.
Amplia referencia a la invasión del Falke a Venezuela en 1929, en la cual Pocaterra tuvo destacada participación.

Blanco Fombona, Rufino. *Rufino Blanco Fombona íntimo.* Selección y recopilación: Angel Rama. Caracas: Monte Avila Editores. 1975. 327 p.
Este volumen es una antología de todos los diarios de Blanco Fombona. Recoge extensos fragmentos de *Dos años y medio de inquietud,* en el cual aparecen numerosas referencias a Pocaterra.

Caballero, Manuel. *Vé y toma el libro que está abierto en la mano del ángel.* Caracas: Ed. Ateneo de Caracas, 1979. 248 p.
Ver: "Pocaterra: septentrional e iracundo" (p. 45-65) y "La literatura carcelaria" (p. 149-152).

Cárdenas, Zorayda. *José Rafael Pocaterra: conciencia crítica de su tiempo.* Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1980. 137, III p. Multigrafiado.

Cardozo, Lubio. *Diccionario General de la Literatura Venezolana.* (Autores), por Lubio Cardozo y Juan Pintó. Mérida: Universidad de Los Andes, 1974, XIV, 829 p.
Ver: "Pocaterra, José Rafael" (p. 613-616).

Cartas a José Rafael Pocaterra (1889-1955). Cartas Literarias. Carta-mensaje: Athilano Carnevali. Prólogo: Pedro Berroeta. Caracas: Ed. del Banco Industrial de Venezuela, 1972. XVIII, 215 p.

Carrera, Gustavo Luis. *La novela del petróleo de Venezuela*. Caracas: Servicios Venezolanos de Publicidad, 1972. 176 p. (Ediciones del Concejo Municipal del Distrito Federal).

Dos de las novelas analizadas son de Pocaterra: *Tierra del sol amada* y *La Casa de los Abila*.

Castro, José Antonio. *El proceso creador*. Maracaibo: Universidad del Zulia, Facultad de Humanidades y Educación, 1975. 148 p.

Ver: "El sentido de lo grotesco en los cuentos de Pocaterra" (p. 69-87).

Castro, José Antonio. *El sentido de lo grotesco en los cuentos de Pocaterra*. Maracaibo: Saparata del Anuario de Filología de la Universidad del Zulia, 1968.

No hemos podido consultar ningún ejemplar de este folleto. Tomamos el dato de Jesús Sanoja Hernández: "José Rafael Pocaterra" en Guillermo Morón ed.: *25 clásicos venezolanos*. 2_a ed. Caracas: Meneven, 1981, p. 214. Este trabajo está incluído en el libro de Castro *El proceso creador*. Maracaibo: Universidad del Zulia, 1975, p. 69-87.

Coll, Edna. *Indice informativo de la novela hispanoamericana*. Venezuela. San Juan de Puerto Rico: Ed. Universitaria, 1978. 346 p.

Ver: "Pocaterra, José Rafael" (p. 240-245).

Córdoba, Diego. *Mis memorias de Caracas del modernismo, la bohemia y la Dictadura*. Prólogo: Luis Beltrán Guerrero. Caracas: Oficina Central de Información, 1967. 276 p.

Ver: José Rafael Pocaterra: gran escritor y político (p. 127-129)

Cortés, Pastor. *Contribución al estudio del cuento moderno venezolano*. Caracas: Tip. La Nación, 1945. 58 p. (Cuadernos literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos, 50).

Ver: "Intensidad de una producción cuentística" (p. 26-34), capítulo en el cual examina la obra de Pocaterra.

Cuenca, Humberto. *Hacia una interpretación de la obra de José Rafael Pocaterra*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1955. 11 p.

Díaz Seijas, Pedro. *La antigua y la moderna literatura venezolana*. Caracas: Ediciones Armitano, 1966. 782 p.

Estudia la obra de Pocaterra.

Días Seijas, Pedro. *La novela y el ensayo en Venezuela*. Caracas: Ernesto Armitano, Editor, 1972. 68 p.

Estudia las novelas de Pocaterra (p. 22-24).

Editorial Elite, Caracas. *Comentarios y juicios sobre las "Memorias de un Venezolano de la decadencia"*. Caracas: Tip. Vargas, 1937. 39 p.

Escalona-Escalona, J.A. *Columna de papel*. Caracas: Tip. La Nación. 1957. 79 p. (Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos, 96).

Ver: "Obras Selectas de Pocaterra" (p. 39-41).

Fabbiani Ruiz, José. *El cuento en Venezuela*. (Enfoque crítico). Caracas: Ediciones de la Librería Pensamiento Vivo, 1953. 24 p.

Examina la obra cuentística de Pocaterra (p. 14-15)

Fabbiani Ruiz, José. *Cuentos y cuentistas*. Literatura Venezolana. Caracas: Ed. de la Librería Cruz del Sur, 1951. 200 p.
Ver: "El drama de lo grotesco" (p. 53-57).

Fernández, Carlos Emilio. *Hombres y sucesos de mi tierra. 1909-1935*. 2ª ed. Madrid: Escuelas Profesionales del Sagrado Corazón, 1969. 540 páginas.
Amplia referencia a la llegada de la expedición del Falke a Cumaná. Hace referencia a Pocaterra, uno de los cabecillas de este intento de derrocar a Gómez.

Garmendia, Salvador. *La novela en Venezuela*. Caracas: Oficina Central de Información, 1966. 24 p. (Temas Culturales Venezolanos, Serie 1, Número 2 .)
Hace referencia a Pocaterra en la p. 13

Guerrero, Luis Beltrán. *Candideces*. Caracas: Ed. Arte, 1962-86. 12 vols.
Ver: "Pocaterra y su Archivo" (t. IX, p. 178-181).

Guevara, Luis. *Poetas y prosadores carabobeños*, por Luis Guevara y Enrique Grooscors. Valencia: Concejo Municipal de Valencia, 1955. 525 p.
Sobre José Rafael Pocaterra ver las p. 341-351

Henríquez Vera, Rigoberto .*Tejera, el desterrado*. Un Quijote con dos patrias: Venezuela y México. Prólogo: Pedro Rincón Gutiérrez. Mérida: Talleres Gráficos Universitarios, 1971 c. 1972. 392 p.
Se refiere a la expedición del Falke, ver las p. 255-262. Hay otras referencias a Pocaterra a lo largo del libro. Ver las p. 136-138 y 284-287.

Heredia, Cipriano. *El año 29*. Recuento de la lucha armada. Caracas: Ed. Centauro, 1974. 291 p.
Dedica un estudio a la Expedición del Falke. Allí se refiere a Pocaterra.

Herrera Guada, Xavier. *José Rafael Pocaterra*. (Vida y obra). Valencia: Talleres de París en América. 1963. 24 p.

Insausti, Rafael Angel. *Memorial del Avila*. Barcelona: Atzavara, 1963.62 p. (Cuadernos de poesía y crítica, 16).
Se refiere a Pocaterra en la p. 28.

Insausti, Rafael Angel. *Obras*. Estudio preliminar: Eugenio Montejo. Caracas: La Casa de Bello, 1984-85. 2 vols.
Ver: "Memorial del Avila" (t. I, p. 336-374). Allí se refiere a Pocaterra en la p. 350. Ver también "Las palabras que vuelven" (t. I, p. 422-429) en el cual también cita a Pocaterra (p. 428).

Lachtman, Ricardo. *Carnet crítico*. Montevideo. Ed. Alfa, 1962. 259 p.
Ver: "Revisión de Pocaterra" (p. 35-40).

Leo, Ulrich. *Interpretaciones estilísticas*. Prólogo: Pascual Venegas Filardo. Caracas: Ed. de la Presidencia de la República, 1972. 391 p. (Col. Fuentes para la historia de la literatura venezolana, 2).
Se refiere a Pocaterra en las p. 284 y 383

Lira, Angela. *José Rafael Pocaterra, una vocación de ruptura*. Prólogo: Manuel Bermúdez. Caracas: Editorial IPAS-ME, 1983. 95 p.

Liscano, Juan. *Camino de la prosa.* (Comentarios). Caracas: Talleres Gráficos CIVA, 1953. XII, 127 p. (Ediciones Pensamiento Vivo).
Ver: "Tríptico de una generación a través de tres novelas: Los padres o La Casa de los Abila" (p. 5-23).

Liscano, Juan. "150 años de cultura venezolana", en: *Venezuela independiente.* Caracas: Ed. de la Fundación Eugenio Mendoza. 1962, p. 423-655.
Estudia la obra de Pocaterra.

Liscano, Juan. *Panorama de la literatura venezolana actual.* 2ª ed. Caracas: Ed. Alfadil, 1983. 414 p.
Ver: "José Rafael Pocaterra" (p. 35-40).

Lizardo, Pedro Francisco. *Explicación y elogio de la ciudad creadora.* Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1984, 256 p. (Col. El libro menor, 50).
Ver: "Pocaterra en Valencia" (p. 31-45).

Macht de Vera, Elvira. *La crítica social en tres novelas venezolanas.* Vidas oscuras, En este país y Cubaguas. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1979, 39 p. Multigrafiado

Mancera Galleti, Angel. *Quiénes narran y cuentan en Venezuela.* Fichero bibliográfico para una historia de la novela y del cuento venezolano. México. Caracas: Ed. Caribe, 1958. 654 p.
Ver: "José Rafael Pocaterra" (p. 103-134).

Manzo Núñez, Torcuato. *Historia del Estado Carabobo.* Caracas: Ed. de la Presidencia de la República, 1981. 229 p.
Se refiere a Pocaterra en las p. 144 y 148-149.

Mariño Palacio, Andrés. *Ensayos.* Selección: Rafael Pineda. Caracas: Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, 1967. 326 p. (Biblioteca Popular Venezolana, 110).
Ver: "Tres maestros del cuento venezolano" (p. 149-161).

Medina, José Ramón. *80 años de literatura venezolana* (1900-1980). Caracas: Monte Avila Editores, 1981. 473 p.
Estudia ampliamente la obra de Pocaterra.

Meneses, Guillermo. *Caracas en la novela venezolana.* Caracas: Ed. de la Fundación Eugenio Mendoza, 1966. 244 p.
Una de las novelas analizadas en la *Casa de los Abila*, de Pocaterra.

Miliani, Domingo. "Espacio histórico del cuento venezolano", en: *El cuento Venezolano* en *El Nacional.* Caracas: Ed. Tiempo Nuevo, 1973, p. 7-49

Miliani, Domingo. *Literatura Hispanoamericana.* Manual y Antología, por Domingo Miliani y Oscar Sambrano Urdaneta. Caracas: Ed. Texto, 1971-72. 2 vols.
Ver: "José Rafael Pocaterra" (t. I, p. 433-451).

Miliani, Domingo. "La narrativa", en: *Enciclopedia de Venezuela.* Barcelona: Ed. Andrés Bello, 1973, t. VIII, p. 131-203.

Este trabajo está incluido en su *Tríptico venezolano*. Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1985. p. 19-147. Allí se refiere a Pocaterra en las p. 55, 60, 73, 74-79, 80, 84, 85, 86, 94, 109, 118.

Miliani, Domingo. *Tríptico Venezolano.* (Narrativa. Pensamiento. Crítica). Selección, índices y prólogo: Nelson Osorio. Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1985. 297 p. (Col. Literatura y Pensamiento, 5).

Ver "La narrativa venezolana" (p. 19-247), en donde se refiere a Pocaterra.

Miliani, Domingo. *Vida intelectual de Venezuela.* Dos Esquemas. Caracas: Ministerio de Educación, 1971. 159 p. (Universidad Católica Andrés Bello, Centro de Investigaciones Literarias, Cuadernos de prosa, 8).

Ver: "La literatura" (p. 101-145), en donde se refiere a Pocaterra.

Miranda, Julio E. *Proceso a la narrativa venezolana.* Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, 1975. 270 p. (Col. Temas, 64).

Estudia la obra narrativa de Pocaterra.

Morón, Guillermo. *25 clásicos venezolanos* 2ª. Ed. Coordinación y prólogo: Guillermo Morón. Caracas: Meneven, 1981. 257 p.

Ver: Jesús Sanoja Hernández: "José Rafael Pocaterra" (p. 207-215).

Nazoa, Aquiles. *Las cosas más sencillas.* Caracas: Oficina Central de Información, 1976. 268 p.

Ver: "El pueblo en la literatura venezolana" (p. 89-110)

Nuñez, Luis Augusto. *Génesis y evolución de la cultura en Carabobo.* Caracas: Imprenta Nacional, 1960. 2 vols. (Biblioteca de Autores y Temas Carabobeños).

Ver: José Rafael Pocaterra" (t. I, p. 663-668).

Omaña, Balmiro. *La cuentística de Pocaterra.* Ciudad Bolívar: Universidad de Oriente, 1970.

No hemos podido consultar ningún ejemplar de este trabajo. Tomamos el dato del estudio de Jesús Sanoja Hernández: "José Rafael Pocaterra" en Guillermo Morón, ed.: *25 clásicos venezolanos.* 2ª ed. Caracas: Meneven, 1981, p. 215.

La oposición a la dictadura gomecista. El movimiento estudiantil de 1928. Antología documental. Caracas: Congreso de la República, 1983. 771 p. (Col. El pensamiento político venezolano del siglo XX, 10).

Ver: "Los que no se incorporaron el Falke" (t. V, vol. I, p. 599-611) y "Carta de Rómulo Betancourt a José Rafael Pocaterra" (t. V, vol.I, p. 621-624).

Orihuela, Augusto Germán. *En tono menor.* Caracas: Ed. Simón Rodríguez, 1956. 142 p.

Ver: "Dos obras de José Rafael Pocaterra" (p. 47-50) y "Encuentro con José Rafael Pocaterra" (p. 113-115).

Orihuela, Augusto Germán. *La identidad por el idioma.* Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1982, 280 p. (Col. El Libro Menor, 33).

Ver: "En la huella de la pezuña" (p. 51-53).

Osorio, Nelson. *La formación de la vanguardia literaria en Venezuela* (Antecedentes y documentos). Prólogo: Manuel Alfredo Rodríguez.

Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1985. 439 p. (Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Col. Estudios, monografías y ensayos, 61).
Numerosas referencias a Pocaterra.

Otero Silva, Miguel. *El cercado ajeno.* Opiniones sobre arte y política. Prólogo: Arturo Uslar Pietri. Caracas: Pensamiento Vivo, Editores, 1961. 190 p.
Ver: "El escritor José Rafael Pocaterra".

Otero Silva, Miguel. *Prosa completa.* Caracas: Ed. Seix Barral, 1976. 391 p.
Ver: "José Rafael Pocaterra" (p. 221-233).

Padrón, Julián. *Obras completas.* Prólogo: Mariano Picón Salas. México: Aguilar, Sociedad Anónima de Ediciones, 1957. XXIV, 594 p.
Ver: "Panorama de la novela venezolana" y "Geografía física y humana de la novela venezolana" (p. 131-148).

Paz Castillo, Fernando. *Reflexiones de atardecer.* Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación, Dirección General, Departamento de Publicaciones, 1964. 3 vols.
Ver: "José Rafael Pocaterra" (t. III, p. 139-156).

Pérez Huggins, Argenis. *Nueva lectura crítica* (Pérez Bonalde-Pocaterra-Sánchez-Peláez-Massiani). Mérida: Universidad de Los Andes. 1979. 141 p.
Ver:"José Rafael Pocaterra: lo trágico-cotidiano en su cuentística" (p. 47-75).

Picón Salas, Mariano. *Los Días de Cipriano Castro* (Historia venezolana del 900). Caracas: Ed. Garrido, 1953. 340 p.

Picón Salas, Mariano. *Formación y proceso de la literatura venezolana.* Prólogo: María Fernanda Palacios. Caracas: Monte Avila Editores, 1984. VII, 348 p.
Amplia referencia a la obra de Pocaterra. Ver también en la parte final del volumen el trabajo titulado "Pocaterra" (p. 271-275).

Picón Salas, Mariano. *Suma de Venezuela.* Antología de Páginas Venezolanas. Caracas: Contraloría General de la República, 1984. 204 p.
Ver: "Para unos nuevos perfiles venezolanos" (p. 61-79).

Pimentel, Cecilia. *Bajo la tiranía. 1919-1936.* Prólogo: Luis Villalba Villalba. Caracas: spi, 1969. 327, p.
Amplia referencia a la expedición del Falke.

Planchart, Julio. *Críticos venezolanos* (De Bolívar a Jesús Semprum). Prólogo: Pedro Grases. Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1984. 183 p. (Col. Literatura y pensamiento, 3).
Ver: "Jesús Semprum" (p. 121-175) en el cual estudia los análisis de Semprum en torno a la obra de Pocaterra.

Planchart, Julio. *Temas críticos.* Prólogo: Pedro Grases. Caracas: Ed. de la Presidencia de la República, 1972. 496 p. (Col. Fuentes para la Historia de la Literatura Venezolana. 3).
Ver: "Reflexiones sobre novelas venezolanas" (p. 31-57); "Sobre novelística venezolana" (p. 125-129) y "Jesús Semprum" (p. 377-431).

Polanco Alcántara, Tomás. *El General de tres soles*. Biografía del General Eleazar López Contreras.
Hace referencia al paso de Pocaterra por el gabinete del Presidente López Contreras.

Posani, Clara. *Apenas ayer*. Caracas: Fundación Neumann, 1972. LII p.
Recoge una serie de testimonios de protagonistas de la invasión del Falke.

Ramón y Rivera, Luis Felipe. *El folclore en la novela venezolana*. Caracas: Contexto Editores, 1982. 355 p.
Tres novelas de Pocaterra son tomadas en cuenta para la realización de este estudio: *El Doctor Bebé*. *Vidas oscuras* y *La casa de los Abila*.

Rangel, Domingo Alberto. *Los andinos en el Poder*. Caracas: Vadell Hermanos. 1974. 329 p.

Rangel, Domingo Alberto. *Gómez, el amo del Poder*. Caracas: Vadell Hermanos. 1975. 433 p.

Ratcliff, Dillwyn F. *La prosa de ficción en Venezuela*. Traducción: Rafael Di Prisco. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca 1966. 553 p. (Col. Avance, 14).
Ver: "José Rafael Pocaterra" (p. 125-137).

Reyes Baena, J.F. *Creyón*. Caracas: Ediciones de la Universidad Central de Venezuela, 1962.341 p.
Ver: "Pocaterra, el escritor" (p. 243-245).

Rivas, Víctor Manuel. *La cola del huracán*. Madrid: Coculsa, 1968.

Rivera Silvestrini, José *El cuento moderno venezolano*. Río Piedras, Puerto Rico: México: Ed. Cultura, 1967. 186 p.
Ver: "José Rafael Pocaterra" (p. 41-47).

Rodríguez, Ramón Armando. *Diccionario biográfico, geográfico e histórico de Venezuela*. Madrid: Talleres Penitenciarios de Alcalá de Henares, 1957. 885 p.
Ver: "Pocaterra, José Rafael" (p. 611-612).

Salvatierra, Carmelo. *Dimensión humana de la novela venezolana contemporánea*. Caracas: Ministerio de Educación, 1970. 2 vols.
Ver: José Rafael Pocaterra: La Casa de los Abila" (t. II, p. 11-35).

Sambrano Urdaneta, Oscar. *Letras venezolanas*. Trujillo: Ediciones del Ejecutivo del Estado Trujillo, 1959. 136 p. (Biblioteca Trujillana de Cultura, 4).

Ver: "Los cuentos grotescos de Pocaterra" (p. 101-105).

Sanoja Hernández, Jesús. "José Rafael Pocaterra", en: Guillermo Morón ed.: *25 clásicos venezolanos*. 2ª ed. Caracas: Meneven, 1981, p. 207-215.

Subero, Efraín. *Contribución a la Bibliografía de José Rafael Pocaterra. 1890-1955*, por Bibiana Alonso Ruiz, Teresa López Gago, Paz Moreno García y Nahyr Rodríguez, bajo la dirección de Efraín Subero. Caracas: Gobernación del Distrito Federal, 1969, 96 p. (Col. Bibliografías. 4).

Tedesco, Italo. *Julio Garmendia y José Rafael Pocaterra: dos modalidades del cuento enVenezuela*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1982. 125 p. (Col. El Libro menor, 27).

Tejera, María Josefina. *José Rafael Pocaterra: ficción y denuncia*. Caracas: Monte Avila Editores, 1976. 470 p. (Col. Estudios).

Uslar Pietri, Arturo. *Breve historia de la novela hispanoamericana*. Madrid: Ed. Mediterráneo, 1974, 181 p.
Se refiere a las novelas de Pocaterra en la p. 105

Uslar Pietri, Arturo. *Discurso de incorporación a la Academia de la Lengua*. Contestación Ramón Díaz Sánchez. Caracas: Imp. del Ministerio de Educación, 1958. Incluido en *Letras y hombres de Venezuela*. 2ª ed. Madrid-Caracas: Ed. Edime, 1958, p. 291-326.
Puede verse también en su libro *Medio milenio de Venezuela*. Caracas: Cuadernos Lagoven, 1986, p. 331-334.

Uslar-Pietri, Arturo. *Letras y hombres de Venezuela*. 2ª. ed. aum. Madrid Caracas Ed. Edime, 1958. 345 p.
Examina la obra de Pocaterra.

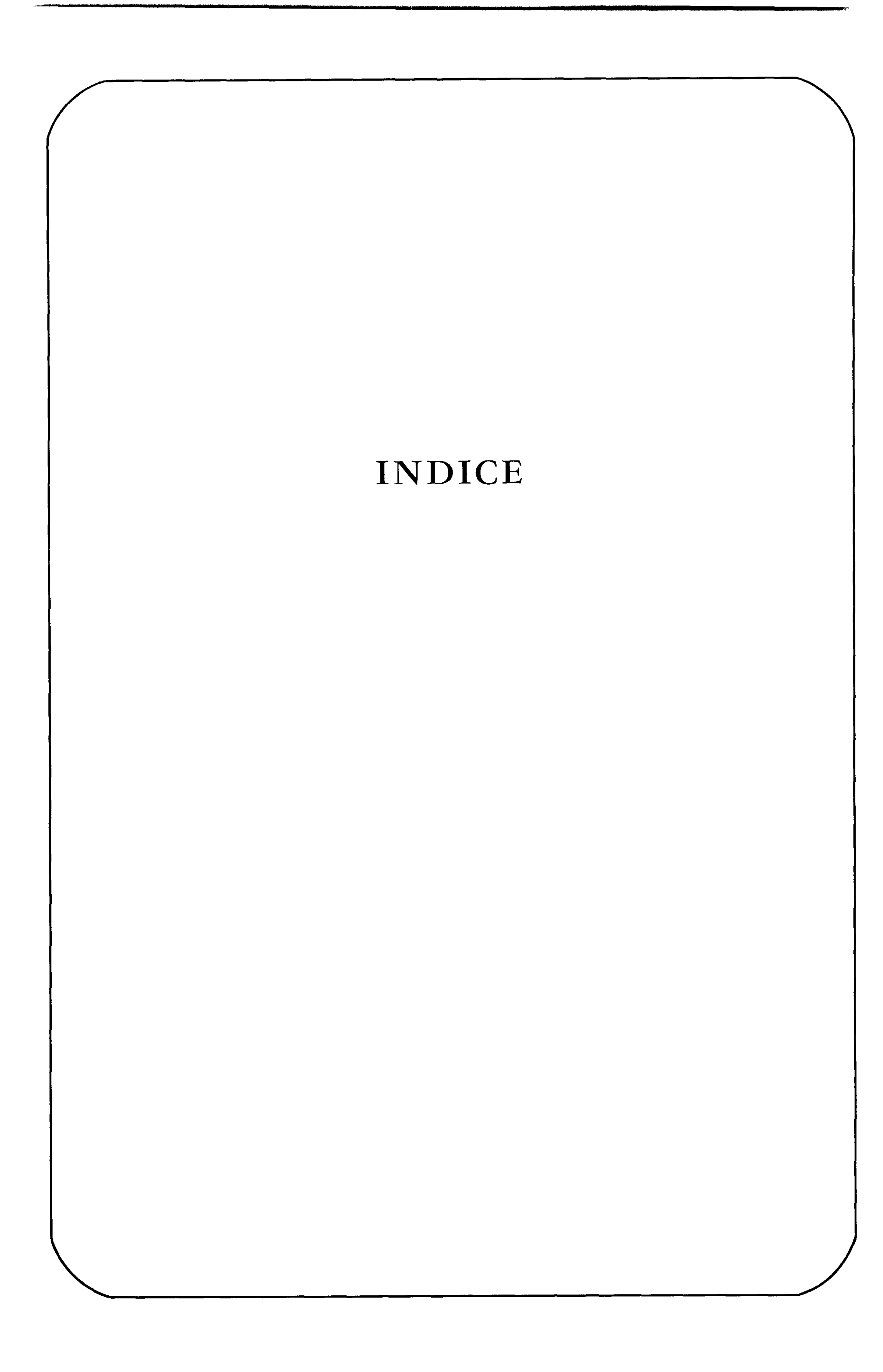
Vallenilla Lanz, Laureano. *La Rehabilitación en Venezuela*. Campaña políticas de *El Nuevo Diario*, 1915-1926. Caracas Lit. y Tip. Vargas. Tip. Universal, 1926-28. 2 vols.

Velásquez, Ramón J. *Pocaterra, actor y testigo de una época. Caracas: Comotip, 1973, cubierta, XLIV p.*

Velásquez, Ramón J. *El pensamiento político venezolano del siglo XX*. Caracas: Congreso de la República, 1983. 16 vols. Obra en proceso de publicación bajo la dirección de Velásquez. Hemos registrado a todo lo largo de esta bibliografía los textos de Pocaterra o relativos a él aparecidos en los volúmenes publicados de la serie.

Velásquez, Ramón J. *Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez*. 8ª ed. Prólogo: Jesús Sanoja Hernández. Caracas: Ed. Centauro, 1981. XV, 535 p.

Venegas Filardo, Pascual. *Novelas y novelistas de Venezuela*. Caracas: Tip. La Nación, 1955. 57 p. (Cuadernos literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos, 86).
Se refiere a Pocaterra en la p. 25.



INDICE

INDICE DE ILUSTRACIONES

TITULOS PUBLICADOS

1

SIMON BOLIVAR

DOCTRINA DEL LIBERTADOR

Prólogo: Augusto Mijares

Selección, notas y cronología: Manuel Pérez Vila

2

PABLO NERUDA

CANTO GENERAL

Prólogo, notas y cronología: Fernando Alegría

3

JOSE ENRIQUE RODO

ARIEL - MOTIVOS DE PROTEO

Prólogo: Carlos Real de Azúa

Edición y cronología: Angel Rama

4

JOSE EUSTASIO RIVERA

LA VORAGINE

Prólogo y cronología: Juan Loveluck

Variantes: Luis Carlos Herrera Monila S.J.

5-6

INCA GARCILASO DE LA VEGA

COMENTARIOS REALES

Prólogo, edición y cronología: Aurelio Miró Quesada

7

RICARDO PALMA

CIEN TRADICIONES PERUANAS

*Selección, prólogo y cronología:*José Miguel Oviedo

8

TEATRO RIOPLATENSE

Prólogo: David Viñas

Compilación y cronología: Jorge Lafforgue

9

RUBEN DARIO

POESIA

Prólogo: Angel Rama

Edición: Ernesto Mejía Sánchez

Cronología: Julio Valle-Castillo

10

JOSE RIZAL

NOLI ME TANGERE

Prólogo: Leopoldo Zea

Edición y cronología: Márgara Rusotto

11

GILBERTO FREYRE

CASA-GRANDE Y SENZALA

Prólogo y cronología: Darcy Ribeiro

Traducción: Benjamín de Garay y Lucrecia Manduca

12

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

FACUNDO

Prólogo: Noé Jitrik

Notas y cronología: Susana Zanetti y Nora Dottori

13

JUAN RULFO

OBRA COMPLETA

Prólogo y cronología: Jorge Ruffinelli

14

MANUEL GONZALEZ PRADA

PAGINAS LIBRES - HORAS DE LUCHA

Prólogo y notas: Luis Alberto Sánchez

15

JOSE MARTI

NUESTRA AMERICA

Prólogo: Juan Marinello

Selección, notas: Hugo Achúgar

Cronología: Cintio Vitier

16

SALARRUE

EL ANGEL DEL ESPEJO

Prólogo, selección, notas y cronología: Sergio Ramírez

17

ALBERTO BLEST GANA

MARTIN RIVAS

Prólogo, notas y cronología: Jaime Concha

18

ROMULO GALLEGOS

DOÑA BARBARA

Prólogo: Juan Liscano

Notas, variantes, cronología y bibliografía: Efraín Subero

19

MIGUEL ANGEL ASTURIAS

TRES OBRAS

(Leyendas de Guatemala, El Alhajadito y El Señor Presidente)

Prólogo: Arturo Uslar Pietri

Notas y cronología: Giuseppe Bellini

20

JOSE ASUNCION SILVA

OBRA COMPLETA

Prólogo: Eduardo Camacho Guizado

Edición, notas y cronología: Eduardo Camacho Guizado y Gustavo Mejía

21

JUSTO SIERRA

EVOLUCION POLITICA DEL PUEBLO MEXICANO

Prólogo y cronología: Abelardo Villegas

22

JUAN MONTALVO

LAS CATILINARIAS Y OTROS TEXTOS

Selección y prólogo: Benjamín Carrión

Cronología y notas: Gustavo Alfredo Jácome

23-24

PENSAMIENTO POLITICO DE LA EMANCIPACION

(1790 - 1825)

Compilación, notas y cronología: José Luis Romero
y Luis Alberto Romero

25

MANUEL ANTONIO DE ALMEIDA

MEMORIAS DE UN SARGENTO DE MILICIAS

Prólogo y notas: Antonio Cándido

Cronología: Laura de Campos Vergueiro

Traducción: Elvio Romero

26

UTOPISMO SOCIALISTA

(1830 - 1893)

Prólogo, compilación, notas y cronología: Carlos M. Rama

27

ROBERTO ARLT

LOS SIETE LOCOS - LOS LANZALLAMAS

Prólogo, vocabulario, notas y cronología: Adolfo Prieto

28

LITERATURA DEL MEXICO ANTIGUO

Edición, compilación, estudios introductorios, versión de textos y cronología: Miguel León-Portilla

29

POESIA GAUCHESCA

Prólogo: Angel Rama

Selección, notas, vocabularios y cronología: Jorge B. Rivera

30

RAFAEL BARRETT

EL DOLOR PARAGUAYO

Prólogo: Augusto Roa Bastos

Selección, notas: Miguel A. Fernández

Cronología: Alberto Sato

31

PENSAMIENTO CONSERVADOR

(1815 - 1898)

Prólogo: José Luis Romero

Compilación, notas y cronología: José Luis Romero y Luis Alberto Romero

32

LUIS PALES MATOS

POESIA COMPLETA Y PROSA SELECTA

Edición, compilación, prólogo y cronología: Margot Arce de Vázquez

33

JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS

CUENTOS

Prólogo y selección: Alfredo Bosi

Cronología: Neusa Pinsard Caccese

Traducción: Santiago Kovadloff

34

JORGE ISAACS

MARIA

Prólogo, notas y cronología: Gustavo Mejía

35

JUAN DE MIRAMONTES Y ZUAZOLA

ARMAS ANTARTICAS

Prólogo y cronología: Rodrigo Miró

36

RUFINO BLANCO FOMBONA

ENSAYOS HISTORICOS

Prólogo: Jesús Sanoja Hernández

Selección y cronología: Rafael Ramón Castellanos

37

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

LA UTOPIA DE AMERICA

Prólogo: Rafael Gutiérrez Girardot

Compilación y cronología: Angel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot

38

JOSE M. ARGUEDAS

LOS RIOS PROFUNDOS Y CUENTOS SELECTOS

Prólogo: Mario Vargas Llosa

Cronología: E. Mildred Merino de Zela

39

LA REFORMA UNIVERSITARIA

(1918 - 1930)

Selección, prólogo y cronología: Dardo Cúneo

40

JOSE MARTI

OBRA LITERARIA

Prólogo, notas y cronología: Cintio Vitier

41

CIRO ALEGRIA

EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO

Prólogo y cronología: Antonio Cornejo Polar

42

FERNANDO ORTIZ

CONTRAPUNTEO CUBANO DEL TABACO Y EL AZUCAR

Prólogo y cronología: Julio Le Riverend

43

FRAY SERVANDO TERESA DE MIER

IDEARIO POLITICO

Selección, prólogo, notas y cronología: Edmundo O'Gorman

44

FRANCISCO GARCIA CALDERON

LAS DEMOCRACIAS LATINAS - LA CREACION DE UN CONTINENTE

Prólogo: Luis Alberto Sánchez

Cronología: Angel Rama

Traducción: Ana María Guilliand

45

MANUEL UGARTE

LA NACION LATINOAMERICANA

Compilación, prólogo, notas y cronología: Norberto Galasso

46

JULIO HERRERA Y REISSIG

POESIA COMPLETA Y PROSA SELECTA

Prólogo: Idea Vilariño

Edición, notas y cronología: Alicia Migdal

47

ARTE Y ARQUITECTURA DEL MODERNISMO BRASILEÑO

(1917 - 1930)

Compilación y prólogo: Aracy Amaral

Cronología: José Carlos Serroni

Traducción: Marta Traba

48

BALDOMERO SANIN CANO

EL OFICIO DE LECTOR

Compilación, prólogo y cronología: Gustavo Cobo Borda

49

LIMA BARRETO

DOS NOVELAS

(Recuerdos del escribiente Isaías Caminha
y el Triste Fin de Policarpo Quaresma)

Prólogo y cronología: Francisco de Assis Barbosa

Traducción y notas: Haydée Jofre Barroso

50

ANDRES BELLO

OBRA LITERARIA

Selección, prólogo: Pedro Grases

Cronología: Oscar Sambrano Urdaneta

51

PENSAMIENTO DE LA ILUSTRACION

(Economía y sociedad iberoamericana en el siglo XVIII)

Compilación, prólogo, notas y cronología: José Carlos Chiaramonte

52

JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS

QUINCAS BORBA

Prólogo: Roberto Schwarz

Cronología: Neusa Pinsard Caccese

Traducción: Juan García Gayo

53

ALEJO CARPENTIER

EL SIGLO DE LAS LUCES

Prólogo: Carlos Fuentes

Cronología: Aracelia García Carranza

54

LEOPOLDO LUGONES

EL PAYADOR Y ANTOLOGIA DE POESIA Y PROSA

Prólogo: Jorge Luis Borges (con la colaboración de Bettina Edelberg)

Selección, notas y cronología: Guillermo Ara

55

MANUEL ZENO GANDIA

LA CHARCA

Prólogo, notas y cronología: Enrique Laguerre

56

MARIO DE ANDRADE

OBRA ESCOGIDA

(Novela, cuento, ensayo, epistolario)

Selección, prólogo y notas: Gilda de Mello e Souza

Cronología: Gilda de Mello e Souza y Laura de Campos Vergueiro

Traducción: Santiago Kovadloff y Héctor Olea

57

LITERATURA MAYA

Compilación, prólogo y notas: Mercedes de la Garza

Cronología: Miguel León-Portilla

Traducciones: Adrián Recinos, Alfredo Barrera y Mediz Bolio

58

CESAR VALLEJO

OBRA POETICA COMPLETA

Edición, prólogo, notas y cronología: Enrique Ballón

59

POESIA DE LA INDEPENDENCIA

Compilación, prólogo, notas y cronología: Emilio Carilla

Traducciones: Ida Vitale

60

ARTURO USLAR PIETRI

LAS LANZAS COLORADAS Y CUENTOS SELECTOS

Prólogo y cronología: Domingo Miliani

61

CARLOS VAZ FERREIRA

LOGICA VIVA - MORAL PARA INTELECTUALES

Prólogo: Manuel Claps

Cronología: Sara Vaz Ferreira

62

FRANZ TAMAYO

OBRA ESCOGIDA

Selección, prólogo y cronología: Mariano Baptista Gumucio

63

GUILLERMO ENRIQUE HUDSON

LA TIERRA PURPUREA - ALLA LEJOS Y HACE TIEMPO

Prólogo y cronología: Jean Franco

Traducciones: Idea Vilariño

64

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA

HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS
Y VIDA DE HERNAN CORTES

Prólogo y cronología: Jorge Gurría Lacroix

65

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA

HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MEXICO

Prólogo y cronología: Jorge Gurría Lacroix

66

JUAN RODRIGUEZ FREYLE

EL CARNERO

Prólogo, notas y cronología: Darío Achury Valenzuela

67

TRADICIONES HISPANOAMERICANAS

Compilación, prólogo y cronología: Estuardo Núñez

68

PROYECTO Y CONSTRUCCION DE UNA NACION

(Argentina 1846 - 1880)

Compilación, prólogo y cronología: Tulio Halperin Donghi

69

JOSE CARLOS MARIATEGUI

7 ENSAYOS DE INTERPRETACION DE LA REALIDAD PERUANA

Prólogo: Aníbal Quijano

Notas y cronología: Elizabeth Garrels

70

LITERATURA GUARANI DEL PARAGUAY

Compilación, estudios introductorios, notas y cronología:
Rubén Bareiro Saguier

71-72

PENSAMIENTO POSITIVISTA LATINOAMERICANO

Compilación, prólogo y cronología: Leopoldo Zea

73

JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE
OBRA COMPLETA
Prólogo: José Ramón Medina
Cronología: Sonia García

74

ALEJANDRO DE HUMBOLDT
CARTAS AMERICANAS
Compilación, prólogo, notas y cronología: Charles Minguet

75-76

FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA
NUEVA CORONICA Y BUEN GOBIERNO
Transcripción, prólogo, notas y cronología: Franklin Pease

77

JULIO CORTAZAR
RAYUELA
Prólogo y cronología: Jaime Alazraki

78

LITERATURA QUECHUA
Compilación, prólogo, traducciones, notas y cronología: Edmundo Bendezú Aibar

79

EUCLIDES DA CUNHA
LOS SERTONES
Prólogo, notas y cronología: Walnice Nogueira Galvao
Traducción: Estela Dos Santos

80

FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN
EL MEXICO ANTIGUO
Edición, prólogo y cronología: José Luis Martínez

81

GUILLERMO MENESES
ESPEJOS Y DISFRACES
Selección y prólogo: José Balza
Cronología: Salvador Tenreiro
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

82

JUAN DE VELASCO
HISTORIA DEL REINO DE QUITO
Edición, prólogo, notas y cronología: Alfredo Pareja Diezcanseco

83

JOSE LEZAMA LIMA

EL REINO DE LA IMAGEN

Selección, prólogo y cronología: Julio Ortega

84

OSWALD DE ANDRADE

OBRA ESCOGIDA

Selección, prólogo: Haroldo de Campos

Cronología: David Jackson

Traducciones: Héctor Olea, Santiago Kovadloff, Márgara Rusotto

85

NARRADORES ECUATORIANOS DEL 30

Prólogo: Jorge Enrique Adoum

Selección y cronología: Pedro Jorge Vera

86

MANUEL DIAZ RODRIGUEZ

NARRATIVA Y ENSAYO

Selección, prólogo: Orlando Araujo

Cronología: María Beatriz Medina

Bibliografía: Horacio Jorge Becco

87

CIRILO VILLAVERDE

CECILIA VALDES

Prólogo, notas y cronología: Iván Schulman

88

HORACIO QUIROGA

CUENTOS

Selección, prólogo: Emir Rodríguez Monegal

Cronología: Alberto Oreggioni

89

FRANCISCO DE SANTA CRUZ Y ESPEJO

OBRA EDUCATIVA

Edición, prólogo, notas y cronología: Philip Astuto

90

ANTONIO JOSE DE SUCRE

DE MI PROPIA MANO

Selección y prólogo: J. L. Salcedo-Bastardo

Cronología: Inés Quintero Montiel y Andrés Eloy Romero

91

MACEDONIO FERNANDEZ

MUSEO DE LA NOVELA DE LA ETERNA

Selección, prólogo y cronología: César Fernández Moreno

92

JUSTO AROSEMENA

FUNDACION DE LA NACIONALIDAD PANAMEÑA

Selección, prólogo, cronología y bibliografía: Ricaurte Soler

93

SILVIO ROMERO

ENSAYOS LITERARIOS

Selección, prólogo y cronología: Antonio Cándido
Traducción: Jorge Aguilar Mora

94

JUAN RUIZ DE ALARCON

COMEDIAS

Edición, prólogo, notas y cronología: Margit Frenk

95

TERESA DE LA PARRA

OBRA

(Narrativa, ensayos, cartas)
Selección, estudio crítico y cronología: Velia Bosch

Teresa de la Parra: las voces de la palabra
Julieta Fombona
Bibliografía: Horacio Jorge Becco y Rafael Angel Rivas

96

JOSE CECILIO DEL VALLE

OBRA ESCOGIDA

Selección, prólogo y cronología: Jorge Mario García Laguardia

97

EUGENIO MARIA DE HOSTOS

MORAL SOCIAL - SOCIOLOGIA

Prólogo y cronología: Manuel Maldonado - Denis

98

JUAN DE ESPINOZA MEDRANO

APOLOGETICO

Selección, prólogo y cronología: Augusto Tamayo Vargas

99

AMADEO FREZIER

RELACION DEL VIAJE POR EL MAR DEL SUR

Prólogo: Gregorio Weinberg
Traducción, notas y cronología: Miguel A. Guerin

100

FRANCISCO DE MIRANDA

AMERICA ESPERA

Selección y prólogo: J. L. Salcedo-Bastardo
Cronología: Manuel Pérez Vila y Josefina Rodríguez de Alonso

101

MARIANO PICON SALAS

VIEJOS Y NUEVOS MUNDOS

Selección, prólogo y cronología: Guillermo Sucre

Bibliografía: Rafael Angel Rivas Dugarte

102

TOMAS CARRASQUILLA

LA MARQUESA DE YOLOMBO

Prólogo: Jaime Mejía Duque

Edición y cronología: Kurt L. Levy

103

NICOLAS GUILLEN

LAS GRANDES ELEGIAS Y OTROS POEMAS

Selección, prólogo, notas y cronología: Angel Augier

104

RICARDO GÜIRALDES

DON SEGUNDO SOMBRA - PROSAS Y POEMAS

Selección, estudios y cronología: Luis Harss y Alberto Blasi

105

LUCIO V. MANSILLA

UNA EXCURSION A LOS INDIOS RANQUELES

Prólogo, notas y cronología: Saúl Sosnowski

106

CARLOS DE SIGÜENZA Y GONGORA

SEIS OBRAS

Prólogo: Irving A. Leonard

Edición, notas y cronología: William G. Bryant

107

JUAN DEL VALLE Y CAVIEDES

OBRA COMPLETA

Edición, prólogo, notas y cronología: Daniel R. Reedy

108-109-110

BARTOLOME DE LAS CASAS

HISTORIA DE LAS INDIAS

Edición, prólogo, notas y cronología: André Saint-Lu

111

MIGUEL OTERO SILVA

CASAS MUERTAS. LOPE DE AGUIRRE,
PRINCIPE DE LA LIBERTAD

Prólogo: José Ramón Medina

Cronología y bibliografía: Efraín Subero

112
LETRAS DE LA AUDIENCIA DE QUITO
Selección, prólogo y cronología: Hernán Rodríguez Castelo

113
ROBERTO J. PAYRO
OBRAS
Selección, prólogo, notas y cronología: Beatriz Sarlo

114
ALONSO CARRIO DE LA VANDERA
EL LAZARILLO DE CIEGOS CAMINANTES
Introducción, cronología y bibliografía: Antonio Lorente Medina

115
COSTUMBRISTAS CUBANOS DEL SIGLO XIX
Selección, prólogo, cronología y bibliografía: Salvador Bueno

116
FELISBERTO HERNANDEZ
NOVELAS Y CUENTOS
Carta en mano propia: Julio Cortázar
Selección, notas, cronología y bibliografía: José Pedro Díaz

117
ERNESTO SABATO
SOBRE HEROES Y TUMBAS
Prólogo: A. M. Vázquez Bigi
Cronología y bibliografía: Horacio Jorge Becco

118
JORGE LUIS BORGES
FICCIONES - EL ALEPH - EL INFORME DE BRODIE
Prólogo: Iraset Páez Urdaneta
Cronología y bibliografía: Horacio Jorge Becco

119
ANGEL RAMA
LA CRITICA DE LA CULTURA EN AMERICA LATINA
Selección y prólogos: Tomás Eloy Martínez y Saúl Sosnowski
Cronología y biliografía: Fundación Internacional Angel Rama

120
FERNANDO PAZ CASTILLO
POESIA
Selección, prólogo y cronología: Oscar Sambrano Urdaneta
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

121

HERNANDO DOMINGUEZ CAMARGO

OBRAS

Selección y prólogo: Giovanni Meo Zilio

Cronología y bibliografía: Horacio Jorge Becco

122

VICENTE GERBASI

OBRA POETICA

Selección y prólogo: Francisco Pérez Perdomo

Cronología y bibliografía: Elí Galindo

123

AUGUSTO ROA BASTOS

YO EL SUPREMO

Prólogo, cronología y bibliografía: Carlos Pacheco

124

ENRIQUE BERNARDO NUÑEZ

NOVELAS Y ENSAYOS

Selección y prólogo: Osvaldo Larrázabal Henríquez

Cronología y bibliografía: Roberto Lovera De-Sola

125

SERGIO BUARQUE DE HOLANDA

VISION DEL PARAISO

Prólogo: Francisco de Assis Barbosa

Cronología: Arlinda da Rocha Nogueira

Bibliografía: Rosemarie Erika Horch

Traducción del texto de Sergio Buarque de Holanda:
Estela dos Santos

Traducción del prólogo y la cronología: Agustín Martínez

126

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

MENSAJE SIN DESTINO Y OTROS ENSAYOS

Selección: Oscar Sambrano Urdaneta

Prólogo: Mario Briceño-Iragorry

Cronología: Elvira Macht

Bibliografía: Horacio Jorge Becco